



IAIN M.
BANKS

EL JUGADOR

UNA NOVELA DE "LA CULTURA"

Lectulandia

Gurgeh era uno de los mejores jugadores que había habido nunca en la Cultura, maestro reconocido de todos los tableros, ordenadores y estrategias. Aburrido de su éxito y forzado por las circunstancias, Gurgeh se encontrará a sí mismo, en el Imperio de Azad, enfrentado al juego supremo, un juego tan complejo y modelado con tanta exactitud, de acuerdo con las reglas de la existencia, que el ganador es proclamado Emperador. Víctima de una chantaje y sin verdaderas alternativas, Gurgeh se ve obligado a participar en él, enfrentándose al mayor de los desafíos y poniendo en juego su propia vida.

Lectulandia

Iain M. Banks

El jugador

ePUB v1.1

Superpollo1968 15.12.11

más libros en lectulandia.com

Título original: The Player of Games,
publicado por Macmillan London Limited, Londres.
© 1988, Iain Banks
© 1992, Ediciones Martínez Roca, S. A.
Gran Vía, 774, 7.º, 08013 Barcelona
ISBN 84-270-1605-0
Depósito legal B. 7.599-1992
Cubierta: Geest/Høverstad
Ilustración: Vankeer Christian/Thomas Schlück
Fotocomposición de Pacmer, S. A., Miquel Àngel, 70-72, 08028 Barcelona
Impreso por Libergraf, S. A., Constitució, 19, 08014 Barcelona

Para Jim

Primera parte: La placa de La Cultura

Ésta es la historia de un hombre que permaneció mucho tiempo muy lejos de su hogar sólo para tomar parte en un juego. El hombre es un jugador llamado «Gurgeh». La historia empieza con una batalla que no es una batalla, y termina con una partida que no es una partida.

¿Yo? Paciencia, ya os hablaré de mí.

Así es como empieza la historia.

Cada paso creaba nubecillas de polvo. Avanzaba cojeando a través del desierto siguiendo a la silueta que caminaba delante de él. El arma guardaba silencio en sus manos. Debían de estar muy cerca. El distante ruido del oleaje retumbaba a través del campo sónico del casco. Estaban aproximándose a una duna de gran altura desde la que deberían poder ver la costa. Hasta aquel momento se las había arreglado para seguir con vida, cosa que no esperaba.

El calor, la luz y la sequedad reinaban a su alrededor, pero el traje le protegía del sol y de aquella atmósfera que le habría cocido en pocos minutos. Estaba cómodo y seguro. El lado del visor de su casco que había recibido un impacto se había puesto negro y la pierna derecha también estaba averiada –la articulación de la rodilla no funcionaba como debería, y le obligaba a cojear–, pero aparte de eso había tenido mucha suerte. El último ataque se había producido un kilómetro más atrás, y ahora ya casi estaban fuera de su alcance.

La salva de proyectiles apareció por encima del risco más cercano formando un arco resplandeciente. La avería del visor hizo que tardara un poco más de lo normal en detectarlos. Creyó que ya habían empezado a disparar, pero no eran más que los rayos de sol arrancando reflejos a las lisas superficies metálicas. Los proyectiles descendieron un poco y se reagruparon moviéndose con la fluida elegancia de una bandada de pájaros.

El momento en que empezaron a disparar fue indicado por un rojo destellar estroboscópico. Alzó su arma para devolver el fuego. Las otras siluetas del grupo ya habían empezado a disparar. Algunas se arrojaron de bruces sobre la polvorienta superficie del desierto, otras pusieron una rodilla en el suelo. Sólo él siguió en pie.

Los proyectiles volvieron a cambiar de dirección. Giraron al unísono y se separaron bruscamente para seguir rumbos distintos. Los primeros impactos levantaron nubecillas de polvo alrededor de sus pies. Intentó apuntar el cañón de su arma hacia una de las pequeñas máquinas, pero los proyectiles se movían con una rapidez asombrosa y el arma que sostenía en las manos le pareció tan pesada y difícil de manejar que jamás conseguiría acertarles. Su traje empezó a transmitirle el

distante ruido de los disparos y los gritos de los demás. El interior del casco se llenó de lucecitas que indicaban los daños. El traje tembló y su pierna derecha quedó repentinamente insensible.

–¡Despierta, Gurgeh! –gritó Yay.

Gurgeh la oyó reír.

La joven giró velozmente sobre una rodilla y dos proyectiles cambiaron repentinamente de rumbo para dirigirse hacia su sección del grupo. Debían de haberse dado cuenta de que era la más débil. Gurgeh vio acercarse las máquinas, pero el arma zumbó locamente en sus manos y el cañón siempre parecía estar apuntando a un lugar en el que ya no estaban. Las dos máquinas se lanzaron velozmente hacia el hueco que había entre él y Yay. Un proyectil emitió un destello cegador y se desintegró. Yay dejó escapar un grito de júbilo. El otro proyectil trazó un arco entre ellos y Yay alzó una pierna intentando liquidarlo de una patada. Gurgeh giró torpemente sobre sí mismo, disparó y consiguió rociar de llamas el traje de Yay. Oyó su grito y las maldiciones que le siguieron. Yay se tambaleó, pero volvió a alzar el arma. Los surtidores de polvo hicieron erupción alrededor del segundo proyectil y Gurgeh vio cómo cambiaba de rumbo disponiéndose para un nuevo ataque. Los parpadeos rojos iluminaron el interior de su traje y llenaron de oscuridad el visor de su casco. Perdió la sensibilidad del cuello para abajo y cayó al suelo. El mundo se convirtió en una inmensidad negra donde sólo había silencio.

–Estás muerto –dijo secamente una vocecita.

Yacía sobre el suelo del desierto, pero no podía verlo. Podía oír ruidos distantes y ahogados, y captaba las vibraciones que hacían temblar el suelo. Podía oír el palpitar de su corazón y el susurro del aire entrando y saliendo de sus pulmones. Intentó contener la respiración y disminuir la velocidad de sus latidos, pero estaba paralizado. Atrapado... Había perdido el control.

Sintió un cosquilleo en la nariz. No había forma de aliviarlo rascándose. «¿Qué estoy haciendo aquí?», se preguntó.

Las sensaciones fueron volviendo. Oyó el sonido de las conversaciones, y descubrió que estaba mirando a través del visor. Podía ver la polvorienta superficie del desierto a un centímetro de su nariz. Alguien le cogió de un brazo y le incorporó antes de que pudiera moverse.

Desconectó los cierres del casco y se lo quitó. Yay Meristinoux estaba observándole y meneaba la cabeza. La joven también se había quitado el casco. Tenía las manos apoyadas en las caderas y el arma colgando de una muñeca.

–Has estado fatal –dijo.

Su tono de voz hizo que las palabras no sonaran tan hirientes. Tenía el rostro de una niña muy hermosa, pero la voz lenta y algo ronca estaba impregnada de una burlona sabiduría. La voz indicaba que Yay había estado metida en muchos líos y

había logrado salir con bien de todos ellos.

Los demás estaban sentados sobre las rocas y el polvo del desierto hablando entre ellos. Algunos ya estaban yendo hacia los edificios del club. Yay cogió el arma de Gurgeh y se la alargó. Gurgeh se rascó la nariz y meneó la cabeza indicando que no la quería.

–Yay –le dijo–, esto es para niños.

Yay le observó en silencio durante unos momentos, apoyó el arma en la curva de su cuello y se encogió de hombros (y los cañones de las dos armas se movieron velozmente bajo los rayos de sol emitiendo un destello fugaz, y Gurgeh volvió a ver la hilera de proyectiles que aceleraba hacia ellos y sintió un leve mareo, pero la sensación sólo duró un segundo).

–¿Y qué? –replicó ella–. Al menos no es aburrido. Dijiste que te aburrías. Pensé que una buena sesión de tiros te animaría.

Gurgeh se quitó el polvo del traje y se volvió hacia los edificios del club. Yay ya se había puesto en movimiento. Los robots de recuperación pasaron junto a ellos y empezaron a recoger los fragmentos de las máquinas destruidas.

–Es terriblemente infantil, Yay. ¿Por qué pierdes el tiempo con estas tonterías?

Se detuvieron en lo alto de la duna. El conjunto de edificios del club estaba a cien metros de distancia interponiéndose entre ellos y la arena dorada y el oleaje blanco como la nieve. El mar cabrilleaba bajo los rayos del sol.

–No seas tan pomposo –dijo Yay.

El mismo viento que desintegraba las crestas de las olas y devolvía la espuma resultante al mar agitaba los mechones de su corta cabellera castaña. Yay se inclinó sobre los restos de un proyectil que yacían semienterrados en la arena, los cogió, sopló sobre las superficies relucientes para quitarles los granos de arena que se les habían pegado e hizo rodar los componentes en la palma de su mano.

–Porque me gusta –dijo–. Disfruto con la clase de juegos que tanto te gustan, pero... Esto también me divierte. –Parecía perpleja–. Esto es un juego. ¿No has obtenido ninguna clase de placer de él?

–No. Y en cuanto pase un tiempo tú también dejarás de encontrarlo divertido.

Yay se encogió despreocupadamente de hombros.

–Bueno... Lo disfrutaré mientras dure.

Le alargó los componentes de la máquina desintegrada. Gurgeh los inspeccionó mientras un grupo de jóvenes pasaba junto a ellos yendo hacia las zonas de tiro.

–¿Señor Gurgeh?

Un joven se había detenido y acababa de lanzarle una mirada interrogativa. Los rasgos de Gurgeh se fruncieron en una fugaz expresión de disgusto rápidamente sustituida por otra de tolerancia divertida que Yay le había visto emplear antes en situaciones parecidas.

–¿Jernau Morat Gurgeh? –preguntó el joven, aún no muy seguro de si le había reconocido o estaba equivocado.

–Culpable.

Gurgeh sonrió afablemente e irguió la espalda un par de grados para quedar más erguido, pero sólo Yay se dio cuenta del gesto. El rostro del joven se iluminó y dobló la cintura en una rápida reverencia. Gurgeh y Yay intercambiaron una rápida mirada de soslayo.

–Es un honor conocerle, señor Gurgeh –dijo el joven con una ancha sonrisa–. Me llamo Shuro... Soy... –Se rió–. No me pierdo ni una sola de sus partidas. Tengo todas las obras de teoría tuyas que hay disponibles en los archivos y...

Gurgeh asintió.

–Qué exhaustivo por su parte.

–Las tengo todas, créame. Me sentiría muy honrado si quisiera jugar conmigo a... Bueno, a lo que fuese y cuando a usted le vaya bien. El Despliegue quizá sea el juego que se me da mejor; he llegado a los tres puntos, pero...

–Por desgracia mi eterno problema es la falta de tiempo –dijo Gurgeh–. Pero si alguna vez surge la ocasión, le aseguro que me encantará jugar con usted. –Movié la cabeza en un asentimiento casi imperceptible dirigido al joven–. Es un placer haberle conocido.

El joven se ruborizó y empezó a retroceder sin dejar de sonreír.

–El placer ha sido mío, señor Gurgeh... Adiós... Eh... Bueno, adiós.

Sonrió para ocultar su confusión, giró sobre sí mismo y fue a reunirse con sus compañeros.

Yay le siguió con la mirada.

–Este tipo de cosas te encantan, ¿verdad, Gurgeh?

Sonrió.

–En absoluto –se apresuró a replicar él–. Me resultan muy molestas.

Yay siguió observando al joven recorriéndole con los ojos de la cabeza a los pies mientras se alejaba caminando rápidamente sobre la arena. Suspiró.

–Pero ¿y tú? –Gurgeh contempló con cara de disgusto los fragmentos del proyectil que sostenía en el hueco de la mano–. ¿Disfrutas con toda esta... destrucción?

–Oh, vamos, si a esto le llamas destrucción... –dijo Yay–. Las explosiones separan los componentes de los proyectiles, pero no los destruyen. Soy capaz de volver a montar cualquiera de ellos en menos de media hora.

–Una gran mentira, ¿eh?

–¿Hay algo que no lo sea?

–Los logros intelectuales. Ejercitar las habilidades que posees. Los sentimientos humanos.

Los labios de Yay se curvaron en una sonrisita irónica.

–Creo que nos falta mucho para entendernos el uno al otro, Gurgeh –dijo.

–Deja que te ayude.

–¿Quieres que sea tu protegida?

–Sí.

Yay ladeó la cabeza hasta que sus ojos se posaron en las olas que se deslizaban sobre la playa dorada y se volvió hacia Gurgeh. Alargó lentamente el brazo hasta colocar la mano detrás de su cabeza, se puso el casco y activó los cierres. El viento soplaba y las olas embestían la playa. Gurgeh se encontró contemplando el reflejo de su rostro en el visor de Yay. Alzó una mano y la pasó por entre los rizos de su negra cabellera.

Yay se subió el visor.

–Te veré luego, Gurgeh. Habíamos quedado en que Chamlis y yo iríamos a tu casa pasado mañana, ¿no?

–Si quieres...

–Oh, claro que quiero.

Le guiñó el ojo y empezó a bajar por la pendiente de arena. Gurgeh la siguió con la mirada. Yay pasó junto a un robot de recuperación cargado de brillantes fragmentos metálicos y le entregó su arma.

Gurgeh permaneció inmóvil durante unos momentos sosteniendo los restos del proyectil en el hueco de su mano. Después separó los dedos y dejó que cayeran sobre la desnudez del desierto.

Podía oler la tierra y los árboles que había alrededor del lago situado debajo del balcón. La noche estaba nublada y muy oscura, y la única claridad visible en el cielo quedaba confinada a las partes de las nubes levemente iluminadas por los reflejos del distante lado diurno de las Placas del Orbital. Las olas se movían en la oscuridad chapoteando ruidosamente contra los cascos de embarcaciones invisibles. Las luces brillaban en las orillas del lago indicando la presencia de los edificios de poca altura medio escondidos entre los árboles que alojaban a los estudiantes. La fiesta era una presencia a su espalda, algo invisible que palpitaba como el sonido y el olor del falso trueno formado por la amalgama de música, risas, los olores de la comida y los perfumes y vapores tan inidentificables como exóticos que llegaban del edificio de la facultad.

La oleada de *Azul fuerte* estaba por todas partes y fue invadiendo poco a poco todo su ser. Las fragancias del cálido aire nocturno que brotaban de la hilera de puertas abiertas que tenía detrás flotaron sobre la marea de ruidos provocados por el gentío y parecieron convertirse en hebras de aire, fibras que se iban separando de la cuerda que habían formado envueltas en un color y una presencia distintas para cada una. Las fibras sufrieron una nueva transformación y Gurgeh pensó en paquetitos de tierra. Algo que desmenuzar entre sus dedos; algo que absorber e identificar...

Ahí. Ése era el olor rojo y negro de la carne asada que aceleraba el pulso y estimulaba las glándulas salivares; tentador y vagamente desagradable al mismo tiempo según las partes de su cerebro que lo evaluaran. La raíz animal olisqueaba el combustible de un alimento rico en proteínas; el tronco y la parte media del cerebro captaban la presencia de células muertas e incineradas, y el dosel de la parte delantera del cerebro ignoraba ambas señales porque sabía que su estómago estaba lleno y la carne asada había salido de los tanques de cultivo.

También podía detectar la presencia del mar; un olor a sal que había recorrido diez kilómetros o más por encima de la llanura y las marismas, otra conexión de hebras parecida a la telaraña y la red de ríos y canales que unían la masa oscura del lago al incansable fluir del océano que se extendía más allá de los pastizales y los bosques perfumados por la resina.

Azul fuerte era una secreción de jugadores, un producto de las glándulas alteradas por la manipulación genética que se hallaban en la parte inferior del cráneo de Gurgeh, ocultas por las primeras y viejas capas cerebrales producto de la mera evolución animal. La panoplia de drogas manufacturadas por el organismo entre las que podían escoger la inmensa mayoría de individuos de la Cultura contaba con más de trescientos compuestos distintos cuya sofisticación y popularidad variaban considerablemente de unos a otros. *Azul fuerte* era uno de los menos utilizados porque no provocaba ningún placer inmediato y producirlo requería un notable

esfuerzo de concentración, pero resultaba muy útil para los juegos. Lo que parecía complicado se volvía sencillo; los problemas que parecían insolubles se revelaban repentinamente fáciles de solucionar y lo que había parecido incognoscible se convertía en obvio. Era una droga utilitaria, un modificador de la abstracción cuyos efectos no tenían nada que ver con los de un intensificador sensorial, un estimulante sexual o un reforzante fisiológico.

Y no la necesitaba.

Ésa fue precisamente la revelación traída por la droga en cuanto los efectos iniciales se desvanecieron y la fase de meseta se hubo adueñado de su organismo. El hombre con el que se disponía a enfrentarse y a cuya partida anterior de Cuatro Colores había asistido como espectador tenía un estilo engañoso, pero eso no impedía que el comprenderlo y superarlo fuese relativamente sencillo. Su forma de jugar resultaba impresionante, pero casi todo era pura fachada; elegante e intrincada, de acuerdo, pero también muy hueca y delicada y, en última instancia, terriblemente vulnerable. Gurgeh escuchó los sonidos de la fiesta, el lento chapotear de las aguas del lago y los ruidos que llegaban desde los edificios de la universidad que había en la orilla de enfrente. El recuerdo del estilo de su joven contrincante seguía tan claro como antes.

«Olvídalo –decidió de repente–. Deja que el hechizo se derrumbe.»

Algo se relajó en su interior. Era un simple truco mental, como si un miembro fantasma hubiera dejado de estar tenso. El hechizo –el equivalente cerebral a un minúsculo y tosco subprograma circular que podía mantenerse en acción indefinidamente– se derrumbó y, sencillamente, dejó de ser pronunciado.

Se quedó un rato más en la terraza contemplando el lago, giró sobre sí mismo y volvió a la fiesta.

–Jernau Gurgeh... Creía que habías optado por la huida.

Gurgeh se volvió hasta quedar de cara a la pequeña unidad que había flotado hacia él apenas volvió a entrar en la sala elegantemente amueblada. Los invitados hablaban o formaban grupos alrededor de los tableros de juego y las mesas bajo los inmensos tapices de considerable antigüedad que hacían pensar en estandartes de guerras olvidadas. También había docenas de unidades, algunas jugando, algunas observando las partidas, otras hablando con seres humanos y unas cuantas envueltas en las austeras geometrías vagamente parecidas a celosías indicadoras de que estaban comunicándose mediante un transceptor. Mawhrin-Skel, la unidad que acababa de dirigirle la palabra, era con mucho la más pequeña de todas las presentes en la fiesta y habría cabido cómodamente en un par de manos extendidas. El campo de su aura contenía matices cambiantes de gris y marrón que teñían la banda del azul convencional. La unidad parecía el modelo a escala de una compleja nave espacial

bastante antigua.

Gurgeh la observó frunciendo el ceño. La unidad le fue siguiendo mientras se abría paso hacia la mesa de Cuatro Colores.

–Pensé que el mocoso quizá te había asustado –dijo la unidad.

Gurgeh acababa de llegar a la mesa donde estaba jugando el joven y se dejó caer en la silla de madera repleta de tallas que acababa de ser abandonada a toda prisa por su recién derrotado predecesor. La unidad había hablado en un tono de voz lo suficientemente alto para que el «mocoso» –un hombre de cabellera desordenada que tendría treinta o treinta y pocos años como máximo– pudiera oírle. El joven puso cara de sentirse herido.

El volumen de las voces de quienes le rodeaban se debilitó un poco. Los campos del aura de Mawhrin-Skel pasaron a una mezcla de rojo y marrón, lo que indicaba placer divertido y disgusto juntos. La unidad acababa de emitir una señal contradictoria muy próxima a un insulto directo.

–No haga ningún caso de esta máquina –dijo Gurgeh volviéndose hacia el joven y devolviendo el asentimiento de cabeza con que acababa de saludarle–. Le encanta hacer enfadar a la gente. –Acercó su silla a la mesa e intentó alisar los pliegues de su vieja chaqueta de mangas anchas, una prenda tan holgada que ya no estaba de moda–. Me llamo Jernau Gurgeh. ¿Y usted?

–Stemli Fors –dijo el joven tragando saliva.

–Encantado de conocerle. Bien... ¿Con qué color juega?

–Ahhh... Con el verde.

–Estupendo. –Gurgeh se reclinó en la silla. Guardó silencio durante unos momentos y movió la mano señalando el tablero–. Bien... Después de usted.

El joven llamado Stemli Fors hizo su primer movimiento. Gurgeh se inclinó hacia adelante para hacer el suyo y Mawhrin-Skel se colocó sobre su hombro zumbando distraídamente. Gurgeh golpeó una de sus placas con la punta de un dedo y la unidad se apartó un poco. Mawhrin-Skel se pasó el resto de la partida imitando el sonido que hacían las pirámides con la punta sostenida por bisagras al ser cambiadas de posición sobre el tablero. Gurgeh dio las gracias al joven y se puso en pie.

No le había costado nada derrotarle e incluso se permitió unas cuantas fiorituras al final, aprovechando la confusión de Fors para producir una colocación de cierta belleza estética. Le bastó con mover velozmente una pieza cuatro diagonales con un traqueteo de pirámides en rotación parecido a una ráfaga de disparos y el brusco desplazamiento dibujó un cuadrado tan rojo como una herida sobre el tablero. Algunos espectadores aplaudieron; otros dejaron escapar murmullos de admiración.

–Es un truco de lo más barato –dijo Mawhrin-Skel lo bastante alto para que le oyeran todos–. Ese chico era presa fácil. Estás perdiendo la finura.

Su campo se iluminó con un brillante destello rojizo y la unidad hendió el aire

hasta colocarse sobre las cabezas de los presentes y se alejó.

Gurgeh meneó la cabeza y se levantó de la mesa.

La pequeña unidad le irritaba y le divertía a partes casi iguales. Era grosera e insultante y solía hacerle enfadar, pero su presencia también suponía una agradable alteración de la norma. La gente siempre le trataba de una forma tan espantosamente cortés... Mawhrin-Skel ya debía de haber encontrado otro infortunado al que molestar. Gurgeh avanzó por entre el gentío saludando a unas cuantas personas con la cabeza. Vio a la unidad Chamlis Amalk-Ney junto a una mesa muy larga y no demasiado alta hablando con una de las profesoras menos insoportables de la universidad. Gurgeh fue hacia ellos y cogió una bebida de una bandeja de servicio que pasó flotando a su lado.

–Ah, amigo mío... –dijo Chamlis Amalk-Ney.

La unidad medía casi un metro y medio de altura por medio de anchura y otro tanto de profundidad, y las sencillas placas de su estructura mostraban las diminutas señales y la falta de brillo provocadas por el desgaste de los milenios. La unidad volvió su banda de percepción hacia él.

–La profesora y yo estábamos hablando de ti.

La habitual expresión de severidad de la profesora Boruelal quedó algo aliviada por una sonrisa irónica.

–¿Acaba de obtener otra victoria, Jernau Gurgeh?

–¿Se me nota? –replicó Gurgeh llevándose su bebida a los labios.

–He aprendido a reconocer los signos –dijo la profesora. Tendría dos veces la edad de Gurgeh y ya había dejado bastante atrás su segundo siglo de existencia, pero su digna hermosura seguía siendo impresionante. Tenía la piel bastante pálida y el cabello blanco, como siempre lo había tenido, y lo llevaba muy corto—. ¿Otro estudiante mío ha sido humillado?

Gurgeh se encogió de hombros. Apuró su bebida y miró a su alrededor buscando una bandeja donde depositarla.

–Permíteme –murmuró Chamlis Amalk-Ney.

Quitó delicadamente la copa de entre sus dedos y la colocó sobre una bandeja que pasaba a unos tres metros de distancia de ellos. Su campo teñido de matices amarillos se extendió hasta alcanzar una copa llena del mismo vino que acababa de beber y se la entregó.

Boruelal vestía un traje oscuro de tela muy suave adornado en la garganta y las rodillas por delicadas cadenitas de plata. Iba descalza, y Gurgeh pensó que sus pies desnudos no realzaban su atuendo tan bien como podrían haberlo hecho un par de botas de tacón, pero aquella excentricidad casi resultaba insignificante comparada con las que gustaban de exhibir algunos miembros del cuadro académico de la universidad. Gurgeh sonrió, bajó la vista hacia los dedos de sus pies y contempló el

contraste de la piel morena sobre los tablones dorados del suelo.

–Es usted tan destructivo, Gurgeh... –dijo Boruelal–. ¿Por qué no nos ayuda? Conviértase en parte de la facultad y deje de ser el eterno conferenciante invitado que va de un lado a otro.

–Ya hemos hablado de eso muchas veces, profesora, y creo recordar que siempre le he dado la misma explicación. Estoy demasiado ocupado. Tengo montones de partidas que jugar, tesis y trabajos que escribir, cartas que contestar, invitaciones que me exigen viajar y aparte de eso... Bueno, ya sabe que me aburro con mucha facilidad.

Gurgeh apartó la mirada.

–Jernau Gurgeh sería un pésimo profesor –dijo Chamlis Amalk-Ney–. Si un estudiante no lograra comprender algo al momento, sin importar lo complejo y abstruso que fuese, Gurgeh perdería la paciencia y probablemente le derramaría lo que estuviese bebiendo por encima de la cabeza..., o quizá hiciera algo aún peor.

–Sí, he oído algunos rumores al respecto –dijo la profesora poniéndose muy seria.

–Ya hace un año de eso –dijo Gurgeh frunciendo el ceño–, Y Yay se lo merecía.

Contempló a la vieja unidad sin dejar de fruncir el ceño.

–Bueno –dijo la profesora lanzando una rápida mirada de soslayo a Chamlis–, quizá hayamos logrado encontrar un rival digno de usted, Gurgeh. Hay una joven que...

Hubo un estruendo lejano y el nivel del ruido de fondo aumentó repentinamente. Unos instantes después los gritos les hicieron volver la cabeza.

–Oh, no, otro jaleo no... –dijo la profesora con voz cansada.

A primera hora de la noche uno de los jóvenes conferenciantes había perdido el control de su mascota, un pájaro que se había dedicado a revolotear por toda la sala graznando frenéticamente y posándose en la cabeza de varias personas antes de que la unidad Mawhrin-Skel lo interceptara en pleno vuelo dejándolo inconsciente, con lo que la mayoría de asistentes a la fiesta perdieron una diversión con la que no contaban y que había estado pareciéndoles muy entretenida.

–¿Y ahora qué? –suspiró Boruelal–. Discúlpenme...

Dejó distraídamente su bebida y el canapé que había estado mordisqueando sobre la lisa parte superior de Chamlis Amalk-Ney y se fue abriendo paso entre el gentío dando codazos y pidiendo disculpas. Gurgeh vio cómo se alejaba en dirección al origen de la perturbación.

El aura de Chamlis emitió un breve destello gris blanquecino de incomodidad. La unidad dejó la copa sobre la mesa haciendo bastante ruido y arrojó el canapé a una papelera.

–Estoy seguro de que todo es culpa de Mawhrin-Skel. Esa máquina es insoportable –dijo Chamlis con irritación.

Gurgeh alargó el cuello intentando ver algo por encima de la multitud.

–¿De veras? –preguntó–. ¿Crees que toda esta conmoción es obra suya?

–Francamente, no comprendo qué encuentras de atractivo en ella –dijo la vieja unidad.

Volvió a coger la copa de Boruelal y derramó el vino de color oro encima de un campo dejándolo suspendido en el aire como si flotara en el interior de un recipiente invisible.

–Me divierte –replicó Gurgeh, y se volvió hacia Chamlis–. Boruelal dijo no sé qué de que había encontrado una rival digna de mí... ¿Estabais hablando de eso cuando llegué?

–Sí. Acaba de matricularse en la universidad... Tengo entendido que se ha pasado la vida en un VGS, y parece tener un don natural para el Acabado.

Gurgeh enarcó una ceja. El Acabado era uno de los juegos más complejos de su repertorio, y también uno de los que sabía jugar mejor. Había otros jugadores humanos en la Cultura que podían vencerle –aunque todos eran especialistas en el juego, no generalistas como él–, pero ni uno solo de ellos estaba en condiciones de garantizar que saldría triunfador de una partida, y aparte de eso eran muy pocos y se encontraban esparcidos por toda la Cultura..., probablemente sólo habría unos diez en toda la población.

–Bien, ¿quién es ese bebé que parece tener tanto talento?

Los ruidos que llegaban del otro extremo de la sala habían ido debilitándose poco a poco.

–Es una recién llegada –dijo Chamlis. Manipuló el campo que sostenía el vino y dejó que fuese goteando a lo largo de esbeltos haces huecos de energía invisible–. Acaba de desembarcar del *Culto del cargamento*, y creo que aún está terminando de instalarse.

El Vehículo General de Sistemas *Culto del cargamento* había llegado al Orbital Chiark hacía diez días y se había marchado hacía sólo dos. Gurgeh había estado en él para dar unas cuantas exhibiciones múltiples (y se había llevado la secreta alegría de haber ganado limpiamente en todas, ya que no le habían derrotado en ninguno de los varios juegos que componían la exhibición), pero no había jugado al Acabado. Algunos de sus oponentes habían hecho vagos comentarios sobre una jugadora supuestamente muy brillante (aunque bastante tímida) que viajaba en el Vehículo, pero la jugadora no había dado la cara –o, al menos, Gurgeh no se había enterado de que hubiera decidido hacerlo–, y acabó suponiendo que los informes sobre el talento de aquella joven prodigio habían sido groseramente exagerados. Los habitantes de las grandes naves tendían a sentirse extrañamente orgullosos de sus moradas. Les gustaba pensar que el hecho de que hubieran sido vencidos por el gran jugador no quería decir que en algún lugar de su habitáculo no hubiese alguien capaz de

enfrentarse a él y derrotarlo (naturalmente, la nave sí habría podido vencerle con suma facilidad, pero eso no contaba; los que tanto presumían de su VGS se referían a seres humanos o a unidades cuyo valor fuera de 1 o superior).

–Eres un artefacto insoportable que siempre está armando jaleo –dijo Boruelal mirando fijamente a la unidad Mawhrin-Skel.

La unidad flotaba sobre su hombro con el aura teñida por el brillo anaranjado del bienestar, pero el campo estaba aureolado por motitas purpúreas que indicaban una contrición avergonzada no demasiado convincente.

–Oh –dijo Mawhrin-Skel con animación–, ¿de veras lo cree?

–Hable con esta máquina imposible, Jernau Gurgeh –dijo la profesora.

Se volvió hacia Chamlis Amalk-Ney, frunció el ceño al ver que la copa había desaparecido y cogió otra. (Chamlis echó el vino con el que había estado jugando en la copa que Boruelal dejó abandonada al marcharse y volvió a colocarla sobre la mesa).

–¿Qué has hecho ahora? –preguntó Gurgeh.

Mawhrin-Skel se acercó hasta quedar flotando junto a su cabeza.

–Acabo de dar una lección de anatomía –dijo la unidad, y sus campos se convirtieron en una mezcla de seriedad azulada y marrón sardónico.

–Alguien encontró un chirlip en la terraza –explicó Boruelal, lanzando una mirada acusatoria a la pequeña unidad–. Estaba herido. No sé quién tuvo la idea de llevarlo dentro de la sala y Mawhrin-Skel se ofreció a tratarlo.

–No tenía nada urgente que hacer –dijo Mawhrin-Skel con mucha calma.

–Lo mató y lo diseccionó delante de todo el mundo. –La profesora suspiró–. Los que lo vieron... Bueno, quedaron bastante afectados.

–De todas formas habría muerto a causa del shock –dijo Mawhrin-Skel–. Los chirlips son unas criaturas muy interesantes... esos encantadores plieguecitos de la piel ocultan un sistema de huesos muy complejo colocado a varios niveles y las ramificaciones del sistema digestivo son realmente fascinantes.

–Pero no cuando la gente está comiendo –dijo Boruelal escogiendo otro canapé de la bandeja–. Aún no había dejado de moverse –añadió con expresión lúgubre.

Engulló el canapé.

–Capacitancia sináptica residual –explicó Mawhrin-Skel.

–O «mal gusto», como lo llamamos las máquinas –dijo Chamlis Amalk-Ney.

–Eres todo un experto en ese tema, ¿verdad, Amalk-Ney? –preguntó Mawhrin-Skel.

–Me inclino ante la superioridad de tus talentos en ese campo –respondió secamente Chamlis.

Gurgeh sonrió. Chamlis Amalk-Ney era un viejo amigo y, aparte de eso, una auténtica antigüedad. La unidad había sido construida hacía más de cuatro mil años

(Chamlis afirmaba haber olvidado la fecha exacta, y hasta el momento nadie había cometido la descortesía de buscar en los archivos para dar con ella). Gurgeh le había conocido toda la vida. La unidad era amiga de la familia desde hacía siglos.

Su relación con Mawhrin-Skel era mucho más reciente. La irascible y diminuta máquina de pésimos modales había llegado al Orbital Chiark hacía tan sólo unos doscientos días. Era otra personalidad fuera de lo corriente que se había sentido atraída por la exagerada reputación de excentricidad del planeta.

Mawhrin-Skel había sido diseñado como unidad de Circunstancias Especiales para la sección de Contacto de la Cultura, lo cual quería decir que en sustancia era una máquina militar con una amplia gama de sistemas sensoriales y de armamento tan sofisticados como potentes que habrían resultado totalmente innecesarios y carentes de objetivo en la mayoría de unidades. Su carácter y personalidad no habían sido definidos con anterioridad a la construcción, al igual que ocurría con todos los artefactos conscientes fabricados por la Cultura, y se había permitido que fueran desarrollándose libremente durante la estructuración de su mente. La Cultura consideraba que ese factor impredecible incorporado a su producción de máquinas conscientes era el precio que había que pagar a cambio de la individualidad, pero el resultado era que no todas las unidades a las que daba existencia podían considerarse totalmente adecuadas a las tareas para las que habían sido diseñadas en un principio.

Mawhrin-Skel era uno de esas unidades. Se decidió que no tenía la personalidad adecuada para Contacto, y ni siquiera para Circunstancias Especiales. Mawhrin-Skel era inestable, díscolo y carente de sensibilidad. (Y no había que olvidar que éstos eran los aspectos en que había decidido revelar su fracaso, y que podía haber unos cuantos más que seguían siendo ignorados por todos.) Se le había dado a escoger entre una alteración radical de la personalidad en la que tendría poco o nada que decir acerca del carácter que acabaría teniendo una vez finalizado el proceso o una vida fuera de Contacto con su personalidad intacta, pero con el armamento y los sistemas sensoriales y de comunicación más complejos eliminados para dejarlo a un nivel más cercano al de la unidad promedio.

Mawhrin-Skel había escogido la segunda opción y había puesto rumbo al Orbital Chiark con la esperanza de encontrar un sitio en el que pudiera encajar.

–Sesos de carne –dijo Mawhrin-Skel bailoteando delante de Chamlis Amalk-Ney.

La pequeña unidad salió disparada hacia la hilera de ventanas abiertas. El aura de la vieja unidad se encendió con un parpadeo blanco de ira y la ondulación de luz irisada que la recorrió reveló que estaba utilizando el haz de su transceptor para comunicarse con la máquina que acababa de alejarse. Mawhrin-Skel frenó en seco y giró sobre sí mismo. Gurgeh contuvo el aliento y se preguntó qué podía haberle dicho Chamlis y qué podía replicar la otra unidad. Sabía que Mawhrin-Skel no se tomaría la molestia de mantener sus observaciones en secreto como había hecho Chamlis.

–Lo que más me molesta no es lo que he perdido –dijo Mawhrin-Skel hablando muy despacio desde un par de metros de distancia–. No, lo que me irrita es aquello que he ganado durante el proceso de asemejarme aunque sólo sea remotamente a un caso de fatiga geriátrica como el tuyo al que los años han desgastado de tal forma que ni siquiera tiene la miserable decencia humana de morir cuando el tiempo le deja anticuado. Eres un desperdicio de materia, Amalk-Ney.

Mawhrin-Skel se convirtió en una esfera, alteró la superficie de ésta hasta volverla tan reflectante como un espejo y abandonó la sala para esfumarse en la oscuridad exhibiendo su ostentosa negativa a seguir comunicándose.

–Cretino –dijo Chamlis con los campos congelados en un frío resplandor azulado. Boruelal se encogió de hombros.

–Confieso que me da un poco de pena.

–A mí no –dijo Gurgeh–. Creo que se lo está pasando en grande. –Se volvió hacia la profesora–. ¿Cuándo podré conocer a esa joven genio suya que juega tan bien al Acabado? No estará escondiéndola para que pueda entrenarse en paz, ¿verdad?

–No, sólo le estamos dando el tiempo necesario para que se adapte a su nueva situación. –Boruelal se hurgó entre los dientes con el palillo del canapé–. Por lo que me han contado de ella, esa chica ha crecido en un ambiente muy limitado. Parece ser que apenas si ha salido del VGS y todo esto debe resultarle bastante extraño. Aparte de eso, no ha venido aquí para estudiar la teoría de los juegos, Jernau Gurgeh, y creo que debo dejarlo bien claro. Quiere estudiar filosofía.

Gurgeh puso la cara de sorpresa que se esperaba de él.

–¿Un ambiente muy limitado? –exclamó Chamlis Amalk-Ney–. ¿En un VGS? Su aura gris metálico indicaba perplejidad.

–Es bastante tímida.

–Sí, supongo que debe serlo.

–Tengo que conocerla –dijo Gurgeh.

–La conocerá –dijo Boruelal–, y puede que muy pronto. Dijo que quizá vendría conmigo a Tronze para el próximo concierto. Hafflis siempre celebra una partida allí, ¿no?

–Sí, tiene esa costumbre –dijo Gurgeh.

–Quizá juegue con usted en Tronze. Pero no se sorprenda demasiado si lo único que consigue es que le mire con cara de susto.

–Seré el epítome de la afabilidad y los buenos modales –le aseguró Gurgeh.

Boruelal asintió con expresión pensativa mientras recorría la multitud de invitados con la mirada. Un estallido de gritos procedente del centro de la sala pareció distraerla.

–Disculpe –dijo–. Creo haber detectado el comienzo de una nueva conmoción.

Se apartó de él. Chamlis Amalk-Ney se hizo a un lado para evitar el que volviera

a utilizarle como mesa y la profesora se llevó su copa con ella.

–¿Viste a Yay esta mañana? –preguntó Chamlis.

Gurgeh asintió con la cabeza.

–Me hizo poner un traje especial y me dio un arma para que disparara contra proyectiles de juguete que se desmantelaban a sí mismos mediante explosiones controladas.

–Y no te gustó.

–En lo más mínimo. Tenía grandes esperanzas para esa chica, pero si continúa abusando de esa clase de tonterías... Bueno, creo que su inteligencia acabará sufriendo un proceso de desmantelamiento explosivo.

–Esa clase de diversiones no son para todos. Yay intentaba ayudarte, nada más... Dijiste que te sentías inquieto y que andabas buscando algo nuevo.

–Sí, pero parece que no se trataba de eso –dijo Gurgeh, y sintió una tan repentina como inexplicable oleada de tristeza.

Él y Chamlis observaron cómo los invitados empezaban a desfilar junto a ellos dirigiéndose hacia la hilera de ventanas que daban a la terraza. Gurgeh sintió una especie de zumbido ahogado dentro de su cabeza. Había olvidado que utilizar *Azul fuerte* requería un cierto grado de control y vigilancia interna si se querían evitar los desagradables efectos de la resaca. Vio pasar a los invitados con una ligera sensación de náuseas.

–Debe faltar poco para que empiecen los fuegos artificiales –dijo Chamlis.

–Sí... ¿Qué te parece si salimos a tomar el aire?

–Es justo lo que necesito –dijo Chamlis.

Su aura se había vuelto de un color rojo oscuro.

Gurgeh dejó su copa sobre la mesa. Él y la vieja unidad se unieron a los grupos de invitados que abandonaban el bien iluminado salón adornado con tapices para salir a la terraza que daba a las oscuras aguas del lago.

Las gotas de lluvia se estrellaban contra las ventanas con un ruido que recordaba el chisporroteo de los leños que ardían en la chimenea. La vista desde la casa de Ikroh –la pendiente boscosa que bajaba hasta el fiordo y las montañas que se alzaban al otro lado de él–, quedaba ligeramente distorsionada por los hilillos de agua que se deslizaban sobre los cristales, y de vez en cuando un grupo de nubes bajas pasaba velozmente enredándose en las tórrelas y cúpulas del hogar de Gurgeh como si fueran hilachas de humo mezcladas con vapor de agua.

Yay Meristinox cogió un enorme atizador de hierro labrado que colgaba junto a la chimenea, apoyó una bota en las complejas tallas de las piedras que servían de marco a la chimenea y hundió la punta del atizador en uno de los troncos que crujía y siseaban mientras se consumían sobre la rejilla. Un chorro de chispas salió disparado hacia arriba y se esfumó por la chimenea para reunirse con la lluvia que caía del cielo.

Chamlis Amalk-Ney flotaba cerca de la ventana observando las nubes de un gris oscuro.

La puerta de madera que había en un rincón de la estancia giró sobre sus bisagras y Gurgeh apareció en el umbral trayendo consigo una bandeja encima de la que había bebidas calientes. Llevaba puesta una bata muy holgada de color claro sobre unos pantalones oscuros y bastante abolsados. Las zapatillas que calzaba chocaron contra las plantas de sus pies acompañando su caminar con un suave golpeteo cuando cruzó la habitación. Gurgeh dejó la bandeja sobre una mesita y miró a Yay.

–¿Aún no se te ha ocurrido ningún movimiento?

Yay fue hacia el tablero, lo contempló sin demasiado interés y acabó meneando la cabeza.

–No –dijo–. Creo que has ganado.

–Mira –dijo Gurgeh.

Cambió de posición unas cuantas piezas. Sus manos se movieron sobre el tablero con tanta rapidez como las de un prestidigitador, aunque Yay siguió cada movimiento.

–Sí, ya veo –dijo asintiendo con la cabeza–. Pero... –Dio unos golpecitos sobre el hexágono en el que Gurgeh acababa de colocar una de sus piezas–. Eso sólo serviría de algo si hubiese protegido esa pieza de bloqueo hace dos movimientos. –Cogió un vaso, tomó asiento en el sofá y lo alzó hacia el hombre que le sonreía en silencio desde el sofá colocado enfrente del suyo–. Brindo por el vencedor –dijo.

–Has estado a punto de ganar –dijo Gurgeh–. Cuarenta y cuatro movimientos... Estás mejorando mucho.

–Relativamente –dijo Yay, y tomó un sorbo de su bebida–. Sólo relativamente. –Se dejó absorber por las profundidades del sofá mientras Gurgeh colocaba las piezas

en las posiciones iniciales y Chamlis Amalk-Ney se acercaba un poco para acabar flotando casi entre ellos, pero sin interponerse del todo—. ¿Sabes que siempre me ha gustado mucho el olor de esta casa, Gurgeh? –dijo Yay alzando los ojos hacia las tallas del techo. Se volvió hacia la unidad—. ¿Te gusta su olor, Chamlis?

El brillo del aura de la máquina se debilitó levemente en un extremo. Era el equivalente al encogimiento de hombros utilizado por las unidades de mayor edad.

–Sí. Probablemente porque lo que nuestro anfitrión está quemando en la chimenea es *bonise*, una madera especial desarrollada hace milenios por la vieja civilización waveriana porque les gustaba el perfume que desprendía al arder.

–Sí, ya... Bueno, huelen muy bien –dijo Yay, poniéndose en pie y yendo hacia las ventanas. Meneó la cabeza—. Este lugar tiene un clima jodidamente lluvioso, ¿eh, Gurgeh?

–Es cosa de las montañas –explicó Gurgeh.

Yay miró a su alrededor enarcando una ceja.

–No me digas...

Gurgeh sonrió y deslizó una mano sobre su barba pulcramente recortada.

–¿Qué tal andan los paisajes, Yay?

–No quiero hablar de eso. –Yay siguió observando el aguacero y volvió a menear la cabeza—. Menudo clima... –Apuró su bebida—. No me extraña que vivas solo, Gurgeh.

–Oh, eso no es culpa de la lluvia, Yay –dijo Gurgeh—. Es culpa mía. Aún no he encontrado a nadie que fuera capaz de aguantarme mucho tiempo.

–Lo que realmente quiere decir es que sería incapaz de vivir mucho tiempo con otra persona –aclaró Chamlis.

–Cualquiera de las dos explicaciones me parece verosímil –dijo Yay. Volvió a sentarse en el sofá, cruzó las piernas y empezó a jugar con una de las piezas del tablero—. ¿Qué opinas de la partida, Chamlis?

–Has llegado a los límites probables de tu habilidad técnica, pero tu instinto sigue mejorando. Aun así, dudo que consigas vencer nunca a Gurgeh.

–Eh –dijo Yay, fingiendo que las palabras de la unidad habían herido su orgullo—. Soy una principiante. Ya mejoraré. –Hizo chocar las uñas de una mano con las de la otra y emitió un leve chasquido con la lengua—. Es exactamente lo mismo que me han dicho respecto a los paisajes.

–¿Estás teniendo problemas? –preguntó Chamlis.

Yay dio la impresión de no haberle oído, pero acabó suspirando y se reclinó en el sofá.

–Sí. Esa gilipollas de Elsrtrid y esa jodida máquina... Preashipleyl es un auténtico vejstorio. Son tan..., tan poco amantes de la aventura. Se niegan a escuchar.

–¿Qué es lo que se niegan a escuchar en concreto?

–¡Mis ideas! –gritó Yay alzando los ojos hacia el techo–. Algo distinto, algo que no fuera tan condenadamente conservador... Un poco de variedad. Soy joven y no me prestan atención.

–Creía que estaban muy contentos de tu trabajo –dijo Chamlis.

Gurgeh había vuelto a instalarse en su sofá. Movía el vaso lentamente haciendo girar el líquido que contenía y no apartaba los ojos de Yay.

–Oh, sí, les encanta que me encargue de todo lo que no plantea problemas –dijo Yay. Parecía repentinamente cansada–. Una meseta o dos, un par de lagos... Pero yo estoy hablando del plan de conjunto, de cosas realmente radicales. Nos estamos limitando a construir una nueva Placa idéntica a cualquier otra de las que ya existen. Podría ser cualquiera entre un millón de Placas esparcidas por la galaxia. ¿Qué objetivo tiene eso?

–¿El que la gente pueda vivir en ella? –sugirió Chamlis con el campo levemente teñido de rosa.

–¡La gente puede vivir en cualquier parte! –dijo Yay. Se incorporó en el sofá y clavó sus brillantes ojos verdes en la unidad–. Que yo sepa no hay escasez de Placas. ¡Estoy hablando de arte!

–¿Qué habías planeado? –preguntó Gurgeh.

–¿Qué te parecerían unos campos magnéticos debajo del material de base y unas cuantas islas imantadas flotando sobre los océanos? –replicó Yay–. Nada de tierra corriente; sólo montones de rocas flotando a la deriva con arroyos, lagos, vegetación y unas cuantas personas intrépidas... ¿No crees que resultaría mucho más emocionante?

–¿Más emocionante que qué? –preguntó Gurgeh.

–¡Más emocionante que esto! –Meristinox se levantó de un salto, fue hacia la ventana y golpeó suavemente el cristal con la punta de los dedos–. Fíjate en lo que hay ahí fuera. Es como si estuvieras viviendo en un planeta... Mares, colinas y lluvia. ¿No preferirías vivir en una isla flotante que navega por los aires con el agua debajo?

–¿Y si las islas chocan? –preguntó Chamlis.

–¿Qué importa el que choquen? –Yay se volvió hacia el hombre y la unidad. El paisaje que se extendía al otro lado de las ventanas estaba cada vez más oscuro y la habitación aumentó levemente la intensidad de las luces. Yay se encogió de hombros–. Y siempre hay formas de impedir que puedan chocar... Pero ¿no os parece una idea magnífica? ¿Qué razón hay para que una vieja y una máquina puedan impedir que la convierta en realidad?

–Bueno –dijo Chamlis–, conozco a Preashipleyl y si pensara que tu idea es buena no se limitaría a ignorarla. Tiene muchísima experiencia y...

–Sí –dijo Yay–. Tiene demasiada experiencia.

–Eso es imposible, joven dama –replicó la unidad.

Yay Meristinoux tragó una honda bocanada de aire y pareció disponerse a discutir, pero acabó limitándose a extender los brazos, poner los ojos en blanco y volverse hacia la ventana.

—Ya veremos —dijo.

El atardecer había estado volviéndose más oscuro a cada momento que pasaba, pero de repente un chorro de sol se abrió paso por entre las nubes y la lluvia iluminando toda una punta del fiordo. Una claridad acuosa fue invadiendo lentamente la habitación y las luces de la casa volvieron a perder intensidad. El viento agitaba las copas de los árboles que goteaban agua.

—Ah —dijo Yay irguiendo la espalda y estirando los brazos—. No hay nada de qué preocuparse. —Inspeccionó el panorama que se extendía ante sus ojos con mucha atención—. Qué diablos... Voy a correr un rato —anunció—. Fue hacia la puerta que había en el rincón de la estancia sacándose primero una bota y luego la otra. Arrojó la chaqueta sobre el respaldo de una silla y empezó a desabotonarse la blusa—. Ya lo veréis. —Alzó un dedo como si riñera a Gurgeh y Chamlis—. Islas flotantes... Su hora ha llegado.

La unidad no dijo nada. Gurgeh puso cara de escepticismo. Yay salió de la habitación.

Chamlis flotó hacia la ventana. Observó a la chica —que ahora sólo vestía unos pantalones cortos—, y la vio echar a correr por el sendero que se alejaba de la casa y bajaba haciendo pendiente por entre las praderas y el bosque. Yay alzó la mano en un breve saludo sin mirar hacia atrás y se internó en el bosque. Chamlis hizo parpadear sus campos en respuesta, aunque Yay estaba demasiado lejos para ver el destello.

—Es muy hermosa —dijo.

Gurgeh se reclinó en el sofá.

—Me hace sentir viejo.

—Oh, no empieces a compadecerte de ti mismo —dijo Chamlis apartándose de la ventana.

Gurgeh clavó la mirada en las piedras de la chimenea.

—Estoy pasando por un momento en el que todo me parece de color gris, Chamlis. A veces pienso que he empezado a repetirme a mí mismo, que incluso los juegos nuevos son meras variaciones sobre juegos ya conocidos y que no hay nada por lo que merezca la pena seguir jugando.

—Gurgeh... —dijo Chamlis con despreocupación, e hizo algo que rara vez hacía. Se colocó sobre el sofá y fue bajando lentamente hasta que éste soportó todo su peso—. Intenta ser un poco más claro. ¿Estamos hablando de los juegos o de la vida?

Gurgeh echó hacia atrás su cabeza aureolada de rizos oscuros y se rió.

—Puede que haya acabado hartándome de los juegos —dijo mientras hacía girar una pieza tallada a mano entre sus dedos—. Solía pensar que el contexto no importaba.

Un buen juego era un buen juego y la manipulación de reglas que podían traducirse sin ningún error de una sociedad a otra encerraba cierta pureza indefinible, pero últimamente he empezado a tener mis dudas. Por ejemplo, fíjate en el Despliegue. – Movi6 la cabeza señalando el tablero que tenia delante–. Es un juego muy reciente, ¿sabes? Un planeta atrasado lo invent6 hace pocas d6cadas. Ahora se juega aqu6 y la gente hace apuestas, con lo que consiguen que sea importante. Pero... ¿con qu6 podemos apostar? ¿Qu6 objeto tendr6a que yo apostara..., digamos que Ikroh?

–Puedo asegurarte que Yay no aceptaría esa apuesta –dijo Chamlis con un fugaz parpadeo de diversión–. No para de repetir que aqu6 llueve demasiado.

–Pero... ¿comprendes a qu6 me refiero? Si alguien quisiera una casa como 6sta ya la habr6a hecho construir; si quisiera algo de lo que hay en la casa... –Gurgeh movi6 el brazo en un arco que abarc6 toda la habitaci6n–. Bueno, lo habr6a encargado y ya lo tendr6a. Si no hay dinero y no hay posesiones, una parte muy considerable del placer y el disfrute que experimentaban quienes inventaron este juego cuando se enzarzaban en sus partidas..., sencillamente desaparece.

–¿Llamas placer y disfrute a perder tu casa, tus t6tulos, tus propiedades, puede que incluso a tus hijos y el que los dem6s esperen que salgas a la terraza con un arma para volarte los sesos? ¿Eso es pasárselo bien? Creo que es una suerte que nos hayamos librado de todo eso. Deseas algo que no est6 a tu alcance, Gurgeh. Disfrutas viviendo en la Cultura, pero la Cultura no puede proporcionarte una gama de amenazas lo bastante amplia. El aut6ntico jugador necesita la emoci6n de la p6rdida potencial e incluso de la ruina, y cuando esa emoci6n desaparece tiene la sensaci6n de que no est6 vivo del todo. –Gurgeh guard6 silencio. La claridad de las llamas y el suave brillo de las luces disimuladas por toda la habitaci6n iluminaban sus rasgos–. Cuando completaste tu nombre escogiste llamarte «Morat», pero quiz6 no seas el jugador perfecto... Quiz6 tendr6as que haberte llamado «Shequi», el-que-apuesta.

–¿Quieres saber una cosa? –dijo Gurgeh muy despacio. Su voz apenas pod6a oírse por encima del chisporroteo de los leños que ardían en la chimenea–. La idea de jugar con esa chica... Me da un poco de miedo. –Mir6 a la unidad–. S6, de veras... Me da miedo porque me gusta ganar, porque poseo algo que nadie es capaz de imitar, algo que nadie m6s puede tener... Soy yo mismo, y soy uno de los mejores. –Volvi6 a alzar los ojos r6pidamente hacia la m6quina, como si se sintiera un poco avergonzado–. Pero de vez en cuando me preocupo pensando que puedo perder. ¿Y si ah6 fuera hay alg6n mocoso (especialmente si se trata de alg6n mocoso, alguien m6s joven que posea un talento natural superior al m6o), que espera su ocasi6n y que es capaz de arrebatarme todo cuanto poseo? Eso es lo que me preocupa, y cuanto mejor juego m6s me preocupo porque tengo m6s cosas que perder.

–Eres una aut6ntica regresi6n evolutiva –dijo Chamlis–. Lo importante es jugar. Eso es lo que afirma la sabidur6a ancestral, ¿verdad? Lo importante es la diversión,

no la victoria. Enorgullecerse de haber derrotado a tu contrincante, necesitar tan desesperadamente ese orgullo comprado... Eso sólo demuestra que eres un ser incompleto e inadecuado y que siempre lo has sido.

Gurgeh asintió lentamente.

–Eso dicen. Eso es lo que creen todos.

–Pero... ¿tú no opinas lo mismo?

–Yo... –Gurgeh pareció tener dificultades para encontrar las palabras adecuadas–. Cuando gano siento..., siento un júbilo inmenso. Es mejor que el amor; es mejor que el sexo o que cualquier producto glandular. Es el único instante en que me siento... –Meneó la cabeza y apretó los labios– real –dijo por fin–. Soy yo mismo. El resto del tiempo... Siento algo parecido a lo que debe sentir esa pequeña unidad a la que nunca dejaron trabajar para Circunstancias Especiales. Siento lo mismo que Mawhrin-Skel... Es como si me hubiesen arrebatado algo que me pertenecía por derecho de nacimiento.

–Ah... ¿Ésa es la clase de afinidad que crees tener con Mawhrin-Skel? –dijo Chamlis fríamente, alterando su aura para que estuviera acorde con el tono de sus palabras–. Me preguntaba qué podías ver en esa maquinita repugnante.

–Amargura –dijo Gurgeh, y volvió a reclinarse en el sofá–. Eso es lo que veo en ella. Por lo menos la amargura tiene el atractivo de la novedad...

Se puso en pie y fue hacia la chimenea. Hurgó entre los leños con el atizador de hierro labrado, cogió las tenazas y depositó otro leño en el fuego, manipulándolo torpemente con el pesado instrumento.

–No vivimos en una edad heroica –dijo sin apartar la mirada del fuego–. El individuo se ha vuelto obsoleto. Ésa es la razón de que nuestras vidas resulten tan cómodas... No importamos, así que estamos a salvo. Ahora ya nadie puede producir un efecto real sobre los demás.

–Contacto utiliza individuos –observó Chamlis–. Infiltra a personas en sociedades más jóvenes donde tienen un efecto espectacular y decisivo sobre los destinos de meta-civilizaciones enteras. Normalmente son «mercenarios», no habitantes de la Cultura..., pero son seres humanos. Siguen siendo personas.

–Son seleccionados y utilizados igual que si fuesen piezas de un juego. No cuentan. –Gurgeh parecía impaciente. Se apartó de la chimenea y fue hacia el sofá–. Además, yo no soy uno de ellos.

–Bueno, hazte colocar en un depósito de almacenamiento y espera a que llegue una edad más heroica.

–Ya –dijo Gurgeh volviendo a sentarse–. Suponiendo que llegue alguna vez, claro... Pero creo que eso resultaría demasiado parecido al hacer trampas.

Chamlis Amalk-Ney guardó silencio y se dedicó a escuchar el sonido de la lluvia y el fuego.

–Bueno –dijo por fin–, si andas buscando novedades, Contacto es el sitio más adecuado para encontrarlas, y no hablemos ya de CE.

–No tengo ninguna intención de presentar una solicitud para que me admitan en Contacto –dijo Gurgeh incorporándose en el sofá–. Estar encerrado en una Unidad General de Contacto con un montón de filántropos fanáticos buscando bárbaros a los que educar no encaja con mi idea del disfrute o de la plenitud.

–No me refería a eso. Contacto tiene las mejores Mentes y la mejor información disponible. Quizá se les ocurra alguna idea nueva. Siempre que he mantenido alguna relación con ellos se las han arreglado para resolver los problemas. Aunque debo advertirte que se trata de un último recurso, claro...

–¿Por qué?

–Porque son una pandilla de tramposos llenos de argucias. Ellos también son jugadores, y están acostumbrados a ganar.

–Hmmm –dijo Gurgeh, y se acarició lentamente su oscura barba–. No sabría ni cómo empezar –murmuró.

–Tonterías –dijo Chamlis–. Y de todas formas yo tengo algunas conexiones en Contacto. Podría...

Una puerta se cerró de golpe.

–¡Joder, qué frío hace ahí fuera!

Yay irrumpió en la habitación sacudiéndose vigorosamente para entrar en calor. Tenía los brazos alrededor del torso y la delgada tela de sus pantalones cortos se le había pegado a los muslos. Todo su cuerpo temblaba. Gurgeh se levantó del sofá.

–Acércate a la chimenea –dijo Chamlis. Yay siguió inmóvil delante de la ventana, temblando y dejando caer gotitas de agua sobre el suelo–. No te quedes ahí mirándola –dijo Chamlis con un parpadeo de sus campos dirigido a Gurgeh–. Ve a buscar una toalla.

Gurgeh le lanzó una mirada de pocos amigos y salió de la habitación.

Cuando volvió Chamlis ya había persuadido a Yay de que se arrodillara delante del fuego. Un campo curvado sobre su nuca le mantenía la cabeza lo más cerca posible del calor de las llamas y otro campo estaba secándole el pelo. Las gotitas de agua caían de sus rizos empapados y se estrellaban sobre las piedras calientes de la chimenea esfumándose con un débil siseo.

Chamlis cogió la toalla y Gurgeh observó como la unidad la colocaba sobre el cuerpo de la joven. Gurgeh acabó apartando la mirada, meneó la cabeza y se dejó caer sobre el sofá lanzando un suspiro.

–Yay, tienes los pies sucios –dijo.

–Ah, sí. Fue una carrera magnífica.

La joven rió desde debajo de la toalla.

Yay acompañó la operación de secado con gran abundancia de bufidos, silbidos y

«brr-brrs». Cuando estuvo seca se envolvió un poco mejor en la toalla y se sentó sobre el sofá doblando las piernas hasta dejarlas pegadas al pecho.

–Estoy muerta de hambre –anunció de repente–. ¿Os importa si me preparo algo para...?

–Deja, yo lo haré –dijo Gurgeh.

Salió por la puerta del rincón y apareció por el hueco el tiempo suficiente para colocar los pantalones de cuero de Yay sobre el respaldo de la silla en la que había dejado la chaqueta.

–¿De qué estabais hablando? –preguntó Yay volviéndose hacia Chamlis.

–Del por qué Gurgeh se siente a disgusto.

–¿Ha servido de algo?

–No lo sé –admitió la unidad.

Yay cogió su ropa y se vistió a toda velocidad. Después estuvo un rato sentada delante de la chimenea sin apartar los ojos de las llamas mientras la última claridad del día se iba desvaneciendo y las luces de la habitación aumentaban lentamente su intensidad.

Gurgeh entró trayendo una bandeja con bebidas y repostería.

En cuanto Yay y Gurgeh hubieron comido, los tres se embarcaron en un complejo juego de cartas del tipo que Gurgeh prefería, uno que dependía principalmente de la habilidad para farolear y muy poco de la suerte. Estaban a mitad de la partida cuando se presentaron unos amigos de Yay y Gurgeh. Su aeronave se posó sobre una extensión de césped que Gurgeh habría preferido que no fuese utilizada para aquellos fines. Los recién llegados irrumpieron en la habitación entre risas y gritos y Chamlis se retiró a un rincón cerca de la ventana.

Gurgeh se dedicó a representar el papel de buen anfitrión y se encargó de que sus invitados estuvieran lo suficientemente provistos de bebidas. Buscó a Yay con la mirada y la vio formando parte de un grupo que escuchaba a una pareja que estaba discutiendo sobre educación. Gurgeh cogió una copa de vino y fue hacia ella.

–¿Piensas acompañarles cuando se marchen? –le preguntó.

Se apoyó en el tapiz que cubría la pared y bajó la voz lo suficiente para que Yay tuviera que volverse hacia él y dejara de prestar atención a la pareja que discutía.

–Quizá –dijo ella. La luz del fuego iluminaba su rostro–. Vas a volver a pedirme que me quede, ¿no?

Yay hizo girar la copa y observó el movimiento circular del vino que contenía.

–Oh –dijo Gurgeh. Meneó la cabeza y alzó los ojos hacia el techo–. No, no lo creo... Uno acaba hartándose de repetir los mismos movimientos y oír las mismas respuestas.

Yay sonrió.

–Nunca se sabe –dijo–. Puede que algún día cambie de opinión. Vamos, Gurgeh, no deberías permitir que eso te afectara tanto... Casi estoy pensando en tomármelo como un honor.

–¿Te refieres a lo excepcional del caso?

–Mmm.

Yay tomó un sorbo de su copa.

–No te entiendo –dijo Gurgeh.

–¿Por qué? ¿Porque rechazo tus invitaciones?

–Porque nunca rechazas las invitaciones de nadie salvo las mías.

–No de una forma tan consistente.

Yay asintió y observó su copa con el ceño fruncido.

–Entonces... ¿Por qué no?

Bien. Por fin había logrado decirlo...

Yay apretó los labios.

–Porque... –dijo alzando los ojos hacia él–. Porque a ti parece importarte mucho.

–Ah. –Asintió, bajó la mirada y se frotó la barba–. Tendría que haber fingido indiferencia. –La miró a los ojos–. Yay, realmente...

–Tengo la sensación de que quieres... poseerme –dijo Yay–. Como si fuera un área o una pieza del juego. –Y, de repente, puso cara de perplejidad–. Hay en ti algo... No sé cómo expresarlo, Gurgeh. ¿Primitivo? Nunca has cambiado de sexo, ¿verdad? –Gurgeh meneó la cabeza–. Y supongo que tampoco te has acostado con ningún hombre. –Gurgeh volvió a menear la cabeza–. Ya me lo imaginaba –dijo Yay–. Eres muy extraño, Gurgeh.

Apuró su copa.

–¿Porque no encuentro atractivos a los hombres?

–Sí. –Yay dejó escapar una carcajada–. ¡Después de todo, eres un hombre!

–Entonces, ¿debería sentirme atraído hacia mí mismo?

Yay le observó en silencio durante unos momentos con una débil sonrisa aleteando en las comisuras de sus labios. Después se rió y bajó la vista.

–Bueno, físicamente no.

Sonrió y le entregó su copa vacía. Gurgeh volvió a llenarla y Yay le dio la espalda para concentrar nuevamente su atención en la pareja que seguía discutiendo.

Gurgeh dejó a Yay exponiendo apasionadamente sus opiniones sobre el lugar que la geología debería ocupar en la política educativa de la Cultura y fue a hablar con Ren Myglan, una joven a la que había conocido hacía poco. Gurgeh había albergado la esperanza de que Ren iría a visitarle aquella tarde.

Uno de los miembros del grupo había traído consigo una mascota, un enumerador proto-consciente estigliano que iba y venía por la habitación contando entre murmullos. El esbelto animal de tres miembros cubierto de vello rubio llegaba a la

cintura de una persona normal y no tenía ninguna cabeza discernible, pero sí montones de abultamientos esparcidos por su cuerpo. El enumerador empezó contando personas y llegó a la conclusión de que había veintitrés humanos en la habitación. Después empezó a contar los artículos del mobiliario y acabó concentrándose en las piernas, tarea que le acabó llevando hasta donde estaban Gurgeh y Ren Myglan. Gurgeh bajó los ojos hacia el animal. El enumerador le estaba contemplando los pies mientras agitaba los miembros más o menos en dirección a sus zapatillas. Gurgeh lo apartó con la punta del pie.

–Digamos que seis –murmuró el enumerador, y se marchó.

Gurgeh siguió hablando con Ren.

Unos cuantos minutos de conversación aproximándose un poquito más a ella de vez en cuando hicieron que Gurgeh lograra estar lo bastante cerca para hablarle en susurros al oído, y no tardó en alargar el brazo por detrás de Ren para deslizar los dedos a lo largo de su columna vertebral, sintiendo la caricia sedosa de los pliegues del vestido que llevaba puesto.

–Dije que me iría con los demás –murmuró Ren.

Bajó la vista, se mordió el labio inferior y se llevó una mano a la espalda apretando la mano de Gurgeh, quien había empezado a acariciarle el comienzo de las nalgas.

–¿Un grupo de lo más aburrido y un cantante que actuará para todo el mundo? –la riñó suavemente Gurgeh sin alzar la voz. Apartó la mano y le sonrió–. Tú mereces un poco más de atención individualizada, Ren.

Ren rió en silencio y le apartó con el codo.

Acabó saliendo de la habitación y no volvió. Gurgeh fue hacia Yay, que estaba gesticulando animadamente mientras defendía los atractivos de la existencia en islas magnéticas flotantes, pero antes de llegar a ella vio a Chamlis inmóvil en un rincón ignorando concienzudamente a la mascota trípoda, que parecía fascinada por la unidad e intentaba rascarse uno de sus numerosos bultos sin caer de espaldas. Gurgeh alejó al enumerador y estuvo un rato hablando con Chamlis.

Los invitados acabaron marchándose blandiendo botellas y unas cuantas bandejas de golosinas requisadas. La aeronave despegó con un siseo y se perdió en la noche.

Gurgeh, Yay y Chamlis terminaron su partida de cartas. Gurgeh ganó.

–Bueno, tengo que irme –dijo Yay. Se puso en pie y se estiró voluptuosamente–. ¿Chamlis?

–Yo también. Iré contigo. Podemos compartir un vehículo.

Gurgeh les acompañó hasta el ascensor de la casa. Yay se abotonó la chaqueta y Chamlis se volvió hacia Gurgeh.

–¿Quieres que les diga algo a los de Contacto?

Gurgeh había estado contemplando con expresión distraída el tramo de escalones

que llevaba a la parte principal de la casa y se volvió hacia Chamlis con cara de perplejidad. Yay hizo lo mismo.

–Oh, sí –dijo por fin, sonriendo. Se encogió de hombros–. ¿Por qué no? Veamos si quienes nos superan en ingenio saben dar con alguna solución que se nos haya pasado por alto. ¿Qué puedo perder?

Se rió.

–Me encanta verte feliz –dijo Yay, y le dio un breve beso en los labios. Entró en el ascensor y Chamlis la siguió. Yay miró a Gurgeh y le guiñó el ojo un segundo antes de que se cerrara la puerta–. Dale recuerdos a Ren –dijo sonriendo.

Gurgeh contempló la puerta del ascensor durante unos momentos, meneó la cabeza y sonrió. Volvió a la sala. Un par de robots manejados a control remoto por la casa ya se estaban encargando de la limpieza. Todo parecía encontrarse en su sitio, tal y como debía estar. Fue al tablero colocado entre los dos sofás donde había jugado la partida de Despliegue con Yay y colocó una de las piezas en el centro del hexágono de partida. Después se volvió hacia el sofá en el que se había sentado Yay cuando regresó de hacer ejercicio. Su cuerpo había dejado una mancha de humedad que ya se estaba desvaneciendo, un retazo de negrura casi imperceptible sobre la oscura superficie del sofá. Gurgeh alargó la mano lentamente, la puso sobre la mancha de humedad, se olisqueó los dedos y sonrió. Cogió un paraguas y fue a inspeccionar los daños producidos en el césped por el aterrizaje de la aeronave, y acabó volviendo a la casa. La luz que brillaba en la achaparrada torre principal le indicó que Ren estaba esperándole.

El ascensor bajó doscientos metros por la montaña y empezó a internarse en el lecho de roca que había debajo de ella. Redujo la velocidad para atravesar una compuerta rotatoria y fue descendiendo lentamente por el metro de material de base ultradenso hasta detenerse en una galería de tránsito situada debajo de la Placa Orbital. Un par de vehículos subterráneos esperaban el momento de ponerse en marcha y las pantallas sintonizadas con el exterior mostraban los rayos de sol que caían sobre la base de la Placa. Yay y Chamlis subieron a un vehículo, le dijeron dónde querían ir y se sentaron. El vehículo se activó, giró sobre sí mismo y empezó a acelerar.

–¿Contacto? –preguntó Yay volviéndose hacia Chamlis. El suelo del vehículo ocultaba el sol y las estrellas brillaban con su gélido resplandor más allá de las pantallas laterales. El vehículo dejó atrás varias estructuras del equipo vital pero casi siempre enigmático e incomprensible que se hallaba debajo de todas las Placas–. ¿Estoy equivocada o he oído mencionar el nombre del gran espantajo?

–Le sugerí la posibilidad de hablar con los de Contacto –replicó Chamlis.

La unidad flotó hacia una pantalla. La pantalla se desprendió sin dejar de mostrar

el paisaje exterior y fue subiendo por la pared del vehículo hasta revelar el decímetro de espacio que su grosor había estado ocupando en la piel del vehículo. El sitio donde había estado la pantalla que fingía ser una ventana se convirtió en una auténtica ventana; una transparente superficie cristalina con el vacío y el resto del universo al otro lado. Chamlis contempló las estrellas.

–Pensé que quizá ellos tuvieran alguna idea..., algo que pudiera distraerle.

–Creía que procurabas no mantener ningún tipo de relación con los de Contacto.

–Normalmente sí, pero conozco a varias de sus Mentes. Aún tengo algunas conexiones... Creo que puedo confiar en ellas.

–Yo no estoy tan segura –dijo Yay–. Todos nos estamos tomando este asunto terriblemente en serio. Ya se le pasará. Tiene amigos. Mientras siga rodeado de gente... Bueno, no creo que vaya a ocurrirle nada demasiado grave.

–Hmmm –dijo la unidad. El vehículo se detuvo junto a uno de los tubos que llevaban al pueblo donde vivía Chamlis Amalk-Ney–. ¿Te veremos en Tronze? –preguntó volviéndose hacia Yay.

–No, tengo que asistir a una reunión de paisajes esa tarde –dijo Yay–. Y aparte de eso está un chico al que conocí el otro día durante la sesión de tiro... Me las he arreglado para tropezarme casualmente con él esa noche.

Sonrió.

–Comprendo –dijo Chamlis–. Has vuelto a tus viejas costumbres depredadoras, ¿eh? Bueno, espero que disfrutes de tu encuentro casual.

–Lo intentaré.

Yay dejó escapar una carcajada. Se dieron las buenas noches y Chamlis salió por la compuerta del vehículo –el chorro de claridad que llegaba desde abajo hizo que su vieja estructura llena de señales y arañazos brillara durante una fracción de segundo–, y empezó a subir por el tubo sin esperar un ascensor. Aquella muestra de precocidad geriátrica hizo que Yay sonriera y meneara la cabeza. El vehículo volvió a ponerse en marcha y se alejó.

Ren seguía durmiendo medio cubierta por la sábana. Sus negros cabellos se esparcían sobre la almohada. Gurgeh estaba sentado detrás del escritorio que había junto a los ventanales de la terraza contemplando la noche. Había dejado de llover. Las nubes se fueron disipando y la luz de las estrellas y las cuatro Placas del extremo más alejado del Orbital Chiark –las Placas se encontraban a tres millones de kilómetros de distancia y sus partes internas quedaban iluminadas por la claridad diurna– proyectó un resplandor plateado sobre las hilachas de nubes que pasaban velozmente y llenaban de fugaces chispazos las oscuras aguas del fiordo.

Gurgeh se volvió hacia la terminal del escritorio, presionó el margen calibrado unas cuantas veces hasta encontrar las publicaciones que buscaba y estuvo leyendo

un rato. Artículos sobre teoría de los juegos publicados por otros jugadores de primera categoría, críticas de algunas partidas suyas, análisis de nuevos juegos y jugadores que prometían...

Después abrió los ventanales y salió a la balconada circular. El fresco aire de la noche acarició su desnudez y Gurgeh sintió un escalofrío. Había cogido su terminal de bolsillo para dictar un nuevo artículo sobre juegos muy antiguos y desafió al frío durante un rato hablando en voz baja con las oscuras siluetas de los árboles y el silencioso fiordo como único público.

Cuando volvió a entrar Ren Myglan seguía durmiendo, pero su respiración se había vuelto más rápida y un poco irregular. Gurgeh sintió curiosidad y fue hacia ella. Se puso en cuclillas junto a la cama y clavó los ojos en su rostro viendo como sus rasgos temblaban y se contorsionaban durante el sueño. El aliento brotaba de su garganta y bajaba por su delicada nariz, y tenía las fosas nasales un poco dilatadas.

Gurgeh permaneció en aquella posición varios minutos. Su rostro había adoptado una expresión bastante extraña, una mueca a medio camino entre el sarcasmo y la sonrisa melancólica. Estaba preguntándose qué clase de pesadillas podían hacer que la joven se moviera con tanta violencia, y el que no hubiese forma de saber qué provocaba esos jadeos y gemidos casi inaudibles hizo que se sintiera invadido por una vaga frustración que casi rozaba la pena.

Los dos días siguientes fueron relativamente tranquilos. Gurgeh pasó la mayor parte del tiempo leyendo artículos publicados por otros jugadores y teóricos, y terminó el artículo que había empezado a dictar la noche que Ren Myglan pasó en su casa. Ren se marchó la mañana siguiente a mitad del desayuno después de que tuvieran una pelea. Gurgeh tenía la costumbre de trabajar durante el desayuno y Ren quería hablar. Gurgeh albergaba la sospecha de que estaba irritada porque no había dormido demasiado bien.

Tenía mucha correspondencia atrasada por revisar o contestar. La mayor parte eran peticiones. Le pedían que visitara otros mundos, que tomara parte en torneos de gran importancia, que escribiera artículos, que redactara algún comentario sobre un nuevo juego, que se convirtiera en profesor/conferenciante/catedrático en varias instituciones educativas, que aceptara la invitación de viajar a bordo de varios VGS, que se comprometiera a ser el tutor de tal o cual niño prodigio... La lista era muy larga.

Gurgeh rechazó todas las peticiones y, como siempre, el hacerlo le resultó bastante agradable.

También había un comunicado de una UGC que afirmaba haber descubierto un mundo en el que existía un juego basado en la topografía de los copos de nieve, razón por la que el juego nunca se desarrollaba dos veces en el mismo tablero. Gurgeh nunca había oído hablar de un juego semejante y no logró encontrar mención alguna de él en los archivos constantemente actualizados que Contacto se encargaba de compilar para las personas como él. Sospechaba que el juego no existía –las UGC eran conocidas por su afición a las travesuras y las bromas pesadas–, pero envió una réplica muy educada (y también un tanto irónica) porque la tomadura de pelo, si es que se trataba de eso, le había parecido bastante ingeniosa.

Vio una competición de vuelo planeado sobre las montañas y acantilados que había al otro extremo del fiordo.

Conectó la holopantalla de la casa y vio un programa de entretenimiento bastante reciente sobre el que había oído hablar a varias personas. El programa giraba en torno a un planeta cuyos habitantes eran glaciares conscientes y los icebergs eran sus niños. Gurgeh había supuesto que lo encontraría ridículo, pero se sorprendió al ver que le divertía. Inventó los rudimentos de un juego con los glaciares como piezas basado en la clase de minerales que podían extraerse de las rocas, las montañas que se destruirían, las presas que obstruirían el curso de los ríos, los paisajes que se crearían y los estuarios que quedarían bloqueados si los glaciares fuesen capaces de licuarse y volver a congelar partes de sí mismos a voluntad, tal y como ocurría en el programa. El juego era bastante divertido, pero no tenía nada de original y una o dos horas después Gurgeh decidió olvidarse de él.

Pasó gran parte del día siguiente nadando en la piscina del sótano de Ikroh, aprovechando los ratos en que practicaba la braza de espaldas para dictar. Su terminal de bolsillo le seguía por la piscina flotando a unos centímetros de su cabeza.

A finales de la tarde una mujer y su hija salieron del bosque y decidieron hacer una parada en Ikroh. Ninguna de las dos parecía haber oído hablar de él. La casualidad había hecho que pasaran por allí y decidieran descansar un rato. Gurgeh las invitó a tomar una copa y les preparó un almuerzo algo tardío. Las mujeres dejaron sus jadeantes monturas a la sombra junto a la casa y los robots se encargaron de darles agua. Gurgeh habló con la madre aconsejándole sobre cuál era la ruta más espectacular que podían seguir cuando ella y su hija reemprendieran la marcha y regaló a la niña una pieza de un juego Bátaos llena de tallas y adornos que no había dejado de admirar desde que la vio.

Cenó en la terraza con la pantalla de la terminal activada mostrándole las páginas de un viejo tratado bárbaro sobre los juegos. El libro –la civilización que lo produjo había sido Contactada hacía dos milenios, y por aquel entonces la obra ya tenía mil años de antigüedad–, resultaba un tanto limitado en cuanto a sus apreciaciones, claro está, pero la forma en que los juegos de una sociedad revelaban gran cantidad de datos sobre su ética, su filosofía y su mismísima alma siempre conseguía fascinar a Gurgeh. Aparte de eso las sociedades bárbaras siempre le habían parecido especialmente intrigantes incluso antes de que hubiera empezado a interesarse por sus juegos.

El libro era muy interesante. Gurgeh descansó la vista contemplando la puesta de sol y volvió a concentrarse en la lectura apenas hubo anochecido. Los robots de la casa le trajeron algo de beber, una chaqueta más gruesa y un poco de comida, tal y como había pedido. Gurgeh ordenó a la casa que rechazara las llamadas.

La intensidad de las luces de la terraza fue aumentando lentamente. El lado más distante de Chiark brillaba con una claridad blanquecina sobre su cabeza cubriéndolo todo con una capa plateada. Las estrellas parpadeaban en un cielo sin nubes. Gurgeh siguió leyendo.

La terminal emitió un zumbido. Gurgeh se volvió hacia el ojo de la cámara incrustado en un rincón de la pantalla y frunció el ceño.

–Casa, ¿tienes problemas de audición o qué? –preguntó.

–Por favor, disculpe la anulación de su orden –dijo una voz de tono más bien oficial desde la pantalla. Gurgeh no la conocía y la entonación de las palabras le quitaba cualquier posible calidad de disculpa que hubieran podido tener–. ¿Estoy hablando con Chiark-Gevantsa Jernau Morat Gurgeh dam Hassease?

Gurgeh contempló el ojo de la cámara con expresión dubitativa. Hacía años que no oía pronunciar su nombre completo.

–Sí.

–Me llamo Loash Armasco-Iap Wu-Handrahen Xato Koum.

Gurgeh enarcó una ceja.

–Bueno, no creo que tenga problemas para recordarlo...

–Señor, ¿me permite que le interrumpa?

–Ya lo ha hecho. ¿Qué desea?

–Quiero hablar con usted. He anulado su orden pero no se trata de una emergencia, aunque sólo puedo hablar directamente con usted esta noche. Actúo en calidad de representante de la Sección de Contacto a petición de Dastaveb Chamlis Amalk-Ney Ep-Handra Thedreiskre Ostle-hoorp. ¿Me da su permiso para visitarle?

–Sí, a condición de que pueda prescindir de los nombres completos.

–Llegaré enseguida.

Gurgeh desactivó la pantalla. Dio unos cuantos golpecitos con la terminal en forma de pluma sobre el canto de la mesa de madera y alzó la cabeza hacia las oscuras aguas del fiordo. Sus ojos escrutaron las débiles lucecitas de las casas esparcidas al otro lado.

Oyó un rugido en el cielo, levantó la cabeza y vio una estela de vapor luminoso procedente del lado más distante de Chiark. La estela se desvió trazando un ángulo muy pronunciado y se dirigió hacia la pendiente que había junto a Ikroh. Un estruendo ahogado hizo vibrar los troncos de los árboles que se alzaban por encima de la casa y hubo un ruido semejante al que podría hacer una ráfaga de viento surgida de la nada. Un instante después Gurgeh vio a una unidad bastante pequeña que dobló a toda velocidad la esquina de la casa. Sus campos eran de un azul intenso surcado por franjas amarillas.

La unidad fue hacia Gurgeh. Su tamaño era bastante parecido al de Mawhrin-Skel y Gurgeh pensó que habría cabido perfectamente en la bandeja rectangular de bocadillos que tenía encima de la mesa. Las placas de un gris metalizado que formaban su estructura parecían un poco más complicadas que las de Mawhrin-Skel, y estaban cubiertas con todavía más remaches y protuberancias que las suyas.

–Buenas noches –dijo Gurgeh.

La unidad flotó por encima del muro de la terraza y se posó sobre la mesa junto a la bandeja de los bocadillos.

–Contacto, ¿eh? –dijo Gurgeh. Cogió la terminal y la guardó en un bolsillo de su albornoz—. Qué rapidez... Hablé de esa posibilidad con Chamlis hace sólo dos noches.

–Da la casualidad de que me encontraba en este volumen de espacio –explicó la unidad con su voz seca y desprovista de entonación—. Estaba en tránsito entre la UGC *Conducta flexible* y el VGS *Lamentable conflicto de evidencias* viajando a bordo de la Unidad de Ofensiva Rápida (Desmilitarizada) *Fanático*. Mi calidad de agente de Contacto más cercano me convirtió en la elección obvia para visitarle pero, como ya le he dicho, no puedo quedarme mucho tiempo.

–Oh, qué lástima –dijo Gurgeh.

–Sí. Su Orbital es realmente encantador... Bien, quizá en alguna otra ocasión.

–Bueno, espero que no haya perdido el tiempo viniendo hasta aquí, Loash... Debo confesar que no esperaba una audiencia con un agente de Contacto. Mi amigo Chamlis creía que Contacto quizá pudiese... Bueno, no sé exactamente qué esperaba. Chamlis parecía pensar que ustedes quizá dispusieran de algún dato interesante que no estuviera incluido en el flujo de información general. En cuanto a mí, no esperaba nada o, como mucho, sólo un poco de información. ¿Puedo preguntarle qué está haciendo aquí?

Gurgeh se inclinó hacia adelante y apoyó los codos sobre la mesa acercando la cabeza a la pequeña unidad. La bandeja junto a la que se había posado aún contenía un bocadillo. Gurgeh lo cogió y empezó a masticarlo sin apartar los ojos de la unidad.

–Por supuesto. He venido para averiguar hasta qué punto desea cambiar de aires y si estaría dispuesto a aceptar nuestras sugerencias al respecto. Existen ciertas posibilidades de que Contacto pueda encontrar algo que quizá le interese.

–¿Un juego?

–Se me ha dado a entender que guarda cierta relación con un juego.

–Eso no quiere decir que deba jugar conmigo –dijo Gurgeh.

Puso las manos encima de la bandeja y las sacudió para quitarse las migajas del bocadillo. Algunas de ellas salieron despedidas hacia la unidad tal y como Gurgeh había esperado que ocurriría, pero sus campos interceptaron hasta la más diminuta desviándolas limpiamente y haciéndolas caer en el centro de la bandeja que tenía delante.

–Señor, lo único que sé es que Contacto ha encontrado algo que quizá pueda interesarle. Creo que está relacionado con un juego. Me han dado instrucciones de averiguar si está dispuesto a viajar, por lo que supongo que el juego –si es que se trata de un juego–, debe desarrollarse en algún lugar que se encuentra a cierta distancia de Chiark.

–¿Viajar? –exclamó Gurgeh. Se reclinó en su asiento–. ¿Adonde? ¿Queda muy lejos? ¿Cuánto duraría el viaje?

–No lo sé con exactitud.

–Bueno, intente darme una respuesta aproximada.

–Prefiero no hacer conjeturas aproximadas. ¿Cuánto tiempo estaría dispuesto a pasar lejos de su hogar?

Gurgeh entrecerró los ojos. Su estancia más prolongada fuera de Chiark había tenido lugar hacía ya treinta años, cuando se inscribió en un crucero. La experiencia no le había parecido demasiado agradable. Se había embarcado porque en aquellos tiempos ese tipo de viajes estaban de moda más que porque realmente le gustara la idea. Los distintos sistemas estelares habían sido espectaculares, desde luego, pero se

podían ver igual de bien en una holopantalla, y Gurgeh seguía sin comprender qué extraño placer encontraba la gente en el hecho de haber estado físicamente en un sistema estelar determinado. Al principio había planeado pasar varios años de crucero, pero acabó volviendo a Ikroh cuando sólo llevaba un año de viaje.

Gurgeh se frotó la barba.

–Quizá... Medio año aproximadamente. Me resulta bastante difícil responder a esa pregunta sin conocer todos los detalles. Pero digamos que... Sí, medio año, aunque no veo la necesidad de hacer semejante desplazamiento. El ambiente local casi nunca añade nada realmente digno de interés al juego.

–Cierto..., normalmente. –La unidad guardó silencio durante unos momentos–. Tengo entendido que el juego es bastante complicado y quizá tarde un poco en comprenderlo. Es probable que deba consagrar cierto período de tiempo a su estudio...

–Oh, estoy seguro de que sabré arreglármelas –dijo Gurgeh.

El período de tiempo más largo que había necesitado para aprender un juego no llegaba a los tres días. No había olvidado una sola regla de un juego en toda su vida, y jamás había necesitado aprender una regla dos veces.

–Muy bien –dijo la unidad rompiendo bruscamente el silencio en que había vuelto a sumirse–. Informaré a mis superiores de lo que ha dicho. Adiós, Morat Gurgeh.

La unidad empezó a subir acelerando a cada centímetro.

Gurgeh alzó los ojos hacia ella y la contempló boquiabierto. Contuvo el impulso de levantarse dando un salto.

–¿Eso es todo? –preguntó.

La unidad frenó en seco a un par de metros por encima de la mesa.

–Mis instrucciones no me autorizan a revelar nada más. Le he hecho las preguntas que se suponía debía hacerle e informaré de sus respuestas. ¿Desea saber alguna otra cosa que esté en condiciones de revelar?

–Sí –dijo Gurgeh. Estaba empezando a enfadarse–. ¿Puedo saber algo sobre el cómo y el cuándo de ese enigma del que hemos estado hablando?

La unidad pareció oscilar en el aire. Sus campos no habían cambiado de color desde que llegó.

–¿Jernau Gurgeh? –dijo por fin.

Los dos guardaron silencio durante un momento que pareció prolongarse eternamente. Gurgeh clavó los ojos en la unidad, se puso en pie, apoyó las manos en las caderas e inclinó la cabeza hacia un lado.

–¿Sí? –gritó.

–Probablemente no –dijo secamente la unidad.

Salió disparada hacia el cielo y el brillo de sus campos se esfumó. Gurgeh oyó el mismo rugido de antes y vio formarse la estela de vapor. Estaba directamente debajo

de ella, por lo que al principio sólo fue una nubecilla. La nubecilla fue aumentando lentamente de tamaño durante unos segundos hasta que dejó de crecer. Gurgeh meneó la cabeza.

Metió la mano en el bolsillo y sacó la terminal.

–Casa –dijo–. Ponte en contacto con esa unidad.

Siguió con los ojos clavados en el cielo.

–¿Qué unidad, Jernau? –preguntó la casa–. ¿Chamlis?

Gurgeh bajó la vista hacia la terminal.

–¡No! Ese saquito de basura de Contacto... ¡Loash Armasco-Iap Wu-Handrahen Xato Koum, maldita sea! ¡La unidad que acaba de estar aquí!

–¿Acaba de estar aquí? –preguntó la casa.

Parecía perpleja.

Gurgeh relajó los hombros y se sentó.

–¿No has visto ni oído nada de particular hace unos momentos?

–Nada salvo silencio durante los últimos once minutos, Gurgeh, desde que me dijiste que rechazara todas las llamadas. He recibido un par de transmisiones desde entonces, pero...

–Olvídalo. –Dejó escapar un suspiro–. Ponme en contacto con el Cubo.

–Aquí Cubo; subsección Mente Makil Stra-Bey. Hola, Jernau Gurgeh. ¿Qué podemos hacer por ti?

Gurgeh seguía contemplando el cielo, en parte porque allí era donde había desaparecido la unidad de Contacto (la delgada estela de vapor estaba empezando a volverse borrosa y se iba deshilacliando por los bordes), y en parte porque cuando mantenía una conversación con el Cubo todo el mundo tendía a alzar los ojos hacia el cielo.

Vio la nueva estrella justo antes de que empezara a moverse. El puntito luminoso se encontraba cerca del extremo iluminado de la estela que había dejado la diminuta unidad. El puntito luminoso se movió, al principio no demasiado deprisa y un segundo después a tal velocidad que los ojos de Gurgeh fueron incapaces de seguirlo.

El puntito desapareció. Gurgeh guardó silencio durante un par de segundos.

–Cubo –dijo por fin–, quiero que me informes de si alguna nave de Contacto ha salido hace poco de aquí.

–Se ha marchado mientras hablábamos, Gurgeh. La Unidad de Ofensiva Rápida (Desmilitarizada)...

–*Fanático* –dijo Gurgeh.

–¡Oh, oh! Así que eras tú, ¿eh? Creíamos que harían falta meses de fisgoneo para averiguar de quién diablos se trataba. Bien, jugador Gurgeh, acabas de presenciar una visita Privada. Asuntos de Contacto, nada que nos importe, chicas... Eso sí, puedo asegurarte que hemos hecho montones de preguntas. Ha sido de lo más emocionante,

Jernau, créeme. Esa nave frenó en seco por lo menos a cuarenta kiloluces de aquí y se desvió veinte años..., aparentemente sólo para charlar cinco minutos contigo. Y te recuerdo que eso es un gasto de energía francamente alto, sobre todo teniendo en cuenta que se está largando a la misma velocidad con que llegó. Fíjate en cómo se mueve esa belleza... Oh, lo siento, olvidé que no puedes verla. Bien, acepta nuestra palabra al respecto: estamos realmente impresionados. Oye, ¿te importaría contarle a una humilde Mente encargada de una subsección del Cubo qué está pasando?

–¿Hay alguna posibilidad de hablar con la nave? –preguntó Gurgeh ignorando la pregunta de la Mente.

–¿Quieres hablar con una nave que se aleja a semejantes velocidades con su extremo más feo apuntando directamente a una humilde maquina civil como nosotros? –La Mente del Cubo parecía divertida–. Sí... Suponemos que sí.

–Quiero hablar con una unidad llamada Loash Armasco-Iap Wu-Handrahen Xato Koum.

–Mierda santa, Gurgeh, ¿en qué clase de jaleo te has metido? ¿Quieres hablar con Handrahen? ¿Quieres hablar nada menos que con Xato? Oye, en equivalente tecnológico eso es puro nivel espionaje de la nomenclatura reservada de Circunstancias Especiales... Es como buscarle las cosquillas a los dioses, no sé si me explico... Mierda... Lo intentaremos... Espera un momento...

Gurgeh esperó en silencio durante varios segundos.

–Nada –dijo una voz distinta desde la terminal–. Oye, Gurgeh, la Totalidad del Cubo al habla, no una subsección... Estoy aquí al completo. La nave ha acusado recibo de la transmisión, pero dice que no lleva a bordo ninguna unidad ni nada con ese nombre.

Gurgeh se dejó caer en el asiento. Tenía el cuello envarado. Apartó la mirada de las estrellas y clavó los ojos en la mesa.

–Vaya, vaya... –dijo.

–¿Quieres que vuelva a intentarlo?

–¿Crees que servirá de algo?

–No.

–Entonces olvídalo.

–Gurgeh... Has conseguido ponerme nerviosa. ¿Qué está pasando?

–Ojalá lo supiera –dijo Gurgeh. Volvió a alzar los ojos hacia las estrellas. La estela de vapor dejada por la unidad ya casi se había esfumado–. Llama a Chamlis Amalk-Ney, ¿quieres?

–Enseguida... ¿Jernau?

–¿Qué, Cubo?

–Ten cuidado.

–Oh. Gracias. Muchísimas gracias.

–Debes haberla hecho enfadar –dijo la voz de Chamlis desde la terminal.

–Sí, es muy probable –dijo Gurgeh–. Pero... ¿Qué opinas de todo esto?

–Te han estado tomando las medidas para algo.

–¿Eso crees?

–Sí. Pero tú rechazaste su propuesta.

–Ah, ¿sí?

–Sí, y considérate afortunado de haberlo hecho.

–¿Qué quieres decir? Todo este asunto fue idea tuya.

–Oye, ahora ya estás fuera. Se acabó, ¿entiendes? Pero está claro que mi solicitud llegó mucho más arriba y mucho más deprisa de lo que me había imaginado. Hemos puesto en marcha algo, no sé el qué. Pero tú rechazaste su oferta. Has dejado de interesarles.

–Hmmm... Supongo que tienes razón.

–Gurgeh... Lo siento.

–Oh, no te preocupes –dijo Gurgeh. Alzó los ojos hacia las estrellas–. ¿Cubo?

–Eh, estábamos tan interesadas que... Si hubiera sido puramente personal no habríamos escuchado ni una sola palabra. Lo juramos, y además en tu notificación de comunicaciones del día pondrá bien claro que hemos escuchado tu conversación.

–Olvídalo. –Gurgeh sonrió. El que la Mente Orbital hubiera estado escuchando la conversación le hizo sentir un extraño alivio que no habría sabido explicar–. Límitate a decirme a qué distancia se encuentra esa UOR.

–Cuando pronunciaste la palabra «encuentra» estaba a un minuto y cuarenta y nueve segundos de distancia, y nos alegra muchísimo poder decir que ya ha quedado fuera de nuestra jurisdicción. Está alejándose a toda velocidad en un rumbo que la llevará un poco por encima del Núcleo Galáctico. Parece estar dirigiéndose hacia el VGS *Lamentable conflicto de evidencias*, a menos que uno de los dos esté intentando engañar a alguien.

–Gracias, Cubo. Buenas noches.

–Buenas noches. Ah, y a partir de ahora podrás hablar sin que haya orejas invisibles escuchándote. Lo prometemos.

–Gracias, Cubo. ¿Chamlis?

–Puede que hayas dejado escapar una de esas ocasiones que sólo se presentan una vez en la vida, Gurgeh., pero hay muchas más probabilidades de que hayas logrado escapar por los pelos de una situación muy desagradable. Siento haberte sugerido lo de Contacto. Se presentaron demasiado deprisa y de una forma demasiado aparatosa... No puede haber sido una casualidad.

–No te preocupes demasiado, Chamlis –dijo Gurgeh. Volvió a alzar los ojos hacia las estrellas, se sentó y apoyó los pies en la mesa–. Todo ha salido bien, ¿no? ¿Te veré en Tronze mañana?

–Quizá. No lo sé. Pensaré en ello. Buena suerte... Me refiero a tu partida de Acabado con la niña prodigio por si no te veo mañana.

Gurgeh contempló la oscuridad que le rodeaba y sus labios se curvaron en una sonrisa algo melancólica.

–Gracias. Buenas noches, Chamlis.

–Buenas noches, Gurgeh.

El tren emergió del túnel y siguió avanzando bajo la brillante luz del sol. Recorrió el resto de la curva y empezó a cruzar la esbelta estructura del puente. Gurgeh se apoyó en la barandilla y vio el verdor de los pastos y las relucientes ondulaciones del río que se deslizaba por el suelo del valle medio kilómetro más abajo. Las sombras de las montañas acariciaban los campos; las sombras de las nubes puntuaban las colinas cubiertas de árboles. El viento creado por el movimiento del tren le agitó los cabellos mientras aspiraba el aire que olía a montañas y esperaba el regreso de su contrincante. Los pájaros trazaban círculos distantes por encima del valle moviéndose casi a ras del puente. Sus gritos hacían vibrar la atmósfera, y apenas si podían oírse por encima del vendaval que acompañaba el veloz desplazamiento del tren.

Normalmente Gurgeh habría esperado a que faltara poco para la hora acordada y habría ido a Tronze por un tubo subterráneo, pero despertó con ganas de marcharse de Ikroh lo más pronto posible. Se calzó las botas, se puso unos pantalones de un estilo bastante conservador y una chaqueta abierta, fue siguiendo los senderos montañosos hasta llegar a la cima y bajó por la pendiente del otro lado.

Estuvo un rato sentado junto a la vieja línea del ferrocarril disfrutando de una leve euforia glandular y se distrajo arrojando trocitos de magnetita hacia el campo magnético de la línea y viéndolos salir despedidos hacia afuera. Había estado pensando en las islas flotantes de Yay.

También había pensado en la misteriosa visita que la unidad de Contacto le había hecho la noche anterior, pero la visita y todo lo que la había rodeado parecían estar levemente borrosos, como si hubieran sido un sueño. Después repasó los sistemas de comunicación de la casa y echó un vistazo al informe general de situación. En cuanto concernía a la casa la visita no había existido, pero su conversación con el Cubo de Chiark figuraba en los archivos con indicación de la hora en que tuvo lugar, y había sido seguida por otras subsecciones del Cubo y, durante unos momentos, por la Totalidad del Cubo. No cabía ninguna duda de que todo había sido real.

Alzó la mano para detener el viejo tren en cuanto lo vio llegar, y apenas subió a él fue reconocido por un hombre de mediana edad llamado Dreltram que también iba a Tronze. El señor Dreltram consideraba que ser derrotado por el gran Jernau Gurgeh era una experiencia mucho más digna de ser recordada que el vencer a cualquier otro jugador. ¿Estaría dispuesto a concederle el honor de jugar una partida con él? Gurgeh estaba acostumbrado a ese tipo de halagos –normalmente ocultaban una ambición nada realista y ligeramente teñida de ferocidad–, y sugirió una partida de Posesión. Las reglas de ese juego compartían un cierto número de conceptos con las del Acabado, y la partida le serviría como ejercicio de precalentamiento.

Encontraron un tablero de Posesión en uno de los bares, fueron con él a la zona de recreo del techo y se sentaron detrás de una pantalla protectora para que el viento no

se llevara las cartas. Gurgeh supuso que tendrían tiempo más que suficiente para la partida. El tren tardaría la mayor parte del día en llegar a Tronze, aunque un vehículo subterráneo podía recorrer ese trayecto en diez minutos.

El tren salió del puente y entró en una angosta cañada. El viento rebotó en las paredes de roca creando un extraño alarido repleto de ecos. Gurgeh bajó la vista hacia el tablero. Estaba jugando sin la ayuda de ninguna sustancia producida por sus glándulas, y su oponente usaba una mezcla de considerable potencia sugerida por el mismo Gurgeh. Aparte de eso Gurgeh le había dado una ventaja inicial de siete piezas, el máximo admitido. El señor Dreltram no era mal jugador, y al principio había sabido aprovechar aquella etapa inicial de la partida en que su ventaja numérica de piezas tenía un efecto más palpable, estando muy cerca de derrotar a Gurgeh, pero éste se había defendido bien y creía que Dreltram había perdido la ocasión de vencerle, aunque aún existía la posibilidad de que hubiera ocultado unas cuantas minas en sitios que podían darle problemas.

Pensar en aquellas sorpresas desagradables hizo que Gurgeh comprendiera que no se había tomado la molestia de ver dónde estaba su pieza oculta, lo cual había sido otra forma –ésta no oficial– de hacer que la partida resultara un poco más igualada. La Posesión se juega en un tablero de cuarenta casillas. Las piezas de los dos jugadores están distribuidas en un grupo principal y dos grupos más reducidos, y cada jugador puede ocultar hasta un máximo de tres piezas en otras tantas intersecciones que no estén ocupadas al principio del juego. Sus posiciones son registradas en tres delgadas tarjetas circulares hechas de cerámica a las que sólo se da la vuelta cuando el jugador desea utilizarlas. El señor Dreltram ya había revelado sus tres piezas ocultas (una de ellas se encontraba en la intersección donde Gurgeh, en otro alarde de espíritu deportivo, había colocado la totalidad de sus nueve minas, lo cual era un auténtico caso de mala suerte).

Gurgeh había hecho girar los diales de la tarjeta de su única pieza oculta y la había colocado boca abajo sobre la mesa sin mirarla, por lo que ni el señor Dreltram ni él tenían ni la más mínima idea de dónde se encontraba la pieza. Quizá estuviera en una posición ilegal, lo cual podía hacerle perder la partida o (y eso era menos probable) en un lugar de gran utilidad estratégica situado dentro del territorio de su oponente. Gurgeh utilizaba ese pequeño truco siempre que jugaba una partida con alguien a quien no consideraba un profesional. Aparte de proporcionar a su oponente un margen de ventaja que probablemente le hacía mucha falta, servía para que la partida resultase mucho más interesante y menos predecible y añadía un poco más de emoción al desarrollo del juego.

Pensó que ya iba siendo hora de que averiguara dónde estaba su pieza oculta, no sólo por curiosidad sino porque el límite de ochenta movimientos que se habían fijado como momento en el que era obligatorio revelar la posición de la pieza ya no

tardaría en llegar.

Empezó a buscarla, pero no podía ver la tarjeta donde había registrado las coordenadas de su pieza oculta. Sus ojos recorrieron el desorden de cartas y tarjetas de cerámica que cubrían la mesa. El señor Dreltram era un jugador bastante desordenado. Sus cartas, tarjetas y piezas por usar o eliminadas estaban dispersas por encima de la mesa, y habían invadido la parte de ésta que se suponía correspondía a Gurgeh. La ráfaga de viento que se produjo cuando el tren entró en el túnel hacía una hora estuvo a punto de llevarse las cartas de menos peso, y las sujetaron con vasos y pisapapeles de cristal que aumentaron todavía más la impresión de confuso desorden, impresión ya reforzada por la pintoresca aunque un tanto afectada costumbre del señor Dreltram de anotar manualmente todos los movimientos en una tablilla (afirmaba que en una ocasión la memoria de un tablero de anotaciones se había borrado a causa de una extraña avería privándole de todos los datos sobre una de las mejores partidas que había jugado en su vida). Gurgeh empezó a levantar cosas canturreando para sí mismo mientras buscaba la tarjeta de cerámica con los ojos.

Y entonces oyó a su espalda una repentina inspiración de aire que casi parecía un tos de incomodidad. Giró sobre sí mismo y vio al señor Dreltram, quien parecía extrañamente a disgusto. Gurgeh frunció el ceño. El señor Dreltram –que acababa de volver del cuarto de baño y tenía las pupilas dilatadas por la mezcla de drogas que estaban produciendo sus glándulas– fue hacia la mesa seguido por una bandeja llena de bebidas, se sentó y clavó la mirada en las manos de Gurgeh.

Gurgeh no se dio cuenta de que las cartas que tenía en las manos y que acababa de levantar mientras buscaba la tarjeta de su pieza oculta eran las correspondientes a las minas del señor Dreltram hasta que la bandeja empezó a depositar las bebidas sobre la mesa. Gurgeh las contempló –las cartas seguían boca abajo, por lo que no había visto cuál era la posición de las minas–, y se imaginó los pensamientos que debían estar pasando por la mente del señor Dreltram.

Volvió a dejar las cartas en el sitio del que las había cogido.

–Lo siento mucho. –Se rió–. Estaba buscando mi pieza oculta.

Las palabras acababan de salir de su boca cuando la vio. La tarjeta circular estaba encima de la mesa casi delante de él.

–Ah –dijo, y sólo entonces sintió el calor de la oleada de sangre que invadió su rostro–. Aquí está. Hmmm... La estaba buscando con tanto entusiasmo que no la veía.

Volvió a reír y sintió una opresión muy extraña que recorrió velozmente todo su cuerpo, una presa de acero que se cerró sobre sus entrañas haciéndole sentir algo indefinible a medio camino entre el terror y el éxtasis. Nunca había experimentado algo semejante. La sensación que más se le aproximaba... Sí, pensó con una repentina claridad, lo más aproximado a esa sensación había sido el primer orgasmo de su adolescencia, su primera incursión en la sexualidad con una chica que le llevaba muy

pocos años de ventaja. Había sido una experiencia tosca y con una base puramente humana, como si un instrumento hubiera ido desgranando una melodía muy sencilla nota por nota (era la comparación más adecuada, teniendo en cuenta que el paso del tiempo y el progresivo dominio de sus glándulas productoras de drogas harían que acabara disfrutando de auténticas sinfonías sexuales), pero aquella primera vez había sido una de sus experiencias más memorables; no sólo porque se trataba de una novedad absoluta sino porque pareció abrirle todo un mundo tan nuevo como fascinante que encerraba una gama de sensaciones y de vivencias totalmente distintas. La sensación fue muy parecida a la que acompañó su primer torneo de juegos cuando representó a Chiark contra el equipo juvenil de otro Orbital, y se repetiría cuando sus glándulas productoras de drogas alcanzaran la madurez definitiva pocos años después de la pubertad.

El señor Dreltram rió y se secó el rostro con un pañuelo.

Gurgeh concentró toda su atención en el juego, dejándose absorber por él hasta tal punto que su oponente tuvo que avisarle de que la partida ya había llegado al límite de los ochenta movimientos. Gurgeh dio la vuelta a su tarjeta sin haber comprobado la posición de la pieza oculta. Había decidido correr el riesgo de que ocupara el mismo cuadrado que una de las piezas reveladas.

La pieza oculta resultó estar justo en la misma posición que el Corazón, la pieza alrededor de la que giraba todo el juego; la pieza de la que estaba intentando apoderarse su oponente... Había seiscientas posibilidades contra una, pero allí estaba.

Gurgeh contempló la intersección ocupada por su bien defendido Corazón y movió lentamente la cabeza para comprobar las coordenadas que había marcado al azar en la tarjeta de cerámica dos horas antes. Eran las mismas. No cabía duda. Si hubiera echado un vistazo a la tarjeta un movimiento antes habría podido desplazar el Corazón hasta una posición donde no corriese peligro..., pero no lo había hecho. Había perdido las dos piezas, y haber perdido el Corazón significaba que la partida estaba perdida. Había perdido.

–Oh, qué mala suerte... –dijo el señor Dreltram carraspeando para aclararse la garganta.

Gurgeh asintió.

–Creo que es costumbre que el jugador derrotado se quede con el Corazón como recuerdo del momento en que la catástrofe se abatió sobre él –dijo, acariciando la pieza que acababa de perder.

–Eh... Sí, eso tengo entendido –dijo el señor Dreltram.

Su expresión dejaba bien claro que la imprevisible derrota de Gurgeh le hacía sentirse un tanto incómodo y, al mismo tiempo, que estaba encantado por su buena fortuna.

Gurgeh volvió a asentir. Dejó el Corazón sobre el tablero y cogió la tarjeta de cerámica que le había traicionado.

–Creo que prefiero quedarme con esta tarjeta –dijo.

La alzó ante el rostro del señor Dreltram, quien se apresuró a asentir.

–Bueno... Sí, por supuesto. Quiero decir... ¿Por qué no? No tengo nada que objetar, faltaría más.

El tren entró en un túnel y fue reduciendo la velocidad hasta detenerse en la estación que había dentro de la montaña.

–Toda la realidad es un juego. La física a su nivel más fundamental, la mismísima textura de nuestro universo..., todo eso es un resultado directo de la interacción entre el azar y ciertas reglas bastante sencillas, y la misma descripción puede aplicarse a los mejores juegos, los más elegantes y satisfactorios tanto al nivel intelectual como al estético. El futuro es maleable porque es incognoscible y porque es el resultado de acontecimientos a un nivel subatómico que no pueden ser predecidos en su totalidad, y eso permite conservar la posibilidad del cambio y la esperanza de acabar imponiéndose..., la posibilidad de la victoria, por utilizar una palabra que ya no está de moda. En ese aspecto el futuro es un juego; y el tiempo es una de las reglas. Generalmente los mejores juegos mecanicistas –aquellos que pueden ser Jugados «perfectamente» en algún sentido de la palabra, como por ejemplo la Rejilla, el Enfoque Pralliano, el 'Nkraytle, el Ajedrez o las Dimensiones Fárnicas–, pueden ser atribuidos a civilizaciones que carecían de una visión relativista del universo, y mucho más de la realidad. También podría añadir que esos juegos siempre se originan en sociedades donde aún no han aparecido las máquinas conscientes.

»Los juegos de primerísima categoría admiten el elemento del azar por mucho que impongan las restricciones más severas a la suerte pura y simple. Por muy complicadas y sutiles que sean las reglas y sin importar la escala y diferenciación del volumen de juego y la variedad de poderes y atributos de las piezas, cualquier intento de crear un juego basado en otros criterios acaba llevando inevitablemente a quedar aprisionado en una perspectiva que se encuentra varias eras por detrás de la nuestra, no sólo en el aspecto social sino incluso en el tecnofilosófico. Como ejercicio histórico puede que eso tenga cierto valor, lo admito, pero como obra del intelecto... Es una pérdida de tiempo pura y simple. Si quiere hacer algo anticuado, ¿por qué no construye una embarcación de madera o una máquina de vapor? Son artefactos tan complicados y que exigen tanto esfuerzo como un juego mecanicista, y también le servirán para mantenerse en forma.

Gurgeh obsequió con una reverencia levemente irónica al joven que se había aproximado a él para exponerle una idea en que basar un juego que se le había ocurrido hacía poco. El joven parecía no saber qué decir. Tragó una honda bocanada

de aire y abrió la boca para hablar. Gurgeh estaba preparado para ello, tal y como lo había estado las últimas cinco o seis veces en que el joven había intentado decir algo, y reanudó su discurso antes de que éste hubiera podido pronunciar una sola palabra.

—No, le aseguro que no bromeo. Emplear sus manos para construir algo por oposición a utilizar únicamente su cerebro no es nada vergonzoso o intelectualmente inferior a esa segunda actividad. Le garantizo que permite aprender las mismas lecciones y adquirir las mismas habilidades precisamente a los únicos niveles que tienen una importancia real, y...

Gurgeh no llegó a completar la frase. Acababa de ver a Mawhrin-Skel. La unidad venía flotando hacia él por encima de las cabezas del gentío que atestaba la gran plaza.

El concierto principal ya había terminado. Las cimas de las montañas que se alzaban alrededor de Tronze resonaban con los ecos de los distintos grupos que habían empezado a actuar después, y los grupos de gente iban gravitando hacia sus formas musicales favoritas. Algunos optaban por la música seria, otros preferían la improvisación, algunos querían bailar y otros deseaban experimentar la música sometidos al trance provocado por cierta droga. La noche era cálida y estaba bastante nublada. La escasa luz que llegaba del lado más distante del Orbital creaba un halo lechoso que flotaba alrededor de las nubes que ocupaban la vertical del cielo por encima de Tronze. La ciudad, la más grande de la Placa y de todo el Orbital, había sido construida junto al gran macizo central de la Placa Gevant, allí donde el lago Tronze fluía por el borde de la meseta dejando caer sus aguas desde un kilómetro de altura para que se desparramaran por la llanura que había debajo. La cascada era como un diluvio permanente que regaba la jungla.

Tronze servía de hogar a menos de cien mil personas, pero aun así Gurgeh tenía la sensación de que la ciudad estaba demasiado llena de gente y sus espaciosas mansiones y encrucijadas, sus elegantes galerías, plazas y terrazas, sus miles de casas acuáticas y sus esbeltas torres unidas por puentes no lograban disipar aquella sensación de ahogo que le invadía a cada visita. Chiark era un Orbital de construcción bastante reciente —sólo tenía unos mil años de antigüedad—, pero Tronze ya casi había alcanzado el tamaño máximo al que podía aspirar cualquier comunidad orbital. Las auténticas ciudades de la Cultura se hallaban en sus inmensas naves, los Vehículos Generales de Sistemas. Los Orbitales eran una especie de suburbios rurales concebidos para las personas que querían disfrutar de mucho espacio en el que moverse. En términos de escala y si se lo comparaba con uno de los VGS de mayor magnitud capaces de albergar a miles de millones de personas, Tronze apenas si era una aldea.

Gurgeh tenía costumbre de asistir al concierto de los sesenta y cuatro días de Tronze, y normalmente siempre se veía acosado por los seguidores y entusiastas del

juego. Gurgeh solía mostrarse educado, aunque de vez en cuando se permitía alguna brusquedad. Esta noche, después del desastre del tren y aquella extraña y casi vergonzosa oleada de emociones que había experimentado como resultado de que el señor Dreltram creyera que estaba intentando hacer trampas –por no mencionar el leve nerviosismo que sentía desde que se había enterado de que la chica del VGS *Culto del cargamento* estaba en Tronze y tenía muchas ganas de enfrentarse a él–, no se encontraba del humor adecuado para soportar impertinencias o estupideces.

Aquel joven no era un completo imbécil, claro está. Lo único que había hecho era exponerle lo que, después de todo, no era una idea tan mala para un juego, pero Gurgeh se había lanzado sobre él con toda la fuerza de una avalancha que se desprende de una cima. La conversación –si se la podía calificar de tal– se había convertido en un juego.

El objetivo era seguir hablando y no continuamente, cosa que cualquier idiota era capaz de hacer, sino callarse sólo cuando el joven no emitía señales de que quería intervenir. Las señales podían ir expresadas en lenguaje corporal o facial, y podían consistir en algo tan simple como abrir la boca y empezar a mover los labios. La táctica empleada por Gurgeh consistía en quedarse callado de repente a mitad de un argumento o después de haber emitido alguna observación levemente insultante, arreglándoselas para seguir dando la impresión de que iba a continuar hablando. Aparte de eso Gurgeh estaba citando casi textualmente uno de sus artículos más famosos sobre teoría de los juegos, lo cual añadía un insulto más a su ofensiva, pues había muchas probabilidades de que el joven conociera aquel texto tan bien como el mismo Gurgeh.

–La mera implicación –siguió diciendo Gurgeh en cuanto vio que el joven volvía a abrir la boca– de que es posible eliminar de la vida el elemento del azar, la suerte o la casualidad mediante...

–Hola, Jernau Gurgeh –dijo Mawhrin-Skel–. Espero no estar interrumpiendo nada importante.

–No, no interrumpes nada demasiado importante –dijo Gurgeh volviéndose hacia la pequeña unidad–. ¿Qué tal estás, Mawhrin-Skel? ¿Has hecho alguna travesura sonada últimamente?

–Nada importante –dijo la diminuta unidad.

El joven al que Gurgeh había estado torturando aprovechó la aparición de Mawhrin-Skel para alejarse. Gurgeh tomó asiento en una pérgola cubierta de enredaderas que estaba a un lado de la plaza, cerca de las plataformas de observación que se alzaban sobre el inmenso telón acuático de la cascada, allí donde los surtidores de espuma y vapor de agua brotaban de los rápidos que había entre la orilla del lago y la caída vertical que terminaba en el bosque situado un kilómetro más abajo. El rugido de las cascadas proporcionaba un telón de fondo sonoro hecho de la más pura

estática imaginable.

–He conocido a tu joven adversaria –anunció la pequeña unidad.

Extendió un campo azul claro y arrancó una flor nocturna de una enredadera cercana.

–¿Hmmm? –exclamó Gurgeh–. Oh, la joven... Ah... ¿Te refieres a la jugadora de Acabado?

–Así es –dijo Mawhrin-Skel con voz átona–. He conocido a la joven..., ah..., jugadora de Acabado.

La unidad empezó a doblar hacia atrás los pétalos de la flor tensándolos lentamente sobre el tallo.

–He oído comentar que estaba aquí –dijo Gurgeh.

–Está en la mesa de Hafflis. ¿Quieres que vayamos allí para que puedas verla?

–¿Por qué no?

Gurgeh se puso en pie y la unidad se alejó unos centímetros para dejarle sitio.

–¿Nervioso? –preguntó Mawhrin-Skel.

Estaban abriéndose paso por entre el gentío en dirección a la terraza elevada del conjunto situado al nivel del lago donde se encontraba la morada de Hafflis.

–¿Nervioso? –repitió Gurgeh–. ¿Por qué iba a estarlo? Sólo es una niña, ¿no?

Mawhrin-Skel flotó en silencio durante unos momentos mientras Gurgeh subía un tramo de peldaños. Gurgeh saludó con la cabeza a varias personas y pronunció algunos «Hola». La unidad se acercó un poco más a él y empezó a hablar en voz baja mientras arrancaba los pétalos de la flor que ya se estaba marchitando.

–¿Quieres que te diga cuál es la velocidad de tu pulso, el nivel de receptividad de tu piel, la composición de la firma feromónica que estás emitiendo, el estado funcional de tus redes de neuronas...?

Gurgeh se detuvo en el centro del tramo de peldaños que estaba ascendiendo y la unidad se calló.

Gurgeh se volvió hacia la unidad, entrecerró los ojos y contempló a Mawhrin-Skel por la rendija de los párpados. Podía oír las notas musicales que llegaban del lago, y el aire nocturno estaba impregnado de los potentes perfumes de las flores. Las luces colocadas en las balaustradas de piedra iluminaban el rostro del jugador desde abajo. Los ocupantes de la terraza empezaron a bajar por el tramo de peldaños riendo y bromeando. El torrente humano se escindió al encontrar el obstáculo representado por Gurgeh como las aguas de un río cuando chocan con una roca, y las dos hileras de gente volvieron a unirse después de haberle dejado atrás. Mawhrin-Skel se dio cuenta de que quienes pasaban junto a Gurgeh se callaban de golpe y permanecían durante unos segundos sumidos en un extraño silencio. Gurgeh siguió tan inmóvil como una estatua respirando de forma lenta y regular y Mawhrin-Skel acabó rompiendo el silencio con una risita.

–No está mal –dijo la unidad–. No está nada mal... No sé qué cóctel de sustancias habrás hecho segregarse a tus glándulas, pero el grado de control es realmente impresionante. Todas las funciones en el centro de los parámetros indicando la normalidad más absoluta... Salvo tus neuronas, claro, que están un poquito más alteradas de lo que es habitual en ti pero, naturalmente, las unidades civiles corrientes sin duda serían incapaces de detectar esa alteración. Magnífico... Te felicito, Gurgeh.

–No pierdas el tiempo conmigo, Mawhrin-Skel –dijo Gurgeh con voz gélida–. Estoy seguro de que puedes encontrar espectáculos mucho más divertidos que el de verme jugar una partida.

Reanudó la ascensión del tramo de peldaños.

–Oh, señor Gurgeh, le aseguro que nada de lo que ocurre en este Orbital me parece una pérdida de tiempo –dijo la unidad con despreocupación.

Arrancó el último pétalo de la flor y dejó caer el tallo en el canal que corría junto a la balaustrada.

–Gurgeh, qué alegría verte. Ven, siéntate.

Los invitados de Estray Hafflis –Gurgeh pensó que debía haber unas treinta personas–, estaban sentados a una enorme mesa rectangular de piedra en un balcón desde el que se dominaba la cascada y sobre el que se alzaban arcos de piedra adornados con enredaderas y farolillos de papel que emitían una tenue luz suavemente tamizada. Los músicos ocupaban todo un extremo del balcón. Gurgeh vio tambores, instrumentos de cuerda y de viento. Los músicos no paraban de reír y parecían tocar más para sí mismos que en beneficio de los invitados, y cada uno intentaba ir lo más deprisa posible para que los demás no pudieran seguir el ritmo.

En el centro de la mesa había una especie de canal lleno de ascuas al rojo vivo sobre el que se encontraba un teleférico en miniatura provisto de cubetas que transportaban trocitos de carne y verduras de un extremo de la mesa a otro. Uno de los hijos de Hafflis se encargaba de colocar las viandas en las cubetas y el más pequeño de los hijos del anfitrión, que sólo tenía seis años, estaba de pie al otro extremo de la línea y las iba sacando para envolverlas en papel comestible y arrojarlas con un loable grado de precisión a los invitados cada vez que éstos le hacían señas de que querían comer algo. Hafflis tenía siete hijos, lo cual era bastante raro pues normalmente la gente se conformaba con engendrar y dar a luz un solo descendiente. La Cultura tendía a fruncir el ceño ante semejantes excesos, pero Hafflis afirmaba adorar los embarazos, aunque actualmente se hallaba en una fase masculina que ya había durado varios años.

Gurgeh intercambió unas cuantas bromas con él y Hafflis le acompañó hasta un asiento libre junto a la profesora Boruelal, quien sonreía plácidamente y se balanceaba a un lado y a otro como si hubiese bebido demasiado. Vestía un traje largo negro y blanco y en cuanto vio a Gurgeh le besó ruidosamente en los labios. También

intentó besar a Mawhrin-Skel, pero la unidad se apresuró a huir.

Boruelal rió y cogió un trozo de carne a medio asar del teleférico que corría por el centro de la mesa pinchándolo con un tenedor de gran tamaño.

–¡Gurgeh, te presento a la bella Olz Hap! Olz, Jernau Gurgeh... ¡Venga, daros la mano!

Gurgeh se sentó y tomó entre sus dedos la pálida manecita de la joven de aspecto asustado que estaba sentada a la derecha de Boruelal. Olz aún no había cumplido los veinte años y vestía un traje oscuro que no parecía tener ninguna forma definida. Gurgeh sonrió, frunció levemente el ceño y lanzó una burlona mirada de soslayo a la profesora intentando que la joven rubia sonriera ante su evidente estado de embriaguez, pero los ojos de Olz Hap estaban clavados en su mano, no en su rostro. La joven permitió que le cogiera la mano, pero la retiró casi inmediatamente. Olz escondió las manos debajo del cuerpo y se dedicó a contemplar su plato.

Boruelal tragó una honda bocanada de aire, pareció recobrar el control de sí misma y cogió la copa que tenía delante.

–Bien.... –dijo contemplando a Gurgeh como si acabara de aparecer–. ¿Qué tal estás, Jernau? –Bastante bien.

Gurgeh vio como Mawhrin-Skel se colocaba junto a Olz. La unidad flotó sobre la mesa hasta quedar suspendida encima de su plato. Sus campos brillaban con el azul de la seriedad educada y el verde de la afabilidad. –Buenas noches –le oyó decir Gurgeh con su mejor voz de abuelo simpático.

La chica alzó la cabeza para contemplar a la unidad y Gurgeh intentó escuchar su conversación mientras seguía hablando con Boruelal.

«Hola.» –¿Lo bastante bien para jugar una partida de Acabado?

«Me llamo Mawhrin-Skel. Usted se llama Olz Hap, ¿verdad?» –Creo que sí, profesora. ¿Y usted? ¿Se encuentra lo bastante bien para ejercer las funciones de monitor durante la partida?

«Sí. ¿Cómo está?»

–No, joder... Estoy más empapada que un desierto después de las lluvias primaverales. Tendréis que buscaros a otra persona. Supongo que si me lo propusiera podría hacer que se me pasara a tiempo, pero... Noooo. «Oh, ah... Así que quiere estrechar mis campos, ¿eh? Qué encantador por su parte... Muy pocas personas se toman la molestia de hacerlo, ¿sabe? Es un placer conocerla. Todos hemos oído hablar mucho de usted.» –¿Y la jovencita?

«Oh. Oh, yo...» –¿Qué?

«¿Qué ocurre? ¿He dicho algo que no debería haber dicho?» –¿Está preparada para jugar?

«No, es sólo que...» –¿Jugar a qué?

«Ah, es tímida. No tiene por qué serlo. Nadie la obligará a jugar, y Gurgeh...

Gurgeh sería el último en hacer semejante cosa, créame.» –Al juego, Boruelal.

«Bueno, yo...» –¿Cómo? Quieres decir... ¿Ahora?

«Si fuera usted no me preocuparía en lo más mínimo. De veras.» –Ahora o en cualquier otro momento. –Bueno... No tengo ni idea. ¡Pregúntaselo a ella! Eh, niña... –Bor... –empezó a decir Gurgeh, pero la profesora ya se había vuelto hacia la joven.

–Olz, ¿quieres jugar o no?

La joven se volvió hacia Gurgeh y le miró a los ojos. El resplandor de las ascuas al rojo vivo esparcidas por el canal que corría a lo largo de la mesa se reflejó en sus pupilas.

–Si al señor Gurgeh le apetece jugar una partida... Sí.

Los campos de Mawhrin-Skel se encendieron con un brillo rojo de placer tan intenso que eclipsó durante unos segundos el resplandor de las ascuas.

–Oh, estupendo –dijo–. Vamos a tener una auténtica pelea...

Hafflis había prestado su viejo tablero de Acabado a unos amigos y hubo que esperar unos minutos a que un robot de aprovisionamiento trajera otro tablero de un almacén. Colocaron el tablero en una punta del balcón, en el extremo desde el que se podía ver la cascada blanca que se desplomaba con un rugido. La profesora Boruelal manipuló su terminal y solicitó la presencia de unas cuantas unidades enjuiciadoras para que se encargaran de supervisar la partida. La estructura del juego hacía que fuese susceptible de ser manipulado mediante ciertos trucos tecnológicos y toda partida sería necesitaba que se tomaran medidas para asegurarse de que ningún jugador hacía trampas. Una unidad del Cubo de Chiark se ofreció voluntaria para supervisar la partida, al igual que otra unidad de Manufacturación procedente del astillero que había debajo de las montañas. Olz Hap estaría representada por una de las máquinas de la Universidad.

Gurgeh se volvió hacia Mawhrin-Skel con la idea de pedirle que actuara como representante suyo, pero la unidad habló antes de que pudiera abrir la boca.

–Jernau Gurgeh, he pensado que quizá te gustaría ser representado por Chamlis Amalk-Ney.

–¿Está aquí?

–Llegó hace un rato. Ha estado evitándome. Hablaré con él y le preguntaré si desea actuar como representante tuyo.

La terminal de Gurgeh emitió un zumbido.

–¿Sí? –preguntó.

La voz de Chamlis surgió de la terminal.

–Esa cagada de mosca acaba de pedirme que te represente en una partida de Acabado. ¿Quieres que lo haga?

–Sí, me gustaría que fueras mi representante –dijo Gurgeh mientras veía como los campos de Mawhrin-Skel emitían un fugaz parpadeo de ira.

–Estaré allí dentro de veinte segundos –dijo Chamlis, y cortó la comunicación.

–Veintiuno coma dos –dijo Mawhrin-Skel con la voz impregnada de sarcasmo exactamente veintiún coma dos segundos después, cuando Chamlis apareció sobre la barandilla del balcón.

La catarata que tenía detrás hacía que las placas de su estructura parecieran mucho más oscuras de lo que eran en realidad. Chamlis dirigió su banda sensora hacia la pequeña unidad.

–Gracias –dijo Chamlis con afabilidad–. Había apostado conmigo mismo a que estarías contando los segundos hasta que me vieras llegar.

Los campos de Mawhrin-Skel emitieron un destello blanco de cegadora intensidad que iluminó todo el balcón durante un segundo. Los invitados dejaron de hablar y se volvieron hacia la máquina; las notas musicales vacilaron y acabaron perdiéndose en el silencio. La diminuta unidad estaba tan furiosa que toda su estructura parecía vibrar a causa de la rabia.

–¡Jódete! –dijo por fin.

Mawhrin-Skel pareció esfumarse dejando tras él una imagen residual de luz tan intensa y cegadora como la del sol que no tardó en desvanecerse. Las ascuas se avivaron, una ráfaga de viento tiró de ropas y cabelleras y unos cuantos farolillos de papel se estremecieron y acabaron desprendiéndose de los arcos de piedra. Las hojas y las flores cayeron lentamente de los dos arcos situados encima del punto en el que había estado flotando Mawhrin-Skel.

Chamlis Amalk-Ney giró sobre su eje vertical para observar el cielo nocturno y el pequeño agujero que acababa de aparecer en la capa nubosa. Sus campos brillaban con un resplandor rojizo de puro placer.

–Oh, cielos... –suspiró–. ¿Crees que he dicho algo que le ha molestado?

Gurgeh sonrió y tomó asiento delante del tablero.

–¿Lo habías planeado, Chamlis?

Amalk-Ney saludó a las demás unidades y a Boruelal con una reverencia.

–No exactamente. –Se volvió hacia Olz Hap, que estaba sentada enfrente de Gurgeh con la red del tablero de juego interponiéndose entre ambos–. Ah... Qué agradable sorpresa. Una humana rubia^[1].

La joven se ruborizó y bajó la vista. Boruelal hizo las presentaciones.

El Acabado se juega en una red tridimensional que ocupa un metro cúbico de espacio. Los materiales tradicionales se obtienen de cierto animal del planeta en que se originó el juego. Los tendones curados se utilizan para la red y el marco está hecho con el marfil de sus colmillos. El tablero que Gurgeh y Olz Hap iban a utilizar era sintético. Los dos alzaron las pantallas que garantizaban su intimidad, cogieron las bolsitas que contenían los globos huecos y las cuentas de colores (cascaras de nuez y piedras en el original) y escogieron las cuentas con las que querían jugar

colocándolas dentro de los globos. Las unidades se aseguraron de que no había ninguna posibilidad de que vieran qué cuentas había dentro de cada globo. Después el hombre y la chica cogieron un puñado de esferitas cada uno y las fueron esparciendo por la red. La partida había empezado.

La chica era muy buena. Gurgeh no tardó en quedar impresionado. Olz Hap tenía un estilo de juego muy impetuoso, pero su temeridad y su afición a correr riesgos pertenecían a la variedad astuta y osada, no a la meramente estúpida. Aparte de eso Olz Hap también tenía mucha suerte pero, naturalmente, hay varias clases de suerte. A veces podías oler la presencia de la suerte, darte cuenta de que todo te iba bien y de que lo más probable era que siguiese yéndote bien y sacar el máximo provecho de ello. Si las cosas seguían así, podías conseguir beneficios exorbitantes. Si la suerte se esfumaba... Bueno, entonces tenías que ser más cauteloso y confiar en la sabiduría tradicional del juego.

Aquella noche la chica tenía esa clase de suerte. Hizo las conjeturas correctas sobre las piezas de Gurgeh y capturó varias cuentas importantes no muy bien disfrazadas; previo movimientos que Gurgeh había colocado en las cuentas de Profecía e ignoró todas las trampas y fintas tentadoras que Gurgeh le puso delante.

Gurgeh logró resistir y fue dando con defensas improvisadas fruto de la desesperación que oponer a cada nuevo ataque, pero estaba jugando de una forma demasiado apresurada, excesivamente táctica y supeditada a las circunstancias de cada momento. No conseguía acumular el tiempo que necesitaba para ir moviendo sus piezas o desarrollar una estrategia. Estaba limitándose a responder y a reaccionar, y Gurgeh siempre había preferido tomar la iniciativa del juego lo más pronto posible.

Necesitó algún tiempo para comprender hasta dónde llegaba la audacia de la chica. Olz quería conseguir una Red Completa, nada menos que la captura simultánea de todos los puntos disponibles que había en el espacio del juego. No se estaba limitando a intentar ganar, sino que intentaba ganar creando una configuración que sólo había sido materializada por un puñado de los mejores jugadores de Acabado y, que Gurgeh supiera, una que aún no había sido conseguida por ningún habitante de la Cultura. Casi no podía creerlo, pero eso era justamente lo que estaba intentando. Olz iba minando la disposición de sus piezas, pero no acababa con ellas. Retrocedía y atacaba utilizando las debilidades del despliegue de Gurgeh, pero no explotaba su ventaja para irle dejando sin piezas.

Estaba invitándole a responder, naturalmente, y le daba más posibilidades de alzarse con la victoria e incluso de lograr el mismo resultado portentoso que andaba buscando, aunque en el caso de Gurgeh sus esperanzas de conseguirlo eran bastante más reducidas que las de Olz. ¡Pero la increíble confianza en sí misma que implicaba aquella forma de jugar...! ¡La experiencia e incluso la arrogancia que revelaban eran pura y simplemente desmesuradas!

Gurgeh contempló el delgado y tranquilo rostro de la chica por entre la red de alambres y esferitas suspendidas que le separaba de ella y no pudo evitar el que su ambición, su presuntuosa habilidad y la fe que tenía en sí misma le hicieran sentir una cierta admiración. Olz se había fijado el objetivo de dar una exhibición e impresionar al público y no se conformaba con una simple victoria, pese a la innegable realidad de que la victoria significaría haber superado a un jugador tan famoso y respetado como él. ¡Y Boruelal había pensado que quizá la intimidaba! Bueno, mejor para ella...

Gurgeh se inclinó hacia adelante y se frotó la barba. Había dejado de prestar atención al gentío que se apelotonaba en el balcón observando el desarrollo de la partida en el más absoluto silencio.

Y Gurgeh logró mejorar sus posiciones, en parte por suerte y en parte usando una habilidad superior a la que incluso él mismo creía poseer. El juego seguía apuntando a una victoria con Red Completa y Olz era quien seguía teniendo más posibilidades de lograr la configuración, pero por lo menos la situación de Gurgeh ya no parecía tan desesperada como antes. Alguien le trajo un vaso de agua y un poco de comida. Después Gurgeh recordaría vagamente haberle dado las gracias.

La partida siguió. La gente iba y venía a su alrededor. La red contenía todo lo que le importaba en la vida. Las esferitas que encerraban sus tesoros y amenazas secretas se convirtieron en diminutas porciones de vida y muerte, puntos de probabilidad aislados sobre los que se podían hacer conjeturas pero que sólo revelarían su contenido cuando fueran desafiados, abiertos y escrutados. Toda la realidad parecía reposar sobre aquellos infinitesimales bultitos de significado.

Gurgeh ya no sabía qué drogas circulaban por su organismo, y no tenía ni idea de qué sustancias estaba utilizando la chica. El espacio y el tiempo habían dejado de existir para él.

Gurgeh y Olz relajaron su concentración durante unos movimientos y la partida volvió a cobrar vida de repente. Poco a poco y de forma muy gradual Gurgeh fue comprendiendo que su cabeza había creado un modelo imposiblemente complejo de la situación. El modelo encerraba tantos planes y variables distintas que resultaba prácticamente imposible de aprehender racionalmente.

Gurgeh contempló el modelo y lo alteró.

Y la partida sufrió un cambio repentino.

Había percibido una forma de ganar. La Red Completa seguía siendo una posibilidad..., y ahora la posibilidad era suya. Todo dependía de sus movimientos. Otra alteración. Sí, ganaría. Estaba casi seguro de ello.

Pero ya no le bastaba con eso. La Red Completa le hacía guiños y se balanceaba ante él ofreciéndole su seductora realidad...

—¿Gurgeh? —Boruelal le sacudió por los hombros. Gurgeh alzó la mirada. La primera luz del alba asomaba por encima de las montañas. Boruelal parecía sobria, y

tenía la piel de un color grisáceo—. Gurgeh, un descanso... Lleváis seis horas jugando. ¿Estás de acuerdo? Un descanso... ¿Sí?

Los ojos de Gurgeh atravesaron la red y se posaron en el rostro de la chica. Estaba tan pálida que su piel parecía cera. Miró a su alrededor con cara de perplejidad. El balcón estaba casi vacío. Los farolillos de papel también habían desaparecido. Gurgeh lamentó vagamente haberse perdido el pequeño ritual de arrojarlos por el balcón y ver como bajaban flotando hasta esfumarse en la espesura del bosque.

Boruelal volvió a sacudirle por los hombros.

—Gurgeh...

—Sí, un descanso. Sí, claro... —graznó.

Se puso en pie. Tenía el cuerpo envarado y tenso. Sus músculos protestaron y oyó el crujir de sus articulaciones.

Chamlis tenía que seguir ejerciendo su función de controlador y no podía apartarse del tablero de juego. La claridad grisácea del alba se fue extendiendo por el cielo. Alguien le dio un poco de sopa caliente y Gurgeh la fue sorbiendo mientras comía unas galletas y paseaba durante un rato bajo las ahora silenciosas arcadas. Algunas personas dormían, seguían hablando o bailaban moviéndose lentamente al son de la música grabada. Gurgeh se apoyó en la balaustrada y contempló los rápidos que espumeaban un kilómetro más abajo. Sorbió la sopa y masticó las galletas sin salir del aturdimiento producido por los movimientos de la partida, que seguían desarrollándose una y otra vez dentro de su cabeza.

Las luces de los pueblos y aldeas esparcidos por la llanura cubierta de niebla que se extendía más allá del semicírculo de oscuridad ocupado por los pinares parecían débiles y temblorosas. Las cimas de las montañas brillaban con un leve resplandor rosado.

—Jernau Gurgeh... —dijo una voz.

Gurgeh siguió contemplando la llanura. Mawhrin-Skel surgió de la nada y se detuvo a un metro de su rostro.

—Mawhrin-Skel —dijo Gurgeh en voz baja.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Qué tal va la partida?

—Muy bien, gracias. Creo que ganaré... De hecho, estoy casi seguro. Pero aparte de eso existe la posibilidad de que pueda conseguir... —Sintió que sus labios se curvaban en una sonrisa—. Bueno, puede que consiga algo más que una mera victoria.

—¿De veras?

Mawhrin-Skel siguió inmóvil flotando en el vacío delante de su cara. La unidad hablaba en voz muy baja aunque no había nadie cerca. Tenía los campos apagados.

Sus placas eran una extraña mixtura de tonos grisáceos que variaban de un lugar a otro.

–Sí –dijo Gurgeh, y le explicó brevemente que creía poder conseguir una Red Completa.

La unidad pareció entenderlo.

–Así que vas a ganar la partida pero además quizá consigas la Red Completa, una configuración que ningún jugador de la Cultura ha logrado salvo en exhibiciones para demostrar que era posible, y no en una partida real.

–¡Así es! –Gurgeh asintió y siguió observando la llanura puntuada de luces–. Así es...

Terminó la última galleta y se frotó las manos muy despacio para quitarse las migajas. Dejó el cuenco de sopa encima de la balaustrada.

–¿Y tiene alguna importancia? –preguntó Mawhrin-Skel hablando muy despacio–. Me refiero a lo de ser el primero que consiga una Red Completa.

–¿Hmmm? –replicó Gurgeh.

Mawhrin-Skel se acercó unos centímetros más a su rostro.

–¿Es realmente importante? Alguien acabará consiguiendo esa configuración pero... ¿Importa mucho quién sea? No soy un experto, pero me parece una eventualidad que es muy improbable llegue a producirse en una partida real... ¿Tiene mucho que ver con la habilidad del jugador o no?

–No más allá de cierto punto –admitió Gurgeh–. Requiere una combinación de suerte y genio.

–Pero tú podrías ser la persona que consiguiera esa configuración.

–Quizá. –Gurgeh contempló la llanura, sintió la fría caricia del aire de la mañana y tiró de los pliegues de su chaqueta–. Depende de que ciertas cuentas de colores se encuentren dentro de ciertas esferas metálicas. –Se rió–. Una victoria de la que se hablaría en todos los lugares de la galaxia donde se juega, y depende de que una niña haya colocado ciertas... —No llegó a completar la frase. Clavó los ojos en la diminuta unidad y frunció el ceño–. Lo siento, creo que me he puesto un poco melodramático. –Se encogió de hombros y se apoyó en la balaustrada de piedra–. Sería..., sería muy agradable, pero me temo que hay muy pocas posibilidades de conseguirlo. Alguien acabará consiguiéndolo más tarde o más temprano.

–Pero ese alguien podrías ser tú –siseó Mawhrin-Skel, y se acercó un poco más a su rostro.

Gurgeh tuvo que retroceder un poco para verle con claridad.

–Bueno...

–¿Por qué dejarlo al azar, Jernau Gurgeh? –preguntó Mawhrin-Skel retrocediendo unos centímetros–. ¿Por qué abandonarlo a la mera estupidez de la suerte?

–¿De qué estás hablando? –dijo Gurgeh muy despacio.

Entrecerró los ojos. El trance de las drogas se estaba disipando y el hechizo no tardaría en esfumarse. Tenía la sensación de que todo su organismo estaba funcionando al máximo de su capacidad. Se sentía entre nervioso y vagamente excitado.

–Puedo revelarte qué cuentas hay dentro de cada globo –dijo Mawhrin-Skel.

Gurgeh dejó escapar una leve carcajada.

–Tonterías.

La unidad volvió a acercarse a su rostro.

–Puedo hacerlo. Cuando me declararon inútil para el servicio activo y me echaron de CE... Bueno, no me quitaron todo el equipo que llevaba incorporado, ¿sabes? Poseo sentidos de los que imbéciles como Amalk-Ney ni tan siquiera han oído hablar.

–La unidad se acercó un poco más–. Deja que los utilice, deja que te diga cuáles son las posiciones de cada cuenta. Deja que te ayude a conseguir la Red Completa.

Gurgeh se apartó de la balaustrada y meneó la cabeza.

–No puedes hacerlo. Las otras unidades...

–...son estúpidas, Gurgeh –insistió Mawhrin-Skel–. Oh, les he tomado bien la medida, créeme. Confía en mí. Si hubiera otra máquina de CE... Entonces decididamente no; si hubiese alguien de Contacto probablemente tampoco me atrevería, pero... ¿Ese montón de antiguallas? Puedo averiguar dónde ha puesto cada cuenta. ¡Puedo hacerlo!

–No haría falta que averiguaras dónde están todas las cuentas –dijo Gurgeh.

Movió la mano. Parecía inquieto.

–¡Mejor aún! ¡Deja que lo haga! ¡Sólo para demostrarte que soy capaz de hacerlo! ¡Para demostrármelo a mí mismo!

–Mawhrin-Skel, estás hablando de hacer trampas –dijo Gurgeh.

Sus ojos recorrieron la plaza. No había nadie cerca. Los farolillos de papel y los arcos de piedra de los que colgaban eran invisibles desde su posición actual.

–Vas a ganar. ¿En qué cambia eso las cosas?

–Sigue siendo hacer trampas.

–Tú mismo has dicho que todo es cuestión de suerte. Has ganado...

–Aún no.

–Oh, venga, estás casi seguro de que vas a ganar... Tienes mil posibilidades de ganar contra una de perder.

–Probablemente algunas menos –admitió Gurgeh.

–La partida ha terminado. La chica no puede perder más de lo que ya ha perdido, ¿verdad? Deja que forme parte de una partida que se convertirá en historia. ¡Dale eso por lo menos!

–Sigue... –dijo Gurgeh golpeando la balaustrada con la palma de la mano–, siendo... –otro golpe–, ¡hacer trampas!

Dio un último golpe sobre la balaustrada.

–Baja la voz –murmuró Mawhrin-Skel y retrocedió unos centímetros. Cuando volvió a hablar lo hizo en un tono tan bajo que Gurgeh tuvo que inclinarse hacia la unidad para oír sus palabras–. Es una pura cuestión de suerte. Cuando la habilidad ya ha desempeñado su papel todo lo que queda se reduce a la suerte, ¿no? La suerte fue la que me proporcionó una cara tan fea que no encajaba en Contacto, es la suerte la que te ha convertido en un gran jugador y es la suerte la que te ha traído aquí esta noche. Ninguno de los dos fuimos totalmente planeados, Jernau Gurgeh. Tus genes te han determinado y los genes manipulados de tu madre se aseguraron de que no nacerías lisiado o subnormal. El resto es suerte y azar. Se me creó con la libertad de ser yo mismo, y si lo que ese plan general y esa suerte en particular produjeron es algo que una mayoría –y recalco lo de mayoría, no la totalidad–, de la junta de admisión en CE decide no ser exactamente lo que desean en aquellos momentos... ¿Crees que eso es culpa mía? ¿Lo es?

–No.

Gurgeh suspiró y bajó la vista.

–Oh, la Cultura es maravillosa, ¿verdad, Gurgeh? Nadie se muere de hambre y nadie muere a causa de las enfermedades o los desastres naturales y no hay nadie ni nada que sea explotado, pero la suerte, el dolor y la alegría siguen existiendo. El azar, las ventajas y las desventajas..., todo eso continúa existiendo.

La unidad se quedó callada y siguió flotando sobre el precipicio y la llanura que había debajo. Gurgeh observó el avance de la aurora que estaba emergiendo desde el borde del mundo para ir cubriendo el Orbital.

–Controla tu suerte, Gurgeh. Acepta lo que te estoy ofreciendo. Deja que los dos creemos nuestro propio destino aunque sólo sea por esta vez. Ya sabes que eres uno de los mejores jugadores de la Cultura. No estoy intentando halagarte. Lo sabes, ¿verdad? Pero esta victoria haría que tu fama viviera eternamente.

–Si es posible... –dijo Gurgeh.

Se calló y tensó las mandíbulas. La unidad se dio cuenta de que estaba intentando controlarse tal y como había hecho siete horas antes en el tramo de escalones que llevaba a la casa de Hafflis.

–Si no lo es por lo menos ten el valor de averiguarlo –dijo Mawhrin-Skel.

Su voz subió de tono hasta adquirir la intensidad de una súplica quejumbrosa.

El hombre alzó los ojos hacia los límpidos tonos azules y rosados del amanecer. Las ondulaciones de la llanura cubierta de niebla hacían pensar en una inmensa cama desordenada.

–Estás loca, unidad. Jamás podrás hacerlo.

–Sé muy bien lo que puedo hacer y lo que no puedo hacer, Jernau Gurgeh –dijo la unidad.

Retrocedió unos centímetros y le observó en silencio.

Gurgeh pensó en su viaje en tren de aquella mañana. La oleada de miedo delicioso que le había invadido... Ahora parecía un presagio.

Suerte. Azar puro y simple.

Sabía que la unidad tenía razón. Sabía que se equivocaba y, al mismo tiempo, sabía que tenía razón. Todo dependía de él.

Se apoyó en la balaustrada. Sintió que algo se le clavaba en el pecho. Metió la mano en el bolsillo y extrajo la tarjeta circular de cerámica que había decidido conservar como recuerdo después de la desastrosa partida de Posesión. Le fue dando vueltas lentamente entre los dedos. Alzó los ojos hacia la unidad y tuvo la extraña sensación de ser muy viejo y, al mismo tiempo, de ser un niño.

–Si algo va mal –dijo hablando muy despacio–. Si te descubren... Estaré acabado. Me suicidaré. Muerte cerebral completa y absoluta sin dejar ningún vestigio de mi personalidad.

–Todo irá bien. Te aseguro que averiguar lo que hay dentro de esos globos es lo más sencillo del mundo. No me costará nada.

–Pero... ¿y si te descubren? ¿Y si hay alguna unidad de CE rondando por aquí o si el Cubo está observando la partida?

La unidad guardó silencio durante unos momentos.

–Ya se habrían dado cuenta. He terminado.

Gurgeh abrió la boca para decir algo, pero la unidad se apresuró a flotar hacia adelante hasta quedar muy cerca de su rostro.

–Por mí misma, Gurgeh –siguió diciendo con mucha calma–. Por mi propia paz mental. Yo también quería saberlo. Volví hace mucho rato. He pasado las últimas cinco horas observando la partida. Era fascinante... La tentación de averiguar si podía hacerse acabó resultando irresistible. Si he de serte sincero sigo sin saberlo. La partida se encuentra más allá de lo que puedo comprender. Mi pobre mente ha sido configurada para seguir caminos y lograr objetivos mucho más sencillos, y la partida es excesivamente complicada para ella..., pero tenía que intentarlo. Tenía que hacerlo, ¿comprendes? El riesgo ya ha pasado, Gurgeh. Está hecho. Puedo decirte lo que necesitas saber... Y no te pido nada a cambio. Eso es cosa tuya. Quizá puedas hacer algo por mí algún día, pero no estás atado por ninguna obligación. Créeme..., por favor, créeme. No hay ninguna obligación. Hago esto porque quiero ver como tú... No, quiero ver como alguien lo consigue. Tú o quien sea, me da igual.

Gurgeh contempló a la unidad. Tenía la boca seca. Podía oír gritos lejanos. El botón de la terminal que había en el hombro de su chaqueta emitió un zumbido. Tragó aire para hablar, pero un instante después oyó su voz y tuvo la impresión de que pertenecía a otra persona.

–¿Si?

–¿Listo para seguir jugando, Jernau? –dijo la voz de Chamlis desde el botón.

–Voy para allá –le oyó decir Gurgeh a su voz.

Clavó los ojos en la unidad. La terminal emitió un zumbido más estridente para indicar el fin de la comunicación.

Mawhrin-Skel se acercó unos centímetros más.

–Ya te lo había dicho, Jernau Gurgeh. Puedo engañar a esas calculadoras estúpidas siempre que quiera. Es lo más sencillo del mundo... Y ahora, deprisa. ¿Quieres saberlo o no? La Red Completa... ¿Sí o no?

Gurgeh volvió la cabeza hacia la dirección en que estaba la casa de Hafflis. Después se volvió lentamente hacia la balaustrada y se inclinó hasta que su rostro quedó muy cerca de la unidad.

–Está bien –murmuró–. Sólo los cinco puntos primarios y los cuatro verticales que se encuentren más cerca del centro empezando por arriba. Nada más.

Mawhrin-Skel le dio los datos que le había pedido.

Estuvo a punto de ser suficiente. La chica luchó brillantemente hasta el final, y su último movimiento le impidió alcanzar el objetivo que se había fijado.

La Red Completa se desmoronó y Gurgeh ganó por treinta y un puntos de ventaja, dos menos del récord actual de la Cultura.

Mientras limpiaba debajo de la gran mesa de piedra bastante más avanzada la mañana uno de los robots domésticos de Estray Hafflis sintió una leve sorpresa al descubrir una tarjeta de cerámica retorcida y llena de grietas en cuya distorsionada superficie había incrustados unos diales.

La tarjeta no pertenecía al juego de Posesión de la casa.

El cerebro no consciente, mecanicista y perfectamente predecible del robot meditó en su hallazgo durante unos momentos y acabó decidiendo arrojar aquel resto misterioso con el resto de la basura.

Despertó por la tarde y el recuerdo de la derrota se adueñó de su mente. Tuvo que pasar algún tiempo antes de que recordara que había ganado la partida de Acabado. La victoria nunca había sido tan amarga.

Desayunó a solas en la terraza viendo como una flotilla de veleros avanzaba por el fiordo con sus velas multicolores hinchadas por las frescas ráfagas de la brisa. Cada vez que cogía el cuenco o la taza sentía un leve dolor en la mano derecha. Cuando estrujó entre sus dedos la tarjeta del juego de Posesión al final de la partida faltó muy poco para que se hiciera sangre.

Se puso pantalones, un faldellín y un intermedio entre chaqueta y gabardina y fue a dar un largo paseo. Bajó hasta la orilla del fiordo y fue avanzando a lo largo de ella, dirigiéndose hacia el mar y las dunas barridas por el viento donde se encontraba Hassease, la casa en la que había nacido y en la que seguían viviendo algunos miembros de su numerosa familia. Caminó por el sendero de la costa que llevaba a la casa dejando atrás las siluetas retorcidas de los árboles deformados por el viento. La hierba suspiraba a su alrededor y las aves marinas lanzaban sus gritos melancólicos. La brisa era bastante fresca y las nubes se movían velozmente por el cielo. Si observaba el mar más allá de la aldea de Hassease podía ver las cortinas ondulantes de lluvia que caían precediendo al oscuro frente de las nubes tormentosas. El tiempo no tardaría en cambiar. Gurgeh se envolvió en su chaqueta-gabardina y apretó el paso dirigiéndose hacia la lejana silueta de la casa mientras pensaba que debería haber cogido un vehículo subterráneo. Las ráfagas de viento azotaban la playa y arrojaban la arena tierra adentro. Gurgeh parpadeó y sintió que empezaban a llorarle los ojos.

–Gurgeh.

La voz se impuso sin ninguna dificultad al suspirar de la hierba y el susurro de las ramas de los árboles. Gurgeh alzó una mano, se protegió los ojos con ella y miró a un lado.

–Gurgeh –repitió la voz.

Gurgeh se volvió hacia la sombra proyectada por un árbol de tronco nudoso que se inclinaba formando un ángulo muy pronunciado con el suelo.

–¿Mawhrin-Skel? ¿Eres tú?

–Has acertado –dijo la unidad.

Gurgeh la vio venir flotando por el sendero.

Se volvió hacia el mar. Dio un par de pasos por el sendero que llevaba hacia la casa, pero la unidad no le siguió.

–Bueno... –dijo Gurgeh volviéndose a mirarla–. Tengo que seguir. Si no me doy un poco de prisa me mojaré y...

–No –dijo Mawhrin-Skel–. No te vayas. Tengo que hablar contigo. Es muy importante.

–Cuéntamelo mientras camino –dijo Gurgeh sintiéndose repentinamente irritado.

Reanudó la marcha. La unidad se movió con la velocidad del rayo y se colocó delante de su rostro. Gurgeh tuvo que detenerse para no chocar con ella.

–Es sobre la partida de Acabado. Sobre lo que ocurrió anoche y esta mañana...

–Creo que ya te di las gracias –dijo Gurgeh.

Contempló en silencio a la máquina durante unos momentos, suspiró y dejó que sus ojos fueran más allá de ella. El frente lluvioso ya había llegado al pueblecito costero que se encontraba inmediatamente detrás de Hassease. Los nubarrones oscuros ya casi estaban encima de él y proyectaban sombras inmensas.

–Y yo creo haberte dicho que algún día quizá estuvieras en situación de poder ayudarme.

–Oh –dijo Gurgeh, y sus labios se curvaron en algo que tenía más de mueca burlona que de sonrisa–. ¿Y qué se supone que puedo hacer por ti?

–Puedes ayudarme –dijo Mawhrin-Skel en un tono de voz tan bajo que casi quedó ahogado por el estrépito de la tormenta–. Puedes ayudarme haciendo que vuelvan a aceptarme en Contacto.

–No digas estupideces –replicó Gurgeh.

Alargó la mano, apartó a la máquina de su camino y siguió andando.

Lo siguiente que supo fue que había caído de bruces sobre la hierba que cubría la cuneta. Era como si algo invisible le hubiese embestido por la espalda. Alzó los ojos hacia la diminuta unidad que flotaba sobre él y la contempló con expresión asombrada mientras sus manos sentían la humedad del suelo que tenía debajo y la hierba siseaba a su alrededor.

–Pequeña... –dijo.

Intentó ponerse en pie y la fuerza invisible volvió a empujarle. Gurgeh se quedó inmóvil contemplando con incredulidad a Mawhrin-Skel. No podía creerlo. Ninguna máquina había usado jamás la fuerza contra él. Era algo inaudito, inconcebible... Hizo un nuevo intento de levantarse sintiendo el grito de ira y frustración que empezaba a formarse en su garganta.

Todos los músculos de su cuerpo se aflojaron de repente. El grito murió en su garganta.

Sintió que caía de espaldas sobre la hierba.

Se quedó inmóvil con los ojos clavados en los nubarrones oscuros que se cernían sobre él. Sólo podía mover los ojos.

Recordó la ráfaga de proyectiles viniendo hacia él y la inmovilidad a la que le sometió su traje cuando los impactos excedieron la capacidad de resistencia programada. Aquello era peor.

Era la parálisis pura y simple. No podía hacer nada.

Empezó a preocuparse. Pensó en lo que ocurriría si dejaba de respirar, si su corazón dejaba de latir, si la lengua le obstruía la garganta, si perdía el control de sus visceras...

Mawhrin-Skel entró en su campo visual.

–Escúchame, Jernau Gurgeh. –Las primeras gotas de lluvia repiquetearon sobre la hierba y cayeron en su rostro. Estaban muy frías–. Escúchame bien... Me ayudarás. Grabé nuestra conversación de esta mañana. He registrado todas tus palabras y tus gestos. Si no me ayudas la haré pública. Todo el mundo sabrá que hiciste trampas para vencer a Olz Hap. –La unidad guardó silencio durante unos momentos–. ¿Comprendes lo que te he dicho, Jernau Gurgeh? ¿Me he explicado con claridad?

¿Entiendes lo que te estoy diciendo? Hay un nombre para lo que estoy haciendo, por si aún no lo has adivinado. Es una palabra muy antigua. Lo que estoy haciendo se llama chantaje.

Aquella máquina estaba loca. Cualquiera podía crear lo que le diera la gana. Sonido, imágenes en movimiento, olores, la sensación del contacto... Y eran precisamente las máquinas las que hacían todas esas cosas. Podías solicitar una de ellas del almacén más cercano y ordenarle que creara cualquier imagen que se te pasara por la cabeza, fija o en movimiento, y si invertías el tiempo y la paciencia suficientes podías conseguir que tuvieran una apariencia tan realista como si hubieran sido registradas mediante una cámara normal y comente. Podías crear cualquier secuencia de imágenes.

Algunas personas utilizaban esos aparatos para divertirse o con propósitos de venganza e inventaban historias protagonizadas por sus amigos o enemigos en las que les ocurrían cosas espantosas o, sencillamente, divertidas y risibles. Si no había forma de probar que algo era auténtico el chantaje se convertía en una cosa imposible y que carecía de objetivo. En una sociedad como la Cultura donde casi nada estaba prohibido y tanto el dinero como el poder individual prácticamente habían dejado de existir, el chantaje resultaba doblemente irrelevante.

Sí, aquella máquina debía estar loca... Gurgeh se preguntó si tendría intención de matarle. Fue dando vueltas a la idea en su mente e intentó convencerse de que era muy posible.

—Sé lo que estás pensando, Gurgeh —siguió diciendo la unidad—. Estás pensando que no puedo demostrarlo. Podría haber creado esa grabación partiendo de la nada; nadie me creería... Bueno, pues te equivocas. Establecí una conexión en tiempo real con una amiga mía, una Mente de CE que simpatiza con mi causa. Siempre ha estado convencida de que habría podido ser un magnífico agente y ya ha intentado ayudarme en el pasado. La conversación que mantuvimos esta mañana ha quedado registrada con todos sus detalles en la memoria de una Mente cuya credibilidad y reputación son absolutamente intachables, y a un nivel de fidelidad percibida que no puede alcanzarse con el tipo de instrumentos de los que dispone la gente corriente.

»La grabación que te incrimina no puede haber sido falsificada, Gurgeh. Si no me crees pregúntaselo a tu amigo Amalk-Ney. Él te confirmará cuanto he dicho. Puede que sea una máquina estúpida e ignorante, pero debería saber a qué sitios ha de acudir para comprobar que te estoy diciendo la verdad.

La lluvia empezó a caer sobre los flácidos músculos del rostro de Gurgeh. Tenía la mandíbula totalmente relajada y la boca abierta, y se preguntó si podría acabar ahogándose a causa de la lluvia.

Las gotas fueron aumentando de tamaño y los impactos se hicieron más perceptibles. Los hilillos de agua empezaron a deslizarse sobre la carcasa de la

diminuta unidad que flotaba encima de su cabeza.

–¿Te estás preguntando qué quiero de ti? –dijo la unidad. Gurgeh intentó mover los ojos para decir «no» con el único fin de hacerla enfadar, pero la unidad no pareció darse cuenta–. Quiero que me ayudes –dijo–. Necesito tu ayuda; necesito que hables en favor mío. Necesito que te presentes ante esos imbéciles de Contacto y que añadas tu voz a las que ya se han alzado pidiendo que se me devuelva al servicio activo.

La máquina se lanzó hacia su rostro y Gurgeh sintió un tirón en el cuello de su chaqueta-gabardina. Su cabeza y la parte superior de su torso fueron alzados del suelo con una brusca sacudida y se encontró contemplando las placas grisazuladas de la unidad. «Tamaño de bolsillo», pensó. Deseó poder parpadear para humedecerse los ojos y le alegró que estuviera lloviendo porque no podía hacerlo. Tamaño de bolsillo... La unidad cabría perfectamente en uno de los enormes bolsillos de su prenda.

Sintió deseos de reír.

–Maldita sea, hombre... ¿No comprendes lo que me han hecho? –preguntó la máquina sacudiéndole–. ¡Me han castrado, me han mutilado, me han paralizado! ¿Cómo te sientes ahora? Te sientes impotente porque sabes que tus miembros están allí pero no puedes hacerlos funcionar, ¿verdad? ¡Pues yo siento algo parecido, pero además sé que no están! ¿Puedes comprenderlo? ¿Puedes? ¿Sabías que hubo épocas de nuestra historia en que las personas perdían miembros y no podían recuperarlos? ¿Recuerdas algo de la historia social que aprendiste, pequeño Jernau Gurgeh? ¿Eh? –La máquina volvió a sacudirle. Gurgeh sintió la oscilación de su cabeza y el castañeteo de sus dientes–. ¿Recuerdas haber visto grabaciones de lisiados antes de que los brazos y las piernas les volvieran a crecer? Bueno, pues por aquel entonces los seres humanos perdían miembros porque una explosión o un accidente se los cercenaban o los hacían pedazos o porque era preciso amputárselos..., pero seguían creyendo que tenían esos miembros y seguían creyendo que podían sentirlos. «Miembros fantasma», así les llamaban... Esos brazos y piernas irreales podían producir dolor y picores, pero no podían ser utilizados. ¿Puedes imaginártelo? ¿Puedes imaginar eso, hombre de la Cultura con tu recrecimiento incluido en tus genes alterados y tu corazón retocado y tus glándulas manipuladas y tu cerebro que se depura y filtra a sí mismo, y tus dientes impecables y tu perfecto sistema inmunológico? ¿Puedes?

Mawhrin-Skel le dejó caer al suelo. Gurgeh sintió la vibración del impacto en su mandíbula y notó como sus dientes se clavaban en la punta de su lengua. Un sabor salado fue invadiendo su boca. «Ahora sí que voy a ahogarme», pensó. Acabaría ahogándose en su propia sangre. Esperó la llegada del temor. Tenía los ojos llenos de lluvia, pero no podía llorar.

–Bueno, pues imagínate eso pero ocho veces peor. Imagina lo que siento. ¡Estaba

preparado para ser un buen soldado y luchar por todo lo que valoramos, quería buscar y aplastar a los bárbaros que se agitan a nuestro alrededor! Y todo eso desapareció, Jernau Gurgeh... Me lo arrebataron. Se esfumó sin dejar rastro. Mis sistemas sensoriales, mi armamento, incluso mi capacidad de memoria... Todo fue siendo degradado minuciosamente hasta convertirme en un lisiado. Puedo averiguar lo que hay dentro de los globitos de una partida de Acabado, te estoy empujando con un campo de fuerza ocho y te mantengo inmovilizado con lo que es una ridícula imitación del efector electromagnético que debería poseer..., pero todo esto no es nada, Jernau Gurgeh. No es nada... Es un eco, una sombra..., nada.

La unidad empezó a subir alejándose de él.

Le devolvió el control de sus músculos. Gurgeh intentó levantar su cuerpo del suelo empapado y se acarició la lengua con los dedos de una mano. La sangre había dejado de fluir y la herida ya se había cerrado. Gurgeh logró sentarse con cierta dificultad y se llevó la mano a la parte de su nuca que había chocado con el suelo. No le dolía. Se volvió hacia la pequeña máquina goteante que flotaba sobre el sendero.

–No tengo nada que perder, Gurgeh –dijo Mawhrin-Skel–. Ayúdame o destrozaré tu reputación, y no creas que bromeo. Puede que tu reputación no signifique mucho para ti, aunque lo dudo, pero lo haré aunque sólo sea porque causarte la más pequeña incomodidad imaginable ya me resultará terriblemente divertido. Y si tu reputación lo es todo para ti, y si hablabas en serio cuando dijiste que te suicidarías, cosa que también dudo... Bueno, aun así lo haría. Nunca he matado a un humano. Si me hubieran permitido entrar en CE quizá hubiera tenido ocasión de hacerlo más pronto o más tarde, pero... Creo que me conformaría con provocar un suicidio.

Gurgeh alzó una mano. Tenía la sensación de que su chaqueta-gabardina pesaba una tonelada. Los pantalones estaban empapados.

–Te creo –dijo–. Está bien, te creo... Pero ¿qué puedo hacer?

–Ya te lo he explicado –dijo la unidad, alzando la voz para hacerse oír por encima del viento que aullaba entre los árboles y las gotas de lluvia que se estrellaban contra los tallos de hierba–. Habla en favor mío. Tienes mucha más influencia de lo que crees. Utilízala.

–Pero yo no...

–He visto tu correo, Gurgeh –dijo la unidad con voz cansina–. ¿No sabes lo que significa que un VGS te mande una invitación? Es lo más cerca que puede llegar Contacto a ofrecer directamente un puesto. ¿Es que nadie te ha enseñado nunca nada aparte de a ganar en los juegos? Contacto quiere que trabajes para ellos. Oh, claro, ya sé que Contacto nunca solicita oficialmente los servicios de nadie. Tienes que mandar una solicitud, y cuando ya estás dentro el proceso para seguir adelante es justamente el inverso. Si quieres entrar en CE tienes que esperar a que ellos te manden una invitación... Pero puedes estar seguro de que te necesitan. Dios santo, ¿es que no eres

capaz de comprender una indirecta?

–Aun suponiendo que tengas razón... ¿Qué he de hacer? ¿Quieres que me presente allí y diga «Eh, rehabiliten a esa unidad»? No seas estúpido. Ni tan siquiera sabría a quién he de acudir...

No quería decir nada sobre la noche anterior y la visita de la unidad de Contacto.

–Ya han hablado contigo, ¿no? –dijo Mawhrin-Skel–. Hace dos noches...

Gurgeh se puso en pie y se pasó las manos por la chaqueta-gabardina para quitar los granos de arena y la tierra que se habían pegado a la tela. El viento traía consigo ráfagas de lluvia que le azotaban. La aldea de la costa y la casa de su niñez casi habían desaparecido tras los oscuros telones del aguacero que caía del cielo.

–Sí, Jernau Gurgeh, te he estado vigilando –dijo Mawhrin-Skel–. Sé que Contacto se interesa por ti. No tengo ni idea de qué pueden querer de ti, pero te sugiero que lo averigües y aun suponiendo que no te guste el juego que te proponen... Bueno, más vale que intentes resultar convincente y que defiendas mi causa con todo el ardor de que seas capaz. Te estaré observando, y sabré si haces cuanto esté en tus manos o no. Te lo demostraré. Mira.

Una pantalla se fue desplegando delante de la unidad como una extraña flor plana y se expandió hasta formar un cuadrado que tendría unos veinticinco centímetros de arista. La pantalla se iluminó tiñendo la penumbra del aguacero con una débil claridad y mostró a Mawhrin-Skel emitiendo un cegador destello blanco sobre la mesa de piedra en casa de Hafflis. La escena estaba grabada desde arriba, probablemente desde un punto cercano a una de las nervaduras de piedra que se arqueaban sobre la terraza. Gurgeh volvió a ver como las ascuas ardían con más intensidad. Los farolillos de papel y las flores cayeron al suelo. «Oh, cielos –dijo Chamlis–. ¿Crees que he dicho algo que le ha molestado?» Se vio sonreír y tomar asiento delante del tablero en el que se jugaría la partida de Acabado.

La escena se desvaneció y fue sustituida por otra escena desde el mismo punto de vista. Una cama. Su cama, en el dormitorio principal de Ikroh... Gurgeh reconoció las esbeltas manos llenas de anillos de Ren Myglan rodeando su cuerpo y acariciándole la espalda. También había sonido.

–... ah, Ren, mi niña, mi bebé, amor mío...

–... Jernau...

–Unidad, eres un saco de mierda –dijo Gurgeh.

La escena se desvaneció y el sonido se esfumó con ella. La pantalla se dobló rápidamente sobre sí misma y volvió a quedar oculta dentro de la unidad.

–Puedes estar totalmente seguro de que eso es justo lo que soy, y procura no olvidarlo, Jernau Gurgeh –dijo Mawhrin-Skel–. Falsificar esas pequeñas intimidades habría sido de lo más sencillo, pero tú y yo sabemos que eran reales, ¿verdad que sí? Ya te lo he dicho. Te he estado vigilando, y seguiré haciéndolo.

Gurgeh escupió un poco de sangre.

–No puedes hacerme esto. Nadie puede comportarse de esta manera. No te saldrás...

–¿No me saldré con la mía? Bueno, quizá no. Quizá acabe recibiendo mi justo castigo, pero lo que debes comprender es que no me importa lo que pueda ocurrir. No puedo estar peor de lo que estoy ahora, ¿verdad? Así que... Bueno, voy a intentarlo.

La unidad vibró rápidamente para quitarse el agua que le había caído encima y se envolvió en un campo esférico que disipó la humedad dejando su estructura limpia y reluciente y protegiéndola de la lluvia.

–Vamos, vamos... ¿Es que no puedes entender lo que me han hecho? Condenarme a vagabundear eternamente por la Cultura sabiendo que estoy perdido y que nunca encontraré un lugar en ella..., preferiría que no me hubieran dado la existencia. Arrancaron mis garras, me extirparon los ojos y me dejaron a la deriva en un paraíso hecho para quienes no son como yo. ¿Y a eso le llaman compasión? Yo lo llamo tortura. Es una obscenidad, Gurgeh. Es un acto de barbarie, es..., es diabólico. ¿Conoces el significado de esa vieja palabra? Sí, ya veo que sí. Bueno, pues intenta imaginar lo que puedo sentir y lo que podría llegar a hacer y piensa en ello, Gurgeh. Piensa en lo que puedes hacer por mí y en lo que yo puedo hacerte.

La unidad empezó a retroceder alejándose por entre las cortinas de lluvia. Las gotas chocaban contra la curvatura del globo invisible creado por sus campos y se iban acumulando hasta crear hilillos de agua que se deslizaban sobre la superficie transparente de la esfera para acabar cayendo al suelo y desaparecer entre los tallos de hierba.

–Ya tendrás noticias mías. Adiós, Gurgeh –dijo Mawhrin-Skel.

La unidad salió disparada hacia el cielo envuelta en un cono gris de lluvia y viento. Gurgeh la perdió de vista en cuestión de segundos.

Permaneció inmóvil durante un rato limpiándose la arena y los tallos de hierba que se habían pegado a sus ropas empapadas. Después se dio la vuelta y empezó a caminar en dirección contraria a la que había seguido hasta su encuentro con Mawhrin-Skel, avanzando lentamente entre el rugir del viento y el aguacero que caía sobre él.

Se volvió durante unos momentos hacia la casa en que había crecido, pero la tormenta que ondulaba alrededor de las dunas apenas si le dejó ver los contornos del caótico conjunto de edificios esparcidos al azar en que había transcurrido su infancia.

–Pero, Gurgeh, ¿cuál es el problema?

–¡No puedo decírtelo!

Fue hacia la pared opuesta a la ventana de la habitación principal del apartamento de Chamlis, giró sobre sí mismo y volvió a cruzar la habitación. Llegó a la ventana y se detuvo delante de ella. Sus ojos recorrieron la plaza que se extendía debajo del edificio.

La gente paseaba o estaba sentada a las mesas que había debajo de los toldos y arcadas de las galerías de piedra color verde claro que circundaban la plaza principal del pueblo. Las fuentes lanzaban sus chorros de agua hacia el cielo, los pájaros volaban de un árbol a otro y un tzile negro azabache casi tan grande como un humano adulto yacía sobre el tejado del templete/escenario/holopantalla que había en el centro de la plaza, dejando colgar una pierna por el borde de las tejas. Su tronco, cola y orejas se movían convulsivamente mientras soñaba; el sol arrancaba destellos a sus anillos, brazaletes y pendientes. Gurgeh vio como el delgado tronco de la criatura se movía perezosamente tensándose sobre sus articulaciones para extenderse por encima de su cabeza hasta rascar indolentemente la base del cuello cerca de su collar terminal. Después la probóscide negra cayó hacia atrás como si estuviera exhausta y se movió de un lado a otro durante unos segundos. Las carcajadas de quienes estaban sentados en las mesas más próximas llegaron a sus oídos. Hacía calor. Un dirigible rojo flotaba sobre las distantes colinas como una gran mancha de sangre perdida en el azul del cielo.

–Gurgeh –dijo Chamlis intentando razonar con él–, ¿cómo puedo ayudarte si te niegas a explicarme en qué consiste el problema?

–Basta con que respondas a esta pregunta. ¿Existe alguna forma de averiguar algo más sobre lo que quería Contacto? ¿Puedo volver a hablar con ellos? Sin que se entere todo el mundo, evidentemente... O... –Meneó la cabeza y se llevó las manos a las sienes–. No, supongo que se enterarían, pero eso ya no importa demasiado...

Se detuvo junto a la pared y contempló los bloques de piedra arenisca que había entre los cuadros. Los apartamentos habían sido construidos al estilo antiguo y las juntas que había entre los bloques de arenisca eran de color negro y estaban adornadas con perlititas blancas. Gurgeh contempló las esferitas incrustadas en aquellas líneas e intentó pensar. Tenía que decidir lo que podía preguntar y lo que podía hacer para salir de aquel lío.

–Puedo ponerme en contacto con las dos naves que conozco –dijo Chamlis–. Puedo interrogar a las dos naves con las que hablé antes. Quizá tengan alguna idea de en qué consistía la oferta de Contacto. –Chamlis observó a los peces plateados que se alimentaban en silencio–. Si lo deseas puedo hacerlo ahora mismo.

–Sí, por favor –dijo Gurgeh–. Hazlo.

Se apartó de la pared dando la espalda a los bloques de arenisca y las perlas cultivadas. Sus zapatos repiquetearon sobre las baldosas del suelo. Volvió a contemplar la plaza iluminada por el sol. El tzile seguía durmiendo. Gurgeh podía ver el lento movimiento de las mandíbulas de la criatura, y se preguntó qué palabras estaría articulando en sueños.

–No sabré nada hasta dentro de algunas horas –dijo Chamlis. La tapa de la pecera se cerró. La unidad guardó el recipiente de la comida para peces en un cajón de la mesita de líneas esbeltas y frágiles que había junto a la pecera–. Las dos naves están bastante lejos... –Chamlis dio unos cuantos golpecitos en un lado de la pecera con un campo plateado y los peces fueron hacia allí para investigar la causa de aquel ruido–. Pero... ¿Por qué? –preguntó la unidad volviéndose hacia Gurgeh–. ¿Qué ha cambiado? ¿En qué clase de problema..., en qué clase de problema puedes haberte metido? Gurgeh, por favor... Cuéntame de qué se trata. Quiero ayudarte.

La máquina flotó en silencio hacia el humano. Gurgeh seguía inmóvil delante de la ventana contemplando la plaza con las manos unidas detrás de la espalda sin darse cuenta de que sus dedos se estrujaban lentamente los unos a los otros. La vieja unidad jamás le había visto tan nervioso y preocupado.

–Nada –dijo Gurgeh con desesperación. Meneó la cabeza sin mirar a la unidad–. Todo sigue igual. No hay ningún problema. Necesito averiguar unas cuantas cosas, nada más.

El día anterior volvió directamente a Ikroh. Fue a la habitación principal –la casa había encendido la chimenea un par de horas antes en cuanto recibió el pronóstico meteorológico–, se quitó las ropas empapadas. Estaban tan sucias que las arrojó a las llamas. Se dio un baño caliente seguido por un baño de vapor, sudó, jadeó e intentó sentirse limpio. El baño de inmersión estaba tan frío que la superficie del agua se encontraba cubierta por una delgada capa de hielo. Gurgeh se zambulló medio esperando que la conmoción provocada por el brusco cambio de temperatura haría que su corazón dejase de latir.

Después fue a la habitación principal, se sentó delante de la chimenea y se dedicó a contemplar cómo ardían los troncos. Intentó calmarse y cuando se sintió capaz de pensar con claridad llamó al Cubo de Chiark.

–Gurgeh; Makil Stra-Bey de nuevo, a tu servicio. ¿Qué tal va todo? No habrás tenido otra visita misteriosa de Contacto, ¿verdad?

–No. Pero tengo la sensación de que dejaron algo escondido cuando estuvieron aquí..., algo cuya misión es observarme.

–Qué... ¿Te refieres a un sensor, un microsistema o algo parecido?

–Sí –dijo Gurgeh.

Se reclinó en el sofá. Sólo llevaba puesto un albornoz. Los baños le habían dejado

la piel tan limpia que casi podía verla brillar. La voz afable y comprensiva del Cubo hizo que se sintiera mejor. Todo iría bien. Daría con alguna forma de salir de aquel atolladero. Probablemente se había asustado por nada. Mawhrin-Skel no era más que una máquina demente con delirios de poder y grandeza. No conseguiría probar nada, y si se limitaba a hacer afirmaciones que no podía apoyar con pruebas nadie la creería.

–¿Qué te hace pensar que estás siendo sometido a vigilancia?

–No puedo decírtelo –replicó Gurgeh–. Lo siento, pero... He visto algunas pruebas que me inducen a creerlo. ¿Puedes enviar algo a Ikroh para que registre la casa? Robots, lo que sea... Y suponiendo que hubieran dejado algo, ¿serías capaz de encontrarlo?

–Si funciona con tecnología corriente sí, pero depende de su nivel de sofisticación. Una nave de guerra puede ejercer la vigilancia pasiva utilizando su efector electromagnético. Pueden observarte escondidos debajo de cien kilómetros de roca desde el sistema estelar contiguo y decirte qué tomaste para cenar. Tecnología hiperespacial, ¿comprendes? Hay defensas contra ella, pero no existe ninguna forma de saber si se está utilizando.

–No creo que sea nada tan complicado. Debe tratarse de un sensor, una cámara o algo parecido.

–Supongo que debería poder detectarlo. Te enviaremos un equipo dentro de uno o dos minutos. ¿Quieres que protejamos este canal de comunicación? No podemos hacerlo totalmente invulnerable, pero podemos conseguir que les resulte bastante más difícil averiguar lo que decimos.

–Sí, por favor.

–No es problema. Coge el altavoz de la terminal y métetelo en la oreja. Protegeremos el exterior con un campo de sonido.

Gurgeh siguió las instrucciones. Ya se sentía mejor. El Cubo parecía saber lo que estaba haciendo.

–Gracias, Cubo –dijo–. Te estoy muy agradecido.

–Eh, Gurgeh, no hace falta que nos des las gracias... Estamos aquí precisamente para eso. ¡Además, es muy divertido!

Gurgeh sonrió. La suave vibración procedente del tejado le indicó que el equipo enviado por el Cubo acababa de llegar.

Los robots recorrieron la casa buscando sensores y protegieron los edificios y el terreno circundante en la medida de sus posibilidades. Polarizaron las ventanas y corrieron las cortinas; colocaron una alfombrilla especial debajo del sofá en el que estaba sentado e incluso instalaron una especie de filtro o válvula en el interior de la chimenea.

Gurgeh se sintió agradecido y mimado y tuvo la sensación de ser alguien

importante y, al mismo tiempo, de estar haciendo el ridículo.

Puso manos a la obra. Usó su terminal para examinar los bancos de datos del Cubo. Los bancos contenían casi todas las informaciones de importancia, significado o utilidad entre vital y práctica que la Cultura había ido acumulando a lo largo de su existencia; un océano casi infinito de hechos, sensaciones, teorías y obras de arte al que la red de información de la Cultura iba añadiendo todo un torrente de datos nuevos cada segundo del día.

Si sabías formular las preguntas adecuadas podías dar con casi todas las respuestas necesarias, y aunque no estuvieras en condiciones de hacer esas preguntas los bancos eran tan perfectos que te permitían averiguar muchas cosas. La libertad de información en la Cultura era total, al menos teóricamente, pero la trampa estaba en considerar la consciencia como algo privado, por lo que las informaciones contenidas en una Mente —es decir, en lo que no era considerado un sistema inconsciente, como los bancos de memoria del Cubo— formaban parte del ser de la Mente y eran tan sacrosantas como el contenido de un cerebro humano. Una Mente podía estar informada de cualquier conjunto de hechos o mantener las opiniones que le diera la gana sin tener ninguna obligación de revelarle a nadie lo que sabía o pensaba o el porqué.

Y mientras el Cubo protegía su intimidad Gurgeh no necesitó interrogar a Chamlis para descubrir que lo que Mawhrin-Skel le había dicho podía ser cierto. Existían niveles de grabación de acontecimientos que resultaban muy difíciles de falsificar y que podían ser utilizados por las unidades cuyo potencial estuviera por encima del promedio. Ese tipo de grabaciones serían aceptadas como auténticas, sobre todo si venían avaladas por el testimonio de una Mente que hubiese presenciado los acontecimientos durante una conexión establecida en tiempo real. El optimismo que le había hecho sentir la llegada del equipo empezó a disiparse.

Aparte de eso, existía una Mente de CE —la de la Unidad de Ofensiva Limitada *Cañonera diplomática*, en concreto— que había apoyado la apelación presentada por Mawhrin-Skel contra la decisión que le había apartado definitivamente del servicio activo en Circunstancias Especiales.

La sensación de aturdimiento y horror volvió a adueñarse lentamente de él.

No logró averiguar cuándo tuvo lugar el último contacto entre Mawhrin-Skel y la UOL. Eso también se consideraba información confidencial. La intimidad... Gurgeh lanzó una carcajada llena de amargura y pensó en la nula intimidad de que había disfrutado durante los días y noches pasados.

Pero descubrió que a pesar de haber sido degradada a la condición de civil, una unidad como Mawhrin-Skel seguía siendo capaz de establecer una conexión en tiempo real de un solo sentido con una nave que se encontraba a milenios de distancia, siempre que la nave estuviera advertida de antemano y enfocara sus

sistemas sensores hacia la dirección de la que iba a llegar esa señal. No logró averiguar cuál era la posición de la *Cañonera diplomática* –la rutina de CE exigía que sus naves mantuvieran el más absoluto secreto sobre sus desplazamientos–, pero envió un mensaje a la nave solicitando que le comunicara esos datos.

La información que había descubierto le hizo pensar que la afirmación hecha por Mawhrin-Skel de que la Mente había grabado su conversación no podría sostenerse si la nave se encontraba a más de veinte milenios de distancia. Si descubría que la nave se encontraba al otro extremo de la galaxia, por ejemplo, estaba claro que la unidad había mentido y en tal caso Gurgeh no corría ningún peligro.

Gurgeh intentó consolarse con la esperanza de que la nave estuviera al otro extremo de la galaxia, de que se encontrara a cien mil años luz de distancia o más o de que hubiera enloquecido y hubiese puesto rumbo hacia un agujero negro o hubiera decidido largarse a otra galaxia, o de que hubiera tropezado con una nave alienígena hostil lo bastante poderosa para borrarla de los cielos convirtiéndola en polvo cósmico... Cualquier cosa, siempre que la nave no hubiera podido establecer aquella conexión en tiempo real.

Por lo demás todo lo que Mawhrin-Skel le había dicho parecía factible. Podía hacerse. La unidad podía someterle a chantaje. Gurgeh se reclinó en el sofá mientras el fuego de la chimenea se iba apagando y los robots del Cubo flotaban por toda la casa comunicándose mediante chasquidos y zumbidos. Clavó los ojos en las cenizas grisáceas deseando que nada de todo aquello fuese real y que no hubiese ocurrido, y se maldijo por haber permitido que la diminuta unidad le convenciera de hacer trampas.

«¿Por qué? –se preguntó–. ¿Por qué lo hice? ¿Cómo puedo haber sido tan estúpido?» Oh, claro, en aquel momento le pareció algo tan atractiva y fascinantemente peligroso... Pero, después de todo, ¿acaso no era distinto a los demás? Era el gran jugador, y eso hacía que pudiera permitirse el lujo de tener ciertas excentricidades y le concedía la libertad de fijar sus propias reglas. No había deseado la gloria para sí mismo. Y ya había ganado la partida. Lo único que deseaba era que alguien de la Cultura lograra crear la Red Completa, ¿verdad? Gurgeh no era un tramposo. Nunca había hecho trampas en el juego y no volvería a hacerlas. Maldito Mawhrin-Skel... ¿Cómo podía hacerle esto? ¿Y por qué se había dejado convencer? Oh, ¿por qué no podía ser todo un mal sueño? ¿Por qué no conocían el secreto del viaje temporal para que pudiera volver al pasado e impedir que ocurriera? Naves capaces de recorrer toda la galaxia en unos cuantos años, que podían contar todas las células de tu cuerpo desde años luz de distancia, y Gurgeh no podía viajar por el tiempo ni un miserable día para volver al pasado y alterar una decisión estúpida, vergonzosa e insignificante...

Apretó los puños intentando aplastar la terminal que sostenía en su mano derecha,

pero la estructura de la terminal era demasiado sólida. Sintió una punzada de dolor en la mano.

Intentó pensar con calma. Bien, suponiendo que ocurriera lo peor... La Cultura tenía una actitud más bien desdeñosa hacia la fama individual y eso hacía que el escándalo no le pareciese demasiado interesante –y, de todas formas, su conducta no había sido demasiado escandalosa–, pero estaba seguro de que si Mawhrin-Skel hacía pública la grabación que afirmaba poseer ésta no tardaría en extenderse. La gente se enteraría de que Gurgeh había hecho trampas.

La compleja estructura de comunicaciones que unía a cada hábitat de la Cultura – nave, roca, Orbital o planeta– con el resto de la sociedad incluía muchas redes y servicios especializados en noticias de actualidad. En algún lugar habría alguien a quien le encantaría difundir la grabación de Mawhrin-Skel. Gurgeh conocía un par de servicios de juegos creados hacía poco tiempo cuyos editores, escritores y corresponsales estaban convencidos de que él y la inmensa mayoría de los jugadores y autoridades famosos eran una especie de jerarquía asfixiante con demasiados privilegios. Opinaban que el público prestaba demasiada atención a lo que hacían unos cuantos jugadores e intentaban desacreditar a lo que llamaban la vieja guardia (y Gurgeh, para gran sorpresa y diversión suya, había descubierto que estaba incluido en aquel grupo). La grabación de Mawhrin-Skel haría que diesen saltos de alegría. Gurgeh podía negarlo todo en cuanto se hubiera difundido y tenía la seguridad de que algunas personas le creerían pese a la solidez de las pruebas en su contra, pero los otros jugadores de primera categoría y los servicios responsables, sólidamente establecidos y que gozaban de una gran autoridad, sabrían que estaba mintiendo y eso era precisamente lo que Gurgeh no podría soportar.

Podría seguir jugando y se le permitiría publicar, registrar sus artículos en la categoría de acceso libre al público y probablemente muchos de ellos gozarían de una gran difusión. No tan amplia como antes, desde luego, pero no se le sometería a ninguna clase de ostracismo. Sería algo mucho peor que eso. Le tratarían con tolerancia, comprensión y compasión pero... Nunca le perdonarían lo que había hecho.

¿Podría acostumbrarse a semejante situación? ¿Podría soportar la tormenta de maledicencia y miradas maliciosas que caería sobre él, por no hablar de las burlonas expresiones de condolencia de sus rivales? El paso del tiempo quizá acabaría haciendo que todo quedase olvidado. Unos cuantos años y... No, no lo creía. No en su caso. Siempre estaría allí. No podía encararse con Mawhrin-Skel, reírse de él y decirle que difundiera la grabación. La unidad tenía razón. Una vez hecha pública la grabación arruinaría su reputación y le destruiría.

Contempló los troncos del hogar y vio como iban pasando del rojo oscuro al gris. Le dijo al Cubo que ya había terminado, y el Cubo hizo que la casa recobrarla la

normalidad con la mayor discreción posible y le dejó a solas con sus pensamientos.

Despertó a la mañana siguiente y descubrió que seguía estando en el mismo universo. No había sido una pesadilla y el tiempo no había corrido hacia atrás. Todo lo que había sucedido seguía siendo real.

Cogió un vehículo subterráneo y fue a Celleck, la aldea en la que Chamlis Amalk-Ney vivía envuelto en una extraña y anticuada aproximación a la domesticidad humana hecha de cuadros, muebles antiguos, paredes de piedra arenisca, peceras y terrarios de insectos.

–Averiguaré cuanto pueda, Gurgeh. –Chamlis lanzó un suspiro y se puso junto a él para observar la plaza–. Pero no puedo garantizarte que lo consiga sin que quien estaba detrás de la misteriosa visita de Contacto se entere de ello. Quizá crean que te interesa su oferta.

–Quizá me interese –dijo Gurgeh–. Puede que quiera volver a hablar con ellos. No lo sé.

–Bueno, ya he enviado el mensaje a mis amigos, pero...

Y de repente Gurgeh tuvo una idea muy extraña y francamente paranoica. Se volvió hacia Chamlis.

–Esos amigos tuyos... ¿Alguno es una nave?

–Sí, los dos –dijo Chamlis.

–¿Cuáles son sus nombres?

–La *Pues claro que sigo queriéndote* y la *Limítese a leer las instrucciones*.

–¿No son naves de guerra?

–¿Con esos nombres? Son UGC, ¿qué otra cosa iban a ser si no?

–Bien –dijo Gurgeh. Se relajó un poco y volvió a mirar hacia la plaza–. Bien... Me alegro.

Tragó una honda bocanada de aire.

–Gurgeh, ¿no puedes...? Por favor, cuéntame qué te ocurre. –La voz de Chamlis casi parecía impregnada de tristeza–. Ya sabes que lo que me digas quedará entre nosotros, ¿verdad? Deja que te ayude. No sabes lo que me duele verte así. Si hay algo que...

–Nada –dijo Gurgeh, y se volvió hacia la máquina. Meneó la cabeza–. No puedes hacer nada más por mí. Si pudieras hacer alguna otra cosa... Ya te lo haría saber. –Empezó a cruzar la habitación. Chamlis le siguió con su banda sensorial–. Tengo que marcharme. Ya nos veremos, Chamlis.

Fue al conducto subterráneo. Se sentó en el vehículo y clavó los ojos en el suelo. El vehículo tuvo que pedirle cuatro veces que le indicara adonde quería ir antes de que Gurgeh se diera cuenta de que estaba hablando con él. Se lo dijo.

Gurgeh estaba contemplando una de las pantallas murales, viendo desfilar las estrellas, cuando la terminal emitió un zumbido.

–¿Gurgeh? Makil Stra-Bey otra vez de nuevo y una vez más.

–¿Qué ocurre? –preguntó secamente Gurgeh, algo irritado ante la jovialidad de la Mente.

–La nave acaba de contestar enviando la información que solicitaste.

Gurgeh frunció el ceño.

–¿Qué nave? ¿Qué información?

–La *Cañonera diplomática*, jugador nuestro. Su posición.

El corazón empezó a latirle más deprisa y sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

–Sí –dijo, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para pronunciar la palabra–. ¿Y?

–Bueno, no ha sido una contestación directa. La envió a través del VGS *Indiscreción juvenil* y le pidió que confirmara su posición.

–Sí, sí... ¿Dónde se encuentra?

–En el macizo Altabien-Norte. Ha enviado las coordenadas, aunque el grado de precisión no es demasiado...

–¡Olvídate de las coordenadas! –gritó Gurgeh–. ¿Dónde está ese macizo? ¿A qué distancia se encuentra de aquí?

–Eh, cálmate. Está a unos dos milenios y medio de distancia.

Gurgeh se reclinó en el asiento y cerró los ojos. El vehículo empezó a disminuir la velocidad.

Dos mil quinientos años luz... Un largo paseo, como dirían los habitantes de un VGS, miembros de una sociedad urbana acostumbrada a todas las formas del viajar. Pero lo bastante cerca –con mucho–, para que una nave de guerra apuntara con gran precisión su efector, proyectara un campo sensorial de un segundo luz de diámetro a través del cielo y captara el débil pero inconfundible destello de luz hiperespacial enviado por una máquina lo suficientemente pequeña para caber en un bolsillo.

Intentó convencerse de que aquello seguía sin probar nada y de que Mawhrin-Skel podía haber estado mintiendo, pero apenas empezó a pensar en ello le pareció que el hecho de que la nave de guerra no hubiera contestado directamente resultaba vagamente ominoso. Había utilizado a su VGS para que confirmara su paradero, y un VGS era una fuente de información bastante más fiable que una simple nave.

–¿Quieres oír el resto del mensaje de la UOL o prefieres seguir chillándome? –preguntó el Cubo.

Gurgeh no entendía nada.

–¿Qué resto del mensaje? –preguntó.

El vehículo subterráneo tomó una curva y siguió reduciendo la velocidad. Gurgeh ya podía ver la galería de tránsito de Ikroh suspendida bajo la superficie de la Placa como un edificio puesto del revés.

–Esto cada vez huele más y más a misterio –dijo el Cubo–. ¿Te has estado

comunicando con esa nave a espaldas mías, Gurgeh? El resto del mensaje dice: «Me alegra mucho volver a tener noticias tuyas».

Habían pasado tres días. Gurgeh no lograba concentrarse en nada. Intentó leer artículos, libros antiguos, los esbozos en que había estado trabajando—, pero cada vez que lo intentaba no tardaba en descubrir que estaba releendo una y otra vez el mismo párrafo de la página o la pantalla. Trataba de comprenderlo y no lo conseguía porque sus pensamientos se desviaban continuamente de las palabras, los diagramas y las ilustraciones que tenía delante de los ojos y se negaban a absorber nada de cuanto decían. Su mente volvía una y otra vez a la misma ronda interminable de preguntas y lamentaciones que se curvaban sobre sí mismas hasta formar una serpiente que se mordía la cola. ¿Por qué lo había hecho? ¿Cómo podía salir de aquel lío?

Intentó relajarse ordenando a sus glándulas que segregasen drogas sedantes, pero necesitaba producirlas en cantidades tan grandes que sólo consiguió atontarse. Utilizó *Azul fuerte*, *Filo* y *Focal* para obligarse a alcanzar el estado de concentración que se le escapaba, pero el esfuerzo le dejó exhausto y acabó haciendo que sintiera terribles punzadas de dolor en la base del cráneo. No valía la pena. Su cerebro quería preocuparse y sufrir, y tratar de impedirselo no serviría de nada.

Rechazó todas las llamadas. Llamó a Chamlis un par de veces, pero no tenía nada nuevo que contarle. En cuanto a Chamlis, lo único que pudo decirle fue que las dos naves de Contacto a las que conocía habían recibido su mensaje y las dos dijeron que habían transmitido el mensaje de Chamlis a unas cuantas Mentes más. Ambas se habían mostrado bastante sorprendidas ante la rapidez con que reaccionó Contacto y habían accedido a transmitir la petición de más datos al respecto hecha por Gurgeh. Ninguna de las dos tenía ni la más mínima idea de lo que estaba ocurriendo.

No había tenido más noticias de Mawhrin-Skel. Llamó al Cubo y le pidió que localizara a la máquina sólo para saber dónde estaba, pero la Mente Orbital no logró encontrarla y dejó bien clara la irritación que le producía su fracaso. Gurgeh volvió a solicitar los servicios del equipo y los robots llevaron a cabo un nuevo registro de la casa. El Cubo dejó a una de sus máquinas en la casa para que se encargara de tenerla continuamente vigilada.

Gurgeh pasó mucho tiempo dando paseos por los bosques y las montañas que había alrededor de Ikroh, caminando, corriendo y trepando veinte o treinta kilómetros al día con el único fin de llegar a la noche muerto de cansancio y gozar de la anestesia natural que acompañaba al agotamiento.

Al cuarto día empezó a tener la sensación de que si no hacía nada, no hablaba con nadie, no se comunicaba, no escribía y no se alejaba demasiado de la casa no ocurriría nada. Intentó convencerse de que Mawhrin-Skel podía haber desaparecido para siempre. Quizá Contacto se lo había llevado o le había comunicado que podía volver al servicio activo. Quizá había sucumbido a la locura y se había internado en

el espacio; quizá se había tomado muy en serio el viejo chiste sobre los enumeradores estigianos y había decidido contar todos los granos de arena que había en una playa...

Hacía un día magnífico. Gurgeh estaba sentado en una de las gruesas ramas inferiores de un pan solar del jardín de Ikroh atisbando por entre el telón de hojas. Un pequeño rebaño de feiles había salido del bosque para devorar las moras de vino de los arbustos que había a un extremo del primer nivel de la pradera. Los tímidos animales flacos como palos estaban sacando el máximo provecho posible a las capacidades de camuflaje de su piel y tiraban nerviosamente de los tallos situados a menos altura. Sus mandíbulas se movían a toda velocidad y sus cabezas triangulares oscilaban continuamente a un lado y a otro.

Gurgeh volvió la cabeza hacia la casa, apenas visible por entre el lento ondular de las hojas del árbol.

Vio una máquina muy pequeña de un color gris blanquecino inmóvil junto a una ventana. Se quedó como paralizado. Se dijo que quizá no fuera Mawhrin-Skel. Estaba tan lejos que no podía estar seguro. Podía ser Loash y todo-lo-demás. Fuera quien fuese se encontraba a más de cuarenta metros de distancia, y su posición entre las hojas del árbol debía hacer que Gurgeh resultara casi invisible. No había forma de localizarle. Se había dejado la terminal en la casa, algo que hacía cada vez más frecuentemente en los últimos tiempos aunque era un acto de irresponsabilidad bastante peligroso, pues el no llevar encima la terminal le separaba de la red de información del Cubo y de todo el resto de la Cultura.

Contuvo el aliento e intentó no mover ni un músculo.

La máquina ascendió un par de metros, pareció vacilar y empezó a moverse en su dirección. Gurgeh vio como aceleraba y venía en línea recta hacia él.

No era Mawhrin-Skel y tampoco era Loash el charlatán. Ni tan siquiera se parecía a ellas. Esta unidad era un poco más grande y rechoncha, y carecía de aura. La unidad se detuvo justo debajo del árbol.

—¿El señor Gurgeh? —preguntó con voz afable.

Gurgeh bajó de un salto. El rebaño de feiles se asustó y huyó a grandes saltos hacia el bosque en una confusión de siluetas verdes que desaparecieron rápidamente por entre los árboles.

—¿Sí? —replicó Gurgeh.

—Buenas tardes. Me llamo Worthil y soy de Contacto. Encantado de conocerle.

—Hola.

—Qué sitio tan hermoso... ¿Hizo construir la casa?

—Sí —dijo Gurgeh.

Charla sin importancia. Un nanosegundo interrogando a los bancos del Cubo y la unidad habría podido saber la fecha exacta en que fue construido Ikroh y quién la había encargado.

–Es muy bonita. No pude evitar el fijarme en que todos los tejados tienen un ángulo bastante parecido al de las laderas de las montañas circundantes. ¿Fue idea suya?

–Sí, es una de mis teorías estéticas particulares –admitió Gurgeh, un poco más impresionado.

Jamás había comentado aquella particularidad de la casa con nadie. La máquina desprovista de campos giró lentamente sobre sí misma en una aparatosa inspección del lugar.

–Hmmm... Sí, una casa soberbia y un paisaje de lo más impresionante. Y ahora... ¿Podemos pasar a la razón de mi visita?

Gurgeh se sentó junto al árbol y cruzó las piernas por los tobillos.

–Se lo ruego.

La unidad descendió unos centímetros hasta quedar a la altura de su rostro.

–En primer lugar, permita que le pida disculpas por el comportamiento de nuestro primer representante. Me temo que la unidad que le visitó anteriormente se tomó sus instrucciones demasiado al pie de la letra, aunque debo admitir que andaba muy escasa de tiempo... Bien, he venido aquí para responder a todas sus preguntas. Como probablemente ya sospecha, hemos encontrado algo que quizá le interese. Aun así... – La unidad volvió a girar sobre sí misma y contempló la casa y el jardín–. Si decide que no desea abandonar su hermosa casa le aseguro que no le culparé por ello.

–Entonces, ¿hay que viajar?

–Sí. Durante algún tiempo.

–¿Cuánto tiempo? –preguntó Gurgeh.

La unidad pareció vacilar.

–¿Me permite que empiece explicándole lo que hemos descubierto?

–Adelante.

–Me temo que todo esto debe quedar entre nosotros. Estrictamente confidencial, ¿comprende? –dijo la unidad en tono de disculpa–. El acceso a la información que he venido a revelar le deberá seguir estando restringido durante un tiempo. En cuanto se lo haya explicado comprenderá el porqué. ¿Puede darme su palabra de que no hablará de esto con nadie?

–¿Qué ocurriría si le respondiera con un no?

–Me marcharía y ahí habría acabado todo.

Gurgeh se encogió de hombros y quitó un trocito de corteza del dobladillo de la túnica que llevaba puesta.

–De acuerdo. Será un secreto.

Worthil ascendió unos centímetros y volvió su parte delantera hacia Ikroh durante unos momentos.

–Tardaré un poco en explicárselo. ¿Me permite sugerirle que vayamos a su casa?

–Naturalmente.

Gurgeh se puso en pie.

Gurgeh tomó asiento en un sofá de la habitación principal de Ikroh. Las ventanas estaban opacadas y la holopantalla mural activada. La unidad de Contacto había tomado el control de los sistemas de la habitación. Worthil apagó las luces. La pantalla permaneció sin imagen durante unos momentos, pero no tardó en activarse y mostró la galaxia principal en dos dimensiones vista desde una distancia considerable. La posición de Gurgeh hacía que las dos Nubes quedaran en primer plano y la de mayor tamaño era una media espiral con una cola muy larga que se alejaba de la galaxia. La forma de la Nube más pequeña recordaba vagamente a la de una Y.

–La Nube Mayor y la Nube Menor –dijo la unidad llamada Worthil–. Cada Nube se encuentra a unos cien mil años luz de distancia del lugar donde estamos ahora. Estoy seguro de que las ha admirado en muchas ocasiones desde Ikroh en el pasado. Son fáciles de ver, aunque usted se encuentra en el borde inferior de la parte principal de la galaxia con relación a ellas, y eso le obliga a contemplarlas a través de la masa galáctica. Hemos descubierto lo que creo puede parecerle un juego particularmente interesante..., aquí.

Un puntito verde apareció cerca del centro de la más pequeña de las dos Nubes.

Gurgeh se volvió hacia la unidad.

–Eso queda bastante lejos, ¿no? –preguntó–. Supongo que va a sugerirme que vaya allí.

–Está muy lejos y eso es precisamente lo que queremos sugerirle. El viaje exige casi dos años en las naves más rápidas. Es algo relacionado con la naturaleza de la rejilla, que se vuelve mucho más tenue entre los macizos estelares. En el interior de la galaxia un viaje semejante podría hacerse en menos de un año.

–Pero eso significa que estaría cuatro años fuera... –dijo Gurgeh sin apartar los ojos de la pantalla.

Tenía la boca seca.

–Más probablemente cinco –dijo la unidad como sin darle importancia.

–Eso es... Es mucho tiempo.

–Desde luego, y puede estar seguro de que si rechaza nuestra invitación lo comprenderemos perfectamente..., aunque creemos que el juego le parecerá muy interesante. Pero antes debo explicarle algunas cosas sobre el entorno, ya que es precisamente eso lo que hace único al juego.

El puntito verde se expandió hasta convertirse en un círculo. La pantalla pasó a la máxima capacidad holográfica y la habitación quedó inundada de estrellas. El tosco círculo verde de soles se convirtió en una esfera aún más tosca. Gurgeh experimentó la fugaz sensación de estar nadando que sentía en algunas ocasiones cuando se

encontraba rodeado por la inmensidad del espacio o por alguna imitación holográfica de éste.

–Estas estrellas –dijo Worthil, y las estrellas de color verde (un mínimo de dos mil soles) parpadearon durante una fracción de segundo– se hallan bajo el control de lo que sólo podemos describir mediante la palabra imperio. Bien... –La unidad se volvió hacia Gurgeh. Worthil flotaba en el espacio como si fuese una nave de dimensiones imposibles, con estrellas delante y detrás de él–. El descubrimiento de un sistema de poder espacial tipo imperio es algo bastante raro. Esas formas de autoridad tan arcaicas suelen desvanecerse mucho antes de que las especies relevantes logren salir de su planeta natal y muchísimo antes de que consigan resolver el problema de la hipervelocidad que, naturalmente, es el requisito imprescindible para que un gobierno pueda controlar de forma efectiva cualquier volumen espacial digno de ser tomado en consideración.

»Pero de vez en cuando Contacto levanta un guijarro y encuentra algo especialmente desagradable debajo. Siempre hay una razón, claro está..., alguna circunstancia especial gracias a la que esa regla general no ha conseguido imponerse. En el caso del conglomerado que está viendo –aparte de los factores obvios, como el hecho de que llevamos poco tiempo moviéndonos por esas coordenadas y la falta de cualquier otra influencia medianamente poderosa en la Nube Menor–, la circunstancia especial es un juego.

Gurgeh necesitó algún tiempo para comprender todas las implicaciones de lo que acababa de oír.

–¿Un juego? –preguntó mirando fijamente a la unidad.

–Los nativos lo llaman «Azad», y el juego es muy importante..., lo bastante como para que el imperio haya tomado su nombre de él. Está contemplando el imperio de Azad.

Gurgeh volvió a clavar los ojos en la pantalla y la unidad siguió hablando.

–La especie dominante es humanoide pero tiene tres sexos, lo cual no es nada corriente, y ciertos análisis afirman que ése ha sido otro factor que ha contribuido a la supervivencia del imperio como sistema social.

Gurgeh vio aparecer tres siluetas en el centro de su campo visual. Si la escala era correcta su estatura era bastante inferior a la de Gurgeh y los pies de cada una parecían apoyarse sobre la superficie del esferoide compuesto de estrellas. Cada silueta parecía tener alguna peculiaridad que la hacía extrañamente distinta, pero había un par de rasgos comunes presentes en todas: Gurgeh tuvo la impresión de que sus piernas eran muy cortas y sus rostros de nariz achatada y piel muy pálida tenían los rasgos bastante acusados.

–La de la izquierda es un macho –dijo Worthil–, y posee testículos y pene. La del centro está equipada con ovarios y una especie de vagina reversible. La vagina puede

volverse del revés para implantar el huevo fertilizado en el tercer sexo... La silueta de la derecha, que posee un útero. La silueta del centro es el sexo dominante.

Gurgeh puso cara de perplejidad.

–¿El qué? –preguntó.

–El sexo dominante –repitió Worthil–. Los imperios son sinónimos de estructuras jerárquicas de poder centralizado –aunque susceptible de sufrir escisiones–, donde la influencia queda restringida a una clase con privilegios económicos que conserva sus ventajas mediante un uso moderado de la opresión y la hábil manipulación de los sistemas que diseminan la información dentro de la sociedad y de los sistemas secundarios de poder, que suelen ser nominalmente independientes. En resumen, todo gira alrededor de la dominación... El sexo intermedio o ápice que ocupa la posición central controla la sociedad y el imperio. Los machos suelen ser usados como soldados y las hembras como posesiones. Naturalmente el funcionamiento real del imperio es bastante más complicado, pero supongo que habrá captado la idea general.

–Bueno... –Gurgeh meneó la cabeza–. No entiendo cómo es posible que algo así funcione, pero si usted dice que funciona... De acuerdo, lo creo. –Se frotó la barba–. Supongo que eso significa que esas personas no pueden cambiar de sexo.

–Ha acertado. Hace varios centenares de años que adquirieron los conocimientos de ingeniería genética necesarios para practicar los cambios de sexo, pero están prohibidos. Son ilegales, no sé si recuerda el significado de esa palabra... –Gurgeh asintió y la unidad siguió hablando–. Evidentemente eso nos parece una perversidad y un desperdicio de recursos, pero la utilización eficiente de los recursos y el aumento del bienestar general de la población es algo que no figura en la lista de objetivos de los imperios. Lo típico es que esos objetivos se consigan pese a los cortocircuitos económicos –corrupción y favoritismo, sobre todo–, inherentes al sistema.

–De acuerdo –dijo Gurgeh–. Después tendré un montón de preguntas que hacerle, pero... ¿Y el juego?

–Desde luego. Voy a mostrarle uno de los tableros.

–... Está bromeando –logró decir Gurgeh pasados unos momentos.

Se inclinó hacia adelante y observó atentamente el holograma que tenía ante los ojos.

Las estrellas y los tres humanoides se habían esfumado y Gurgeh y la unidad llamada Worthil parecían encontrarse al extremo de una habitación inmensa muchas veces más grande que aquella en la que realmente estaban. Ante ellos se extendía un suelo cubierto con un mosaico asombrosamente complicado y, aparentemente, tan caótico como irregular. Algunos puntos del suelo subían de nivel formando colinas y se hundían bruscamente creando valles. Si se las observaba con más atención se podía ver que las colinas no eran sólidas sino que estaban compuestas por niveles superpuestos de aquel pasmoso metadibujo y que éste creaba pirámides de muchas

capas unidas entre sí esparcidas por aquel paisaje fantástico, y una inspección aún más atenta revelaba que la abigarrada superficie multicolor de las pirámides estaba cubierta de lo que parecían piezas extrañamente esculpidas. El conjunto debía medir un mínimo de veinte metros de lado.

–¿Eso..., eso es un tablero? –preguntó Gurgeh.

Tragó saliva. Jamás había visto u oído hablar de nada semejante, y nunca había sospechado que pudiera existir un juego tan complicado como debía ser el que tenía delante de los ojos..., suponiendo que aquello fueran las piezas y las zonas utilizadas durante una partida, cosa de la que aún no estaba muy seguro.

–Uno de ellos.

–¿Cuántos hay?

No podía ser real. Tenía que ser una broma. Estaban tomándole el pelo. Ningún cerebro humano podía enfrentarse a un juego de tal escala. Era imposible. Tenía que serlo...

–Tres de ese tamaño, aparte de un número considerable de tableros secundarios en los que también se utilizan cartas especiales. Si me lo permite, le daré algunos datos sobre el origen y desarrollo del juego.

«Empecemos con el nombre. *Azad* quiere decir "máquina" o, quizá, "sistema" en el sentido más amplio de la palabra, aquel que incluiría a cualquier entidad capaz de funcionar, como por ejemplo un animal o una flor, y que también incluiría a un molino impulsado por el agua o algo como yo mismo. El juego ha ido evolucionando a lo largo de varios millares de años y alcanzó su forma actual hace unos ochocientos años, más o menos por la misma época en que se produjo la institucionalización del culto que sigue siendo la religión oficial del imperio. Desde aquel entonces el juego ha sufrido muy pocas alteraciones. Así pues su forma definitiva se remonta a la época en que Eá, el planeta donde se originó el imperio, alcanzó la hegemonía y a las primeras exploraciones del espacio circundante realizadas con medios relativistas.

La imagen pasó a mostrar un planeta suspendido ante los ojos de Gurgeh. El inmenso globo de color azul y blanco giraba muy, muy despacio contra un telón de fondo de espacio negro.

–Eá –dijo la unidad–. Sigamos... El juego es una parte vital del sistema de poder del imperio. Expresado en los términos más toscos y claros posibles, el que gana se convierte en emperador.

Gurgeh volvió la cabeza lentamente hacia la unidad y ésta le devolvió la mirada.

–No le estoy tomando el pelo –dijo secamente.

Pero Gurgeh no pudo contenerse.

–¿Habla en serio? –le preguntó.

–Totalmente en serio –dijo la unidad–. Convertirse en emperador es un «premio» muy poco corriente y, como ya puede imaginarse, la verdad es mucho más

complicada. El juego se utiliza no tanto para decidir quién gobernará sino qué tendencia dentro de la clase dirigente del imperio se impondrá a las demás, qué rama de la teoría económica se va a seguir, qué credos obtendrán el reconocimiento dentro del aparato religioso y qué políticas generales se van a emplear. El juego también se utiliza como examen de admisión y prueba de ascenso en los aparatos administrativos, religiosos, educativos, judiciales y militares del imperio.

»Debe comprender que el Azad es considerado tan complejo, sutil, flexible y exigente que el imperio lo ha elevado a la categoría del modelo más exacto y amplio de la vida que se puede construir. Quien triunfe en el juego triunfará en la vida, pues las cualidades necesarias para salir vencedor en el juego son las mismas que se necesitan en la vida.

–Pero... –Gurgeh contempló a la unidad y creyó sentir la presencia del planeta que tenían delante como si fuera una fuerza casi física, algo hacia lo que se sentía atraído y que tiraba de él–. Pero... ¿Es verdad eso?

El planeta desapareció y se encontraron contemplando una vez más el inmenso tablero del juego. El holograma había cobrado movimiento, aunque no había sonido, y Gurgeh pudo ver como las siluetas se movían de un lado para otro cambiando la posición de las piezas o formaban grupos alrededor del tablero.

–No tiene por qué ser totalmente cierto –dijo la unidad–, pero en este caso el efecto y la causa no están perfectamente polarizados. La teoría oficial da por sentado que el juego y la vida son una sola cosa, y la naturaleza de la idea en que se basa el juego es tan insidiosa que basta con que la sociedad crea en ella para que esa creencia la convierta en realidad. La idea acaba volviéndose real porque la fuerza de todas las voluntades centradas en ella la hace real. De todas formas la idea debe contener una parte bastante considerable de verdad, pues de lo contrario el imperio habría dejado de existir hace mucho tiempo, ya que se trata de un sistema volátil e inestable por naturaleza. El Azad... El juego parece ser la fuerza que mantiene unido al conjunto.

–Espere un momento –dijo Gurgeh volviéndose hacia la unidad–. Ambos sabemos que Contacto se ha ganado la reputación de utilizar métodos bastante sutiles... No estarán esperando que vaya allí y me convierta en emperador o algo parecido, ¿verdad?

La unidad mostró por primera vez un aura, un breve parpadeo de color rojo que se desvaneció enseguida. Cuando volvió a hablar su tono de voz también dejó bien clara la diversión que le habían producido las palabras de Gurgeh.

–Creo que si lo intentara no llegaría muy lejos. No, el imperio está incluido en la definición general de la palabra «estado» y el único objetivo que los estados siempre intentan alcanzar es asegurar su propia existencia y convertirla en perpetua. La idea de alguien del exterior presentándose inopinadamente e intentando apoderarse del imperio les llenaría de horror. Si decide que quiere ir y si consigue aprender lo

suficientemente bien el juego durante el curso del viaje... Bueno, creemos que teniendo en cuenta su historial como jugador hasta estos momentos quizá existan algunas posibilidades de que logre reunir las cualificaciones necesarias para entrar como funcionario en el aparato administrativo o conseguir el rango de teniente del ejército. No olvide que esas personas viven sumergidas en el juego desde que nacen y que éste impregna toda la sociedad que las rodea. Poseen drogas antiagáticas para contrarrestar los efectos del envejecimiento, y los mejores jugadores tienen el doble de su edad actual. Y, naturalmente, incluso ellos siguen aprendiendo...

»Lo que nos interesa no es lo que podría conseguir expresado en términos de las condiciones sociales de semibarbarie que el juego ha sido concebido para sostener, sino el si será capaz de dominar la teoría y práctica del juego. Contacto quiere averiguar si un simple curso acelerado en las reglas y la práctica del juego y un conocimiento de los principios generales de los juegos bastarán para permitir que incluso un jugador de su talla pueda tomar parte en el Azad haciendo un papel mínimamente digno. No voy a ocultarle que las opiniones al respecto están muy divididas.

Gurgeh observó a las siluetas silenciosas que se movían por el paisaje artificial del inmenso tablero. Era imposible. ¿Cinco años? Era una locura. ¿Por qué no permitir que Mawhrin-Skel divulgara su vergonzoso comportamiento por toda la Cultura? Cinco años era tiempo más que suficiente para forjarse una nueva existencia. Podía marcharse de Chiark, podía encontrar otra cosa que le interesara aparte de los juegos, podía alterar su aspecto físico..., quizá incluso pudiera cambiar de nombre. Nunca había oído hablar de nadie que lo hubiera hecho, pero debía ser posible.

No cabía duda de que el Azad era un juego realmente fascinante..., suponiendo que existiera, claro. Pero ¿por qué no había oído hablar de él hasta ahora? ¿Cómo se las había arreglado Contacto para mantener en secreto la existencia de algo semejante, y por qué? Gurgeh se frotó la barba sin dejar de observar las silenciosas siluetas alienígenas que se desplazaban por la inmensidad del tablero deteniéndose de vez en cuando para mover una pieza o dando la orden de que otro se encargara de moverla.

Pertenecían a una especie distinta, pero eran humanoides. Habían logrado dominar aquel juego cuya extrañeza rayaba en lo insultante.

–No son superinteligentes, ¿verdad? –preguntó volviéndose hacia la unidad.

–Evidentemente no, o de lo contrario no habrían llegado a su etapa actual de desarrollo tecnológico conservando semejante sistema social en esa etapa del desarrollo tecnológico, con juego o sin él. El promedio de inteligencia en el sexo intermedio o ápice es un poquito inferior al del humano promedio de la Cultura.

Gurgeh puso cara de perplejidad.

–Eso implica que hay una diferencia entre los sexos.

–Ahora sí la hay –dijo Worthil.

Gurgeh no comprendió muy bien a qué se refería, pero la unidad siguió hablando antes de que pudiera hacer más preguntas.

–De hecho, albergamos la esperanza de que le bastará con estudiar durante los dos años que requiere el viaje hasta el imperio para poder desenvolverse razonablemente bien en el Azad. Naturalmente, eso exigiría un uso continuado y bastante intenso de secreciones glandulares para estimular la memoria y las capacidades de aprendizaje, y debo advertirle que la mera posesión de glándulas capaces de producir drogas bastaría para descalificarle y le impediría ocupar cualquier cargo imperial por muy bien que le fuese en el juego..., aun suponiendo que no perteneciera a otra especie, claro está. Las influencias «antinaturales» no pueden emplearse durante el juego, y el imperio utiliza todos los medios a su alcance para asegurarse de que la prohibición es observada. Todas las salas en que se juega están protegidas mediante sistemas electrónicos que evitan el uso de cualquier conexión con un ordenador, y después de cada partida los jugadores son sometidos a un análisis para detectar la presencia de drogas. Su química corporal, el pertenecer a una especie distinta y el hecho de que para ellos usted es un pagano significan que si decide ir sólo podrá participar en el Azad en calidad de jugador honorario.

–Unidad... Worthil –dijo Gurgeh volviéndose hacia ella–. Creo que no estoy dispuesto a recorrer toda esa distancia y a pasar tanto tiempo lejos de mi hogar..., pero me encantaría saber algo más sobre este juego. Quiero hablar de él y analizarlo junto con otros...

–No es posible –dijo la unidad–. Se me ha autorizado a revelarle lo que le estoy contando, pero todo esto debe seguir siendo un secreto. Me ha dado su palabra, Jernau Gurgeh.

–¿Y si faltó a ella?

–Todo el mundo creería que el Azad es una invención suya. Los registros accesibles no contienen ninguna referencia al juego o al imperio de Azad.

–¿A qué viene todo ese secreto? ¿De qué tienen miedo?

–Bueno, Jernau Gurgeh, si he de serle sincero... No sabemos qué hacer. La complejidad y amplitud de este problema superan con mucho a la de los que Contacto resuelve normalmente. Lo habitual es que podamos seguir las instrucciones del manual, ¿me comprende? Nuestras relaciones con todos los tipos de sociedades bárbaras imaginables nos han permitido acumular la experiencia suficiente para saber lo que funciona y lo que no funciona cuando tratamos con un tipo de sociedad determinada. Observamos, utilizamos controles, correlacionamos los datos, hacemos que nuestras Mentes establezcan modelos y solemos tomar todas las precauciones posibles para asegurarnos de que estamos obrando de la forma correcta y más

adecuada al caso..., pero algo como el Azad es único. No hay pautas por las que guiarse, no tenemos precedentes en los que podamos confiar. Tenemos que tocar de oído, y eso es una responsabilidad bastante considerable cuando estás tratando con todo un imperio estelar. Ésa es la razón de que Circunstancias Especiales se haya visto involucrada. Nosotros sí estamos acostumbrados a tratar con situaciones problemáticas y llenas de riesgos. Y, francamente, en este caso... Bueno, hemos decidido que debemos ser lo más discretos posible. Si dejamos que todo el mundo conozca la existencia del imperio de Azad puede que el simple peso de la opinión pública acabe presionándonos de tal forma que nos obligue a tomar una decisión..., lo cual quizá no suene demasiado mal, pero podría resultar desastroso.

–¿Para quién? –preguntó Gurgeh en un tono de voz más bien escéptico.

–Para los habitantes del imperio y para la Cultura. Podríamos vernos obligados a emprender una intervención bastante aparatosa contra el imperio. La intervención difícilmente llegaría a convertirse en guerra porque nuestra tecnología le lleva una delantera muy considerable a la suya, pero controlarles exigiría que nos convirtiéramos en una fuerza de ocupación y eso significaría que tanto nuestros recursos como nuestra moral se verían sometidos a un desgaste inmenso. Estamos casi seguros de que semejante aventura acabaría siendo considerada un error por mucho entusiasmo popular que despertara al comienzo. Los habitantes del imperio saldrían perjudicados porque se unirían contra nosotros en vez de unirse para acabar con el régimen corrupto que les controla, y eso haría que el reloj retrocediera un siglo o dos, y la Cultura saldría perjudicada porque imitaría la conducta de aquellos a quienes más despreciamos: los invasores, los ocupantes y los fanáticos de la hegemonía.

–Parece muy seguro de que la opinión popular se mostraría decididamente a favor de la intervención.

–Déjeme que le explique algo, Jernau Gurgeh –dijo la unidad–. El Azad es un juego que va acompañado de apuestas, y es frecuente que las apuestas lleguen a los niveles más altos imaginables. La forma que toman esas apuestas puede ser bastante macabra. Si accede a participar en el juego dudo mucho de que llegue a los niveles en que el desenlace de una partida puede depender de ese tipo de apuestas, pero es perfectamente normal apostar prestigio, honores, posesiones, esclavos, favores, tierra e incluso... la licencia física.

Gurgeh esperó en silencio durante unos momentos, pero acabó cansándose de esperar.

–Muy bien –suspiró–. ¿Qué es eso de la «licencia física»?

–Los jugadores acuerdan toda clase de torturas y mutilaciones a las que el perdedor de la apuesta debe someterse.

–¿Quiere decir que si pierdes... te..., te hacen todas esas cosas?

–Exactamente. Por ejemplo, es perfectamente posible apostar la pérdida de un dedo contra una violación rectal de macho por ápice con violencia incluida.

Gurgeh contempló en silencio a la unidad durante varios segundos y acabó asintiendo lentamente con la cabeza.

–Bueno... Debo admitir que eso sí es barbarie.

–Es una incorporación bastante reciente al juego y la clase dirigente la considera como una especie de concesión liberal, pues en teoría permite que una persona pobre pueda mantener sus apuestas al mismo nivel que una persona rica. Antes de la introducción de lo que ellos llaman opción de la licencia física una persona rica siempre podía eliminar del juego a los pobres superando sistemáticamente sus apuestas.

–Oh.

Gurgeh podía comprender la lógica de aquella idea, pero por mucho que le dio vueltas no logró encontrarle ninguna moralidad.

–El imperio de Azad no es la clase de sitio sobre el que resulte fácil pensar con frialdad o emitir juicios mesurados, Jernau Gurgeh. Han hecho cosas que el habitante promedio de la Cultura consideraría... Bueno, cosas de las que ni tan siquiera querría oír hablar. Un programa de selección y manipulación genética ha rebajado el promedio de inteligencia del macho y la hembra; el control de los nacimientos mediante la esterilización selectiva, la hambruna por áreas, la deportación en masa y los sistemas impositivos basados en la raza han producido el equivalente de un genocidio, con el resultado de que casi todos los habitantes del planeta sede del imperio tienen el mismo color y la misma constitución física. Su forma de tratar a los cautivos de otras especies, sus sociedades y sus creaciones es igualmente...

–Oiga, ¿está seguro de que todo esto no es una broma? –Gurgeh se levantó del sofá y entró en el campo del holograma. Bajó la vista hacia aquel tablero fantásticamente complejo que parecía estar debajo de sus pies, pero del que se sabía separado por una distancia tremenda—. ¿Me está diciendo la verdad? Ese imperio... ¿Existe realmente?

–Le aseguro que existe, Jernau Gurgeh. Si quiere obtener una confirmación a cuanto le he dicho puedo hacer los arreglos necesarios para que se le conceda un derecho de acceso especial a los VGS y las Mentes que están involucradas en este asunto. Puede averiguar todo lo que desee sobre el imperio de Azad, desde el primer contacto hasta los informes más recientes en tiempo real. Todo es cierto.

–¿Y cuándo se produjo ese primer contacto? –preguntó Gurgeh volviéndose hacia la unidad—. ¿Cuánto tiempo llevan ocultando la existencia del imperio?

La unidad vaciló.

–No mucho –dijo por fin—. Setenta y tres años.

–Vaya, ya veo que no les gusta apresurarse, ¿eh?

–Sólo cuando no tenemos otra opción –dijo la unidad.

–¿Y qué opina el imperio de nosotros? –preguntó Gurgeh–. Deje que lo adivine... Les han contado unas cuantas cosas sobre la Cultura, pero se han callado otras muchas, ¿no?

–Admirable, Jernau Gurgeh –dijo la unidad, y el tono de su voz indicó que le había faltado muy poco para echarse a reír–. No, no se lo hemos contado todo. Eso es algo de lo que le informará más detalladamente la unidad que enviaremos con usted, si es que decide aceptar nuestra oferta. Hemos engañado al imperio desde el primer momento dándole datos falsos sobre nuestros recursos, distribución, número de habitantes, nivel tecnológico e intenciones finales..., aunque, naturalmente, eso sólo ha sido posible gracias a la relativa escasez de civilizaciones tecnológicamente avanzadas que se da en esa región de la Nube Menor. Por ejemplo, los azadianós no saben que la Cultura tiene su base en la galaxia principal. Creen que venimos de la Nube Mayor y que nuestra población sólo es aproximadamente el doble de la suya. Saben muy poco sobre el nivel de manipulación genética promedio existente en los humanos de la Cultura, no tienen ni idea de la sofisticación alcanzada por nuestras máquinas inteligentes y jamás han oído hablar de una Mente o visto un VGS.

»Han estado intentando averiguar más cosas sobre nosotros desde el primer contacto, naturalmente, pero no han tenido ningún éxito. Probablemente piensan que tenemos un planeta central o algo parecido, ya que ellos siguen siendo una especie considerablemente orientada hacia los planetas. Utilizan técnicas de planoformación para crear ecosferas utilizables o, y eso ocurre con bastante más frecuencia, se limitan a conquistar planetas ya ocupados. Son catastróficamente torpes tanto al nivel ecológico como al moral. La razón por la que quieren saber más cosas sobre nosotros es que les encantaría invadirnos. Quieren conquistar la Cultura. Su problema básico, como ocurre con todas las mentalidades tipo matón-de-escuela, es que están profunda y terriblemente asustados. Son una especie paranoica y, al mismo tiempo, xenófoba. No nos atrevemos a permitir que conozcan hasta dónde llega el poder de la Cultura porque tememos que todo el imperio podría autodestruirse..., ya sabe que ese tipo de cosas han ocurrido en el pasado aunque, naturalmente, sucedieron mucho antes de que se creara Contacto. Nuestras técnicas actuales son bastante más refinadas y eficaces. Aun así, es una solución muy tentadora –dijo la unidad, dando la impresión de que estaba pensando en voz alta y de que no hablaba con Gurgeh.

–Dan la impresión de ser unos... –dijo Gurgeh, y tardó un poco en completar la frase. Había estado a punto de utilizar la palabra «bárbaros», pero no le pareció lo suficientemente fuerte–. Son como animales, ¿no?

–Hmmm –dijo la unidad–. Cuidado, cuidado... ¿Sabe cómo llaman a los habitantes de los planetas que conquistan? Animales, así les llaman. Oh, naturalmente que son unos animales, de la misma forma que usted es un animal y de la misma

forma que yo soy una máquina. Pero son animales que han llegado a un nivel de conciencia muy considerable, y poseen una sociedad que, como mínimo, es tan complicada como la nuestra..., más en algunos aspectos. El azar ha hecho que les conociéramos durante un momento de su historia en el que su civilización nos parece muy primitiva. Una era glacial menos en Eá y es muy posible que los primitivos fuéramos nosotros.

Gurgeh asintió con expresión pensativa y observó el silencioso desplazarse de las siluetas sobre el tablero de Azad bajo la luz reproducida de un sol muy lejano.

–Pero... –añadió Worthil con voz jovial–. Las cosas son como son y no tenemos por qué preocuparnos pensando en lo que podría haber ocurrido, ¿verdad? Bien... –dijo, y volvieron a encontrarse en la habitación de Ikroh. La holopantalla se desactivó y las ventanas recuperaron su transparencia habitual. El repentino diluvio de sol hizo que Gurgeh parpadeara deslumbrado–. Estoy seguro de que comprenderá que aún quedan muchas cosas por contarle, pero ahora ya sabe cuál es nuestra proposición expuesta en sus líneas más generales. Aún es pronto para pedirle que me responda con un sí, pero... ¿Vale la pena que siga hablando o ya ha tomado la decisión irrevocable de que no quiere ir?

Gurgeh se frotó la barba y se volvió hacia la ventana para contemplar el bosque que se extendía por encima de Ikroh. Lo que la unidad le había revelado era tan increíble que necesitaba algún tiempo para digerirlo. Si el juego era real... Bueno, entonces el Azad era el juego más maravilloso y más lleno de significado con el que se había encontrado en toda su existencia, y posiblemente tuviera más significado que todos los juegos que conocía juntos. Su cualidad de desafío definitivo le excitaba y, al mismo tiempo, le atemorizaba. Se sentía atraído instintivamente hacia él con una fuerza casi sexual, incluso ahora, incluso sabiendo tan poco sobre el juego..., pero no estaba seguro de poseer la autodisciplina necesaria para estudiar con tal intensidad durante dos años seguidos, y no tenía ni idea de si su cerebro sería capaz de contener un modelo mental de un juego tan asombrosamente complejo. Sus pensamientos volvían una y otra vez a la evidencia de que los azadianos eran capaces de ello, pero tal y como había dicho la máquina los azadianos vivían sumergidos en el juego desde que nacían. El Azad quizá sólo pudiera ser dominado por alguien cuyos procesos cognoscitivos hubieran sido moldeados por el mismo juego...

¡Pero cinco años! Todo ese tiempo, y no por el mero hecho de estar lejos de su casa sino porque tendría que pasar la mitad o probablemente algo más de la mitad de esos cinco años sin disponer del tiempo necesario para mantenerse al corriente de los progresos que se fueran produciendo en los demás juegos, sin tiempo para leer artículos o escribirlos, sin tiempo para nada salvo para aquel juego absurdo que ya empezaba a obsesionarle. Y todo eso supondría un cambio. Al final de aquellos cinco años sería una persona distinta. El cambio era inevitable, tan inevitable como el que

acabaría llevando dentro una parte del juego, por pequeña que fuese. Y cuando volviera... ¿Conseguiría ponerse al día? Le habrían olvidado. Habría estado lejos durante tanto tiempo que aquellos habitantes de la Cultura cuya vida giraba alrededor de los juegos no le prestarían ninguna atención. Se habría convertido en una figura histórica. Y cuando volviera... ¿Le permitirían hablar de su experiencia? El manto de silencio impuesto por Contacto ya llevaba siete décadas de existencia, y quizá siguiera en vigor muchas más.

Pero si aceptaba... Podría conseguir que Mawhrin-Skel le dejara en paz. Podía exigir el precio que la unidad le había pedido a cambio de no divulgar la grabación, podía exigir que volvieran a admitirle en CE.

O –y la idea se le ocurrió en ese mismo instante–, podía exigir que le redujeran al silencio para siempre...

Una bandada de pájaros surcó el cielo, manchas blancas recortándose contra los telones verde oscuro del bosque esparcido sobre las faldas de la montaña. Los pájaros se posaron en el jardín y empezaron a ir lentamente de un lado para otro mientras picoteaban el suelo. Gurgeh se volvió nuevamente hacia la unidad y cruzó los brazos delante del pecho.

–¿Cuándo necesita que le dé una respuesta? –preguntó.

Aún no había tomado una decisión. Tenía que ganar algo de tiempo. Necesitaba disponer del máximo de datos posible antes de decidirse en un sentido o en otro.

–Tendría que saberlo en un plazo de tres o cuatro días como máximo. El VGS *Bribonzuelo* salió hace poco del centro de la galaxia y se dirige hacia aquí. Partirá con destino a las Nubes dentro de los cien días próximos. Si lo pierde el viaje durará mucho más tiempo. Tal y como están las cosas, su nave tendrá que mantener la velocidad máxima hasta llegar a la cita con el VGS.

–¿Mi nave? –exclamó Gurgeh poniendo cara de sorpresa.

–Necesitará una nave, primero para llegar al *Bribonzuelo* a tiempo y después volverá a necesitarla al final del trayecto para ir desde el punto de mayor proximidad a la Nube Menor alcanzado por el VGS hasta el imperio propiamente dicho.

Gurgeh observó en silencio durante unos momentos a los pájaros blancos como la nieve que picoteaban el suelo del jardín. Se preguntó si debería sacar a relucir el tema de Mawhrin-Skel ahora o si sería mejor esperar. Una parte de su ser quería abordarlo en aquel mismo instante sólo para dejar de sufrir y por si se llevaba la improbable sorpresa de que Contacto accediera a su petición sin hacerse de rogar, lo cual le permitiría dejar de preocuparse por el chantaje a que le tenía sometido la máquina (y empezar a preocuparse pensando en las absurdas complicaciones de aquel juego de locos). Pero sabía que no debía hacerlo. La paciencia es otro nombre de la sabiduría, como decía el refrán. Tenía que esperar. Si acababa decidiendo ir (aunque, naturalmente, no accedería. No podía hacerlo, incluso el pensar en ello era una

locura...), dejaría que creyeran que no deseaba nada a cambio; dejaría que hicieran todos los preparativos necesarios y dictaría sus condiciones en el último momento..., suponiendo que Mawhrin-Skel tuviese la paciencia necesaria para esperar todo ese tiempo antes de cumplir su amenaza.

–De acuerdo –dijo volviéndose hacia la unidad de Contacto–. No digo que vaya a ir, pero... Pensaré en ello. Y ahora, cuénteme más cosas sobre el Azad.

Las historias ambientadas en la Cultura pertenecientes a la variedad Las Cosas Se Ponen Feas solían empezar con un humano perdiendo, olvidando o prescindiendo deliberadamente de su terminal. Era un comienzo narrativo convencional, el equivalente a salirse del camino e internarse en la espesura del bosque tan socorrido en una era anterior o el de un coche averiándose de noche en una carretera solitaria de otra. Una terminal –en forma de anillo, botón, brazaletes, pluma o lo que fuese– era la conexión que te mantenía unido a todo el resto de la Cultura. Con una terminal nunca estabas a más de una pregunta o un grito de casi cualquier cosa que desearas saber o casi cualquier tipo de ayuda que pudieras llegar a necesitar.

Todo el mundo conocía historias (reales) de personas que se habían caído por un acantilado y cuyo grito había sido transmitido por la terminal con la rapidez suficiente para que una unidad del Cubo se conectara a la cámara de esa terminal, comprendiera lo que estaba ocurriendo y enviara un robot que había interrumpido la caída con sus campos. También había historias sobre terminales que registraron el accidente que separó la cabeza de su propietario o propietaria del cuerpo y avisaron a una unidad médica que llegó justo a tiempo para salvar al cerebro, con lo que la persona tan bruscamente desprovista de cuerpo sólo tenía el problema de encontrar formas de distraerse durante los meses que el nuevo cuerpo tardaría en estar totalmente desarrollado.

Una terminal significaba la seguridad.

Y ésa era la razón de que Gurgeh se la llevara consigo durante sus paseos más largos.

Dos días después de la visita de Worthil, Gurgeh estaba sentado en un pequeño banco de piedra cerca de donde empezaba la arboleda a unos cuantos kilómetros de Ikroh. La ascensión por el sendero le había hecho jadear. Hacía un día muy soleado y la tierra desprendía un olor muy agradable. Gurgeh usó su terminal para tomar unas cuantas fotos del panorama que se divisaba desde el pequeño claro. Junto al banco había una masa metálica cubierta de óxido, un regalo de una antigua amante a la que ya casi había olvidado. Gurgeh acababa de tomarle unas cuantas fotos cuando la terminal emitió un zumbido.

–Aquí la casa, Gurgeh. Dijiste que te avisara cuando hubiese llamadas de Yay para que pudieras decidir si las aceptabas o no. Yay dice que es moderadamente urgente.

No había estado aceptando las llamadas de Yay, y la joven había intentado ponerse en contacto con él varias veces durante los últimos días. Gurgeh se encogió de hombros.

–Adelante –dijo.

Alzó la mano y dejó a la terminal flotando en el aire delante de su cara.

La pantalla se desplegó para revelar el rostro sonriente de Yay.

–Ah, el recluso... ¿Qué tal estás, Gurgeh?

–Bien.

Yay se inclinó hacia adelante acercando la cabeza unos centímetros más a su pantalla.

–¿Qué es esa cosa al lado de la que estás sentado?

Gurgeh contempló el objeto metálico que había junto al banco.

–Es un cañón –dijo.

–Eso es lo que me había parecido.

–Fue un regalo de una amiga –explicó Gurgeh–. Estaba muy interesada en la metalurgia. Las forjas y los moldes, ya sabes... Acabó pasando de los atizadores y los morillos de chimenea a los cañones. Pensó que disparar esferas metálicas de gran tamaño a las aguas del fiordo podía parecerme divertido.

–Comprendo.

–Pero necesitas un tipo de pólvora de ignición muy rápida para hacerlo funcionar, y nunca encontré el momento de encargarla.

–Me alegro. Lo más probable es que ese trasto hubiera estallado en mil pedazos llevándose tus sesos con él.

–Sí, confieso que también pensé en esa posibilidad...

–Hombre precavido, ¿eh? –La sonrisa de Yay se hizo un poco más ancha–. Bueno, ¿a que no lo adivinas?

–¿El qué?

–Me voy de crucero. Convencí a Shuro de que necesita ampliar un poco sus horizontes. Te acuerdas de Shuro, ¿no? Le conociste en la práctica de tiro.

–Oh. Sí, me acuerdo de él. ¿Cuándo os vais?

–Ya me he ido. Acabamos de salir del puerto de Tronze. Viajamos en el clíper *Tornillo flojo*. Es la última ocasión que tengo de llamarte en tiempo real y he decidido aprovecharla. El retraso significará que en el futuro tendré que conformarme con mandarte cartas.

–Ah. –Gurgeh empezó a desear no haber aceptado la llamada–. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

–Un mes, puede que dos. –Los rasgos de Yay se fruncieron en un mohín que no borró la sonrisa–. Ya veremos... Puede que Shuro se canse de mí antes. Parece que al niño le interesan más los hombres, pero estoy intentando convencerle para que cambie de campo. Siento no haberme despedido antes de partir, pero no estaré mucho tiempo fuera y...

La imagen se desvaneció. La pantalla desapareció dentro de la terminal y ésta cayó al suelo y se quedó inmóvil y silenciosa sobre las agujas de pino que cubrían el suelo del claro. Gurgeh la contempló sin moverse durante unos momentos, se inclinó

y la cogió. El proceso de enrollado de la pantalla había hecho que unas cuantas agujas de pino y tallos de hierba quedaran atrapados en la ranura. Gurgeh los sacó. La terminal había dejado de funcionar. La lucecita incrustada en la base estaba apagada.

–¿Y bien, Jernau Gurgeh? –preguntó Mawhrin-Skel.

La unidad apareció en un extremo del claro y flotó hacia él.

Gurgeh aferró la terminal con las dos manos. Se puso en pie y siguió con los ojos a la unidad mientras avanzaba hendiendo el aire. Los rayos de sol arrancaban destellos a sus placas. Gurgeh se obligó a relajarse, guardó la terminal en un bolsillo de su chaqueta, se sentó sobre el banco y cruzó las piernas.

–¿Y bien qué, Mawhrin-Skel?

–Quiero saber si has tomado una decisión. –La máquina se detuvo delante de su rostro. Sus campos brillaban con un leve resplandor azulado–. ¿Hablarás en favor mío?

–Supón que lo hago y que todo sigue igual.

–Tendrás que esforzarte un poco más. Si eres lo bastante persuasivo acabarán accediendo.

–Pero... ¿Y si estás equivocado y no se dejan convencer?

–Entonces tendré que pensar en si hago pública esa pequeña charada tuya o no. Sería divertido, desde luego... Pero quizá decida guardármela por si puedes serme útil de alguna otra forma. Nunca se sabe, ¿verdad?

–No, desde luego.

–Me he enterado de que el otro día tuviste una visita.

–Pensé que quizá te hubieras dado cuenta.

–Parecía una máquina de Contacto.

–Y lo era.

–Me encantaría fingir que sé lo que te dijo, pero tuve que dejar de escuchar cuando entraste en la casa. Creí oírte decir algo sobre un viaje...

–Una especie de crucero.

–¿Y eso es todo?

–No.

–Hmmm. Voy a decirte lo que creo. Creo que querían que trabajaras para Contacto, que te convirtieras en Arbitrador o que entraras a formar parte de su departamento de planificación..., algo así. ¿Me equivoco?

Gurgeh meneó la cabeza. La unidad osciló levemente de un lado a otro, un gesto cuyo significado Gurgeh no estaba muy seguro de entender.

–Ya veo. Y... ¿Aún no les has hablado de mí?

–No.

–Creo que deberías hacerlo. ¿No te parece?

–Aún no sé si accederé a hacer lo que me han pedido. Todavía no he tomado una

decisión.

–¿Por qué no? ¿Qué quieren que hagas? ¿Puede compararse a la vergüenza que...?

–Haré lo que quiera hacer –dijo Gurgeh y se puso en pie–. Después de todo quizá sea el mejor curso de acción. Supongamos que consigo persuadir a Contacto de que vuelvan a aceptarte... Tú y tu amiga de la *Cañonera diplomática* seguiríais teniendo esa grabación. ¿Qué te impediría repetir el truquito del chantaje?

–Ah, así que sabes cómo se llama... Me preguntaba qué estabais tramando tú y el Cubo de Chiark. Bueno, Gurgeh, hazte esta pregunta: ¿qué otra cosa puedo querer de ti? Esto es lo único que quiero. Quiero que se me permita ser aquello para lo que fui creado. Cuando se me devuelva a mi estado original tendré todo lo que puedo desear. No existe ninguna otra cosa que me afecte sobre la que puedas tener el más mínimo control. Quiero luchar, Gurgeh. Me diseñaron para eso, ¿comprendes? Me concibieron para usar la habilidad, la astucia y la fuerza con el fin de ganar batallas en nombre de nuestra vieja y querida Cultura. En cuanto a ejercer control sobre los demás o tomar decisiones estratégicas... Ese tipo de poder no me interesa. El único destino que quiero controlar es el mío.

–Hermosas palabras –dijo Gurgeh.

Sacó la terminal de su bolsillo y la hizo girar entre los dedos. Mawhrin-Skel se la arrancó desde un par de metros de distancia, la dejó suspendida debajo de su estructura y la fue doblando lentamente por la mitad. Después volvió a doblarla hasta una cuarta parte de su tamaño original. La terminal en forma de pluma se rompió. Mawhrin-Skel estrujó los restos hasta convertirlos en una bolita de la que asomaban pequeñas aristas metálicas.

–Me estoy impacientando, Jernau Gurgeh. Cuanto más deprisa piensas más despacio transcurre el tiempo, y te aseguro que pienso muy deprisa. Digamos... Cuatro días más, ¿te parece bien? Dispones de ciento veintiocho horas antes de que *Cañonera* reciba un mensaje mío diciéndole que te haga todavía más famoso de lo que ya eres.

Mawhrin-Skel le arrojó la terminal destrozada a la cara y Gurgeh la cogió al vuelo.

La pequeña unidad se alejó flotando hacia el extremo del claro.

–Estaré esperando tu llamada –dijo–. Aunque necesitarás otra terminal, claro... Y ten cuidado durante el trayecto de vuelta a Ikroh. Andar por estos lugares sin ningún medio de pedir ayuda puede resultar peligroso.

–¿Cinco años? –dijo Chamlis con voz pensativa–. Bueno, estoy de acuerdo en que parece un juego muy interesante, pero... Es mucho tiempo. ¿No te hará perder el contacto con lo que ocurra durante ese período? Gurgeh, ¿estás seguro de que lo has pensado bien? No permitas que te presionen para hacer algo de lo que luego podrías

arrepentirte.

Estaban en el último sótano de Ikroh. Gurgeh había llevado a Chamlis hasta aquellas profundidades para hablarle del Azad, y antes de contarle nada le había hecho prometer que guardaría el secreto. Dejaron al robot antivigilancia que el Cubo había apostado en la casa montando guardia junto a la entrada del sótano, y Chamlis hizo cuanto estaba a su alcance para asegurarse de que no había nada ni nadie escuchándoles, y también produjo una imitación bastante buena de un campo de silencio a su alrededor. Su conversación se desarrolló con el telón de fondo sonoro de las cañerías y conductos de mantenimiento que gruñían y siseaban en la oscuridad. Las oscuras paredes de roca estaban cubiertas de gotitas de agua que las hacían relucir.

Gurgeh meneó la cabeza. No había ningún sitio donde sentarse, y el techo era tan bajo que no le permitía ponerse recto. Se quedó inmóvil con la cabeza inclinada.

–Creo que voy a aceptar –dijo sin mirar a Chamlis–. Si lo encuentro demasiado difícil o si cambio de parecer siempre me queda el recurso de volver.

–¿Demasiado difícil? –repitió Chamlis. La vieja unidad parecía sorprendida–. Me extraña oírte decir eso. Estoy de acuerdo en que parece un juego muy complicado, pero...

–Bueno, lo importante es que siempre puedo volver –dijo Gurgeh.

Chamlis guardó silencio durante unos momentos.

–Sí. Sí, claro. Siempre puedes volver.

Gurgeh seguía sin estar demasiado seguro de haber tomado la decisión correcta. Había intentado pensar cuidadosamente en todo aquel embrollo aplicándole el mismo tipo de análisis frío y lógico que estaba acostumbrado a emplear en los momentos más difíciles de una partida, pero parecía incapaz de hacerlo. Era como si aquella habilidad suya sólo sirviera para los problemas lejanos y abstractos, y Gurgeh había acabado llegando a la conclusión de que no podía aplicarla a algo que estaba tan complejamente entremezclado con su propio estado emocional.

Quería alejarse de Mawhrin-Skel, pero –y no le quedaba más remedio que admitirlo– también se sentía muy atraído por el Azad, y no sólo por el juego. El juego seguía pareciéndole ligeramente irreal y excesivamente complicado para tomárselo en serio. No, lo que le interesaba era el imperio.

Y, naturalmente, también quería quedarse. Hasta aquella noche en Tronze su vida había sido muy agradable. Nunca se había sentido totalmente satisfecho, pero... Bueno, ¿había alguien que estuviera totalmente satisfecho de su existencia? Cuando pensaba en ella su vida le parecía casi idílica. Había perdido algunas partidas, había tenido la sensación ocasional de que otro jugador recibía una cantidad inmerecida de elogios, había deseado a Yay Meristinoux y le había molestado que Yay prefiriera la compañía de otros a la suya... Pero comparado con la amenaza que Mawhrin-Skel

mantenía suspendida sobre su cabeza y con el exilio de cinco años al que se enfrentaba todo aquello parecía pequeñas molestias sin importancia.

–No –dijo. Meneó la cabeza sin apartar los ojos del suelo–. Creo que iré.

–Muy bien... Pero te repito que este comportamiento no me parece propio de ti, Gurgeh. Siempre has sido tan..., tan mesurado. Siempre has controlado la situación.

–Oyéndote cualquiera pensaría que soy una máquina –dijo Gurgeh con voz cansada.

–No, pero eres..., eras más predecible. Eras más fácil de comprender.

Gurgeh se encogió de hombros y contempló la superficie irregular del suelo de piedra.

–Chamlis –dijo–, soy un simple ser humano.

–Mi querido amigo, eso nunca ha sido una excusa válida.

Tomó asiento en el vehículo subterráneo. Había ido a la universidad para visitar a la profesora Boruelal y había llevado consigo una carta lacrada escrita a mano para entregársela diciéndole que sólo debía abrirla si moría. La carta explicaba todo lo ocurrido, pedía disculpas a Olz Hap e intentaba dejar claro lo que sentía en aquellos momentos y lo que le había impulsado a cometer un acto tan terrible y estúpido..., pero al final se había marchado sin entregarle la carta. La idea de que Boruelal podía abrirla aunque sólo fuera por accidente y leerla mientras Gurgeh seguía con vida le resultaba tan aterradora que le hizo volverse atrás.

El vehículo subterráneo estaba cruzando la base de la Placa llevándole a toda velocidad hacia Ikroh. Gurgeh usó su nueva terminal para llamar a Worthil. La unidad había abandonado el Orbital después de su última visita para explorar uno de los gigantes de gas del sistema estelar, pero en cuanto recibió la llamada de Gurgeh hizo que el Cubo de Chiark la trasladara a la base subterránea. Worthil apareció de repente por la escotilla del vehículo.

–Jernau Gurgeh... –dijo. La condensación empezó a formar escarcha sobre sus placas y su presencia se abrió paso por el cálido interior del vehículo como si fuese una ráfaga de aire frío–. ¿Ha tomado una decisión?

–Sí –dijo Gurgeh–. Iré.

–¡Magnífico! –exclamó la unidad. Colocó un pequeño recipiente que tendría la mitad de su tamaño sobre uno de los asientos acolchados del vehículo–. Flora del gigante gaseoso –explicó.

–Espero que mi llamada no le obligara a interrumpir su expedición antes de lo que había planeado.

–No, no, nada de eso. Permita que le felicite. Creo que ha tomado una decisión muy sabia y..., sí, incluso valerosa. Confieso que llegó a pasarme por la mente la idea de que Contacto le había ofrecido esta oportunidad con el único fin de conseguir que

se sintiera más satisfecho de su vida actual. Si las grandes Mentes esperaban verle rechazar su oferta, me alegra ver que ha decidido sorprenderlas. Bien hecho.

–Gracias.

Gurgeh intentó Sonreír.

–Su nave estará preparada lo más pronto posible. Debería ponerse en camino hoy mismo.

–¿Qué clase de nave es?

–Una vieja Unidad General de Ofensiva de la clase «Asesino» que sobrevivió a la guerra idirana. Ha estado en almacenamiento profundo a unas seis décadas de aquí durante los últimos setecientos años. Se llama *Factor limitativo*. Sigue estando en condiciones de combatir, pero le quitarán el armamento e instalarán un conjunto de tableros y un módulo especial. Tengo entendido que su Mente no es nada del otro mundo. Esas naves de guerra no pueden permitirse el lujo de un ingenio brillante o el tener dotes artísticas, pero creo que es un artefacto bastante simpático y con el que es fácil llevarse bien. Le ayudará a estudiar el juego y será su oponente durante el viaje. Si lo desea puede llevarse a alguien con usted, aunque de todas formas enviaremos una unidad para que le acompañe. Hay un humano destacado en Groasnachek, la capital de Eá, y él será su guía así como su... ¿Estaba pensando en llevar consigo un acompañante?

–No –dijo Gurgeh.

De hecho había pensado en pedirle a Chamlis que le acompañara, pero sabía que en el curso de su larga vida la vieja unidad ya había tenido emociones –y aburrimiento– más que suficientes. No quería colocarla en una posición donde se viera obligada a responder con un no, y suponiendo que Chamlis deseara ir con él estaba seguro de que llevaban el tiempo suficiente siendo amigos y habían alcanzado un grado de intimidad y confianza suficientes para que le bastara con pedírselo.

–Probablemente es lo mejor. Bien, ¿y las posesiones personales? Si desea llevarse consigo algo más grande que un módulo pequeño o un ser vivo de tamaño superior al de un humano corriente quizá haya ciertos problemas que...

Gurgeh meneó la cabeza.

–Oh, no, no quiero llevarme nada tan grande, se lo aseguro. Unas cuantas cajas de ropa..., quizá uno o dos adornos..., nada más. ¿En qué clase de unidad habían pensado para que me acompañe?

–Habíamos pensado en una combinación de diplomático-traductor acostumbrado a toda clase de situaciones; probablemente será una veterana con experiencia que ya haya tenido alguna relación con el imperio. Deberá poseer un conocimiento bastante amplio de todas las costumbres y manierismos sociales del imperio, de sus formas de etiqueta y tratamiento..., ese tipo de cosas. No puede imaginarse lo fácil que resulta cometer errores en una sociedad semejante... La unidad se encargará de resolver

todos los problemas de etiqueta a que pueda enfrentarse. También poseerá una biblioteca, naturalmente, y tal vez un grado limitado de capacidad ofensiva.

–No quiero una máquina de combate, Worthil –dijo Gurgeh.

–Es por su propia seguridad y le aconsejo que la acepte. Estará bajo la protección de las autoridades imperiales, naturalmente, pero no son infalibles. El ataque físico es poco frecuente, pero se ha dado en el curso de algunas partidas y existen ciertos grupos que quizá deseen hacerle daño, y aparte de eso debe saber que la *Factor limitativo* no podrá quedarse cerca de usted para protegerle en cuanto le haya llevado a Eá. Los estamentos militares del imperio han dejado bien claro que no quieren tener ninguna nave de guerra flotando en los cielos de su planeta central. Permitirán que la *Factor limitativo* se acerque a Eá porque les hemos asegurado que no lleva ningún tipo de armamento. En cuanto la nave se haya marchado la unidad será la única protección totalmente fiable con que contará.

–Pero no me hará invulnerable, ¿verdad?

–No.

–Entonces correré el riesgo de confiar en la protección del imperio. Quiero una unidad tranquila y apacible. Nada de armas y nada..., nada de tiro al blanco y objetivos prioritarios.

–Le aconsejo fervorosamente que...

–Unidad –dijo Gurgeh–, si quiero hacer un buen papel en el Azad necesito sentir que mi situación es lo más aproximada posible a la de los nativos, con su vulnerabilidad y preocupaciones incluidas. No quiero que su artefacto me cubra las espaldas. Ir allí sabiendo que no necesito tomarme el juego tan en serio como los demás no serviría de nada.

La unidad guardó silencio durante unos momentos.

–Bueno, si está seguro de que eso es lo que desea... –dijo por fin.

No parecía muy convencida.

–Sí, estoy seguro.

–Muy bien. Si insiste... –La unidad emitió algo parecido a un suspiro–. Creo que eso es todo. La nave debería estar aquí dentro de...

–Hay una condición –dijo Gurgeh.

–¿Una..., una condición? –exclamó la unidad.

Sus campos se volvieron visibles durante un segundo. La mezcla de azul, marrón y gris casi deslumbró a Gurgeh.

–Cierta unidad llamada Mawhrin-Skel... Está aquí, ¿no? –dijo Gurgeh.

–Sí –dijo Worthil–. Se me ha informado de que esa máquina vive aquí en la actualidad. ¿Qué pasa con ella?

–Fue exiliada de Circunstancias Especiales. La echaron. Desde que llegó aquí nos hemos... Nos hemos hecho amigos. Le prometí que si alguna vez llegaba a tener

cualquier clase de influencia sobre Contacto haría cuanto pudiese para ayudarla. Me temo que sólo jugaré al Azad si la unidad vuelve a ser admitida en CE.

Worthil tardó unos segundos en responder.

–No tendría que haberle hecho esa promesa, señor Gurgeh.

–Admito que la hice pensando que jamás llegaría a poder cumplirla, pero ahora estoy en situación de hacerlo y eso me obliga a imponer como condición el que readmitan a Mawhrin-Skel.

–Pero no querrá que esa máquina vaya con usted, ¿verdad?

Worthil parecía perplejo.

–¡No! –exclamó Gurgeh–. Prometí que intentaría conseguir que volvieran a admitirla en el servicio activo, nada más.

–Ya... Bien, debo confesarle que no poseo la autoridad necesaria para hacer la clase de trato que me está pidiendo, Jernau Gurgeh. Esa máquina fue reducida a la condición de civil porque se la consideró peligrosa y porque no quiso someterse a la terapia de reconstrucción. Su caso no es algo sobre lo que pueda tomar decisiones. Es un asunto que concierne al departamento de admisión.

–Me da igual. Tengo que insistir.

Worthil volvió a emitir aquella especie de suspiro, alzó el recipiente esférico que había colocado sobre el asiento y pareció estudiar su lisa superficie.

–Haré todo cuanto esté a mi alcance –dijo con un tono de irritación casi imperceptible–, pero me temo que no puedo prometerle nada. Los departamentos de admisión y apelación no soportan que se ejerza ninguna presión sobre ellos, sea del tipo que sea, y pueden llegar a ponerse terriblemente moralistas.

–Necesito cumplir con la obligación que he adquirido hacia Mawhrin-Skel –dijo Gurgeh en voz baja–. No puedo marcharme de aquí sin estar en condiciones de jurar que he hecho cuanto estaba en mis manos para ayudarle.

La unidad de Contacto no pareció haber oído sus palabras. –Hmmm –dijo por fin–. Bien, veremos qué se puede hacer al respecto. El vehículo subterráneo siguió cruzando velozmente la base del mundo sin hacer ningún ruido.

–Por Gurgeh... ¡Un gran jugador y un gran hombre!

Hafflis estaba de pie sobre el parapeto a un extremo de la terraza con una botella en una mano y un cuenco lleno de una droga que desprendía vapores en la otra. El kilómetro de precipicio bostezaba detrás de él. La mesa de piedra estaba llena de personas que habían venido a despedirse de Gurgeh. El anuncio oficial explicaba que Gurgeh subiría al VGS *Bribonzuelo* mañana por la mañana para viajar hasta las Nubes, donde participaría en los Juegos Pardetilisianos representando a la Cultura. Los Juegos eran una gran celebración lúdica convocada por la Meritocracia Pardetilisi que tenía lugar en la Nube Menor cada veintidós años, año más o menos.

Gurgeh había sido invitado a aquel torneo igual que había sido invitado a los Juegos anteriores y a varios millares de competiciones y convocatorias de todos los tamaños y modalidades que se celebraban dentro de la Cultura y fuera de ella. Había rechazado aquella invitación tal y como hacía siempre, pero la historia que se había hecho circular era que había cambiado de parecer y que iría a los Juegos para representar a la Cultura. Los Juegos se inaugurarían dentro de tres años y medio, lo cual hacía que la necesidad de marcharse tan bruscamente resultara un poco difícil de explicar, pero Contacto había aplicado sus considerables dotes creativas a las tablas temporales, y eso más unas cuantas mentiras puras y simples había bastado para que el curioso que se tomara la molestia de hacer preguntas al respecto sacara la impresión de que el *Bribonzuelo* era la única nave que podía llevar a Gurgeh hasta las Nubes con el tiempo suficiente para que se sometiera al largo y complejo proceso de matriculación y pruebas preliminares.

–¡Brindo por Gurgeh!

Hafflis echó la cabeza hacia atrás y se llevó la botella a los labios. Todos los invitados se unieron al brindis bebiendo de una docena de tipos distintos de cuenco, copa, vaso y jarra. Hafflis fue oscilando sobre sus talones aumentando lentamente el ángulo de inclinación hacia atrás a medida que apuraba la botella. Algunos invitados gritaron advertencias o le arrojaron trocitos de comida. Hafflis tuvo el tiempo justo de apartar la botella de su boca y chasquear sus labios manchados de vino antes de perder el equilibrio y desaparecer detrás del parapeto.

–Oops –dijo su voz desde un poco más abajo.

Dos de sus hijos más jóvenes abandonaron la partida del juego de las tres tazas con que estaban entreteniéndolo a un enumerador estigliano considerablemente perplejo, fueron corriendo al parapeto y rescataron a su ebrio progenitor del campo de seguridad. Hafflis dio unos cuantos pasos tambaleantes por la terraza y se derrumbó en su asiento riendo a pleno pulmón.

Gurgeh estaba sentado entre la profesora Boruelal y uno de sus viejos amores, Vossle Chu, la mujer cuyas antiguas aficiones habían incluido la metalurgia. Vossle vivía en Rombree, en el extremo opuesto de Chiark desde Gevant, y había venido hasta allí sólo para despedir a Gurgeh. En la multitud que se apretujaba alrededor de la mesa había por lo menos diez ex-amantes suyas. Gurgeh se preguntó qué significado podía tener el que en los últimos años seis de las diez hubieran decidido convertirse en hombres y no hubieran vuelto a cambiar de sexo, pero el alcohol hizo que el enigma pronto dejara de interesarle.

Gurgeh y el resto de los invitados estaban emborrachándose concienzudamente, tal y como era tradicional en tales ocasiones. Hafflis había prometido que Gurgeh no sufriría el destino infligido a un joven amigo de ambos hacía unos cuantos años. El joven había sido aceptado en Contacto y Hafflis dio una fiesta para celebrar su

admisión. Al final de la fiesta le desnudaron por la fuerza y le arrojaron al precipicio..., pero el campo de seguridad había sido desconectado previamente y el nuevo recluta de Contacto cayó novecientos metros –seiscientos de ellos con el estómago vacío–, antes de que los tres robots domésticos que Hafflis había ocultado en el bosque emergieran silenciosamente de entre los árboles para cogerle al vuelo y devolverle a la terraza.

La Unidad General de Ofensiva (Desmilitarizada) *Factor limitativo* había llegado a Ikroh aquella misma tarde y Gurgeh había bajado a la galería de tránsito para echarle un vistazo. La nave medía unos trescientos metros de longitud y su aspecto era tan esbelto como sencillo. Tenía el morro puntiagudo, tres protuberancias en forma de lágrimas vagamente parecidas a enormes carlingas que terminaban en el morro y cinco protuberancias bastante más gruesas que circundaban su parte central; la popa era una superficie plana. La nave le saludó, le dijo que había venido hasta allí para llevarle a bordo del VGS *Bribonzuelo* y le preguntó si tenía alguna exigencia especial en cuanto a la dieta.

Boruelal le dio una palmada en la espalda.

–Vamos a echarle de menos, Gurgeh.

–Lo mismo digo –replicó Gurgeh inclinándose hacia adelante a causa del impacto.

Estaba empezando a sentirse bastante emocionado. Se preguntó cuándo llegaría el momento de arrojar los farolillos de papel por encima del parapeto para que bajaran flotando hasta caer en el bosque. Las luces que había detrás de la cascada estaban apagadas y todo el precipicio se hallaba sumido en la oscuridad. Un dirigible cuya tripulación parecía estar formada casi exclusivamente por fanáticos de los juegos había echado el ancla en la llanura deteniéndose a la altura de Tronze y había prometido una exhibición de fuegos artificiales para más avanzada la noche. Todas aquellas muestras de respeto y afecto habían logrado conmover considerablemente a Gurgeh.

–Gurgeh... –dijo Chamlis. Gurgeh se volvió hacia la vieja máquina sin soltar la copa. Chamlis depositó un paquetito en su mano–. Es un regalo –dijo. Gurgeh contempló el paquetito de papel atado con una cinta–. No es más que una vieja tradición –le explicó Chamlis–. Ábrelo cuando estés a bordo.

–Gracias –dijo Gurgeh asintiendo lentamente con la cabeza. Guardó el regalo en un bolsillo de su chaqueta y después hizo algo que no tenía costumbre de hacer con las unidades. Se inclinó hacia la vieja máquina y rodeó los campos de su aura con los brazos–. Muchas, muchísimas gracias...

La noche se fue haciendo cada vez más oscura. Un breve chaparrón casi apagó las ascuas que había en el canal que corría por el centro de la mesa, pero Hafflis ordenó a unos cuantos robots de aprovisionamiento que trajeran más cajas de licores y todos se

lo pasaron en grande rociando las ascuas con el contenido de las botellas para mantenerlas encendidas. Los charquitos de llamas azuladas acabaron con la mitad de los farolillos de papel, consumieron los pétalos de las flores, hicieron un considerable número de agujeros en las ropas de los invitados y chamuscaron el pelaje del enumerador estigliano. Los rayos brillaron sobre las montañas que dominaban el lago y la cascada se encendió con el fabuloso resplandor de las luces que había detrás de ella. Los fuegos artificiales del dirigible hicieron que todos aplaudieran y fueron respondidos con más fuegos artificiales y nubes-láser desde Tronze. Gurgeh fue desnudado y arrojado al lago, pero los hijos de Hafflis le sacaron de él sano y salvo antes de que hubiera tragado demasiada agua.

Despertó muy poco después del amanecer en la cama de Boruelal. Gurgeh se vistió y salió sigilosamente del recinto universitario.

Recorrió la habitación con la mirada. Los primeros rayos de sol empezaban a caer sobre el paisaje que rodeaba a Ikroh y se abrían paso por el vestíbulo entrando a chorros por las ventanas que daban al fiordo, cruzando la habitación y saliendo por las ventanas orientadas hacia las faldas de las montañas. Los trinos de los pájaros hacían vibrar el fresco aire del amanecer.

No había nada más que llevarse, ni una sola cosa más que recoger. La noche anterior había ordenado a los robots de la casa que transportaran el baúl lleno de ropa a la *Factor limitativo*, pero ahora se preguntaba por qué se había tomado esa molestia. El trayecto en la nave de guerra sería bastante corto y no tendría que cambiarse muchas veces de ropa, y cuando llegara al VGS podía encargarse de todo lo que deseara. Decidió llevarse consigo unos cuantos adornos personales e hizo que la casa transmitiera copias de todas sus imágenes fijas y en movimiento a la memoria de la *Factor limitativo*. Lo último que hizo fue quemar la carta que había escrito para confiarla a la custodia de Boruelal y remover las cenizas en la chimenea hasta convertirlas en polvo finísimo. No quedaba nada más que hacer.

–¿Listo? –preguntó Worthil.

–Sí –dijo Gurgeh. Tenía la cabeza despejada y ya no le dolía, pero se sentía un poco cansado y estaba seguro de que aquella noche no le costaría nada conciliar el sueño—. ¿Aún no ha llegado?

–Ya está en camino.

Estaban esperando a Mawhrin-Skel. La unidad había recibido la notificación oficial de que su caso iba a ser revisado como favor especial a Gurgeh, y se le comunicó que había muchas posibilidades de que acabara consiguiendo un puesto en Circunstancias Especiales. Mawhrin-Skel había enviado un acuse de recibo, pero no se había presentado. Iría a verles cuando Gurgeh estuviera a punto de partir.

Gurgeh se sentó para esperar su llegada.

La unidad bajó por la chimenea unos minutos antes de la hora fijada para la salida y quedó flotando sobre los morillos.

–Mawhrin-Skel... –dijo Worthil–. Justo a tiempo.

–Creo que voy a ser reincorporado al servicio activo –dijo la más pequeña de las dos unidades.

–Así es –dijo Worthil con voz jovial.

–Estupendo. Estoy seguro de que mi amiga, la UOR *Cañonera diplomática*, seguirá mi carrera futura con gran interés.

–Naturalmente –dijo Worthil–. Ya me imaginaba que lo haría.

Los campos de Mawhrin-Skel emitieron un destello rojo y anaranjado. La unidad fue hacia Gurgeh. Sus placas grises brillaban y los rayos del sol que invadían la habitación hacían que sus campos resultaran casi invisibles.

–Gracias –dijo Mawhrin-Skel–. Te deseo un buen viaje y mucha suerte.

Gurgeh se reclinó en el sofá y alzó los ojos hacia la diminuta unidad. Pensó en varias réplicas posibles, pero no utilizó ninguna de ellas. Lo que hizo fue ponerse en pie, tirar de los faldones de su chaqueta y volverse hacia Worthil.

–Creo que estoy listo –dijo.

Mawhrin-Skel les observó salir de la habitación, pero no intentó seguirles.

Gurgeh subió a bordo de la *Factor limitativo*.

Worthil le mostró los tres tableros primarios del Azad que ocupaban tres de las protuberancias del efector dispuestas alrededor de la parte central de la nave, y le acompañó al hangar del módulo instalado en la cuarta protuberancia y a la piscina que el astillero había instalado en la quinta porque la premura con que se les avisó hizo que no se les ocurriera nada mejor y no les gustaba la idea de dejarla vacía. Los tres efectores del morro seguían allí, pero estaban desconectados y desaparecerían cuando la *Factor limitativo* atracara en el muelle del Bribonzuelo. Worthil le enseñó sus aposentos, y Gurgeh los encontró más que aceptables.

La hora de la partida llegó con una sorprendente rapidez y Gurgeh se despidió de la unidad de Contacto. Tomó asiento en la sección de espera y observó como la pequeña unidad se alejaba flotando por el corredor que llevaba hasta la compuerta de la nave. Después se volvió hacia la pantalla y le ordenó que mostrara una imagen del exterior. El pasillo provisional que unía la nave a la galería de tránsito de Ikroh empezó a retroceder y el largo tubo que formaba parte de las entrañas de la nave fue retrayéndose hasta quedar encajado en el casco.

Un instante después la imagen de la base de la Placa empezó a encogerse sin ningún sonido o aviso previo. La nave siguió alejándose y la Placa se confundió con las otras tres Placas que formaban aquel lado del Orbital, pasó a ser un segmento más de una línea bastante gruesa que fue empequeñeciéndose rápidamente hasta convertirse en un puntito, y la estrella del sistema de Chiark apareció con toda su

brillantez detrás del puntito. La luz de la estrella se fue debilitando muy deprisa y Gurgeh comprendió que su viaje al Imperio de Azad acababa de empezar.

Segunda parte: Imperium

¿Siguen ahí?

Una pequeña nota acerca del texto dirigida a quien pueda interesar (vamos, sean un poco pacientes conmigo).

Aquellos de ustedes que tengan la desgracia de no estar leyendo o escuchando esto en marain quizá utilicen un lenguaje carente del número o tipo de pronombres personales necesarios, por lo que será mejor que dé algunas explicaciones sobre este aspecto de la traducción.

Como sabe cualquier escolar el marain –el lenguaje quintaesencialmente maravilloso de la Cultura (eso es lo que les dirá la Cultura)– posee un pronombre personal que abarca a los varones, las hembras, los sexos intermedios, neutros, infantes, unidades, Mentes, otras máquinas conscientes y a todas las formas de vida que se las hayan arreglado para exhibir cualquier cosa remotamente parecida a un sistema nervioso y los rudimentos del lenguaje (o una buena excusa para no tener ninguna de las dos cosas). Naturalmente, hay ciertas formas de especificar el sexo de una persona en marain, pero no se utilizan en las conversaciones cotidianas. En el lenguaje-como-arma-moral-orgullosa-de-serlo arquetípico el mensaje es que sólo hay una cosa importante, chavales, y es el cerebro; las glándulas sexuales casi nunca merecen que nos tomemos la molestia de hacer una distinción.

Por lo tanto en los pasajes que siguen Gurgeh se conforma con pensar en los azadianos igual que pensaría en cualquier (ver lista un poco más arriba)... Pero ¿y vosotros, oh desafortunados, posiblemente brutales, probablemente efímeros e indudablemente mucho menos dotados ciudadanos de alguna sociedad que no pertenece a la Cultura, y me refiero especialmente a quienes han sido injustamente tratados por la providencia en cuanto al número de sexos (y os advierto que los azadianos usarían términos bastante más fuertes)?

¿Cómo nos referiremos al triunvirato de sexos azadianos si no queremos utilizar vocablos alienígenas de aspecto chocante o frases-no-palabras tan rechinantes como incómodas?

Calma, calma. He escogido utilizar los pronombres naturales y obvios para designar al macho y a la hembra, y he optado por referirme a los intermedios –o ápices– con el término pronominal que mejor indique el puesto que ocupan dentro de su sociedad, y siempre en relación al equilibrio de poder sexual existente en la vuestra. En otras palabras, la traducción exacta depende de si vuestra civilización (voy a permitirme la posibilidad de errar en aras de la generosidad terminológica) está dominada por los machos o por las hembras.

(Naturalmente, quienes puedan afirmar sin faltar a la veracidad que su civilización no está dominada por ninguno de los dos sexos tendrán su propio término

adecuado.)

Bueno, creo que ya hemos hablado bastante del asunto.

Veamos... Hemos sacado a Gurgeh de la Placa Gevant en el Orbital de Chiark y le hemos hecho subir de forma más bien apresurada a una nave militar a la que se ha despojado de su armamento y que se dirige hacia una cita con el Vehículo General de Sistemas *Bribonzuelo* el cual viaja en dirección a las Nubes.

Puntos A Meditar:

¿Comprende Gurgeh lo que ha hecho y lo que puede ocurrirle? ¿Ha empezado a sospechar que quizá se le haya engañado? ¿Y sabe en qué jaleo se ha metido?

¡Por supuesto que no!

¡Y eso hace que todo resulte mucho más divertido!

Gurgeh había viajado en muchos cruceros durante su existencia y en el más largo de ellos, hacía ya unos treinta años, había llegado a alejarse varios miles de años luz de Chiark, pero pocas horas después de haber subido a la *Factor limitativo* ya estaba empezando a sentir el abismo de años luz que la nave iba interponiendo entre él y su hogar de una forma tan molesta como palpable y que no había previsto..., y la nave seguía acelerando. Gurgeh estuvo un rato sentado delante de la pantalla que mostraba a la estrella de Chiark brillando con un resplandor entre blanco y amarillo que iba disminuyendo de intensidad a cada momento que pasaba, pero su sensación de estar muy lejos de ese astro era todavía más fuerte de la que habría podido esperarse iba a producir lo visto en la pantalla.

Antes nunca había captado la falsedad de aquellas representaciones, pero estar sentado en la algo anticuada zona de espera y relaciones sociales con los ojos clavados en la pantalla rectangular de la pared hizo que no pudiera evitar la sensación de que se había convertido en un actor o una pieza minúscula de los circuitos de la nave. Gurgeh empezó a tener la sensación de que formaba parte de la imagen del Espacio Real que flotaba ante sus ojos, y de que era tan falso como ella.

Quizá fuera por el silencio. No sabía por qué, pero había esperado ruidos. La *Factor limitativo* estaba abriéndose paso a través de algo llamado el ultraespacio con una aceleración cada vez mayor; la velocidad de la nave se aproximaba a su límite máximo con una rapidez que aturdió el cerebro de Gurgeh apenas la vio expuesta en forma de números sobre la pantalla mural. Ni tan siquiera sabía qué era el ultraespacio. ¿Sería lo mismo que el hiperespacio? Intentó consolarse pensando que por lo menos había oído hablar del hiperespacio, aunque sabía muy poco sobre ese... lo que fuera. La terrible velocidad a que se desplazaba no impedía que la nave estuviera sumida en un silencio casi absoluto, y Gurgeh empezó a experimentar una sensación tan extraña como enervante, como si la vieja nave de guerra que había pasado todos aquellos siglos protegida de los estragos del tiempo aún no se hubiera despertado del todo y los acontecimientos que tenían lugar dentro de su esbelto casco

siguieran rigiéndose por un tiempo distinto y más lento compuesto a partes iguales de sueños y realidad.

La nave no parecía tener muchas ganas de iniciar una conversación con él. En circunstancias normales eso no habría molestado a Gurgeh, pero ahora se convirtió en otro factor que aumentaba su sensación de incomodidad. Salió de su camarote y fue a dar un paseo por el angosto corredor de cien metros de longitud que llevaba hasta la parte central de la nave. El corredor de paredes desnudas apenas si tenía un metro de anchura y el techo estaba tan bajo que Gurgeh podía tocarlo sin necesidad de estirarse. Gurgeh creyó oír un leve zumbido que parecía venir de cuanto le rodeaba. Llegó al final del corredor y se metió por otro cuyo suelo parecía inclinarse en un ángulo de por lo menos treinta grados, pero que se niveló apenas puso los pies en él (causándole un fugaz momento de mareo). El corredor terminaba en la protuberancia de un efector que el astillero había utilizado para instalar uno de los tableros de juego principales.

El tablero se extendía ante él con un torbellino de formas geométricas y colores cambiantes. Era un auténtico paisaje que ocupaba más de quinientos metros cuadrados, con las hileras de pirámides de niveles amontonados formando un territorio tridimensional que aumentaba todavía más aquella extensión. Gurgeh fue hacia el inmenso tablero y se preguntó si no habría aceptado enfrentarse con un hueso demasiado duro de roer.

Recorrió la vieja protuberancia del efector con la mirada. El tablero ocupaba algo más de la mitad del suelo y reposaba sobre las planchas de metalispuma instaladas por el astillero. La mitad del volumen espacial se encontraba bajo los pies de Gurgeh. Una sección transversal del espacio destinado al efector habría tenido forma más o menos circular, y las planchas y el tablero describían un diámetro a través de ese círculo para acabar confundiéndose con el casco de la nave que se extendía más allá de la protuberancia. El techo de un gris metalizado se curvaba suavemente sobre su cabeza a unos doce metros de distancia.

Gurgeh fue hacia una escotilla y se adentró en el cuenco tenuemente iluminado que había debajo del suelo de metalispuma. Aquel espacio saturado de ecos estaba aún más vacío que el de arriba. La eliminación del armamento había sido llevada a cabo sin dejar rastro de los sistemas, y sólo había unas cuantas compuertas y algunos agujeros poco profundos esparcidos por la superficie del cuenco. Gurgeh se acordó de Mawhrin-Skel y se preguntó qué habría sentido la *Factor limitativo* cuando le arrancaron las garras.

–Jernau Gurgeh.

Gurgeh se volvió al oír su nombre y vio un cubo consistente en una estructura casi esquelética de componentes que venía flotando hacia él.

–Hemos alcanzado nuestro Punto de Agregación Terminal y estamos viajando a

una velocidad aproximada de ocho coma cinco kiloluces en el ultraespacio uno positivo.

–¿De veras? –preguntó Gurgeh.

Contempló el cubo de medio metro de arista y se preguntó qué piezas serían sus ojos.

–Sí –dijo la unidad controlada a distancia–. Llegaremos a nuestra cita con el VGS *Bribonzuelo* aproximadamente dentro de ciento dos días a contar desde este momento. Estamos recibiendo instrucciones del *Bribonzuelo* sobre cómo se juega al Azad y la nave me ha ordenado que le diga que pronto estará en condiciones de empezar a jugar. ¿Cuándo desea empezar?

–Bueno... Preferiría esperar un poco –dijo Gurgeh. Manipuló los controles de la escotilla y el campo le hizo subir lentamente hasta llegar a la zona iluminada. La unidad le siguió–. Antes quiero instalarme –dijo–. Necesito hacer un poco más de trabajo teórico antes de empezar a jugar.

–Muy bien. –La unidad empezó a alejarse, pero se detuvo–. La nave desea advertirle de que sus procedimientos habituales incluyen la vigilancia interna y continua de todo el volumen contenido dentro del casco, lo cual hace que su terminal resulte innecesaria. ¿Le parece satisfactorio o preferiría que los sistemas de observación internos fueran desactivados y utilizar su terminal para ponerse en contacto con la nave?

–Prefiero la terminal –se apresuró a decir Gurgeh.

–La vigilancia interna ha quedado reducida a la detección de emergencias.

–Gracias –dijo Gurgeh.

–No hay de qué –dijo la unidad.

Gurgeh la vio desaparecer por el pasillo, giró sobre sí mismo para contemplar la inmensidad del tablero y volvió a menear la cabeza.

Durante los treinta días siguientes Gurgeh no tocó ni una sola pieza del juego. Se concentró en el aprendizaje de la teoría del Azad, estudió su historia siempre que ello podía ayudarle a comprender mejor el juego, se aprendió de memoria los movimientos de que era capaz cada pieza así como sus valores, utilidad, potencial, categoría moral tanto real como potencial, las distintas intersecciones de sus curvas tiempo/poder y sus distintas capacidades armónicas en relación a las distintas zonas del tablero; repasó tablas y rejillas que exponían las cualidades inherentes a las combinaciones, números, niveles y posibilidades de las cartas utilizadas en el juego y trató de comprender qué posición ocupaban los tableros secundarios en el conjunto del juego, y cómo la imaginería elemental de las últimas etapas encajaba con el funcionamiento mucho más mecanicista de las piezas, tableros y dados empleados en las rondas iniciales mientras torturaba su mente intentando encontrar alguna conexión entre las tácticas y la estrategia del juego tal y como solía jugarse normalmente; tanto

en la versión singular donde una persona se enfrentaba a otra como en las versiones múltiples en las que podían tomar parte hasta diez personas, con todo el potencial de alianzas, intrigas, acciones concertadas, pactos y traiciones que posibilitaba tal variante del juego.

Gurgeh descubrió que los días se le escurrían de entre los dedos casi sin que se diera cuenta. Se acostumbró a dormir dos o tres horas y a pasar el resto del tiempo delante de la pantalla o inmóvil en el centro de uno de los tableros principales mientras la nave hablaba con él, trazaba diagramas holográficos en el aire y movía piezas a su alrededor. Sus glándulas no paraban de producir drogas, su sistema circulatorio estaba saturado de las sustancias que excretaban y su cerebro se cocía en el guiso producido por su química corporal manipulada genéticamente mientras su agobiada glándula principal –cinco veces más grande de lo que había sido en sus antepasados primitivos– bombeaba sus productos o daba instrucciones a otras glándulas para que bombearan las sustancias químicas que necesitaba.

Chamlis le envió un par de mensajes repletos de cotilleos sobre lo que estaba ocurriendo en la Placa. Mawhrin-Skel había desaparecido; Hafflis decía que estaba empezando a pensar en cambiar de sexo para poder tener otro hijo; el Cubo y los paisajistas de la Placa habían fijado la fecha para la inauguración de Tefarne, la Placa de construcción más reciente que aún no había recibido los últimos toques cuando Gurgeh se marchó de Chiark. La Placa quedaría abierta al público dentro de un par de años. Chamlis sospechaba que Yay se enfadaría porque no la habían consultado antes de anunciar la inauguración. Chamlis esperaba que todo fuese bien y le preguntaba qué tal estaba.

La comunicación de Yay apenas llegaba a la categoría de postal con imagen en movimiento. Estaba acostada en una red gravitatoria delante de una inmensa pantalla o una portilla de observación colosal que mostraba un gigante gaseoso rojo y azul, y le decía que estaba disfrutando mucho del crucero con Shuro y un par de amigos suyos. Yay le amenazó con un dedo, dijo que estaba muy enfadada con él por haberse marchado de aquella forma para pasar tanto tiempo lejos sin esperar a que volviera..., y entonces pareció ver a alguien que se encontraba fuera del campo de la terminal y se despidió diciendo que ya le enviaría otra comunicación cuando tuviera tiempo.

Gurgeh le dijo a la *Factor limitativo* que acusara recibo de las comunicaciones pero que no contestara directamente a ellas. Las llamadas siempre hacían que se sintiera un poco solo y triste, pero le bastaba con volver a sumergirse en el juego para que todo lo demás quedara borrado de su mente.

Se acostumbró a hablar con la nave. La *Factor limitativo* era bastante más afable y comunicativa de lo que había supuesto a juzgar por el comportamiento de la unidad controlada a distancia. Tal y como le había dicho Worthil la nave era simpática pero no muy brillante..., salvo en el Azad. Gurgeh incluso llegó a pensar que la vieja nave

estaba disfrutando mucho más del juego que él. Lo había aprendido a la perfección y parecía disfrutar tanto dándole lecciones como dejándose fascinar por el juego en tanto que sistema complejo y hermoso. La nave admitió que jamás había disparado sus efectores impulsada por la ira, y confesó que el Azad quizá le hubiera revelado algo que siempre había encontrado a faltar en el combate.

La *Factor limitativo* era la Unidad General de Ofensiva de la clase «Asesino» número 50017 y había sido una de las últimas de su categoría que salieron de los astilleros. Fue construida setecientos diecisiete años antes, durante las últimas etapas de la guerra idirana, cuando los enfrentamientos en el espacio ya casi habían cesado. Teóricamente la nave había estado en servicio activo, pero nunca había corrido ningún peligro real.

Gurgeh empezó a manejar las piezas treinta días después de subir a la nave.

Una parte de las piezas usadas en el Azad eran productos biotecnológicos, artefactos esculpidos a partir de células producidas mediante la ingeniería genética que cambiaban de personalidad apenas eran desembaladas y colocadas en el tablero. Las piezas tenían una parte de vegetal y otra de animal, e indicaban sus valores y capacidades mediante el color, el tamaño y la forma. La *Factor limitativo* afirmaba que las piezas que había producido no podían distinguirse de las fabricadas en Azad, aunque Gurgeh sospechaba que la afirmación era un poquito excesivamente optimista.

No comprendió lo difícil que era el juego hasta que no hubo empezado a familiarizarse con las piezas, tocándolas y oliéndolas para evaluar sus potencialidades y lo que habían sido y aquello en que podían llegar a convertirse. Las piezas podían ser más débiles o más potentes, más rápidas o más lentas y su existencia podía acortarse o alargarse considerablemente.

Gurgeh descubrió que las piezas biotecnológicas eran un enigma incomprensible. Parecían vegetales tallados y pintados, y pesaban en sus manos como animales muertos. Gurgeh las frotó y las estrujó hasta mancharse los dedos, las olisqueó y las miró fijamente, pero apenas estaban en el tablero las piezas empezaban a comportarse de forma imprevisible. Las piezas que Gurgeh había creído eran el equivalente de una nave de guerra cambiaban para convertirse en carne de cañón, y los equivalentes de premisas filosóficas sólidamente protegidas en la retaguardia de su territorio se alteraban bruscamente revelando ser piezas de observación concebidas para los terrenos altos o la primera línea del juego.

Cuatro días de luchar con ellas le redujeron a la desesperación y empezó a pensar seriamente en pedir que se le devolviera a Chiark sin más dilación. Haría una confesión completa ante Contacto, y se pondría en sus manos con la esperanza de que su apuro les hiciera apiadarse de él y optaran por no anular la readmisión de Mawhrin-Skel o reducirle al silencio de una vez para siempre. Cualquier cosa sería

preferible a seguir con aquella charada increíblemente frustrante que estaba acabando con sus últimas reservas de moral.

La *Factor limitativo* le sugirió que se olvidara de las piezas biotecnológicas durante un tiempo y que se concentrara en los tableros secundarios. Si lograba dominarlos esos tableros le permitirían ejercer un cierto control sobre la amplitud con que debía utilizar las piezas durante las etapas siguientes. Gurgeh siguió la sugerencia de la nave y logró hacer progresos bastante considerables, aunque seguía sintiéndose deprimido y pesimista, y a veces descubría que la *Factor limitativo* llevaba varios minutos hablándole mientras él había estado pensando en otro aspecto del juego, y no le quedaba más remedio que pedirle que repitiera lo que había estado diciendo.

Los días fueron pasando y de vez en cuando la nave le sugería que practicara con alguna pieza, aconsejándole sobre las secreciones glandulares que debía producir antes de intentarlo. Incluso le sugirió que se llevara a la cama algunas de las piezas más importantes, y Gurgeh acabó durmiendo con una pieza en las manos o abrazado a ella tan tiernamente como si la pieza fuese un bebé diminuto. Cuando despertaba siempre tenía la sensación de haber estado haciendo el ridículo, y se alegraba de que no hubiera nadie para verle por las mañanas (pero un instante después se preguntaba si podía estar seguro de que no había nadie observándole. Su experiencia con Mawhrin-Skel quizá le hubiera vuelto hipersensible, pero empezaba a sospechar que nunca podría volver a estar seguro de que no se hallaba sometido a vigilancia. La *Factor limitativo* podía estar espiándole, Contacto podía estar observándole y evaluándole..., pero al final acabó decidiendo que ya no le importaba).

Se tomaba un día libre de cada diez –otra sugerencia de la *Factor limitativo*–, y los invirtió en explorar la nave más a fondo, aunque había muy poco que ver. Gurgeh estaba acostumbrado a las naves civiles, cuya densidad y diseño podían ser comparados a los de los edificios corrientes habitables por los seres humanos, con paredes relativamente delgadas que delimitaban grandes volúmenes de espacio, pero la nave de guerra era mucho más parecida a un pedazo de metal o roca sólida. De hecho, le hacía pensar en un asteroide en el que se habían perforado algunos conductos y ahuecado varias cavernas minúsculas para que los humanos pudieran vagabundear por ellas; pero se dedicó a pasear, trepar o flotar arriba y abajo por los corredores y pasadizos que tenía a su disposición e incluso pasó un rato en una de las tres protuberancias del morro contemplando el amasijo de maquinaria y equipo que aún no había sido desmantelado y que parecía haber sido sometido a un extraño proceso de congelación.

La penumbra hacía que el efector primario rodeado por sus disruptores de campo, monitores, sistemas de seguimiento, iluminadores, desplazadores y sistemas secundarios de armamento pareciese mucho más grande de lo que era en realidad, y Gurgeh pensó que tenía la forma de un gigantesco globo ocular provisto de una lente

cónica y recubierto por curiosas excrecencias metálicas. El conjunto del efector tendría sus buenos veinte metros de diámetro, pero la nave le dijo que cuando estaba activado toda aquella masa podía girar y detenerse tan deprisa que un humano tendría la impresión de que el movimiento había sido instantáneo. La nave le aseguró que bastaba un parpadeo para no captarlo, y Gurgeh creyó detectar un cierto tono de orgullo en su voz.

Inspeccionó el hangar vacío que había en una de las protuberancias centrales y que acabaría alojando el módulo de Contacto que estaba siendo reconvertido en el VGS hacia el que se dirigían. Ese módulo sería el hogar de Gurgeh cuando llegara a Eá. Había visto algunos hologramas mostrando el aspecto que tendría el interior y le había parecido que sería razonablemente espacioso, aunque nunca podría estar a la altura de Ikroh.

Aprendió más cosas sobre el Imperio, su historia, su política, su filosofía y su religión, sus creencias y costumbres y sus distintos sexos y subespecies.

No tardó en tener la impresión de que el Imperio era un amasijo de contradicciones insoportablemente vividas, un sistema social que lograba el milagro de ser patológicamente violento y, al mismo tiempo, lúgubrementemente sentimental, asombrosamente bárbaro y sorprendentemente sofisticado, fabulosamente rico y aterradoramente pobre (pero también inequívoca e innegablemente fascinante).

Y, tal y como le había dicho Worthil, la única constante que impregnaba toda la enloquecedora variedad de la vida azadiana era el juego. El juego estaba presente en todos los niveles de la sociedad como si fuese un tema musical enterrado en una cacofonía de ruidos, y Gurgeh empezó a comprender lo que había querido decir Worthil cuando le explicó que Contacto sospechaba que el juego era lo que mantenía unido al Imperio. Aparte del juego, no parecía haber nada más que pudiera justificar el que siguiese en pie.

Se acostumbró a pasar un rato cada día nadando en la piscina. El proceso de reconversión de la protuberancia que había albergado al efector incluyó un proyector holográfico, y la *Factor limitativo* empezó proyectando un cielo azul y nubes blancas que discurrían lentamente sobre la espaciosa superficie interior producida por los veinticinco metros de diámetro que tenía la protuberancia, pero Gurgeh no tardó en cansarse de contemplar aquella imagen y le pidió que proyectara las imágenes que vería si estuvieran viajando por el espacio real o la vista ajustada equivalente, tal y como la llamaba la nave.

Gurgeh se acostumbró a nadar bajo la negrura irreal del espacio y las motitas luminosas de las estrellas que se iban moviendo lentamente, abriéndose paso por la superficie tenuemente iluminada desde abajo de aquellas aguas cálidas que parecían una blanda imagen invertida de la nave y alejándose hasta desaparecer.

Cuando llevaba noventa días de viaje empezó a tener la sensación de que había

desarrollado una cierta afinidad con las piezas biotecnológicas. Podía jugar una partida limitada contra la nave en todos los tableros secundarios y uno de los tableros principales, y cuando se iba a dormir pasaba las tres horas de reposo que se permitía cada noche soñando con otras personas y con su vida, reviviendo su infancia, su adolescencia y los años transcurridos desde aquel entonces envuelto en una extraña atmósfera mental de fantasía, recuerdos y deseos que no se habían convertido en realidad. Siempre tenía la intención de escribir o grabar algo para Chamlis, Yay o cualquiera de las otras personas que se habían quedado en Chiark y que le enviaban mensajes, pero nunca parecía encontrar el momento adecuado y cuanto más retrasaba el ponerse manos a la obra más difícil le parecía la tarea. La gente fue dejando de enviarle comunicaciones, lo cual hizo que Gurgeh sintiera una extraña mezcla de alivio y culpabilidad.

La *Factor limitativo* llegó a su cita con el Supertransporte clase Río *Bésame el culo* ciento un días después de haber abandonado Chiark y haber recorrido más de dos mil años luz de distancia. Las dos naves quedaron envueltas en un campo de forma elíptica y empezaron a aumentar su velocidad para igualar la del VGS. Al parecer el proceso exigiría unas cuantas horas, y Gurgeh se fue a la cama tal y como habría hecho en circunstancias normales.

La *Factor limitativo* le despertó cuando llevaba un rato durmiendo. La nave activó la pantalla de su camarote.

–¿Qué ocurre? –preguntó Gurgeh con voz adormilada empezando a sentir las primeras punzadas de preocupación.

La pantalla que ocupaba toda una pared del camarote tenía incorporado un sistema holográfico, por lo que de hecho actuaba como una ventana. Antes de apagarla y acostarse la pantalla mostraba la parte posterior del Supercarguero recortándose contra el telón de fondo de las estrellas.

Ahora mostraba un paisaje; un panorama de lagos, colinas, arroyos y bosques vistos a ojo de pájaro que se movía lentamente.

–Pensé que quizá te gustaría verlo –dijo la nave.

–¿Dónde queda eso? –preguntó Gurgeh frotándose los ojos.

No entendía nada. Había creído que el objetivo de la cita con el Supercarguero era evitar que el VGS con el que debían encontrarse dentro de poco tuviera que reducir la velocidad. Se suponía que el Supercarguero debía remolcarles a una velocidad superior a la que eran capaces de alcanzar por sus propios medios para que pudieran alcanzar a la nave gigante, pero a juzgar por lo que estaba viendo debían haberse detenido encima de un Orbital, un planeta o algo todavía mayor.

–Hemos llegado al punto de cita con el VGS *Bribonzuelo* –dijo la nave.

–¿De veras? ¿Dónde está? –preguntó Gurgeh sacando los pies de la cama.

–Estás contemplando su parque posterior.

La imagen debía haber estado levemente aumentada porque Gurgeh vio como todo se hacía un poco más pequeño, y comprendió que estaba contemplando una estructura colosal sobre la que el *Factor limitativo* iba desplazándose lentamente. El parque parecía tener una forma más o menos cuadrada y la falta de referencias impedía que Gurgeh pudiera hacerse una idea de cuántos kilómetros medía su arista. El inmenso espacio lleno de neblinas que tenía delante de los ojos contenía un atisbo casi imperceptible de inmensos cañones de formas regulares. Los cañones hacían pensar en costillas curvadas sobre aquella enorme superficie que descendían hacia los niveles inferiores. Toda aquella masa de aire, agua y suelo estaba iluminada desde arriba, y Gurgeh se dio cuenta de que ni tan siquiera podía ver la sombra proyectada por la *Factor limitativo*.

Hizo unas cuantas preguntas sin apartar los ojos de la pantalla.

El Vehículo General de Sistemas clase Placa *Bribonzuelo* sólo medía cuatro kilómetros de altura, pero su longitud superaba los cincuenta y tres y su anchura era de unos veintidós. El parque trasero ocupaba una extensión de cuatrocientos kilómetros cuadrados, y la longitud total de la estructura de un extremo a otro de su campo más superficial era de algo más de noventa kilómetros. El VGS había sido concebido más para la construcción de naves que como habitáculo, por lo que sólo transportaba unos doscientos cincuenta millones de personas.

Durante los quinientos días que el *Bribonzuelo* necesitó para ir desde la galaxia principal hasta la región de las Nubes, Gurgeh fue aprendiendo poco a poco el juego del Azad, e incluso encontró el tiempo libre suficiente para conocer a unas cuantas personas y establecer algunas relaciones de amistad.

Los humanos del VGS eran gente de Contacto. La mitad de ellos formaban la tripulación del VGS y estaban allí no tanto para encargarse de la estructura – cualquiera del triunvirato de Mentas con que contaba era perfectamente capaz de ello–, como para dirigir la sociedad humana de a bordo y para estudiar el interminable torrente de datos que acompañaba a los nuevos descubrimientos hechos por otros VGS y las unidades más alejadas de Contacto; para aprender y para actuar como representantes humanos de la Cultura en los sistemas estelares y los sistemas de sociedades conscientes que Contacto estaba allí para descubrir, investigar y –en ciertas ocasiones– alterar.

La otra mitad estaba compuesta por las tripulaciones de naves más pequeñas. Algunas estaban allí para descansar o porque habían hecho una parada en el VGS para reaprovisionarse, otras acortaban su viaje al igual que lo estaban haciendo Gurgeh y la *Factor limitativo*. algunas partían para examinar los macizos y grupos estelares existentes entre la galaxia y las Nubes y otras personas esperaban a que sus medios de transporte estuvieran contruidos, pues por el momento las naves y los

Vehículos de Sistemas de menor tamaño en los que viajarían sólo existían como un número más en la lista de naves y estructuras que serían construidas a bordo del *Bribonzuelo* en algún momento del futuro.

El *Bribonzuelo* era lo que Contacto llamaba un VGS de vertido. Actuaba como una especie de punto focal que atraía a los seres humanos y al material, escogiendo a las personas y convirtiéndolas en tripulaciones para las unidades, LVS, MVS y clases más pequeñas de VGS que construía. Otros tipos de VGS de gran tamaño estaban concebidos para servir como habitáculos, y se abastecían a sí mismos de tripulaciones humanas para las naves y estructuras que construían.

Gurgeh pasó unos cuantos días en el parque que había en la parte superior de la estructura dando paseos o sobrevolándolo en una de la aeronaves con alas y hélices que hacían furor en el VGS por aquella época. Adquirió la destreza suficiente en su manejo para inscribirse en una carrera durante la que varios miles de aquellos frágiles aparatos trazaron ochos sobre la parte superior del Vehículo, metiéndose por uno de los accesos grandes como cavernas que recorrían toda la longitud de la estructura, saliendo por el otro extremo y deslizándose por debajo del *Bribonzuelo*.

La *Factor limitativo* había quedado alojada en una Bodega Principal pegada a un Acceso y le animó a participar en la carrera diciendo que eso le proporcionaría la distracción de la que estaba tan necesitado, y le aseguró que serviría para relajarse. Gurgeh rechazó todas las ofertas de jugar que le hicieron, pero sí aceptó algunas de las invitaciones a fiestas, acontecimientos sociales y reuniones varias. Pasó unos cuantos días y noches fuera de la *Factor limitativo*. y a su vez la vieja nave de guerra se convirtió en anfitriona de un no muy numeroso pero sí muy selecto desfile de invitadas femeninas.

Pero Gurgeh siguió pasando la mayor parte del tiempo a solas dentro de la nave repasando tablas de cifras y registros de partidas, frotando las piezas biotecnológicas entre sus dedos y recorriendo a grandes zancadas los tres tableros principales mientras sus ojos se deslizaban velozmente sobre ellos captando la disposición de las zonas y las piezas y su mente intentaba encontrar pautas, oportunidades, puntos débiles y buenas combinaciones.

Invirtió veinte días en un cursillo acelerado de eáquico, el lenguaje imperial. Al principio había tenido la intención de hablar marain y utilizar los servicios de un intérprete, pero sospechaba que existían conexiones muy sutiles entre el juego y el lenguaje y lo aprendió sólo por esa razón. Después la nave le dijo que de todas formas habría sido deseable que lo aprendiera, pues el afán de secreto de la Cultura era tan exagerado que el Imperio de Azad no debía conocer ni tan siquiera las complejidades de su lenguaje secreto.

Poco después de su llegada al VGS recibió la visita de una unidad aún más diminuta que Mawhrin-Skel. La máquina tenía una estructura circular y estaba

compuesta de partes independientes que giraban lentamente: parecía un conjunto de anillos en rotación alrededor de un núcleo estacionario. La máquina le informó de que era una unidad bibliotecaria con entrenamiento diplomático y que se llamaba Trebel Flere-Imsaho Ep-Handra Lorgin Estral. Gurgeh la saludó y se aseguró de que su terminal estaba activada. En cuanto la máquina se hubo marchado envió un mensaje a Chamlis Amalk-Ney acompañado por una grabación de su encuentro con la diminuta unidad. Chamlis no tardó en informarle de que la máquina parecía ser justamente lo que afirmaba, un ejemplar de un modelo de unidad bibliotecaria bastante reciente. No se trataba de la antigualla que habían esperado, pero lo más probable era que fuese inofensiva. Chamlis nunca había oído hablar de que existiera una versión ofensiva de aquel modelo.

La vieja unidad también le transmitió algunos cotilleos de Gevant. Yay Meristinoux estaba hablando de abandonar Chiark para proseguir su carrera de paisajista en otro sitio. Últimamente había empezado a interesarse por algo llamado volcanes, y Chamlis le preguntó si Gurgeh tenía alguna idea de qué eran. Hafflis había decidido volver a cambiar de sexo. La profesora Boruelal le mandaba sus saludos y añadía que no le enviaría ningún mensaje más hasta que Gurgeh respondiera a sus comunicaciones anteriores. Mawhrin-Skel seguía sin aparecer, cosa de la que Chamlis se alegraba mucho. Su incapacidad de seguir el rastro de aquella horrenda máquina parecía haber irritado considerablemente al Cubo. Técnicamente hablando el pequeño engendro seguía dentro de la jurisdicción de la Mente Orbital, y cuando llegara el momento del próximo censo e inventario ésta tendría que dar alguna clase de explicación que justificara su ausencia.

Después de su primer encuentro con Flere-Imsaho Gurgeh pasó unos cuantos días preguntándose qué había encontrado de inquietante en la diminuta unidad bibliotecaria. Flere-Imsaho resultaba casi patéticamente pequeña –podría haberse ocultado en el hueco de dos manos juntas–, pero había algo en ella que hacía que Gurgeh se sintiera inexplicablemente incómodo en su presencia.

Gurgeh resolvió el enigma o, mejor dicho, despertó una mañana con la solución grabada en su mente después de haber tenido una pesadilla en la que estaba atrapado dentro de una esfera metálica a la que se hacía rodar locamente en un juego tan extraño como cruel... Las secciones exteriores que no paraban de girar y el color blanco de sus componentes hacían que Flere-Imsaho resultara muy parecida a una de las tarjetas de cerámica que se empleaban para registrar la posición de las piezas ocultas en las partidas de Posesión.

Gurgeh estaba instalado en una silla que le envolvía cómodamente colocada debajo de algunos árboles de exuberante follaje y observaba a las personas que patinaban en la pista que había más abajo. Sólo llevaba puesta una chaqueta delgada

y unos pantalones cortos, pero el campo de filtraje que se interponía entre la zona de observación y la pista de hielo se encargaba de mantener caliente el aire de la zona en que se encontraba. Gurgeh repartía su tiempo entre el aprenderse de memoria las ecuaciones de probabilidad que le mostraba la pantalla de su terminal y la pista de patinaje, donde unas cuantas personas a las que conocía se deslizaban velozmente alrededor de las superficies de colores claros.

–Buenos días, Jernau Gurgeh –dijo la unidad Flere-Imsaho con su vocecita chillona.

La unidad se posó delicadamente sobre uno de los brazos acolchados de la silla. Los campos de su aura brillaban con el verde y amarillo habituales que indicaban una apacible mezcla de afabilidad y disposición a entablar relaciones con los demás.

–Hola –dijo Gurgeh mirándola de soslayo–. Bueno, ¿qué has estado haciendo?

Puso un dedo junto a la pantalla de la terminal para inspeccionar otra serie de tablas y ecuaciones.

–Oh, bueno... Confieso que he estado estudiando algunas de las especies de pájaros que viven en el interior del Vehículo. Los pájaros siempre me han parecido muy interesantes. ¿No piensas lo mismo?

–Hmmm. –Gurgeh asintió vagamente mientras veía cambiar las tablas–. Lo que no he conseguido entender –siguió diciendo– es que cuando vas a dar un paseo por el parque de arriba encuentras cagadas de pájaros, cosa que ya esperabas, pero aquí dentro todo está impecable. ¿Tienen robots que se encargan de ir siguiendo a los pájaros para limpiar sus cagadas o utilizan algún otro sistema? Ya sé que podría preguntarlo, pero quería resolver el enigma sin ayuda. Tiene que haber alguna respuesta, ¿no?

–Oh, es muy sencillo –dijo la pequeña máquina–. Basta con utilizar árboles y pájaros que mantengan una relación simbiótica. Los pájaros sólo cagan alrededor de ciertos árboles porque si no lo hicieran los frutos de los que dependen no crecerían.

Gurgeh bajó los ojos hacia la unidad.

–Comprendo –dijo en un tono de voz bastante frío–. Bueno, la verdad es que ya estaba empezando a hartarme del enigma...

Volvió a concentrar su atención en las ecuaciones y colocó la terminal flotante de tal forma que su pantalla le impidiera ver a Flere-Imsaho. La unidad cayó en un silencio algo avergonzado, se envolvió en una veloz sucesión de destellos púrpura contrito y plata se-ruega-no-molestar y se alzó por los aires.

Flere-Imsaho procuraba mantenerse alejado de Gurgeh. Le visitaba aproximadamente una vez al día, y no se alojaba a bordo de la *Factor limitativo*. Gurgeh se alegraba de ello. Había momentos en que la joven máquina –decía tener sólo trece años– podía ser realmente insoportable. La nave intentó tranquilizarle asegurándole que la pequeña unidad estaría a la altura de la misión que se le había

encomendado, y que en cuanto llegaran al Imperio le impediría cometer errores sociales y le asesoraría en los problemas lingüísticos que se le pudieran presentar. Aparte de eso la *Factor limitativo* acabó confesando a Gurgeh que también había intentado dar ánimos a Flere-Imsaho asegurándole que el humano sentía un gran respeto hacia ella y la apreciaba mucho.

Hubo más noticias de Gevant. Gurgeh tenía la sensación de que por fin estaba empezando a dominar el Azad y de que podía perder algunas horas en algo que no fuera el juego, por lo que escribió unas cuantas cartas y grabó varios mensajes. Él y Chamlis se comunicaban con intervalos de cincuenta días, aunque Gurgeh descubrió que tenía muy poco que contar y la mayoría de noticias llegaban del otro extremo de la línea. Hafflis ya había completado su cambio de sexo y estaba de bastante mal humor, pero aún no había quedado embarazada. Chamlis estaba compilando una historia definitiva de un planeta primitivo que había visitado hacía mucho tiempo. La profesora Boruelal había decidido tomarse medio año sabático y se había ido a vivir a un albergue de montaña en la Placa Osmolon sin llevarse consigo una terminal. Olz Hap la niña prodigio había salido de su cascarón. Ya estaba dando conferencias sobre juegos en la universidad y se había convertido en una brillante presencia habitual de los mejores circuitos de juegos. Había pasado unos cuantos días en Ikroh con el único objetivo de poder compartir las emociones y pensamientos de Gurgeh, y había afirmado en público que era el mejor jugador de toda la Cultura. El análisis hecho por Hap de la famosa partida de Acabado que habían jugado en casa de Hafflis aquella noche había gozado de la mejor recepción a una primera obra que se recordaba.

Yay le envió un mensaje diciendo que estaba harta de Chiark y que había decidido marcharse. Había recibido unas cuantas ofertas de colectivos constructores de otra Placa y aceptaría alguna de ellas sólo para demostrar lo que era capaz de hacer. Yay pasó la mayor parte de la comunicación explicándole sus teorías sobre los volcanes artificiales para las Placas y le describió con todo lujo de detalles gesticulatorios cómo se podía utilizar la luz del sol para enfocarla sobre la parte inferior de una Placa derritiendo la roca al otro lado o, sencillamente, usando generadores para proporcionar el calor necesario. La comunicación iba acompañada por unas cuantas películas sobre erupciones planetarias con explicaciones sobre los efectos y algunas notas sobre la forma de mejorarlos.

Gurgeh pensó que la idea de compartir un mundo con esos volcanes hacía que la idea de las islas flotantes no pareciese tan mala.

—¡Has visto esto! —chilló Flere-Imsaho un día yendo a toda velocidad hacia él.

Gurgeh estaba en el gabinete de chorro de la piscina acabando de secarse. Detrás de la pequeña máquina flotaba una unidad de gran tamaño y aspecto bastante complejo y considerablemente anticuado. Flere-Imsaho la remolcaba mediante una

delgada hebra de campo que seguía siendo predominantemente amarillo y verde (pero en el que podían detectarse los manchones blancos de la irritación).

Gurgeh contempló a las dos unidades con los ojos entrecerrados.

–¿Qué ocurre?

–¡Tengo que llevar puesto este maldito trasto! –gimió Flere-Imsaho.

La hebra de campo que la conectaba a la otra unidad emitió un breve destello y las placas de la antigualla giraron sobre sus goznes. La estructura parecía estar hueca, pero cuando la observó con más atención Gurgeh vio que en su centro había una cuna de alambre con el tamaño justo para contener a Flere-Imsaho.

–Oh –dijo.

Se dio la vuelta sonriendo y empezó a secarse los sobacos.

–¡Cuando me ofrecieron el trabajo no me dijeron nada de esto! –protestó Flere-Imsaho cerrando bruscamente las placas con un golpe de campo–. ¡Dicen que es porque se supone que el Imperio no debe saber lo pequeños que podemos llegar a ser! Bueno, ¿entonces por qué no le asignaron la misión a cualquier unidad más grande? ¿Por qué han tenido que humillarme con este..., este...?

–¿Disfraz? –sugirió Gurgeh.

Se pasó una mano por el pelo y se apartó del chorro de aire.

–¿Disfraz? –aulló la unidad bibliotecaria–. ¿Disfraz? ¡Esto no es un disfraz, esto es un montón de harapos indignos! Y no acaba ahí la cosa... ¡Se supone que también debo emitir un «zumbido» y producir montones de electricidad estática para convencer a esos malditos bárbaros de que no sabemos construir unidades que funcionen correctamente! –La vocecita de la máquina subió de tono hasta convertirse en un alarido estridente–. ¡Un «zumbido»! ¡Oh, esto es increíble!

–¿Por qué no solicitas que te asignen otra misión? –preguntó Gurgeh sin perder la calma mientras empezaba a ponerse el albornoz.

–Oh, claro –dijo Flere-Imsaho con amargura y cierta dosis de lo que casi podría haber sido sarcasmo–. Así conseguiría que en el futuro me endilgaran los peores trabajos porque no me he mostrado cooperativa, ¿verdad? –Emitió un campo y el cascarón hueco vibró con un sonido metálico–. Estoy condenada a cargar con este montón de chatarra.

–Unidad, no sabes cuánto lo lamento –dijo Gurgeh.

El morro de la *Factor limitativo* emergió de la Bodega Principal. Dos Porteadores le fueron dando la vuelta hasta dejarla encarada a los veinte kilómetros de pasillo. La nave y sus pequeños remolcadores fueron avanzando lentamente hasta salir del VGS por su proa. La burbuja de aire que rodeaba al *Bribonzuelo* albergaba a más naves, estructuras y piezas de equipo en movimiento; había varias UGC y Supercargueros, aeroplanos y globos llenos de aire caliente, dirigibles y planeadores, y personas que

flotaban suspendidas de módulos, vehículos o arneses.

Algunas de ellas se volvieron para ver pasar a la vieja nave de guerra. Los Porteadores se alejaron.

La nave empezó a subir pasando junto a un nivel tras otro de puertas que daban acceso a las bodegas, casco desnudo, jardines colgantes y amasijos de secciones de acomodación abiertas donde la gente paseaba, bailaba, jugaba, practicaba deportes o estaba sentada comiendo o contemplando el panorama de toda aquella actividad aérea. Algunos la saludaron con la mano. Gurgeh lo vio todo por la pantalla de la zona de recreo e incluso reconoció a unas cuantas personas con las que había hablado en fiestas o reuniones sociales y que les saludaron con la mano desde una aeronave.

Oficialmente iba a emprender un crucero recreativo en solitario antes de acudir a los Juegos Pardetilisianos, pero ya había dejado caer unas cuantas alusiones indicadoras de que quizá acabara decidiendo no participar en la competición. Algunas publicaciones teóricas y servicios de noticias se habían interesado lo suficiente por su brusca marcha de Chiark –y el igualmente brusco cese en la publicación de artículos– como para ponerse en contacto con sus representantes a bordo del *Bribonzuelo* y entrevistarle. Gurgeh utilizó la estrategia que ya había acordado con Contacto, y procuró dar la impresión de que estaba un poco harto de los juegos en general y de que el viaje –y su inscripción en el gran torneo–, eran intentos de reavivar la vacilante llama de su interés.

Todo el mundo parecía habérselo tragado.

La nave llegó a la parte superior del VGS y fue ascendiendo lentamente junto a la capa de nubes que había sobre el parque. Siguió subiendo por los estratos de aire más tenue que había a continuación, se encontró con el Supercarguero *Causa primaria* y los dos fueron descendiendo poco a poco por un lado de la envoltura atmosférica interior del VGS. Atravesaron lentamente todas las capas de los campos –el campo antichoces, el aislante, el sensorial, el receptor y detector, el de energía y tracción, el campo del casco, el sensorial exterior y, finalmente, el horizonte–, y acabaron volviendo a encontrarse en libertad de avanzar por el hiperespacio. Después de unas cuantas horas de frenado hasta velocidades que los motores de la *Factor limitativo* no tendrían dificultad en mantener, la nave de guerra desarmada quedó confiada a sus propios recursos y el *Causa primaria* volvió a acelerar con rumbo a su VGS.

–... por lo que lo más prudente sería no mantener ningún tipo de actividad sexual. Tomarse en serio a un macho ya les resultará bastante difícil aunque tu aspecto les parezca extraño, pero si intentaras establecer cualquier clase de relaciones sexuales estamos casi seguros de que lo considerarían como un insulto.

–¿Alguna otra buena noticia, unidad?

–Y no hagas ninguna referencia al tema de las alteraciones sexuales. Conocen la

existencia de las glándulas productoras de drogas aunque no saben gran cosa sobre sus efectos exactos, pero lo ignoran todo sobre las mejoras físicas realmente serias. Oh, puedes hablar de las callosidades que protegen zonas delicadas y ese tipo de cosas, eso carece de importancia... Pero incluso las toscas alteraciones de los conductos y vasos sanguíneos utilizadas en tu diseño genital provocarían algo parecido a una revolución si llegaran a enterarse de su existencia.

–¿De veras? –preguntó Gurgeh.

Estaba sentado en el salón principal de la *Factor limitativo*. Flere-Imsaho y la nave le estaban explicando qué podía decir y qué debía callarse mientras se hallara en el Imperio. Estaban a pocos días de viaje de la frontera.

–Sí. Sentirían una envidia terrible –dijo la diminuta unidad con su voz chillona y algo chirriante–. Y probablemente también les darías asco y te considerarían repugnante.

–Pero lo peor sería la envidia –dijo la nave mediante su unidad manejada a distancia, que emitió una especie de suspiro.

–Bueno, sí –dijo Flere-Imsaho–, pero aparte de eso también le...

–Verás, Gurgeh –se apresuró a interrumpirle la nave–, lo que debes recordar por encima de todo es que su sistema social se basa en la propiedad. Todo lo que veas y toques y todo aquello con lo que entres en contacto pertenecerá a una persona o institución. Será suyo y lo poseerán, ¿comprendes? Todas las personas a las que conozcas serán conscientes de su posición dentro de la sociedad y de la relación que mantienen con quienes los rodean.

»Otra cosa muy importante que no debes olvidar es que los humanos también pueden ser propiedad de alguien; y no en términos de auténtica esclavitud, que se sienten muy orgullosos de haber abolido, sino en el sentido de que según el sexo y la clase a la que se pertenezca un individuo puede ser propiedad parcial de otro u otros porque se ve obligado a vender su trabajo o sus talentos a quien tiene los medios de adquirirlos. En el caso de los machos la entrega más total se da cuando se convierten en soldados. Los miembros de sus fuerzas armadas viven en una situación muy parecida a la de los esclavos, pues apenas si tienen libertad personal y pueden ser castigados con la muerte en caso de que no obedezcan las órdenes de sus superiores. Las hembras venden sus cuerpos firmando el contrato legal del «matrimonio» con un intermedio, el cual paga sus favores sexuales mediante...

–¡Oh, nave, vamos...!

Gurgeh no pudo contener la risa. Había hecho algunas investigaciones particulares sobre el Imperio, había leído sus propias historias y había visto sus grabaciones divulgativas. La imagen de las costumbres e instituciones del Imperio que le estaba dando la nave le parecía injusta, llena de prejuicios y terriblemente impregnada de la actitud de superioridad tan típica en la Cultura.

Flere-Imsaho y la unidad de la nave se contemplaron aparatosamente la una a la otra hasta asegurarse de que Gurgeh se había dado cuenta de lo que hacían.

–De acuerdo –dijo la pequeña unidad bibliotecaria acompañando sus palabras con un destello amarillo de resignación–. Volvamos al principio...

La *Factor limitativo* se encontraba en el espacio flotando sobre Eá, el hermoso planeta azul y blanco que Gurgeh había visto por primera vez casi dos años antes en la pantalla de la habitación de Ikroh. A cada lado de la nave había un crucero de batalla imperial el doble de largo que la *Factor limitativo*.

Las dos naves de guerra se habían encontrado con la *Factor limitativo* en los límites del grupo de estrellas en el que se hallaba el sistema de Eá, y la *Factor limitativo* que ya avanzaba con la lentitud propia de los motores de distorsión en vez de con la propulsión hiperespacial –la cual era otro de los secretos que el Imperio no debía conocer–, se detuvo. Sus ocho protuberancias se habían vuelto transparentes y mostraban los tres tableros del juego, el hangar del módulo y la piscina en las protuberancias de la parte central y los espacios vacíos en las tres protuberancias del morro (el armamento había sido trasladado al *Bribonzuelo*), pero los azadianos enviaron una lanzadera con tres oficiales a la nave. Dos se quedaron con Gurgeh mientras el tercero registraba minuciosamente cada protuberancia y hacía una inspección no tan concienzuda del resto de la nave.

Esos oficiales u otros permanecieron a bordo durante los cinco días que duró el viaje hasta Eá. Eran bastante parecidos a como Gurgeh se los había imaginado: rostros chatos de rasgos muy pronunciados y piel afeitada casi blanca. Cuando los tenía cerca Gurgeh se daba cuenta de que eran bastante más bajos que él, pero sus uniformes lograban que pareciesen mucho más altos. Eran los primeros uniformes auténticos que Gurgeh había visto en toda su existencia, y cada vez que los contemplaba sentía una especie de extraño mareo, una sensación de aturdimiento y de estar muy lejos de cuanto le era familiar que iba acompañada por un inexplicable temor respetuoso.

Lo que sabía sobre el Imperio hizo que no le sorprendiera la forma en que le trataban. Los oficiales parecían ignorarle. Casi nunca le dirigían la palabra y cuando lo hacían no le miraban a los ojos. Gurgeh nunca se había sentido tan despreciado e ignorado.

Los oficiales parecían bastante interesados por la nave, pero no prestaron mucha atención a Flere-Imsaho –que procuraba mantenerse lo más lejos posible de ellos–, ni a la unidad remota. Flere-Imsaho se metió en el caparazón hueco de la falsa unidad escasos minutos antes de que los oficiales subieran a bordo de la *Factor limitativo* dejando bien claro lo mucho que le disgustaba aquella farsa. Después contempló en un furioso silencio a Gurgeh mientras éste insistía en que ahora parecía una

antigüedad de gran valor y le explicaba con todo lujo de detalles lo atractivo que resultaba aquel caparazón desprovisto de aura. La unidad se apresuró a desaparecer en cuanto los oficiales subieron a bordo.

«Bueno –pensó Gurgeh–, adiós a la ayuda que se suponía debía prestarme cuando tuviera problemas lingüísticos y me enfrentara a las complejidades de la etiqueta.»

El comportamiento de la unidad remota de la nave no fue mucho mejor que el de Flere-Imsaho. La unidad seguía a Gurgeh, pero fingía ser estúpida y tropezaba aparatosamente con algún objeto de vez en cuando. En dos ocasiones Gurgeh se dio la vuelta, chocó con el lento y torpe cubo que flotaba detrás de él y estuvo a punto de caerse. Gurgeh sintió considerables tentaciones de darle una patada.

Gurgeh tuvo que encargarse de explicar a los oficiales que la nave carecía de puente, cubierta de vuelo o sala de control –al menos que él supiera–, pero le pareció que los oficiales azadianos no le habían creído.

Cuando llegaron a Eá los oficiales se pusieron en contacto con su crucero de batalla y hablaron demasiado deprisa para que Gurgeh pudiera entenderles, pero de repente la *Factor limitativo* rompió su silencio y empezó a hablar. La discusión que se produjo a continuación fue bastante acalorada. Gurgeh miró a su alrededor buscando a Flere-Imsaho para que le tradujera lo que se estaba diciendo, pero la unidad había vuelto a esfumarse. Escuchó el veloz intercambio de sonidos ininteligibles durante varios minutos sintiéndose cada vez más frustrado y acabó decidiendo dejar que la nave y los oficiales se las arreglaran entre ellos. Se dio la vuelta para ir a sentarse. La unidad remota había estado flotando cerca del suelo a su espalda. Gurgeh tropezó con ella y en vez de sentarse en el sofá acabó cayendo encima de la unidad. Los oficiales se volvieron para lanzarle una rápida mirada y Gurgeh sintió que se ruborizaba. La unidad remota se alejó dando bandazos de un lado a otro antes de que Gurgeh pudiera propinarle un puntapié.

«Bien –pensó–, al cuerno con Flere-Imsaho; al cuerno con la planificación supuestamente impecable y la inmensa astucia de Contacto...» Su joven representante ni tan siquiera se había tomado la molestia de estar visible para cumplir con su trabajo. Prefería esconderse para lamer las heridas sufridas por su patética y maltratada autoestima.

Gurgeh sabía lo suficiente sobre el Imperio y la forma en que funcionaba para comprender que jamás habría permitido que ocurrieran cosas semejantes. Los habitantes del Imperio comprendían muy bien lo que era un deber y una orden. Se tomaban sus responsabilidades terriblemente en serio y en caso de no hacerlo sufrían por ello.

Hacían lo que se les ordenaba. Eran disciplinados.

Los tres oficiales hablaron entre ellos durante algunos minutos, volvieron a ponerse en contacto con su nave y acabaron dejándole a solas para inspeccionar el

hangar del módulo. Cuando se hubieron marchado Gurgeh usó su terminal para preguntarle a la nave cuál había sido el motivo de la discusión.

–Querían traer más personal y equipo a bordo –le explicó la *Factor limitativo*–. Les dije que no podían hacerlo. No hay nada de qué preocuparse. Será mejor que empieces a recoger tus cosas y vayas al hangar del módulo. Saldré del espacio imperial dentro de una hora.

Gurgeh volvió la cabeza hacia su camarote.

–He estado pensando –dijo–. Si te olvidaras de avisar a Flere-Imsaho y te lo llevaras contigo tendría que ir a Eá sin él y no podría contar con su ayuda... Sería terrible, ¿verdad?

No hablaba del todo en broma.

–Sería impensable –dijo la nave.

Gurgeh fue por el corredor y pasó junto a la unidad remota. La unidad estaba girando sobre sí misma muy despacio mientras subía y bajaba erráticamente.

–¿Es realmente necesario todo esto? –le preguntó Gurgeh.

–Me limito a hacer lo que me han ordenado –replicó la unidad.

–Creo que te estás excediendo –murmuró Gurgeh, y fue a recoger sus cosas.

Gurgeh empezó a hacer el equipaje. Cogió una capa que no se había puesto desde que salió de Ikroh y vio caer un paquetito que rebotó en el esponjoso suelo del camarote. Gurgeh cogió el paquetito, desató la cinta y empezó a abrirlo. Intentó recordar quién se lo había dado, y pensó que podía haber sido cualquiera de las jóvenes damas a las que había conocido durante su estancia en el *Bribonzuelo*.

El paquetito contenía un brazalete muy pequeño, un modelo de un Orbital de gran envergadura con toda clase de detalles minuciosamente reproducidos a escala cuya superficie interna estaba mitad iluminada y mitad a oscuras. Gurgeh lo acercó a sus ojos y vio unos puntitos de luz minúsculos apenas discernibles esparcidos por la mitad nocturna. El lado diurno mostraba un mar azul y retazos de tierra bajo diminutos sistemas nubosos. Toda la escena del interior brillaba con la luz generada por alguna fuente de energía situada dentro de la pequeña banda.

Gurgeh deslizó el brazalete sobre su mano y contempló cómo relucía alrededor de su muñeca. Pensó que era un regalo muy extraño para proceder de alguien que vivía en un VGS.

Entonces vio la nota unida al paquetito, la cogió y leyó lo que había escrito en ella: «Sólo para que me recuerdes cuando estés en ese planeta. Chamlis».

El nombre le hizo fruncir el ceño y luego –vagamente al principio, pero con una creciente y muy molesta sensación de vergüenza después –recordó la noche anterior a su partida de Gevant, hacía ya dos años.

Sí, claro...

Aquel paquetito contenía el regalo de Chamlis.
No había vuelto a acordarse de él.

–¿Qué es eso? –preguntó Gurgeh.

Estaba sentado en la sección frontal del módulo reconvertido que el VGS había colocado a bordo de la *Factor limitativo*. Él y Flere-Imsaho habían subido a la lanzadera y se habían despedido de la vieja nave de guerra. La *Factor limitativo* se mantendría a una distancia prudencial del Imperio esperando que volviera a llamarla. La protuberancia del hangar había girado sobre sí misma y el módulo había caído lentamente hacia el planeta escoltado por un par de fragatas mientras la *Factor limitativo* se alejaba del pozo gravitatorio acompañada por los dos cruceros de batalla, moviéndose con la mayor lentitud posible.

–¿Qué es qué? –preguntó Flere-Imsaho.

La unidad estaba flotando junto a él. Se había quitado el disfraz y lo había dejado en el suelo.

–Eso –dijo Gurgeh.

Señaló hacia la pantalla en la que aparecía una imagen de lo que tenían debajo. El módulo avanzaba hacia Groasnachek, la capital de Eá. El Imperio no quería que ninguna nave entrara en la atmósfera directamente sobre sus ciudades, y habían tenido que seguir un rumbo por encima del océano.

–Oh –dijo Flere-Imsaho–. Eso... Es el Laberinto Prisión.

–¿Una prisión? –exclamó Gurgeh.

El complejo de muros y edificios que se retorcían en extrañas contorsiones geométricas se fue deslizando por debajo de ellos y el extrarradio de la gigantesca capital empezó a invadir la pantalla.

–Sí. Las personas que han quebrantado la ley son encerradas en el laberinto, y el lugar exacto en el que se las coloca queda determinado por la naturaleza de su delito. La prisión no sólo es un laberinto físico, sino que ha sido construida con el objetivo de que también sea un laberinto moral y de comportamiento (por cierto, su aspecto externo no da ninguna pista sobre su disposición interior; todo ese retorcimiento es sólo para despistar). El prisionero debe dar las respuestas correctas y sus acciones no deben salirse del marco de lo aprobado. Si falla no logrará seguir avanzando, y puede que incluso se le haga retroceder a las profundidades del laberinto. La teoría afirma que una persona irreprochable puede salir del laberinto en cuestión de días, y una persona totalmente mala no saldrá nunca de él. Naturalmente, hay un límite de tiempo para evitar que el laberinto esté demasiado concurrido y si lo supera, la persona en cuestión es transferida a una colonia penal donde permanecerá durante el resto de su existencia.

Cuando la unidad acabó de hablar la prisión ya había desaparecido. La ciudad ocupaba toda la pantalla y sus remolinos de calles, edificios y cúpulas hacían pensar en otra variedad de laberinto.

–Parece bastante ingenioso –dijo Gurgeh–. ¿Funciona?

–Eso es lo que les gustaría que creyéramos. En realidad se utiliza como excusa para que la gente no tenga un juicio justo, y los ricos siempre pueden arreglárselas para salir del laberinto a base de sobornos. Así que... Sí, los gobernantes están muy satisfechos del laberinto.

El módulo y las dos fragatas se posaron en un inmenso campo de aterrizaje para lanzaderas situado junto a un río de cauce muy ancho y aguas fangosas cruzadas por gran cantidad de puentes. El campo de aterrizaje estaba a una distancia bastante considerable de la ciudad, pero se hallaba rodeado por gran cantidad de cúpulas geodésicas de poca altura y edificios de tamaño mediano. Gurgeh salió del módulo con Flere-Imsaho flotando a su lado –la unidad volvía a llevar su disfraz de antigüedad, emitía un zumbido muy potente y estaba envuelta en un aura chisporroteante de estática–; y se encontró sobre un inmenso cuadrado de hierba sintética que había sido desenrollado junto a la parte trasera del módulo. Encima de la hierba sintética había unos cuarenta o cincuenta azadianos vestidos con uniformes y trajes de varios estilos. Gurgeh había estado intentando dar con una forma segura de identificar a los distintos sexos, y tuvo la impresión de que la mayoría pertenecían al sexo intermedio o ápice con algunos machos y hembras dispersos entre ellos. Detrás del grupo que le esperaba había varias hileras de machos que vestían el mismo uniforme y llevaban armas. Detrás de ellos había otro grupo que tocaba una música más bien estridente en la que predominaban los instrumentos metálicos.

–Los chicos de las armas son la guardia de honor –dijo Flere-Imsaho desde debajo de su disfraz–. No te alarmes.

–No estoy alarmado –dijo Gurgeh.

Sabía que ésta era la forma habitual de hacer las cosas en el Imperio. Las fiestas de bienvenida oficial eran ceremonias rígidas y complicadas en las que participaban burócratas imperiales, guardias de seguridad, funcionarios de las organizaciones de juegos, esposas asociadas y concubinas y personas que representaban a las agencias de noticias. Uno de los ápices fue hacia él.

–Hay que darle el tratamiento de «señor» en eáquico –murmuró Flere-Imsaho.

–¿Qué? –preguntó Gurgeh.

El zumbido que brotaba del disfraz de Flere-Imsaho era tan potente que apenas si podía oír la voz de la máquina. Los chisporroteos y chasquidos casi ahogaban la música de la banda ceremonial, y la estática emitida por la unidad hacía que Gurgeh tuviera todo el vello de un lado del cuerpo erizado.

–He dicho que se le llama «señor» en eáquico –siseó Flere-Imsaho intentando hacerse oír por encima del zumbido–. No le toques, pero cuando levante una mano tienes que levantar las dos y soltar tu discursito. Y recuerda que no debes tocarle.

El ápice se detuvo delante de Gurgeh y alzó una mano.

–Murat Gurgeh –dijo–, bienvenido a Groasnachek, Eá, en el Imperio de Azad.

Gurgeh contuvo el impulso de torcer el gesto, alzó las dos manos (los libros explicaban que el gesto servía para demostrar que no llevabas armas) y empezó a hablar.

–He puesto los pies sobre el suelo sagrado de Eá y me siento muy honrado –dijo articulando cuidadosamente las palabras en eáquico.

–Bravo, un comienzo soberbio –murmuró la unidad.

El resto de la ceremonia de bienvenida fue como una especie de sueño febril. Gurgeh sintió que la cabeza le daba vueltas. Permaneció inmóvil sudando bajo los calientes rayos de la potente estrella binaria que ardía en el cielo (sabía que se esperaba que pasara revista a la guardia de honor, aunque nadie le había explicado cuál era el objetivo de esa inspección y qué debía buscar mientras la llevara a cabo) y cuando entraron en los edificios del campo de aterrizaje para dar comienzo a la recepción oficial los olores extraños le hicieron sentir con una fuerza muy superior a la que había creído posible que se encontraba en un lugar nuevo y distinto a todos los que había conocido hasta entonces. Le presentaron a montones de personas, ápices en su mayoría, y Gurgeh tuvo la impresión de que les encantaba que hablara con ellas en lo que al parecer era un eáquico bastante pasable. Flere-Imsaho le fue murmurando que hiciera y dijera ciertas cosas y Gurgeh se oyó pronunciar las palabras correctas y se vio ejecutar los gestos adecuados, pero la impresión global que sacó de todo aquello se redujo a un caos de movimientos, ruidos y personas que no le escuchaban (y cuyos cuerpos desprendían olores bastante fuertes y poco agradables, aunque estaba seguro de que ellas pensaban lo mismo de él), y también tuvo la extraña sensación de que se reían disimuladamente de él cuando les daba la espalda.

Aparte de las obvias diferencias físicas todos los azadianos parecían gente dura, sólida y decidida –al menos comparados con el habitante promedio de la Cultura–; más llenos de energía e incluso –si llevaba su examen al extremo de la crítica– bastante más neuróticos. Al menos, ésa fue la impresión que le produjeron los ápices. Los machos, a juzgar por los pocos que vio, parecían menos animados y más estólidos, así como más corpulentos, mientras que las hembras daban la impresión de ser más calladas (como si estuvieran continuamente absortas en sus pensamientos), y tenían un aspecto físico más delicado.

Se preguntó qué debían pensar de él. Gurgeh era consciente de que se fijaba demasiado en la extraña arquitectura alienígena y la sorprendente disposición de los interiores, y de que observaba a las personas de una forma que quizá no fuese muy educada, pero descubrió que la mayoría de ellas –y, una vez más, los ápices sobre todo– tampoco apartaban los ojos de él. Hubo un par de ocasiones en que Flere-Imsaho tuvo que repetir lo que le había dicho antes de que Gurgeh comprendiera que estaba hablando con él. El zumbido monocorde y el chisporroteo de la estática que

nunca estuvieron demasiado lejos de él durante toda aquella tarde parecían aumentar todavía más la aureola de irrealidad y confusión que envolvía toda la escena.

Sirvieron comida y bebida en su honor. La biología de los habitantes de la Cultura y los habitantes del Imperio de Azad era lo bastante parecida para que hubiera algunos alimentos y bebidas mutuamente digeribles, el alcohol incluido. Gurgeh bebió todo lo que le ofrecieron, pero anuló sus efectos. El banquete se celebró en un edificio muy largo y de techo más bien bajo con pocos adornos exteriores, pero con el interior decorado de una forma muy ostentosa. Gurgeh y los invitados a la recepción tomaron asiento a lo largo de una mesa enorme repleta de comida y bebida. El servicio corrió a cargo de machos uniformados y Gurgeh se acordó de que no debía dirigirles la palabra. Descubrió que la mayoría de personas con las que intentaba conversar hablaban demasiado deprisa o excesivamente despacio, pero aun así logró salir airoso de varias conversaciones. Una de las preguntas más habituales era la de por qué había venido solo, y después de varios malentendidos Gurgeh cesó en sus intentos de explicar que estaba acompañado por la unidad y se limitó a decir que prefería viajar sin compañía.

Algunos le preguntaron qué tal se le daba el Azad. Gurgeh replicó que no tenía ni idea, y no mentía: la nave nunca había hecho ningún comentario al respecto. Dijo que esperaba ser capaz de jugar lo bastante bien para que sus anfitriones no lamentaran haberle invitado a tomar parte en el juego. Su respuesta pareció impresionar a algunos comensales, pero Gurgeh pensó que se limitaban a reaccionar como adultos ante un niño respetuoso y bien educado.

Un ápice sentado a su derecha que vestía un uniforme muy apretado y de aspecto bastante incómodo parecido a los que llevaban los tres oficiales que habían subido a bordo de la *Factor limitativo* no paraba de hacerle preguntas sobre su viaje y la nave en que había llegado hasta allí. Gurgeh se mantuvo fiel a la historia acordada. El ápice llenaba una y otra vez la copa de cristal tallado de Gurgeh, y éste no tenía más remedio que apurar el vino cada vez que alguien proponía un brindis. El proceso necesario para que el alcohol saliera rápidamente de su organismo sin producir los efectos habituales le exigía ir al lavabo con bastante frecuencia (no sólo para orinar, sino también para beber agua). Gurgeh sabía que en la sociedad azadiana esas funciones fisiológicas eran un tema bastante delicado, pero al parecer supo usar la frase correcta en cada ocasión. Nadie puso cara de perplejidad ofendida, y Flere-Imsaho estaba muy tranquilo.

El ápice sentado a la izquierda de Gurgeh –se llamaba Lo Pequil Monenine sénior, y trabajaba como agregado en el Departamento de Asuntos Alienígenas– acabó preguntándole si estaba preparado para ir al hotel. Gurgeh dijo que había pensado alojarse en el módulo. Pequil empezó a hablar bastante deprisa, y pareció sorprenderse cuando Flere-Imsaho intervino en la conversación hablando a una

velocidad similar. El intercambio de palabras resultante fue un poco demasiado rápido para que Gurgeh pudiera comprenderlo del todo, pero la unidad acabó explicándole que habían llegado a un compromiso. Gurgeh se alojaría en el módulo, pero el módulo quedaría colocado en el techo del hotel. Contaría con varios guardias de seguridad que se encargarían de protegerle y el servicio de comidas del hotel –que era considerado como uno de los mejores de la ciudad– estaría a su entera disposición.

Gurgeh pensó que el arreglo parecía bastante razonable. Invitó a Pequil a ir en el módulo hasta el hotel y el ápice aceptó de buena gana.

–Antes de que le preguntes a nuestro amigo encima de qué estamos pasando –murmuró Flere-Imsaho flotando junto al codo de Gurgeh entre zumbidos y estática– te diré que es un barrio de chabolas, uno de los sitios en los que la ciudad aloja a sus contingentes de trabajadores no especializados.

Gurgeh se volvió hacia la unidad y la contempló con el ceño fruncido. Lo Pequil estaba de pie junto a Gurgeh en la rampa trasera del módulo, que se había desplegado para formar una especie de balcón. La ciudad iba desfilando debajo de ellos.

–Creía que no debíamos utilizar el marain delante de ellos –dijo Gurgeh.

–Oh, no corremos peligro. Ese tipo lleva encima un sistema de grabación y vigilancia, pero el módulo puede neutralizarlo.

Gurgeh señaló con el dedo el barrio de chabolas.

–¿Qué es eso? –preguntó volviéndose hacia Pequil.

–Es el sitio donde suelen acabar las personas que han abandonado el campo atraídas por las luces de la ciudad. Por desgracia, la mayoría son gente perezosa que no quiere trabajar.

–Expulsada de sus tierras por un sistema de impuestos sobre la propiedad tan ingenioso como injusto, por no mencionar la reorganización oportunista del aparato productivo agrícola –añadió Flere-Imsaho.

Gurgeh se preguntó si la última frase de la unidad debía entenderse como «granjas», pero se volvió hacia Pequil.

–Comprendo –dijo.

–¿Qué ha dicho su máquina? –preguntó Pequil.

–Me ha citado unos..., unos versos –dijo Gurgeh–. Un poema que habla de una ciudad muy grande y hermosa.

–Ah. –Pequil asintió: una serie de movimientos espasmódicos hacia arriba de la cabeza–. Creo que a su gente le gusta mucho la poesía, ¿no?

Gurgeh tardó unos momentos en responder.

–Bueno... –dijo por fin–. Hay a quienes les gusta y a quienes no les gusta.

Pequil volvió a asentir y puso cara de entenderle perfectamente.

El viento soplaba sobre el límite del campo protector que rodeaba al módulo y traía consigo un leve olor a quemado. Gurgeh se inclinó sobre la zona de calina producida por el campo y contempló la inmensa ciudad que se deslizaba debajo del módulo. Pequil parecía no querer acercarse demasiado al borde del balcón.

–Oh, tengo buenas noticias para usted –dijo Pequil y sonrió (sus labios se curvaron sobre sí mismos enseñando los dientes y gran parte de las encías).

–¿De qué se trata?

–Mi departamento –dijo Pequil hablando muy despacio y en un tono muy serio– ha conseguido que se le permita seguir el desarrollo de la Serie Principal del juego hasta Ecronedal.

–Ah... Allí es donde se celebra la fase final del juego, ¿no?

–Sí. Es la culminación del Gran Ciclo que dura seis años, y se celebra en el mismísimo Planeta de Fuego. Le aseguro que obtener permiso para asistir es un gran privilegio. Los jugadores invitados rara vez pueden gozar de semejante honor.

–Comprendo, y me siento enormemente honrado. Le ofrezco mi más sincero agradecimiento a usted y a su departamento. Cuando vuelva a mi hogar diré a mi gente que los azadianos son un pueblo muy generoso. Han conseguido que me sienta como en mi casa. Gracias. Estoy en deuda con usted.

Sus palabras parecieron dejar muy satisfecho a Pequil. El ápice asintió y sonrió. Gurgeh también asintió, pero no se atrevió a probar suerte con la sonrisa.

–¿Y bien?

–¿Y bien qué, Jernau Gurgeh? –replicó Flere-Imsaho.

Los campos de su aura verde y amarilla brotaban de su diminuta estructura como si fueran las alas de un insecto exótico. La unidad se había posado sobre una túnica ceremonial desplegada encima de la cama de Gurgeh. Estaban en el módulo estacionado sobre el jardín-tejado del Gran Hotel de Groasnachek.

–¿Qué tal lo he hecho?

–Muy bien. No llamaste «Señor» al ministro cuando te dije que usaras ese tratamiento y hubo momentos en que te mostraste algo vago, pero en conjunto... Lo hiciste bastante bien. No has provocado ningún incidente diplomático catastrófico y no has insultado a nadie. Creo que no está mal para ser el primer día. ¿Te importaría dar la vuelta y ponerte de cara al reversor? Quiero asegurarme de que esta cosa te queda bien.

Gurgeh giró sobre sí mismo y extendió los brazos. La unidad colocó la túnica sobre su espalda y la alisó. Gurgeh se contempló en el campo del reversor.

–Es demasiado larga y me sienta fatal –dijo.

–Tienes razón, pero es lo que tienes que llevar para el gran baile de esta noche en palacio. Servirá... Puede que decida subir un poco el dobladillo. Por cierto, el módulo

me ha dicho que la túnica lleva incorporados sensores, así que ten cuidado con lo que dices cuando hayamos salido de sus campos.

–¿Sensores?

Gurgeh contempló la imagen de la unidad que aparecía en el campo reversor.

–Monitor de posición y micrófono, para ser exactos. No te preocupes, lo hacen con todo el mundo... No te muevas. Sí, creo que hay que subir un poco ese dobladillo. Date la vuelta.

Gurgeh se dio la vuelta.

–Te encanta darme órdenes, ¿verdad, máquina? –preguntó mirando fijamente a la diminuta unidad.

–No digas idioteces. Ya está. Pruébatela.

Gurgeh se puso la túnica y se contempló en el reversor.

–¿Para qué sirve ese trozo de tela sin adornos del hombro?

–Ahí es donde iría tu medalla, si tuvieras alguna.

Gurgeh pasó los dedos sobre la zona desprovista de los gruesos bordados que cubrían el resto de la túnica.

–¿No podríamos fabricar una? Ese trozo sin adornos... Queda bastante feo.

–Sí, supongo que podríamos –dijo Flere-Imsaho tirando de los pliegues de la túnica–. Pero hay que tener mucho cuidado con ese tipo de cosas. Nuestros amigos azadianos siempre parecen disgustarse porque no tenemos ningún símbolo o bandera, y el representante de la Cultura en el Imperio –le conocerás esta noche, suponiendo que se acuerde de que ha sido invitado– pensó que era una lástima que no hubiera un himno de la Cultura para que la banda lo tocara cuando alguno de los nuestros llegara aquí, así que les silbó la primera canción que se le pasó por la cabeza y los azadianos la han estado tocando en todas las recepciones y ceremonias durante los últimos ocho años.

–Una de las melodías que tocaron me pareció familiar –admitió Gurgeh.

La unidad le hizo levantar los brazos y dio los últimos toques a la túnica.

–Sí, pero la primera canción que se le pasó por la cabeza a ese tipo fue *Déjame sin sentido*. ¿Conoces la letra?

–Ah. –Gurgeh sonrió–. Esa canción... Sí, podría resultar un tanto incómodo.

–Puedes apostar a que sí. Si se enteraran probablemente nos declararían la guerra. La típica cagada de Contacto...

Gurgeh se rió.

–Y yo estaba convencido de que Contacto era tan organizado y eficiente...

Meneó la cabeza.

–Bueno, siempre es agradable saber que algo funciona –murmuró la unidad.

–Bueno, habéis logrado mantener en secreto la existencia del Imperio durante siete décadas. Es todo un logro, ¿no?

–Ha sido más gracias a la suerte que por otra cosa –dijo Flere-Imsaho. Se puso delante de él e inspeccionó la túnica–. Oye, ¿estás seguro de que quieres una condecoración? Si va a servir para que te sientas más cómodo supongo que podemos improvisar algo.

–No te molestes.

–Bueno. Cuando te anuncien en el baile de esta noche utilizaremos tu nombre completo. Es bastante impresionante... Tampoco parecen ser capaces de comprender que no tenemos rangos, así que quizá descubras que utilizan «Moral» como si fuera una especie de título. –La unidad fue colocando un cordoncillo de oro junto al dobladillo–. Supongo que en el fondo es una suerte. Sufren una especie de ceguera a la Cultura porque son incapaces de encajarnos en el marco conceptual de sus términos jerárquicos. No consiguen tomarnos en serio...

–Vaya sorpresa.

–Hmmm... Tengo la sensación de que todo es parte de un plan. Incluso ese maldito rep..., perdón, embajador, forma parte de él. Y creo que tú también.

–¿Eso crees? –preguntó Gurgeh.

–Te han dado mucho bombo, Gurgeh –dijo la unidad. Se puso a la altura de su cabeza e intentó alisarle el pelo con un campo. Gurgeh se apresuró a apartarlo con la mano–. Contacto le ha dicho al Imperio que eres un jugador de primera categoría y que están seguros de que podrás llegar al nivel coronel/obispo/aspirante a ministro..., como mínimo.

–¿Qué? –exclamó Gurgeh poniendo cara de horror–. ¡Eso no es lo que me dijeron!

–Ni a mí –replicó la unidad–. Me he enterado viendo un noticiario hace una hora. Te están utilizando, amigo. Quieren que el Imperio esté contento y se están sirviendo de ti para mantenerles satisfechos. Primero les asustan asegurando que eres capaz de vencer a algunos de sus mejores jugadores y luego, cuando acaben contigo en la primera ronda como es muy probable que ocurra, habrán logrado tranquilizar al Imperio dándole una nueva prueba de que la Cultura no es algo que deban tomarse muy en serio. Oh, tenemos mucha propensión a los errores y se nos humilla con facilidad, ya sabes...

Gurgeh contempló a la unidad con los ojos entrecerrados.

–Así que crees que van a eliminarme en la primera ronda, ¿eh? –dijo en el tono de voz más tranquilo de que fue capaz.

–Oh. Disculpa. –La diminuta unidad se balanceó en el aire–. ¿Te he ofendido? Bueno, yo sólo daba por supuesto que... En fin, te he visto jugar y... Quiero decir que...

La máquina se calló.

Gurgeh se quitó la túnica y la dejó caer al suelo.

–Creo que voy a darme un baño –dijo.

La máquina vaciló durante unos segundos, cogió la túnica con un campo y salió a toda velocidad del compartimento. Gurgeh tomó asiento en la cama y se frotó la barba.

La unidad no le había ofendido. Gurgeh tenía sus propios secretos, y estaba seguro de que podía jugar un poco mejor de lo que Contacto esperaba. Sabía que durante los últimos cien días a bordo de la *Factor limitativo* había estado funcionando a medio gas. No había intentado perder o cometer errores deliberadamente, pero su concentración tampoco había llegado al punto que tenía la intención de alcanzar cuando empezaran los juegos.

No estaba muy seguro del porqué había actuado de esa forma, pero tenía la sensación de que no debía permitir que Contacto lo supiera todo. Era como si necesitara guardarse algo para él solo. Era una pequeña victoria contra ellos, un juegucito, un gesto en un tablero de importancia secundaria..., un golpe asestado contra los elementos y los dioses.

El Gran Palacio de Groasnachek se encontraba junto al caudaloso río de aguas fangosas que había dado su nombre a la ciudad. Aquella noche serviría de marco a un gran baile al que acudirían las personas más importantes de entre las que tomarían parte en el juego del Azad durante los seis meses próximos.

Gurgeh y la unidad fueron llevados hasta allí en un vehículo terrestre que se desplazó por espaciosos bulevares flanqueados de árboles iluminados por farolas situadas en postes de gran altura. Gurgeh iba sentado en la parte de atrás con Pequil, quien ya estaba dentro cuando el vehículo llegó al hotel. El vehículo era conducido por un macho uniformado, quien parecía el único responsable de controlar la máquina. Gurgeh intentó no pensar en accidentes y colisiones. Flere-Imsaho había vuelto a ponerse su voluminoso disfraz y estaba posado en el suelo del vehículo zumbando discretamente y atrayendo las fibras sueltas de la alfombrilla que cubría el suelo.

El palacio no era tan inmenso como Gurgeh había esperado, aunque sus dimensiones resultaban impresionantes. El mobiliario y los adornos eran muy opulentos y había luces por todas partes, y la multitud de torres y pináculos sostenían estandartes de gran tamaño cubiertos de dibujos y símbolos multicolores que oscilaban sinuosamente como si fueran abigarradas olas heráldicas que se movían lentamente con el cielo negro y naranja como telón de fondo.

El patio cubierto con un dosel en el que se detuvo el vehículo albergaba un inmenso estrado dorado sobre el que ardían doce mil velas de varios tamaños y colores, una por cada persona inscrita en los juegos. El baile contaría con algo más de un millar de invitados, la mitad de ellos jugadores; el resto estaba compuesto por una mayoría de acompañantes de éstos, funcionarios, sacerdotes, militares y burócratas

que estaban lo bastante satisfechos con su posición actual para no querer competir y que habían alcanzado un rango lo suficientemente alto para tener la seguridad de que no serían desplazados de él por muy brillante que fuera la actuación de sus subordinados en los juegos.

Los mentores y administradores de los colegios azadianos –las instituciones donde se enseñaba el juego– completaban el resto de asistentes al baile, y tampoco tenían que tomar parte en la competición.

La noche era un poco demasiado cálida para el gusto de Gurgeh. La atmósfera olía a ciudad, y no soplaban ni una ráfaga de viento. La túnica era pesada y sorprendentemente incómoda. Gurgeh se preguntó cuánto tiempo tendría que esperar hasta poder marcharse del baile sin que sus anfitriones se sintieran insultados. Entraron en el palacio por un umbral inmenso. Las enormes puertas de un metal reluciente incrustadas de joyas estaban abiertas de par en par. Los vestíbulos y salones que atravesaron brillaban con los reflejos despedidos por los suntuosos adornos colocados en el centro de las mesas o suspendidos de las paredes y el techo.

Los invitados eran tan fabulosos como el ambiente que les rodeaba. Las hembras –parecía haber un gran número de ellas– iban cargadas de joyas y vestían trajes tan soberbios como extravagantemente adornados. Gurgeh observó las dimensiones que alcanzaba la parte inferior de aquellos trajes en forma de campana y pensó que si debía guiarse por ellas la anchura de sus cuerpos tenía que ser prácticamente igual a su altura. Las mujeres iban de un lado a otro envueltas en el susurro de la tela y los destellos de las joyas, y emitían vaharadas de perfumes fortísimos. Muchas de las personas junto a las que pasó le miraron de soslayo, le observaron sin demasiado disimulo o llegaron a quedarse inmóviles para contemplar a Gurgeh y la chisporroteante y ruidosa unidad que flotaba a su lado.

Machos con uniformes aún más extravagantes que ninguno de los que Gurgeh había visto hasta entonces permanecían inmóviles cada pocos metros junto a las paredes y montaban guardia a ambos lados de las puertas con las piernas ligeramente separadas, las manos enguantadas ocultas detrás de una espalda tan rígida como un palo y los ojos clavados en las lejanas pinturas que adornaban el techo.

–¿Por qué están ahí? –murmuró Gurgeh en eáquico volviéndose hacia la unidad.

Habló en un tono de voz lo bastante bajo para que Pequil no pudiera oírle.

–Son una prueba —dijo la máquina.

Gurgeh intentó entenderlo.

–¿Una prueba?

–Sí. Demuestran que el Emperador es lo suficientemente rico e importante como para estar atendido por cientos de lacayos que no tienen nada en qué ocuparse.

–Pero... Eso ya lo saben todos, ¿no?

La unidad tardó unos momentos en responder y acabó lanzando un suspiro.

–Jernau Gurgeh, me temo que aún no comprendes demasiado bien la psicología del poder y la riqueza.

Gurgeh siguió caminando y la comisura de sus labios, que Flere-Imsaho no podía ver, se curvó en una leve sonrisa.

Los ápices que fueron dejando atrás vestían túnicas del mismo estilo que la que llevaba puesta Gurgeh, prendas lujosas que no llegaban a la ostentación. Pero lo que más le impresionó fue que todo aquel lugar y las personas que estaban en él parecían haber quedado atrapadas en otra era. Todo cuanto había visto en el palacio o en los atuendos de los invitados habría podido producirse hacía un mínimo de mil años. Mientras llevaba a cabo sus investigaciones particulares sobre la sociedad azadiana Gurgeh había examinado unas cuantas grabaciones de antiguas ceremonias imperiales, y creía tener cierta idea de los estilos de indumentaria y la etiqueta de aquellos tiempos. La obvia aunque limitada sofisticación tecnológica del Imperio no había impedido que su ceremonial siguiera firmemente atrincherado en el pasado, y Gurgeh no lograba entenderlo. Las costumbres, modas y estilos arquitectónicos antiguos también eran muy corrientes en la Cultura, pero se usaban con toda libertad e incluso de forma caprichosa o provocativa. Habían quedado reducidos a meros componentes de una amplia gama de estilos con los que se podía jugar, y no eran aquellas pautas tan rígidas y consistentes que tenía delante de los ojos y que parecían excluir cualquier otra posibilidad.

–Espera aquí. Van a anunciarte –dijo la unidad.

Tiró de la manga de su túnica y Gurgeh se detuvo junto al sonriente Lo Pequil delante de un umbral que daba acceso al larguísimo tramo de escalones de gran anchura que iba descendiendo hasta llegar al salón donde se celebraba el baile propiamente dicho. Pequil le entregó una tarjeta a un ápice uniformado que estaba de pie junto al inicio del tramo de escalones y la voz amplificada del ápice creó ecos por toda la estancia.

–El honorable Lo Pequil Monenine, AAB, Nivel Dos Principal, Medalla del Imperio, Orden del Mérito con blasón..., acompañado por Chark Gavant-Sha Gernou Murat Gurgue Dam Hazeze.

Empezaron a bajar por la gran escalinata. La escena que había debajo de ellos superaba en brillantez y lujo a cualquiera de los acontecimientos sociales a los que Gurgeh había asistido hasta entonces. La Cultura no hacía las cosas a tal escala, y punto. La estancia donde se celebraba el baile hacía pensar en una gigantesca piscina dentro de la que alguien hubiese arrojado un millar de flores fabulosas removiendo concienzudamente las aguas a continuación.

–El tipo que me anunció ha destrozado mi nombre –murmuró Gurgeh volviéndose hacia la unidad. Lanzó una rápida mirada de soslayo a Pequil–. ¿Qué le pasa a nuestro amigo? ¿Por qué frunce el ceño de esa manera?

–Creo que porque el anunciador se olvidó de añadir el «sénior» a su nombre –dijo Flere-Imsaho.

–¿Y tan importante es eso?

–Gurgeh, en esta sociedad todo es importante –dijo la unidad–. Al menos os han anunciado a los dos –añadió con voz algo lúgubre.

–¡Hola, hola! –gritó una voz cuando llegaron al final de la escalinata.

Una persona muy alta que parecía pertenecer al sexo masculino se abrió paso por entre un par de azadianos y se plantó delante de Gurgeh. Vestía ropas muy holgadas y de varios colores. Tenía barba, el cabello castaño recogido en una coleta, ojos verdes muy brillantes y vivaces y daba la impresión de que quizá hubiera nacido en la Cultura. El recién llegado alargó una mano de dedos muy esbeltos recubiertos de anillos, se apoderó de la mano derecha de Gurgeh y la estrujó con entusiasmo.

–Shohobohaum Za, encantado de conocerte. Habría reconocido tu nombre si no fuera porque ese delincuente de ahí arriba lo asesinó con su torpe lengua. Gurgeh, ¿verdad? Oh, Pequil, así que también has venido al baile, ¿en? –Cogió una copa y la puso en la mano de Pequil–. Toma, creo recordar que bebes esta porquería, ¿no? Hola, unidad. Eh, Gurgeh... –Pasó un brazo sobre los hombros de Gurgeh–. Supongo que te apetecerá beber algo decente, ¿no?

–Jernou Moral Gurgue, permita que le presente a... –empezó a decir Pequil, quien parecía sentirse bastante incómodo.

Pero Shohobohaum Za ya se había llevado a Gurgeh y estaba guiándole por entre los grupos de invitados que había al final de la escalinata.

–¿Qué tal va todo, Pequil? –gritó por encima del hombro. El ápice no supo cómo reaccionar–. ¿Bien? ¿Sí? Me alegro. Ya hablaremos luego, ¿eh? ¡Este otro exiliado necesita tomarse una copa!

Pequil se había puesto un poco pálido, pero consiguió saludarles débilmente con la mano. Flere-Imsaho vaciló y acabó decidiendo quedarse con el azadiano.

Shohobohaum Za se volvió hacia Gurgeh y le quitó el brazo de los hombros.

–El viejo Pequil es una auténtica vejiga muerta –dijo en un tono de voz algo menos estridente que el que había utilizado hasta entonces–. Espero que no te importe que te haya apartado de él.

–Creo que sobreviviré a los remordimientos –dijo Gurgeh mientras recorría al otro hombre de la Cultura con la mirada–. Supongo que eres el..., el embajador.

–Ése soy yo –dijo Za, y eructó–. Por aquí –dijo moviendo la cabeza y siguió guiando a Gurgeh por entre el gentío–. Creo haber visto unas cuantas botellas de *grif* escondidas detrás de una mesa y quiero agenciarme un par antes de que el Empe y sus amigotes acaben con todo el lote. –Pasaron junto a un estrado en el que había una banda tocando a toda potencia–. Increíble, ¿verdad? –gritó Za, y se desvió hacia el fondo de la estancia.

Gurgeh se preguntó a qué se estaría refiriendo.

–Ya hemos llegado –dijo Za, y se detuvo junto a una larga hilera de mesas.

Detrás de las mesas había machos vestidos con librea que servían bebidas y comida a los invitados. La pared que se iba curvando por encima de sus cabezas estaba adornada con un tapiz incrustado de diamantes y surcado por bordados hechos con hilo de oro que mostraba una batalla espacial librada hacía ya mucho tiempo.

Za lanzó un silbido y se inclinó sobre la mesa que tenía delante para hablar en voz baja con el macho alto y de aspecto adusto que fue hacia él en respuesta al silbido. Gurgeh vio cambiar de manos un trocito de papel, y un instante después Za puso su mano con bastante brusquedad sobre la muñeca de Gurgeh y se alejó rápidamente de la hilera de mesas, remolcándole hasta un diván circular de gran tamaño que rodeaba la parte inferior de una columna de mármol cuyas nervaduras estaban adornadas con metales preciosos.

–Espera a que hayas probado esto –dijo Za.

Se inclinó hacia adelante hasta que su rostro quedó muy cerca del de Gurgeh y le guiñó el ojo. Shohobohaum Za tenía la piel un poco más pálida que Gurgeh, pero seguía siendo mucho más moreno que el promedio azadiano. Calcular la edad de un habitante de la Cultura era bastante difícil, pero Gurgeh supuso que Za debía tener unos diez años menos que él.

–Supongo que bebes, ¿no? –preguntó Za con expresión alarmada.

–Me he estado librando del alcohol apenas lo ingería –respondió Gurgeh.

Za meneó la cabeza con mucho énfasis.

–No se te ocurra hacer eso con el *grif* –dijo, y le dio unas palmaditas en la mano–. Sería espantoso... De hecho, debería ser un crimen penado por la ley. Pon en marcha tus glándulas y empieza a producir *Estado Fuga de Cristal*. Es una combinación soberbia: hará que las neuronas te salgan disparadas por el agujero del culo... El *grif* es increíble. Viene de Ecronedal, ¿sabes? Lo mandan desde ahí para los juegos. Sólo lo fabrican durante la Estación del Oxígeno, y la cosecha que vamos a beber debe tener por lo menos dos Grandes Años de antigüedad. Cuesta una fortuna. Ha separado más piernas que un láser cosmético. Bueno... –Za se reclinó en el diván, contempló a Gurgeh y se puso muy serio–. ¿Qué opinas del Imperio? Maravilloso, ¿verdad? ¿No estás de acuerdo? Quiero decir... Horrendo pero de lo más sexy, ¿eh? –Un sirviente apareció ante ellos llevando consigo una bandeja en la que había un par de jarritas tapadas con un corcho y Za dio un salto hacia adelante–. ¡Aja!

Cogió la bandeja con las jarritas y el sirviente recibió otro trocito de papel. Za descorchó las dos jarritas y le entregó una a Gurgeh. Za se llevó la jarrita a los labios, cerró los ojos y tragó una honda bocanada de aire. Murmuró algo ininteligible que parecía una especie de cántico ritual y bebió sin abrir los ojos.

Cuando abrió los ojos vio que Gurgeh estaba inmóvil con un codo apoyado en la

rodilla y el mentón encima de la mano observándole con cierta perplejidad.

–Oye, cuando te reclutaron... ¿Ya eras así? –le preguntó–. ¿O es un efecto de tu estancia en el Imperio?

Za dejó escapar una ruidosa carcajada y alzó los ojos hacia el techo adornado por un fresco gigantesco que mostraba a un montón de embarcaciones librando una batalla que ya tenía varios milenios de antigüedad.

–¡Sí a las dos preguntas! –dijo Za sin dejar de reír.

Movió la cabeza señalando la jarrita de Gurgeh y su expresión se alteró sutilmente. Za le lanzó una mirada entre burlona y divertida, y el brillo de sagacidad que iluminó sus pupilas —o que Gurgeh creyó detectar en ellas— hizo que revisara su cálculo inicial sobre la edad de Za añadiéndole unas cuantas décadas más.

–Bueno, ¿vas a beberte eso o no? –preguntó Za–. Acabo de gastarme el sueldo anual de un trabajador no especializado para que pudieras probarlo.

Gurgeh clavó la mirada en las verdes pupilas de Za durante unos momentos y acabó llevándose la jarrita a los labios.

–Por los trabajadores no especializados, señor Za –dijo, y bebió.

Za echó la cabeza hacia atrás y volvió a lanzar una sonora carcajada.

–Creo que vamos a llevarnos estupendamente, señor jugador Gurgeh.

El *grif* era un líquido dulce, perfumado, sutil y con una extraña cualidad indefinible que hacía pensar en el humo. Za apuró su jarrita y sostuvo el esbelto pitorro sobre su boca abriéndola al máximo para saborear las últimas gotas. Miró a Gurgeh y chasqueó los labios.

–Baja como si fuera seda líquida –dijo. Dejó la jarrita en el suelo–. Bien... Así que vas a participar en el gran juego, ¿eh, Jernau Gurgeh?

–Para eso he venido.

Gurgeh tomó otro sorbo del potente licor.

–Deja que te dé algunos consejos –dijo Za, y le rozó el brazo con la mano–. No hagas ninguna apuesta. Y cuidado con las mujeres..., o los hombres, o las dos cosas, o lo que sea que te pone en marcha. Si no tienes cuidado podrías meterte en algunas situaciones muy desagradables. Supongo que te habrás hecho el propósito de no mantener relaciones sexuales, pero aun así... Bueno, algunos de ellos –las mujeres sobre todo– se mueren de ganas por averiguar lo que tienes entre las piernas, y se toman ese tipo de cosas ridículamente en serio, créeme. Si quieres tomar parte en algún pequeño torneo corporal dímelo. Tengo contactos y puedo conseguirte una sesión discreta y de lo más agradable. Discreción absoluta y el secreto más completo totalmente garantizados... Pregúntale a cualquiera. –Se rió, volvió a poner la mano sobre el brazo de Gurgeh y se puso muy serio–. No bromeo –dijo–. Si necesitas algo..., puedo proporcionártelo.

–Intentaré no olvidarlo –dijo Gurgeh, y tomó otro sorbo de *grif*–. Gracias por la

advertencia.

–Oh, ha sido un placer. Llevo aquí ocho..., no, ya son nueve años. La enviada anterior sólo duró veinte días. La echaron a patadas por haber mantenido relaciones carnales con la esposa de un ministro. –Za meneó la cabeza y dejó escapar una risita–. No me malinterpretes, cuidado. Yo también admiro su estilo, pero... ¡Mierda, nada menos que un ministro! –dijo–. Esa puta debía estar loca y tuvo suerte de que se conformaran con expulsarla. Si hubiera nacido en Azad le habrían repasado los orificios con sanguijuelas ácidas antes de que la puerta de la prisión se cerrara a su espalda. Me basta con pensar en ello para sentir deseos de cruzar las piernas.

Antes de que Gurgeh pudiera replicar o Za seguir hablando oyeron un terrible estruendo procedente del inicio de la gran escalinata, un ruido bastante parecido al que podrían hacer miles de botellas rompiéndose al mismo tiempo. El gran salón vibró con los ecos.

–Maldición, es el Emperador... –dijo Za, y se puso en pie. Movié la cabeza señalando la jarrita de Gurgeh–. ¡Bebe, hombre!

Gurgeh se puso en pie lentamente y colocó la jarrita entre los dedos de Za.

–Acábala. Creo que sabrás apreciarlo más que yo.

Za volvió a poner el corcho en su sitio e hizo desaparecer la jarrita entre los pliegues de su túnica.

El inicio de la escalinata se había convertido en un hervidero de actividad. El gentío que llenaba la gran sala había empezado a moverse y estaba formando una especie de pasillo humano que iba desde el final de la escalinata hasta un trono inmenso colocado sobre un estrado de poca altura protegido por un dosel dorado.

–Será mejor que ocupes tu sitio –dijo Za.

Alargó la mano para volver a cogerle por la muñeca, pero Gurgeh levantó el brazo bruscamente para alisarse la barba y los dedos de Za se cerraron sobre el aire.

Gurgeh movió la cabeza señalando hacia adelante.

–Después de ti –dijo.

Za le guiñó el ojo, se puso en movimiento y le precedió a través de la multitud. Los dos se colocaron detrás del grupo de invitados que estaba delante del trono.

–Aquí tienes a tu chico, Pequil –dijo Za volviéndose hacia el ápice, que parecía muy preocupado, y se alejó un par de pasos.

Gurgeh se encontró al lado de Pequil con Flere-Imsaho flotando detrás de él a la altura de su cintura emitiendo su zumbido de costumbre.

–Señor Gurgue, estábamos empezando a preocuparnos por usted –murmuró Pequil.

Parecía bastante nervioso y no paraba de lanzar miradas a la escalinata.

–¿De veras? –replicó Gurgeh–. Qué halagador.

La expresión de Pequil dejó bien claro que su réplica no le había hecho mucha

gracia. Gurgeh se preguntó si alguien habría vuelto a pronunciar su nombre olvidándose algo.

–Tengo buenas noticias, Gurgeh –murmuró Pequil. Alzó los ojos hacia Gurgeh, quien intentó parecer lo más interesado posible–. ¡He conseguido que se le conceda el privilegio de ser presentado a Su Alteza Real el Emperador-Regente Nicosar!

–Me siento muy honrado –dijo Gurgeh, y sonrió.

–¡No me extraña! ¡Es un honor tan inapreciable como excepcional!

Pequil tragó saliva.

–Así que intenta no meter la pata, ¿de acuerdo? –murmuró Flere-Imsaho a su espalda.

Gurgeh se volvió hacia la máquina.

El estruendo volvió a hacer vibrar la atmósfera y una oleada de gente vestida con atuendos de todos los colores empezó a bajar por la escalinata. Gurgeh supuso que el que iba delante enarbolando un bastón muy largo era el Emperador –o el Emperador-Regente, como le había llamado Pequil–, pero en cuanto llegó al final de la escalinata el ápice del bastón se hizo a un lado.

Su Alteza Imperial del Gran Colegio de Candsev, Príncipe del Espacio, Defensor de la Fe, Duque de Groasnachek, Señor de los Fuegos de Ecronedal, el Emperador-Regente Nicosar primero!

El Emperador vestía totalmente de negro. Era un ápice de estatura media y aspecto muy normal cuyas ropas sorprendían por su casi absoluta falta de adornos. Iba rodeado por azadianos fabulosamente ataviados entre los que se encontraban unos cuantos guardias ápices y machos vestidos con uniformes de estilo bastante austero –al menos comparados con los atuendos de los demás–, que blandían espadas inmensas y armas de fuego de reducido tamaño. El Emperador iba precedido por un cortejo de animales bastante corpulentos de cuatro y seis patas y varios colores, que llevaban collares y bozales sujetos por correas incrustadas de esmeraldas y rubíes. Machos obesos y casi desnudos cuyas pieles untadas de aceite brillaban como si fuesen de oro bajo las luces del gran salón de baile se encargaban de sostener los extremos de las correas.

El Emperador se detuvo y habló con unas cuantas personas (que se arrodillaron en cuanto le vieron venir), siguió avanzando por el otro lado del pasillo humano y se desvió bruscamente hacia el lado en el que estaba Gurgeh arrastrando consigo a todo su séquito.

La gran sala había quedado sumida en un silencio casi absoluto. Gurgeh podía oír la respiración jadeante de los carnívoros domesticados. Pequil sudaba profusamente. Una venita palpitaba a toda velocidad en la curva de su cuello.

Nicosar siguió acercándose. Gurgeh pensó que el aspecto del Emperador era un poquito menos impresionante, duro y decidido que el del azadiano promedio.

Caminaba con los hombros ligeramente inclinados hacia adelante, y hablaba en voz tan baja que cuando charló unos momentos con alguien que estaba a dos metros de distancia de él Gurgeh sólo pudo oír la parte de la conversación que corrió a cargo del invitado. Nicosar parecía un poco más joven de lo que Gurgeh había esperado.

Pequil le había advertido de que iba a ser presentado al Emperador, pero cuando el ápice vestido de negro se detuvo delante de él Gurgeh no pudo evitar sentirse levemente sorprendido.

–Arrodíllate –siseó Flere-Imsaho.

Gurgeh puso una rodilla en el suelo. El silencio pareció hacerse un poco más profundo.

–Oh, mierda –murmuró la máquina sin dejar de zumbar.

Pequil dejó escapar un gemido.

El Emperador bajó la mirada hacia Gurgeh y sonrió levemente.

–Señor Una-Rodilla, debéis ser nuestro invitado extranjero... Os deseamos un buen juego.

Gurgeh comprendió en qué se había equivocado y puso la otra rodilla en el suelo, pero el Emperador agitó una mano llena de anillos en un gesto casi imperceptible.

–No, no –dijo–. Admiramos la originalidad. En el futuro nos saludaréis poniendo una sola rodilla en el suelo.

–Gracias, Alteza –dijo Gurgeh haciendo una pequeña reverencia.

El Emperador asintió y siguió recorriendo la hilera de invitados.

Pequil lanzó un suspiro tembloroso.

El Emperador llegó al trono situado sobre el estrado y la música empezó a sonar, las conversaciones se reanudaron de repente y las dos hileras de invitados se disgregaron. Todo el mundo parloteaba y gesticulaba frenéticamente. Pequil parecía estar a punto de desmayarse y daba la impresión de haberse quedado mudo de asombro.

Flere-Imsaho fue hacia Gurgeh.

–Por favor, no vuelvas a hacer nunca algo semejante –dijo.

Gurgeh no le prestó atención.

–Por lo menos ha sido capaz de hablar, ¿eh? —dijo Pequil de repente, y alargó una mano temblorosa hacia una bandeja para coger una copa—. Al menos ha sido capaz de hablar, ¿verdad, máquina? –Las palabras brotaban de sus labios tan deprisa que Gurgeh casi no podía seguirlas. Pequilapuró el contenido de la copa de un solo trago—. La mayoría de las personas se quedan como paralizadas... Creo que yo no habría sabido cómo reaccionar. Le ocurre a mucha gente. ¿Qué importa una rodilla más o menos? –Pequil miró a su alrededor buscando al macho que iba de un lado a otro con la bandeja de las bebidas y se volvió hacia el trono. El Emperador se había sentado en él y estaba hablando con algunos miembros de su séquito—. ¡Qué

presencia tan majestuosa! –exclamó.

–¿Por qué es «Emperador-Regente»? –preguntó Gurgeh volviéndose hacia el ápice.

Pequil tenía el rostro cubierto de sudor.

–Su Alteza Real tuvo que aceptar el peso de la Cadena Real alrededor de su cuello después de que el Emperador Molsce muriera hace dos años. Fue una pérdida terrible... Nuestro Venerado Nicosar fue el segundo clasificado de los últimos juegos, y eso hizo que fuese elevado al trono. ¡Pero no dudo de que permanecerá allí!

Gurgeh sabía que Molsce había muerto, pero no había comprendido que Nicosar no era considerado como Emperador por derecho propio. Asintió con la cabeza, contempló los ropajes extravagantes y los animales que rodeaban el estrado imperial y se preguntó qué esplendores adicionales podía merecer Nicosar si ganaba los próximos juegos.

–Me ofrecería a bailar contigo, pero no aprueban que los hombres bailen juntos –dijo Shohobohaum Za.

Gurgeh estaba apoyado en una columna. Za cogió una bandeja llena de golosinas envueltas en papelitos de una mesita y la sostuvo delante de Gurgeh, quien meneó la cabeza. Za se metió un par de pastelillos en la boca mientras Gurgeh observaba las complejas danzas y las oleadas de carne y telas multicolores que evolucionaban sobre el suelo del gran salón. Flere-Imsaho pasó flotando cerca de ellos. Las placas cargadas de estática de su disfraz habían atraído unos cuantos papelitos.

–No te preocupes –dijo Gurgeh volviéndose hacia Za–. No me sentiré insultado.

–Me alegro. ¿Qué tal lo estás pasando? –Za se apoyó en la columna–. Pensé que parecías un poquito solitario... ¿Dónde está Pequil?

–Está hablando con algunos funcionarios imperiales. Creo que intenta conseguir una audiencia privada.

–Oh... No creo que tenga tanta suerte. –Za dejó escapar un bufido–. Bien, ¿qué opinas de nuestro maravilloso Emperador?

–Parece... muy imperioso –dijo Gurgeh.

Frunció el ceño, se pasó la mano por la pechera de la túnica que llevaba puesta y se dio unos golpecitos en una oreja.

Za le miró con cara entre sorprendida y divertida y acabó soltando una carcajada.

–¡Oh, el micrófono! –Meneó la cabeza, desenvolvió otro par de pastelitos y se los comió–. No te preocupes por eso. Puedes decir lo que te dé la gana. Te aseguro que no te asesinarán ni nada parecido. No les importa en lo más mínimo. Protocolo diplomático, ¿sabes? Nosotros fingimos que no hay micrófonos en la ropa y ellos fingen que no han oído nada. Es un jueguito muy entretenido.

–Si tú lo dices... –murmuró Gurgeh.

Se volvió hacia el estrado imperial.

–Bueno, admito que en estos momentos el joven Nicosar no impresiona demasiado –dijo Za siguiendo la dirección de la mirada de Gurgeh–. No le verás en todo su esplendor hasta después de los juegos. Teóricamente ahora lleva luto por Molsce. El negro es su color de luto, ¿sabes? Creo que tiene algo que ver con el espacio... –Contempló en silencio al Emperador durante unos momentos–. Es un montaje realmente increíble, ¿no te parece? Todo ese poder concentrado en las manos de una sola persona...

–Parece una forma bastante... inestable de manejar una sociedad –admitió Gurgeh.

–Hmmm. Naturalmente todo es relativo, ¿verdad? ¿Sabes que ese anciano con quien el Emperador está hablando ahora probablemente tiene más poder real que el mismísimo Nicosar?

–¿De veras?

Gurgeh se volvió hacia Za.

–Sí. Es Hamin, el rector del Gran Colegio de Candsev. El mentor de Nicosar.

–¿Estás afirmando que es quien le dice lo que debe hacer?

–Oficialmente no, pero... –Za eructó–. Nicosar se crió en el colegio y Hamin lleva más de sesenta años enseñándole el juego. Hamin le educó y le enseñó todo cuanto sabe..., sobre el juego y sobre todo lo demás, y cuando el viejo Molsce recibió su billete de ida sin regreso incluido a la tierra del sueño eterno –y ya iba siendo hora de que hiciese el viaje–, y Nicosar subió al trono... ¿Quién crees que fue la primera persona a la que acudió pidiendo consejo?

–Comprendo –dijo Gurgeh, y asintió. Estaba empezando a lamentar haberse concentrado exclusivamente en el juego y no haber estudiado el Azad en su faceta de sistema político–. Creía que los colegios se limitaban a enseñar cómo se juega.

–Eso es todo lo que hacen en teoría, pero en la práctica son una especie de sustituto de las familias nobles. El Imperio ha conseguido mejorar el típico sistema del gobierno dinástico utilizando el juego como sistema de reclutamiento que selecciona de entre la población a los ápices más inteligentes, implacables e interesados en el arte de manipular a los demás para que dirijan el espectáculo en vez de conformarse con dejar que los matrimonios introdujeran nueva sangre en alguna aristocracia estancada y cruzar los dedos con la esperanza de que el resultado genético acabara siendo más o menos decente. Oh, es un sistema eficiente, no te creas... El juego resuelve muchos problemas. No necesito hacer ningún gran esfuerzo mental para imaginarlo perdurando siglos y siglos. Contacto parece creer que el Imperio se desmoronará en cualquier momento, pero lo dudo. Esta pandilla podría acabar enterrándonos a todos... Son impresionantes, ¿no te parece? Vamos, vamos, tienes que admitir que estás impresionado.

–No tengo palabras para expresar lo impresionado que estoy –dijo Gurgeh–. Pero

me gustaría ver algo más del Imperio antes de emitir un juicio definitivo.

–El Imperio acabará conquistándote. Llegarás a apreciar su salvaje belleza. No, no, hablo en serio... Te lo aseguro. Probablemente acabarás queriendo quedarte aquí. Oh, y no hagas caso a nada de lo que diga esa unidad estúpida que han enviado contigo para que te sirva de niñera. Esas máquinas son todas iguales. Quieren que todo el universo sea como la Cultura: paz, amor y esa sarta de estupideces sentimentaloides... No tienen la... –Za eructó–, la sensualidad necesaria para apreciar el... –volvió a eructar–, el Imperio. Créeme. Ignórala y todo irá bien.

Gurgeh estaba preguntándose cuál sería la contestación más adecuada al discurso de Za cuando un grupo de ápices y hembras vestidos con trajes multicolores surgió de la nada. Gurgeh y Shohobohaum Za se encontraron repentinamente convertidos en el centro del grupo. Un ápice emergió de aquella confusión de sonrisas y ropas abigarradas, fue hacia Za y le hizo una reverencia que Gurgeh encontró bastante exagerada.

–Estaba preguntándome si nuestro querido invitado tendría la amabilidad de divertir a nuestras esposas con sus ojos –dijo–. ¿Querrá hacerlo?

–¡Me encantará! –exclamó Za.

Le entregó la bandeja de golosinas a Gurgeh, fue hacia las hembras y movió rápidamente las membranas nictitantes de sus ojos arriba y abajo. Las mujeres rieron a carcajadas y los ápices intercambiaron sonrisas burlonas.

–¡Ya está!

Za soltó una risita y retrocedió dando un par de pasos de baile. Uno de los ápices le dio las gracias y el grupo se alejó hablando y riendo.

–Son como niños grandes –dijo Za.

Dio una palmadita en el hombro de Gurgeh y se alejó con una expresión algo absorta.

Flere-Imsaho fue hacia Gurgeh emitiendo un ruido que le recordó el que haría una hoja de papel al arrugarse.

–He oído lo que ha dicho ese gilipollas sobre lo de ignorar a las máquinas –murmuró.

–¿Hmmm! –replicó Gurgeh.

–He dicho que... Oh, no importa. Supongo que no te estarás sintiendo excluido de la diversión porque no puedes bailar, ¿verdad?

–No. Nunca me ha gustado bailar.

–Mejor. Los invitados a este baile son gente de tal categoría que hasta el tocarte con la punta de un dedo sería considerado un acto degradante.

–Máquina, siempre sabes expresarte con la frase más adecuada al momento –dijo Gurgeh.

Alzó la bandeja de golosinas delante de la unidad, la soltó y se fue. Flere-Imsaho

lanzó un grito ahogado y se las arregló para atrapar la bandeja que caía hacia el suelo con un campo antes de que los pastelitos salieran despedidos en todas direcciones.

Gurgeh se dedicó a pasear por la gran sala. Estaba un poco irritado y se sentía considerablemente incómodo. No lograba librarse de una idea que amenazaba con transformarse en obsesión, la de que estaba rodeado por personas que habían fracasado en algún aspecto u otro, como si los azadianos que se agitaban a su alrededor fueran componentes defectuosos de algún sistema muy sofisticado que había quedado contaminado por su inclusión. Los invitados no sólo le parecían ridículos y aburridos, sino que tenía la sensación de que no eran muy distintos a él. Todas las personas con las que hablaba o a las que era presentado parecían convencidas de que había venido hasta allí para hacer el ridículo.

Contacto le había enviado al Imperio de Azad en una nave de guerra tan vieja que apenas si merecía ese nombre, le había hecho cargar con una máquina tan joven como torpe, se había olvidado de transmitirle datos que deberían haber sabido tenían una gran influencia sobre la forma en que se jugaba al Azad —el sistema de los colegios que la *Factor limitativo* ni tan siquiera había llegado a mencionar era un buen ejemplo—, y le había colocado bajo la tutela (parcial, pero tutela al fin y al cabo) de un estúpido amante de empinar el codo que no sabía mantener la boca cerrada y que se había dejado fascinar igual que un niño por unos cuantos trucos imperialistas y un sistema social impecablemente inhumano.

Durante el viaje toda aquella aventura le había parecido muy romántica. Era una misión noble y elevada que exigía un considerable valor, pero toda aquella aureola épica se había desvanecido enseguida. En aquellos momentos lo único que sentía era que él, Shohobohaum Za y Flere-Imsaho eran meros inadaptados sociales y que todo este Imperio espectacularmente corrupto y salvaje era una broma colosal que le habían gastado. Gurgeh estaba seguro de que en algún lugar del hiperespacio unas cuantas Mentes envueltas en el campo de una nave colosal se reían de él.

Recorrió el gran salón con la mirada. La música seguía sonando, las parejas de ápice y hembras elegantemente vestidas se deslizaban sobre el reluciente suelo de marquetería trazando los dibujos de las danzas —sus expresiones respectivas de orgullo y humildad le resultaban igualmente repugnantes—, mientras los sirvientes iban y venían de un lado para otro moviéndose con la concienzuda diligencia de las máquinas asegurándose de que cada copa estaba llena y cada bandeja repleta de comida. Gurgeh pensó que no le importaba en lo más mínimo cuál fuera su sistema social. Lo que más le asqueaba era el tosco y rígido exceso de organización visible por todas partes.

—Ah, Gurgue —dijo Pequil. Gurgeh le vio aparecer por el hueco que había entre una inmensa maceta y una columna de mármol. Iba acompañado por una hembra bastante joven a la que sujetaba por el codo—. Por fin le he encontrado. Gurgue, le

presento a Trinev Hijadedutley. –La cabeza del ápice se volvió de la chica al hombre sin dejar de sonreír ni un segundo y su mano la impulsó suavemente hacia adelante. Hijadedutley le hizo una lenta reverencia–. Trinev también juega –dijo Pequil mirando fijamente a Gurgeh–. Interesante, ¿verdad?

–Es un placer conocerla, joven dama –dijo Gurgeh, y también le hizo una pequeña reverencia.

La joven se había quedado inmóvil delante de él y no apartaba los ojos del suelo. Su traje no era tan aparatoso como la mayoría de los que había visto, y su cuerpo y sus rasgos le parecieron bastante menos atractivos que los de la invitada promedio.

–Bien, creo que será mejor que les deje solos para que hablen de ese extraño interés común suyo –dijo Pequil. Dio un paso hacia atrás y juntó las manos delante del pecho–. El padre de la señorita Hijadedutley está junto al estrado de la orquesta, Gurgue. Espero que no le importe devolvérsela cuando hayan terminado de hablar..

Pequil se alejó rápidamente. Gurgeh le siguió unos momentos con la mirada, se volvió hacia la joven y sonrió. La coronilla de la azadiana le quedaba más o menos a la altura del mentón. Gurgeh carraspeó, pero la joven siguió sin decir nada.

–Yo... Eh... –farfulló Gurgeh–. Creía que sólo los intermedios..., creía que sólo los ápices jugaban al Azad.

La chica alzó los ojos hasta posarlos en su pecho.

–No, señor. Hay algunas jugadoras bastante buenas..., de rango menor, naturalmente.

Tenía la voz suave, y parecía cansada. Seguía sin alzar la cabeza hacia él, y Gurgeh no tuvo más remedio que hablar con su coronilla. Podía ver la blancura del cuero cabelludo por entre los tensos mechones de cabellos negros.

–Ah –dijo–. Pensaba que quizá estuviera... prohibido. Me alegra que no lo esté. Y los machos... ¿También juegan?

–Oh, sí, señor. Todo el mundo puede jugar. Es un derecho reconocido en la Constitución. Lo que hacen es prohib... Bien, en el caso de los dos sexos... –Se calló y alzó la cabeza con tal brusquedad que Gurgeh casi dio un respingo–. Los dos sexos inferiores tienen muchas más dificultades para aprender porque todos los colegios de primera categoría sólo aceptan ápices. –Volvió a bajar la mirada–. Naturalmente, el único objetivo de esa restricción es impedir que los estudiantes se distraigan.

Gurgeh no sabía cómo reaccionar, y contestó con la primera palabra que le vino a la cabeza.

–Comprendo. –Tuvo que hacer un auténtico esfuerzo de concentración para que se le ocurriera algo más–. Y usted... ¿Tiene esperanzas de hacer un buen papel en los juegos?

–Si hago un buen papel..., si consigo llegar a la segunda fase del juego en la serie principal... Espero poder entrar en el funcionariado y viajar.

–Bueno, le deseo que tenga éxito.

–Gracias. Por desgracia no es muy probable. Como ya sabe la primera fase se juega en grupos de diez, y ser la única mujer entre nueve ápices... Bueno, los ápices considerarán que soy una molestia. Normalmente la mujer es la primera en quedar fuera del juego. Eso les deja el campo libre y les permite jugar de forma más relajada.

–Hmmm... Me han advertido de que podría ocurrirme algo similar –dijo Gurgeh.

Volvió a sonreír a la coronilla de la joven y deseó que ésta alzara nuevamente la cabeza hacia él.

–Oh, no. –La joven alzó los ojos y Gurgeh descubrió que aquellas pupilas carentes de brillo que le observaban con una franqueza tan directa eran capaces de hacerle sentir un poco incómodo–. No le harán eso. No sería cortés. No saben hasta qué punto domina el juego. Ellos... –Volvió a bajar la mirada–. Ellos saben quién soy, y en mi caso expulsarme del tablero para que puedan jugar con tranquilidad no es ninguna falta de respeto.

Gurgeh recorrió con los ojos el inmenso y ruidoso salón en que se celebraba el baile, aquella estancia colosal donde la gente hablaba y danzaba y la atmósfera vibraba con las notas de la música.

–¿Y no puede hacer nada al respecto? –le preguntó–. Por ejemplo, ¿no podría conseguir que la primera ronda estuviera compuesta por diez mujeres?

La joven seguía con los ojos clavados en el suelo, pero el leve cambio que se produjo en la curvatura de su mejilla le hizo pensar que quizá estuviera sonriendo.

–Oh, sí, señor, sería una buena solución. Pero creo que en toda la historia de las series del gran juego jamás se ha dado el caso de que dos jugadores de sexos inferiores estuvieran en el mismo grupo. En todos esos años el sorteo jamás ha producido una combinación semejante.

–Ah –dijo Gurgeh–. ¿Y en los juegos de pareja?

–No cuentan a menos que hayas superado las rondas preliminares. Me han dicho que cuando practico el juego en su modalidad singular..., bueno, dicen que soy muy afortunada. Supongo que debe ser eso. Pero, naturalmente, sé que lo soy pues mi padre me ha escogido un magnífico señor y esposo, y aunque no triunfe en los juegos haré un buen matrimonio. ¿Qué más puede pedir una mujer?

Gurgeh no supo qué responder. Había empezado a sentir un extraño cosquilleo en la nuca. Carraspeó ruidosamente un par de veces.

–Espero que gane –dijo al final. No se le había ocurrido nada mejor–. De veras... Espero que gane.

La joven alzó los ojos hacia él, le miró fijamente durante una fracción de segundo y volvió a bajarlos. Después meneó la cabeza.

Gurgeh acabó sugiriéndole que quizá iba siendo hora de que la acompañara hasta donde estaba su padre y la joven asintió. Sólo volvió a abrir la boca en una ocasión.

Empezaron a cruzar el gran salón abriéndose paso por entre los grupos de invitados que se interponían entre ellos y el lugar donde estaba el padre de la joven, y hubo un momento en el que pasaron por el hueco existente entre una gran columna tallada y una pared con frescos de batallas antiguas. Quedaron ocultos al resto del salón durante un instante y la joven alargó el brazo y le puso la mano sobre la muñeca. Alzó la otra mano, puso un dedo sobre el hombro de su traje y apretó con fuerza.

–Gane –murmuró sin dejar de apretar la tela mientras le acariciaba el brazo con los dedos de la otra mano–. ¡Tiene que ganar!

Y un instante después ya estaban delante de su padre. Gurgeh repitió lo a gusto que se sentía y se marchó. La joven no había vuelto a mirarle. Gurgeh no había tenido tiempo de replicar.

–Jernau Gurgeh, ¿te encuentras bien? –preguntó Flere-Imsaho.

Gurgeh estaba apoyado en una pared y parecía tener los ojos clavados en el vacío, como si fuera uno de los sirvientes vestidos con librea.

Gurgeh se volvió hacia la unidad. Alzó la mano y puso un dedo sobre la zona del hombro que la joven había apretado.

–El micro del traje... ¿Está aquí?

–Sí, está justo ahí –dijo la máquina–, ¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho Shohobohaum Za?

–Hmmm... Me lo imaginaba –dijo Gurgeh. Se apartó de la pared–. ¿Podemos marcharnos sin faltar a la cortesía?

–¿Ahora? –La unidad retrocedió unos centímetros y el zumbido que emitía se hizo un poco más estridente–. Bueno, supongo que sí... ¿Estás seguro de que te encuentras bien?

–Nunca he estado mejor. Vamos.

Gurgeh fue hacia la escalinata.

–Pareces un poco nervioso. Oye, ¿te encuentras bien? ¿No estás disfrutando del baile? ¿Qué te hizo beber Za cuando estabas con él? ¿Estás nervioso por el juego? ¿Te ha dicho algo Za? ¿Es porque nadie quiere tocarte?

Gurgeh se abrió paso entre el gentío sin prestar atención a la unidad envuelta en un aura de estática y zumbidos que flotaba junto a su hombro.

Cuando salieron de la gran sala se dio cuenta de que había olvidado el nombre de la joven, y por mucho que se esforzó sólo pudo recordar que Pequil la había llamado hija-de-alguien.

Gurgeh tenía que jugar su primera partida de Azad dos días después del baile. Pasó todas sus horas libres repasando unas cuantas maniobras con la *Factor limitativo*. Podría haber utilizado el cerebro del módulo, pero el estilo de la vieja nave de guerra era bastante más interesante. El hecho de que la *Factor limitativo* se encontrara a varias décadas de distancia en espacio luz real significaba que había un cierto retraso en la comunicación –aunque la nave siempre replicaba instantáneamente a cada movimiento de Gurgeh–, pero el efecto global seguía siendo el mismo que si se enfrentara a un jugador extraordinariamente rápido y dotado.

Gurgeh no aceptó más invitaciones a fiestas o acontecimientos sociales. Explicó a Pequil que su sistema digestivo necesitaba algún tiempo para acostumbrarse a la soberbia cocina del Imperio y el ápice pareció encontrar aceptable la excusa. Incluso rechazó la ocasión de hacer un recorrido turístico por la capital.

Durante aquellos días no vio a nadie aparte de Flere-Imsaho, quien pasaba la mayor parte del tiempo metido dentro de su disfraz posado sobre el parapeto del hotel zumbando suavemente y observando a los pájaros que atraía esparciendo migajas sobre el césped.

Gurgeh daba algún que otro paseo por el jardín del tejado y se apoyaba en el parapeto para contemplar la ciudad.

Las calles y el cielo estaban llenos de tráfico. Groasnachek era como un inmenso animal de cuerpo achatado y salpicado de púas que se llenaba de luces durante la noche y se envolvía en la calina de su aliento colectivo durante el día. La ciudad hablaba con un confuso coro de voces; un telón de fondo ensordecedor compuesto por el incesante rugir de los motores y las máquinas y los ocasionales aullidos de las aeronaves que parecían rasgar el cielo. Los gemidos, chillidos, gritos y alaridos de las sirenas y las alarmas se esparcían por la textura de la ciudad atravesándola como agujeros de metralla.

Gurgeh llegó a la conclusión de que Groasnachek era excesivamente grande, y en el aspecto arquitectónico la mezcla de estilos era tal que llegaba a la confusión más absoluta. El efecto de conjunto habría podido ser interesantemente variado, pero sólo conseguía ser horrendo. Gurgeh no paraba de pensar en el *Bribonzuelo*, una estructura que albergaba diez veces más personas que la ciudad en un espacio más pequeño de una forma mucho más elegante, aunque la mayor parte del volumen del VGS estaba ocupado por el espacio destinado a la construcción de naves, motores y otras clases de equipo.

Gurgeh llegó a la conclusión de que Groasnachek había sido planificada con la misma falta de cuidado que un pájaro pone en controlar las dimensiones y la forma de su cagada. La ciudad era su propio laberinto.

La mañana del día en que debían empezar los juegos Gurgeh despertó sintiéndose

de muy buen humor y tan animado como si acabara de ganar una partida, y su estado de ánimo no era el que habría esperado al comienzo de la primera competición seria de su vida. Tomó un desayuno muy parco y se fue poniendo lentamente el más bien ridículo atuendo ceremonial exigido para el juego: zapatillas flexibles, pantalones ceñidos a las piernas y una chaqueta de manga corta bastante aparatosa. Gurgeh se consoló pensando que su calidad de principiante le permitía llevar ropas relativamente libres de adornos y de colores bastante discretos.

Pequil se presentó en un vehículo de superficie oficial para llevarle a los juegos. El ápice parloteó animadamente durante todo el trayecto y le describió con gran entusiasmo una de las últimas conquistas del Imperio en una lejana región del espacio. Pequil le aseguró que había sido una victoria gloriosa.

El vehículo avanzó rápidamente por las grandes avenidas dirigiéndose hacia el suburbio de la ciudad en el que se encontraba el salón de congresos convertido temporalmente en sala de juegos.

La ciudad estaba llena de gente que acudía a su primer juego de la nueva serie; desde el jugador joven y lleno de optimismo que había sido lo bastante afortunado para que la lotería estatal le adjudicara un puesto en los juegos junto al mismísimo Nicosar, hasta las doce mil personas que despertaron y se enfrentaron al nuevo día sabiendo que a partir de aquel momento sus vidas podían cambiar para siempre de la forma más absoluta, ya fuese para mejorar o para empeorar.

Toda la ciudad hervía con la fiebre del juego que se apoderaba de ella cada seis años. Groasnachek rebosaba de jugadores, acompañantes, consejeros y asesores, mentores de los colegios, parientes y amistades, representantes de la prensa y servicios de noticias del Imperio y delegaciones de las colonias y dominios que habían acudido a la capital para observar cómo se decidía el curso futuro de la historia imperial.

La euforia inicial no tardó en desvanecerse y cuando llegaron al edificio donde se celebrarían los juegos Gurgeh descubrió que le temblaban las manos. Entró en la gran sala de paredes blancas y suelo de madera que resonaba con el eco de los pasos y una desagradable sensación de vacío y de estar mareado pareció emanar de su vientre e ir extendiéndose por todo su cuerpo. La sensación era muy distinta a la mezcla de tensión y júbilo que solía experimentar antes de una partida. La extraña mezcla de vacío y mareo era mucho más aguda e inquietante que cualquiera de las sensaciones que había experimentado hasta entonces.

Lo único que alivió su tensión fue el descubrimiento de que Flere-Imsaho no podría estar presente en la sala durante la competición. Las autoridades imperiales le habían negado el permiso de entrada y la unidad tendría que esperar fuera. Su aparatosa exhibición de ruidosa y chisporroteante tosquedad no había bastado para convencerlas de que no pudiera ayudar de alguna forma a Gurgeh durante el juego.

La unidad fue acompañada hasta un pequeño pabellón contiguo a la sala que compartiría con los guardias imperiales destacados como servicio de seguridad.

Flere-Imsaho protestó vehementemente.

Gurgeh fue presentado a los otros nueve jugadores de su ronda. En teoría todos habían sido escogidos al azar. Los jugadores le saludaron con bastante cordialidad, aunque uno de ellos –un novicio de la clase sacerdotal del Imperio– no le dirigió la palabra y sólo reconoció su presencia con un seco asentimiento de cabeza.

La ronda empezó con una partida secundaria de cartas y estrategia. Gurgeh jugó con mucha cautela y fue perdiendo cartas y puntos para averiguar las manos de los otros. Cuando éstas se hicieron obvias empezó a jugar de forma más brillante esperando que el curso de la partida no le haría quedar en ridículo, pero las manos siguientes le hicieron comprender que los demás seguían sin estar demasiado seguros de qué cartas tenía cada uno y Gurgeh no tardó en ser el único jugador que se comportaba como si la partida estuviera a punto de terminar.

Decidió jugar un par de cartas exploratorias más para tener la seguridad de que no se le había pasado nada por alto, y el sacerdote fue el único que empezó a jugar como si la partida hubiese entrado en su fase final. Gurgeh siguió utilizando su estrategia anterior y cuando la partida llegó a su fin –faltaba muy poco para el mediodía–, era el jugador con más puntos de todo el grupo.

–Bueno, hasta ahora no lo he hecho tan mal, ¿eh, unidad? –le dijo a Flere-Imsaho.

Gurgeh estaba sentado a la mesa en que se serviría el almuerzo para los jugadores, los funcionarios de los juegos y algunos de los espectadores más importantes.

–Si tú lo dices... –respondió la máquina en un tono bastante malhumorado–. No olvides que estoy prisionero en el pabellón con los alegres soldaditos, así que me resulta bastante difícil enterarme de cómo van las cosas.

–Oh, acepta mi palabra. Todo va a las mil maravillas. –Esto no es más que el comienzo, Jernau Gurgeh. No creas que volverás a pillarles desprevenidos.

–Sabía que podía confiar en ti para que me dieras ánimos.

Pasaron la tarde jugando en un par de tableros secundarios celebrando una ronda de partidas singulares para decidir el orden de precedencia. Gurgeh sabía que era bastante bueno en esa modalidad, y derrotó a sus contrincantes sin muchas dificultades. El único que pareció tomárselo a mal fue el sacerdote. Hubo otro descanso para cenar durante el que Pequil hizo una aparición no oficial. Le dijo que acababa de salir del trabajo, que iba a casa y había decidido pasarse por allí. El ápice le felicitó por lo bien que estaba jugando e incluso le dio una palmadita en el brazo antes de marcharse.

La sesión de primera hora de la noche fue una mera formalidad. Los funcionarios del juego –aficionados de un club local presididos por un funcionario imperial– les

llevaron al Tablero del Origen y les explicaron la configuración exacta y el orden de los juegos del día siguiente. A estas alturas ya era obvio que Gurgeh iba a empezar con una ventaja considerable.

Gurgeh estaba sentado en el asiento trasero del vehículo con Flere-Imsaho como única compañía. Se sentía bastante satisfecho de sí mismo y se relajó viendo desfilar la ciudad bañada por la luz violeta del crepúsculo.

–Bueno, supongo que no ha estado mal –dijo la unidad. Había reducido su zumbido hasta niveles casi inaudibles–. Si estuviera en tu lugar me pondría en contacto con la nave esta misma noche para discutir lo que harás mañana.

–¿De veras?

–Sí. Vas a necesitar toda la ayuda que puedas conseguir. Mañana se aliarán para acabar contigo. Tienen que hacerlo, ¿comprendes? Naturalmente, es el momento de liquidarte. Si alguno de ellos se encontrara en esta situación entablaría negociaciones con uno o más de los jugadores que han hecho peor papel y llegaría a un acuerdo con ellos para...

–Sí, pero como nunca parece cansarte de recordarme emplear ese tipo de jugarreta conmigo sería algo indigno e impropio de ellos. Por otra parte, tú estás aquí para animarme y tengo a la *Factor limitativo* para que me ayude... ¿Cómo puedo perder?

La unidad no dijo nada.

Gurgeh se comunicó con la nave aquella noche. Flere-Imsaho había declarado que estaba aburrido. La unidad se quitó el disfraz, se envolvió en un campo de negrura y se alejó flotando silenciosamente hasta perderse en la noche con rumbo a un parque de la ciudad en el que había aves nocturnas.

Gurgeh repasó sus planes con la *Factor limitativo*. pero el retraso de casi un minuto hizo que la conversación con la distante nave de guerra resultara bastante lenta. Aun así, la nave le hizo unas cuantas sugerencias que Gurgeh encontró muy interesantes. Gurgeh estaba seguro de que a este nivel del juego los consejos de la nave debían ser mucho más de fiar que cualquiera de los que sus oponentes pudieran estar recibiendo de sus mentores, ayudantes y consejeros. Lo más probable era que sólo el centenar escaso de jugadores de primera categoría –los que gozaban del patrocinio y apoyo directo de los colegios más importantes– tuviera acceso a una ayuda tan sofisticada. La idea le animó un poquito más de lo que ya estaba, y se fue a dormir sintiéndose bastante feliz.

Tres días después Gurgeh se volvió hacia el Tablero del Origen al final de una partida de la sesión de primera hora de la tarde y comprendió que no tardaría en quedar fuera del juego.

Al principio todo había ido bien. Gurgeh estaba razonablemente contento de su forma de manejar las piezas, y creía haber conseguido una apreciación bastante más

sutil del equilibrio estratégico del juego. La superioridad en posición y fuerzas resultado de sus éxitos durante las primeras fases del juego le habían convencido de que ganaría y seguiría en la Serie Principal para jugar la segunda ronda de partidas en solitario.

Pero durante la tercera mañana se dio cuenta de que había cometido un grave error. Se había confiado demasiado, y había permitido que su concentración se relajara. Lo que parecía una serie de movimientos inconexos hechos por la mayoría de sus oponentes se convirtió repentinamente en un ataque masivo coordinado dirigido por el sacerdote. Gurgeh sucumbió al pánico y se dejó pisotear. Era hombre muerto.

El sacerdote fue a hablar con Gurgeh en cuanto la partida hubo terminado. Gurgeh estaba sentado en su taburete elevado y contemplaba el desastre del tablero intentando comprender dónde se había equivocado. El ápice le preguntó si estaba dispuesto a admitir su derrota. Era el procedimiento convencional cuando algún jugador llevaba tal desventaja de piezas y territorio, y una honrosa admisión de la derrota se consideraba mucho menos vergonzosa que una tozuda negativa a enfrentarse con la realidad que sólo serviría para que la partida se prolongara haciendo perder un tiempo precioso al resto de oponentes. Gurgeh contempló en silencio al sacerdote durante unos segundos y se volvió hacia Flere-Imsaho, quien había obtenido permiso para estar presente en la sala cuando no se estuviera jugando. La máquina osciló de un lado a otro delante de él emitiendo un zumbido ensordecedor que casi rivalizaba con el chirriar de la estática que envolvía su disfraz.

—¿Qué opinas, unidad? —le preguntó Gurgeh con voz cansada.

—Creo que cuanto más pronto te libres de estas ropas ridículas mejor será —dijo la máquina.

El atuendo del sacerdote era una versión ligeramente más abigarrada del que llevaba puesto Gurgeh. El ápice lanzó una mirada de irritación a la máquina, pero no dijo nada.

Gurgeh volvió a clavar los ojos en el tablero y contempló al sacerdote. Tragó una honda bocanada de aire, suspiró y abrió la boca, pero Flere-Imsaho se le adelantó.

—Creo que deberías volver al hotel, cambiarte de ropa, relajarte un poco y darte una ocasión de pensar.

Gurgeh asintió lentamente con la cabeza, se frotó la barba y observó el amasijo de fortunas individuales esparcido por el Tablero del Origen. Después se volvió hacia el sacerdote y le dijo que le vería mañana.

—No puedo hacer nada. Han ganado —dijo Gurgeh en cuanto hubieron vuelto al módulo.

—Si tú lo dices... ¿Por qué no consultas con la nave?

Gurgeh se puso en contacto con la *Factor limitativo* para darle la mala noticia. La

nave le dijo cuánto lo lamentaba, y en vez de intentar ayudarlo dándole alguna idea que pudiese sacarle del atolladero le explicó con todo lujo de detalles dónde se había equivocado. Gurgeh le dio las gracias de bastante mal humor y se fue a la cama muy abatido deseando haber admitido su derrota cuando el sacerdote se lo pidió.

Flere-Imsaho había vuelto a esfumarse para explorar la ciudad. Gurgeh yacía inmóvil en la oscuridad rodeado por el silencio del módulo.

Se preguntó para qué le habían enviado aquí. ¿Qué esperaba realmente Contacto de él? ¿Había sido enviado para que le humillaran, con lo que el Imperio se quedaría tranquilo y convencido de que la Cultura jamás sería una amenaza? Parecía una respuesta tan probable como cualquier otra. No le costaba nada imaginarse al Cubo de Chiark desgranando una ristra de cifras referentes al inmenso gasto energético que había exigido el trasladarle hasta allí..., e incluso la Cultura y Contacto se lo pensarían dos veces antes de tomarse tantas molestias sólo para que uno de sus ciudadanos pudiera disfrutar de una mezcla de vacaciones y crucero de aventuras. La Cultura no utilizaba el dinero, pero tampoco permitía derroches de materia y energía tan conspicuos y extravagantes (el desperdicio se consideraba poco elegante). Pero convencer al Imperio de que la Cultura era una sociedad ridícula que no representaba ninguna amenaza... ¿Cuánto podía valer eso?

Gurgeh se dio la vuelta, activó el campo flotador, ajustó su resistencia e intentó conciliar el sueño. Cambió varias veces de postura y volvió a alterar la resistencia, pero no lograba encontrar una postura cómoda y acabó desconectándolo.

Se volvió hacia la mesilla de noche y vio el débil resplandor del brazalete que le había dado Chamlis. Lo cogió y le fue dando vueltas entre sus dedos. El diminuto Orbital brillaba en la oscuridad iluminando sus dedos y las ropas de la cama. Gurgeh contempló la superficie del lado diurno y los remolinos casi microscópicos de los sistemas nubosos que flotaban sobre el azul del mar y el marrón de la tierra, y pensó que ya iba siendo hora de que escribiera a Chamlis para agradecerle su regalo.

Hasta entonces no se había dado cuenta de la elegante habilidad con que había sido concebida aquella pequeña joya. Gurgeh había dado por sentado que consistía en una simple imagen fija iluminada, pero era algo más que eso. Recordó el aspecto que tenía cuando lo vio por primera vez y se dio cuenta de que la escena había cambiado. Los contornos de los continentes-isla del lado diurno eran distintos a los que recordaba, aunque logró reconocer un par situados cerca del terminador del alba. El brazalete era una representación de un Orbital dotada de movimiento, y posiblemente incluso podría utilizarse como un reloj no muy sofisticado.

Gurgeh sonrió en la oscuridad y se dio la vuelta.

Todos esperaban que perdiera. Sólo él sabía –o había sabido– que tenía más posibilidades de lo que se imaginaban, pero había desperdiciado estúpidamente la ocasión de demostrar que estaba en lo cierto y de que eran ellos quienes se

equivocaban.

–Idiota, idiota –murmuró en la oscuridad.

No podía dormir. Se puso en pie, activó la pantalla del módulo y le ordenó que mostrara su situación actual en el juego. El holograma del Tablero del Origen apareció delante de él. Gurgeh se sentó y lo observó en silencio. Después le ordenó al módulo que se pusiera en contacto con la nave.

La conversación transcurrió con la lentitud de un sueño. Gurgeh clavó los ojos en el tablero que parecía alejarse de él y permitió que la fascinación del juego le fuese envolviendo mientras dejaba transcurrir el tiempo necesario para que sus palabras llegaran hasta la lejana nave de guerra y el nuevo intervalo que su contestación tardaba en llegar hasta él.

–¿Jernau Gurgeh?

–Quiero saber una cosa, nave. ¿Hay alguna forma de salir de este lío?

Qué pregunta tan estúpida... Gurgeh ya conocía la respuesta. Su situación era desastrosa. Sólo había una cosa clara, y era que no tenía ninguna esperanza.

–¿Te refieres a salir de tu situación actual en el juego?

Gurgeh suspiró. Qué forma tan estúpida de perder el tiempo...

–Sí. ¿Tienes alguna idea?

El holograma congelado en la pantalla que tenía delante de los ojos y la posición que mostraba era como un momento congelado de una larga caída en el vacío; el instante en que el pie resbala, los dedos pierden las últimas reservas de energía que les quedaban y el cuerpo se rinde a la aceleración que le llevará hasta la muerte. Gurgeh pensó en satélites que caían eternamente y en el tambalearse controlado que los bípedos llaman caminar.

–En toda la historia de las partidas de la Serie Principal no ha habido nadie que lograra recuperarse llevando una desventaja de puntos tan grande como la tuya. Creen que ya estás derrotado.

Gurgeh esperó. Silencio.

–Responde a la pregunta que te he hecho –le dijo a la nave–. No has respondido a mi pregunta. Respóndeme.

¿A qué estaba jugando la nave? Un desastre, un desastre, un desastre total y absoluto... Su posición era un amasijo remolineante de piezas y áreas, una confusión amorfa y nebulosa, una estructura maltrecha y vacilante que empezaba a desmoronarse. ¿Por qué perdía el tiempo preguntándole si había alguna salida? ¿Acaso no confiaba en su propio juicio? ¿Necesitaba que una Mente se lo confirmara? Como si su confirmación fuera lo único que podía convertir en realidad la derrota suspendida sobre su cabeza...

–Sí, claro que hay una salida –dijo la nave–. Muchas, de hecho, aunque todas son tan improbables que rozan la imposibilidad. Pero puede hacerse. Apenas hay tiempo

suficiente para...

–Buenas noches, nave –dijo Gurgeh, pero la señal no se había interrumpido.

–... explicarte cualquiera de ellas con cierto detalle, pero creo que puedo darte una idea general de lo que debes hacer aunque, naturalmente, el mero hecho de que deba ser una evaluación tan sinóptica, tan...

–Disculpa, nave. Buenas noches.

Gurgeh desconectó el canal. La pantalla emitió un chasquido. Un rato después oyó el tintineo indicador de que la nave también había cortado la conexión. Gurgeh volvió a contemplar la imagen del holograma y cerró los ojos.

Cuando despertó seguía sin tener ni idea de lo que iba a hacer. Había pasado toda la noche en vela sentado delante de la pantalla sin apartar la vista del panorama del juego, observándolo con tanta atención que éste parecía haber quedado grabado en su cerebro. Le dolían los ojos. Tomó un desayuno ligero y se entretuvo viendo algunos de los programas recreativos con que el Imperio alimentaba a su población. El tipo de diversión vacía e irracional que ofrecían le pareció de lo más adecuado.

Pequil se presentó a recogerle. El ápice estaba muy sonriente e insistió en que Gurgeh había jugado muy bien, que tomar parte en el juego ya era un auténtico honor y que, personalmente, estaba seguro de que si decidía inscribirse en ella Gurgeh haría un gran papel en la segunda serie de los juegos destinada a quienes habían sido eliminados de la Serie Principal. Naturalmente el interés de la segunda serie era bastante más reducido y en la práctica estaba reservada a quienes querían conseguir algún ascenso, y era un callejón sin salida que no llevaba más allá, pero siempre cabía la posibilidad de que Gurgeh estuviera más inspirado cuando tuviera que enfrentarse a otros..., eh..., infortunados. Bien, tanto daba. Hiciera lo que hiciese Gurgeh seguiría yendo a Ecronedal para ver el final de los juegos y eso era un gran privilegio, ¿no?

Gurgeh apenas despegó los labios y se limitó a asentir con la cabeza de vez en cuando. Subieron al vehículo de superficie y Pequil se pasó todo el trayecto hablando de la gran victoria lograda por Nicosar en su primera partida del día anterior. El Emperador-Regente ya estaba en el segundo tablero, el Tablero de la Forma.

El sacerdote volvió a pedirle que abandonara y Gurgeh repitió que deseaba seguir jugando. El grupo de jugadores tomó asiento alrededor del gran tablero y cada uno dictó sus movimientos a los jugadores del club o los llevó a cabo personalmente. Gurgeh estuvo sentado en silencio durante un buen rato hasta mover su primera pieza de la mañana. Sostuvo el biotec entre las manos durante varios minutos con la cabeza inclinada y los ojos clavados en el tablero, y se mantuvo inmóvil en esa postura durante tanto tiempo que los otros jugadores creyeron que había olvidado que le tocaba mover y hablaron con el Adjudicador para pedirle que se lo recordara.

Gurgeh colocó la pieza en el lugar que había escogido. Era como si estuviera viendo dos tableros, el que estaba delante de él y el que había grabado en su mente la

noche anterior. Los otros jugadores hicieron sus movimientos y fueron obligándole a retroceder hasta que Gurgeh quedó confinado en una zona muy reducida del tablero con sólo un par de piezas que se movían erráticamente de un lado a otro libres fuera de ella.

Cuando llegó, tal y como había sabido que llegaría sin querer admitirlo ante sí mismo, la..., sí, la revelación –pues era la única palabra que le parecía adecuada– hizo que sintiera un deseo casi incontenible de echarse a reír. Lo que hizo fue mecerse hacia atrás y hacia adelante asintiendo lentamente con la cabeza. El sacerdote le lanzó una mirada expectante, como si estuviera esperando que aquel estúpido humano se rindiera de una vez, pero Gurgeh alzó la cabeza y le sonrió. Repasó su delgado mazo escogiendo las cartas más sólidas que le quedaban, se las entregó al Adjudicador e hizo su siguiente movimiento.

Gurgeh se lo jugó todo a una sola posibilidad, confiando en que los otros jugadores sólo deseaban terminar la partida lo más deprisa posible. Estaba claro que se había llegado a alguna especie de acuerdo para dejar ganar al sacerdote, y Gurgeh supuso que el estar luchando para asegurar la victoria de otra persona haría que los demás no se esforzaran al máximo de sus capacidades. La victoria no sería suya y no podrían considerarse propietarios del triunfo. Naturalmente, no era necesario que jugaran demasiado bien. El puro peso de los números podía compensar sobradamente la falta de entusiasmo de los jugadores.

Pero los movimientos podían convertirse en un lenguaje, y Gurgeh creía estar en condiciones de hablar ese lenguaje lo suficientemente bien para mentir en él. Hizo sus movimientos y en un momento dado pareció sugerir que había perdido toda esperanza..., su siguiente jugada pareció indicar que estaba decidido a arrastrar consigo unos cuantos jugadores haciéndoles compartir su derrota..., o sólo a dos de ellos..., o a otro. Las mentiras se fueron sucediendo unas a otras. No había un solo mensaje, sino una sucesión de señales contradictorias que tiraban de la sintaxis del juego primero en una dirección y luego en otra hasta que el entendimiento alcanzado por los otros jugadores empezó a dar señales de fatiga y se fue desintegrando lentamente.

A mediados de ese proceso Gurgeh hizo unos cuantos movimientos inconsecuentes que parecían carecer de propósito y que –de repente, y sin ningún aviso previo que lo indicara– amenazaron primero a unas pocas, después a bastantes y luego a la mayoría de piezas de un jugador, aunque al precio de colocar a las fuerzas de Gurgeh en una posición todavía más vulnerable. El jugador amenazado se dejó dominar por el pánico y el sacerdote hizo lo que Gurgeh esperaba que hiciera. El ataque adquirió más ímpetu y se volvió más apresurado. Durante los siguientes movimientos Gurgeh fue pidiendo que el funcionario a quien había entregado las cartas les diera la vuelta una por una. Las cartas actuaron como las minas ocultas en

una partida de Posesión. Las fuerzas del sacerdote fueron destruidas, desmoralizadas, cegadas por los movimientos hechos al azar, debilitadas hasta un punto en el que no podrían recuperarse, en poder de Gurgeh o –sólo en unos cuantos casos– en manos de otros jugadores. El sacerdote quedó prácticamente aniquilado, y sus fuerzas se dispersaron por el tablero como si fuesen un montón de hojas muertas.

Gurgeh aprovechó la confusión para observar a los otros jugadores. La pérdida de su líder hizo que empezaran a pelearse por las migajas. Uno de ellos se colocó en una situación bastante apurada. Gurgeh atacó, aniquiló la mayor parte de sus fuerzas y capturó el resto, y después siguió atacando sin hacer ni una sola pausa para reagruparse.

Algún tiempo después comprendería que en aquellos momentos seguía llevando una considerable desventaja de puntos, pero el ímpetu de su resurrección le hizo seguir adelante y fue creando un pánico irracional, histérico y casi supersticioso que se difundió rápidamente entre los otros jugadores.

No volvió a cometer errores. Su avance a través del tablero se convirtió en una combinación de carrera enloquecida y desfile triunfal. Jugadores que ocupaban una posición sólida y bien defendida quedaron en ridículo cuando las fuerzas de Gurgeh asolaron sus territorios devorando zonas y efectivos como si no pudiera haber nada más sencillo o natural.

Gurgeh terminó la partida en el Tablero del Origen antes de la sesión de la tarde. Había logrado salvarse. No sólo había conseguido pasar al siguiente tablero, sino que iba en primer lugar de la clasificación. El sacerdote había estado contemplando la disposición de las piezas y los territorios con una expresión que Gurgeh estuvo seguro habría podido reconocer y describir con la palabra «atónita» aunque no le hubieran dado lecciones sobre el lenguaje facial azadiano, y salió de la estancia sin las bromas habituales que acompañaban el final de una partida. Los otros jugadores apenas dijeron nada o se mostraron embarazosamente efusivos y le felicitaron por lo bien que había jugado.

Gurgeh se encontró convertido en el centro de una multitud que parecía haber surgido de la nada compuesta por los miembros del club, unos cuantos periodistas, otros jugadores y algunos invitados que habían observado el desarrollo de la partida. Contempló en silencio a aquellos ápices que no paraban de hablar y tuvo la sensación de estar separado de ellos por una distancia inconmensurable. La multitud que se agolpaba a su alrededor –y que seguía haciendo cuanto podía para no tocarle– era real, pero su mismo número hacía que toda la escena cobrara una apariencia irreal. Un diluvio de preguntas cayó sobre él, pero Gurgeh no pudo responder a ninguna y, de todas formas, apenas si podía distinguir las palabras. Los ápices hablaban demasiado deprisa, y los sonidos que brotaban de sus labios se confundían unos con otros impidiendo que pudieran ser considerados como interrogaciones

independientes. Flere-Imsaho estaba flotando sobre las cabezas de la multitud, pero aunque se desgañitó intentando atraer la atención de los ápices lo único que consiguió fue que su estática atrajera sus cabellos. Gurgeh vio como un ápice extendía el brazo intentando apartar a la máquina y recibía lo que estaba claro era una descarga eléctrica tan inesperada como dolorosa.

Pequil se abrió paso por entre el gentío y logró llegar hasta Gurgeh, pero no había acudido a rescatarle. El excitado ápice le dijo que había venido acompañado por veinte reporteros. Tocó a Gurgeh sin parecer darse cuenta de lo que hacía, obligándole a girar sobre sí mismo hasta quedar de cara a unas cámaras.

Hubo más preguntas, pero Gurgeh las ignoró. Tuvo que preguntarle a Pequil varias veces si podía marcharse antes de que el ápice se encargara de abrirle un camino hasta la puerta y el vehículo que les aguardaba.

–Señor Gurgue, permita que añada mi felicitación más efusiva a las que ya ha recibido –dijo Pequil una vez estuvieron dentro del vehículo–. Me enteré en el trabajo y vine lo más deprisa que pude. Ha conseguido una gran victoria.

–Gracias –dijo Gurgeh.

Fue relajándose poco a poco. Apoyó la espalda en la mullida tapicería del asiento y volvió la cabeza hacia la ventanilla para contemplar la ciudad bañada por el sol. El vehículo tenía aire acondicionado y el edificio en el que se celebraban los juegos no, pero Gurgeh descubrió que era ahora cuando estaba empezando a sudar. Se estremeció.

–Yo también –dijo Flere-Imsaho–. Te tomaste el juego en serio justo a tiempo.

–Gracias, unidad.

–Claro que aparte de eso tuviste una suerte increíble.

–Confío en que me permitirá hacer los arreglos necesarios para celebrar una conferencia de prensa, señor Gurgeh –se apresuró a decir Pequil–. Estoy seguro de que ocurra lo que ocurra durante el resto de los juegos la partida de hoy bastará para hacerle famoso. ¡Cielos, esta noche compartirá el liderazgo con el mismísimo Emperador!

–No, gracias –dijo Gurgeh–. No quiero ninguna conferencia de prensa.

Estaba convencido de que no tenía nada que decirles. ¿Qué podía contar? Había ganado la partida y tenía todas las posibilidades de ganar aquella ronda y, aparte de eso, la idea de que su imagen y su voz fueran transmitidas a todos los rincones del Imperio y de que su historia –adaptada a las exigencias del sensacionalismo, de eso no le cabía ninguna duda–, fuera contada una y otra vez y distorsionada por aquellas personas le hacía sentirse terriblemente incómodo.

–¡Oh, pero tiene que dar una conferencia de prensa! –protestó Pequil–. ¡Todo el mundo querrá verle! No parece comprender lo que ha hecho. ¡Aunque acabe perdiendo ha establecido un nuevo récord! ¡Nadie había logrado recuperarse y ganar

la partida después de haber quedado tan atrás! ¡Fue asombroso! ¡Una victoria de lo más brillante!

–No puedo permitirme ese tipo de distracciones –dijo Gurgeh, y se sintió repentinamente muy cansado–. Tengo que concentrarme al máximo. Tengo que descansar.

–Bueno... –dijo Pequil. Parecía un poco desilusionado–. Claro, lo comprendo, pero... Debo advertirle de que está cometiendo un error. La gente querrá oír lo que tenga que decir, y nuestra prensa siempre da al público lo que éste desea sin importar cuáles sean las dificultades a que deba enfrentarse para conseguirlo. Si decide no hablar se limitarán a inventar sus declaraciones. Creo que sería mejor que diese una conferencia de prensa.

Gurgeh meneó la cabeza y contempló el tráfico que discurría por la avenida.

–Si la gente quiere contar mentiras sobre mí eso es algo entre ellos y sus conciencias. No estoy obligado a hablar con los periodistas. Francamente, me importa muy poco lo que digan.

Pequil le lanzó una mirada de asombro, pero no dijo nada. Flere-Imsaho emitió una especie de risita que fue claramente audible por encima de su incesante zumbido.

Gurgeh habló con la nave. La *Factor limitativo* dijo que la partida probablemente podría haberse llevado de una forma más elegante, pero lo que Gurgeh había hecho representaba un extremo del espectro de posibilidades muy improbables que había querido exponerle la noche anterior y le felicitó. Había jugado bastante mejor de lo que la nave creía posible. También le preguntó por qué había cortado la comunicación después de que le dijera que existía una salida.

–Porque lo único que quería saber es si había una salida.

(Y, una vez más, el retraso; el peso del tiempo mientras sus palabras salían disparadas hacia el cielo y se desplazaban bajo la superficie moteada de materia del espacio real.)

–Pero podría haberte ayudado –dijo la nave–. Cuando rechazaste mi ayuda... Pensé que era una mala señal. Empecé a creer que aunque siguieras jugando en el tablero ya habías tomado la decisión de rendirte.

–No quería ayuda, nave. –Gurgeh jugueteó con el brazalete del Orbital preguntándose distraídamente si correspondía a algún mundo en concreto y, de ser así, cuál sería–. Quería algo de esperanza.

–Comprendo –dijo la nave pasado un rato.

–Yo no aceptaría –dijo la unidad.

–¿Qué es lo que no aceptarías? –preguntó Gurgeh apartando la mirada del tablero que ocupaba el holograma.

–La invitación de Za.

La diminuta máquina se acercó un poco más. Volvían a estar dentro del módulo, y Flere-Imsaho se había quitado su molesto y voluminoso disfraz.

Gurgeh contempló a la unidad con el ceño fruncido.

–No me había dado cuenta de que también iba dirigida a ti.

Shohobohaum Za había enviado una nota felicitando a Gurgeh e invitándole a salir una noche.

–Bueno, no me ha incluido en la invitación, pero se supone que debo acompañarte a todas partes, observarlo todo y...

–¿De veras? –Gurgeh volvió la cabeza hacia el holograma–. Supongo que siempre tienes el recurso de quedarte aquí y observar lo que te dé la gana mientras yo salgo esta noche con Shohobohaum Za a divertirme en la ciudad.

–Lo lamentarás –dijo la unidad–. Hasta ahora has actuado con mucha prudencia. No has salido del módulo y no te has metido en ningún lío, pero si empiezas a comportarte de una forma tan casquivana...

–¿«Casquivana»? –Gurgeh alzó los ojos hacia la unidad. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo difícil que resultaba mirar de arriba abajo a un objeto que sólo medía unos centímetros–. Oye, unidad, no sabía que fueras mi madre.

–Estoy intentando actuar de la forma más correcta y prudente –dijo la máquina subiendo un poco el tono de voz–. Te encuentras en una sociedad extraña, no eres una persona que sepa llevarse muy bien con la gente y en cuanto a Za te aseguro que no encaja con mi idea de...

–¡Maldita caja de chatarra! –exclamó Gurgeh.

Se puso en pie y desconectó la holopantalla..

La unidad dio un salto en pleno aire y se apresuró a retroceder.

–Vamos, vamos, Jernau Gurgeh...

–No intentes el truquito del «vamos, vamos» conmigo, odiosa sumadora condescendiente, y no te des tantos humos. Si quiero salir a divertirme una noche saldré. Y, francamente, la idea de tener algo de compañía humana para variar me parece más atractiva a cada momento que pasa. –Extendió el brazo y apuntó con un dedo a la máquina–. No vuelvas a leer mi correspondencia y no te tomes la molestia de escoltarnos esta noche. –Pasó rápidamente junto a la unidad y fue en dirección a su compartimento–. Voy a darme una ducha. ¿Por qué no te largas a observar unos cuantos pájaros?

Gurgeh salió de la sala hecho una furia. La diminuta unidad se quedó inmóvil durante unos momentos.

–Oops –dijo por fin en voz baja como si hablara consigo misma.

Osciló de un lado a otro con un movimiento vagamente parecido a un encogimiento de hombros y se alejó a toda velocidad envuelta en un débil resplandor

rosado.

–Echa un traguito de esto –dijo Za.

El vehículo de superficie corría por las calles de la ciudad deslizándose bajo el cielo enrojecido del crepúsculo.

Gurgeh aceptó la petaca y bebió.

–No es tan bueno como el *grif*, pero cumple su función –dijo Za y recuperó la petaca. Gurgeh tosió–. ¿Dejaste que ese *grif* surtiera efecto en el baile o no?

–No –admitió Gurgeh–. Lo hice pasar de largo. Quería tener la cabeza despejada.

–Oh, vaya... –dijo Za, y puso cara de abatimiento–. Eso quiere decir que habría podido beber un poco más del que bebí, ¿no? –Se encogió de hombros, sonrió y le dio unas palmaditas en el codo–. Eh, por cierto... Mis felicitaciones. Por tu victoria, ya sabes.

–Gracias.

–Ha sido una lección que no olvidarán. Chico, menuda sorpresa les diste... –Za meneó la cabeza y le contempló con admiración. Su larga cabellera castaña se deslizó sobre la parte superior de su holgada túnica como si fuera una masa de humo que había adquirido peso de repente–. Al principio me pareció que eras un perdedor de primera categoría, J-G, y confieso que te archivé en el cajón correspondiente, pero ahora veo que eres un hombre de muchos recursos.

Le guiñó un ojo y sonrió.

Gurgeh contempló el rostro jovial de Za durante unos momentos sin saber muy bien cómo debía reaccionar, pero acabó sonriendo. Le quitó la petaca de entre los dedos y se la llevó a los labios.

–Por los hombres de muchos recursos –dijo.

–Amén, maestro.

Hubo un tiempo en que el Agujero se encontraba en los arrabales de la ciudad, pero ahora era otra parte más de un distrito urbano. El Agujero era un vasto conjunto de cavernas artificiales excavadas en la pizarra varios siglos antes para almacenar gas natural. El gas se había agotado hacía mucho tiempo, la ciudad utilizaba otras formas de energía y el conjunto de enormes cavernas unidas las unas a las otras había sido colonizado, primero por los pobres de Groasnachek y luego (mediante un lento proceso de osmosis y desplazamiento, como si el comportamiento del gas natural y el de los seres humanos fuera prácticamente idéntico) por sus criminales y fuera de la ley y, finalmente aunque no del todo, por los nativos de otras especies y el cortejo de locales que dependía de ellos, con lo que las cavernas se habían convertido en algo a lo que sólo le faltaba el nombre para ser un auténtico ghetto de extranjeros.

El vehículo en el que viajaban Gurgeh y Za entró en lo que había sido un gigantesco cilindro para el almacenaje del gas y que ahora albergaba dos rampas en forma de espiral que servían para que los vehículos de superficie y de otros tipos

entraran y salieran del Agujero. El cilindro seguía estando básicamente vacío, y el centro de aquella inmensa estructura que vibraba continuamente con un sinfín de ecos estaba ocupado por un conjunto de ascensores de varios tamaños que subían y bajaban por entre armazones improvisadas de tubos, cañerías y vigas.

Las superficies interior y exterior del gigantesco gasómetro brillaban bajo el arcoiris creado por las luces y el parpadeo irreal de las imágenes grotescamente exageradas ofrecidas por los hologramas publicitarios. La gente iba y venía por el primer nivel de aquel cruce entre torre y caverna, y el aire estaba saturado de gritos, alaridos, voces que discutían y regateaban y ruidos de motores y maquinaria. Gurgeh observó al gentío y los puestos y tiendas que pasaban junto a ellos antes de que el vehículo inclinara el morro e iniciara su largo descenso. Un extraño olor entre dulzón y acre se fue filtrando por las rejillas del sistema del aire acondicionado y lo invadió como si fuera el aliento humeante de aquel lugar.

Dejaron el vehículo en un túnel larguísimo de techo bastante bajo cuya atmósfera estaba llena de humo y gritos. La galería apenas si podía acoger a los vehículos de muchas formas y tamaños que gruñían y siseaban abriéndose paso entre los enjambres de personas como inmensos animales vadeando torpemente un mar de insectos. Za cogió a Gurgeh de la mano y su vehículo se puso en marcha dirigiéndose hacia la rampa de subida. Fueron avanzando por entre las multitudes de azadianos y otros humanoides yendo hacia la boca de un túnel envuelto en una débil claridad verdosa.

–Bueno, ¿qué te parece el lugar? –gritó Za.

–Está un poco lleno, ¿no?

–¡Pues tendrías que verlo un día de fiesta!

Gurgeh miró a su alrededor. Tenía la sensación de ser invisible, como si se hubiera convertido en un fantasma. Se había acostumbrado a ser el centro de la atención, un fenómeno al que todos contemplaban boquiabiertos con cara de asombro mientras procuraban mantenerse a una buena distancia de él; y de repente ahora se encontraba rodeado por personas que no se fijaban en él y apenas si le lanzaban alguna que otra mirada fugaz. Le empujaban, tropezaban con él, le apartaban y le rozaban sin que les importara lo más mínimo tocarle.

Y había tanta variedad, incluso en la enfermiza luz verde mar de aquel túnel, tantos tipos físicos distintos mezclados con los azadianos que ya se estaba acostumbrando a ver... Reconoció a unos cuantos alienígenas que su memoria de las variedades pan-humanas encontró vagamente familiares, pero la mayoría eran salvajemente distintos a cuanto había visto hasta entonces. Gurgeh pronto perdió la cuenta de las variaciones en miembros, estatura, corpulencia, fisionomía y aparato sensorial con que se fue encontrando durante aquel breve recorrido por el túnel.

Salieron del calor del túnel y entraron en una inmensa caverna brillantemente

iluminada que tendría un mínimo de ochenta metros de altura y la mitad de anchura. Las paredes de color crema se alejaban en ambas direcciones durante medio kilómetro o más y terminaban en grandes arcos laterales rodeados de luces que llevaban a otras galerías. El suelo estaba lleno de tiendas y edificios que parecían chozas, paneles y pasarelas cubiertas, puestos, quioscos y placitas cuadradas con fuentes y toldos a rayas de muchos colores. Las lámparas colgadas en los cables atados a los postes bailoteaban de un lado para otro, y las luces principales ardían en las lejanas bóvedas del techo inundándolo todo con una luz entre marfileña y plateada. Los lados de la galería casi quedaban ocultos por edificios de varios niveles y pasarelas suspendidas de las paredes o del techo, y había tramos enteros de pared de un gris mugriento puntuados por los agujeros irregulares de las ventanas, balcones, terrazas y puertas. Los ascensores y poleas crujían y chirriaban llevando a sus pasajeros hasta los niveles superiores o bajándolos hasta aquella superficie atestada de objetos y personas.

–Por aquí –dijo Za.

Avanzaron por las angostas calles del suelo de la galería hasta llegar a la pared, subieron por una escalera de madera de peldaños bastante anchos pero no muy seguros y fueron hacia una gruesa puerta también de madera protegida por una reja metálica y un par de siluetas de gran corpulencia. Una era un macho azadiano y la otra pertenecía a una especie que Gurgeh no consiguió identificar. Za les saludó con la mano y la reja metálica fue subiendo sin que ninguno de los dos guardias pareciese haber hecho nada. La puerta giró lentamente sobre sus goznes, y Gurgeh y Za abandonaron la caverna llena de ecos para internarse en un túnel sumido en la penumbra. Las paredes estaban ocultas por paneles de madera y la gruesa alfombra que cubría el suelo hacía que el túnel resultara bastante silencioso, sobre todo comparado con el tumulto de la caverna.

Las luces de la caverna fueron desapareciendo a su espalda y una débil claridad color cereza empezó a atravesar la capa de yeso tan delgada como una oblea que cubría la curvatura del techo. Los paneles de madera parecían bastante gruesos, eran oscuros como el alquitrán y estaban calientes al tacto. Gurgeh empezó a oír los ecos ahogados de la música por delante de ellos.

Otra puerta; una mesa en una pequeña habitación donde dos ápicos les contemplaron sin demasiado interés y acabaron dignándose sonreír a Za, quien les entregó un par de bolsitas de cuero. La puerta se abrió. Za y Gurgeh cruzaron el umbral para encontrarse con la luz, la música y el ruido que había más allá.

El espacio en el que entraron era una dimensión regida por la confusión y el desorden, y no había forma de decidir si se trataba de una sola estancia subdividida y repartida en un caos de varios niveles o una profusión de galerías y habitaciones más pequeñas que se habían acabado juntando unas con otras. El lugar estaba lleno de

gente y la atmósfera vibraba con los ecos estridentes de la música atonal. Las espesas capas de humo que flotaban lentamente de un lado a otro podrían haber hecho pensar que estaba ardiendo, pero el humo tenía un olor dulzón y casi perfumado.

Za guió a Gurgeh por entre el gentío hasta una cúpula de madera situada a un metro de distancia de una pequeña pasarela cubierta. Desde la cúpula se dominaba una especie de escenario situado a un nivel inferior. El escenario estaba rodeado por pequeños palcos circulares y por varias zonas con asientos y bancos, todos ellos ocupados y con una considerable mayoría de azadianos.

En el pequeño escenario de forma más o menos circular que había debajo se veía a un alienígena bajito y no muy corpulento –o, al menos, a una criatura de esas características que apenas entraba en la categoría de pan-humana–, que luchaba o, quizá, copulaba con una hembra azadiana dentro de una temblorosa bañera llena de un fango rojizo del que se desprendían hilillos de humo. El conjunto parecía estar rodeado por un campo de baja gravedad. Los espectadores gritaban, aplaudían y no paraban de beber.

–Oh, estupendo –dijo Za–. La diversión acaba de empezar.

–¿Están jodiendo o se pelean? –preguntó Gurgeh.

Puso los codos sobre la barandilla y bajó la vista hacia el confuso montón de carne convulsa que eran el alienígena y la mujer.

Za se encogió de hombros.

–¿Qué importa eso?

Una camarera –una hembra azadiana que sólo vestía un trocito de tela alrededor de la cintura– acudió a una señal de Za y les preguntó qué querían beber. Llevaba los cabellos peinados en forma de bola y el holograma de llamas azules y amarillas que los envolvía producía la ilusión de que estaban ardiendo.

Gurgeh apartó la mirada del escenario. La mujer logró que el alienígena saliera dando vueltas por los aires y se lanzó sobre él haciéndole desaparecer debajo del fango humeante. El público sentado detrás de Gurgeh acogió la proeza con un murmullo colectivo de admiración.

–¿Vienes aquí muy a menudo? –preguntó Gurgeh.

Za dejó escapar una ruidosa carcajada.

–No. –Sus verdes pupilas chispearon–. Pero me voy con mucha frecuencia^[2].

–¿Es el sitio donde te relajas?

Za meneó la cabeza enfáticamente.

–Por supuesto que no. Es un error muy extendido. Hay mucha gente convencida de que la diversión resulta relajante. Si te relaja es señal de que no te estás divirtiendo como deberías, y el Agujero ha sido concebido precisamente con el fin de que te diviertas. Diversión y juegos... Se calma un poco durante el día, pero incluso entonces hay horas en que también puede ser bastante salvaje. Los festivales de

bebida suelen ser los peores, pero creo que esta noche no habrá ningún problema. La atmósfera está bastante tranquila.

El público gritó. La mujer tenía agarrado al pequeño alienígena por el cuello y le mantenía el rostro debajo del fango. El alienígena se debatía desesperadamente.

Gurgeh se volvió hacia el escenario. Los movimientos del alienígena se fueron debilitando a medida que la mujer desnuda le obligaba a ir hundiendo la cabeza en el burbujeante fango rojo. Gurgeh miró a Za.

–Parece que se estaban peleando.

Za volvió a encogerse de hombros.

–Puede que nunca lleguemos a saberlo.

Apoyó los codos en la barandilla justo cuando la mujer hacía que el ahora flácido cuerpo del alienígena se hundiera unos centímetros más en el fango.

–¿Le ha matado? –preguntó Gurgeh.

El público había empezado a gritar y los más entusiastas pateaban y golpeaban las mesas con los puños. Gurgeh tuvo que levantar la voz para hacerse oír.

–No –dijo Shohobohaum Za meneando la cabeza–. El pequeñajo es un uhnirca. –Za movió la cabeza señalando hacia abajo. La mujer estaba usando una mano para mantener sumergido a su contrincante y alzó la otra en un gesto de triunfo mientras sus ojos llameantes se clavaban en el público que no paraba de gritar–. ¿Ves esa cosita negra que asoma por ahí?

Gurgeh miró en la dirección que le indicaba y logró distinguir una pequeña protuberancia negra que asomaba del barro rojo.

–Sí.

–Eso es su polla.

Gurgeh se volvió hacia Za y le observó con cierta suspicacia.

–¿Y cómo se supone que va a ayudarle eso?

–Los uhnircales pueden respirar a través de sus pollas –dijo Za–. Ese tipo está perfectamente. Mañana por la noche volverá a luchar en otro club. Puede que ni tan siquiera espere hasta mañana..., quizá vuelva a luchar esta misma noche dentro de un rato.

Za se volvió hacia la camarera que acababa de colocar sus bebidas sobre la mesa. Se inclinó hacia adelante para murmurarle algo; la camarera asintió con la cabeza y se alejó.

–Convence a tus glándulas para que lo mezclen con un poquito de *Expansión* –sugirió.

Gurgeh asintió y los dos tomaron un sorbo.

–Me pregunto por qué la Cultura nunca ha pensado en incluir eso dentro de su programa de manipulación genética –dijo Za contemplando su vaso.

–¿El qué?

–El ser capaz de respirar a través de tu polla.

Gurgeh pensó en ello.

–Porque hay ciertos momentos en que estornudar podría resultar muy incómodo.

Za se rió.

–Pero también tendría sus compensaciones.

El público que había a su espalda dejó escapar un «Ooooooo» ahogado. Za y Gurgeh se dieron la vuelta con el tiempo justo de ver como la mujer hacía emerger el cuerpo de su oponente del fango tirando de su pene. La cabeza y los pies del alienígena seguían debajo de aquel líquido glutinoso que goteaba lentamente.

–Uf –murmuró Za, y tomó un sorbo de su bebida.

Alguien del público arrojó una daga hacia la bañera de barro. La mujer la cogió al vuelo, se inclinó y le cortó los genitales a su oponente. Alzó el goteante pedazo de carne sobre su cabeza y el público pareció volverse loco. El alienígena se fue hundiendo lentamente debajo del líquido rojo con el pie de la mujer sobre su pecho. La sangre hizo que el barro se fuera volviendo negro y unas cuantas burbujas emergieron a la superficie.

Za se reclinó en su asiento. Parecía perplejo.

–Ese tipo debía ser de alguna subespecie que no conocía.

La bañera llena de fango fue sacada del escenario. La mujer siguió saludando a la enloquecida multitud con su trofeo en alto hasta desaparecer.

Shohobohaum Za se puso en pie para saludar a un grupo de cuatro hembras azadianas de espectacular belleza y atuendos deslumbrantes que venían hacia la cúpula. Gurgeh había ordenado a sus glándulas que produjesen la droga sugerida por Za y estaba empezando a sentir los efectos de ésta y del licor.

Se volvió hacia las mujeres y pensó que podían compararse con cualquiera de las que había visto la noche del baile, y parecían mucho más afables.

Los números se fueron sucediendo en el escenario. Casi todos eran de naturaleza sexual. Za y dos de las hembras azadianas (Inclate y At-sen, una a cada lado de él) le explicaron que fuera del Agujero aquel espectáculo habría supuesto la muerte para ambos participantes, ya fuese mediante radiación o administrando una sustancia letal.

Gurgeh no les prestó mucha atención. Quería divertirse y las obscenidades del escenario eran la parte menos importante de la diversión. Estaba lejos del juego, y eso era lo único que contaba. Aquella noche viviría sometido a un conjunto de reglas distintas. Sabía cuál era la razón de que Za hubiera invitado a las mujeres a sentarse a su mesa, y le divertía. No sentía ningún deseo especial hacia las dos exquisitas criaturas entre las que estaba sentado –y, desde luego, nada que no pudiera ser controlado–, pero no cabía duda de que eran una compañía muy agradable. Za no era ningún idiota, y aquellas dos hembras encantadoras –Gurgeh sabía que si Za hubiese descubierto que sus preferencias iban en otra dirección habrían sido machos o ápices–

eran tan inteligentes como buenas conversadoras.

Sabían algunas cosas sobre la Cultura, habían oído rumores sobre las alteraciones sexuales que sus habitantes consideraban como algo absolutamente normal y no tardaron en hacer chistes discretamente obscenos sobre el equipo y las proclividades de Gurgeh comparadas con las suyas, y con las de los otros sexos azadianos. Eran realmente fascinantes, y sabían cómo halagarle y provocarle. Bebían licor en copitas, fumaban pipas minúsculas y delgadísimas –Gurgeh intentó dar un par de caladas pero sólo consiguió toser, lo que pareció divertirles mucho–, y las dos tenían una larga melena negro-azulada que se enroscaba sinuosamente. La melena de cada una estaba dividida en membranas sedosas por redecillas de platino tan finas que casi resultaban invisibles, y contenía una gran cantidad de broches antigravitatorios que la hacían ondular y deslizarse como si fuera una imagen tomada a cámara lenta. Cada grácil movimiento de aquellas cabezas tan delicadas adquiriría una asombrosa irrealidad.

El traje de Inclate tenía el color eternamente cambiante del aceite sobre el agua y estaba tachonado de joyas que parpadeaban como si fuesen estrellas; y At-sen llevaba un videotraje al que su fuente de energía oculta hacía brillar con un suave resplandor rojizo. La gargantilla que rodeaba su cuello actuaba como un pequeño monitor de televisión y mostraba una imagen distorsionada de lo que había a su alrededor: Gurgeh a un lado, el escenario detrás, una de las damas de Za al otro lado y la otra en el extremo opuesto de la mesa. Gurgeh le enseñó su brazalete Orbital, pero At-sen no pareció demasiado impresionada.

Za estaba jugando a las cartas con sus dos damas, que no paraban de reír mientras manejaban aquellos naipes adornados con joyas tan delgados que casi dejaban pasar la luz. Una de las damas se encargaba de anotar la puntuación en un cuadernito acompañando cada cifra con muchas risitas y fingidas muestras de preocupación.

–¡Pero Jernou! –dijo At-sen desde la izquierda de Gurgeh–. ¡Debes posar para que te hagan un retrato de cicatrices! ¡Así podremos recordarte cuando hayas vuelto a la Cultura y a sus damas decadentes de muchos orificios!

Gurgeh oyó la risita de Inclate a su derecha.

–No, ni pensarlo –dijo Gurgeh con fingida seriedad–. A juzgar por el nombre debe ser algo de lo más bárbaro.

–¡Oh, sí, sí, lo es! –At-sen e Inclate ahogaron la risa en sus bebidas. At-sen logró calmarse la primera y le puso la mano sobre la muñeca–. ¿No te gustaría saber que una pobre criatura que no ha conseguido olvidarte vaga por Eá llevando tu retrato sobre su piel?

–Sí, pero... ¿En qué zona exacta de la piel? –preguntó Gurgeh.

Todo el mundo pareció opinar que su pregunta era digna de ser celebrada con ruidosas carcajadas.

Za se puso en pie. Una de las damas recogió las cartas y las guardó en un bolsito

unido a su brazo por una cadenilla. Za apuró su bebida.

–Gurgeh, creo que mi amiga y yo vamos a buscar un sitio más tranquilo donde podamos mantener una charla íntima –dijo–. ¿Os apuntáis?

Za se inclinó hacia Inclate y At-sen y sus labios se curvaron en una sonrisa maliciosa que produjo nuevas oleadas de hilaridad y unos cuantos chillidos. At-sen metió los dedos en su copa e intentó rociar a Za con el licor, pero éste consiguió esquivarlo.

–Sí, Jernou, ven –dijo Inclate, y puso las dos manos sobre el brazo de Gurgeh–. Vamos todos. Aquí no se puede respirar, y el ruido es tan terrible...

Gurgeh sonrió y meneó la cabeza.

–No, me temo que sólo conseguiría decepcionaros.

–¡Oh, no! ¡No!

Los esbeltos dedos de Inclate tiraron de sus mangas y se curvaron alrededor de su brazo.

La discusión acompañada de bromas y sobreentendidos prosiguió durante algunos minutos. Za se mantuvo inmóvil junto a la mesa sonriendo flanqueado por sus dos damas mientras Inclate y At-sen intentaban levantar a Gurgeh por la fuerza o hacían mohines y protestaban intentando persuadirle de que las acompañara.

Todos los medios que utilizaron acabaron fracasando. Za se encogió de hombros, y sus damas lograron contener la risa el tiempo suficiente para imitar aquel gesto que no entendían.

–Muy bien, jugador –dijo–. ¿Quieres quedarte aquí? Pues quédate, hombre.

Za se volvió hacia Inclate y At-sen, que se habían puesto muy serias y parecían estar de mal humor.

–Bueno, espero que sabréis cuidar de él –dijo Za–. No dejéis que hable con ningún desconocido.

At-sen dejó escapar un bufido.

–Tu amigo parece dispuesto a rechazar tanto lo desconocido como lo que ya le es familiar.

Inclate no pudo contener la risa.

–O las dos cosas juntas –balbuceó.

At-sen y ella sucumbieron a un nuevo acceso de hilaridad y se inclinaron por detrás de Gurgeh para pellizcarse los hombros y darse palmadas.

Za meneó la cabeza.

–Jernau, te aconsejo que intentes controlarlas tan bien como te controlas a ti mismo.

Gurgeh se agachó para esquivar unas gotitas de licor mientras las hembras le envolvían en su risa estridente.

–Lo intentaré –dijo mirando a Za.

–Bueno... –dijo Za–. Procuraré no tardar demasiado. ¿Estás seguro de que no quieres acompañarnos? Podría ser toda una experiencia.

–Oh, no lo dudo, pero estoy muy a gusto aquí.

–De acuerdo. No te pierdas, ¿eh? Te veré pronto. –Za volvió la cabeza primero hacia una chica y luego hacia la otra. El trío giró al unísono y se alejó entre risitas y murmullos–. ¡Lo más pronto que pueda! –gritó Za por encima de su hombro–. ¡Lo prometo, jugador!

Gurgeh le saludó con la mano. Inclate y At-sen parecieron calmarse un poco, y empezaron a explicarle que su negativa a portarse mal dejaba bien claro hasta dónde llegaba su tozuda maldad. Gurgeh pidió una nueva ronda de bebidas y pipas pensando que eso serviría para que no hablaran tanto.

Las chicas le enseñaron cómo jugar al juego de los elementos y canturrearon la letanía «La hoja corta la tela, la tela envuelve la piedra, la piedra detiene el agua, el agua apaga el fuego, el fuego derrite la hoja» con la seriedad de un par de colegialas, y le enseñaron pacientemente cuáles eran los gestos que debía hacer con la mano para que pudiera aprenderlos de memoria.

El juego era una versión bidimensional bastante abreviada del emparejamiento de dados elemental que se practicaba en el Tablero del Cambio, pero prescindía del Aire y del Fuego. Gurgeh encontró levemente divertido que no pudiera escapar a la influencia del Azad ni tan siquiera estando en el Agujero. Se enfrascó en aquel juego tan sencillo porque las damas querían divertirse, procuró no ganar demasiadas veces..., y se dio cuenta de que era la primera vez en toda su existencia que no se esforzaba al máximo por ganar.

Aquella anomalía le sorprendió tanto que se excusó y se puso en pie para ir a los lavabos, de los que había cuatro tipos distintos. Utilizó el de Otras Especies, pero necesitó algunos minutos para encontrar el equipamiento adecuado. El pequeño contratiempo le pareció tan gracioso que salió del lavabo riendo entre dientes, y se encontró con Inclate esperándole al otro lado del umbral en forma de esfínter. La joven parecía preocupada. El traje-película de aceite había perdido casi todo su brillo irisado.

–¿Qué ocurre? –preguntó Gurgeh.

–At-sen –dijo la joven retorciendo frenéticamente sus manecitas–. Su ex-amo apareció de repente y se la ha llevado. Quiere volver a poseerla porque ya casi ha pasado un décimo de año desde que fueron uno solo y le falta muy poco para quedar libre. –Alzó los ojos hacia Gurgeh. El temor y el nerviosismo habían distorsionado sus frágiles rasgos. La melena negroazulada ondulaba alrededor de su rostro con la fluida lentitud de una sombra–. Ya sé que Sho-Za dijo que no debías moverte de aquí, pero... ¿No podrías ayudarla? Esto no es asunto tuyo, pero ella es mi amiga y yo...

–¿Qué puedo hacer? –preguntó Gurgeh.

–Ven. Siendo dos quizá consigamos distraerle. Creo que sé adónde la ha llevado. No correrás ningún peligro, Jernou.

La joven le cogió de la mano.

Medio caminaron y medio corrieron por sinuosos pasillos de madera dejando atrás muchas habitaciones y puertas. Gurgeh empezó a pensar que se había perdido en un laberinto de sensaciones; una confusión de sonidos (música, risas, gritos), imágenes (sirvientes, cuadros eróticos, fugaces atisbos de galerías repletas de cuerpos que se movían rítmicamente) y olores (comida, perfume, el sudor de pieles muy distintas a la suya).

Inclate se detuvo de repente. Habían llegado a una habitación con forma de cuenco que hacía pensar en un teatro. El escenario estaba ocupado por un macho humano desnudo que giraba lentamente sobre sí mismo primero en una dirección y luego en otra delante de una pantalla gigante que mostraba primeros planos de su cuerpo. El aire vibraba con el retumbar de la música. Inclate se quedó inmóvil y recorrió con la mirada las hileras de espectadores sin soltar la mano de Gurgeh.

Gurgeh se volvió hacia el hombre del escenario. Las luces eran muy intensas y abarcaban todo el espectro de la claridad solar. El macho tenía cierta tendencia a la obesidad y la piel muy blanca. Su cuerpo estaba lleno de inmensos morados multicolores que parecían grabados gigantes. Los de su pecho y su espalda eran los más grandes y mostraban rostros azadianos. La mezcla de negros, azules, púrpuras, verdes, amarillos y rojos se combinaba para formar retratos de una sutileza y una precisión increíbles, y el lento flexionarse de los músculos del hombre parecía darles vida haciendo que cada rostro cobrara nuevas expresiones que cambiaban incesantemente. Gurgeh le contempló fascinado y contuvo el aliento casi sin darse cuenta.

–¡Allí! –gritó Inclate para hacerse oír por encima del palpar de la música.

Gurgeh sintió que tiraba de su mano. Empezaron a abrirse paso por entre el gentío hacia el lugar en que se encontraba At-sen, muy cerca del escenario. At-sen estaba con un ápice que la sacudía con tanta violencia que la hacía temblar mientras señalaba al hombre del escenario. At-sen tenía la cabeza baja y sus hombros se estremecían como si estuviera llorando. El videotraje estaba desconectado y la tela gris colgaba de ella como una criatura flácida y sin vida. El ápice la abofeteó (la melena negra onduló lánguidamente) y volvió a gritar algo ininteligible. At-sen cayó de rodillas. La melena repleta de broches antigravitatorios la siguió como si estuviera desapareciendo lentamente debajo del agua. Nadie parecía fijarse en la pareja. Inclate fue hacia ellos tirando de Gurgeh.

El ápice les vio venir e intentó llevarse a At-sen. Inclate le gritó algo y alzó la mano de Gurgeh mientras seguía apartando a los espectadores. Estaban bastante cerca. El ápice pareció asustarse y echó a correr con paso tambaleante hacia la salida

que había debajo del escenario arrastrando a At-sen con él.

Inclate intentó seguirle, pero un grupo de machos azadianos muy corpulentos le obstruyó el paso. Los azadianos no apartaban los ojos del hombre del escenario. Inclate empezó a dar puñetazos en sus espaldas. Gurgeh vio como At-sen desaparecía por la puerta que había debajo del escenario. Apartó a Inclate y utilizó la superioridad que le daba su tamaño para abrirse paso por entre dos machos sin hacer caso de sus protestas. Gurgeh y la chica corrieron hacia la puerta.

El pasillo giraba bruscamente sobre sí mismo. Siguieron el sonido de los gritos, bajaron corriendo por una escalera muy estrecha –Gurgeh vio la gargantilla-monitor rota en dos mitades encima de un peldaño– y siguieron por un corredor bañado en una luz color jade con un gran número de puertas. Gurgeh aguzó el oído, pero todo estaba en silencio. At-sen yacía en el suelo y el ápice estaba inclinado sobre ella. El ápice vio a Gurgeh e Inclate, lanzó un grito de furia y les amenazó con el puño. Inclate le gritó algo que Gurgeh no consiguió entender.

Gurgeh dio un paso hacia adelante. El ápice metió la mano en un bolsillo y sacó un arma.

Gurgeh se detuvo. Inclate dejó de gritar. At-sen gemía en el suelo. El ápice empezó a hablar demasiado deprisa para que Gurgeh pudiera comprenderle. Señaló a la mujer caída en el suelo y alzó el brazo hacia el techo. Se echó a llorar y el arma tembló en su mano (y, mientras tanto, una parte de la mente de Gurgeh observaba todo aquello desde una gran distancia e intentaba analizarlo. *¿Estoy asustado? ¿Es esto el miedo o aún no ha llegado? Estoy contemplando el rostro de la muerte y la muerte me contempla desde ese agujerito negro, el túnel diminuto en la mano de este ser de otra especie –como si fuese otro elemento del juego que la mano puede mostrar si se lo propone–, y estoy esperando a sentir el miedo...*

... y aún no ha llegado. Sigo esperando, y no llega. ¿Qué significa esto? ¿Significa que no voy a morir, o que voy a morir dentro de unos momentos?

La vida o la muerte en el movimiento de un dedo, una orden transmitida por los nervios, una decisión que quizá no sea totalmente voluntaria tomada por un imbécil celoso que no es nadie y que no significa nada a cien milenios de mi hogar..)

El ápice retrocedió sin dejar de hacer gestos implorantes mientras lanzaba miradas desesperadas a At-sen, Gurgeh e Inclate. De repente dio un paso hacia adelante y pateó a At-sen en la espalda sin mucha fuerza. At-sen lanzó un grito ahogado. El ápice giró sobre sí mismo, echó a correr y arrojó el arma al suelo. Gurgeh saltó por encima de At-sen, se lanzó en pos del ápice y le vio desaparecer por la escalera de caracol sumida en las tinieblas que había al final del pasillo. Dio un par de pasos hacia adelante con la idea de perseguirle, pero se detuvo. El eco de los pasos se fue desvaneciendo. Gurgeh volvió al pasillo bañado por aquella luz color jaje.

Había una puerta abierta, y una suave claridad color citrino brotaba del umbral.

Un tramo de pasillo, un cuarto de baño y después la habitación. Era muy pequeña y todas las superficies estaban cubierta de espejos. Hasta el suelo parecía ondular con reflejos temblorosos que tenían el color de la miel. Gurgeh entró en la habitación y se convirtió en el centro de un ejército de Gurgehs reflejados.

At-sen estaba sentada en una cama traslúcida. La tela gris de su video-traje tenía un par de desgarrones. Inclate se había arrodillado junto a ella y le hablaba en voz baja con un brazo sobre sus hombros. At-sen tenía la cabeza gacha. Sus imágenes se multiplicaban sobre los muros relucientes de la habitación. Gurgeh vaciló y volvió la vista hacia la puerta. At-sen alzó la cabeza y le miró. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

–¡Oh, Jernou!

Extendió una mano temblorosa hacia él. Gurgeh se acuclilló junto a la cama y le pasó el brazo alrededor de la cintura. At-sen temblaba incontrolablemente, y las dos mujeres estuvieron llorando un buen rato.

Empezó a acariciarle la espalda.

At-sen apoyó la cabeza en su hombro y Gurgeh sintió el extraño calor de sus labios en el cuello. Inclate se puso en pie, fue hacia la puerta y la cerró. Después volvió a la cama y el vestido que parecía una película de aceite cayó sobre el suelo de espejo creando un charco de ondulaciones luminosas.

Shohobohaum Za apareció un minuto después. Abrió la puerta de una patada, llegó al centro de la habitación cubierta de espejos en un par de zancadas (y una multitud infinita de Zas repitieron una y otra vez su avance por aquel espacio engañoso) y miró a su alrededor ignorando a las tres siluetas que yacían sobre la cama.

Inclate y At-sen se quedaron totalmente inmóviles con las manos paralizadas sobre los botones y tiras del traje de Gurgeh. Al principio Gurgeh no supo cómo reaccionar, pero en cuanto se hubo calmado intentó asumir una expresión lo más normal posible. Za se volvió hacia la pared que tenía detrás. Gurgeh siguió la dirección de su mirada y se encontró contemplando su propio reflejo. Un rostro

enrojecido por el flujo de sangre, una cabellera revuelta, las ropas en desorden... Za saltó sobre la cama y su pie se estrelló contra la imagen.

La pared se hizo añicos con un estrépito ensordecedor acompañado por un coro de gritos femeninos. El espejo se desintegró revelando el cuartito sumido en las tinieblas que había detrás y una máquina sostenida por un trípode cuya parte delantera apuntaba a la habitación de los espejos. Inclate y At-sen se levantaron de un salto y corrieron hacia la puerta. Inclate cogió su vestido de un manotazo antes de esfumarse.

Za arrancó la diminuta cámara de su trípode y la examinó.

–Afortunadamente sólo sirve para grabar... No hay transmisor. –Se metió la cámara en un bolsillo, se volvió hacia Gurgeh y le sonrió–. Venga, jugador, vuelve a guardar eso en la funda. ¡Tenemos que correr!

Corrieron por el pasillo de la luz jade hasta llegar a la escalera de caracol por la que había huido el ápice que se llevó a At-sen. Za se inclinó ágilmente sin dejar de correr y recogió el arma que el ápice había tirado al suelo. Gurgeh ya ni se acordaba de ella. El arma fue inspeccionada, puesta a prueba y rechazada en un par de segundos. Llegaron a la escalera de caracol y subieron los peldaños de tres en tres.

Otro pasillo, éste iluminado por un débil resplandor rojo oscuro. La música retumbaba sobre sus cabezas. Dos ápices muy corpulentos vinieron corriendo hacia ellos y Za frenó en seco.

–Oops –dijo, y giró sobre sí mismo.

Empujó a Gurgeh hacia las escaleras y siguieron subiendo por ellas hasta llegar a un espacio oscuro que parecía vibrar con los ecos palpitantes de aquella música. Había luz a un lado. Los pasos de sus perseguidores retumbaban en la escalera. Za se dio la vuelta y su pie derecho salió disparado hacia la escalera produciendo un grito y el estruendo de algo que caía.

Un delgado haz de luz azul llenó de motas la oscuridad. El haz surgió de la escalera y creó una fuente de llamas amarillas y chispazos anaranjados en algún lugar encima de sus cabezas. Za retrocedió un par de pasos.

–Parece que se han traído la jodida artillería. –Movié la cabeza señalando hacia la luz–. Bien, maestro, ha llegado el momento de salir a escena.

Entraron corriendo en el escenario y una luz tan brillante como la del sol cayó sobre ellos. El macho que estaba contoneándose en el centro del escenario les lanzó una mirada de odio y el público empezó a protestar ruidosamente. Un instante después la expresión del rostro del artista de los morados pasó de la irritación a una mezcla de sorpresa y perplejidad.

Gurgeh estuvo a punto de caer y se quedó tan inmóvil como si se hubiera convertido en una estatua.

... y se encontró contemplando su propio rostro.

Sus rasgos estaban reproducidos al doble de su tamaño natural en el arco iris de contusiones que cubría el torso del azadiano. Gurgeh clavó los ojos en él, y supo que su mueca de asombro debía ser tan aparatosa como la visible en los rechonchos rasgos del artista.

–No podemos perder el tiempo contemplando obras de arte, Jernau.

Za tiró de él, le arrastró hasta el comienzo del escenario y le empujó. Gurgeh oyó como saltaba detrás de él.

Aterrizaron sobre un grupo de machos azadianos que lanzaron gritos de protesta. El impacto hizo que todos cayeran al suelo. Za tiró de Gurgeh hasta ponerle en pie, pero el puñetazo que se estrelló contra su nuca estuvo a punto de volver a derribarle. Giró sobre sí mismo y lanzó una patada mientras desviaba otro puñetazo con el brazo. Gurgeh sintió que le agarraban y le hacían girar, y se encontró delante de un macho muy corpulento y enfadado con el rostro lleno de sangre que echó el brazo hacia atrás y tensó los dedos formando un puño (y Gurgeh se acordó del juego de los elementos y pensó: «¡Piedra!»).

El hombre parecía moverse muy despacio.

Gurgeh tuvo tiempo más que suficiente para pensar en lo que debía hacer.

Alzó la rodilla incrustándola en la ingle de su atacante y le golpeó la cara con el canto de una mano. El azadiano cayó al suelo y Gurgeh se libró de su ya debilitada presa, esquivó un golpe de otro macho y vio como Za derribaba a otro azadiano de un codazo en el rostro.

Y un instante después ya estaban corriendo de nuevo. Za lanzó un rugido y movió frenéticamente las manos mientras se dirigía hacia una salida. Gurgeh tuvo que reprimir el deseo de echarse a reír, pero la táctica pareció funcionar. Los espectadores se apartaron ante ellos como el agua hendida por la proa de un bote y les dejaron pasar.

Estaban sentados en un pequeño bar perdido en el laberinto de la galería principal bajo un cielo sólido hecho de yeso color perla. Shohobo-haum Za había empezado a desmontar la cámara que había descubierto detrás del falso espejo y estaba examinando los delicados componentes mediante un instrumento del tamaño de un palillo que emitía un débil zumbido. Gurgeh cogió una servilleta de papel y se limpió el arañazo de la mejilla que se había hecho cuando Za le arrojó del escenario.

–No, jugador, todo ha sido culpa mía... Tendría que habérmelo imaginado. El hermano de Inclate está en Seguridad y At-sen tiene un hábito muy caro. Son unas chicas encantadoras, pero eso es una mala combinación, ¿comprendes? No es lo que deseaba para esta noche. Por suerte para ti y para la integridad de tu trasero una de mis bellas damas descubrió que había perdido uno de sus mini-naipes y se negó a tomar parte en cualquier otro tipo de juego hasta que lo hubiese recuperado. Bueno,

qué se le va a hacer... Medio polvo es mejor que nada.

Extrajo otra pieza del interior de la cámara. Hubo un chisporroteo y un fugaz destello luminoso. Za hurgó unos segundos más en el humeante interior del aparato contemplándolo con expresión dubitativa.

–¿Cómo supiste dónde encontrarnos? –preguntó Gurgeh.

Estaba convencido de que se había comportado como un imbécil, pero no se sentía tan avergonzado e incómodo como habría esperado dadas las circunstancias.

–Conocimientos, unas cuantas conjeturas y suerte, jugador. En ese club hay varios sitios a los que se puede ir cuando tienes ganas de revolcarte en una cama con alguien, otros sitios donde se puede interrogar a ese alguien, matarle o administrarle alguna sustancia de efectos muy desagradables..., o hacer una película. Tenía la esperanza de que hubieran decidido divertirse con el juegucito de las luces-cámara-acción y no con algo peor. –Meneó la cabeza y contempló la cámara–. Pero tendría que habérmelo imaginado... Creo que me estoy volviendo demasiado confiado.

Gurgeh se encogió de hombros, tomó un sorbo del ponche de licor que le habían servido y clavó la mirada en la vacilante llama de la vela colocada sobre el mostrador que tenían delante.

–Fui yo el que cayó en la trampa, no tú. Pero... ¿Quién? –Miró a Za–, ¿Y por qué?

–El estado, Gurgeh –dijo Za volviendo a hurgar en la cámara–. Porque quieren tener algo que les permita ejercer presión sobre ti... Sólo por si acaso, ¿comprendes?

–¿Por si acaso qué?

–Por si se da la improbable casualidad de que sigas sorprendiéndoles y ganes más partidas. Es una especie de póliza de seguros. ¿Sabes qué es una póliza de seguros? ¿No? Bah, no importa... Es como apostar pero al revés. –Za cogió la cámara con una mano y empezó a tirar de una pieza con el diminuto instrumento. Sus manipulaciones acabaron dando como resultado el que se abriera una tapita disimulada en un lado de la cámara. Za sonrió y extrajo un disco del tamaño de una moneda de las entrañas de la cámara. Lo alzó ante sus ojos y la luz le arrancó destellos nacarados–. Las fotos de tus vacaciones –dijo.

Hizo un ajuste en un extremo del instrumento y el disco quedó tan sólidamente pegado a la punta como si estuviera untada de pegamento. Za sostuvo la diminuta moneda policroma sobre la llama de la vela hasta que empezó a sisear y echar humo. El disco acabó convirtiéndose en un montón de escamitas opacas que cayeron sobre la vela.

–Lamento que no hayas podido quedártelas como recuerdo –dijo Za.

Gurgeh meneó la cabeza.

–Creo que prefiero olvidar lo ocurrido.

–Oh, vamos, no te lo tomes tan a pecho. Pero te aseguro que pienso cobrarme la factura... –Za sonrió–. Esas dos perras están en deuda conmigo. Tengo derecho a una

sesión gratis... De hecho, creo que tengo derecho a unas cuantas.

La idea pareció hacerle muy feliz.

–¿Y vas a conformarte con eso? –preguntó Gurgeh.

–Eh, ellas se limitaron a interpretar el papel que les habían adjudicado. No hubo malicia por su parte, ¿comprendes? Como mucho se merecen una buena azotaina.

Za movió las cejas y curvó los labios en una sonrisa lasciva. Gurgeh suspiró.

Cuando volvieron a la galería de tránsito para llamar a su vehículo Za saludó con la mano a un grupito de ápices y machos bastante robustos y de expresiones severas que estaban inmóviles junto a una pared del túnel, y arrojó lo que quedaba de la cámara a uno de ellos. El ápice la cogió al vuelo, giró sobre sí mismo y se alejó seguido por sus acompañantes.

El vehículo tardó unos minutos en llegar.

–¿Crees que éstas son horas de volver? ¿Sabes cuánto rato llevo esperándote y preocupándome por ti? Mañana tienes que jugar, no sé si lo habrás olvidado... ¡Y fíjate en tus ropas! ¿Y cómo te has hecho ese araño? ¿Qué has...?

–Máquina... –Gurgeh bostezó y arrojó la chaqueta sobre un asiento de la sala—. Jódete y déjame en paz.

A la mañana siguiente Flere-Imsaho no le dirigió la palabra. La unidad se reunió con él en la sala del módulo justo cuando éste le pasó el aviso de que Pequil acababa de llegar con el vehículo, pero cuando Gurgeh le dijo hola la unidad no le devolvió el saludo y pasó todo el trayecto de bajada en el ascensor del hotel zumbando diligentemente y emitiendo unos chisporroteos de estática todavía más ruidosos que de costumbre. Una vez estuvieron dentro del vehículo su comportamiento siguió siendo tan poco comunicativo como hasta entonces. Gurgeh decidió que podía vivir con ello.

–Gurgue, veo que se ha hecho daño –dijo Pequil mientras lanzaba una mirada de preocupación al arañazo de su mejilla.

–Sí. –Gurgeh sonrió y se acarició la barba–. Me he cortado al afeitarme.

El Tablero de la Forma sirvió de escenario a una lenta guerra de desgaste.

Gurgeh tuvo que enfrentarse al ataque combinado de los otros nueve jugadores desde el principio, y no tardó en comprender lo que estaba ocurriendo. Había utilizado la ventaja acumulada en el tablero anterior para crear un enclave pequeño pero tan bien protegido que resultaba casi inconquistable, y estuvo dos días sin moverse de él dejando que las ofensivas de los otros jugadores se estrellaran contra sus defensas. Si los ataques hubieran sido llevados de la forma correcta le habrían destrozado, pero sus oponentes intentaban que sus acciones no parecieran demasiado concertadas y los ataques sólo implicaban a unos cuantos jugadores. Aparte de eso, cada jugador temía debilitarse excesivamente porque eso significaría ser aplastado por los demás.

Al final de ese período de tanteos un par de agencias de noticias empezaron a decir que atacar al forastero en grupo era un comportamiento descortés e injusto.

Flere-Imsaho –la unidad ya había olvidado su enfado y volvía a hablarle– opinó que aquella reacción podía ser sincera, pero pensaba que había bastantes más probabilidades de que fuera el resultado de la presión imperial. La unidad estaba convencida de que el Departamento Imperial había utilizado su influencia para llamar al orden a la Iglesia –no cabía duda de que el sacerdote seguía las instrucciones de la Iglesia y estaba asesorado por ella, y la Iglesia tenía que haber sido la que financió sus acuerdos con los demás jugadores–, pero fuera cual fuese la razón al tercer día los ataques concertados cesaron como por arte de magia y la partida empezó a seguir un rumbo más normal.

La sala de juegos estaba repleta. Había muchos más espectadores que habían pagado su entrada, un gran número de invitados había decidido ver qué tal jugaba el alienígena y las agencias de prensa habían enviado un contingente extra de reporteros y cámaras. Los jugadores del club sometidos a la autoridad del Adjudicador consiguieron que la multitud se mantuviera razonablemente silenciosa, y el aumento

del público apenas distrajo a Gurgeh, pero sí dificultó considerablemente el desplazarse por la sala durante los descansos. La gente no paraba de acercarse a él para hacerle preguntas o, simplemente, para verle de cerca.

Pequil casi siempre estaba allí, pero parecía más interesado en aparecer delante de las cámaras que en proteger a Gurgeh de las personas que querían hablar con él. Aun así la presencia del ápice servía para distraer un poco la atención de los reporteros, y la vanidad de Pequil permitió que Gurgeh se concentrara al máximo en el juego.

Durante los dos días siguientes Gurgeh se dio cuenta de que la forma de jugar del sacerdote había sufrido un cambio muy sutil y que el estilo de otros dos jugadores también se había alterado, aunque no de una forma tan pronunciada como en el caso del sacerdote.

Gurgeh había eliminado a tres jugadores y el sacerdote había acabado con otros tres sin necesidad de esforzarse demasiado. Los dos ápices restantes habían establecido sus propios enclaves en el tablero y parecían conformarse con desempeñar un papel secundario en el desarrollo de la partida. Gurgeh estaba jugando bien, aunque su estilo no había alcanzado los extremos de frenético virtuosismo que le habían permitido obtener la victoria en el Tablero del Origen. Tendría que derrotar al sacerdote y a los otros dos jugadores sin demasiadas dificultades, y lo cierto es que estaba logrando imponerse, aunque muy despacio. El sacerdote estaba jugando mucho mejor que antes, sobre todo al comienzo de cada sesión, y eso hizo que Gurgeh pensara que el ápice aprovechaba los descansos para ser asesorado por algunos consejeros de primera categoría. Los otros dos jugadores debían estar recibiendo una ayuda similar, aunque no tan intensa y eficiente.

Pero el final llegó al quinto día de partida y fue de lo más repentino. El sacerdote se derrumbó. Los otros dos jugadores decidieron abandonar. Gurgeh tuvo que soportar una nueva oleada de adulaciones y elogios, y las agencias de noticias empezaron a publicar editoriales impregnados de inquietud. ¿Cómo era posible que alguien llegado del Exterior jugara tan bien? Algunos de los medios de comunicación más sensacionalistas incluso publicaron artículos afirmando que el alienígena de la Cultura utilizaba una especie de sentido sobrenatural o artefacto prohibido por la ley. Los periodistas habían logrado averiguar el nombre de Flere-Imsaho, y empezaron a especular con la posibilidad de que la máquina fuera el misterioso origen de las habilidades ilícitas de Gurgeh.

–Me han llamado ordenador –gimió la unidad.

–Y a mí me llaman tramposo –replicó Gurgeh con voz pensativa–. La vida es cruel, como les encanta repetir aquí.

–Tienen toda la razón. La vida aquí es terriblemente cruel.

La última partida en el Tablero del Cambio fue un paseo triunfal, quizá porque

ése era el tablero en el que Gurgeh siempre se había sentido más a gusto. El sacerdote entregó un plan de objetivos especial al Adjudicador antes de que empezara la partida, algo a lo que tenía perfecto derecho por ser el segundo clasificado. El sacerdote había decidido conformarse con el segundo lugar. Quedaría fuera de la Serie Principal, pero tendría una posibilidad de volver a participar en ella si ganaba las dos partidas de la ronda siguiente.

Gurgeh sospechaba que podía tratarse de un truco, y al principio jugó con mucha cautela esperando un ataque masivo o que algún jugador le tendiera una trampa con sus piezas; pero los otros jugadores parecían no tener ningún objetivo definido, e incluso el sacerdote empezó a hacer la clase de movimientos ligeramente mecánicos que había empleado en la primera partida. Gurgeh se arriesgó a lanzar unos cuantos ataques exploratorios con efectivos no muy considerables y apenas si encontró oposición. Dividió sus fuerzas en dos grupos y lanzó una incursión a gran escala contra el territorio del sacerdote sólo para divertirse un poco y ver cómo reaccionaba. El sacerdote se dejó dominar por el pánico. La embestida de Gurgeh le dejó tan aturcido que apenas si logró hacer un movimiento medianamente bueno, y al final de la sesión corría un serio peligro de ser aniquilado.

Después del descanso Gurgeh tuvo que enfrentarse a un ataque masivo de los demás jugadores mientras el sacerdote se debatía impotente atrapado en una esquina del tablero. Gurgeh captó la indirecta. Le dio un poco de espacio para maniobrar y dejó que atacara a dos de los jugadores más débiles para recuperar una parte de las posiciones que había perdido. La partida terminó con Gurgeh controlando la mayor parte del tablero y los otros jugadores aniquilados o confinados a zonas muy pequeñas que apenas poseían importancia estratégica. Gurgeh no tenía muchas ganas de continuar la partida hasta su inevitable final y supuso que si lo intentaba los otros jugadores se unirían contra él sin importarles lo obvio que resultara el que habían decidido actuar en grupo. Le estaban ofreciendo la victoria, pero si intentaba vengarse o se dejaba dominar por la codicia tendría que pagar un precio muy alto por ella. Gurgeh decidió aceptar la situación actual y la partida llegó a su fin. El sacerdote quedó clasificado en segundo lugar.

Pequil volvió a felicitarle en cuanto salieron de la sala de juegos. Gurgeh había conseguido llegar a la segunda ronda de la Serie Principal. Había mil doscientos Primeros Ganadores y el doble de Cualificados, y Gurgeh estaba en aquel grupo de escogidos. La segunda ronda se regía por la modalidad singular, y ahora tendría que enfrentarse a un solo jugador. El ápice volvió a suplicarle que diese una conferencia de prensa, y Gurgeh volvió a negarse.

—¡Pero tiene que acceder! ¿Qué pretende lograr con esa actitud? Si no dice algo pronto conseguirá que se vuelvan contra usted. Ese truco de hacerse el enigmático acabará dejando de funcionar. ¡Ahora les cae simpático porque lo tiene todo en

contra, y no debería perder esa aureola!

—Pequil —dijo Gurgeh, plenamente consciente de que dirigirse al ápice de esa forma era insultarle—, no voy a hablar con nadie sobre mi forma de jugar, y lo que los periodistas quieran decir o pensar sobre mí no me importa en lo más mínimo. He venido a jugar y no a perder el tiempo con tonterías.

—Es nuestro invitado —dijo Pequil con voz gélida.

—Y ustedes son mis anfitriones.

Gurgeh giró sobre sí mismo dándole la espalda y el trayecto de vuelta al módulo se realizó en un tenso silencio que hizo aún más audibles los zumbidos y chisporroteos de Flere-Imsaho. Gurgeh no pudo evitar la sospecha de que había momentos en que los ruidos emitidos por la unidad apenas lograban ocultar una risita ahogada.

—Bien, ahora es cuando empezarás a tener problemas.

—¿Por qué dices eso, nave?

Ya era de noche. Las puertas traseras del módulo estaban abiertas. Gurgeh podía oír el lejano zumbido del vehículo aéreo de la policía que flotaba sobre el hotel para mantener alejados a los vehículos de las agencias de noticias, y el aire que entraba por el hueco también traía consigo los olores cálidos y extraños de la ciudad. Gurgeh había empezado a estudiar un problema de colocación de piezas en una partida singular, y había tomado unas cuantas notas. El sistema parecía la mejor solución al retraso que dificultaba todas sus conversaciones con la *Factor limitativo*. Gurgeh hablaba, cortaba la comunicación y estudiaba el problema mientras la luz del transmisor hiperespacial se encendía y se apagaba. Cuando recibía la réplica de la nave activaba la modalidad oral del comunicador, y el resultado era bastante parecido a una auténtica conversación.

—Porque ahora tendrás que mostrar tus cartas morales. Has entrado en la fase del juego singular, y tendrás que definir tus principios básicos y revelar tus premisas filosóficas. Eso significa que debes revelar algunas de las cosas en las que crees, y tengo la sospecha de que eso puede traer problemas.

—Nave, no estoy muy seguro de tener ninguna creencia digna de ese nombre —dijo Gurgeh.

Hizo algunas anotaciones en una tablilla sin apartar los ojos del holograma que tenía delante.

—Yo creo que sí las tienes, Jernau Gurgeh, y el Departamento Imperial del Juego querrá saber en qué consisten para incorporarlas a sus archivos. Me temo que deberás inventarte algo.

—¿Y por qué debería hacerlo? ¿Qué importancia tiene todo eso? No puedo conseguir ningún puesto o rango y por bien que juegue no voy a conseguir ninguna

clase de poder. ¿Qué importa lo que crea o deje de creer? Ya sé que necesitan averiguar cuáles son las creencias y opiniones de la gente que ocupa posiciones de poder, pero yo sólo quiero jugar.

–Sí, pero ellos necesitan conocer esos datos para sus estadísticas. Puede que tus opiniones no tengan ninguna importancia real en términos de las propiedades electivas del juego, pero ellos necesitan mantener al día sus registros y saber qué clase de jugador sale victorioso en cada modalidad del juego..., y aparte de eso supongo que desearán saber hacia qué extremo se inclinan tus opiniones políticas.

Gurgeh alzó los ojos hacia la cámara.

–¿Mis opiniones políticas? ¿De qué estás hablando?

–Jernau Gurgeh... –dijo la nave, y suspiró–. Un sistema culpable no admite la existencia de los inocentes. Nosotros estamos contra el sistema. Los aparatos de poder convencidos de que todo el mundo está a favor o en contra de ellos necesitan que las posiciones de cada cual estén claramente definidas, y si pensaras un poco en todo este asunto descubrirías que realmente estás contra ellos. Hasta tu forma de pensar te coloca en las filas de sus enemigos. Naturalmente, no eres enemigo suyo porque así lo hayas decidido sino porque cada sociedad impone parte de sus valores a los que crecen y se educan dentro de ella, pero lo que debes comprender es que algunas sociedades intentan maximizar ese efecto mientras que otras intentan minimizarlo. Tú procedes de una sociedad del segundo tipo y se te está pidiendo que des explicaciones públicas ante una sociedad del primero. La prevaricación resultaría bastante más difícil de lo que te imaginas, y la neutralidad... Bueno, probablemente es imposible. Tus creencias y valores políticos no son algo de lo que puedas librarte mediante un acto de voluntad. No son un conjunto de entidades que pueda separarse del resto de tu personalidad: son una función de tu existencia. Yo lo sé y ellos lo saben, y será mejor que lo aceptes.

Gurgeh pensó en lo que le había dicho la nave.

–¿Puedo mentir?

–Supongo que el auténtico significado de tu pregunta es si sería aconsejable presentar unas premisas falsas y no el si eres capaz de enunciar en voz alta algo que no sea verdad. (Gurgeh meneó la cabeza.) Sí, creo que sería lo más prudente... Aunque quizá te resulte bastante difícil encontrar algo que les parezca lo suficientemente aceptable y que no sea moralmente repugnante para ti.

Gurgeh volvió la cabeza hacia el holograma.

–Oh, te sorprendería lo que puedo llegar a inventar –murmuró–. De todas formas, y dado que serán mentiras... ¿Cómo pueden parecerme repugnantes?

–Una observación muy interesante. Si se empieza suponiendo que no hay ninguna oposición moral al acto de mentir, y sobre todo teniendo en cuenta que lo que estamos discutiendo es básicamente y en su mayor parte una mentira que producirá

un beneficio a quien la utiliza, por oposición a lo que llamamos mentira desinteresada o compasiva, entonces...

Gurgeh dejó de escuchar y concentró su atención en el holograma. En cuanto supiera con quién iba a enfrentarse tendría que repasar algunas de sus partidas anteriores.

Se dio cuenta de que la nave había dejado de hablar.

–Bien, nave, te diré lo que pienso hacer y tú me dirás qué te parece... –murmuró—. Estoy muy ocupado y todo este embrollo de las mentiras parece interesarte mucho más que a mí, así que... ¿Por qué no buscas un compromiso entre la verdad y las conveniencias lo bastante sofisticado para que nos satisfaga a los dos? Probablemente estaré de acuerdo con lo que me sugieras, sea lo que sea.

–Muy bien, Jernau Gurgeh. Será un placer.

Gurgeh se despidió de la nave. Completó su estudio del problema y desactivó la pantalla. Se puso en pie, se estiró y bostezó. Salió del módulo y empezó a caminar bajo la oscuridad teñida de naranja y marrón del techo del hotel. Faltó poco para que tropezara con un macho muy corpulento que vestía uniforme.

El guardia le saludó –un gesto al que Gurgeh nunca sabía cómo replicar– y le entregó una hoja de papel. Gurgeh lo cogió y le dio las gracias. El guardia regresó a su puesto acostumbrado de vigilancia al final de la escalera.

Gurgeh volvió al módulo intentando leer la nota por el camino.

–¿Flere-Imsaho? –preguntó.

No estaba seguro de si la pequeña máquina seguía allí o estaba fuera.

La unidad entró flotando por la puerta que daba acceso a otra parte del módulo. Se había quitado el disfraz y remolcaba un enorme libro lleno de ilustraciones sobre la fauna aérea de Eá.

–¿Sí?

–¿Qué dice aquí?

Gurgeh le enseñó la nota.

La unidad se acercó un poco más a la hoja de papel.

–Dejando aparte los típicos adornos y florituras imperiales, dice que les encantaría que fueras al palacio mañana para que puedan añadir sus felicitaciones a las que ya has recibido. Lo que significa realmente es que quieren echarte un vistazo.

–Y supongo que he de ir, ¿no?

–Yo diría que sí.

–¿Se te menciona en la nota?

–No, pero te acompañaré. Lo máximo que pueden hacer es echarme a patadas, ¿verdad? ¿De qué estabas hablando con la nave?

–Va a encargarse de inventarme unas Premisas para registrarlas en los archivos, y aprovechó la ocasión para soltarme una conferencia sobre el condicionamiento

sociológico.

–Lo hace con la mejor de las intenciones, créeme –dijo la unidad–. Sencillamente... Bueno, no quiere dejar una tarea tan delicada en manos de alguien como tú.

–Ibas a salir, ¿verdad? –dijo Gurgeh.

Volvió a activar la pantalla y tornó asiento delante de ella. Buscó el canal de juegos en la longitud de onda imperial y fue pasando las imágenes hasta llegar al informe sobre el sorteo para la segunda ronda de partidas. Aún no había ninguna decisión. El sorteo estaba realizándose y se esperaba que los resultados fueran hechos públicos en cualquier momento.

–Bueno... –dijo Flere-Imsaho–. Hay una especie de ave nocturna interesantísima que se alimenta de peces y que vive en un estuario a sólo cien kilómetros de aquí. Me estaba preguntando si...

–Oh, no te pierdas la diversión por mí –dijo Gurgeh.

Los resultados del sorteo empezaron a aparecer en el canal de juegos. La pantalla se llenó de nombres y números.

–En tal caso... Buenas noches.

La unidad flotó hacia el umbral.

Gurgeh la despidió con un gesto de la mano sin volverse a mirar.

–Buenas noches –dijo.

No oyó si la unidad replicaba o no.

Encontró su sitio en el sorteo. Su nombre aparecía en la pantalla junto al de Lo Wescekibold Ram, director de la Junta de Monopolios Imperiales. El listado le clasificaba en el Nivel Cinco Principal, lo cual quería decir que era uno de los sesenta mejores jugadores del Imperio.

Al día siguiente Pequil no tenía que ir a trabajar. Un vehículo imperial se presentó para recoger a Gurgeh y aterrizó al lado del módulo. Gurgeh y Flere-Imsaho –que había vuelto bastante tarde de su expedición al estuario– fueron llevados por encima de la ciudad hasta el palacio. Aterrizaron en el tejado de un impresionante conjunto de edificios de oficinas desde el que se dominaba uno de los pequeños parques que había dentro del recinto del palacio y fueron acompañados hasta una escalinata cuyos peldaños estaban cubiertos por una magnífica alfombra. Bajaron por ella y llegaron a un despacho de techo muy alto en el que un sirviente le preguntó a Gurgeh si quería beber o comer algo. Gurgeh dijo que no, y el sirviente se marchó dejándole a solas con la unidad.

Flere-Imsaho fue hacia los ventanales y Gurgeh se entretuvo contemplando los retratos colgados de las paredes. Unos minutos después un ápice que parecía bastante joven entró en la habitación. Era alto y vestía una versión relativamente sobria del

uniforme de la Burocracia Imperial.

–Buenos días, señor Gurgeh. Soy Lo Shav Oíos.

–Hola –dijo Gurgeh.

Intercambiaron una cortés inclinación de cabeza y el ápice fue rápidamente hacia un escritorio enorme situado enfrente de las ventanas y colocó un fajo de papeles bastante voluminoso encima de él antes de tomar asiento.

Lo Shav Oíos se volvió hacia Flere-Imsaho, que zumbaba y chisporroteaba a cierta distancia de Gurgeh.

–Y supongo que ésta debe ser su pequeña máquina, ¿no?

–Se llama Flere-Imsaho. Me ayuda con los problemas lingüísticos que puedan presentarse.

–Claro, claro... –El ápice movió la mano señalando un sillón situado al otro lado de su escritorio—. Siéntese, por favor.

Gurgeh se sentó y Flere-Imsaho se colocó junto al sillón. El sirviente trajo un vaso de cristal tallado y lo colocó encima del escritorio cerca de Oíos, quien tomó un sorbo antes de seguir hablando.

–Supongo que no debe necesitar mucha ayuda, señor Gurgeh. –El joven ápice sonrió—. Su eaquico es soberbio.

–Gracias.

–Permita que añada mi felicitación personal a la del Departamento Imperial, señor Gurgeh. Ha llegado mucho más lejos de lo que muchos de nosotros creíamos posible. Tengo entendido que sólo ha estudiado el juego durante la tercera parte de uno de nuestros Grandes Años.

–Sí, pero el Azad me pareció tan interesante que durante ese tiempo apenas hice otra cosa, y aparte de eso comparte ciertos conceptos con otros juegos que he estudiado en el pasado.

–Aun así, ha derrotado a personas que han estado estudiando el Azad durante toda su vida. El sacerdote Lin Goforiev Tounse, por ejemplo... Se esperaba que haría un buen papel en estos juegos.

–Sí, ya me lo dijeron. –Gurgeh sonrió—. Quizá tuve suerte.

El ápice dejó escapar una risita y se reclinó en su asiento.

–Quizá fuera eso, señor Gurgeh. Siento que su buena fortuna le abandonara en el sorteo para la próxima ronda. Lo Wescekibold Ram es un jugador soberbio, y somos muchos quienes esperamos que mejore su actuación de los últimos juegos.

–Espero poder proporcionarle una buena partida.

–Eso esperamos todos. –El ápice tomó otro sorbo de su vaso, se puso en pie y fue hacia los ventanales que tenía detrás para contemplar el parque. Gurgeh le vio rascar el grueso cristal con la punta de un dedo como si intentara quitar algo pegado—. Estrictamente hablando no se trata de algo que concierna a mi departamento, desde

luego, pero... Bueno, confieso que me interesaría mucho saber si puede decirme algo sobre sus planes respecto al registro de las Premisas.

El ápice se dio la vuelta y miró a Gurgeh.

–Aún no he decidido cómo expresarlas –dijo Gurgeh–. Probablemente las presentaré mañana.

El ápice asintió y le contempló con expresión algo pensativa mientras tiraba suavemente de una de las mangas del uniforme imperial.

–Me pregunto sí me permitiría darle un consejo, señor Gurgeh. ¿Puedo aconsejarle que se muestre lo más... circunspecto posible? (Gurgeh se volvió hacia la unidad y le pidió que tradujera la palabra. Oíos esperó en silencio hasta que Flere-Imsho hubo acabado de explicarle su significado y siguió hablando.) Tiene que registrar sus Premisas en el departamento, claro está, pero ya sabe que sus cualificaciones personales sólo le permiten participar en estos juegos de una forma totalmente honorífica, y por lo tanto lo que diga en sus Premisas sólo tiene un valor... ¿Digamos que estadístico?

Gurgeh se volvió hacia la unidad y le pidió que le aclarara el significado de la palabra «cualificaciones».

–Paparrucheo puro, jugaroide espacialero –murmuró Flere-Imsho en marain con cierta irritación–. Disimular y fingir; tú esa palabra utilizar antes en eáquico ya. Lugarcito plagado de microfónicos. ¿Importar tú si dejar de dar pistas más a imbéciles estos sobre jergamiento nuestro? ¿Vale?

Gurgeh tuvo que hacer un considerable esfuerzo para no sonreír.

Oíos siguió hablando.

–La regla general es que los participantes deben estar preparados para defender sus opiniones con argumentos en caso de que el departamento crea necesario interrogarles más ampliamente al respecto, pero tengo la esperanza de que comprenderá que hay muy pocas probabilidades de que ése vaya a ser su caso. El Departamento Imperial es consciente de que los..., los valores predominantes en su sociedad pueden ser muy distintos a los de la nuestra. No deseamos colocarle en una situación incómoda obligándole a revelar cosas que la prensa y la mayoría de nuestros ciudadanos podrían encontrar... ofensivas. –Oíos sonrió–. Personalmente, y que esto quede entre nosotros, supongo que podría ser..., bueno, casi siento la tentación de utilizar la palabra «vago», y puedo asegurarle que esa hipotética vaguedad suya no molestaría especialmente a nadie.

–¿«Especialmente»? –preguntó Gurgeh en su mejor tono de inocencia volviéndose hacia la chisporroteante unidad que flotaba junto a él.

–Más parloteo paparruchesco biltrivnik ner plin ferds, tú estar cuonstipicuamente sometiendo dura prueba nomonomo wertsishi mi zozlik zibbidik jodida paciencia mía, Gurgeh.

Gurgeh tosió.

–Disculpe –dijo mirando a Oíos–. Sí, comprendo... Puedo asegurarle que tendré muy presentes todos los consejos que me ha dado cuando llegue el momento de redactar mis Premisas.

–Me alegra oírle decir eso, señor Gurgeh. –Oíos volvió a sentarse–. Naturalmente, todo lo que le he dicho es pura opinión personal y no guarda ninguna relación con lo que pueda pensar el Departamento Imperial. Esta rama de la administración es totalmente independiente del Departamento, ¿sabe? Aun así, una de las cosas que hacen tan fuerte al Imperio es precisamente su cohesión, su... unidad, y dudo de que mi evaluación de cuál podría ser la actitud de otro departamento imperial esté muy alejada de la realidad. –Lo Shav Oíos sonrió con una cierta condescendencia–. Todos estamos en el mismo barco, ¿comprende?

–Comprendo –dijo Gurgeh.

–Sí, tengo la seguridad de que lo comprende... Dígame, ¿está muy impaciente por ir a Ecronedal?

–Mucho, especialmente dado que se trata de un honor para el que es preciso reunir unas cualificaciones personales muy estrictas y que rara vez se concede a los jugadores invitados.

–Cierto, cierto... –Sus palabras parecieron divertir a Oíos–. Muy pocos de nuestros invitados tienen ocasión de poner los pies en el Planeta de Fuego. Es un lugar sagrado, y no sólo eso sino que también es todo un símbolo de la naturaleza imperecedera del Imperio y del Juego.

–Mi gratitud es tan inmensa que supera con mucho mi pobre capacidad para expresarla –ronroneó Gurgeh, e inclinó levemente el torso en un gesto al que le faltaba muy poco para ser una reverencia.

Flere-Imsaho emitió una especie de balbuceo ahogado.

Oíos sonrió con satisfacción.

–Ya ha dejado claro que es un buen jugador. Estoy seguro de que las grandes dotes naturales para el juego que ha exhibido hasta el momento no le abandonarán y le permitirán demostrar que es más que digno del lugar que se le ha concedido en el castillo de los juegos de Ecronedal. Y ahora... –dijo el ápice lanzando una rápida mirada a la pantalla de su escritorio–. Veo que ya ha llegado la hora de que asista a otra reunión del Consejo Mercantil. Me temo que será tan insoportablemente tediosa como todas las reuniones de ese Consejo, y nada me gustaría más que continuar con nuestra agradable conversación, señor Gurgeh, pero por desgracia me veo obligado a ponerle punto final en aras de la regulación eficiente del intercambio de bienes entre nuestros muchos mundos.

–Lo comprendo, lo comprendo –dijo Gurgeh, y se puso en pie al mismo tiempo que el ápice.

–Encantado de haberle conocido, señor Gurgeh.

Oíos sonrió.

–Lo mismo digo.

–Permita que le desee suerte en su partida con Lo Wescekibold Ram –dijo el ápice mientras le acompañaba hasta la puerta–. Me temo que va a necesitarla... Estoy seguro de que será una partida muy interesante.

–Eso espero –dijo Gurgeh.

Salieron del despacho. Oíos le ofreció la mano y Gurgeh se la estrechó permitiendo que sus rasgos mostraran una leve sorpresa.

–Buenos días, señor Gurgeh.

–Adiós.

Gurgeh y Flere-Imsaho fueron escoltados hasta la aeronave que les aguardaba en el tejado y Lo Shav Oíos se alejó por otro pasillo para asistir a su reunión.

–¡Gurgeh, eres un gilipollas! –dijo la unidad en marain apenas volvieron a estar en el módulo–. Primero me preguntas cuál es el significado de dos palabras que ya conoces, después utilizas las dos palabras y el...

Gurgeh había empezado a menear la cabeza y se apresuró a interrumpirle.

–Máquina, me temo que no entiendes nada de juegos, ¿verdad?

–Sé darme cuenta de cuando alguien está haciendo imbecilidades.

–Bueno, máquina... Hacer imbecilidades siempre es mejor que dejarse tratar como un animalito doméstico, ¿verdad?

La unidad emitió un sonido muy parecido a una brusca inhalación de aire y pareció vacilar.

–Bueno, de todas formas... –dijo por fin–. Al menos ahora no tienes que preocuparte por tus Premisas. –Dejó escapar una risita que sonó bastante forzada–. ¡La sola idea de que puedas decir la verdad les asusta tanto como a ti!

La partida entre Gurgeh y Lo Wescekibold Ram despertó gran atención. La prensa seguía estando fascinada por aquel alienígena huraño que se negaba a hacer declaraciones, y envió a sus reporteros más sarcásticos y a los cámaras más capaces de captar cualquier expresión facial que pudiera darle una apariencia estúpida, desagradable o cruel (y, preferiblemente, las tres cosas a la vez). Algunos cámaras habían empezado a considerar que la fisonomía de Gurgeh era un auténtico desafío, pero otros opinaban que Gurgeh era un típico caso de pez grande en un acuario pequeño.

Un gran número de seguidores y fanáticos de los juegos que habían pagado para asistir a la competición decidieron cambiar sus entradas originales por una entrada para la partida entre Gurgeh y Lo Wescekibold Ram. El interés del público era tal que la galería de invitados se habría llenado aunque fuese bastantes veces más grande de

lo que era, y eso a pesar de que los organizadores habían decidido prescindir del edificio en el que se desarrollaron las partidas anteriores de Gurgeh y habían optado por erigir una inmensa carpa en un parque equidistante un par de kilómetros del Gran Hotel y el Palacio Imperial. La sede de juegos improvisada tenía una capacidad tres veces superior a la del viejo salón de congresos, pero estaba atestada.

Pequil se presentó por la mañana en el vehículo del Departamento de Asuntos Alienígenas y llevó a Gurgeh hasta el parque. El ápice ya no intentaba colocarse delante de las cámaras, y en cuanto bajaron del vehículo se apresuró a apartarlas y despejó un camino para que Gurgeh pudiera pasar.

Gurgeh fue presentado a Lo Wescekibold Ram, un ápice bajito y robusto con un rostro más tosco de lo que se había imaginado y el porte y los modales algo bruscos de un militar.

El estilo de Ram en los tableros secundarios era tan rápido como nervioso, por lo que el primer día tuvieron tiempo suficiente para jugar dos partidas. Quedaron empatados, y Gurgeh no se dio cuenta de los extremos de intensidad a que había llegado su concentración hasta que volvió al módulo. Se quedó dormido delante de la pantalla y cuando despertó habían pasado casi seis horas.

Al día siguiente jugaron otras dos partidas en los tableros secundarios, pero acordaron prolongar la ronda de partidas hasta bien entrada la noche. Gurgeh tenía la sensación de que el ápice le estaba poniendo a prueba y de que intentaba agotarlo o, por lo menos, averiguar cuáles eran los límites de su resistencia. Tendrían que jugar seis partidas secundarias antes de llegar a los tres tableros principales, y Gurgeh ya se había dado cuenta de que la tensión de enfrentarse a Ram era muy superior a la que había sentido cuando competía contra nueve jugadores.

La partida fue tan encarnizada que no terminó hasta poco antes de la medianoche, con Gurgeh llevando la delantera por muy pocos puntos. Durmió siete horas y abrió los ojos con el tiempo justo de prepararse para la partida del día siguiente. Se obligó a despertar ordenando a sus glándulas que produjeran una considerable cantidad de *En pie*, la droga para el desayuno favorita de la Cultura y quedó un poco desilusionado al ver que Ram parecía tan fresco y lleno de energías como él.

La partida se convirtió en otra guerra de desgaste que se prolongó hasta la tarde, y Ram no sugirió que siguieran jugando por la noche. Gurgeh pasó un par de horas comentando la partida con la nave durante la noche y después se dedicó a contemplar los canales recreativos del Imperio para que su mente se olvidara un poco del juego.

Había programas de aventuras, concursos y comedias, y canales que sólo daban noticias y documentales. Gurgeh buscó algún informativo que hablara de su partida y encontró algunas menciones de ella, pero las jugadas del día no habían sido demasiado espectaculares y no merecían mucho espacio. Gurgeh se dio cuenta de que las agencias estaban empezando a perder su buena disposición inicial hacia él, y se

preguntó si no lamentarían el haberle defendido cuando tuvo que soportar el ataque conjunto de la primera ronda.

Durante los cinco días siguientes las emisoras de noticias fueron tratando cada vez peor al «Alienígena Gurgo» (la sutileza fonética del eaquico era bastante inferior a la del marain, y Gurgeh ya se había resignado a que nadie escribiera o pronunciara bien su nombre). Las partidas secundarias terminaron dejándole más o menos al mismo nivel que Ram. Gurgeh le venció en el Tablero del Origen después de haber tenido serios apuros, y perdió por un margen infinitesimal en el Tablero de la Forma.

Las agencias y emisoras de noticias decidieron que Gurgeh era una amenaza para el Imperio y el bien común, y lanzaron una campaña para conseguir que se le expulsara de Eá. Afirmaban que estaba en contacto telepático con la *Factor limitativo* o con el robot llamado Flere-Imsaho, que utilizaba una amplia gama de drogas repugnantes guardadas en el antro de vicio y drogas situado sobre el tejado del Gran Hotel donde vivía, y después –como si acabaran de descubrirlo– proclamaron a los cuatro vientos que su organismo era capaz de producir drogas (lo cual era cierto) gracias a las glándulas extirpadas a tiernos infantes en operaciones horrendas que siempre terminaban con la muerte de los donantes (lo cual no era cierto). Los medios de comunicación no parecían capaces de ponerse de acuerdo sobre los efectos de esas drogas, y las dos teorías más en boga era que le convertían en un súper-ordenador o en un maníaco sexual (o en las dos cosas a la vez, según algunos artículos).

Una agencia logró tener acceso a las Premisas de Gurgeh redactadas por la nave y confiadas a la custodia del Departamento de Juegos. Las Premisas fueron consideradas como un perfecto ejemplo de la doblez y perversiones típicas de la Cultura; una especie de recetario para provocar la anarquía y la revolución. Las agencias adoptaron tonos más calmados y reverentes y elevaron una súplica al Emperador para que «hiciera algo» respecto a la Cultura, culparon a los altos cargos del Almirantazgo por llevar décadas sabiendo todo lo que había que saber sobre esa pandilla de asquerosos pervertidos y, aparentemente, no haberles dejado bien claro quién mandaba en el cosmos o haber acabado con ellos (una agencia que se caracterizaba por su osadía llegó al extremo de afirmar que el Almirantazgo no estaba muy seguro de cuál era el planeta origen de la Cultura). Rezaron para que Lo Wescekibold Ram expulsara al diabólico Alienígena Gurgo del Tablero del Cambio tan decisiva e irrevocablemente como haría algún día la Flota con la corrupta Cultura socialista. Si no había más remedio, sugirieron a Ram que usara la opción física. Eso dejaría claro de qué estaba hecho aquel condenado alienígena (¡quizá literalmente!).

–¿Están bromeando? –preguntó Gurgeh.

Apartó los ojos de la pantalla y contempló a la unidad con una sonrisa bienhumorada en los labios.

–No pueden hablar más en serio –replicó Flere-Imsaho.

Gurgeh se rió y meneó la cabeza, pensando que si los habitantes del Imperio eran capaces de tragarse todas aquellas tonterías debían ser considerablemente estúpidos.

La partida en el Tablero del Origen llegó a su cuarto día. Gurgeh tenía bastantes posibilidades de ganar. Vio a Ram hablando con algunos de sus asesores después de la sesión de la mañana. El ápice parecía bastante preocupado y Gurgeh pensó que quizá decidiera abandonar después de la sesión de la tarde, pero Ram decidió seguir luchando. Acordaron suspender la sesión de la noche y reanudar la partida a la mañana siguiente.

Flere-Imsaho se reunió con Gurgeh en la salida. La brisa cálida creaba pequeñas ondulaciones en la lona de la gran carpa. Pequil se encargó de supervisar la cada vez más complicada operación de abrir un camino entre la multitud hasta el lugar donde les aguardaba el vehículo. Una gran mayoría del gentío sólo quería ver al alienígena con sus propios ojos, pero había unos cuantos que le insultaban a voz en grito y un grupito aún más reducido que le vitoreaba. Ram y sus asesores abandonaron la carpa antes que Gurgeh.

–Creo que he visto a Shohobohaum Za entre la multitud –dijo la unidad mientras esperaban junto a la salida.

El séquito de Ram aún era visible al final de la estrecha franja de terreno despejado por dos hileras de policías.

Gurgeh lanzó una rápida mirada de soslayo a la máquina y recorrió con los ojos la hilera de policías cogidos del brazo. Aún no había logrado librarse de la tensión del juego y su sangre seguía estando saturada de sustancias químicas. Tenía la impresión de que todo cuanto veía formaba parte del juego, cosa que le ocurría de vez en cuando. Las personas parecían piezas agrupadas de distintas formas según el bando al que pudieran afectar o el que pudiera utilizarlas para el ataque; el dibujo de la lona le recordaba una de las parrillas más simples del tablero y los postes eran como fuentes de energía que aguardaban el momento de reaprovisionar a una pieza menor agotada o sostenían un punto crucial de la partida; los espectadores y los policías parecían las fauces repentinamente cerradas de un pesadillesco movimiento de tenaza... Todo era el juego, todo era visto bajo su luz y traducido a la imaginería combativa de su lenguaje o evaluado en el contexto de la estructura que el juego había impuesto a su mente.

–¿Za? –preguntó Gurgeh.

Se volvió hacia la dirección indicada por el campo de la unidad, pero no logró verle.

Los últimos miembros del grupo de Ram desaparecieron dentro de los vehículos oficiales. Pequil alzó la mano indicando a Gurgeh que ya podía salir de la carpa. Gurgeh y Flere-Imsaho empezaron a avanzar por entre las dos hileras de machos uniformados. Las cámaras le enfocaron con sus objetivos y las preguntas llovieron

sobre él. Un grupito empezó a cantar y Gurgeh vio una pancarta oscilando sobre las cabezas de la multitud: «ALIENÍGENA, VETE A CASA».

–Parece que no soy demasiado popular –dijo.

–No lo eres –replicó Flere-Imsaho.

Dos pasos más (Gurgeh se dio cuenta de ello mientras hablaba y antes de que la unidad le contestara gracias al mismo sentido indefinible que entraba en acción durante el juego y que le hacía verlo todo como desde una gran distancia) y se encontraría muy cerca de..., necesitó un paso más para analizar el problema..., algo malo, algo que no encajaba, una grave discordancia..., había algo... distinto; el grupo de tres personas situado a su izquierda que no tardaría en dejar atrás no..., no debería estar allí. Eran como piezas fantasmas escondidas en un territorio boscoso... Gurgeh no tenía una idea muy clara de en qué consistía la discordancia, pero las estructuras de protagonismo manejadas por el sentido del juego reclamaron el primer lugar en el orden de precedencia de sus pensamientos, y comprendió que jamás correría el riesgo de colocar una pieza allí.

Medio paso más...

... para comprender que la pieza que no quería arriesgar era él mismo.

Vio como el grupo de tres personas se ponía en movimiento y se disgregaba. Giró sobre sí mismo y se agachó, todo de una forma automática. Era la réplica obvia en una pieza amenazada que está moviéndose con tanta inercia que no puede detenerse o retroceder dando un salto para alejarse de una fuerza atacante.

Oyó varias detonaciones de gran potencia. El grupo de tres personas se lanzó hacia él abriéndose paso entre los brazos de dos policías como si fuera una pieza compuesta que había decidido fragmentarse. Gurgeh convirtió el agacharse en una mezcla de salto hacia adelante y voltereta. Comprendió que aquel movimiento era el equivalente físico casi perfecto de una pieza-trampa obstaculizando a un atacante ligero, y el darse cuenta de ello hizo que se sintiera levemente complacido consigo mismo. Sintió un par de piernas chocando con su flanco sin demasiada fuerza y un instante después notó un peso encima de él y oyó más detonaciones. Algo más cayó sobre sus piernas.

Era como despertar.

Le habían atacado. Destellos, explosiones, personas que se lanzaban sobre él... Sí, era eso.

Gurgeh se debatió bajo el cálido peso animal que tenía encima. Era el atacante al que había derribado. La gente gritaba, los policías habían entrado en acción sin perder ni un segundo. Vio a Pequil en el suelo. Za también estaba allí, mirando en todas direcciones con una expresión más bien confusa. Alguien gritaba. No había ni rastro de Flere-Imsaho. Un líquido caliente estaba empezando a empapar la tela de sus pantalones.

Gurgeh logró liberarse del cuerpo que tenía encima. Acababa de ocurrírsele que aquella persona –ápice o macho, no lo sabía– podía estar muerta, y la idea de hallarse en contacto con un muerto le pareció repugnante. Shohobohaum Za y un policía le ayudaron a levantarse. Aún se oían muchos gritos. La gente se apartaba o era obligada a retroceder y los policías estaban creando un espacio despejado alrededor de lo que había ocurrido, fuera lo que fuese. Había cuerpos en el suelo, algunos de ellos cubiertos de sangre entre roja y anaranjada. Gurgeh se tambaleó. Estaba algo mareado.

–¿Todo bien, jugador? –preguntó Za, y le sonrió.

–Sí, creo que sí.

Gurgeh asintió con la cabeza. Había sangre en sus piernas, pero el color indicaba que no era suya.

Flere-Imsaho bajó del cielo.

–¡Jernau Gurgeh! ¿Estás bien?

–Sí. –Gurgeh miró a su alrededor–. ¿Qué ha ocurrido? –preguntó volviéndose hacia Shohobohaum Za–. ¿Viste lo que ocurrió?

Los policías habían desenfundado sus armas y estaban formando un cordón alrededor de la zona. La gente se alejaba y los cámaras eran obligados a retroceder por policías que no paraban de gritar. Cinco policías mantenían inmovilizado a alguien sobre la hierba. Dos ápices vestidos de civil yacían sobre el sendero; el que Gurgeh había derribado estaba cubierto de sangre. Había un policía inmóvil montando guardia junto a cada uno de ellos, y otros dos estaban atendiendo a Pequil.

–Esos tres tipos te atacaron –dijo Za.

Inclinó la cabeza señalando a los dos cadáveres y a la silueta atrapada bajo el montón de policías. Sus ojos se movían velozmente en todas direcciones. Gurgeh oyó que alguien sollozaba ruidosamente entre lo que quedaba de la multitud. Los reporteros seguían gritando preguntas.

Za acompañó a Gurgeh hasta donde estaba Pequil mientras Flere-Imsaho zumbaba ruidosamente sobre sus cabezas. Pequil yacía de espaldas con los ojos abiertos y parpadeaba lentamente mientras un policía cortaba la manga ensangrentada de la chaqueta de su uniforme.

–Parece que el viejo Pequil se ha tropezado con una bala –dijo Za–. ¿Estás bien, Pequil? –le preguntó con voz jovial.

Pequil sonrió débilmente y asintió.

–Mientras tanto –dijo Za, poniendo el brazo sobre los hombros de Gurgeh sin que sus pupilas dejaran de moverse en todas direcciones observando cuanto les rodeaba–, tu valerosa y siempre eficiente unidad superó la velocidad del sonido para apartarse algo así como veinte metros en dirección vertical.

–Me limité a ganar altura para poder evaluar más claramente lo que...

–En cuanto a ti, Gurgeh, te dejaste caer y rodaste sobre ti mismo –dijo Za. Seguía sin mirarle a la cara–. Llegué a creer que te habían dado... Conseguí propinarle un buen golpe en la cabeza a uno de esos tipos y creo que la policía se encargó de liquidar al otro. –Los ojos de Za se posaron durante una fracción de segundo en el grupito de personas que había al otro lado del cordón policial. Los sollozos venían de allí–. Parece que algún mirón ha resultado herido. Esas balas eran para ti, ¿sabes?

Gurgeh bajó la vista hacia uno de los ápices muertos. Su cabeza estaba casi encima del hombro formando ángulo recto con el cuerpo. La posición habría resultado igual de incongruente en casi cualquier humanoide.

–Sí, ése es el tipo al que golpeé –dijo Za lanzando una rápida mirada al ápice–. Creo que le di demasiado fuerte...

–Repito lo que dije antes –protestó Flere-Imsaho colocándose delante de Gurgeh y Za–. Me limité a ganar altura con el fin de...

–Sí, unidad, nos alegra mucho que no te haya ocurrido nada –dijo Za.

Movió la mano apartando a la máquina como si fuera un insecto particularmente grande y molesto y empezó a tirar de Gurgeh llevándole en dirección a un ápice vestido con el uniforme de la policía que estaba haciéndoles señas de que fueran hacia los coches. Los sonidos de las sirenas desgarraban el cielo y se acercaban por las calles que llevaban a la gran carpa.

–Ah, los chicos acaban de llegar... –dijo Za.

Un ruido que subía y bajaba de intensidad yendo del gemido al grito se abrió paso a través del parque, y un vehículo aéreo color naranja de gran tamaño cayó del cielo para posarse sobre la hierba envuelto en una tempestad de polvo. La lona de la gran carpa osciló y aleteó salvajemente. Un grupo de policías con armas pesadas fue bajando del vehículo.

Hubo cierta confusión sobre si debían volver a los vehículos o no, y la policía acabó escoltándoles hasta la carpa. Los agentes les tomaron declaración, interrogaron a unos cuantos testigos y confiscaron dos cámaras sin hacer ningún caso a las protestas de los periodistas.

Los dos cadáveres y el atacante herido desaparecieron dentro del vehículo policial color naranja. Una ambulancia surgió del cielo y se llevó a Pequil. La herida del brazo no parecía demasiado grave.

Gurgeh, Za y la unidad salieron de la carpa para ser llevados al hotel en un vehículo de la policía con el tiempo justo de ver cómo una ambulancia de superficie atravesaba las puertas del parque para recoger a los dos machos y la hembra que también habían resultado heridos en el ataque.

–Tienes un modulito encantador –dijo Shohobohaum Za mientras se dejaba caer en un asiento amoldable.

Gurgeh le imitó. El estruendo de los vehículos policiales que se alejaban creó ecos en el interior del módulo. Flere-Imsaho no había despegado los labios desde que entraron en el módulo y se apresuró a desaparecer por la puerta que llevaba a la parte trasera.

Gurgeh pidió una bebida y le preguntó a Za si quería tomar algo.

–Módulo –dijo Za reclinándose en el asiento y poniendo expresión pensativa–, me gustaría tomar un doble de *staol* con una capa de hígado de ala rota shungusteriaungano bien frío en el fondo y un poquito de espíritu de cruchen blanco de Elfire-Spin acompañado por una buena dosis de cascalo... Ah, sí, ponle morillas asadas encima y sírvelo en un cuenco de osmosis Tipprawlic del número tres o en lo más aproximado que tengas a eso.

–¿Ala rota macho o hembra? –preguntó el módulo.

–¿En este sitio? –Za se rió–. Diablos... Pon un poquito de cada.

–Necesitaré unos minutos para prepararlo.

–Oh, no nos importa esperar. –Za se frotó las manos y se volvió hacia Gurgeh–. Bueno... Has sobrevivido. Bien hecho.

Gurgeh le contempló en silencio durante unos momentos como si no supiera qué responder.

–Sí –dijo por fin–. Gracias.

–No hace falta que me des las gracias –dijo Za alzando una mano–. Si he de serte sincero, casi fue divertido. Lo único que lamento es haber matado a ese tipo.

–Me gustaría poder mostrarme tan magnánimo como tú –dijo Gurgeh–. Estaban intentando matarme, ¿lo recuerdas? Y con balas.

La idea de ser alcanzado por una bala le parecía particularmente horrible.

–Bueno... –Za se encogió de hombros–. No creo que haya mucha diferencia entre la muerte por bala y la muerte por el impacto de un haz de radiación coherente. Estás igual de muerto en los dos casos, ¿verdad? Esos pobres desgraciados casi me dan lástima... Los pobres bastardos se limitaban a hacer su trabajo.

–¿Su trabajo? –preguntó Gurgeh, y puso cara de perplejidad.

Za bostezó y asintió con la cabeza mientras se estiraba entre los pliegues del asiento amoldable.

–Sí. Supongo que eran de la policía secreta imperial o del Departamento Nueve o algún sitio similar. –Volvió a bostezar–. Oh, la prensa dirá que eran civiles insatisfechos, claro..., aunque quizá intenten colgarle el muerto a los revs..., pero supongo que la gente lo encontraría un tanto improbable, así que... –Sonrió y se encogió de hombros–. No, puede que decidan intentarlo sólo para ver si se lo tragan.

Gurgeh pensó en lo que acababa de oír.

–No –dijo por fin–. No lo entiendo. Acabas de decir que esos tipos eran de la policía. ¿Cómo es...?

–Policía secreta, Jernau.

–Pero una policía secreta... ¿De qué sirve eso? Creía que una de las razones por las que los policías llevan uniforme es para que se les identifique con facilidad y la gente se lo piense dos veces antes de cometer un delito.

–Cielos, cielos... –dijo Za y se tapó la cara con las manos durante unos momentos. Acabó poniéndolas sobre su regazo, miró fijamente a Gurgeh y tragó una honda bocanada de aire—. Ya... Bueno, la policía secreta es un cuerpo que se dedica a escuchar lo que dice la gente cuando no hay ningún uniforme cerca que les haga pensarse dos veces lo que van a decir. Si la persona en cuestión no ha dicho nada ilegal pero ha dicho algo que les parece peligroso para la seguridad del Imperio la secuestran y la interrogan y, por regla general, la matan. A veces la envían a una colonia penal, pero normalmente se conforman con incinerarla o echar el cadáver por el pozo de una mina abandonada. La atmósfera hierve de fervor revolucionario, Jernau Gurgeh, y hay montones de lenguas sueltas moviéndose a toda velocidad por las calles. Esa policía secreta de la que te estoy hablando... También hace otras cosas. Lo que te ha ocurrido hoy es una de esas cosas.

Za se reclinó en el asiento y se encogió aparatosamente de hombros.

–Por otra parte, supongo que podrían haber sido revs, o ciudadanos insatisfechos con el régimen actual. Lo hicieron fatal, desde luego, pero... Eso es muy típico de la policía secreta, créeme. ¡Ah!

Una bandeja entró flotando por el umbral. La bandeja contenía un cuenco de gran tamaño metido en un recipiente térmico. Za cogió el recipiente y contempló la espumeante superficie multicolor del líquido que desprendía una humareda bastante espectacular.

–¡Por el Imperio! –gritó, y apuró el cuenco de un solo trago volviendo a dejarlo con un golpe seco sobre la bandeja—. ¡Aaaaah! –exclamó.

Tosió, tragó aire y se limpió los ojos con una manga. Después contempló a Gurgeh parpadeando lentamente.

–Disculpa que me cueste tanto entenderlo –dijo Gurgeh—. Pero si esas personas eran de la policía imperial... Debían estar obedeciendo órdenes, ¿no? ¿Qué está pasando? ¿Intentas decirme que el Imperio quiere verme muerto porque me falta muy poco para vencer a Ram?

–Hmmm –dijo Za y volvió a toser—. Veo que estás aprendiendo, Jernau Gurgeh. Mierda, creía que un jugador sería un poquito más... Bueno, pensaba que tendrías una malicia natural más pronunciada y que serías algo más rastrero, no sé si me explico. Eres como un bebé rodeado de carnívoros hambrientos y... Sí, alguien con mucho poder quiere verte muerto,

–¿Crees que volverán a intentarlo?

Za meneó la cabeza.

–Resultaría demasiado obvio. Volver a intentar algo semejante... Tendrían que estar realmente desesperados..., al menos a corto plazo. Creo que esperarán a ver qué ocurre en tu siguiente partida de diez, y si tus contrincantes no consiguen eliminarte harán que tu próximo oponente de la modalidad singular utilice la opción física con la esperanza de que eso te asuste lo suficiente para hacerte abandonar. Si es que consigues llegar tan lejos, claro...

–¿Crees que soy una amenaza tan peligrosa para ellos?

–Eh, Gurgeh... Acaban de comprender que han cometido un error. No viste los noticiarios antes de tu llegada. Afirmaban que eras el mejor jugador de toda la Cultura y te describían como una especie de monstruo decadente, un hedonista que no ha trabajado ni un solo día en toda su vida, un tipo arrogante y totalmente convencido de que ibas a ganar. Oh, y también decían que tu cuerpo estaba atiborrado de glándulas implantadas mediante operaciones horribles, que te habías tirado a tu madre, que jodías con hombres..., puede que incluso con animales, que eras medio ordenador y medio humano... Pero cuando el Departamento vio algunas de las partidas que habías jugado durante el trayecto hasta aquí anunció que...

–¿Cómo? –exclamó Gurgeh y se incorporó en el asiento–. ¿Qué quieres decir con eso de que vieron algunas de las partidas que jugué durante el trayecto?

–Me pidieron algunas de tus partidas más recientes. Me puse en contacto con la *Factor limitativo* –por cierto, esa nave es francamente pesada, ¿no?–, y le pedí que me enviara los movimientos de un par de las partidas más recientes que hubieras jugado con ella. El Departamento les echó un vistazo y dijo que jugabas tan mal que les encantaría dejarte participar usando tus glándulas productoras de drogas y todo lo que te diera la gana... Lo siento. Di por sentado que la nave te pediría permiso antes de enviarme las partidas. ¿No lo hizo?

–No –dijo Gurgeh.

–Bueno... Dijeron que podías jugar sin someterte a ninguna clase de restricciones. Creo que no les hacía ninguna gracia... La pureza del juego y todo eso, ¿comprendes? Supongo que la orden debió venir de bastante arriba. El Imperio quería demostrar que ni tan siquiera todas esas ventajas injustas de que disfrutas te permitirían aguantar mucho tiempo en la Serie Principal. Los primeros dos días de tu partida contra ese sacerdote y sus compinches debieron hacer que se frotaran sus malvadas manecitas de puro placer, pero... Tu victoria como por arte de magia hizo que se les cayeran las narices en el plato de sopa. Emparejarte con Ram en la modalidad singular debió parecerles una idea genial que les sacaría del atolladero, pero estás a punto de hacerle pedacitos y se han dejado dominar por el pánico. –Za eructó–. Ésa es la explicación de la chapuza a la que has asistido hace poco.

–Entonces... ¿El sorteo que me emparejó con Ram estaba amañado?

–Por las pelotas de Dios, Gurgeh... –Za se rió–. ¡No, hombre! ¡Mierda santa! Oye,

¿realmente eres tan ingenuo o me estás tomando el pelo?

Za se reclinó en el asiento meneando la cabeza. Clavó los ojos en el suelo y se dedicó a lanzar eructos casi inaudibles.

Gurgeh se puso en pie y fue hacia las puertas del módulo para contemplar la ciudad que bailoteaba bajo la temblorosa calina típica de las últimas horas del atardecer. Las largas sombras de las torres se extendían sobre el paisaje urbano como si fueran pelos separados por grandes calvas en una piel vieja y apolillada. Los vehículos aéreos iban y venían reflejando la claridad rojiza del crepúsculo.

Gurgeh estaba seguro de que nunca había sentido una frustración y una ira tan intensas. Otra sensación desagradable que añadir a las que había estado experimentando últimamente... Había atribuido aquellas extrañas emociones al juego y al hecho de estar tomándose realmente en serio por primera vez.

Todo el mundo parecía convencido de que se le podía tratar como si fuera un niño. Decidían lo que debía saber y lo que debía ignorar, le ocultaban cosas que habría debido conocer y cuando por fin se dignaban revelárselas se comportaban como si hubiera debido saberlas desde el principio.

Se volvió hacia Za, pero el enviado estaba frotándose el estómago y no parecía prestarle ninguna atención. Za dejó escapar un ruidoso eructo y sonrió como si acabara de recordar algo muy divertido.

–¡Eh, módulo! –gritó–. ¡Conecta el canal diez! Sí, en la pantalla, ¿dónde si no?

Za se puso en pie y trotó hacia la pantalla hasta quedar casi pegado a ella. Cruzó los brazos delante del pecho, empezó a silbar una serie de notas inconexas y clavó los ojos en las imágenes. Gurgeh las observó desde un lado de la habitación.

Las noticias mostraban a un contingente de tropas imperiales posándose en un planeta lejano. Los pueblos y las ciudades ardían, las columnas de refugiados serpenteaban lentamente, las cámaras tomaban primeros planos de los cadáveres. También había entrevistas con los llorosos familiares de los soldados que habían muerto en la operación militar. Los habitantes del planeta recién invadido –unos cuadrúpedos peludos con labios prensiles– eran mostrados yaciendo de bruces en el barro con los miembros atados o arrodillados delante de un retrato de Nicosar. Uno de ellos había sido esquilado para que los hogares del Imperio pudieran ver qué aspecto tenía debajo de todo aquel pelo. Los labios de los nativos se habían convertido en trofeos muy buscados.

El reportaje siguiente mostró como Nicosar aniquilaba a su oponente en la modalidad singular del juego. Había primeros planos del Emperador caminando de un extremo a otro del tablero o firmando algunos documentos en un despacho y otros planos tomados desde una distancia bastante mayor que volvían a mostrarle en el tablero mientras un comentarista explicaba entusiásticamente lo bien que había jugado.

Después llegó el ataque contra Gurgeh. Ver el incidente en la pantalla le dejó asombrado. Todo terminó en un instante. Un salto, Gurgeh cayendo al suelo, la unidad desapareciendo en las alturas, unos cuantos destellos, Za emergiendo de entre la multitud, confusión y movimiento y luego un primer plano de su rostro, un plano de Pequil yaciendo en el suelo y otro plano de los cadáveres. El comentarista explicó que Gurgeh se encontraba algo aturdido pero que la rápida acción policial le había permitido salir ileso del atentado. La herida de Pequil no era grave. Le habían entrevistado en el hospital y Pequil pudo explicar cómo se encontraba delante de las cámaras. En cuanto a los atacantes, el comentarista dijo que eran unos extremistas.

–Eso significa que luego quizá decidan afirmar que eran revs –dijo Za. Desactivó la pantalla y se volvió hacia Gurgeh–. ¿No te ha parecido que actué muy deprisa? –preguntó, sonriendo alegremente y extendiendo los brazos a los lados–. ¿Has visto como me moví? ¡Fue soberbio! –Za rió y giró sobre sí mismo. Después medio caminó y medio bailó hasta llegar al asiento amoldable y se dejó caer en él–. Mierda, fui allí con la idea de ver qué clase de chiflados habían sacado del zoo para que se manifestaran en contra de tu presencia, pero... ¡Uf, cómo me alegro de haber ido! ¡Qué velocidad! ¡Jodida gracia animal, maestro!

Gurgeh estuvo de acuerdo en que Za se había movido muy deprisa.

–¡Veámoslo otra vez, módulo! –gritó Za.

La pantalla del módulo se activó y Shohobohaum Za rió y aplaudió mientras observaba los escasos segundos de acción. Hizo que la pantalla volviera a pasarlos unas cuantas veces a cámara lenta sin dejar de aplaudir y pidió otra bebida. El segundo cuenco humeante llegó bastante más deprisa que el anterior, lo cual indicaba que los sintetizadores del módulo habían sido lo bastante prudentes para no borrar el código. Gurgeh se dio cuenta de que Za tenía intenciones de quedarse un buen rato y volvió a sentarse. Pidió algo para picar. Za acogió las bandejas con un bufido despectivo y fue masticando las morillas asadas que acompañaban su cóctel humeante.

Contemplaron los programas imperiales mientras Za iba bebiendo lentamente de su cuenco. Un sol se ocultó detrás del horizonte y las luces de la ciudad empezaron a brillar en la penumbra. Flere-Imsaho apareció sin su disfraz –Za ni se enteró–, y anunció que iba a hacer otra de sus incursiones entre la fauna con alas del planeta.

–Oye, ¿crees que ese trasto se tira a los pájaros? –preguntó Za después de que la unidad hubiera desaparecido.

–No –dijo Gurgeh, y tomó un sorbo de su copa de vino.

Za lanzó un bufido.

–Eh, ¿te apetecería volver a salir conmigo? Esa visita al Agujero fue demasiado... Puede que te parezca extraño, pero confieso que casi la disfruté. ¿Qué opinas de eso? Pero esta vez tenemos que hacer auténticas locuras. Les demostraremos a esos

cerebros estreñidos cómo son los tipos de la Cultura cuando deciden soltarse el pelo.

–Creo que prefiero no salir de noche –dijo Gurgeh–. No después de lo que ocurrió la última vez.

–¿Quieres decir que no te lo pasaste bien? –preguntó Za, y puso cara de asombro.

–No mucho.

–¡Pero si fue estupendo! Nos emborrachamos, perdimos el control, echamos... Bueno, uno de nosotros echó medio polvo y a ti te faltó muy poco... Nos metimos en una pelea y ganamos, maldita sea, y luego salimos por pies... Mierda santa, ¿qué más quieres de una noche?

–No es que quiera más. Quiero menos. Y recuerda que tengo otros juegos de los que ocuparme.

–Estás loco. Fue una noche... maravillosa. Fue realmente maravillosa.

Apoyó la cabeza en su asiento y tragó una honda bocanada de aire.

–Za... –Gurgeh se inclinó hacia adelante, apoyó el codo sobre una rodilla y puso el mentón en la mano–. ¿Por qué bebes tanto? No lo necesitas. Tienes todo el surtido habitual de glándulas. ¿Por qué lo haces?

–¿Por qué? –preguntó Za. Irguió la cabeza y miró a su alrededor como si acabara de recordar dónde estaba–. ¿Por qué? –repitió. Eructó–. ¿Me has preguntado por qué bebo tanto?

Gurgeh asintió.

Za se rascó un sobaco, meneó la cabeza y le contempló como pidiendo disculpas.

–Perdona, ¿te importaría repetirme la pregunta?

–¿Por qué bebes tanto?

Gurgeh le sonrió para demostrar que no estaba enfadado.

–¿Y por qué no? –Za alzó los brazos–. Quiero decir que... ¿Nunca has hecho algo sólo..., sólo porque sí? Quiero decir que es..., eh..., empatía, ¿comprendes? Es lo que hace la gente de aquí, ya sabes. Es su forma de escapar a la realidad y al puesto que les han asignado en la gloriosa máquina imperial..., y aparte de eso es una posición jodidamente soberbia que te permite apreciar sus aspectos más delicados... Verás, Gurgeh, todo tiene sentido. He logrado resolver el enigma. –Za asintió con cara de saber muy bien de qué hablaba y se golpeó muy lentamente una sien con un dedo bastante flácido–. He logrado resolver el enigma –repitió–. Piensa en ello, ¿quieres? La Cultura no es más que sus... –El dedo giró en el aire–. Toda la Cultura se basa en las glándulas. Cientos de secreciones y miles de efectos; cualquier combinación que puedas desear y absolutamente gratis, pero el Imperio... ¡Ah, el Imperio! –El dedo señaló hacia arriba–. En el Imperio tienes que pagar. Escapar es una mercancía, como todo lo demás. Y la forma de escapar es beber. Aumenta el tiempo que necesitas para reaccionar, hace que las lágrimas broten con más facilidad... –Za alzó dos dedos temblorosos y se los llevó a las mejillas–. Hace que los puños estén más sueltos... –

Tensó las manos, fingió que estaba boxeando y lanzó unos cuantos puñetazos al aire—. Y... —Se encogió de hombros—. Y al final acaba matándote. —Volvió la cabeza más o menos en la dirección de Gurgeh—. ¿Comprendes? —Extendió los brazos a los lados y dejó que cayeran fláccidamente sobre el asiento—. Aparte de eso... —dijo con voz repentinamente cansada—. No tengo todas las glándulas habituales.

Gurgeh alzó los ojos y le miró con cara de sorpresa.

—¿No?

—Nanay. Demasiado peligroso. Si las tuviera el Imperio me habría hecho desaparecer para convertirme en la estrella de la autopsia más concienzuda que te puedas imaginar. Tienen muchas ganas de averiguar cómo es un *Culturnik* por dentro, ¿comprendes? —Za cerró los ojos—. Tuvieron que sacarme casi todas las glándulas y luego... Cuando llegué aquí el Imperio me sometió a montones de pruebas y exámenes y tomó montones de muestras... Teníamos que permitir que averiguaran lo que deseaban sin obligarles a provocar un incidente diplomático. La desaparición de un embajador...

—Comprendo. Lo siento. —Gurgeh no sabía qué decir. Si Za no se lo hubiera contado jamás habría podido adivinarlo—. Entonces todos esos consejos sobre las drogas que debía producir...

—Conjeturas y buena memoria —dijo Za sin abrir los ojos—. Intentaba mostrarme amistoso.

Gurgeh se sintió incómodo, casi avergonzado.

Za apoyó la cabeza en el asiento y empezó a roncar.

Y abrió los ojos de golpe y se incorporó de un salto.

—Vaya, debo estar haciéndome viejo —dijo haciendo lo que parecía un terrible esfuerzo para despabilarse. Fue hacia Gurgeh y se plantó delante de él balanceándose lentamente de un lado a otro—. Oye, ¿crees que podrías llamar un aerotaxi para que me llevara a casa?

Gurgeh llamó un aerotaxi. El vehículo llegó unos minutos después, los guardias del tejado le transmitieron el permiso para aterrizar dado por Gurgeh y el aerotaxi se llevó a Za. El enviado se marchó cantando a pleno pulmón.

Gurgeh se quedó sentado un rato más mientras se hacía totalmente de noche y el segundo sol se ocultaba detrás del horizonte. Después dictó una carta dirigida a Chamlis Amalk-Ney dándole las gracias por el brazalete Orbital, que seguía llevando puesto. Copió la mayor parte de aquella carta en otra dirigida a Yay y les contó a los dos lo que le había ocurrido desde su llegada. No intentó disimular la auténtica naturaleza del juego o del Imperio y se preguntó qué parte de la verdad llegaría a sus amigos. Después estudió unos cuantos problemas en la pantalla y se puso en contacto con la nave para comentar la partida del día siguiente.

Antes de acostarse cogió el cuenco del cóctel pedido por Shohobo-haum Za y

descubrió que aún contenía un poco de bebida. La olisqueó, meneó la cabeza y ordenó a una bandeja que limpiara la habitación.

Gurgeh derrotó a Lo Wescekibold Ram al día siguiente con una corta serie de movimientos que la prensa describió como «despectivos y mezquinos». Pequil ya había sido dado de alta y la experiencia no parecía haberle afectado mucho, dejando aparte el vendaje del brazo y el cabestrillo que lo inmovilizaba. Dijo que se alegraba mucho de que Gurgeh hubiera salido ileso, y Gurgeh le dijo cuánto lamentaba el que le hubiesen herido.

Realizaron el trayecto de ida y el de vuelta en un vehículo aéreo. El Departamento Imperial había decidido que viajar por superficie resultaría excesivamente arriesgado para Gurgeh.

Cuando volvió al módulo Gurgeh se enteró de que no habría ningún intervalo entre la ronda que acababa de ganar y la siguiente. El Departamento de Juegos había enviado una carta comunicando que su próxima partida en la modalidad de diez jugadores empezaría a la mañana siguiente.

–Me habría gustado poder descansar un poco –confesó Gurgeh mirando a la unidad.

Había decidido darse una ducha flotante y su cuerpo estaba suspendido en el centro de la cabina antigravitatoria. Los chorros de agua salían despedidos desde varias direcciones y eran absorbidos por los agujeritos minúsculos que cubrían toda la superficie semiesférica del interior de la cabina. Unos tapones-membrana impedían que le entrara el agua en la nariz, pero hablar seguía resultando un tanto difícil.

–Oh, estoy seguro de ello –dijo Flere-Imsaho con su vocecita chillona–. Pero quieren eliminarte por agotamiento, ¿comprendes? Y, naturalmente, eso significa que te enfrentarás a algunos de sus mejores jugadores escogidos entre los que siempre han conseguido terminar sus partidas en un tiempo récord.

–Sí, ya se me había ocurrido –dijo Gurgeh.

Los chorros de agua y el vapor casi le impedían ver a la unidad. Se preguntó qué ocurriría si Flere-Imsaho tuviese algún defecto de fabricación y le entrara algo de agua. Su cuerpo giró lentamente entre las corrientes de agua y aire que cambiaban continuamente de dirección hasta quedar cabeza abajo.

–Siempre podrías presentar una apelación ante el Departamento. Se te está discriminando, y me parece que resulta obvio, ¿no?

–Sí, a mí también me lo parece. Y a ellos. ¿Y qué?

–Puede que presentar una apelación sirviera de algo.

–Bueno, presenta esa apelación.

–No seas estúpido. Sabes que no me harán ningún caso.

Gurgeh cerró los ojos y empezó a canturrear en voz baja.

Uno de sus oponentes en la partida de diez era Lin Goforiev Tounse, el mismo

sacerdote al que había vencido en la primera ronda. El sacerdote había salido vencedor en la tanda de partidas de su segunda oportunidad y eso le había permitido reincorporarse a la Serie Principal. Gurgeh se volvió hacia el ápice apenas le vio entrar en el gran salón del complejo recreativo donde iban a jugar y le sonrió. Últimamente se había encontrado practicando aquel gesto facial azadiano de forma casi inconsciente y muy parecida a la de un bebé que intenta imitar las expresiones que ve en los rostros de los adultos que hay a su alrededor. En cuanto vio al sacerdote pensó que era el momento perfecto para utilizarla. Sabía que nunca lograría sonreír como un auténtico azadiano sencillamente porque la estructura de su rostro no era idéntica a la del suyo, pero podía imitar la señal lo bastante bien para que no cupiese ninguna duda sobre su naturaleza.

Pero, traducida o no, Gurgeh sabía cuál era el mensaje que transmitía la sonrisa. «¿Te acuerdas de mí? Ya te he vencido una vez y tengo muchas ganas de repetirlo.» Era una sonrisa de autosatisfacción, de victoria y de superioridad. El sacerdote intentó sonreír devolviéndole la misma señal, pero no le salió demasiado convincente y la sonrisa no tardó en desaparecer para convertirse en una mueca de irritación. El sacerdote acabó desviando la mirada.

Los otros ocho jugadores habían ganado sus respectivas rondas, igual que Gurgeh. Había tres hombres de la Flota o el Almirantazgo, un coronel del Ejército, un juez y los tres restantes eran burócratas. Todos jugaban de maravilla.

Durante la tercera etapa de la Serie Principal los participantes tenían que pasar por un minitorneo de partidas menores en la modalidad singular, y Gurgeh pensaba que ahí estaba su mejor posibilidad de sobrevivir a la etapa. Cuando llegara a los tableros principales tendría que enfrentarse a algún tipo de acción concertada, pero las partidas singulares le ofrecían la posibilidad de ir acumulando la ventaja suficiente para capear esas tempestades futuras.

Derrotar al sacerdote Tounse fue una experiencia muy placentera. El ápice barrió el tablero con el brazo después del movimiento que dio la victoria a Gurgeh, se puso en pie y empezó a gritar y a amenazarle con el puño balbuceando frases incoherentes de las que sólo logró comprender las palabras «drogas» y «pagano». Gurgeh era consciente de que hasta hacía muy poco una reacción semejante le habría dejado cubierto por una capa de sudor frío o, por lo menos, habría hecho que se sintiese terriblemente incómodo; pero descubrió que ahora no le afectaba en lo más mínimo. Lo único que hizo fue seguir sentado en su sitio y sonreír fríamente.

Pero el sacerdote seguía insultándole. Estaba tan irritado que parecía dispuesto a golpearle, y el corazón de Gurgeh empezó a latir un poco más deprisa..., pero Tounse se calló de repente, movió lentamente la cabeza en un arco que abarcó a la multitud de rostros sorprendidos que le contemplaban y pareció comprender dónde estaba. El sacerdote casi huyó de la sala.

Gurgeh dejó escapar el aliento que había estado conteniendo y se relajó. El Adjudicador imperial fue hacia él y le pidió que disculpara el comportamiento del sacerdote.

El público y los medios de comunicación seguían estando convencidos de que Flere-Imsaho le proporcionaba alguna clase de ayuda y el Departamento dijo que deseaba acallar esa clase de sospechas y rumores infundados, por lo que preferiría que la máquina pasara las sesiones de juego confinada en las oficinas de una empresa imperial de ordenadores situada al otro extremo de la ciudad. La unidad protestó ruidosamente, pero Gurgeh accedió enseguida.

Gurgeh seguía atrayendo grandes cantidades de público. Algunos venían para mirarle fijamente y abuchearle hasta que eran expulsados del recinto por los funcionarios encargados de mantener el orden durante las partidas, pero la mayoría sólo deseaban verle jugar. El centro recreativo poseía sistemas capaces de ofrecer representaciones esquemáticas de la situación en los tableros principales para que los espectadores pudieran seguir el desarrollo del juego desde fuera de la sala, y algunas de las sesiones de Gurgeh que no coincidían con las partidas del Emperador llegaron a ser retransmitidas en directo.

Después de haber eliminado al sacerdote Gurgeh derrotó a dos de los burócratas y al coronel saliendo vencedor de todas sus partidas, aunque en el caso del coronel sólo por un leve margen de ventaja. Las partidas duraron un total de cinco días, y Gurgeh pasó todo aquel tiempo sumido en un intenso estado de concentración. Había supuesto que acabaría agotado pero sólo sintió un leve cansancio. La sensación predominante era el júbilo. Había jugado lo bastante bien para tener una posibilidad de vencer a las nueve personas que el Imperio le había escogido como adversarios y no sólo no agradeció el descanso, sino que descubrió que estaba impaciente por seguir jugando. Quería que los demás acabaran sus partidas menores para poder dar comienzo a la lucha en los tableros principales.

–¡Oh, claro, tú te lo pasas en grande pero yo estoy todo el día encerrado en una cámara de observación! Una cámara de observación donde se me somete a vigilancia, ¿comprendes? ¡Esos sesos carnosos están intentando analizarme! ¡Hace un tiempo precioso y la gran estación migratoria acaba de empezar, pero yo estoy encerrado con un montón de concienzófilos llenos de odio y prejuicios que intentan violarme!

–Lo siento, unidad, pero... ¿Qué quieres que haga? Sabes que están buscando cualquier excusa que les permita expulsarme de los juegos. Si quieres presentaré una solicitud para que se te permita permanecer en el módulo, pero dudo mucho de que accedan.

–Mira, Jernau Gurgeh, no tengo por qué aguantar todas estas indignidades. Puedo hacer lo que me dé la gana, ¿sabes? Si quisiera podría negarme a entrar en esa cámara. No soy propiedad tuya y mucho menos de ellos, y nadie puede darme

órdenes.

–Yo lo sé, pero ellos no. Puedes hacer lo que quieras, naturalmente... Haz lo que te parezca más conveniente, unidad.

Gurgeh le dio la espalda y volvió a concentrar su atención en la pantalla del módulo. Había empezado a estudiar unas cuantas partidas clásicas en la modalidad de diez jugadores. Flere-Imsaho estaba envuelto en una aureola de gris frustración. El aura normal verde y amarilla que mostraba cuando se quitaba el disfraz había ido palideciendo progresivamente durante los últimos días. Gurgeh estaba empezando a sentir una cierta compasión hacia ella.

–Bueno... –gimió Flere-Imsaho, y Gurgeh tuvo la impresión de que si hubiera poseído unos labios de carne la palabra habría sido un balbuceo lloroso—. ¡No me basta con eso!

La unidad giró sobre sí misma y salió de la habitación después de haber proferido aquella observación tirando a patética.

Gurgeh se preguntó hasta qué punto la estaría afectando el pasarse los días encerrada. Una de las últimas ideas que se le habían ocurrido era que la máquina podía haber recibido instrucciones secretas. Quizá estuviese allí para impedirle llegar demasiado lejos en los juegos. En tal caso, negarse al encierro podía ser una forma muy elegante de conseguirlo. Contacto podía defenderse alegando que pedirle que renunciara a su libertad era un acto totalmente irracional e injustificable, y que la unidad tenía todo el derecho del mundo a negarse. Gurgeh se encogió de hombros. No podía hacer nada al respecto.

Ordenó a la pantalla que le mostrara otra partida.

Diez días después todo había acabado y Gurgeh estaba a punto de clasificarse para la cuarta ronda. Sólo tenía que vencer a un oponente más y partiría hacia Ecronedal para la fase final de los juegos, no como observador o invitado sino como participante.

Las partidas menores le sirvieron para ir acumulando la ventaja que había albergado la esperanza de conseguir y cuando llegó el momento de jugar en los tableros principales no intentó montar ninguna gran ofensiva. Esperó a que los otros jugadores vinieran a por él y eso fue justamente lo que hicieron, pero Gurgeh confiaba en que no se mostrarían tan dispuestos a cooperar los unos con los otros como lo habían estado los jugadores de la primera ronda. Sus adversarios eran personas importantes. Tenían que pensar en sus carreras, y por muy grande que pudiera ser su lealtad al Imperio también tenían que cuidar de sus propios intereses. El único jugador que tenía muy poco que perder era el sacerdote, por lo que quizá estuviera dispuesto a sacrificarse en aras del bien imperial y el puesto no decidido por los resultados del juego que la Iglesia pudiera encontrarle después.

Gurgeh creía que el Departamento Imperial había cometido un grave error en el

juego que envolvía al juego. Habían optado por enfrentarle a los diez primeros clasificados, y a primera vista el plan parecía bastante bueno porque no le daba un momento de reposo, pero no tardó en ser obvio que Gurgeh no necesitaba relajarse y la táctica significaba que sus oponentes procedían de varias ramas del árbol imperial, por lo que no conocían demasiado bien el estilo de los demás y dificultaba el manejarles mediante órdenes o promesas de una recompensa futura.

Gurgeh también había descubierto algo llamado rivalidad entre departamentos – encontró algunas grabaciones de viejas partidas que le parecieron no tener ningún sentido hasta que la nave le describió aquel extraño fenómeno–, e hizo cuanto pudo para conseguir que el coronel y los hombres del Almirantazgo se enfrentaran entre sí. Los jugadores no necesitaron muchos estímulos por parte de Gurgeh.

La partida fue tan sólida y lenta como la obra de un buen artesano; un conjunto de movimientos funcionales pero poco inspirados en el que Gurgeh se limitó a jugar un poquito mejor que los demás. Ganó por un margen de ventaja no muy grande..., pero ganó. Uno de los vicealmirantes de la Flota quedó en segundo lugar y el sacerdote Tounse acabó el último.

Y, una vez más, el calendario supuestamente decidido por el azar le dio el mínimo tiempo posible para descansar entre una ronda y la siguiente, pero Gurgeh casi se sintió complacido por ello pues significaba que podría mantener su estado de concentración sin necesidad de interrumpirlo y no tendría tiempo que perder preocupándose o pensando en lo que podía suceder. Una parte de su mente estaba tan asombrada y perpleja como todos los que le rodeaban y apenas si lograba creer el buen papel que estaba haciendo. La parte perpleja se había retirado a las profundidades de su personalidad, pero Gurgeh tenía la sospecha de que si llegaba a ocupar el centro del escenario y decía «Eh, un momento, ¿qué está pasando aquí?» todo se desmoronaría como un castillo de naipes. El hechizo se esfumaría y aquel paseo que en realidad era una caída se interrumpiría para estrellarle contra la derrota. Como decía el refrán, caerse nunca había matado a nadie. Lo malo era dejar de caer...

Fuera cual fuese la causa se sentía invadido por una marea agridulce de emociones tan nuevas como intensas. El terror del riesgo y la posible derrota, el júbilo puro y simple de la apuesta que daba en el blanco y la campaña triunfante; el horror que acompañaba al repentino descubrimiento de un punto débil en sus posiciones que podía costarle la partida; la oleada de alivio que llegaba cuando nadie más lo descubría y podía reforzarlo; el furioso palpitar de maligna alegría que se apoderaba de él cuando descubría un punto débil en la estrategia de algún adversario... y, naturalmente, la alegría ilimitada de la victoria.

Y, aparte de eso, la satisfacción adicional que le daba el saber que lo estaba haciendo mucho mejor de lo que nadie esperaba. Todas sus predicciones –las de la

Cultura, el Imperio, la nave y la unidad—, habían resultado equivocadas y habían demostrado ser otras tantas fortalezas aparentemente inexpugnables que se derrumbaron ante él. Había llegado al extremo de superar sus propias expectativas y lo único que le preocupaba era que algún mecanismo subconsciente decidiera que había llegado el momento de relajarse un poco. Había demostrado más que sobradamente de lo que era capaz. Había llegado tan lejos, había vencido a tantos adversarios... ¿Qué daño podía hacerle un pequeño descanso? Pero Gurgeh no quería descansar. Estaba disfrutando como nunca en su vida y quería seguir adelante. Quería descubrirse a sí mismo en el espejo de aquel juego infinitamente explotable capaz de exigencias igualmente infinitas, y no quería que una parte débil y asustada de su personalidad le obligara a aflojar la marcha. Tampoco quería que el Imperio se librara de él usando algún truco sucio, pero ni tan siquiera eso le preocupaba demasiado. Que intentaran matarle... La sensación de ser invencible era tan intensa que casi le había vuelto temerario. Se conformaba con que no intentaran descalificarle con la excusa de algún tecnicismo. Eso sí que le haría mucho daño.

Pero existía otra forma de impedirle seguir adelante. Tendría que enfrentarse a una nueva ronda de la modalidad singular, y había muchas probabilidades de que decidieran usar la opción física. Encajaba perfectamente con su forma de razonar. El hombre de la Cultura se asustaría tanto que no aceptaría la apuesta singular que le esperaba, y aun suponiendo que decidiera seguir adelante el terror de saber lo que podía ocurrir si perdía le paralizaría y le iría royendo las entrañas hasta consumirle.

Habló de ello con la nave. La *Factor limitativo* había consultado con el *Bribonzuelo* —el VGS se encontraba a decenas de milenios de distancia, en plena región de la Nube Mayor—, y creía estar en condiciones de garantizar su supervivencia. La vieja nave de guerra se mantendría fuera del Imperio, pero tendría preparados todos los sistemas para alcanzar la velocidad máxima y se colocaría en el radio mínimo apenas empezara la partida. Si Gurgeh se veía obligado a apostar contra una opción física y perdía la nave se dirigiría hacia Eá a velocidad máxima. La *Factor limitativo* estaba segura de que podía esquivar sin problemas a cualquier nave imperial que se interpusiera en su camino, llegar a Eá en pocas horas y activar el más potente de sus desplazadores para sacar a Gurgeh y a Flere-Imsaho de allí, todo eso sin tener que reducir la velocidad ni un instante.

—¿Qué es esto?

Gurgeh contempló con expresión dubitativa la diminuta esfera que Flere-Imsaho le estaba enseñando.

—Baliza y comunicador unidireccional —dijo la unidad. Dejó caer la esferita en el hueco de su mano y Gurgeh vio como rodaba un par de veces hasta detenerse—. Póntela debajo de la lengua. Hay un sistema de implante automático y ni tan siquiera te darás cuenta de que está allí. Cuando venga hacia aquí la nave lo utilizará para

localizarte si no hay ninguna otra forma de hacerlo. Cuando sientas una serie de punzadas bastante fuertes debajo de la lengua –cuatro punzadas en dos segundos–, tendrás dos segundos para asumir una posición fetal. Después de esos dos segundos todo lo que se encuentre en un radio de tres cuartos de metro alrededor de esa esferita será transferido a bordo de la nave, así que procura meter la cabeza entre las rodillas y pega los brazos al cuerpo.

Gurgeh contempló la esferita. Tenía unos dos milímetros de diámetro.

–Unidad, ¿hablas en serio?

—Totalmente. La nave utilizará sus sistemas de emergencia para alcanzar la máxima velocidad posible, así que puede pasar por aquí moviéndose a cualquier cifra entre uno y veinte kiloluces. A esa velocidad incluso su desplazador de máxima potencia sólo estará un quinto de milisegundo dentro del radio de acción. Necesitaremos toda la ayuda posible, ¿comprendes? Gurgeh, te estás colocando en una situación muy difícil... y a mí también. Quiero hacerte saber que todo esto no me hace ni pizca de gracia.

–No te preocupes, unidad. Me aseguraré de que no te incluyan en la apuesta física.

–No, me refiero a la posibilidad de que sea preciso utilizar el desplazamiento. Es bastante arriesgado y no me hablaron de que pudiera ocurrir. Los campos de desplazamiento en el hiperespacio son singularidades, y están sometidos al Principio de Incertidumbre...

–Sí, ya lo sé. Puedes acabar en otra dimensión o metido en algún...

–O puedes acabar esparcido por el extremo equivocado de esta dimensión, y eso es lo que más me preocupa.

–¿Y con qué frecuencia ocurren ese tipo de accidentes?

–Bueno, una vez en cada ochenta y tres millones de desplazamientos, pero eso no es lo que...

–En tal caso y comparando el desplazamiento con el riesgo que corres viajando en un vehículo de superficie o en una aeronave de estos payasos las posibilidades están bastante a tu favor, ¿no? Vamos, Flere-Imsaho.... Sé intrépido y lánzate a la aventura.

–Oh, claro, a ti no te cuesta nada decirlo, pero incluso si...

Gurgeh dejó que la máquina siguiera parlotando sin prestarle atención.

Correría el riesgo. Si tenía que venir a rescatarle la nave necesitaría unas cuantas horas para hacer el viaje, pero las apuestas de muerte nunca se llevaban a cabo hasta el día siguiente y Gurgeh siempre podía desconectar su sistema nervioso para no sentir el dolor de las torturas a que pudieran someterle. La *Factor limitativo* tenía un sistema médico muy eficiente y una enfermería muy bien equipada. La nave podría remendarle aun suponiendo que ocurriera lo peor.

Colocó la esferita debajo de su lengua. Sintió una especie de entumecimiento que

duró apenas un segundo y desapareció enseguida, como si la esferita se hubiera disuelto. Se metió un dedo en la boca y apenas logró encontrar sus diminutos contornos ocultos debajo del paladar.

La mañana del primer día despertó sintiendo una mezcla de nerviosismo y expectación tan intensa que casi parecía sexual.

Otra avenida. La sede escogida para esta nueva etapa de los juegos era un centro de conferencias situado cerca de la pista de aterrizaje para lanzaderas donde se había posado al llegar. Una vez allí conoció a Lo Prinest Bermoiya, un juez del Tribunal Supremo de Eá y uno de los ápices más impresionantes que Gurgeh había visto en toda su estancia. Lo era alto, tenía los cabellos plateados y se movía con una gracia que Gurgeh encontró extraña y casi inquietantemente familiar. Al principio no logró identificar el origen de aquella sensación, y necesitó unos minutos para comprender que el juez caminaba como si fuese un habitante de la Cultura. Los movimientos del ápice poseían una fluida agilidad que Gurgeh ya había dejado de dar por supuesta, y volver a encontrarse bruscamente con ella hizo que la captara de una forma todavía más intensa.

Bermoiya pasaba las pausas entre movimientos de las partidas menores sumido en la inmovilidad más absoluta sin apartar los ojos del tablero, y sólo cambiaba de postura para desplazar una pieza. Su estilo con las cartas era igual de lento y deliberado, y Gurgeh descubrió que estaba empezando a reaccionar de la manera opuesta. Su comportamiento se fue volviendo cada vez más nervioso, y no paraba de moverse. Combatió aquellas sensaciones con las drogas de sus glándulas haciendo un esfuerzo consciente para relajarse, y los siete días que duraron las partidas menores le sirvieron para irse acostumbrando al ritmo y el estilo del ápice. La suma de las puntuaciones acumuladas a lo largo de las partidas dejó al juez con un pequeño margen de ventaja. Hasta el momento no se había hecho mención de ninguna clase de apuestas.

Empezaron a jugar en el Tablero del Origen y al principio Gurgeh creyó que el Imperio se limitaría a confiar en el obvio dominio del Azad exhibido por el juez..., pero cuando llevaban una hora de partida el ápice de cabellos plateados alzó una mano e indicó a su Adjudicador que deseaba hablar con él.

El Adjudicador y el ápice fueron hacia Gurgeh, quien estaba de pie en una esquina del tablero. Bermoiya le saludó con una reverencia.

—Jernou Gurgue—dijo. El ápice poseía una voz grave y hermosa, y Gurgeh tuvo la impresión de que cada sílaba estaba respaldada por la autoridad de un volumen entero de jurisprudencia—. Debo pedir que nos comprometamos en una apuesta del cuerpo. ¿Está dispuesto a tomar en consideración mi propuesta?

Gurgeh contempló aquellos ojos grandes y profundos y no logró detectar ni la más leve chispa de intranquilidad. Se sintió incapaz de sostener aquella mirada y bajó

la cabeza. Se acordó de la chica del baile. Volvió a alzar la cabeza..., y se enfrentó de nuevo a la presión casi palpable que emanaba de aquel rostro sabio y digno.

Bermoiya estaba acostumbrado a sentenciar a sus congéneres a la muerte, el desfiguramiento, el dolor y la prisión. Era un ápice que trataba de forma cotidiana con la tortura y la mutilación, y tenía el poder de ordenar su uso e incluso de condenar a muerte para preservar al Imperio y sus valores.

«Podría negarme –pensó Gurgeh–. Ya he hecho suficiente. Nadie me culparía. ¿Por qué no? ¿Por qué no aceptar que son mejores que yo, al menos en este aspecto del juego? ¿Por qué he de soportar el temor, las preocupaciones y la tortura? La tortura psicológica como mínimo, y puede que incluso la física... Has demostrado todo lo que te habían pedido que demostraras y todo lo que tú querías probar, y has llegado mucho más lejos de lo que esperaban.

«Abandona. No seas idiota. No eres del tipo heroico. Utiliza un poco del sentido común que has adquirido jugando al Azad. Ya has alcanzado todas las metas que te habías fijado. Abandona y demuéstales lo que piensas de su estúpida "opción física" y de sus ridículas amenazas de matones..., demuéstales lo poco que significa todo eso para ti.»

Pero no iba a hacerlo. Sostuvo la mirada del ápice y comprendió que iba a seguir jugando. Sospechó que no estaba del todo cuerdo, pero no pensaba abandonar. Agarraría a ese juego tan fabuloso como enloquecido por el cuello, saltaría sobre él y seguiría adelante.

Y averiguaría hasta dónde podía llegar antes de que el juego le hiciera salir despedido por los aires..., o se revolviere contra él y le devorara.

–Estoy dispuesto –dijo sin apartar la mirada del rostro del ápice.

–Creo que es usted macho, ¿no?

–Sí –dijo Gurgeh.

Sintió que le empezaban a sudar las palmas.

–Mi apuesta es la castración. Amputación del miembro masculino y extracción de los testículos contra castración apical en esta partida del Tablero del Origen. ¿Acepta?

–Yo...

Gurgeh tragó saliva, pero no logró humedecerse la boca. Era absurdo. No corría ningún peligro real. La *Factor limitativo* le rescataría, y también tenía la opción de pasar por todo el proceso. No sentiría ningún dolor, y los genitales eran una de las partes del cuerpo que volvían a crecer más deprisa..., pero eso no impidió que la habitación pareciera oscilar y distorsionarse ante sus ojos, y tuvo una repentina visión de un burbujeante charco de líquido rojizo que se iba volviendo negro poco a poco. Sintió una oleada de náuseas.

–¡Sí! –logró balbucear por fin–. Sí –repitió volviéndose hacia el Adjudicador.

Los dos ápices le saludaron con una reverencia y se alejaron.

–Si quieres puedes llamar a la nave ahora mismo –dijo Flere-Imsaho.

Gurgeh no apartó los ojos de la pantalla. De hecho estaba a punto de ponerse en contacto con la *Factor limitativo*. pero sólo para discutir su posición actual en el juego, que no era demasiado buena y no para lanzar un grito de socorro. No hizo caso de la unidad.

Era de noche, y no había tenido un buen día. Bermoiya había jugado con gran brillantez y los servicios de noticias sólo hablaban de la partida. Los artículos y comentarios afirmaban que iba a ser una de las grandes partidas clásicas de la historia de los juegos, y Gurgeh –en compañía de Bermoiya, naturalmente–, había vuelto a repartirse los titulares y las horas de más audiencia con Nicosar, quien seguía aniquilando implacablemente a sus adversarios sin importar lo buenos que fueran.

Pequil fue hacia él después de la sesión de la noche. El ápice seguía llevando el brazo en cabestrillo y le trató de una forma casi reverencial. Le dijo que el módulo estaría sometido a una vigilancia especial que duraría hasta el final de la ronda. Pequil estaba seguro de que Gurgeh era una persona de honor, pero los jugadores que aceptaban una apuesta física siempre eran sometidos a una discreta vigilancia y en el caso de Gurgeh la vigilancia correría a cargo de un crucero situado en la capa superior de la atmósfera. La nave formaba parte del escuadrón que patrullaba continuamente los cielos que aún no llegaban a ser espacio por encima de Groasnachek. El módulo tenía que seguir en su posición actual sobre el tejado del hotel.

Gurgeh se preguntó qué estaría sintiendo Bermoiya en aquellos momentos. Cuando expresó su intención de utilizar la opción física el ápice empleó la palabra «debo», cosa que a Gurgeh no se le había pasado por alto. Gurgeh había acabado sintiendo un considerable respeto hacia el estilo de juego del ápice y, por lo tanto, hacia el mismo Bermoiya. No creía que el juez tuviera muchos deseos de utilizar la opción, pero el Imperio había acabado encontrándose en una situación bastante apurada. Todo el mundo había dado por sentado que a estas alturas ya estaría fuera del juego, y el Imperio había basado su estrategia de exagerar la amenaza que Gurgeh representaba para ellos en esa suposición. La estrategia no sólo no había funcionado sino que los resultados estaban alcanzando las proporciones de un pequeño desastre. Se rumoreaba que ya habían rodado algunas cabezas en el Departamento Imperial. Bermoiya habría recibido órdenes muy claras y terminantes: tenía que detener a Gurgeh fuera como fuese.

Gurgeh se había informado sobre el destino que sufriría el ápice en el ahora más bien improbable caso de que fuera él y no Gurgeh quien perdiera. La castración apicial significaba la eliminación total de la vagina reversible y los ovarios. Gurgeh empezó a pensar en eso y a meditar en lo que sería de aquel juez tranquilo e

imponente si perdía, y comprendió que no había tomado en consideración todas las implicaciones de la opción física. Aun suponiendo que ganara... ¿Cómo podía permanecer impasible ante la mutilación de un ser consciente? Para Bermoiya la derrota significaría el final de todo: carrera, familia..., todo. El Imperio no permitía la regeneración o sustitución de las partes corporales perdidas como consecuencia de una apuesta. La pérdida del juez sería permanente y posiblemente fatal. El suicidio era algo bastante común en tales casos. Sí, pensándolo bien quizá lo mejor para todos sería que el juez lograra derrotar a Gurgeh...

El problema estaba en que Gurgeh no quería perder. No sentía ninguna animosidad personal hacia Bermoiya, pero anhelaba desesperadamente ganar aquella partida, y la siguiente, y la que vendría a continuación. Cuando empezó a practicar el juego en el ambiente al que estaba acostumbrado Gurgeh no comprendió lo seductor que podía acabar siendo el Azad. Técnicamente hablando no había ninguna diferencia entre las partidas de ahora y las que había jugado a bordo de la *Factor limitativo*. Pero las sensaciones que experimentaba jugando al Azad en el sitio para el que fue concebido eran totalmente distintas. Había necesitado algún tiempo para comprenderlo, pero ahora Gurgeh estaba seguro de saber cuál era la auténtica razón de que el Imperio hubiese sobrevivido gracias al juego. El Azad producía un deseo insaciable de obtener más victorias, más poder, más territorios, más control sobre todo lo que te rodeaba...

Flere-Imsaho se quedó en el módulo. Gurgeh se puso en contacto con la nave para comentar y examinar su pésima posición actual y, como ya era costumbre en ella, la nave le comunicó que veía algunas formas bastante improbables de salir bien librado, pero Gurgeh ya había dado con ellas sin su ayuda. Aun así el darse cuenta de que existían era una cosa y el llevarlas a la práctica sobre el tablero en plena partida era otra muy distinta, por lo que la nave no podía serle de gran ayuda.

Gurgeh decidió dejar de analizar el juego y le preguntó a la nave qué podía hacer para disminuir el rigor de la apuesta que había establecido con Bermoiya en el improbable supuesto de que ganara la partida y fuese el juez quien tuviera que enfrentarse al cirujano. La respuesta fue que no podía hacer nada. La apuesta ya había sido acordada y eso era todo. Ninguno de los dos podía hacer nada, aparte de seguir jugando hasta que hubiera un ganador. Si se negaban a seguir con la partida los dos sufrirían el castigo fijado para el perdedor.

—Jernau Gurgeh... —dijo la nave en un tono algo vacilante—. Necesito saber qué quieres que haga en el caso de que las cosas vayan mal mañana.

Gurgeh bajó la vista. Había estado esperando aquella pregunta.

—Quieres saber si has de venir corriendo para sacarme de aquí o si decido seguir adelante y te llamo para que me recojas después con el rabo pero muy poca cosa más entre las piernas, y espero a que lo que he perdido vuelva a crecer, ¿no?

Naturalmente, todo ese proceso habrá servido para que la Cultura siga estando en las mejores relaciones posibles con el Imperio...

Gurgeh no intentó ocultar el sarcasmo que impregnaba su voz.

–Más o menos –dijo la nave después del retraso–. El problema es que... Bueno, seguir adelante sería menos complicado, pero si te operan... Tendré que destruir tus genitales o desplazarlos. Si realizaran un análisis completo de ellos el Imperio conseguiría demasiada información sobre la Cultura.

Gurgeh estuvo a punto de echarse a reír.

–¿Estás intentando decirme que mis pelotas son una especie de secreto de estado?

–Efectivamente, y eso quiere decir que aun suponiendo que te sometas a la castración... En cualquiera de los dos casos el Imperio acabará bastante enfadado.

Gurgeh siguió pensando en silencio durante unos momentos después de recibir la señal. Enroscó la lengua dentro de su boca sintiendo el bultito minúsculo oculto debajo de la blandura del tejido.

–Ah, a la mierda con todo –dijo por fin–. Quiero que sigas el desarrollo de la partida. Si me doy cuenta de que voy a perder intentaré ganar todo el tiempo posible... No sé cómo, pero ya me las arreglaré. Cuando esté claro que he empezado a utilizar tácticas dilatorias ponte en marcha, sácanos de aquí y transmite mis más sinceras disculpas a Contacto. Si consigo aguantar no hagas nada. Ya veremos qué opino mañana.

–Muy bien –dijo la nave.

Gurgeh se acarició la barba pensando que por lo menos le habían permitido elegir, pero se preguntó qué habría ocurrido en el caso de que no necesitaran eliminar las pruebas. Dada la situación actual el incidente diplomático parecía inevitable, pero si hubiera existido alguna forma de evitarlo... ¿Cuál habría sido la actitud de Contacto entonces? ¿Le habrían dejado escoger? No es que importara demasiado, claro, pero después de aquella conversación Gurgeh comprendió que había perdido la voluntad de ganar.

La nave tenía más noticias que comunicarle. Acababa de recibir una transmisión de Chamlis Amalk-Ney prometiendo un mensaje más largo dentro de poco tiempo, pero mientras tanto la vieja unidad se conformaba con hacerle saber que Olz Hap lo había conseguido. La joven prodigio acababa de lograr la Red Completa. Una jugadora de la Cultura había conseguido producir el resultado definitivo e insuperable en una partida de Acabado. La joven dama se había convertido en el ídolo de Chiark y de todos los jugadores de la Cultura. Chamlis ya la había felicitado en nombre de Gurgeh, pero suponía que éste desearía enviarle un mensaje propio. La unidad se despidió transmitiéndole sus mejores deseos.

Gurgeh cortó la conexión y se reclinó en su asiento. Contempló la superficie opaca de la pantalla en silencio durante unos momentos sin estar muy seguro de lo

que sabía, pensaba o recordaba. Ni tan siquiera estaba muy seguro de lo que era. Una sonrisa melancólica aleteó durante una fracción de segundo en una de las comisuras de sus labios y se esfumó.

Flere-Imsaho acababa de aparecer encima de su hombro.

–Jernau Gurgeh... ¿Estás cansado?

Gurgeh necesitó unos momentos para salir de su aturdimiento y acabó volviéndose hacia la diminuta unidad.

–¿Qué? Sí, un poco. –Se puso en pie y se estiró–. Pero creo que me costará bastante conciliar el sueño.

–Sí, ya me lo había imaginado. He pensado que quizá te gustaría acompañarme.

–¿Para qué? ¿Para ver pájaros? No, unidad, no lo creo. Gracias de todos modos.

–Bueno, la verdad es que no estaba pensando en nuestros amigos cubiertos de plumas. Cuando salgo por las noches no siempre voy a observarles. A veces visito otras partes de la ciudad. Al principio me dedicaba a vagabundear porque quería averiguar qué especies de pájaros hay en cada zona, pero a medida que pasaba el tiempo empecé a ir un poco por todas partes porque... Bueno, porque sí.

Gurgeh frunció el ceño.

–¿Y por qué quieres que vaya contigo?

–Porque mañana quizá tengamos que marcharnos de una forma algo brusca, y... Bueno, me he dado cuenta de que apenas conoces la ciudad.

Gurgeh agitó una mano.

–Tengo más que suficiente con la parte que me enseñó Za.

–Dudo mucho que te enseñara la parte en la que estoy pensando. Hay muchas cosas que ver.

–No he venido aquí para hacer turismo, unidad.

–Las cosas que quiero enseñarte te interesarán.

–¿De veras?

–Creo que sí. Creo que te conozco lo bastante bien para estar seguro de que te interesarán. Vamos, Jernau Gurgeh... Ven conmigo. Por favor. Juro que te alegrarás de haberme hecho caso. Anda, ven. Has dicho que te costaría mucho conciliar el sueño, ¿verdad? Bueno, entonces... ¿Qué tienes que perder?

Los campos de la unidad brillaban con sus tonalidades verdes y amarillas habituales envolviéndola en un aura tranquila y controlada. El tono de voz que había empleado estaba impregnado de seriedad.

Gurgeh entrecerró los ojos.

–Unidad, ¿qué estás tramando?

–Ven conmigo, Gurgeh. Por favor... –La unidad flotó lentamente hacia la parte delantera del módulo. Gurgeh la siguió con la mirada, pero no se movió. La unidad se detuvo junto a la puerta del salón–. Por favor, Jernau Gurgeh. Te juro que no lo

lamentarás.

Gurgeh se encogió de hombros.

–De acuerdo, de acuerdo... –Meneó la cabeza–. Salgamos a divertirnos un rato — murmuró.

La unidad fue hacia el morro del módulo con Gurgeh detrás y se detuvo delante del compartimento que contenía un par de bicicletas antigraavitatorias, unos cuantos arneses de flotación y algunos equipos más.

–Ponte un arnés. No tardaré nada. –La unidad se marchó y Gurgeh colocó las tiras del arnés sobre su camisa y sus pantalones cortos. Flere-Imsaho reapareció poco después con una larga capa negra provista de capucha–. Póntela, por favor.

Gurgeh se puso la capa encima del arnés. Flere-Imsaho deslizó la capucha sobre su cabeza con un campo y ató los cordoncillos de tal forma que la capucha ocultaba los lados de su rastro y proyectaba sombras sobre su parte delantera. La tela de la capa era lo bastante gruesa para disimular la presencia del arnés. Las luces del compartimento fueron disminuyendo lentamente de intensidad hasta apagarse y Gurgeh oyó algo que se movía por encima de su cabeza. Alzó los ojos y vio un cuadrado negro lleno de estrellas.

–Asumiré el control de tu arnés, si no te importa –murmuró la unidad.

Gurgeh asintió.

El arnés tiró de él llevándole hacia la oscuridad que había sobre su cabeza. La ascensión no se interrumpió enseguida, tal y como había esperado, sino que siguió y siguió hasta que Gurgeh se encontró envuelto por el calor y los olores de la noche urbana. La capa aleteaba en silencio a su alrededor. La ciudad era un remolino de luces, una llanura resplandeciente que no parecía tener fin. La unidad era una sombra diminuta pegada a su hombro.

Empezaron a moverse por encima de la ciudad. Sobrevolaron carreteras, ríos y un sinfín de cúpulas y edificios, cintas, masas casi sólidas y torres de luz, áreas de vapor que se deslizaban sobre la oscuridad y el fuego, torres repletas de luces que ardían envueltas en reflejos, temblorosas extensiones de agua negra y las enormes zonas oscuras de hierba y árboles de los parques y, finalmente, empezaron a bajar.

Descendieron hacia una zona donde no había muchas luces y tomaron tierra entre dos edificios a oscuras desprovistos de ventanas. Los pies de Gurgeh entraron en contacto con la tierra apisonada de un callejón.

–Disculpa –dijo la unidad, y se metió dentro de la capucha hasta colocarse junto a la oreja izquierda de Gurgeh–. Por allí –murmuró.

Gurgeh avanzó por el callejón. Tropezó con algo blando y supo que era un cuerpo antes de volverse a mirar. Observó con más atención el montón de harapos y vio como se movía. La persona estaba enroscada bajo unas mantas maltrechas con la cabeza apoyada en un saco muy sucio. Gurgeh no logró averiguar de qué sexo era.

Los harapos no ofrecían ninguna pista que permitiera adivinarlo.

Gurgeh abrió la boca, pero la unidad le hizo callar con un siseo casi inaudible.

–Es una de las personas que se niegan a trabajar de las que te habló Pequil, alguien que ha abandonado la comarca rural donde nació. Ha estado bebiendo... La pestilencia que hueles sólo contiene una parte de alcohol. El resto proviene de su cuerpo.

Las fosas nasales de Gurgeh aún no habían captado las vaharadas de hedor que brotaban del macho acostado en el suelo del callejón. El olor era tan desagradable que sintió una oleada de náuseas.

–Vámonos –dijo Flere-Imsaho.

Salieron del callejón. Gurgeh tuvo que pasar por encima de otros dos durmientes. La calle en que se encontraron estaba muy mal iluminada, y apestaba a algo que Gurgeh sospechó se suponía era comida. Unos cuantos peatones caminaban lentamente por las aceras.

–Encórvate un poco –dijo la unidad–. La capa te hará pasar por un discípulo de Minan, pero no permitas que la capucha resbale y no camines erguido.

Gurgeh hizo lo que le indicaba.

Siguió avanzando por la calle bajo la débil y parpadeante claridad granulosa de los escasos faroles monocromos y pasó junto a lo que parecía otro borracho con la espalda apoyada en una pared. Gurgeh bajó la vista y vio un charco de sangre entre las piernas del ápice y un oscuro hilillo de sangre seca que bajaba de su cabeza. Se detuvo delante de él.

–No pierdas el tiempo con ése –dijo la vocecita de Flere-Imsaho junto a su oreja–. Se está muriendo. Probablemente habrá estado metido en una pelea. La policía no viene por aquí muy a menudo, y no hay muchas probabilidades de que alguien solicite ayuda médica para él. Está claro que le han robado, así que quien llamara a una ambulancia tendría que pagar el tratamiento de su bolsillo.

Gurgeh miró a su alrededor, pero no había nadie cerca. Los párpados del ápice se movieron levemente como si estuviera intentando abrirlos.

El aleteo de los párpados se detuvo.

–Ahí –dijo Flere-Imsaho en voz baja.

Gurgeh siguió avanzando por la acera y oyó gritos procedentes de la parte superior de un edificio de fachada oscurecida por la mugre situado al otro lado de la calle.

–No es nada grave, sólo un ápice que le está dando una paliza a su mujer. ¿Sabías que durante milenios estuvieron convencidos de que las mujeres no tenían nada que ver con la herencia genética del bebé que llevaba dentro? Hace quinientos años descubrieron que juegan un papel bastante importante. Las mujeres producen un análogo viral del ADN que altera los genes del semen depositado dentro de ellas,

pero la ley sigue considerando que las mujeres son posesiones. Si un ápice asesina a una mujer se le condena a un año de trabajos forzados. Una hembra que asesina a un ápice es torturada durante varios días hasta que muere. Muerte mediante sustancias químicas... Dicen que es una de las peores formas de morir. Sigue andando.

Llegaron a la intersección con otra calle bastante más concurrida. Un macho estaba de pie en la esquina gritando algo en un dialecto que Gurgeh no logró comprender.

—Vende entradas para una ejecución —dijo la unidad. Gurgeh enarcó las cejas y volvió la cabeza unos centímetros—. Sí, no te estoy tomando el pelo —dijo Flere-Imsaho.

Pero Gurgeh no pudo evitar el menear la cabeza.

Gurgeh vio a un grupo de personas bastante numeroso que ocupaba el centro de la calzada. El tráfico —sólo la mitad de los vehículos tenían motor, y la otra mitad se desplazaban mediante la tracción humana— se había visto obligado a invadir las aceras. Gurgeh fue hacia la multitud pensando que su estatura bastante superior al promedio azadiano le permitiría ver lo que estaba ocurriendo, pero descubrió que la gente le abría paso y se fue encontrando atraído hacia el centro de la aglomeración.

Unos cuantos ápices bastante jóvenes estaban atacando a un macho muy anciano caído en el suelo. Los ápices vestían lo que parecía una especie de uniforme, aunque apenas lo vio un sentido indefinible hizo que Gurgeh comprendiese que no era ningún uniforme oficial. Los ápices pateaban el cuerpo del anciano con una especie de salvajismo controlado, como si el ataque fuera un ballet del dolor en el que sólo pudiese haber un ganador y se les estuviera evaluando no solamente por el tormento y los daños físicos infligidos, sino también por la impresión artística que produjeran.

—Quizá se te haya pasado por la cabeza la idea de que esto es un montaje preparado o una farsa, pero no lo es —dijo Flere-Imsaho—. Ah, y estas personas no han pagado para disfrutar del espectáculo. Lo que tienes delante es, sencillamente, un grupo de jóvenes dándole una paliza a un anciano sólo por el puro placer de dársela y estas personas prefieren observar a hacer nada para impedirlo.

Cuando la unidad hubo terminado de pronunciar aquellas palabras Gurgeh se dio cuenta de que se encontraba en primera fila. Dos ápices se volvieron hacia él y le observaron en silencio.

Gurgeh se preguntó qué ocurriría ahora. Tenía la extraña sensación de estar presenciándolo todo desde muy lejos. Los dos ápices le gritaron algo ininteligible, se dieron la vuelta y empezaron a hablar con los demás mientras le señalaban con el dedo. El grupo estaba compuesto por seis jóvenes. Los ápices se quedaron muy quietos sin prestar ninguna atención al macho que gimoteaba débilmente en el suelo y clavaron los ojos en el rostro de Gurgeh. Uno de ellos, el más alto, se llevó la mano a sus ceñidos pantalones con adornos metálicos, manipuló un botón o una cremallera y

exhibió la vagina semifláccida en su posición invertida. Sonrió, se la ofreció a Gurgeh y giró sobre sí mismo para enseñársela al resto de la multitud.

No ocurrió nada más. Sus jóvenes compañeros observaron durante unos momentos los rostros de quienes les rodeaban sin dejar de sonreír y se fueron. Antes de partir cada uno pisoteó la cabeza del viejo caído en el suelo fingiendo que aquella última agresión era un accidente.

La multitud empezó a dispersarse. El viejo estaba cubierto de sangre. Un fragmento de hueso grisáceo asomaba a través de la manga del maltrecho abrigo que llevaba puesto, y había unos cuantos dientes esparcidos por el suelo junto a su cabeza. Una pierna formaba un ángulo extraño con el cuerpo: el pie estaba vuelto hacia fuera y el miembro tenía un aspecto sorprendentemente flácido.

El viejo dejó escapar un gemido. Gurgeh dio un paso hacia adelante y empezó a inclinarse.

–¡No le toques!

La voz de la unidad hizo que Gurgeh se detuviera tan bruscamente como si hubiese chocado con un muro de ladrillos.

–Si alguna de estas personas ve tu cara o tus manos puedes considerarte muerto. Tu color, Gurgeh... Tienes el color equivocado, ¿comprendes? Escucha con atención. La estabilización genética aún no se ha conseguido del todo, y cada año siguen naciendo unos cuantos centenares de bebés que tienen la piel oscura. Se supone que deben ser estrangulados y que el Consejo de Eugenesia paga una recompensa por cada cadáver, pero hay algunas personas que les permiten seguir con vida y les van blanqueando la piel a medida que crecen aun sabiendo que cometen un crimen castigado con la pena capital. Si alguna de estas personas creyera que habías sido uno de esos bebés, y sobre todo teniendo en cuenta que llevas la capa de un discípulo... Te despellejarían vivo.

Gurgeh retrocedió con la cabeza gacha y se alejó tambaleándose calle abajo.

La unidad le enseñó a las prostitutas –casi todas hembras–, que Vendían sus favores sexuales a los ápices durante unos cuantos minutos u horas de la noche. Mientras recorrían las oscuras calles la unidad le contó que había partes de la ciudad frecuentadas por los ápices que habían perdido algún miembro y no tenían el dinero suficiente para pagarse el injerto de un brazo o una pierna amputadas a un criminal, y le dijo que esos ápices vendían sus cuerpos a los machos.

Gurgeh vio muchos lisiados. Estaban sentados en las esquinas vendiendo baratijas, tocando instrumentos que emitían notas chillonas o chirriantes, y había muchos que se limitaban a mendigar. Algunos estaban ciegos, otros no tenían brazos o habían perdido las piernas. Gurgeh contempló a todas aquellas personas destrozadas y sintió un mareo tan intenso que estuvo a punto de perder el equilibrio. La superficie de la calle que había debajo de sus pies pareció inclinarse bruscamente

hacia un lado y durante un momento fue como si la ciudad, el planeta y el Imperio entero girasen locamente a su alrededor en un frenético remolino de siluetas pesadillescas; una constelación de sufrimiento y angustia, una danza infernal de agonía y mutilaciones.

Dejaron atrás comercios llenos de basura multicolor, drogas permitidas por el estado y tiendas que vendían alcohol, tenderetes repletos de estatuas religiosas, libros, artefactos y parafernalia ceremonial, quioscos que ofrecían entradas para asistir a ejecuciones, amputaciones, torturas y violaciones públicas –casi todas las víctimas habían perdido alguna apuesta en el Azad–, y pregoneros que anunciaban a voz en grito los billetes de lotería, direcciones de burdeles y drogas ilegales con que se ganaban la vida. Un vehículo terrestre lleno de policías pasó junto a ellos: la ronda de noche. Varios pregoneros corrieron a esconderse en los callejones y un par de quioscos bajaron rápidamente sus persianas metálicas en cuanto vieron acercarse al vehículo, pero volvieron a subirlas apenas se hubo alejado algunos metros.

Entraron en un parque minúsculo y se encontraron con un ápice junto al que había dos machos y una hembra de aspecto enfermizo con collares sujetos a unas correas muy largas. El ápice intentaba obligarlas a realizar trucos que ninguno de los tres parecía comprender. La multitud que les rodeaba reía ruidosamente. La unidad le dijo que seguramente eran un trío de locos sin ningún familiar o amigo que pudiera pagar su estancia en un hospital mental, por lo que habían sido privados de la ciudadanía y vendidos al ápice. Se unieron a la multitud durante unos minutos y vieron como aquellas criaturas patéticas cubiertas de harapos intentaban trepar a un farol o formar una pirámide hasta que Gurgeh no pudo soportarlo por más tiempo y les dio la espalda. La unidad le dijo que una de cada diez personas con las que se cruzaba mientras caminaba por la calle sería sometida a tratamiento por enfermedad mental en algún momento de su existencia. La cifra era una poco más alta para los machos que para los ápices, y el índice de enfermedades mentales en las hembras superaba con mucho al de los otros dos sexos. El suicidio estaba considerado como un delito, y los índices de suicidio por sexo eran bastante similares a los de enfermedades mentales.

Flere-Imsaho le llevó a un hospital. La unidad le dijo que la institución era bastante representativa de su especie y que tanto el hospital como la zona en que se hallaba estaban bastante más cuidadas de lo que resultaba habitual en la ciudad. El hospital era administrado por una institución benéfica, y la mayor parte del personal trabajaba sin cobrar un sueldo. La unidad le dijo que todo el mundo supondría que era un discípulo que había venido a visitar a un miembro de su congregación, y añadió que el personal estaba tan ocupado que no podía perder el tiempo interrogando a todos los visitantes que se cruzaran en su camino. Gurgeh recorrió el hospital sin creer en lo que estaba viendo.

Contempló a personas que habían perdido miembros o cuyas mutilaciones eran aún más espectaculares que las que acababa de ver en las calles, y a otras que tenían el cuerpo cubierto de cicatrices y llagas o cuya piel se había vuelto de algún color extraño. Algunas estaban muy flacas y le recordaron a palos envueltos en piel grisácea que se tensaba sobre los huesos. Otras yacían inmóviles intentando respirar o vomitaban ruidosamente ocultas detrás de un biombo, gemían, farfullaban palabras incomprensibles o gritaban. Gurgeh vio a personas cubiertas de sangre que esperaban el momento de ser atendidas, personas dobladas sobre sí mismas que escupían sangre en cuencos y a unas cuantas que yacían en catres metálicos inmovilizadas con correas de cuero. Ésas eran las peores, porque giraban locamente la cabeza golpeándose la cabeza contra los barrotes del catre y tenían los labios cubiertos de espuma.

Y había gente por todas partes, y las camas, catres y colchones se extendían formando hileras que parecían no tener fin, y los olores de la carne putrefacta, los desinfectantes y las secreciones corporales flotaban por todo el hospital.

La unidad le informó de que era una noche habitual tirando a mala. El hospital estaba un poco más lleno que de costumbre porque acababan de llegar varias naves cargadas con los heridos de las últimas y gloriosas victorias imperiales. Aparte de eso, era la noche en que los trabajadores cobraban su paga y no tenían que trabajar al día siguiente, y la tradición exigía que se emborracharan y se pelearan con cualquier pretexto. Después la máquina empezó a recitar las tasas de mortalidad infantil y la expectativa de vida para cada sexo, los tipos de enfermedades y la frecuencia con que se daban en los distintos estratos sociales, los promedios de renta, el índice de paro y los ingresos por cápita en relación al total de la población en ciertas zonas, y le habló del impuesto sobre los nacimientos y el impuesto por defunción y las penas por aborto y nacimiento ilegítimo, las leyes que regulaban los distintos tipos de relación sexual, las instituciones benéficas y las organizaciones religiosas que administraban los comedores para pobres, los asilos y las clínicas de primeros auxilios. La unidad estuvo un buen rato ametrallándole con números, estadísticas e índices, y Gurgeh apenas si entendió nada de cuanto le dijo. Se limitó a vagar por el edificio durante lo que le parecieron horas, acabó encontrando una puerta y salió del hospital.

Se encontró en la parte trasera del edificio. Estaba en un pequeño jardín oscuro, polvoriento y abandonado encerrado por un cuadrado de muros. La luz amarilla que brotaba de las ventanas mugrientas se derramaba sobre la hierba gris y el pavimento de losas agrietadas. La unidad dijo que aún quería enseñarle unas cuantas cosas. Quería que viera el sitio donde dormían quienes no tenían dinero; creía poder introducirle en una prisión disfrazado como visitante...

–Quiero volver. ¡Quiero volver ahora mismo! –gritó Gurgeh arrojando la capucha hacia atrás.

–¡Muy bien! –dijo la unidad.

Volvió a poner la capucha en su sitio y salieron disparados hacia arriba. Ascendieron en línea recta durante varios minutos antes de empezar a dirigirse hacia el hotel y el módulo. La unidad no dijo nada en todo el trayecto. Gurgeh también guardó silencio y se dedicó a observar la gran galaxia de luces que era la ciudad desfilando bajo sus pies.

Llegaron al módulo. La puerta del techo se abrió para dejarles pasar apenas iniciaron el descenso y se cerró en cuanto hubieron entrado. Gurgeh dejó que la unidad le quitara la capa y el arnés antigraavitatorio. Sentir las correas del arnés deslizándose por sus hombros y la desaparición de su peso hizo que experimentara una extraña sensación de desnudez.

–Hay una cosa más que me gustaría enseñarte –dijo la unidad.

Flotó por el pasillo que llevaba hasta la sala del módulo. Gurgeh la siguió.

Flere-Imsaho se inmovilizó en el centro de la habitación. La pantalla estaba activada y mostraba a un macho copulando con un ápice. La música de fondo era ensordecedora y la pareja se agitaba rodeada por el lujo de los almohadones y los cortinajes.

–Estás viendo un programa de un canal selecto imperial –dijo la unidad–. Esto es una emisión codificada del Nivel Uno.

La escena cambió varias veces mostrando combinaciones sexuales distintas que iban desde la masturbación en solitario hasta orgías de grupo con los tres sexos azadianos.

–Son canales restringidos –dijo la unidad–. Se supone que los visitantes no deben verlos, pero el aparato decodificador se encuentra disponible en el mercado y puede adquirirse a un precio bastante módico. Ahora veremos algunos programas del Nivel Dos. Se emiten en canales de acceso reservado a los estratos superiores de los aparatos burocrático, religioso, militar y comercial del Imperio.

La pantalla quedó inundada durante unos segundos por un remolino de colores que no tardó en esfumarse. Gurgeh vio a más azadianos desnudos o con muy poca ropa. El énfasis volvía a estar puesto en la sexualidad, pero ahora había otro elemento nuevo incorporado a la acción. Muchas de las personas que tomaban parte en ella vestían ropas extrañas y de aspecto bastante incómodo, y algunas eran atadas y golpeadas o colocadas en posiciones absurdas que se les obligaba a mantener mientras servían como objeto de satisfacción sexual. Hembras uniformadas daban órdenes a grupos de ápices y machos. Gurgeh reconoció algunos de los uniformes como versiones grotescamente exageradas de los que vestían los oficiales de la Flota Imperial. Algunos ápices llevaban ropas de macho, y otros llevaban ropa de hembra. Vio ápices obligados a comer sus excrementos o los de otra persona o a beber su orina. Los programas que giraban alrededor de este tema parecían considerar como particularmente valiosas a las secreciones de otras especies pan-humanas. Vio bocas

y anos de animales y alienígenas penetrados por machos y ápices; vio alienígenas y animales persuadidos a copular con los tres sexos azadianos y objetos –algunos de uso cotidiano, otros que parecían fabricados especialmente con ese fin– usados como sustitutos del falo. En cada escena había un claro elemento de... Gurgeh supuso que debía ser dominación.

Que el Imperio quisiera ocultar el material del primer nivel no le había sorprendido demasiado. Un pueblo tan obsesionado por el rango, el protocolo y la dignidad inherente al atuendo debía sentir el deseo de restringir el acceso a ese tipo de imágenes por muy inofensivas que pudieran ser. El segundo nivel era distinto. Gurgeh tuvo la impresión de que revelaba una pequeña parte de lo que había oculto bajo la fachada imperial, y no le costó nada comprender que les resultara tan incómodo. Estaba claro que el deleite que podía producir la visión de un programa del Nivel Dos no era fruto del placer vicario que se siente viendo a personas que se lo están pasando bien e identificándose con ellas, sino del placer que producía ver a personas humilladas mientras otras personas disfrutaban a sus expensas. El Nivel Uno giraba en torno al sexo; el Nivel Dos giraba alrededor de lo que estaba claro era una obsesión que el Imperio no lograba separar del acto sexual.

–Y ahora el Nivel Tres –dijo la unidad.

Gurgeh observó la pantalla.

Flere-Imsaho observó a Gurgeh.

La luz de la pantalla se reflejaba en los ojos del hombre y los fotones no utilizados salían despedidos de la aureola del iris. Al principio las pupilas se ensancharon, pero no tardaron en irse encogiendo hasta quedar convertidas en puntas de alfiler. La unidad esperó a que los ojos clavados en la pantalla se fueran llenando de humedad, a que los músculos diminutos que había alrededor de los ojos vacilaran cerrando los párpados, a que el hombre meneara la cabeza y se diera la vuelta, pero lo que esperaba ver no ocurrió. La pantalla había capturado la mirada de Gurgeh. Era como si la presión infinitesimal que la luz ejercía sobre la habitación se hubiera invertido tirando del hombre que observaba las imágenes y atrayéndole hacia ellas. Gurgeh había quedado paralizado en ese instante de vacilación que precede a la caída, tan inmóvil, helado e irremisiblemente vuelto hacia las imágenes que se sucedían en la pantalla como si fuera una luna detenida hacía ya mucho tiempo.

Los gritos crearon ecos en la sala y rebotaron en sus asientos amoldables, divanes y mesitas. Eran gritos de ápices, hombres, mujeres y niños. A veces eran silenciados enseguida, pero lo más normal era que durasen mucho tiempo. Cada instrumento y cada parte del cuerpo de aquellos seres torturados emitía su propio ruido. Sangre, cuchillos, huesos, láseres, carne, sierras, sustancias químicas, sanguijuelas, gusanos, armas vibratorias e incluso falos, dedos y garras... Todo creaba su propio sonido inimitable y distinto a los demás para que sirviera de contrapunto al tema de los

gritos.

La última escena que vio incluía a un macho psicópata al que se le habían inyectado grandes dosis de hormonas sexuales y alucinógenos, un cuchillo y una mujer descrita como una enemiga del estado. La mujer estaba embarazada y le faltaba muy poco para dar a luz.

Los ojos se cerraron. Las manos subieron hasta sus orejas. Gurgeh bajó la vista.

–Basta –murmuró.

Flere-Imsaho desactivó la pantalla. Gurgeh se fue inclinando lentamente hacia atrás como si la pantalla hubiese estado emitiendo algún tipo de atracción, una gravedad artificial que le había hecho acercarse inconscientemente a ella. La atracción había desaparecido de repente, y la brusca reacción hizo que Gurgeh casi perdiera el equilibrio.

–Son programas retransmitidos en directo, Jernau Gurgeh. Ése que has visto se está desarrollando ahora mismo. Lo que acabas de ver sigue ocurriendo en algún sótano oculto debajo de una prisión o en un cuartel de la policía.

Gurgeh alzó los ojos hacia la pantalla apagada. Seguía teniendo las pupilas dilatadas pero la humedad había desaparecido. Gurgeh clavó la mirada en la pantalla, osciló lentamente hacia atrás y hacia adelante y tragó una honda bocanada de aire. Tenía la frente cubierta de sudor, y estaba temblando.

–El Nivel Tres está reservado a la élite dirigente. Sus señales militares de alta importancia estratégica utilizan el mismo código cifrado. Supongo que comprendes por qué.

»No se trata de ninguna noche especial, Gurgeh. Lo que has visto no es ningún festival de erotismo sadomasoquista que se emita en ocasiones señaladas. Estas cosas ocurren cada noche... Hay más, pero creo que esa selección era bastante representativa.

Gurgeh asintió. Tenía la boca seca. Tragó saliva con cierta dificultad, hizo unas cuantas inspiraciones lo más profundas posible y se frotó la barba. Abrió la boca para hablar, pero la unidad se le adelantó.

–Una cosa más, algo que también te han ocultado. Me enteré anoche, cuando la nave lo mencionó... Desde que empezaste a jugar con Ram tus adversarios también han estado utilizando drogas, anfetaminas de acción directa sobre la corteza cerebral como mínimo aunque poseen drogas mucho más sofisticadas que también han decidido utilizar. Tienen que inyectárselas o ingerirlas. No poseen glándulas especiales capaces de producir las drogas dentro de sus cuerpos, pero puedes estar seguro de que las utilizan. La sangre de la mayoría de tus adversarios contiene muchos más compuestos y sustancias químicas «artificiales» que la tuya.

La unidad emitió una especie de suspiro. El hombre seguía sin apartar los ojos de la pantalla desactivada.

–Y eso es todo –dijo la unidad–. Si lo que te he enseñado te ha parecido desagradable o te ha trastornado... Lo siento, Jernau Gurgeh. Pero no quería que te marcharas de aquí creyendo que el Imperio no era más que unos cuantos jugadores venerables, un montón de edificios impresionantes y unos cuantos clubs nocturnos exóticos. El Imperio también es lo que has visto esta noche, y hay muchas cosas más que no puedo mostrarte. Todas las frustraciones que pesan por un igual sobre los pobres y los relativamente acomodados, esas frustraciones causadas por el simple hecho de vivir en una sociedad donde nadie es libre de hacer lo que quiere o desea... Está el periodista que no puede escribir lo que sabe es verdad, el médico que no puede aliviar los sufrimientos y dolores de la enfermedad porque quien los padece es del sexo equivocado... Un millón de cosas que ocurren cada día, cosas que no son tan melodramáticas y horrendas como las que te he enseñado pero que siguen siendo parte del sistema y que son algunos de los efectos producidos por su funcionamiento.

»La nave te explicó que un sistema culpable no admite la existencia de los inocentes, pero yo creo que sí la admite. Por ejemplo, reconoce la inocencia de un niño y ya has visto como se enfrenta a ella. En cierto sentido, incluso puede afirmarse que reconoce la "santidad" del cuerpo..., pero sólo para violarla. Todo se reduce a lo mismo, Gurgeh. Todo es propiedad y posesión, todo consiste en tomar y poseer. –Flere-Imsaho hizo una pausa, flotó hacia Gurgeh y se detuvo muy cerca de su rostro–. Ah, me temo que estoy volviendo a sermonearte, ¿verdad? Los excesos de la juventud... Te he hecho trasnochar. Quizá tengas ganas de irte a acostar. Ha sido una noche muy larga, ¿no? Te dejaré a solas. –La unidad giró sobre sí misma, flotó hacia la puerta y volvió a detenerse delante del umbral–. Buenas noches –dijo.

Gurgeh carraspeó para aclararse la garganta.

–Buenas noches –dijo.

No había apartado los ojos de la pantalla hasta entonces. La unidad desapareció por el umbral.

Gurgeh se dejó caer en un sillón amoldable. Se contempló los pies durante unos momentos, se puso en pie y salió del módulo. Estaba amaneciendo. La ciudad parecía más limpia, como si la hubieran lavado, y hacía bastante frío. El resplandor de las luces se debilitaba lentamente bajo la tranquila inmensidad azul del cielo. El guardia situado junto a la escalera de caracol tosió y golpeó el suelo con los pies para entrar en calor, pero su posición hacía que Gurgeh no pudiera verle.

Volvió a entrar en el módulo y se acostó en la cama. Se quedó inmóvil en la oscuridad durante un buen rato con los ojos abiertos. Después cerró los ojos y se dio la vuelta. Intentó dormir, pero no lo consiguió y descubrió que tampoco quería segregarse alguna droga que le permitiera conciliar el sueño.

Acabó levantándose y volvió a la sala. Ordenó al módulo que sintonizara los canales de juegos y se sentó delante de la pantalla para contemplar la partida que

estaba jugando con Bermoiya. Estuvo mucho rato sin apartar los ojos de la pantalla, inmóvil y en silencio, sin una sola molécula de droga en su sangre.

Había una ambulancia de la prisión aparcada delante del centro de conferencias. Gurgeh bajó del vehículo aéreo y fue directamente a la sala de juegos. Pequil tuvo que correr para mantenerse a su altura. El ápice no lograba entender al alienígena. El visitante de la Cultura no había abierto la boca en todo el trayecto del hotel al centro de conferencias cuando lo normal era que quienes se hallaban en su situación actual hablasen sin parar..., y no parecía estar asustado, aunque Pequil no entendía cómo era posible que no lo estuviera. Si hubiese conocido un poco mejor a ese alienígena despistado y más bien inocente habría comprendido cuál era la expresión que tensaba aquel rostro descolorido, velludo y de rasgos afilados. El alienígena estaba furioso.

Lo Prinest Bermoiya estaba sentado en un taburete junto al Tablero del Origen. Gurgeh fue hacia el tablero y se adentró un par de metros en él. Se frotó la barba con uno de sus largos dedos y movió un par de piezas. Bermoiya hizo sus movimientos y en cuanto la acción se fue extendiendo —a medida que el alienígena hacía esfuerzos desesperados por salir de su apurada situación actual—, el juez ordenó a unos cuantos jugadores aficionados que hicieran sus movimientos por él. El alienígena siguió dentro del tablero llevando a cabo personalmente sus movimientos y yendo velozmente de un lado a otro como si fuese un gigantesco insecto oscuro.

Bermoiya no comprendía qué estaba intentando conseguir. Los movimientos parecían carecer de propósito y el alienígena hizo varias jugadas que eran errores estúpidos o sacrificios carentes de objetivo. Bermoiya conquistó algunos de sus dispersos efectivos. Pasado un tiempo pensó que el macho quizá tuviera algo parecido a un plan, pero si existía debía ser un plan muy oscuro y complicado. Quizá estaba intentando llevar a cabo algún extraño conjunto de movimientos o colocación de piezas que le permitiera salvar el honor mientras seguía siendo un macho.

¿Quién sabía qué extraños preceptos regían su conducta en un momento semejante? Los movimientos siguieron sucediéndose los unos a los otros, y la pauta siguió siendo tan caótica como indescifrable. Hicieron una pausa para almorzar y siguieron jugando.

Bermoiya no volvió a sentarse en su taburete después de la pausa. Se colocó a un lado del tablero e intentó comprender el plan resbaladizo e inaprensible que estaba guiando los movimientos del alienígena, suponiendo que dicho plan existiera. Era como estar jugando contra un fantasma, como si Bermoiya y el alienígena estuvieran compitiendo en tableros distintos. El enfrentamiento directo parecía haberse vuelto imposible. Las piezas del alienígena se le escapaban una y otra vez y se movían como si hubiera previsto su próximo movimiento incluso antes de que Bermoiya lo hubiese pensado.

¿Qué le había ocurrido? Ayer su estilo de juego había sido totalmente distinto. ¿Sería cierto que estaba recibiendo ayuda del exterior? Bermoiya se dio cuenta de que

estaba empezando a sudar. No tenía por qué sudar. Seguía llevándole una ventaja considerable y seguía faltándole muy poco para alzarse con el triunfo, pero... Su cuerpo se cubrió de sudor. Se dijo que no debía preocuparse por ello, y lo atribuyó a algún efecto colateral de las drogas para aumentar su capacidad de concentración que había tomado durante el almuerzo.

Bermoiya hizo unos cuantos movimientos que deberían aclarar la situación y dejar al descubierto el plan del alienígena, si es que tenía alguno. No sirvieron de nada. Bermoiya llevó a cabo varios gestos exploratorios más y comprometió una pequeña parte de sus fuerzas en las intenciones. Gurgeh atacó sin perder un segundo.

Bermoiya llevaba cien años aprendiendo y jugando al Azad, y la mitad de ese tiempo en tribunales de todos los niveles y categorías existentes en el sistema judicial azadiano. Había presenciado muchos estallidos de violencia en criminales que acababan de ser sentenciados, y había visto partidas en las que se dieron movimientos tan bruscos como feroces, e incluso había tomado parte en unas cuantas. Aun así, los movimientos del alienígena no tardaron en alcanzar un nivel de barbarie y salvajismo muy superiores a cuanto Bermoiya había presenciado en cualquiera de esos dos contextos. Tuvo la sensación de que si no fuera por su experiencia de los tribunales la pura intensidad física de aquel ataque habría bastado para hacerle tambalear.

Los movimientos eran como una serie de patadas en el vientre. Contenían toda la energía enloquecida exhibida de forma espasmódica e incontrolada por los mejores jugadores al principio de sus carreras; pero esa energía estaba controlada y dirigida, y era sometida a una secuencia precisa y liberada de repente con un estilo y una gracia salvajes que ningún principiante podría haber albergado la esperanza de conseguir. El primer movimiento hizo que Bermoiya empezara a sospechar cuál podía ser el plan del alienígena. El siguiente movimiento le hizo comprender lo soberbio que era; el siguiente que la partida podía prolongarse hasta bien entrado el próximo día antes de que el alienígena fuese vencido por fin; el siguiente que la posición de Bermoiya no era tan sólida e inexpugnable como había creído hasta entonces..., y los dos movimientos que vinieron después le dejaron bien claro que aún tendría que esforzarse mucho, y los que sucedieron a esos dos movimientos le revelaron que la partida quizá no se prolongaría hasta el día siguiente.

Bermoiya volvió a encargarse personalmente de hacer sus movimientos y fue utilizando todos los trucos y estratagemas que había aprendido en un siglo de jugar al Azad. La pieza de observación disfrazada, la finta-dentro-de-la-finta empleando piezas de ataque y cartas; el uso prematuro de las piezas de elementos del Tablero del Cambio que permitía convertir los territorios en un pantano mediante la conjunción de la Tierra y el Agua..., y no consiguió nada.

La sesión de la tarde estaba a punto de terminar. Bermoiya se volvió hacia el alienígena. La sala de juegos estaba sumida en el silencio más absoluto. El macho

alienígena se encontraba en el centro del tablero y contemplaba con expresión impasible una pieza secundaria mientras se frotaba el vello que le cubría el rostro.

Bermoiya inspeccionó el despliegue de sus piezas. La confusión y el desorden eran increíbles. Ya no podía hacer nada. Su posición era tan insalvable como un caso mal preparado en el que había un defecto fundamental o una máquina con tres cuartas partes de las piezas averiadas. No había forma de salvarla. Sería mucho mejor echarlo todo a la basura y empezar de nuevo.

Pero no podía empezar de nuevo. Cuando saliera de allí le llevarían al hospital y le castrarían. Perdería aquello que le hacía ser lo que era, y nunca se le permitiría recobrarlo. Habría desaparecido para siempre. Para siempre...

Bermoiya no podía oír a las personas que había en la sala. Tampoco podía ver sus rostros o el tablero que tenía debajo de los pies. Lo único que podía ver era al macho alienígena con su extraña postura de insecto, su rostro de rasgos afilados y su cuerpo anguloso, el macho que se acariciaba el rostro velludo con un dedo largo de piel oscura. Las uñas de dos partes que había en su extremo mostraban la piel más clara que ocultaban.

¿Cómo podía parecer tan tranquilo y despreocupado? Bermoiya sintió un impulso casi irresistible de gritar y tuvo que contener el aliento que intentaba escapar de sus pulmones. Pensó en lo fácil que había parecido todo aquella mañana y lo agradable que era el pensar que no sólo viajaría al Planeta de Fuego para la ronda final de los juegos sino que, al mismo tiempo, estaría haciendo un gran favor al Departamento Imperial. Sospechó que quizá habían sabido que aquello podía suceder y que deseaban humillarle y presenciar su ruina (por alguna razón que no podía ni imaginar, pues Bermoiya siempre había sido leal y concienzudo en el cumplimiento de sus deberes. Un error. Sí, tenía que ser un error..).

«Pero ¿por qué ahora? —pensó—. ¿Por qué precisamente ahora?»

¿Por qué en este momento de todos los posibles, por qué de esta forma y por esta apuesta? ¿Por qué habían querido que hiciera todo aquello y se comprometiera en semejante apuesta cuando llevaba en su interior la semilla de un niño? ¿Por qué?

El alienígena volvió a frotarse el vello que le cubría el rostro y frunció sus extraños labios mientras bajaba la vista hacia algún punto del tablero. Bermoiya fue tambaleándose hacia él sin prestar atención a los obstáculos que se interponían en su camino. Aplastó los biotecs y las demás piezas bajo sus pies y chocó contra las pirámides que delimitaban las zonas más elevadas.

El macho se volvió rápidamente hacia él y le miró como si acabara de captar su presencia. Bermoiya sintió que se detenía y clavó la mirada en aquellos ojos incomprensibles.

Y no vio nada. No había piedad ni compasión, no había ni la más leve chispa de bondad o pena. Contempló aquellos ojos y al principio pensó en la expresión de

algunos criminales que habían sido sentenciados a la muerte rápida. Era una expresión de indiferencia. No había desesperación ni odio, sino algo más opaco y mucho más aterrador que cualquiera de esas dos emociones. Sólo había resignación y la seguridad incommovible de que todas las esperanzas se habían esfumado. La expresión era como una bandera enarbolada por un alma a la que ya nada le importaba.

Pero en ese mismo instante de reconocimiento Bermoiya comprendió que la imagen del criminal condenado a la que se había aferrado no era la correcta. No sabía cuál era la imagen que le habría proporcionado la clave del enigma. Quizá no hubiera ninguna forma de dar con ella.

Y entonces lo supo. Y de repente, por primera vez en su vida, comprendió qué sentía el condenado cuando le miraba a la cara.

Cayó. Primero cayó de rodillas y sintió el impacto del tablero contra su carne, y la vibración agrietó las zonas elevadas más cercanas, y después se derrumbó hacia adelante y cayó de bruces hasta que sus ojos quedaron pegados al tablero y lo vieron desde aquella posición por primera y última vez. Bermoiya cerró los ojos.

El Adjudicador y sus ayudantes corrieron hacia él y le incorporaron. Los enfermeros le sujetaron con correas a una camilla mientras Bermoiya lloraba casi sin hacer ruido, le sacaron de la sala y le metieron en la ambulancia de la prisión.

Pequil estaba perplejo. Jamás se había imaginado que un juez imperial pudiera perder el control de aquella forma. ¡Y delante del alienígena! Tuvo que correr detrás del hombre de la piel oscura. Gurgeh ya había empezado a dirigirse hacia la salida tan rápida y silenciosamente como había entrado sin prestar atención a los silbidos y gritos que brotaban de las galerías del público. Subieron al vehículo antes de que la prensa pudiera alcanzarles y despegaron alejándose a toda velocidad del centro de conferencias.

Y Pequil se dio cuenta de que Gurgeh no había abierto la boca ni una sola vez durante todo el tiempo que estuvieron en la sala de juegos.

Flere-Imsaho observaba al hombre. Había esperado una reacción más aparatosa, pero en cuanto llegó al módulo Gurgeh se sentó delante de la pantalla y se dedicó a repasar las partidas que había jugado hasta el momento. Y se negaba a hablar.

Gurgeh no tardaría en ir a Ecronedal junto con los ciento diecinueve jugadores que habían ganado sus partidas singulares de la cuarta ronda. La familia del ahora mutilado Bermoiya había renunciado en su nombre, tal y como era habitual después de que el perdedor hubiera pagado una apuesta tan severa. Gurgeh ganó la partida y su puesto en el Planeta de Fuego sin mover ni una sola pieza en ninguno de los dos tableros restantes.

Su partida contra Bermoiya había terminado de una forma tan brusca que faltaban

unos veinte días hasta la fecha en que la flota de la corte imperial partiría para iniciar el viaje de doce días que la llevaría a Ecronedal. Gurgeh había sido invitado a pasar parte de aquel tiempo en la casa de campo propiedad de Hamin, el rector del Colegio de Candsev y mentor del Emperador. Flere-Imsaho había insistido en que rechazara la invitación, pero Gurgeh la aceptó. La casa de campo se encontraba en una islita de un mar interior situado a varios centenares de kilómetros de allí, y saldrían mañana.

Gurgeh parecía sentir lo que la unidad creía era un interés poco saludable e incluso perverso por lo que las agencias de prensa y noticias estaban diciendo de él. Era como si disfrutara con las invectivas y calumnias que empezaron a llover sobre su cabeza después de haber vencido a Bermoiya. A veces incluso sonreía, sobre todo cuando los comentaristas describían en su tono de voz más asombrado y reverente el horrible destino que el alienígena Gurgo había infligido a Lo Prinest Bermoiya, un juez amable y compasivo que tenía cinco esposas y dos esposos, aunque no hijos.

Gurgeh también había empezado a sintonizar los canales que ofrecían imágenes de las tropas imperiales aplastando a los salvajes e infieles que estaban siendo civilizados en varias partes del Imperio. Ordenó al módulo que decodificara las señales militares de alto nivel emitidas por las agencias, aparentemente sólo por el deseo de competir con los canales de entretenimiento imperiales donde las emisiones estaban protegidas por un código aún más complejo.

Las emisiones militares contenían escenas de alienígenas torturados y ejecutados. Algunas mostraban las construcciones y obras de arte de las especies recalitrantes o rebeldes siendo incendiadas o demolidas mediante explosivos de alto poder; cosas que aparecían muy raramente en los canales de noticias por la única razón de que todos los alienígenas siempre eran descritos como monstruos incivilizados, bobos dóciles por naturaleza o subhumanos codiciosos y traicioneros, categorías evidentemente incapaces de producir una auténtica civilización y un arte digno de ese nombre. Cuando era físicamente posible las emisiones mostraban a machos azadianos –nunca ápices– violando a los salvajes.

Que Gurgeh disfrutara viendo aquellos programas tenía bastante preocupado a Flere-Imsaho, sobre todo porque su primer contacto con las emisiones codificadas había tenido lugar a través de la unidad, pero se consolaba pensando que al menos no parecían producirle ninguna estimulación de naturaleza sexual. Gurgeh no veía aquellos programas de la misma forma que los azadianos. Miraba, grababa las imágenes en su cerebro y cambiaba rápidamente de canal.

Seguía pasando la mayor parte de su tiempo viendo partidas en la pantalla, pero volvía de vez en cuando a las señales codificadas y los programas en los que se le insultaba y denigraba como si fuesen una droga de la que no podía prescindir.

–Pero es que no me gustan los anillos.

–No es cuestión de si te gustan o no, Jernau Gurgeh. Cuando vayas a la propiedad de Hamin dejarás de estar bajo la protección del módulo. En cuanto a mí... Bueno, puede que no siempre esté cerca, y aparte de eso no soy especialista en lexicología. Tendrás que comer y beber lo que te ofrezcan, y cuentan con algunos químicos y exobiólogos muy bien preparados. Pero si llevas uno de estos anillos en cada mano – en el dedo índice, a ser posible–, deberías estar a salvo de cualquier intentona de envenenamiento. Si notas un solo pinchazo quiere decir que los anillos han detectado una droga no letal..., un alucinógeno, por ejemplo. Tres pinchazos significan que alguien quiere liquidarte.

–¿Y qué significan dos pinchazos?

–¡No lo sé! Puede que una avería. Y ahora, ¿quieres ponerte los anillos o no?

–Me quedan fatal.

–¿Qué tal te quedaría un sudario?

–Me hacen sentir raro.

–Mientras funcionen me da igual que te hagan sentir raro o no.

–Oye, ¿y qué opinarías de un amuleto mágico para detener las balas?

–¿Hablas en serio? Porque si hablas en serio tenemos a bordo un conjunto de gemelos, collar y tiara en el que hay disimulado un escudo que se activa mediante la señal de un sensor pasivo de impactos, aunque creo que si deciden optar por esa forma de eliminarte probablemente usarán armas de radiación...

Gurgeh alzó una mano y el anillo reflejó las luces del módulo.

–Oh, olvídalo.

Volvió a tomar asiento delante de la pantalla y sintonizó un canal militar especializado en ejecuciones.

La unidad descubrió que hablar con el hombre resultaba cada vez más difícil. El hombre no le escuchaba. Intentó explicarle que pese a todos los horrores que había visto en la ciudad y la pantalla cualquier intervención que pudiera emprender la Cultura resultaría mucho más perjudicial que beneficiosa. Intentó hacerle entender que Contacto y, de hecho, toda la Cultura se encontraban en una situación muy parecida a la que él había vivido cuando se ocultaba debajo de la capa sin poder hacer nada por ayudar al anciano herido que yacía en la calle, que debían seguir ocultos bajo su disfraz y esperar a que llegara el momento adecuado..., pero o sus argumentos no lograban llegar hasta él o el hombre no opinaba lo mismo, porque seguía sumido en el mutismo y se negaba a iniciar cualquier tipo de discusión al respecto.

Flere-Imsho apenas salió del módulo durante los días que transcurrieron entre el final de la partida con Bermoiya y la marcha hacia la propiedad de Hamin. Lo que hizo fue quedarse encerrado con el hombre, pensar y preocuparse.

–Señor Gurgeh... Encantado de conocerle. –El viejo ápice le ofreció la mano y Gurgeh la estrechó–. Espero que haya tenido un viaje agradable.

–Sí, gracias –dijo Gurgeh–. Hemos tenido un viaje muy agradable.

Estaban en el techo de un edificio rodeado por el verdor exuberante de la vegetación y desde el que podían contemplar las tranquilas aguas del mar interior. La casa quedaba prácticamente oculta por el follaje, y lo único que podía verse claramente de ella era el tejado que emergía entre las ondulantes copas de los árboles. Cerca de la casa había cobertizos con animales para montar, y los distintos niveles de la construcción daban origen a pasarelas esbeltas y elegantes que se deslizaban entre los troncos a bastante distancia de las sombras que cubrían el suelo del bosque y terminaban en las playas de arenas doradas, los pabellones y las residencias veraniegas de la propiedad. Gigantescas masas de nubes blancas iluminadas por el sol centelleaban sobre la distante línea del continente.

–Ha usado la palabra «hemos» –dijo Hamin mientras paseaban por el tejado.

Varios machos vestidos con libreas habían empezado a descargar el equipaje de Gurgeh.

–La unidad Flere-Imsaho y yo –replicó Gurgeh.

Movió la cabeza señalando la máquina que zumbaba y chisporroteaba aparatosamente junto a su hombro.

–Ah, sí –dijo el viejo ápice. Su calva reflejó la luz binaria que caía del cielo–. La máquina que algunas personas creen le permite jugar tan bien...

Bajaron a un balcón muy espacioso en el que había muchas mesas donde Hamin presentó a Gurgeh –y a la unidad– a una considerable cantidad de gente, la mayoría ápices aunque también había algunas hembras vestidas con mucha elegancia. Sólo había una persona a la que ya conocía. Lo Shav Oíos dejó su copa sobre la mesa, sonrió y se puso en pie para estrechar la mano de Gurgeh.

–Señor Gurgeh... Qué gran alegría volver a verle. La suerte ha seguido acompañándole y su dominio del juego se ha hecho aún más grande de lo que ya era. Un logro formidable... Permita que vuelva a felicitarle por su nueva victoria.

Los ojos del ápice se apartaron un segundo del rostro de Gurgeh y se posaron en los anillos.

–Gracias. La conseguí a un precio del que habría preferido prescindir.

–Desde luego, desde luego... Nunca dejará de sorprendernos, señor Gurgeh.

–Estoy seguro de que llegará un momento en que dejaré de hacerlo.

–Es usted demasiado modesto.

Oíos sonrió y volvió a sentarse.

Gurgeh rechazó la oferta de ir a las habitaciones que se le habían asignado para descansar un poco diciendo que no estaba cansado. Se sentó a una mesa con Hamin, unos cuantos directores del Colegio de Candsev y algunos funcionarios de la corte.

Les sirvieron vino frío y aperitivos sazonados con especias. Flere-Imsaho se posó en el suelo junto a los pies de Gurgeh sin hacer demasiado ruido. Los anillos que llevaba en las manos le indicaron que no corría ningún peligro. La sustancia más dañina presente en la mesa era el alcohol.

La conversación procuró evitar la última partida de Gurgeh. Todo el mundo pronunciaba su nombre correctamente. Los directores del colegio le hicieron algunas preguntas sobre su «originalísimo e inimitable» estilo de juego y Gurgeh respondió a ellas lo mejor que pudo. Los funcionarios de la corte le interrogaron cortésmente sobre su mundo natal y Gurgeh les contó unas cuantas fantasías sobre la vida en un planeta. También hicieron algunas preguntas sobre Flere-Imsaho, y Gurgeh guardó silencio durante unos momentos esperando que la máquina respondiera a ellas pero no lo hizo, así que les dijo la verdad. La Cultura consideraba que aquella máquina era una persona. Podía hacer lo que le diera la gana y no le pertenecía.

Una hembra muy alta e increíblemente hermosa –una acompañante de Lo Shav Oíos que se sentó a su mesa–, inclinó la cabeza hacia Flere-Imsaho y le preguntó si su amo jugaba lógicamente o no.

Flere-Imsaho replicó que Gurgeh no era su amo –en su tono de voz había un cansancio casi imperceptible que Gurgeh sospechó era el único en detectar–, y que suponía que cuando jugaba sus procesos mentales eran más lógicos que en otros momentos, pero que no sabía gran cosa sobre el Azad.

Su respuesta pareció divertir mucho a todos los presentes.

Hamin se puso en pie y proclamó que los dos siglos y medio de experiencia acumulados por su estómago sabían juzgar cuándo era hora de cenar mejor que el reloj de cualquier sirviente. Hubo algunas carcajadas corteses y el balcón fue quedando desierto. Hamin escoltó personalmente a Gurgeh hasta sus aposentos y le dijo que un sirviente vendría a avisarle cuando faltara poco para la cena.

–Me gustaría saber por qué te han invitado –dijo Flere-Imsaho.

La unidad estaba deshaciendo rápidamente el equipaje de Gurgeh mientras el hombre permanecía inmóvil delante de la ventana contemplando las copas de los árboles y las tranquilas aguas del mar interior.

–Quizá estén pensando en reclutarme para el Imperio. ¿Qué opinas, unidad? ¿Crees que sería un buen general?

–No digas tonterías, Jernau Gurgeh. –La unidad pasó a utilizar el marain–. Y no olvides azar bazar que nosotros vigilados estamos tontería aleatoria.

Gurgeh puso cara de preocupación.

–Cielos, unidad –dijo en eaquico–. ¿Qué te ocurre? ¿Algún trastorno repentino del habla?

–Gurgeh... –siseó la unidad, y dejó caer sobre la cama unas cuantas prendas que el Imperio consideraba aceptables para una cena formal.

Gurgeh giró sobre sí mismo y sonrió.

–Quizá sólo quieran matarme.

–Me pregunto si aceptarían ayuda.

Gurgeh rió y fue hacia las prendas que la unidad había desplegado sobre la cama.

–No te preocupes. Todo irá bien.

–Si tú lo dices. Pero aquí ni tan siquiera contamos con la protección del módulo, y en cuanto a la nave... En fin, será mejor que no nos preocupemos pensando en lo que puede ocurrir.

Gurgeh cogió un par de prendas parecidas a túnicas y las sostuvo delante de su cuerpo sujetándolas con el mentón mientras las observaba con expresión pensativa.

–No estoy preocupado –dijo. La unidad no pudo contenerse por más tiempo: – ¡Oh, Jernau Gurgeh! –gritó con voz exasperada–. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? ¡No puedes combinar el rojo con el verde!

–¿Le gusta la música, señor Gurgeh? –preguntó Hamin inclinándose sobre él. Gurgeh asintió.

–Bueno... Un poquito de música nunca hace daño.

Hamin se reclinó en su asiento, aparentemente satisfecho con la respuesta. Volvían a estar en el gran jardín del tejado. La cena había sido una ceremonia larga, complicada y un tanto excesiva para el estómago que había incluido hembras desnudas bailando en el centro del comedor, y si había que creer en los anillos de Gurgeh nadie había intentado añadir ninguna sustancia extraña a su comida. Ya había oscurecido y los comensales estaban sentados disfrutando de la cálida atmósfera nocturna mientras escuchaban la música quejumbrosa producida por un grupo de ápicos. Unas pasarelas de líneas elegantes y delicadas llevaban desde el jardín hasta las imponentes siluetas de los árboles.

Gurgeh compartía una mesita con Hamin y Oíos. Flere-Imsaho estaba junto a sus pies. Las lámparas brillaban en los árboles que se alzaban a su alrededor. El jardín del tejado era una isla de luz perdida en la noche rodeada por los gritos con que los pájaros y animales parecían responder a la música.

–Señor Gurgeh, me estaba preguntando si... ¿Alguna de nuestras danzarinas le ha parecido especialmente atractiva? –dijo Hamin tomando un sorbo de su bebida y encendiendo una pipa muy larga que terminaba en una cazoleta minúscula. Hamin dio una calada y siguió hablando mientras el humo se enroscaba alrededor de su cabeza–. Se lo pregunto porque una de ellas –la de la mecha plateada, ¿la recuerda?–, expresó un considerable interés por su persona. Lamentaría mucho que... Bueno, espero no estarle escandalizando, señor Gurgeh. ¿Le he escandalizado?

–En absoluto.

–Bien, sólo deseaba dejar claro que se encuentra entre amigos. Ha demostrado

más que sobradamente de lo que es capaz en el juego y nos hallamos en un sitio muy íntimo y alejado de los ojos de la prensa y la gente corriente que, naturalmente, necesita regirse por reglas estrictas y más bien toscas... Reglas de las que nosotros podemos prescindir. ¿Comprende a qué me refiero? Puede relajarse con toda tranquilidad y sin temor a indiscreciones.

–Se lo agradezco. Le aseguro que intentaré relajarme, pero antes de venir aquí me dijeron que su especie me encontraría desagradable..., quizá incluso desfigurado. Su amable bondad me abruma, pero preferiría no imponer mi presencia a alguna persona que estuviera obligada a soportarla por factores que escapan a su control.

–Ah, Jernau Gurgeh... Está cometiendo un nuevo exceso de modestia –dijo Oíos y sonrió.

Hamin asintió y dio otra calada a su pipa.

–Verá, señor Gurgeh, he oído decir que su «Cultura» carece de reglas. Estoy seguro de que es una exageración, pero debe haber una parte de verdad en ello, y me imagino que nuestras leyes y la rigidez con que son observadas debe... Bueno, supongo que nuestra sociedad debe parecerle muy distinta a la suya.

«Tenemos muchas reglas y tratamos de vivir según las leyes de Dios, el Juego y el Imperio. Pero una de las ventajas de tener leyes es el considerable placer que se puede obtener quebrantándolas. No somos niños, señor Gurgeh. –Hamin movió la pipa señalando las mesas que les rodeaban–. Las reglas y las leyes existen por la única razón de que nos gusta hacer todo aquello que prohíben, pero basta con que la mayoría de personas obedezcan esas prescripciones la mayor parte del tiempo para que las leyes hayan cumplido su función. La obediencia ciega significaría que somos... ¡Ja! –Hamin dejó escapar una risita y señaló a la unidad con la pipa–. ¡Significaría que somos meros robots!

El zumbido de Flere-Imsaho se hizo un poco más fuerte, pero sólo durante unos segundos.

Hubo un silencio. Gurgeh tomó un sorbo de su bebida.

Oíos y Hamin intercambiaron una rápida mirada.

–Seamos francos, Jernau Gurgeh –dijo Oíos por fin haciendo girar el vaso entre los dedos–. Su presencia está empezando a resultarnos bastante molesta. Ha jugado mucho mejor de lo que esperábamos. No creíamos que se nos pudiera engañar con tanta facilidad, pero parece que usted lo ha conseguido. Le felicito por el truco que haya empleado, sea el que sea, tanto si se trata de sus glándulas productoras de drogas, la máquina que tiene a los pies o, sencillamente, haber estado jugando al Azad mucho más tiempo del que admite. Ha sido más listo que nosotros, y estamos realmente impresionados. Lo único que lamento es el daño sufrido por personas inocentes, como Lo Prinest Bermoiya o esos mirones que recibieron las balas destinadas a usted. No queremos que siga jugando, cosa que indudablemente ya se

habrá imaginado. El Departamento Imperial no tiene nada que ver con el Departamento del Juego, por lo que hay muy poca cosa que podamos hacer al respecto. Aun así, tenemos una sugerencia.

–¿Y en qué consiste esa sugerencia?

Gurgeh tomó otro sorbo de su bebida.

–Guarda relación con lo que le estaba diciendo hace unos momentos.

–Hamin alzó la pipa y apuntó con ella a Gurgeh–. Tenemos muchas leyes y, por lo tanto, tenemos muchos crímenes y delitos. Algunos de ellos son de naturaleza sexual, ¿comprende? –Gurgeh clavó los ojos en su bebida y Hamin siguió hablando–. No creo que deba insistir en el hecho de que nuestra fisiología hace que resultemos un poco... especiales en ese aspecto. De hecho, casi siento la tentación de afirmar que es una faceta del crimen en la que estamos especialmente dotados por la naturaleza, y aparte de eso en nuestra sociedad es posible controlar a las personas. Existen medios para conseguir que una o varias personas hagan cosas que quizá no deseen hacer. Podemos ofrecerle la clase de experiencias que usted mismo ha admitido resultarían imposibles en su mundo. –El viejo ápice se inclinó hacia Gurgeh y bajó el tono de voz–. ¿Puede imaginarse lo que sería poseer a varias hembras y machos..., incluso a varios ápices, si lo desea..., y obligarles a hacer cualquier cosa que se le pase por la cabeza?

Hamin golpeó su pipa contra la pata de la mesa y una nubecilla de ceniza cayó lentamente sobre Flere-Imsaho. El rector del Colegio de Candsev alzó la cabeza hacia Gurgeh, le obsequió con una sonrisa francamente conspiratoria y se reclinó en el asiento. Gurgeh vio como sacaba un saquito de cuero de un bolsillo y volvía a llenar la pipa.

Oíos apoyó los codos en la mesita y se inclinó hacia adelante.

–Toda esta isla puede ser suya durante todo el tiempo que quiera, Jernau Gurgeh. Puede poseer a todas las personas que desee formando las combinaciones sexuales que más le apetezcan..., todo el tiempo que quiera.

–Pero a cambio he de abandonar el juego.

–Sí, tiene que retirarse –dijo Oíos.

Hamin asintió.

–Hay precedentes.

–¿Toda la isla?

Gurgeh movió lentamente la cabeza observando el jardín sumido en la penumbra. Un grupo de baile surgió de la nada. Las esbeltas siluetas de los ápices, hombres y mujeres casi desnudos subieron por un tramo de escalones que llevaba a un pequeño escenario situado detrás de los músicos.

–Toda –dijo Oíos–. La isla, la casa, los sirvientes, el grupo de danza que acaba de ver... Todo y todas las personas que hay aquí.

Gurgeh asintió, pero no dijo nada.

Hamin volvió a encender su pipa.

–Incluso la orquesta –dijo, y tosió. Movió la mano señalando a los músicos–. ¿Qué opina de sus instrumentos, señor Gurgeh? ¿No le parece que tienen un sonido muy dulce y melancólico?

–Sí, es muy agradable.

Gurgeh tomó un sorbo de su bebida mientras veía como los miembros del grupo de baile se iban dispersando sobre el escenario.

–E incluso en eso hay algo que se le escapa –dijo Hamin–. Debe comprender que una parte muy grande del placer nace de conocer el precio que se debe pagar por el privilegio de oír esta música. ¿Ve ese instrumento de ocho cuerdas..., el de la derecha?

Gurgeh asintió.

–Cada una de esas ocho cuerdas ha servido para estrangular a un hombre –dijo Hamin–. ¿Ve al macho del fondo que está tocando esa flauta blanca?

–¿La que tiene forma de hueso?

Hamin rió.

–Es el fémur de una hembra extraído sin anestesia.

–Por supuesto –dijo Gurgeh, y cogió unas cuantas nueces de uno de los cuencos que había sobre la mesa–. ¿Es costumbre usar dos, o hay muchas damas con una sola pierna que se dedican a la crítica musical?

Hamin sonrió.

–¿Ve? –exclamó volviéndose hacia Oíos–. Sabe apreciarlo. –El viejo ápice alzó la mano y señaló a la orquesta. El grupo de baile ya estaba listo para empezar su actuación–. Los tambores están hechos con piel humana, y supongo que eso le aclarará el porqué cada conjunto recibe el nombre de familia. El instrumento de percusión horizontal está construido con los huesecillos de muchas manos y... Bueno, hay otros instrumentos, pero supongo que ahora puede comprender la razón de que quienes sabemos los sacrificios que ha exigido hacerla posible opinemos que esta música es tan... exquisita.

–Oh, sí –dijo Gurgeh.

Los danzarines dieron comienzo a su actuación. Se movían con una gracia tan fluida que resultaba casi imposible no prestarles atención. Algunos debían llevar unidades antigravitatorias y flotaban y se deslizaban lentamente por el aire como si fueran inmensos pájaros multicolores.

–Estupendo –dijo Hamin–. Bien, Gurgeh... Hay dos posiciones posibles en el Imperio. Uno puede elegir entre ser el que juega o dejar que..., que jueguen con él.

Hamin sonrió, satisfecho ante lo que era un juego de palabras en eáquico y, hasta cierto punto, también en marain.

Gurgeh observó en silencio a los danzarines durante unos momentos.

–Iré a Ecronedal y jugaré, rector –dijo por fin sin apartar los ojos de sus evoluciones.

Extendió el brazo y empezó a golpear el cristal de la copa con un anillo siguiendo el ritmo de la música.

Hamin suspiró.

–Bien, Jernau Gurgeh, debo decirle que estamos muy preocupados. –Volvió a chupar la pipa y clavó los ojos en el resplandor que emanaba de la cazoleta–. Nos preocupa el efecto que su presencia en el juego pueda tener sobre la moral de nuestra gente. Una inmensa mayoría son personas sencillas, y a veces tenemos el deber de protegerles y ocultarles la dura realidad. ¿Y qué realidad puede ser más dura y difícil de aceptar que el saber que la mayoría de tus congéneres son crueles, estúpidos y fáciles de engañar? No comprenderían que un forastero..., que un alienígena pueda venir aquí y hacer tan buen papel en el juego sagrado. Nosotros, y me refiero a los que vivimos en la corte y los colegios, podemos tolerarlo sin que nos afecte demasiado, pero no debemos olvidar a la gente corriente, las personas decentes..., si me lo permite incluso llegaría al extremo de utilizar la palabra «inocentes», señor Gurgeh, y lo que debemos hacer para protegerles, aquellos actos con cuya responsabilidad tenemos que cargar en algunas ocasiones... Bien, no siempre nos resultan agradables. Pero sabemos cuál es nuestro deber y lo haremos. Lo haremos por ellos y por nuestro Emperador.

Hamin volvió a inclinarse hacia adelante.

–No tenemos intención de matarle, señor Gurgeh, aunque me han dicho que hay algunas facciones de la corte convencidas de que es la mejor solución y a las que les encantaría acabar con usted, y también se rumorea que los servicios de seguridad cuentan con personas a las que no les costaría nada cometer un acto semejante. No, no vamos a utilizar un método tan tosco y poco refinado. Pero...

El viejo ápice dio otra calada a su pipa produciendo una especie de leve chasquido. Gurgeh esperó en silencio.

Hamin volvió a señalarle con la pipa.

–Debo decirle que no importa lo bien que juegue su primera partida en Ecronedal. Haga lo que haga los medios de comunicación anunciarán que ha sido derrotado. Tenemos un control absoluto de los medios de comunicación y servicios de noticias destacados en el Planeta de Fuego, y en cuanto concierne a la prensa y el público... Le eliminarán en la primera ronda. Haremos cuanto sea preciso para que todo el mundo quede convencido de que eso es justamente lo que ha ocurrido. Es libre de proclamar a los cuatro vientos lo que le hemos dicho y libre de afirmar lo que le dé la gana después de la partida, pero lo único que conseguirá será quedar en ridículo y lo que le he descrito ocurrirá haga lo que haga. La verdad ya ha sido decidida.

–Ya lo ve, Gurgeh –dijo Oíos tomando el relevo del viejo ápice–. Puede ir a Ecronedal con la seguridad de que será derrotado..., y tenga la más absoluta seguridad de que así será. Vaya como turista de lujo si lo desea o quédese aquí y páselo bien como invitado nuestro, lo que más le apetezca..., pero ahora el seguir jugando carece de objetivo.

–Hmmm –dijo Gurgeh.

Los miembros del grupo de baile se iban desnudando lentamente los unos a los otros. Algunos de ellos se las arreglaban para acariciar y tocar a quienes tenían más cerca de una forma exageradamente sexual sin dejar de bailar. Gurgeh asintió.

–Pensaré en ello. –Alzó los ojos hacia los dos ápices y sonrió–. Ocurra lo que ocurra, me gustaría mucho ver su Planeta de Fuego. –Tomó un sorbo de su bebida y observó la lenta aceleración de la coreografía erótica que se estaba desarrollando detrás de los músicos–. Y aparte de eso... Bueno, creo que a partir de ahora no voy a tomarme tanto interés en el juego.

Hamin estaba observando su pipa en silencio. Oíos se había puesto muy serio.

Gurgeh extendió las manos en un gesto de impotencia resignada. –¿Qué más puedo decir?

–Pero... ¿Estaría dispuesto a cooperar con nosotros? –preguntó Oíos,

Gurgeh le lanzó una mirada interrogativa. Oíos alargó el brazo y golpeó suavemente la copa de Gurgeh con la punta de los dedos.

–Algo que..., sonara a verdad –dijo muy despacio.

Gurgeh vio como los dos ápices intercambiaban una rápida mirada de soslayo y esperó a que decidieran enseñar sus cartas.

–Evidencia documental –dijo Hamin por fin, como si hablara con su pipa–. Imágenes tuyas en el tablero contemplando una pésima posición con cara de estar muy preocupado, quizá incluso una entrevista... Podríamos hacerlo sin su cooperación, naturalmente, pero si contáramos con su ayuda... Todo resultaría más sencillo y menos embarazoso para las partes implicadas, usted incluido.

El viejo ápice dio otra calada a su pipa. Oíos tomó un sorbo y se volvió hacia el escenario para contemplar los juguetes románticos del grupo de baile. Gurgeh puso cara de sorpresa.

–¿Me están sugiriendo que... mienta? ¿Quieren que participe en la construcción de su falsa realidad?

–Nuestra realidad real, Gurgeh –dijo Oíos en voz baja–. La versión oficial, la que estará sostenida por las pruebas... La que será creída. Gurgeh sonrió.

–Me encantará ayudarles. Naturalmente... Sí, creo que una entrevista decididamente abyecta para el consumo popular es un auténtico desafío al que me complacerá enfrentarme. Incluso les ayudaré a crear posiciones tan desesperadas que no ofrezcan ni la más mínima escapatoria. –Alzó su copa–. Después de todo... El

juego es lo único que importa, ¿verdad?

Hamin dejó escapar un resoplido y sus hombros temblaron durante unos segundos. Dio otra calada a su pipa.

–Ningún auténtico jugador podría haberlo expresado mejor –dijo por entre un velo de humo. Extendió la mano y le dio una palmadita en el hombro–. Señor Gurgeh, tengo la esperanza de que se quedará un tiempo con nosotros aunque acabe decidiendo no utilizar las comodidades y placeres que mi casa puede ofrecerle. Creo que me encantará hablar con usted... ¿Se quedará?

–¿Por qué no? –replicó Gurgeh.

Gurgeh y Hamin alzaron sus bebidas en un brindis. Oíos seguía recostado en su asiento y reía sin hacer ningún ruido. Los tres se volvieron para observar a los danzarines, que acababan de formar una compleja pauta copulatoria. A Gurgeh le impresionó mucho ver que aquel rompecabezas carnal hecho de cuerpos seguía vibrando y moviéndose al ritmo de la música.

Pasó los quince días siguientes en la propiedad y mantuvo muchas conversaciones con el viejo rector, aunque siempre tuvo mucho cuidado con la parte de verdad que revelaba durante ellas. Cuando llegó el momento de partir Gurgeh seguía teniendo la sensación de que ninguno de los dos conocía bien al otro, pero quizá ahora sabían algo más sobre sus respectivas sociedades.

Estaba claro que a Hamin le resultaba muy difícil creer que la Cultura era realmente capaz de arreglárselas sin el dinero.

–Pero... ¿Y si quiero algo totalmente irrazonable?

–¿Cómo qué?

–Por ejemplo... ¿Un planeta de mi propiedad?

Hamin se echó a reír.

–¿Y cómo se las arreglaría para ejercer esa propiedad hipotética sobre todo un planeta?

Gurgeh meneó la cabeza.

–Pero... Supongamos que quisiera un planeta para mí solo.

–Supongo que si encontrara un planeta deshabitado en el que pudiera posarse sin que nadie protestara... Sí, quizá podría funcionar. Pero ¿cómo impediría que otras personas fueran allí?

–¿No podría comprar una flota de naves de guerra?

–Todas nuestras naves son conscientes. Oh, desde luego, podría intentar convencer a una nave para que le ayudara..., pero no creo que consiguiera llegar muy lejos por ese camino.

–¡Sus naves creen ser conscientes!

Hamin dejó escapar una risita ahogada.

–Es un tipo de autoengaño muy corriente compartido por algunos de nuestros ciudadanos humanos.

Hamin estaba aún más fascinado por las costumbres sexuales de la Cultura. El que la Cultura considerase que la homosexualidad, el incesto, el cambio de sexo, el hermafroditismo y la alteración de las características sexuales eran una parte más de las actividades a que podían entregarse sus habitantes y que les diera tan poca importancia como el embarcarse en un crucero o cambiarse de peinado parecía encantarle y, al mismo tiempo, ofenderle terriblemente.

Hamin pensaba que eso debía eliminar toda la diversión y el placer. ¿Es que en la Cultura no había absolutamente nada que estuviera prohibido?

Gurgeh intentó explicarle que no había leyes escritas, y que apenas había crímenes. Oh, sí, de vez en cuando había algún crimen pasional (el término fue escogido por Hamin), pero poca cosa más. El que todo el mundo dispusiera de una terminal dificultaba considerablemente el cometer un crimen, y aparte de eso la Cultura había conseguido eliminar casi todos los motivos para cometerlo.

–Pero ¿y si una persona mata a otra?

Gurgeh se encogió de hombros.

–Se le asigna una unidad.

–¡Ah! Eso ya me recuerda un poco más a lo que ocurre en nuestra sociedad... ¿Y qué hace esa unidad?

–Te sigue donde quiera que vayas y se asegura de que no vuelvas a hacerlo.

–¿Y eso es todo?

–¿Qué más quiere que haga? Significa la muerte social, Hamin. No te invitan a muchas fiestas, ¿sabe?

–Ah, pero en su Cultura siempre queda la posibilidad de colarse sin invitación, ¿verdad?

–Supongo que sí –admitió Gurgeh–. Pero nadie te dirigiría la palabra.

Lo que Hamin le contó sobre el Imperio sólo sirvió para que Gurgeh comprendiera un poco mejor lo que le había dicho Shohobohaum Za. El Imperio era una joya, por muy horribles y peligrosamente cortantes que pudieran ser sus aristas. La opinión distorsionada de lo que los azadianos llamaban «naturaleza humana» (era la frase que utilizaban siempre que se veían obligados a justificar algo inhumano y antinatural) resultaba bastante más fácil de entender teniendo en cuenta que estaban rodeados y sumergidos en el Imperio de Azad, el monstruo que ellos mismos habían creado y que demostraba a cada momento poseer un salvaje instinto de autoconservación (Gurgeh no logró encontrar otra palabra más adecuada para definirlo).

El Imperio quería sobrevivir. Era como un animal, un organismo colosal y tremendamente poderoso que sólo permitiría vivir en su interior a ciertas células o

virus y que destruiría a todos los demás de una forma totalmente automática e inconsciente. El mismo Hamin usó aquella analogía cuando comparó a los revolucionarios con el cáncer. Gurgeh intentó replicar explicando que las células eran simplemente células, y que un organismo consciente formado por centenares de billones de células –o un artefacto consciente formado por capas de picocircuitos– no podía compararse con unas cuantas células..., pero Hamin se negó a escucharle. Era Gurgeh quien estaba equivocado, no él.

Gurgeh pasó el resto del tiempo paseando por el bosque o nadando en las calientes aguas de aquel mar que apenas tenía olas dignas de ese nombre. El ritmo lento y tranquilo de la casa de Hamin giraba alrededor de las comidas, y Gurgeh aprendió el arte de vestirse esmeradamente para asistir a ellas, consumirlas, hablar con los invitados –que siempre estaban sucediéndose unos a otros–, y relajarse después con el vientre hinchado y la mente agradablemente confusa siguiendo las conversaciones iniciadas en la comida mientras observaba la atracción escogida para amenizar la sobremesa –normalmente algún tipo de danza erótica–, y el número de cabaret involuntario de las cambiantes alianzas sexuales entre los invitados, sirvientes, danzarines y demás personal de la casa. Gurgeh fue invitado a participar en muchas ocasiones, pero no sucumbió a la tentación. Las hembras azadianas le resultaban cada vez más atractivas, y no sólo físicamente..., pero utilizó sus glándulas de una forma negativa e incluso contraria a la finalidad para la que habían sido concebidas, y se las arregló para permanecer carnalmente sobrio aun estando rodeado de aquella orgía exhibida con tanta sutileza.

Fueron unos días bastante agradables. Los anillos no le pincharon ni una sola vez y nadie disparó contra él. Gurgeh y Flere-Imsaho volvieron sanos y salvos al módulo posado en el techo del Gran Hotel un par de días antes de la fecha fijada para que la flota imperial despegara con rumbo a Ecronedal. Gurgeh y la unidad habrían preferido llevarse consigo el módulo, que era perfectamente capaz de efectuar la travesía por sí solo, pero Contacto lo había prohibido –el efecto que tendría sobre el Almirantazgo el descubrimiento de que algo no más grande que un bote salvavidas era capaz de igualar a sus cruceros de batalla habría sido tan terrible que no podía ni ser tomado en consideración–, y el Imperio se negó a permitir que la máquina alienígena viajara dentro de un navío imperial. Gurgeh tendría que hacer el viaje con la Flota, igual que todos los demás.

–Y tú crees tener problemas –dijo Flere-Imsaho con amargura–. Nos estarán observando continuamente, a bordo de la nave durante el viaje y una vez hayamos llegado al castillo. Eso quiere decir que deberé permanecer dentro de este ridículo disfraz día y noche hasta el final de los juegos. ¿Por qué no pudiste dejar que te eliminaran en la primera ronda tal y como se suponía que iba a ocurrir? Podríamos haberles explicado con toda clase de detalles en qué sitio debían meterse su Planeta

de Fuego, y a estas alturas ya estaríamos a bordo de un VGS.

–Oh, cállate, máquina.

No tardaron en descubrir que podrían haber prescindido del regreso al módulo, pues no había nada más que recoger. Gurgeh se quedó inmóvil en el centro de la salita contemplando lo que le rodeaba mientras acariciaba su brazalete Orbital, y comprendió que su impaciencia por llegar a Ecronedal y empezar las partidas de la última ronda era muy superior a la que pudiera sentir cualquier otro jugador clasificado. La presión desaparecería en cuanto pusiera los pies sobre el Planeta de Fuego. No tendría que seguir soportando los insultos de la prensa y al horrible público del Imperio, y podría cooperar con el Imperio para producir unas noticias falsas de lo más convincente, con lo que la probabilidad de que hubiera más apuestas basadas en la opción física quedaba prácticamente reducida a cero. Sí, iba a pasarlo muy estupendamente...

Flere-Imsaho se alegró de que el hombre estuviera empezando a superar los efectos de haber echado un vistazo a lo que había detrás de la fachada que el Imperio enseñaba a sus huéspedes. Gurgeh ya casi había vuelto a ser el de antes, y los días pasados en la residencia de Hamin parecían haber servido para relajarle considerablemente; pero la unidad era consciente de que había cambiado un poco. El cambio era tan pequeño que no lograba definirlo con precisión, pero sabía que estaba allí.

No volvieron a ver a Shohobohaum Za. El embajador se había marchado para emprender un viaje por la «parte alta», estuviera donde estuviese. Za le envió un breve saludo al que añadió una nota aún más breve en marain diciéndole que si conseguía poner las zarpas sobre algo de grif.

Antes de partir Gurgeh preguntó al módulo qué había sido de la chica a la que conoció hacía ya varios meses en el gran baile. Seguía sin acordarse de su nombre, pero si el módulo podía proporcionarle una lista de las hembras que habían sobrevivido a la primera ronda estaba seguro de que lograría reconocerlo... El módulo no entendió lo que deseaba, y Flere-Imsaho les dijo a los dos que sería mejor que lo olvidaran.

Todas las hembras habían sido eliminadas en la primera ronda.

Pequil les acompañó al espaciopuerto. Su brazo ya estaba completamente curado. Gurgeh y Flere-Imsaho se despidieron del módulo y lo vieron alzarse por los aires hasta desaparecer con rumbo hacia el punto de cita con la *Factor limitativo*. También se despidieron de Pequil –quien estrechó la mano de Gurgeh entre las suyas–, y subieron a la lanzadera.

Gurgeh vio como Groasnachek iba alejándose a popa. La ciudad se inclinó bruscamente a un lado y la aceleración intentó incrustarle en su asiento. El paisaje giró sobre sí mismo y se estremeció. La lanzadera salió disparada hacia los cielos

cubiertos de calina.

Todas las pautas y formas fueron emergiendo poco a poco y quedaron reveladas durante un tiempo antes de que la distancia cada vez mayor, los vapores, el polvo y la suciedad de la urbe se combinaran con el ángulo de su ascensión para hacerlas desaparecer.

La confusa y caótica existencia que albergaba no lograba impedir que las partes del paisaje parecieran formar un conjunto pacífico y ordenado, aunque Gurgeh sabía que era una ilusión y que tardaría muy poco tiempo en desvanecerse. La distancia hizo que las dislocaciones locales e individuales se esfumaran y, visto desde una gran altura –allí donde casi todo se limitaba a desplazarse de un lado a otro sin permanecer inmóvil durante mucho tiempo–, el paisaje tenía todo el aspecto de un gigantesco organismo desprovisto de mente y decidido a ocupar todo el espacio disponible.

Tercera parte: Machina ex machina

Hasta ahora todo parece ir bien. Nuestro jugador ha vuelto a tener suerte, pero supongo que se habrán dado cuenta de que ya no es el mismo hombre de antes. ¡Ah, estos humanos!

Pero estoy decidido a ser consistente. Aún no les he dicho quién soy, y tampoco voy a hacerlo ahora. Puede que más tarde.

Quizá.

Y, de todas formas, ¿qué importa la identidad? Tengo mis dudas al respecto. Somos lo que nacemos, no lo que pensamos. Sólo las interacciones cuentan (no, aquí no hay ningún problema con el libre albedrío; el libre albedrío no es incompatible con el creer que tus acciones te definen). Y, de todas formas, ¿qué es el libre albedrío? Azar. El factor aleatorio. Si no eres predecible entonces, naturalmente, todo el problema se desvanece. ¡Qué frustrantes pueden llegar a ser las personas que son incapaces de comprenderlo!

Incluso un humano debería ser capaz de comprender lo que es obvio.

Lo que importa es el resultado, no la forma en que se consiga (a menos, naturalmente, que el proceso de conseguir el resultado consista en una serie de resultados). ¿Qué importa el que una mente esté compuesta por un montón de inmensas células animales viscosas y blandas que trabajan a la velocidad del sonido (¡en el aire!) o por una nanoespuma reluciente de reflectores y pautas de coherencia holográfica que funciona a la velocidad de la luz? (Y, por supuesto, será mejor que no intentemos pensar en la mente de una Mente.) Tanto la una como la otra son máquinas, organismos que cumplen la misma función.

Todo se reduce a la materia y al cambiar de sitio energía de una u otra clase.

Cambios de posición. Memoria. El elemento aleatorio que es el azar y al que se llama elección: todos son comunes denominadores.

Vuelvo a repetirlo para que quede claro. Eres lo que haces. Una mezcla de dinámica y (mala) conducta, ése es mi credo.

¿Gurgeh? Oh, sus sistemas de intercambio de datos están haciendo cosas raras. Piensa de una forma diferente a la que era habitual en él y su comportamiento se ha alterado. Es una persona distinta. Ha visto las peores salchichas que pueden salir de una picadora de carne llamada ciudad, se lo ha tomado como una especie de ofensa personal y quiere vengarse.

Y ahora vuelve a estar viajando por el espacio con la cabeza llena de reglas y conceptos del Azad, su cerebro adaptado y adaptándose a las pautas eternamente cambiantes de ese conjunto de reglas y posibilidades feroz, fascinante y capaz de abarcarlo todo, y está siendo trasladado al santuario más chirriantemente simbólico del Imperio. Ecronedal, el lugar de la ola de llamas en equilibrio milagroso, el Planeta

de Fuego...

Debemos preguntarnos si nuestro héroe logrará salir triunfante y no sólo eso, también debemos preguntarnos si ese triunfo es posible o no. Y, de todas formas, ¿qué se consideraría como victoria en este caso?

¿Cuánto le falta por aprender? ¿Qué hará con semejantes conocimientos una vez los haya adquirido? Y, más importante aún, ¿qué harán ellos con él?

Tenemos que esperar y ver. El tiempo nos dará la respuesta a todas esas preguntas.

Maestro, puede continuar...

Ecronedal estaba a veinte años luz de Eá. Cuando llevaba recorrida la mitad del trayecto la Flota Imperial abandonó la zona de polvo que se encontraba entre el sistema de Eá y la dirección de la galaxia principal, y la gigantesca espiral se desplegó por el cielo como si fuera un millón de joyas atrapadas en un remolino.

Gurgeh tenía muchas ganas de llegar al Planeta de Fuego. Empezaba a tener la impresión de que el viaje no terminaría nunca, y la nave en que lo estaba haciendo no era muy espaciosa. Pasaba la mayor parte del tiempo en su camarote. Los burócratas, funcionarios imperiales y jugadores que viajaban en la nave le trataban con un nada disimulado desprecio y aparte de un par de breves viajes en lanzadera al crucero *Invencible* –el navío insignia imperial–, para asistir a recepciones, Gurgeh prescindió por completo de la vida social.

El viaje de doce días transcurrió sin ninguna clase de incidentes y por fin llegaron a Ecronedal, un planeta que orbitaba una enana amarilla en un sistema de lo más ordinario. Ecronedal era un mundo habitable por los humanos que sólo poseía una peculiaridad digna de ser mencionada.

Que los planetas de rotación rápida tuvieran protuberancias ecuatoriales bastante marcadas no era algo demasiado raro, y las de Ecronedal eran comparativamente pequeñas, aunque habían bastado para producir un cinturón continental ininterrumpido situado más o menos entre los trópicos del planeta. El resto del globo estaba ocupado por dos grandes océanos cubiertos de hielo en los polos. Lo que resultaba único, tanto en la experiencia de la Cultura como en la del Imperio, era la muralla de fuego en perpetuo movimiento que se desplazaba sobre la masa de tierra continental.

Las llamas necesitaban la mitad de un año promedio para completar su recorrido del planeta. La muralla de fuego se deslizaba sobre la tierra rozando las aguas de los dos océanos con sus bordes e iba consumiendo las plantas que habían crecido exuberantemente sobre las cenizas del incendio anterior. El frente de la muralla formaba una línea recta casi perfecta. Todo el ecosistema terrestre había evolucionado alrededor de aquella conflagración perpetua. Algunas plantas sólo podían brotar

abriéndose paso por una capa de cenizas que no se hubieran enfriado del todo después de que el calor hubiera activado sus semillas obligándolas a desarrollarse; otras florecían justo antes de la llegada de las llamas creciendo a toda velocidad en el breve intervalo de tiempo de que disponían antes de que las llamas cayeran sobre ellas y utilizaran las corrientes térmicas creadas por el fuego para que transportaran sus semillas hasta las capas superiores de la atmósfera, desde donde volverían a caer lentamente acudiendo a su cita con las cenizas. Todos los animales terrestres de Ecronedal estaban encuadrados en tres categorías: algunos se mantenían en continuo movimiento avanzando a una velocidad inalterable por delante del fuego, otros nadaban por sus fronteras oceánicas y un tercer grupo se escondía en cavernas, perforaba el suelo o sobrevivía en los lagos o los ríos utilizando una amplia gama de mecanismos.

Las aves sobrevolaban el planeta como si fueran un vendaval de plumas.

Durante once revoluciones el incendio apenas si llegaba a la categoría de un gran fuego de pradera. La revolución número doce alteraba espectacularmente su naturaleza.

El arbusto ceniciento era una planta bastante alta y de tallo muy delgado que crecía muy deprisa después de que sus semillas hubieran germinado. La planta no tardaba en desarrollar una base acorazada y parecía salir disparada hacia el cielo alcanzando una altura de diez metros o más en los doscientos días de que disponía antes de que las llamas volvieran a hacer acto de presencia, pero cuando aparecían el arbusto ceniciento no se consumía. La planta cerraba su extremo cubierto de hojas hasta que las llamas habían pasado y seguía creciendo sobre las cenizas. Once de aquellos bautismos entre las llamas y once Grandes Meses bastaban para que los arbustos cenicientos se convirtieran en árboles gigantes cuya altura mínima estaba un poco por encima de los setenta metros. Después de eso su química interior producía la Estación del Oxígeno, que era seguida por la Incandescencia.

Y durante ese ciclo que se presentaba con una considerable brusquedad el fuego no caminaba, sino que echaba a correr. Dejaba de ser un incendio de pradera que abarcaba una gran extensión de terreno sin ser demasiado intenso –y, en algunos puntos, siendo incluso desdeñable–, para convertirse en un auténtico infierno. Los lagos desaparecían, los ríos se secaban, las rocas se desintegraban en aquel calor de horno. Los animales que habían evolucionado hasta desarrollar su sistema de esquivar o mantenerse por delante de las llamas de los Grandes Meses tenían que encontrar otro método de supervivencia. Había que correr lo bastante deprisa para acumular una ventaja tan considerable que permitiera no ser alcanzado por la Incandescencia; había que internarse en el océano o llegar a las escasas y casi siempre minúsculas islas cercanas a la costa o había que hibernar en las profundidades de los grandes sistemas cavernosos y los lechos de los ríos, lagos o

fiordos más profundos. Las plantas también recurrían a nuevos sistemas de supervivencia, desde raíces más profundas hasta aumentar el grosor de las cáscaras que protegían sus semillas pasando por el alterar las semillas que viajarían en las corrientes termales preparándolas para vuelos más largos a mayor altura y el enfrentamiento posterior con el suelo calcinado que encontrarían en cuanto tomaran tierra.

El Gran Mes que seguía a la Incandescencia era indescriptible. La atmósfera estaba saturada de humo, cenizas y hollín, y el planeta se tambaleaba al borde de la catástrofe mientras las nubes de humo impedían el paso a los rayos del sol y la temperatura caía en picado. Las llamas seguían avanzando y se debilitaban hasta recobrar su intensidad habitual y la atmósfera se iba despejando poco a poco, los animales volvían a reproducirse, las plantas volvían a crecer y los viejos complejos de raíces hacían que los diminutos brotes de los arbustos cenicientos se fueran abriendo paso por entre las cenizas.

Los castillos imperiales de Ecronedal habían sido construidos para sobrevivir a los calores más terribles y los peores vientos que fuese capaz de producir la extraña ecología del planeta, y la mayor de aquellas fortalezas provistas de increíbles sistemas de riego y defensas contra el fuego, el Castillo Klaff, llevaba trescientos años sirviendo de marco a la última etapa de los juegos que, a ser posible, se desarrollaba coincidiendo con la Incandescencia.

La Flota Imperial llegó a Ecronedal a mediados de la Estación del Oxígeno. El navío insignia permaneció flotando sobre el planeta y las naves de guerra que lo escoltaban se dispersaron por los confines del sistema. Las naves que transportaban a los pasajeros permanecieron cerca del planeta hasta que el escuadrón de lanzaderas del *Invencible* hubo llevado a los jugadores, funcionarios de la corte, invitados y observadores hasta la superficie de Ecronedal y después emprendieron el viaje hacia un sistema cercano. Las lanzaderas hendieron la límpida atmósfera de Ecronedal y se posaron en el Castillo Klaff.

La fortaleza se encontraba sobre un promontorio rocoso situado junto a una hilera de colinas de piedra blanda muy desgastada por el tiempo desde las que se dominaba una gran llanura. Normalmente permitía contemplar una planicie cubierta de maleza que se extendía hasta perderse en el horizonte puntuada por las delgadas torres de los arbustos cenicientos en el estadio de crecimiento al que hubiesen llegado, pero ahora los arbustos cenicientos habían florecido y desarrollado ramas, y el dosel de hojas en continuo movimiento aleteaba sobre la planicie como si fuera un cielo repleto de nubes amarillas conectadas a la tierra, y los troncos de mayor tamaño se alzaban sobre el muro del castillo.

Cuando llegara la Incandescencia se deslizaría alrededor de la fortaleza como una ola de lividez llameante. Lo que salvaba al castillo de la incineración en esas

ocasiones era el viaducto de dos kilómetros que iba de un depósito situado en las colinas hasta las murallas de Klaff, detrás de las que había un conjunto de cisternas gigantes y un complejo sistema de rociadores capaz de mantener a la fortaleza bajo una cortina de agua mientras el fuego pasaba junto a ella, aunque ni tan siquiera los rociadores podían eliminar la necesidad de cerrar y asegurar todas las puertas y ventanas. Si el sistema de rociado se averiaba existían unos refugios tallados en la roca a gran profundidad por debajo del castillo capaces de alojar a toda su población hasta que el fuego se hubiese alejado. Hasta el momento el agua siempre había conseguido salvar a la fortaleza, y el Castillo Klaff seguía siendo un oasis de sequedad amarillenta rodeado por la desolación que creaban las llamas.

La tradición exigía que el Emperador –es decir, quien hubiera ganado la última partida– estuviera en Klaff cuando llegaran las llamas. El Emperador salía de la fortaleza cuando éstas se habían extinguido y ascendía a través de la oscuridad y las nubes de humo hasta la negrura del espacio para atravesarla y llegar al centro de su Imperio. El cronometraje de la ceremonia no siempre había sido perfecto, y durante los siglos que llevaba de existencia hubo varias ocasiones en que el Emperador y su corte se vieron obligados a refugiarse en otro castillo e incluso un par de ellas en que no pudieron estar presentes en Ecronedal durante la Incandescencia. Pero esta vez los cálculos del Imperio eran correctos y parecía como si la Incandescencia –que debía iniciarse a sólo doscientos kilómetros de la fortaleza, allí donde los arbustos cenicientos cambiaban bruscamente abandonando su tamaño y altura normal para convertirse en los árboles gigantescos que rodeaban el Castillo Klaff– se presentaría más o menos a tiempo para proporcionar el telón de fondo adecuado a la coronación.

Gurgeh se sintió incómodo apenas hubieron aterrizado. Eá tenía un poquito menos de lo que los más bien arbitrarios criterios de la Cultura consideraban una masa promedio, por lo que su gravedad era un equivalente bastante aproximado a la fuerza producida por el Orbital de Chiark mediante la rotación y a la creada por la *Factor limitativo* y el *Bribonzuelo* mediante el uso de campos antigravitatorios. Pero Ecronedal tenía una vez y media la masa de Eá, y Gurgeh tenía la sensación de que su peso había aumentado de repente.

El castillo había sido equipado hacía mucho tiempo con ascensores de aceleración lenta, y resultaba bastante raro ver a alguien que no fuera un sirviente subiendo las escaleras, pero durante los primeros días del planeta –bastante más cortos que los de Eá–, Gurgeh tuvo dificultades para desplazarse incluso sobre una superficie plana.

Sus habitaciones daban a uno de los patios interiores del castillo. Gurgeh y Flere-Imsho se instalaron en ellas –la unidad no daba ninguna señal de sentirse afectada por la nueva gravedad–, acompañados por el sirviente al que cada finalista tenía derecho. Después de su llegada Gurgeh expresó ciertas dudas sobre si era realmente necesario que le asignaran un sirviente («Sí –había dicho la unidad–, ¿qué clase de

hombre puede necesitar dos sirvientes?»), pero se le explicó que era una tradición y un gran honor para el sirviente, y acabó accediendo.

La noche de su llegada hubo una fiesta no muy animada. Los asistentes no abandonaron sus asientos y se dedicaron a charlar sin demasiado entusiasmo. El cansancio del largo viaje y la salvaje gravedad que les oprimía hicieron que el tema principal de conversación fuese la hinchazón de tobillos. Gurgeh no estuvo mucho rato en la fiesta. Era la primera vez que veía a Nicosar desde el gran baile que había conmemorado el comienzo de los juegos. Las recepciones celebradas a bordo del *Invencible* no se habían visto honradas con la presencia imperial.

–Procura no equivocarte esta vez –dijo Flere-Imsaho cuando entraron en el gran salón del castillo.

El Emperador estaba sentado en un trono e iba dando la bienvenida a los invitados. Gurgeh se disponía a arrodillarse como todos los demás, pero Nicosar le vio, meneó un dedo cargado de anillos y señaló su propia rodilla con el dedo.

–Nuestro amigo de una sola rodilla... No lo habréis olvidado, ¿verdad?

Gurgeh puso una rodilla en el suelo e inclinó la cabeza. Nicosar dejó escapar una leve carcajada. Hamin estaba sentado a la derecha del Emperador y Gurgeh le vio sonreír.

Gurgeh se sentó junto a una pared cerca de una vieja armadura. Sus ojos recorrieron el salón sin demasiado interés y acabaron posándose en un ápice que estaba de pie en un rincón hablando con el grupo de ápices uniformados sentados en taburetes que le rodeaba. Gurgeh frunció el ceño. El ápice se salía de lo corriente no sólo porque estaba de pie, sino porque parecía estar metido en un esqueleto de metal gris que arrugaba la tela de su uniforme de la Flota.

–¿Quién es ése? –preguntó Gurgeh volviéndose hacia Flere-Imsaho.

La unidad estaba suspendida entre su silla y la armadura pegada a la pared, y hasta sus zumbidos y chisporroteos parecían menos entusiásticos que de costumbre.

–¿Quién es quién?

–Ese ápice del... ¿exoesqueleto? ¿Es así como lo llamáis? El del rincón.

–Es el Mariscal Estelar Yomonul. Durante los últimos juegos hizo una apuesta personal bendecida por Nicosar: si perdía tendría que pasar un Gran Año en prisión. Perdió, pero esperaba que Nicosar utilizaría el derecho de veto imperial –cosa que puede hacer en todas las apuestas no corporales–, porque el Emperador no querría perder los servicios de uno de sus mejores comandantes durante seis años. Nicosar utilizó el derecho de veto para librarle de la celda, pero le obligó a llevar puesto ese artefacto durante el mismo período de tiempo que habría pasado en prisión.

»La prisión portátil es protoconsciente. Posee varios sensores independientes, aparte de lo que se puede esperar en un exoesqueleto convencional, como la micropila y los miembros servoasistidos. Ha sido concebida con el objetivo de que

Yomonul pueda cumplir sus deberes militares y de que se vea sometido a la disciplina de una prisión en todo lo demás. Sólo le permite ingerir los alimentos más simples, no le deja beber alcohol, le obliga a practicar un régimen de ejercicios físicos muy estricto, no le deja participar en las actividades sociales –su presencia aquí esta noche indica que ha recibido alguna dispensa especial del Emperador–, y no consiente que copule. Aparte de eso, tiene que escuchar los sermones de un capellán de prisión que le visita dos horas cada diez días.

–Pobre tipo. Y por lo que veo parece que tampoco puede sentarse.

–Bueno, supongo que le está bien empleado por intentar ser más listo que el Emperador –dijo Flere-Imsaho–. Pero su sentencia ya casi ha terminado.

–¿No se la han reducido por buena conducta?

–El Servicio Penal Imperial no hace rebajas, Gurgeh. Pero si te portas mal siempre pueden alargar tu sentencia.

Gurgeh meneó la cabeza y contempló al prisionero encerrado en su prisión individual.

–El Imperio es un hueso duro de roer... ¿Eh, unidad?

–Oh, desde luego... Pero si alguna vez intenta meterse con la Cultura descubrirá el auténtico significado de la palabra dureza.

Gurgeh se volvió hacia la máquina y la observó con cara de sorpresa. El aparatoso disfraz grisáceo y su proximidad al metal deslustrado de la vieja armadura hacían que Flere-Imsaho cobrara un aspecto de dureza amenazadora y casi siniestra.

–Vaya, vaya... Parece que tienes la noche combativa, ¿eh?

–Sí. Y creo que harías bien imitándome.

–¿Piensas en los juegos? Estoy preparado.

–Oye, ¿realmente vas a tomar parte en este montaje propagandístico?

–¿Qué montaje propagandístico?

–Sabes muy bien a qué me refiero. Ayudar al Departamento a inventarse la mentira de que has sido derrotado... Fingir que has perdido; conceder entrevistas y mentir.

–Sí. ¿Por qué no? Eso me permitirá continuar jugando. Si no lo hiciera quizá intentarían impedirme seguir adelante.

–¿Matándote?

Gurgeh se encogió de hombros.

–Descalificándome.

–¿Tan importante es el seguir jugando?

–No –mintió Gurgeh–. Pero contar unas cuantas mentiras... Bueno, no me parece un precio demasiado elevado.

–Ya –dijo la máquina.

Gurgeh esperó a que añadiera algo más, pero Flere-Imsaho guardó silencio. Se

marcharon de la fiesta un poco después. Gurgeh se levantó de la silla y fue hacia la puerta. No se acordó de que estaba prohibido abandonar la presencia imperial sin ponerse de cara al trono y hacer una reverencia, y la unidad tuvo que recordárselo.

Su primera partida en Ecronedal –la que terminaría con el resultado oficial de su derrota pasara lo que pasase– era otra partida de diez jugadores. Esta vez no hubo ni la más mínima señal de acción colectiva contra él, y cuatro jugadores le propusieron que se aliara con ellos para enfrentarse a los demás. Era la forma tradicional de juego en la modalidad de diez, aunque era la primera vez que Gurgeh participaba directamente en ella. Hasta entonces su único contacto con aquel sistema de juego había sido como objetivo de las alianzas formadas por los demás.

Gurgeh se encontró discutiendo las tácticas a seguir con dos almirantes de la Flota, un general estelar y un ministro imperial en lo que el Departamento garantizaba era una sala electrónica y ópticamente estéril situada en un ala del castillo. Las conversaciones sobre la partida duraron tres días, después de los cuales los azadianos juraron ante Dios y Gurgeh dio su palabra de que no romperían el acuerdo hasta que los otros cinco jugadores hubieran sido aniquilados o hasta que éstos les hubieran derrotado.

Las partidas menores terminaron con los dos bandos bastante igualados. Gurgeh descubrió que jugar en equipo tenía sus ventajas y sus desventajas. Hizo cuanto pudo para adaptarse y encajar en el estilo de juego de sus aliados. Después hubo más conversaciones y cuando terminaron empezó la batalla en el Tablero del Origen.

Gurgeh lo pasó en grande. Jugar formando parte de un equipo hacía que el juego resultara mucho más interesante, y Gurgeh empezó a sentir algo casi parecido al afecto hacia los ápices junto a los que jugaba. Se ayudaban los unos a los otros cuando tenían problemas, confiaban en los demás durante los ataques en grupo y lo normal era que jugasen como si sus fuerzas individuales realmente fuesen un solo contingente. Como personas sus camaradas no le parecían demasiado atractivos, pero como compañeros de juego no podía negar las emociones que sentía hacia ellos, y a medida que el juego avanzaba e iban logrando aniquilar a sus oponentes Gurgeh fue sintiendo que le invadía la tristeza, pues sabía que no tardarían en luchar los unos contra los otros.

Cuando llegó el momento y el último enemigo se hubo rendido una gran parte de lo que había sentido hasta entonces se esfumó de repente. Gurgeh descubrió que había sido víctima de un engaño parcial. Se había mantenido fiel a lo que consideraba el espíritu de su pacto, mientras que los demás se habían conformado con mantenerse fieles a la letra de éste. Nadie atacó hasta que las últimas piezas del otro equipo hubieron sido capturadas, pero cuando quedó claro que iban a ganar se produjeron unas cuantas maniobras muy sutiles y cada ápice intentó conquistar las posiciones

que adquirirían más importancia cuando el pacto dejara de estar en vigor. Gurgeh no se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo hasta que ya era demasiado tarde para hacer algo al respecto, y cuando empezó la segunda parte del juego se dio cuenta de que los cuatro ápicos le llevaban una considerable ventaja estratégica.

También se dio cuenta de que los dos almirantes habían llegado a un acuerdo de cooperación no oficial, lo cual no tenía nada de sorprendente. Sus fuerzas combinadas eran superiores a las de los otros tres.

Y, en cierta forma, fue precisamente la debilidad de Gurgeh lo que le salvó. Calculó sus movimientos para que no valiese la pena atacarle durante el mayor tiempo posible, y dejó que los otros cuatro fuesen luchando entre ellos. Atacó a los dos almirantes cuando sus efectivos se volvieron lo bastante numerosos para darles alguna posibilidad de controlar todo el tablero, pero escogió cuidadosamente el momento en que eran más vulnerables a su pequeña fuerza que a las bastante más temibles del general y el ministro.

La partida se mantuvo indecisa durante mucho tiempo, pero Gurgeh consiguió ir fortaleciendo gradualmente su posición y aunque fue el primer jugador eliminado del tablero había logrado acumular los puntos suficientes para tener la seguridad de que jugaría en el siguiente tablero. Tres miembros del equipo de cinco original acabaron quedando tan malparados que se vieron obligados a abandonar la competición.

El error que había cometido en el primer tablero le dejó tan debilitado que Gurgeh nunca logró recuperarse del todo, y no hizo muy buen papel en el Tablero de la Forma. Empezaba a tener la impresión de que el Imperio no necesitaría recurrir a la mentira de que le habían eliminado en la primera tanda.

Seguía hablando con la *Factor limitativo* usando a Flere-Imsaho como transmisor y a la pantalla de juegos que había en sus aposentos para ver las partidas.

Aparte de eso, tenía la sensación de que estaba empezando a adaptarse a la gravedad. Flere-Imsaho tuvo que recordarle que era una respuesta incluida en sus genes manipulados. El grosor de sus huesos estaba aumentando rápidamente y su musculatura se había expandido sin necesidad de que Gurgeh hiciera ningún ejercicio físico suplementario.

—¿No te habías dado cuenta de que te estabas volviendo más corpulento? —preguntó la unidad con voz algo exasperada mientras Gurgeh observaba su cuerpo en el espejo de la habitación.

Gurgeh meneó la cabeza.

—Creía que estaba comiendo demasiado.

—Muy observador por tu parte. Me pregunto qué otras cosas puedes hacer de las que no tienes ni la más mínima idea... ¿Es que no te enseñaron nada sobre tu propia biología?

El hombre se encogió de hombros.

–Si lo hicieron se me ha olvidado.

También se fue adaptando al corto ciclo día-noche del planeta, y si las continuas quejas que llegaban a sus oídos podían ser creídas su proceso de adaptación fue mucho más rápido que el de los demás. La unidad le dijo que la inmensa mayoría de jugadores estaban utilizando drogas para adaptarse a las nuevas jornadas de Ecronedal, que sólo duraban tres cuartas partes de un día promedio.

–¿Otra vez la manipulación genética? –le preguntó una mañana Gurgeh mientras desayunaba.

–Sí. Naturalmente.

–No sabía que pudiéramos hacer todas esas cosas.

–Está claro que no lo sabías –dijo la unidad–. Hombre, por todos los... La Cultura lleva once mil años viajando por el espacio. El que la mayoría de vosotros os hayáis instalado en ambientes idealizados hechos a medida no quiere decir que hayáis perdido vuestra capacidad de adaptación rápida a los cambios. Fuerza en la profundidad, redundancia, exceso de diseño... Ya conoces la filosofía de la Cultura, ¿no?

Gurgeh contempló a la máquina con el ceño fruncido. Movi6 la mano en un arco que abarc6 las paredes de la habitación y terminó en una de sus orejas.

Flere-Imsaho oscil6 de un lado a otro en el encogimiento de hombros típico de la unidad.

La partida en el Tablero de la Forma terminó con Gurgeh en el quinto lugar de la clasificación. Empez6 a jugar en el Tablero del Cambio sin ninguna esperanza de ganar, pero con una pequeña posibilidad de pasar a la ronda siguiente como Clasificado. Hacia el final de la partida estuvo realmente inspirado. Su familiaridad con el último de los tres tableros principales había llegado a ser tan grande que tenía la sensación de moverse en un terreno conocido donde no había secretos, y disfrutaba utilizando el simbolismo elemental que sustituía al emparejamiento y las tiradas de dados empleadas durante las fases anteriores. Gurgeh estaba convencido de que los azadianos no sabían moverse demasiado bien en el Tablero del Cambio. El Imperio no parecía comprenderlo y le prestaba muy poca atención.

Y lo consiguió. Uno de los almirantes gan6 la partida y Gurgeh logró pasar a la ronda siguiente como Clasificado. El margen entre él y el otro almirante fue de un solo punto: 5.523 contra 5.522. Había estado a punto de quedar eliminado, y la única situación más apurada que se le ocurría era un empate con partida eliminatoria, pero cuando pens6 en ello después comprendió que jamás había dudado de que conseguiría pasar a la ronda siguiente.

–Has estado peligrosamente cerca de empezar a decir tonterías sobre el destino, Jernau Gurgeh –coment6 la unidad cuando Gurgeh intent6 explicárselo.

Gurgeh estaba sentado en su habitación con la mano sobre la mesa que tenía

delante y la unidad intentaba quitarle el brazalete Orbital de la muñeca. Gurgeh ya no podía pasárselo por la mano, y la expansión de su musculatura hacía que le apretara demasiado.

–El destino –dijo Gurgeh, y puso cara pensativa. Asintió con la cabeza–. Sí, supongo que es una sensación bastante parecida.

–¿Y qué vendrá a continuación? –exclamó la máquina mientras utilizaba un campo para cortar el brazalete–. ¿Dios? ¿Fantasmas? ¿El viaje temporal?

La unidad apartó el brazalete de su muñeca y volvió a unir el minúsculo Orbital en el punto por donde lo había cortado. El brazalete recuperó su forma circular.

Gurgeh sonrió.

–El Imperio.

Cogió el brazalete, se levantó y fue hasta la ventana haciendo girar el Orbital entre sus dedos. Clavó la mirada en las losas que cubrían la superficie del patio.

«¿El Imperio? –pensó Flere-Imsaho–. Espero que esté bromeando...»

Fue hacia Gurgeh y le convenció para que le dejara guardar el brazalete dentro de su disfraz. Dejarlo a la vista era demasiado peligroso. Siempre existía la posibilidad de que alguien comprendiera lo que representaba.

Su partida había terminado, y Gurgeh descubrió que eso le dejaba en libertad de seguir la partida de Nicosar. El Emperador estaba jugando en el salón de proa de la fortaleza; una inmensa estancia en forma de cuenco delimitada por muros de piedra gris y capaz de acoger a más de mil personas. El salón de proa serviría de marco a la última partida, aquella cuyo resultado decidiría quién se convertiría en Emperador. El salón se encontraba en el otro extremo del castillo y estaba encarado en la dirección por la que llegarían las llamas. Hileras de grandes ventanales cuyos postigos aún tardarían algún tiempo en quedar cerrados y asegurados permitían contemplar el mar de puntas amarillas de los arbustos cenicientos que se extendía debajo de la fortaleza.

Gurgeh estaba sentado en una de las galerías de observación viendo jugar al Emperador. Nicosar jugaba de una forma muy cautelosa. Iba acumulando ventaja tan lentamente como si el juego fuese una operación comercial en la que todo dependía de los porcentajes, aprovechaba el Tablero del Cambio al máximo para llevar a cabo intercambios beneficiosos y orquestaba los movimientos de los cuatro jugadores con que se había aliado. Gurgeh quedó muy impresionado. El estilo de Nicosar era tan sutil como engañoso. Sus movimientos lentos y meditados sólo mostraban una faceta del Emperador. El movimiento asombrosamente brillante y audaz surgía de la nada justo cuando era necesario para ser empleado allí donde tendría el efecto más devastador. La ocasional jugada brillante de un adversario siempre era como mínimo igualada, y normalmente mejorada.

Gurgeh empezó a sentir cierta simpatía por los adversarios de Nicosar. Incluso el jugar mal resultaba menos desmoralizador que la ocasional ráfaga de brillantez que

siempre terminaba siendo aplastada.

–Está sonriendo, Jernau Gurgeh.

Gurgeh había estado tan absorto en la partida que no había visto acercarse a Hamin. El viejo ápice se sentó junto a él moviéndose con mucha cautela. Los bultos visibles bajo su túnica indicaban que llevaba puesto un arnés antigravitatorio para contrarrestar parcialmente los efectos de la gravedad ecronedaliana.

–Buenas tardes, Hamin.

–Acabo de saber que ha conseguido clasificarse. Ha jugado muy bien.

–Gracias. Sólo he conseguido clasificarme a efectos no oficiales, claro está.

–Ah, sí. Oficialmente quedó el cuarto.

–Qué generosidad tan inesperada.

–Valoramos en lo que se merece el que accediera a cooperar con nosotros. ¿Seguirá ayudándonos?

–Por supuesto. Basta con que me pongan delante de las cámaras.

–Quizá mañana. –Hamin asintió y se volvió hacia donde estaba Nicosar. El Emperador observaba su excelente posición en el Tablero del Cambio—. Su oponente en la modalidad singular será Lo Tenyos Krowo, y le advierto que es un gran jugador. ¿Está totalmente seguro de que no quiere abandonar?

–Totalmente. ¿Cree que he permitido que mutilaran a Bermoiya sólo para abandonar ahora porque la tensión empieza a ser excesiva?

–Sí, claro... Comprendo su punto de vista, Gurgeh. –Hamin suspiró sin apartar los ojos del Emperador y asintió con la cabeza—. Y de todas formas sólo ha conseguido clasificarse por un margen de ventaja infinitesimal. Y Lo Tenyos Krowo es muy, muy bueno. –Volvió a asentir—. Sí... Puede que por fin haya encontrado su nivel, ¿eh?

El rostro lleno de arrugas se volvió hacia Gurgeh.

–Es muy posible, rector.

Hamin asintió con expresión distraída y volvió a apartar la mirada de Gurgeh para posarla nuevamente en su Emperador.

A la mañana siguiente Gurgeh grabó algunos planos de falsos movimientos en el tablero. La partida que acababa de jugar fue reconstruida y Gurgeh hizo unos cuantos movimientos creíbles pero poco inspirados, y cometió un claro error. Los papeles de sus adversarios fueron interpretados por Hamin y dos catedráticos del Colegio de Candsev, y la habilidad con que imitaron los estilos de los ápices contra los que había estado jugando impresionó considerablemente a Gurgeh.

Gurgeh acabó el cuarto, tal y como había sido profetizado. Grabó una entrevista con el Servicio Imperial de Noticias en la que expresó lo mucho que lamentaba haber sido eliminado de la Cuarta Ronda y dejó bien claro cuánto agradecía haber tenido la oportunidad de jugar al Azad. Era una experiencia que sólo se podía dar una vez en la

vida, estaría eternamente en deuda con el pueblo azadiano, el respeto que sentía hacia el genio del Emperador-Regente había aumentado inconmensurablemente aunque el respeto inicial que sentía hacia él ya era muy grande, pensaba quedarse para seguir el desarrollo de los juegos y transmitía sus más sinceros deseos de felicidad y prosperidad para el Emperador, su Imperio y todos sus habitantes y súbditos en lo que estaba seguro iba a ser un futuro muy brillante.

El equipo de grabación y Hamin parecieron quedar muy complacidos.

–Tendría que haber sido actor, Jernau Gurgeh –le dijo Hamin.

Gurgeh supuso que debía tratarse de un elogio.

Estaba contemplando el bosque de arbustos cenicientos. Los árboles medían sesenta metros de altura o más. La unidad le había explicado que en la etapa más rápida de su desarrollo crecían casi un cuarto de metro por día, y que absorbían tales cantidades de agua y materia del suelo que éste se desmoronaba alrededor de los troncos hundiéndose lo suficiente para revelar los niveles superiores del sistema de raíces que ardería durante la Incandescencia y necesitaría un Gran Año completo para volver a crecer.

Estaba empezando a anochecer y Gurgeh contemplaba el crepúsculo, la fugaz etapa de un día muy corto en que la veloz rotación del planeta hacía que la enana amarilla se hundiera detrás del horizonte. Gurgeh tragó una honda bocanada de aire. No había ningún olor a quemado. La atmósfera parecía estar totalmente despejada, y un par de planetas del sistema de Ecronedal brillaban en el cielo; pero Gurgeh sabía que el aire contenía el polvo suficiente para hacer permanentemente invisibles a la mayoría de estrellas del cielo y convertir la inmensa rueda de la galaxia en una borrosa mancha de luz mucho menos impresionante de lo que resultaba cuando se la veía después de haber dejado atrás la calina gaseosa que envolvía al planeta.

Estaba sentado en un jardincito cerca del punto más alto de la fortaleza y podía ver por encima de las copas de la mayoría de arbustos cenicientos. Su posición le colocaba al mismo nivel que las copas llenas de frutos de los árboles más altos. Las vainas que contenían los frutos tenían el tamaño de un niño hecho un ovillo, y estaban repletas de una mezcla de sustancias en la que predominaba el etanol. Cuando llegara la Incandescencia algunas caerían y algunas permanecerían en la copa de los árboles, pero todas arderían.

Gurgeh pensó en ello y sintió un escalofrío. Decían que faltaban unos setenta días. Cualquiera persona que estuviera sentada donde se encontraba ahora cuando llegara el frente de llamas se asaría viva con rociadores o sin ellos. El calor irradiado por el frente bastaría para cocerte. El jardín en el que estaba sentado desaparecería; el banco metálico en el que se encontraba sería trasladado al interior del castillo y quedaría protegido por los gruesos muros de piedra y los postigos de metal y cristal

antillamas. Los jardines situados en los patios interiores sobrevivirían, aunque terminarían cubiertos de cenizas transportadas por el viento. Las personas estarían a salvo en el castillo rociado de agua o en los refugios subterráneos..., a menos que fuesen lo bastante estúpidas para permitir que las llamas las sorprendieran fuera, naturalmente. Le habían dicho que eso ocurría de vez en cuando.

Vio a Flere-Imsaho flotando por encima de las copas de los árboles. La unidad venía hacia él. Le habían dado permiso para que fuese adonde le diera la gana siempre que avisara a las autoridades de su paradero y accediera a llevar adherido un monitor de posición. Estaba claro que Ecronedal no contenía ninguna instalación militar que el Imperio considerase especialmente delicada. La unidad no se había mostrado muy feliz con las condiciones, pero pensó que si permanecía encerrada en el castillo acabaría enloqueciendo y accedió. Esta había sido su primera expedición.

–Jernau Gurgeh.

–Hola, unidad. ¿Has estado observando a los pájaros?

–No, he estado viendo peces voladores. Pensé que debía empezar con los océanos.

–¿Piensas echar un vistazo al frente de fuego?

–Todavía no. He oído comentar que tu próximo adversario será Lo Tenyos Krowo.

–La partida empezará dentro de cuatro días. Dicen que es muy bueno.

–Lo es. Y también es una de las personas que saben todo lo que hay que saber sobre la Cultura.

Gurgeh clavó los ojos en la máquina.

–¿Qué?

–En el Imperio siempre hay un mínimo de ocho personas que saben dónde se originó la Cultura, qué tamaño aproximado tiene y cuál es nuestro nivel de desarrollo tecnológico.

–¿De veras? –murmuró Gurgeh tensando las mandíbulas.

–Durante los doscientos años últimos el Emperador, el jefe de la Inteligencia Naval y los seis mariscales estelares han estado informados del poder y las dimensiones alcanzadas por la Cultura. No quieren que nadie más tenga acceso a esos datos. Ha sido elección suya, no nuestra. Están asustados, y es muy comprensible que lo estén.

–Unidad –dijo Gurgeh en un tono de voz bastante alto–, ¿se te ha ocurrido pensar que quizá esté un poco harto de que se me trate como a un niño? ¿Por qué diablos no me lo habéis dicho antes?

–Jernau, queríamos facilitarte un poco las cosas, ¿comprendes? ¿Por qué complicar aún más la situación diciéndote que unas cuantas personas sabían todo eso cuando no había ninguna probabilidad real de que llegaras a tener más que un

contacto brevísimo con ninguna de ellas? Francamente, si no hubieras llegado a una etapa del Azad en la que deberás enfrentarte a una de esas personas jamás te lo habría dicho. No era necesario que lo supieras. Créeme, estamos intentando ayudarte... Pensé que sería mejor advertirte por si Krowo decía algo durante la partida que te dejara lo bastante perplejo para afectar tu concentración.

–Bueno, me encantaría que mis estados de ánimo os preocuparan tanto como mi concentración –replicó Gurgeh.

Se puso en pie, fue hacia el parapeto y apoyó los codos en él.

–Lo siento mucho –dijo la unidad, pero a juzgar por su tono de voz no estaba nada contrita.

Gurgeh agitó una mano.

–Olvídalo. Bien, entonces debo suponer que Krowo trabaja en la Inteligencia Naval y no en el Departamento de Intercambio Cultural, ¿verdad?

–Correcto. Oficialmente su puesto no existe, pero en la corte todo el mundo sabe que el puesto siempre es adjudicado al jugador de más categoría y más de fiar.

–Sí, ya me parecía algo extraño que un jugador tan bueno como dicen que es Krowo estuviera en Intercambio Cultural.

–Bueno, Krowo lleva tres Grandes Años ocupando el puesto y algunas personas piensan que si realmente lo hubiera deseado habría podido convertirse en Emperador, pero prefiere seguir donde está actualmente. Será un adversario muy difícil.

–Eso es lo que me dicen todos –replicó Gurgeh. Frunció el ceño y se volvió hacia el último resplandor visible en el horizonte–. ¿Qué es eso? –preguntó–. ¿Has oído eso?

El sonido se repitió. Era un grito prolongado y quejumbroso que venía desde muy lejos, y casi desaparecía bajo el continuo susurrar del dosel formado por los arbustos cenicientos. El sonido fue subiendo de nivel en un crescendo tan lento como aterrador y acabó extinguiéndose tras lo que pareció una eternidad. Gurgeh sintió su segundo escalofrío de la noche.

–¿Qué ha sido eso? –murmuró.

La unidad se acercó al parapeto.

–¿El qué? ¿Esos gritos? –preguntó.

–¡Sí! –dijo Gurgeh.

Aguzó el oído y volvió a captar aquel sonido casi imperceptible que flotaba en las suaves y cálidas ráfagas de la brisa, el sonido que emergía ondulando de la oscuridad para deslizarse sobre las susurrantes copas de los colosales arbustos cenicientos.

–Animales –dijo Flere-Imsaho. Los últimos rayos de luz que llegaban del oeste silueteaban los contornos de su disfraz convirtiéndolo en un manchón oscuro–. Unos carnívoros de gran tamaño llamados troshaes. Tienen seis patas. Viste unos cuantos ejemplares del zoo personal del Emperador la noche del baile, ¿lo recuerdas?

Gurgeh asintió con expresión fascinada y siguió escuchando los gritos de aquellas bestias lejanas.

–¿Cómo se las arreglan para escapar a la Incandescencia?

–Los troshaes se pasan todo el Gran Mes anterior corriendo hasta llegar muy cerca del muro de llamas. Ésos a los que oyes gritar no podrían correr lo bastante deprisa para escapar ni aunque empezaran ahora mismo. Han sido capturados y encerrados en recintos de los que sólo saldrán para ser cazados. Por eso aúllan así. Saben que las llamas se acercan y quieren escapar.

Gurgeh no dijo nada. Había vuelto la cabeza en la dirección de la que llegaban los gritos casi inaudibles de aquellos animales condenados.

Flere-Imsho esperó en silencio durante un par de minutos, pero el hombre no se movió y no le hizo ninguna pregunta más. La máquina acabó apartándose del parapeto para volver a las habitaciones de Gurgeh. Antes de cruzar el umbral que daba acceso al castillo giró sobre sí misma para contemplar al hombre que seguía inmóvil aferrando el parapeto de piedra al final del jardincito. El hombre estaba levemente encorvado con la cabeza hacia adelante, y no movía ni un músculo. Ya era noche cerrada, y unos ojos humanos no habrían podido distinguir aquella silueta que parecía una estatua.

La unidad vaciló durante unos segundos y acabó desapareciendo en el interior de la fortaleza.

Gurgeh pensaba que el Azad no era la clase de juego en el que se podía disfrutar de un día libre, y mucho menos de veinte. Descubrir que sí lo era fue una gran desilusión para él.

Había estudiado minuciosamente muchas partidas anteriores de Lo Tenyos Krowo y tenía muchas ganas de enfrentarse al jefe de la Inteligencia Naval. El estilo del ápice era muy interesante y mucho más vistoso –y ocasionalmente errático– que el de ningún otro jugador de primera categoría. La partida tendría que haber sido un desafío en el que Gurgeh habría disfrutado considerablemente, pero no lo fue. Fue una experiencia horrible, incómoda e ignominiosa. El corpulento y al principio bastante jovial y aparentemente despreocupado ápice cometió unos cuantos errores de principiante casi increíbles y otros que fueron resultado de movimientos realmente inspirados e incluso brillantes, pero que acabaron resultando igualmente desastrosos. Gurgeh sabía que a veces te encontrabas con adversarios cuyo estilo te daba muchos más problemas de lo que habría sido lógico esperar, y también sabía que a veces hay partidas en las que todo va mal sin importar lo mucho que te esfuerces y lo brillantes y meditados que sean tu estrategia y tus movimientos. El jefe de la Inteligencia Naval parecía estar teniendo ambos problemas a la vez. El estilo de Gurgeh podría haber sido diseñado con el único fin de poner en apuros a Krowo, y la suerte del ápice fue tan escasa que casi habría podido considerarse inexistente.

Gurgeh acabó sintiendo una auténtica simpatía hacia Krowo, quien dejó bien claro que se preocupaba mucho más por la forma en que iba a ser derrotado que por la derrota en sí. El final de la partida hizo que los dos lanzaran un sincero suspiro de alivio.

Flere-Imsaho le observó jugar durante las etapas finales de la partida. Leía cada movimiento cuando aparecía en la pantalla y lo que veía no era tanto una partida de Azad como una operación quirúrgica. Gurgeh, el jugador –el *morat*–, estaba haciendo pedazos a su adversario. Ciertamente, el ápice no estaba jugando muy bien, pero Gurgeh... Bueno, Gurgeh estaba jugando de una forma tan brillante como tranquila y despreocupada; y la despiadada falta de escrúpulos de su estilo también era nueva. La unidad había esperado que ocurriría algo parecido, pero aun así el verlo aparecer tan pronto y de una forma tan aparatosa le sorprendió. Flere-Imsaho fue descifrando las señales enviadas por el rostro y el cuerpo del hombre –irritación, ira, compasión, pena–, y cuando se volvió hacia la partida no encontró nada remotamente similar a esas emociones. Lo único que podía encontrar en ella era la furia precisa y ordenada de un jugador que manipulaba los tableros, las piezas, las cartas y las reglas como si fuesen los controles de una máquina omnipotente con la que estaba perfectamente familiarizado.

«Otro cambio», pensó. El hombre había sufrido una nueva alteración y se había

internado un poquito más en las entrañas del juego y la sociedad. Le habían advertido de que aquello podía ocurrir. Una de las razones era que Gurgeh empleaba continuamente el eáquico. Flere-Imsaho siempre había tenido sus dudas sobre el grado de precisión con que se podía evaluar y definir la conducta humana, pero le habían informado de que si un habitante de la Cultura prescindía del marain durante un período de tiempo bastante prolongado y utilizaba otro lenguaje había muchas probabilidades de que cambiara. Actuaba de una forma distinta y empezaba a pensar en ese lenguaje, perdía la estructura interpretativa cuidadosamente equilibrada del lenguaje de la Cultura y olvidaba la sutileza de sus cambios de cadencia, tonalidad y ritmo para sustituirlo por un instrumento que casi siempre era mucho más tosco y menos preciso.

El marain era un lenguaje sintético diseñado para que su capacidad expresiva en la faceta fonética y filosófica fuese lo más amplia posible..., de hecho, todo lo amplia que el aparato vocal y el cerebro pan-humano podían tolerar. Flere-Imsaho sospechaba que el marain gozaba de un prestigio un tanto excesivo, pero las mentes que habían creado el marain eran mucho más agudas e inteligentes que la suya, y diez milenios después de su creación incluso las Mentes más superiores –las que se movían en niveles intelectuales tan irrespirables y rarificados como los últimos estratos de una atmósfera planetaria– seguían teniendo un gran concepto del lenguaje, por lo que suponía que estaba obligado a inclinarse ante su innegable superioridad. Una de las Mentes que tomó parte en su adiestramiento antes del viaje llegó al extremo de comparar el marain con el Azad. La hipérbole era realmente exagerada, pero Flere-Imsaho comprendió la parte de verdad que contenía.

El eáquico era un lenguaje corriente fruto del tiempo y la evolución repleto de presuposiciones profundamente enraizadas que sustituían la compasión por el sentimentalismo y la cooperación por la agresión. Si pasaba todas sus horas de vigilia hablándolo una personalidad comparativamente inocente y sensible como la de Gurgeh *acabaría* aceptando una parte del marco y la estructura éticas que se ocultaban detrás del lenguaje.

Y ésa era la razón de que el hombre hubiese empezado a jugar como uno de esos carnívoros cuyos gritos había estado escuchando, acechando por el tablero, montando trampas, diversiones y lugares para matar a la presa; surgiendo de la nada, persiguiendo, derribando, consumiendo, absorbiendo...

Flere-Imsaho se removió dentro de su disfraz como si se sintiera incómodo y desactivó la pantalla.

Gurgeh recibió una larga carta de Chamlis Amalk-Ney un día después de haber terminado su partida con Krowo. Se sentó en su habitación y contempló a la vieja unidad. Chamlis le mostró imágenes de Chiark mientras le iba dando las últimas

noticias. La profesora Boruelal seguía en su retiro; Hafflis estaba embarazada. Olz Hap había emprendido un crucero con su primer amor, pero volvería antes de que terminara el año para seguir con sus actividades en la universidad. Chamlis continuaba trabajando en su libro de historia.

Gurgeh permaneció inmóvil escuchando y observando. Contacto había censurado la comunicación dejando en blanco aquellos fragmentos que Gurgeh supuso debían revelar que el paisaje de Chiark era Orbital y no planetario. La interferencia en su correo personal le molestó menos de lo que había imaginado.

La carta no le interesó demasiado. Todo aquello parecía tan lejano, tan irrelevante... La vieja unidad daba la impresión de ser más tozuda y chocheante que sabia o incluso afable, y las personas que se movían en la pantalla parecían blandas y estúpidas. Amalk-Ney le mostró imágenes de Ikroh, y Gurgeh descubrió que le irritaba el que la gente fuera allí de vez en cuando y se alojara en la casa durante unos días. ¿Quiénes se habían creído que eran?

Yay Meristinoux no aparecía en la carta. La joven acabó hartándose de Blask y de aquella maldita máquina llamada Preashiple, y se había marchado para proseguir su carrera como paisajista en [censurado]. Yay le enviaba sus más cariñosos recuerdos. Cuando se marchó ya había iniciado el cambio viral que acabaría convirtiéndola en un hombre.

Al final de la comunicación había una parte bastante extraña que parecía haber sido añadida después de que la señal principal hubiese quedado grabada. Las imágenes mostraban a Chamlis en el salón de Ikroh.

–Gurgeh –dijo la unidad–, esto ha llegado hoy mismo en el correo general sin remite especificado formando parte de una remesa de Circunstancias Especiales. –El punto de vista de la cámara se desplazó hasta el sitio donde si ningún intruso hubiera cambiado de sitio el mobiliario habría tenido que haber una mesa. La pantalla quedó en blanco–. Nuestro pequeño amigo –dijo Chamlis–. Totalmente desprovisto de vida. Lo he examinado y he... [censurado] llamado a su equipo de vigilancia para que echaran un vistazo por aquí. Está muerto. Es un mero envoltorio sin mente dentro; como un cuerpo humano intacto al que le hubieran extirpado el cerebro sin dejar ningún rastro de que estaba allí. Hay una pequeña cavidad en el centro donde supongo que debía encontrarse su mente.

La imagen volvió de repente y el punto de vista de la cámara se desplazó hasta quedar nuevamente centrado en Chamlis.

–Supongo que acabó accediendo a la reestructuración y que le han fabricado un cuerpo nuevo, pero sigue extrañándome que decidieran enviar el cuerpo antiguo aquí. Hazme saber qué quieres que haga con él. Escribe pronto. Espero que te encuentres bien y que tengas éxito en lo que estás haciendo, sea lo que sea. Mis más cariñosos sa...

Gurgeh desactivó la pantalla. Se puso en pie, fue hacia la ventana y contempló el patio que tenía debajo con el ceño fruncido.

Una sonrisa fue curvando lentamente las comisuras de sus labios. Dejó escapar una carcajada silenciosa, fue al intercomunicador y ordenó al sirviente que le trajera un poco de vino. Estaba llevándose la copa a los labios cuando Flere-Imsaho entró flotando por el hueco de la ventana. Volvía de otro safari entre la fauna del planeta, y el metal de sus placas estaba cubierto de polvo.

–Pareces muy satisfecho de ti mismo –dijo la unidad–. ¿Por qué estás brindando?

Gurgeh clavó los ojos en las profundidades ambarinas del vino y sonrió.

–Por los amigos ausentes –dijo, y bebió un sorbo.

La próxima partida pertenecía a la modalidad de tres jugadores. Gurgeh se enfrentaría a Yomonul Lu Rahsp, el mariscal estelar aprisionado dentro del exoesqueleto, y a Lo Frag Traff, un joven coronel. Sabía que las reglas no escritas de los juegos exigía que los dos fuesen peores jugadores que Krowo, pero el jefe de la Inteligencia Naval había hecho un papel tan pésimo –de hecho, tenía bastantes probabilidades de perder su puesto–, que le costaba mucho creer que sus dos nuevos oponentes fueran a resultar más fáciles de vencer que el contrincante al que se había enfrentado en su última partida. De hecho Gurgeh esperaba todo lo contrario. Lo natural era que los dos militares se aliaran para aniquilarle.

Nicosar jugaría contra Vechesteder, el viejo mariscal estelar, y Jhilno, el ministro de defensa.

Gurgeh consagró los días que le quedaban al estudio del juego. Flere-Imsaho seguía con sus exploraciones. Le explicó que había visto como todo un segmento del frente de llamas era extinguido por una tempestad, y que cuando volvió a visitar aquella zona dos días después descubrió que las plantas llamadas yesqueros ya estaban volviendo a inflamar la seca vegetación que cubría el suelo. La unidad dijo que le había parecido un ejemplo impresionante del papel básico que jugaba el fuego en la ecología del planeta.

La corte se divertía cazando en el bosque durante las horas de luz y con hologramas o espectáculos en directo durante la noche.

Gurgeh descubrió que las diversiones le resultaban tan predecibles como tediosas. Las únicas que lograron interesarle un poco eran los duelos –normalmente entre machos–, celebrados en pozos rodeados por apretados círculos de jugadores y funcionarios imperiales que gritaban y hacían apuestas. Lo habitual era que los duelos no se librasen a muerte. Gurgeh sospechaba que de noche el castillo acogía diversiones de una naturaleza muy distinta que resultaban inevitablemente fatales para uno de los participantes como mínimo, y que su presencia en ellas no sólo no sería bienvenida sino que se esperaba que no llegara a conocer su existencia.

Pero aquello ya había dejado de preocuparle.

Lo Frag Traff era un ápice bastante joven con una cicatriz muy aparatosa que nacía en una ceja y recorría su mejilla hasta llegar muy cerca de la boca. Tenía un estilo de juego tan rápido como feroz, y su carrera en el Ejército Estelar del Imperio había destacado por esas mismas características. Su hazaña más famosa había sido la destrucción de la Biblioteca de Urutipaig. Traff estaba al mando de un pequeño contingente de soldados en una guerra contra una especie humanoide; la guerra en el espacio había entrado en una situación de tablas, pero una combinación de gran talento militar y algo de suerte hizo que Traff se encontrara en situación de amenazar la capital enemiga desde la superficie. El enemigo pidió la paz imponiendo como condición previa al tratado que su inmensa biblioteca –conocida por todas las especies civilizadas de la Nube Menor–, permaneciera intacta. Traff sabía que si rechazaba esa condición habría más combates, por lo que dio su palabra de honor de que no se destruiría una sola letra, pixel o microarchivo, y que todo el contenido de la biblioteca permanecería donde estaba.

Su mariscal estelar le había ordenado destruir la biblioteca. El mismísimo Nicosar había incluido esa destrucción en uno de los primeros edictos que promulgó después de subir al trono. Las razas vasallas debían comprender que incurrir en las iras del Emperador llevaba consigo un castigo tan espantoso como inevitable.

Al Imperio le importaba un comino que uno de sus leales soldados quebrantara un acuerdo con una insignificante pandilla de alienígenas, pero Traff sabía que dar tu palabra era algo sagrado. Si faltaba a su palabra de honor nadie volvería a confiar en él.

Traff ya había dado con una solución. Resolvió el problema listando por orden alfabético todas las palabras contenidas en la biblioteca y los pixeles de cada ilustración fueron clasificados por orden de color, intensidad y matiz. Los microarchivos originales fueron borrados y acogieron un volumen tras otro de «el», «es» y «uno»; las ilustraciones quedaron convertidas en campos de colores puros.

Hubo algunos disturbios, claro está, pero Traff ya controlaba la situación y explicó a los irritados y –como se descubrió con el tiempo, literalmente– suicidas guardianes de la biblioteca y al Tribunal Supremo del Imperio que había sido fiel a la palabra dada pues no había destruido ni tomado como botín una sola palabra, imagen o archivo.

A mediados de la partida en el Tablero del Origen Gurgeh se dio cuenta de algo que le sorprendió mucho: Yomonul y Traff no se habían aliado para aniquilarle, sino que estaban luchando ferozmente el uno contra el otro. Jugaban como si estuvieran convencidos de que Gurgeh ganaría la partida hicieran lo que hiciesen, y se peleaban por conseguir el segundo puesto. Gurgeh sabía que no se apreciaban demasiado.

Yomonul representaba a la vieja guardia militar y Traff a la nueva ola de aventureros jóvenes y osados. Yomonul era un exponente de la estrategia basada en la negociación y el mínimo uso de la fuerza; Traff de los ataques devastadores. Yomonul mantenía opiniones liberales en lo tocante al trato con otras especies; Traff era un xenófobo. Habían estudiado en colegios tradicionalmente rivales, y sus estilos de juego mostraban de forma muy clara todas las diferencias que les separaban. El estilo de Yomonul era meticuloso y relajado, el de Traff era agresivo hasta el punto de rozar la imprudencia temeraria.

Sus actitudes hacia el Emperador también eran distintas. Yomonul tenía una opinión tan fría como práctica de lo que representaba el trono, mientras que la lealtad de Traff casi podía considerarse fanática, aunque iba bastante más dirigida a la persona de Nicosar que al trono en el que estaba sentado. Cada uno odiaba profundamente las creencias del otro.

Gurgeh estaba enterado de todo eso, pero no había esperado que le prestaran tan poca atención y se lanzaran el uno al cuello del otro. Volvió a sentirse levemente desilusionado y a tener la sensación de que le habían robado la partida con que tanto esperaba disfrutar. La única compensación fue que el salvajismo que impregnaba los movimientos de los dos militares enfrentados era algo digno de verse y no se podía negar que resultaba impresionante, aunque también un tanto inquietante. Todo aquel desperdicio de energías que sólo podía acabar en la autodestrucción... La partida resultó un paseo durante el que Gurgeh fue acumulando puntos tranquilamente mientras los dos militares luchaban entre sí. Iba a ganar, pero no pudo evitar la sensación de que sus adversarios estaban disfrutando mucho más que él. Pensaba que utilizarían la opción física, pero Nicosar prohibió que se empleara durante la partida. Sabía que los dos jugadores se odiaban con una intensidad casi patológica, y no quería correr el riesgo de que ese odio le privara de los servicios de ninguno de ellos.

Gurgeh estaba almorzando sin apartar los ojos de la pantalla incorporada a la mesa. Era el tercer día de partida en el Tablero del Origen. Aún faltaban unos minutos para el inicio de la siguiente sesión y Gurgeh estaba solo en la mesa viendo los noticiarios que mostraban lo bien que estaba jugando Lo Tenyos Krowo en su partida contra Yomonul y Traff. Quien se hubiera encargado de imitar el estilo del ápice – Gurgeh sabía que Krowo se había negado a tener la más mínima relación con aquella superchería– estaba haciendo un trabajo excelente. Todos los movimientos encajaban a la perfección con el estilo del jefe de la Inteligencia Naval. Gurgeh sonrió levemente.

–¿Pensando en su próxima e inminente victoria, Jernau Gurgeh? –preguntó Hamin mientras tomaba asiento delante de él.

Gurgeh hizo girar la pantalla.

–Es un poco pronto para eso, ¿no le parece?

El viejo y calvo ápice observó la pantalla y sus labios se curvaron en una sonrisa casi imperceptible.

–Hmmm. ¿Eso cree?

Hamin alargó el brazo y desactivó la pantalla.

–Las cosas siempre pueden cambiar, Hamin.

–Cierto, Gurgeh... Las cosas siempre pueden cambiar, pero creo que el curso de esta partida no sufrirá ninguna variación. Yomonul y Traff seguirán ignorándole y se atacarán el uno al otro. Acabará venciendo.

–Bueno, entonces... –dijo Gurgeh contemplando la superficie mate de la pantalla–. Krowo tendrá que jugar con Nicosar, ¿no?

–Sí, Krowo puede jugar con Nicosar. Podemos crear una partida que cubra esa eventualidad. Pero usted no debe jugar con el Emperador.

–¿No debo? –preguntó Gurgeh–. Creía haber hecho todo lo que deseaban de mí. ¿Qué más puedo hacer?

–Negarse a jugar con el Emperador.

Gurgeh clavó la mirada en las pupilas gris claro del viejo ápice. Cada ojo estaba rodeado por una red de arrugas muy finas. Los ojos de Hamin le devolvieron la mirada sin alterarse en lo más mínimo.

–¿Cuál es el problema, Hamin? Ya no soy una amenaza.

Hamin alisó la suave tela de una de sus mangas.

–¿Quiere que le confiese una cosa, Jernau Gurgeh? Odio las obsesiones. Son tan..., tan cegadoras. Creo que es la palabra más adecuada, ¿no le parece? –Hamin sonrió–. Estoy empezando a preocuparme por mi Emperador, Gurgeh. Sé lo mucho que desea demostrar que merece estar sentado en el trono y que es digno del puesto que ha estado ocupando durante los últimos dos años. Creo que se conformará con eso, pero también sé que lo que realmente desea y lo que siempre ha deseado es jugar contra Molsce y ganar. Y, naturalmente, eso ya no es posible... El Emperador ha muerto, Jernau Gurgeh, larga vida al Emperador. Surge de entre las llamas y todo eso..., pero creo que cuando le mira ve al viejo Molsce y tiene la sensación de que usted es el adversario al que debe enfrentarse y al que ha de vencer. El alienígena, el hombre de la Cultura, el *morat*, el-que-juega... Y no estoy seguro de que sea una buena idea. No es necesario, ¿comprende? Estoy convencido de que perdería, pero... Como ya le he dicho, las obsesiones siempre consiguen ponerme nervioso. Sería mejor para todas las partes implicadas que nos hiciera saber lo más pronto posible que va a abandonar los juegos.

–¿Y privar a Nicosar de la oportunidad de vencerme?

Su tono de voz indicaba tanto sorpresa como diversión.

–Sí. Prefiero que siga teniendo la sensación de que aún le queda algo por demostrar ante los ojos del Imperio. Eso no le hará ningún daño.

–Pensaré en ello –dijo Gurgeh.

Hamin le observó en silencio durante unos momentos.

–Espero que comprenda lo franco que he sido con usted, Jernau Gurgeh. Sería una lástima que tal honestidad no fuera reconocida..., y recompensada como se merece.

Gurgeh asintió.

–Sí, estoy seguro de ello.

Un sirviente cruzó el umbral y anunció que la sesión estaba a punto de empezar.

–Discúlpeme, rector –dijo Gurgeh poniéndose en pie. Los ojos del viejo ápice siguieron sus movimientos–. El deber me llama.

–Obedezca su llamada –dijo Hamin.

Gurgeh se quedó inmóvil durante unos momentos contemplando al viejo ápice marchito sentado al otro extremo de la mesa. Después giró sobre sí mismo y se marchó.

Hamin clavó los ojos en la pantalla desactivada que tenía delante como si estuviera absorto en una fascinante partida invisible que sólo él podía ver.

Gurgeh ganó tanto en el Tablero del Origen como en el Tablero de la Forma. La feroz lucha entre Traff y Yomonul siguió desarrollándose, y la ventaja tan pronto correspondía al uno como al otro. Traff llegó al Tablero del Cambio con una ligera ventaja sobre el otro ápice. Gurgeh les llevaba una delantera tan grande que era prácticamente invulnerable, lo que le permitió relajarse dentro de su fortaleza y contemplar la guerra total librada a su alrededor hasta que el final de ésta le indicó que había llegado el momento de salir de sus inexpugnables posiciones para acabar con las agotadas fuerzas del vencedor. Parecía la única salida justa, aparte de que también era la más cómoda. Gurgeh dejó que los chicos se divirtieran hasta quedar agotados, impuso el orden y volvió a guardar los juguetes dentro de la caja.

Pero, naturalmente, aquello sólo era una pálida imitación de una auténtica partida de Azad.

–¿Está complacido o se siente disgustado, señor Gurgeh?

El Mariscal Estelar Yomonul fue hacia Gurgeh y le hizo esa pregunta durante una pausa en el juego pedida por Traff para aclarar una duda sobre las reglas con su Adjudicador. Gurgeh estaba de pie pensando con los ojos clavados en el tablero y no había visto acercarse al ápice aprisionado dentro del exoesqueleto. Alzó los ojos poniendo cara de sorpresa y vio al mariscal estelar delante de él. Su rostro lleno de arrugas asomaba con una expresión levemente divertida por entre la jaula de titanio y acero al carbono que lo aprisionaba. Hasta aquel momento ninguno de los dos soldados le había prestado ni la más mínima atención.

–¿Por haber quedado excluido de la auténtica partida? –preguntó Gurgeh.

El ápice alzó un brazo rodeado de varillas metálicas y señaló el tablero.

–Sí, y porque la victoria le resulte tan fácil. ¿Busca la victoria o el desafío?

La máscara esquelética del ápice se agitaba a cada movimiento de la mandíbula.

–Preferiría disfrutar de ambas cosas –admitió Gurgeh–. Incluso he pensado en tomar parte como tercera fuerza o como aliado de un bando o de otro..., pero esto tiene todo el aspecto de ser una guerra personal, ¿verdad?

El ápice sonrió y la jaula que rodeaba su cabeza asintió lentamente como si supiera muy bien de qué estaba hablando.

–Lo es –dijo–. Su situación actual es tan envidiable como segura. Si yo fuera usted no la cambiaría por otra.

–¿Y usted? –le preguntó Gurgeh–. Parece estar llevando la peor parte, al menos por ahora.

Yomonul sonrió. La máscara-jaula ondulaba y se flexionaba siguiendo hasta el más leve de sus gestos.

–Jamás lo había pasado tan bien, y aún me quedan unas cuantas sorpresas y trucos que harán sudar al jovencito. Pero me siento un poco culpable por permitir que siga adelante sin apenas ningún esfuerzo. Si se enfrenta a Nicosar y gana nos pondrá a todos en una situación muy incómoda.

Gurgeh expresó una cierta sorpresa.

–¿Cree que podría vencerle?

–No. –Estar encerrado en aquella jaula de metal oscuro que amplificaba todos sus movimientos y expresiones hizo que el gesto del ápice resultara todavía más enfático–. Cuando no le queda más remedio Nicosar siempre da lo mejor de sí mismo y si da lo mejor de sí mismo... Le vencerá. Siempre que no sea demasiado ambicioso, claro. No, estoy seguro de que le vencerá porque usted es una auténtica amenaza, y Nicosar siempre ha sabido respetar las amenazas y enfrentarse a ellas como se merecen. Pero... Ah... –El mariscal estelar se dio la vuelta. Traff acababa de cruzar el tablero para mover un par de piezas, después de lo cual hizo una exagerada reverencia a Yomonul. El mariscal estelar se volvió hacia Gurgeh–. Veo que ha llegado mi turno de jugar. Discúlpeme.

Yomonul volvió a su guerra privada.

Uno de los trucos a que se había referido quizá fuera el de conseguir que Traff creyera que su conversación con Gurgeh había tenido como objetivo conseguir la ayuda del hombre de la Cultura, pues durante los movimientos siguientes el joven soldado actuó como si esperara verse obligado a librar la guerra en dos frentes distintos.

Yomonul consiguió la ventaja que necesitaba y logró superar a Traff por un pequeño margen de puntos. Gurgeh ganó la partida y la oportunidad de enfrentarse a Nicosar. Hamin intentó hablar con él en el pasillo que daba acceso a la sala de juegos

inmediatamente después de que hubiera obtenido la victoria, pero Gurgeh se limitó a sonreír y pasó de largo junto a él.

Los arbustos cenicientos se balanceaban lentamente a su alrededor. La brisa creaba leves susurros en el dosel dorado. La corte, los jugadores y sus séquitos estaban sentados en unos grádenos de madera casi tan grandes como un pequeño castillo. Delante de los grádenos había un claro en el bosque y un pasillo bastante angosto delimitado por dos empalizadas de troncos muy gruesos que medían cinco o más metros de altura. Las empalizadas formaban la parte central de una especie de corral que tenía la forma de un reloj de arena y estaba abierto al bosque por los dos extremos. Nicosar y los jugadores que ocupaban los primeros puestos de la clasificación estaban sentados en primera fila de la plataforma de madera, lo que les permitía dominar todo el embudo.

Detrás de los grádenos había toldos debajo de los que se estaba preparando la comida. El olor de la carne asada flotaba perezosamente sobre los espectadores y se perdía en el bosque.

–Eso hará que se les llene la boca de espuma –dijo el Mariscal Estelar Yomonul.

Se inclinó hacia Gurgeh acompañado por un zumbido de servomecanismos. Gurgeh y el mariscal estaban sentados el uno al lado del otro en la primera fila de la plataforma, a no mucha distancia del Emperador. Cada uno tenía delante un rifle de proyectiles de gran tamaño sostenido por un trípode.

–¿El qué? –preguntó Gurgeh.

–El olor. –Yomonul sonrió y movió una mano señalando los fuegos y parrillas que había detrás de ellos–. Carne asada... El viento está llevando el olor en su dirección. Les volverá locos.

–Oh, estupendo –murmuró Flere-Imsaho junto a los pies de Gurgeh.

La unidad ya había intentado persuadirle de que no tomara parte en la cacería.

Gurgeh no le hizo caso y asintió.

–Claro –dijo.

Sopesó la culata del rifle. El arma era un modelo bastante antiguo de un solo tiro, y recargarlo exigía manejar un pasador metálico. Las estrías de cada cañón eran ligeramente distintas, por lo que cuando se extrajeran las balas de los animales las señales que habían dejado en ellas permitirían establecer una puntuación y adjudicar las cabezas y pieles.

–¿Está seguro de que ha utilizado un arma semejante con anterioridad? –preguntó Yomonul.

El ápice sonrió. Estaba de muy buen humor. Sólo le faltaban unas cuantas decenas de días para quedar libre del exoesqueleto, y el Emperador había dado permiso para que el régimen carcelario se suavizara hasta el final de la condena. Yomonul podía

beber y comer lo que le diera la gana, y volvía a estar en condiciones de llevar una vida social.

Gurgeh asintió.

–He disparado armas –dijo.

Nunca había utilizado un arma de proyectiles, pero aún recordaba aquel día con Yay en el desierto, hacía ya varios años.

–Apuesto a que nunca has disparado contra algo vivo –dijo la unidad.

Yomonul golpeó suavemente las placas de la máquina con un pie recubierto de acero.

–Silencio, cosa –dijo.

Flere-Imsaho se fue inclinando lentamente hacia atrás hasta que su parte frontal apuntó a Gurgeh.

–¿Cosa? –dijo.

Estaba tan indignado que su voz parecía un cruce entre murmullo y graznido.

Gurgeh le guiñó un ojo y se llevó un dedo a los labios. Después intercambió una sonrisa con Yomonul.

La cacería –era el nombre que los azadianos daban a aquella diversión– dio comienzo con una fanfarria de trompetas y los aullidos lejanos de los troshaes. Una hilera de machos emergió del bosque y corrió a lo largo del embudo de madera golpeando los troncos con palos. El primer troshae no tardó en aparecer. Las sombras crearon franjas sobre sus flancos cuando entró en el claro y corrió hacia el embudo de madera. Las personas que rodeaban a Gurgeh empezaron a murmurar nerviosamente.

–Buen tamaño –dijo Yomonul en tono apreciativo.

La bestia de rayas negras y doradas movía velozmente sus seis patas avanzando por el embudo. Los chasquidos que sonaron alrededor de la plataforma de madera anunciaron que los espectadores se preparaban para disparar. Gurgeh alzó la culata de su rifle. El trípode al que estaba unido facilitaba su manejo en aquella potente gravedad, y también servía para limitar el campo de tiro; algo que Gurgeh estaba seguro debía tranquilizar bastante a los siempre vigilantes guardias personales del Emperador.

El troshae siguió corriendo por el embudo. Sus patas se movían sobre el terreno polvoriento a tal velocidad que parecían manchones borrosos. Los espectadores empezaron a disparar y la atmósfera se llenó de nubecillas de humo gris y vibró con el crujir de las detonaciones. Yomonul apuntó y disparó. Un coro de gritos rodeó a Gurgeh. Las armas callaron, pero aun así Gurgeh sintió cómo sus orejas se tensaban reduciendo las dimensiones del pabellón para amortiguar el estrépito. Disparó. El retroceso le pilló desprevenido y su proyectil debió pasar bastante por encima de la cabeza del animal.

Bajó los ojos hacia el embudo. El animal estaba gritando. Intentó saltar la valla

del extremo más alejado, pero una granizada de proyectiles le hizo caer. El troshae logró avanzar unos metros más arrastrando tres patas y dejando un rastro de sangre detrás suyo. Gurgeh oyó otra detonación ahogada junto a él y la cabeza del carnívoro se desvió repentinamente a un lado. La gran bestia se derrumbó hecha un fardo. Los vítores hicieron vibrar el aire. Una puerta se abrió en la empalizada de troncos para dejar salir a unos cuantos machos que se apresuraron a retirar el cadáver. Yomonul se había puesto en pie y se inclinaba en todas direcciones agradeciendo los gritos y aplausos que elogiaban su puntería. El siguiente animal salió del bosque y empezó a correr por entre los muros de madera, y el mariscal se apresuró a sentarse con un estridente zumbido de los motores de su exoesqueleto.

El cuarto troshae fue seguido por un grupo de animales y la confusión permitió que uno de ellos lograra encaramarse sobre los troncos de la empalizada y cayera al otro lado. El animal empezó a perseguir a algunos de los machos que esperaban junto a los troncos. Un guardia situado al pie de la plataforma lo derribó con un solo disparo de su láser.

Hacia media mañana el centro del embudo estaba ocupado por un montón de cadáveres de troshaes y había un cierto peligro de que algunos animales pudieran trepar sobre los cuerpos de sus predecesores, por lo que se interrumpió la cacería el tiempo suficiente para que un grupo de machos se llevara los despojos ensangrentados y aún calientes usando ganchos, cadenas y un par de tractores. Alguien situado a la izquierda del Emperador disparó contra uno de los machos mientras estaban trabajando. Hubo algunos silbidos, y también algunos vítores proferidos por quienes ya estaban borrachos. El Emperador castigó al que había disparado imponiéndole una multa y dijo que quien le imitara se encontraría corriendo junto a los troshaes. Todo el mundo se rió.

–Gurgeh, veo que no está disparando –dijo Yomonul.

El mariscal estaba convencido de haber acabado con otros tres animales. Gurgeh empezaba a encontrar la cacería un poco estúpida, y casi había dejado de disparar. Supuso que no importaría mucho, ya que de todas formas ninguno de sus disparos anteriores había dado en el blanco.

–Parece que no soy muy bueno en esto –dijo.

–¡Necesita práctica!

Yomonul rió y le dio una palmada en la espalda. El servomecanismo amplificó la potencia del golpe dado por el sonriente Mariscal Espacial y casi dejó sin aliento a Gurgeh.

Yomonul alzó la mano para indicar que su disparo había vuelto a dar en el blanco. Lanzó un grito de júbilo y le dio una patada a Flere-Imsaho.

–¡Ve a por él!–rió.

La unidad se alzó lentamente del suelo con la máxima dignidad de que fue capaz.

–Jernau Gurgeh –dijo–, no pienso seguir aguantando esto por más tiempo. Vuelvo al castillo. ¿Te importa?

–En absoluto.

–Gracias. Que disfrutes con tus habilidades cinegéticas y tu soberbia puntería.

La unidad bajó un poco, se desplazó hacia un lado y no tardó en desaparecer detrás de los graderíos. Yomonul la tuvo en su punto de mira durante la mayor parte del trayecto.

–¿Por qué ha dejado que se fuera? –preguntó riendo.

–Estoy mejor sin ella –replicó Gurgeh.

Hicieron una pausa para almorzar. Nicosar felicitó a Yomonul por su magnífica demostración de puntería. Gurgeh pasó el almuerzo sentado junto al mariscal y cuando el palanquín de Nicosar fue llevado hasta su extremo de la mesa puso una rodilla en tierra. Yomonul replicó diciendo que el exoesqueleto le ayudaba a apuntar con más precisión. Nicosar dijo que era deseo del Emperador que el mariscal quedara liberado del artefacto después de la clausura oficial de los juegos. Nicosar lanzó una mirada de soslayo a Gurgeh, pero no dijo nada más. El palanquín anti-gravitatorio se alzó por sí solo y los guardias imperiales lo empujaron suavemente para que siguiera avanzando a lo largo de la hilera de invitados a la cacería.

Después del almuerzo todos volvieron a sus asientos para seguir con la cacería. Había otros animales que cazar y la primera parte de la corta tarde transcurrió rápidamente disparando contra ellos, pero los troshaes volvieron a aparecer pasado un rato. Hasta el momento sólo siete de los más de doscientos troshaes liberados de los recintos del bosque habían logrado recorrer todo el trayecto del embudo de madera llegando hasta el otro extremo para escapar entre los árboles, e incluso los que consiguieron huir estaban heridos y acabarían siendo atrapados por la Incandescencia.

Toda la extensión de tierra apisonada del tramo de embudo situado delante de los grádenos había quedado ennegrecida por la sangre de los troshaes. Gurgeh disparaba cada vez que los animales pasaban galopando por aquel tramo del recorrido empapado en sangre, pero alzaba el rifle lo suficiente para fallar el tiro e intentaba cerciorarse de que cada disparo suyo creaba un pequeño surtidor de polvo que brotaba delante de algún hocico mientras los troshaes heridos pasaban velozmente ante él jadeando y aullando. Descubrió que la cacería le resultaba más bien desagradable, pero no podía negar que la contagiosa excitación de los azadianos estaba empezando a tener cierto efecto sobre él. En cuanto a Yomonul, no cabía duda de que se lo estaba pasando en grande. Una hembra gigantesca emergió del bosque con sus dos crías corriendo junto a ella y el ápice se inclinó sobre la culata de su rifle.

–Tiene que practicar más, Gurgue –dijo–. ¿O es que la caza no figura entre sus deportes?

La hembra y sus cachorros corrieron hacia el embudo de madera.

–No nos gusta demasiado –admitió Gurgeh.

Yomonul lanzó un gruñido, apuntó y disparó. Uno de los cachorros cayó al suelo. La hembra se detuvo, giró sobre sí misma y fue hacia él. El otro cachorro siguió corriendo durante unos metros y lanzó un maullido ahogado al sentir el impacto de las balas.

Yomonul recargó su arma.

–Me ha sorprendido verle aquí –dijo.

La hembra acababa de recibir una bala en una de las patas traseras. Gurgeh vio cómo se apartaba del cachorro muerto lanzando un gruñido y reemprendía la carrera animando al cachorro herido con rugidos entrecortados.

–Quería demostrarles que estas cosas no me impresionan –dijo Gurgeh. Vio como el segundo cachorro alzaba la cabeza de pronto y se desplomaba a los pies de su madre–. Y he cazado...

Iba a usar la palabra «Azad», que significaba tanto máquina como animal, cualquier organismo o sistema, y se volvió hacia Yomonul sonriendo levemente para decírselo, pero cuando sus ojos se posaron en el ápice se dio cuenta de que algo iba mal.

Yomonul estaba temblando. Permaneció inmóvil durante unos momentos apretando el arma con las manos y giró sobre su asiento hasta quedar de cara a Gurgeh. El rostro del mariscal se convulsionaba espasmódicamente dentro de su jaula metálica, tenía la piel blanca y cubierta de sudor y los ojos casi se le salían de las órbitas.

Gurgeh extendió el brazo y puso la mano sobre una de las varillas que rodeaban el antebrazo del Mariscal Estelar en un gesto instintivo cuya finalidad era ofrecerle algún punto de apoyo.

Fue como si algo se rompiera dentro del ápice. El arma de Yomonul trazó un arco tan violento que se desprendió del trípode que la sostenía. El grueso silenciador apuntó directamente a la frente de Gurgeh. Gurgeh tuvo una impresión tan fugaz como vivida del rostro de Yomonul. La mandíbula estaba muy tensa, la sangre goteaba por su mentón, los ojos no parecían capaces de ver nada y un tic hacía temblar salvajemente todo un lado de su cara. Gurgeh se agachó. El arma se disparó lanzando el proyectil por encima de su cabeza. Gurgeh cayó de su asiento y rodó sobre sí mismo dejando atrás el trípode de su arma mientras oía un grito de dolor.

Recibió una patada en la espalda antes de que pudiera levantarse. Giró sobre sí mismo para ver a Yomonul alzándose sobre él oscilando locamente a un lado y a otro contra el telón de fondo creado por los rostros pálidos y confusos que tenía detrás. El mariscal estaba luchando con el pasador del arma e intentaba recargarla. Uno de sus pies volvió a salir disparado hacia adelante y chocó con las costillas de Gurgeh, quien se echó hacia atrás intentando absorber el golpe y cayó de la plataforma.

Vio tablones de madera y arbustos cenicientos que giraban a toda velocidad, y un instante después su cuerpo chocó con uno de los machos encargados de llevarse los animales muertos. Los dos cayeron al suelo y el impacto les dejó sin aliento. Gurgeh alzó los ojos y vio a Yomonul de pie sobre la plataforma levantando el rifle y apuntándole con él. Los rayos de sol hacían brillar el metal grisáceo del exoesqueleto. Dos ápices aparecieron detrás de Yomonul y extendieron los brazos para inmovilizarle. Yomonul hizo girar los brazos sin ni tan siquiera mirar hacia atrás. Una mano se estrelló contra el pecho de un ápice y el rifle se incrustó en el rostro del otro. Los dos se derrumbaron. Los brazos envueltos en varillas de acero se movieron increíblemente deprisa volviendo a su posición original y Yomonul alzó una vez más el arma para apuntar a Gurgeh.

Gurgeh ya estaba en pie y saltando hacia adelante para esquivar el proyectil. El disparo dio en el aún aturdido macho que había estado yaciendo debajo de él. Gurgeh corrió tambaleándose hacia las puertas de madera que daban acceso a la zona situada debajo de los grádenos. Yomonul bajó de un salto y aterrizó entre Gurgeh y las puertas. Los espectadores no paraban de gritar. El Mariscal Estelar recargó su arma un segundo antes de que sus pies tocaran el suelo, y su exoesqueleto absorbió sin ninguna dificultad la sacudida del impacto. Gurgeh giró sobre sí mismo tan deprisa que estuvo a punto de caer y sintió como las plantas de sus pies patinaban sobre la tierra empapada de sangre.

Echó a correr hacia el espacio que había entre la empalizada de troncos y el final de los graderíos. Un guardia uniformado que llevaba un arma de radiación se interpuso en su camino y alzó los ojos hacia la plataforma como si no supiera qué hacer. Gurgeh siguió corriendo hacia él y se agachó. El guardia extendió una mano y se dispuso a sacar el láser de la funda que colgaba de su hombro. Gurgeh aún se encontraba a un par de metros de él. Una expresión de sorpresa casi cómica se apoderó de su rostro de rasgos achatados, y un instante después Gurgeh vio como todo un lado de su pecho desaparecía en una explosión de sangre, tela y carne. El impacto del proyectil hizo que girara sobre sí mismo y le colocó en el camino de Gurgeh. El guardia cayó al suelo arrastrándole consigo.

Gurgeh volvió a rodar sobre sí mismo, logró pasar sobre el cadáver del guardia y quedó medio sentado. Yomonul estaba a diez metros de distancia y corría torpemente hacia él mientras recargaba su arma. El láser del guardia estaba junto a los pies de Gurgeh. Alargó la mano, lo cogió, alzó el cañón del arma hacia Yomonul y disparó.

El Mariscal Estelar se había agachado, pero Gurgeh llevaba toda una mañana disparando el rifle de proyectiles y se había acostumbrado a tomar en consideración el potente retroceso del arma. El haz del láser dio en el rostro de Yomonul y la cabeza del ápice quedó hecha añicos.

Yomonul no sólo no se detuvo, sino que ni tan siquiera redujo la velocidad. La

silueta siguió corriendo incluso más rápido que antes. El cuello lanzaba chorros de sangre que se esparcían sobre la jaula ahora casi vacía que había contenido la cabeza, y las tiras de carne y los fragmentos de hueso visibles entre los barrotes metálicos ondulaban como si fuesen un horrendo conjunto de estandartes. El exoesqueleto se lanzó sobre él moviéndose mucho más deprisa y con menos vacilaciones que antes.

Alzó el rifle y el cañón apuntó a la cabeza de Gurgeh.

Gurgeh había quedado paralizado durante unos segundos. Empezó a levantar el láser y trató de incorporarse, pero ya era demasiado tarde. El exoesqueleto sin cabeza se encontraba a sólo tres metros de distancia. Gurgeh clavó los ojos en la negra boca del silenciador y comprendió que estaba muerto. Pero la grotesca silueta que había sido Yomonul vaciló, el cascarón vacío que había contenido la cabeza se alzó bruscamente hacia el cielo y el rifle tembló en sus manos.

Gurgeh sintió el impacto. «Pero el choque ha venido de atrás –pensó muy sorprendido mientras todo se volvía oscuro–, de atrás, no de delante»..., y la nada cayó sobre él.

Le dolía la espalda. Abrió los ojos. Una máquina marrón zumbaba interponiéndose entre su cabeza y la blancura del techo.

–¿Gurgeh? –preguntó la máquina.

Gurgeh tragó saliva y se lamió los labios.

–¿Qué? –dijo.

No sabía dónde estaba ni cuál era el nombre de aquella unidad. Sólo tenía una idea muy vaga de quién era él.

–Gurgeh, soy yo... Flere-Imsaho. ¿Qué tal te encuentras?

Flear Imsah-ho... Aquel nombre significaba algo.

–Me duele un poco la espalda –dijo.

Tenía la esperanza de estar en un sitio donde nadie pudiera encontrarle. ¿Gurgue? ¿Gurgo? Debía de ser su nombre.

–No me sorprende. Un troshae muy grande te embistió por detrás.

–¿Un qué?

–Olvídalo. Procura dormir.

–... Dormir.

Le pesaban mucho los párpados. La unidad se fue volviendo borrosa y desapareció.

Le dolía la espalda. Abrió los ojos y vio un techo blanco. Miró a su alrededor buscando a Flere-Imsaho. Paredes de madera oscura. Ventana. Flere-Imsaho... Allí estaba. La unidad flotó hacia él.

–Hola, Gurgeh.

–Hola.

–¿Recuerdas quién soy?

–Sigue haciéndome preguntas estúpidas, Flere-Imsaho. ¿Voy a ponerme bien?

–Estás lleno de morados, tienes una costilla rota y una conmoción cerebral no demasiado importante. Tendrías que estar en condiciones de levantarte dentro de uno o dos días.

–Recuerdo haberte oído decir... ¿Un troshae me embistió? ¿Lo he soñado?

–No lo soñaste. Te dije que un troshae te había embestido. ¿Recuerdas algo de lo ocurrido?

–Me caí de los grádenos..., la plataforma –dijo muy despacio intentando pensar en lo que había ocurrido. Yacía en una cama y le dolía la espalda. Se encontraba en su habitación del castillo y las luces estaban encendidas, así que probablemente era de noche. Sus pupilas se dilataron–. ¡Yomonul me dio una patada y me hizo caer de la plataforma! –gritó de repente–. ¿Por qué?

–Ahora ya no importa. Vuelve a dormir.

Gurgeh abrió la boca para seguir hablando, pero en cuanto la unidad se acercó unos cuantos centímetros más a la cama volvió a sentirse muy cansado y cerró los ojos. Sólo un momento, para que descansaran...

Gurgeh estaba de pie junto a la ventana contemplando el patio. El sirviente cogió la bandeja y Gurgeh oyó el tintineo de los vasos.

–Sigue –dijo sin mirar a la unidad.

–El troshae logró trepar por la empalizada cuando todo el mundo sólo tenía ojos para ti y para Yomonul. Se te acercó por detrás y saltó. Chocó contigo y se lanzó contra el exoesqueleto antes de que pudiera hacer nada para impedirlo. Los guardias acabaron con el troshae mientras intentaba despedazar a Yomonul, y cuando le sacaron del exoesqueleto éste ya se había desactivado.

Gurgeh meneó la cabeza muy lentamente.

–Lo único que recuerdo es que me dio una patada y me hizo caer de la plataforma. –Se sentó en una silla junto a la ventana. La luz algo nebulosa de las últimas horas de la tarde hacía que la parte más alejada del patio brillara con un resplandor dorado–. ¿Y dónde estabas tú mientras ocurría todo eso?

–Volví al castillo para ver la cacería en uno de los canales imperiales. Siento haberme marchado, Jernau Gurgeh, pero ese ápice horrible no paraba de darme patadas y todo ese espectáculo obsceno era tan sangriento y repugnante que... Bueno, no tengo palabras para expresarlo.

Gurgeh agitó una mano.

–No importa. Sigo estando vivo. –Se llevó las manos a la cara–. ¿Estás seguro de que fui yo quien disparó contra Yomonul?

–¡Oh, sí! Lo grabaron todo. ¿Quieres ve...?

–No. –Gurgeh alzó una mano sin abrir los ojos–. No, no quiero verlo.

–No vi esa parte en vivo –dijo Flere-Imsaho–. Volví allí en cuanto Yomonul disparó su primer proyectil y mató a la persona que tenías al otro lado. Pero he visto la grabación. Sí, le mataste con el láser del guardia... Pero, naturalmente, lo único que conseguiste con ello fue que quien había asumido el control del exoesqueleto no tuviera que seguir venciendo la resistencia que oponía Yomonul. En cuanto Yomonul murió ese trasto empezó a moverse mucho más deprisa y de una forma menos errática. Yomonul debió hacer todo cuanto estaba en sus manos para detenerlo.

Gurgeh clavó la mirada en el suelo.

–¿Estás seguro de todo lo que me has dicho?

–Absolutamente. –La unidad flotó hacia la pantalla mural–. Oye, ¿por qué no te cercioras viendo...?

–¡No! –gritó Gurgeh.

Se puso en pie y se tambaleó de un lado a otro.

Permaneció en esa postura durante unos momentos y volvió a sentarse.

–No –dijo en un tono de voz bastante más bajo.

–Cuando llegué allí la persona que estaba controlando el exoesqueleto ya se había esfumado. Logré obtener una lectura bastante breve en mis sensores de microondas durante el trayecto del castillo al lugar de la cacería, pero la señal se desvaneció antes de que pudiera localizar su origen. Creo que utilizaron alguna variedad de maser capaz de emitir ondas codificadas. Los guardias imperiales también captaron algo. Cuando te sacamos de allí ya habían empezado a registrar el bosque. Les convencí de que sabía qué estaba haciendo y te traje aquí. Han enviado un par de veces a un médico para que te echara un vistazo, pero eso ha sido todo. Es una suerte que llegara en ese momento, ¿sabes? Podrían haberte llevado a la enfermería para someterte a toda clase de pruebas desagradables... –La unidad parecía algo perpleja–. Por eso tengo la sensación de que no estamos ante una operación secreta montada por alguno de sus departamentos de seguridad. De haberlo sido habrían usado otros métodos mucho más discretos, y si la cosa hubiese salido mal lo habrían tenido todo listo para llevarte lo más deprisa posible a un hospital... No, fue demasiado desorganizado. Estoy seguro de que aquí está ocurriendo algo raro.

Gurgeh se llevó las manos a la espalda y volvió a reseguir cautelosamente los contornos de sus morados.

–Ojalá pudiera recordarlo todo. Me gustaría recordar si quería matar a Yomonul –dijo.

Le dolía el pecho. Se encontraba fatal.

–Teniendo en cuenta que le mataste y que eres un pésimo tirador, supongo que la respuesta es no.

Gurgeh se volvió hacia la máquina.

–Unidad... ¿No tienes nada que hacer?

–No, la verdad es que no. Oh, por cierto... El Emperador desea verte cuando te encuentres bien.

–Iré ahora –dijo Gurgeh, y se fue levantando muy despacio.

–¿Estás seguro? No creo que debas hacerlo. Tienes mal aspecto. Si estuviera en tu lugar me acostaría un rato. Por favor, siéntate. No estás preparado. ¿Y si está enfadado contigo porque mataste a Yomonul? Oh, supongo que será mejor que te acompañe...

Nicosar estaba sentado en un trono no muy grande y desprovisto de adornos situado delante de una larga hilera de ventanales multicolores. Los aposentos imperiales estaban impregnados por aquella luz polícroma. Los inmensos tapices bordados con hilos de oro y plata brillaban como tesoros en una caverna submarina. Los centinelas de rostro impassible montaban guardia junto a las paredes y alrededor

del trono; los cortesanos y funcionarios iban apresuradamente de un lado a otro cargados de papeles y pantallas portátiles. Un funcionario de la Mayordomía Imperial acompañó a Gurgeh hasta el trono dejando a Flere-Imsho al otro extremo de la sala bajo la mirada vigilante de dos guardias.

–Siéntate, te lo ruego. –Nicosar señaló un taburete situado delante de él. Gurgeh se sentó dejando escapar un suspiro de gratitud—. Jernau Gurgeh... –dijo el Emperador. Su tono de voz era tan tranquilo y controlado que apenas parecía brotar de una garganta humana—. Te ofrecemos nuestras más sinceras disculpas por lo que ocurrió ayer. Nos alegra ver que tu recuperación ha sido tan rápida, aunque tenemos entendido que sigues estando algo dolorido. ¿Hay algo que desees?

–Gracias, Alteza... No, nada.

–Nos alegramos. –Nicosar asintió lentamente con la cabeza. Seguía vistiendo totalmente de negro. La sobriedad de su atuendo, su escasa altura y lo corriente de sus rasgos contrastaban con las fabulosas pinceladas de color que se derramaban desde los ventanales y los suntuosos ropajes de los cortesanos—. Naturalmente, sentimos muchísimo haber perdido la persona y los servicios de nuestro Mariscal Estelar Yomonul Lu Rahsp, especialmente en circunstancias tan trágicas, pero comprendemos que no te quedó más elección y que obraste en defensa propia. Es nuestra voluntad que no se emprenda ninguna clase de acción contra ti.

–Gracias, Alteza.

Nicosar alzó una mano.

–En cuanto a la persona que intentó acabar con tu vida, la persona que tomó el control del artefacto en el que estaba aprisionado nuestro mariscal estelar... Su identidad ha sido descubierta y se la ha sometido a interrogatorio. Nos duele profundamente haber descubierto que el líder de la conspiración no es otro que nuestro guía y mentor de toda la vida, el rector del Colegio de Candsev.

–Ham... –empezó a decir Gurgeh, pero se calló.

El rostro de Nicosar era un compendio de todos los matices que puede abarcar el disgusto. El nombre del viejo ápice murió en la garganta de Gurgeh.

–Yo... –dijo.

Nicosar volvió a alzar una mano.

–Es nuestro deseo revelarte que Hamin Li Sirist, rector del Colegio de Candsev, ha sido sentenciado a muerte por el papel que jugó en la conspiración contra ti. Tenemos entendido que éste quizá no haya sido el único intento de acabar con tu vida. Si es así, se investigarán todas las circunstancias relevantes y los culpables serán llevados ante la justicia.

«Ciertas personas de la corte –siguió diciendo Nicosar mientras contemplaba los anillos que adornaban sus manos– han deseado proteger al Emperador mediante... acciones tan imprudentes como equivocadas. El Emperador no necesita ser protegido

de un oponente que toma parte en el juego incluso si dicho adversario utiliza alguna clase de ayuda con la que nos negamos a contar. Nuestros súbditos han tenido que ser engañados en lo tocante a tu papel en esta etapa final de los juegos, pero el engaño se ha llevado a cabo por su bien, no por el nuestro. No necesitamos ser protegidos de verdades desagradables. El Emperador no conoce el miedo, sólo la discreción. Nada nos complacerá más que posponer la partida entre el Emperador-Regente y el hombre llamado Jernau Morat Gurgeh hasta que se sienta en condiciones de jugar.

Gurgeh descubrió que estaba esperando oír más palabras pronunciadas en aquel tono de voz tan lento y suave que casi parecía un canturreo, pero Nicosar siguió inmóvil en su trono, impassible y silencioso.

–Os doy las gracias, Alteza –dijo Gurgeh–, pero preferiría que no hubiese ningún aplazamiento. Ahora ya casi estoy lo bastante bien para jugar, y aún faltan tres días para la fecha en que debe empezar la partida. Estoy seguro de que no será necesario retrasarla más.

Nicosar asintió lentamente.

–Estamos complacidos, pero esperamos que si Jernau Gurgeh desea cambiar de parecer en este asunto antes de que la partida deba empezar no dudará en informar de ello al Departamento Imperial, el cual no tendrá ningún inconveniente en retrasar la fecha de inicio de la última etapa de los juegos hasta que Jernau Gurgeh se encuentre en plena forma y considere que está en condiciones de jugar al Azad dando lo mejor de sí mismo.

–Vuelvo a daros las gracias, Alteza.

–Nos complace que Jernau Gurgeh no sufriera heridas graves y haya podido asistir a esta audiencia –dijo Nicosar.

Hizo una breve inclinación de cabeza a Gurgeh y se volvió hacia el cortesano, que estaba esperando impacientemente a un lado del trono.

Gurgeh se puso en pie, hizo una reverencia y fue alejándose del estrado sin dar la espalda a Nicosar.

–Sólo tenías que dar cuatro pasos hacia atrás antes de darle la espalda –dijo Flere-Imsho–. Por lo demás, lo hiciste estupendamente.

Volvían a estar en las habitaciones de Gurgeh.

–Intentaré recordarlo la próxima vez –dijo Gurgeh.

–Bueno, por lo menos parece que no vas a tener problemas... Estuve fisgando un poco mientras mantenías tu pequeña charla con Nicosar. Los cortesanos suelen estar bastante bien informados, ¿sabes? Parece ser que encontraron a un áspice que intentaba escapar por el bosque después de haber abandonado el maser y los controles del exoesqueleto. Había tirado el arma que le dieron para que se defendiera, lo cual fue una suerte para él porque en realidad era una bomba, no un arma, y consiguieron

capturarle con vida. Le sometieron a tortura, el ápice confesó e implicó a uno de los amigos de Hamin, el cual intentó salvarse confesando; así que empezaron a ocuparse de Hamin y...

–¿Quieres decir que le torturaron?

–Sólo un poquito. Es viejo y tenían que mantenerle con vida para que se enfrentara al castigo que el Emperador decidiese para él, ¿comprendes? El ápice que se encargó de controlar el exoesqueleto y algunos implicados más han sido empalados, el tipo que intentó salvarse confesando está enjaulado en el bosque esperando la llegada de la Incandescencia y Hamin ha sido privado de las drogas antiagáticas que tomaba regularmente. Morirá dentro de cuarenta o cincuenta días.

Gurgeh meneó la cabeza.

–Hamin... Nunca tuve la impresión de que le diera tanto miedo.

–Bueno, no olvides que es muy mayor. A veces los viejos tienen ideas bastante raras.

–¿Crees que ya no corro peligro?

–Sí. El Emperador quiere que sigas con vida para poder aniquilarte en los tableros del Azad. Nadie se *atreverá* a hacerte daño. Puedes concentrarte en el juego. Y, de todas formas, yo cuidaré de ti.

Gurgeh contempló a la máquina que zumbaba suavemente con una cierta incredulidad.

No había detectado ni la más mínima huella de ironía en su voz.

Gurgeh y Nicosar empezaron a jugar la primera de las partidas menores tres días después. La etapa final de los juegos estaba envuelta en una atmósfera muy extraña. El Castillo Klaff había sido invadido por una curiosa sensación de anticlímax. Normalmente la última etapa de los juegos era la culminación de seis años de trabajos y preparativos que abarcaban a todo el Imperio; la apoteosis de todo lo que era y representaba el Azad. Esta vez la continuidad imperial ya había quedado decidida. Nicosar se había asegurado otro Gran Año de gobierno cuando venció a Vechesteder y Jhilno, pero en cuanto concernía al resto del Imperio aún tenía que jugar con Krowo para decidir quién se ceñiría la corona imperial. El que Gurgeh saliera vencedor no cambiaría las cosas, dejando aparte los daños que su victoria pudiese producir en el orgullo imperial. La corte y el Departamento tomarían buena nota de lo ocurrido y se asegurarían de no invitar a ningún otro alienígena decadente pero astuto y lleno de trucos para que tomara parte en los juegos sagrados.

Gurgeh sospechaba que muchas de las personas que seguían en la fortaleza habrían preferido abandonar Ecronedal y volver lo más deprisa posible a Eá, pero la ceremonia de la coronación y la confirmación religiosa eran dos actos de asistencia obligatoria y nadie saldría de Ecronedal hasta que el frente de llamas hubiera pasado

y el Emperador hubiese surgido de entre las cenizas.

Probablemente los únicos que tenían ganas de empezar a jugar fuesen Gurgeh y Nicosar. Incluso los jugadores que asistirían a su enfrentamiento y los analistas habían perdido todo interés en el juego, lo cual era bastante lógico teniendo en cuenta que no podrían hablar sobre él, y se había llegado al extremo de prohibirles que lo comentaran entre ellos. Todas las partidas que Gurgeh había jugado después del momento en que se suponía quedó eliminado eran temas tabú. No existían. El Departamento de Juegos ya había empezado la ardua labor de inventar un enfrentamiento final entre Nicosar y Krowo que se utilizaría como versión oficial del final de los juegos. A juzgar por sus esfuerzos anteriores Gurgeh esperaba que el resultado sería plenamente convincente. Quizá le faltara la chispa indefinible del genio, pero serviría.

Ya no quedaba ningún cabo suelto por atar. El Imperio ya tenía nuevos mariscales estelares (aunque reemplazar a Yomonul exigiría llevar a cabo unas cuantas alteraciones en el escalafón), nuevos generales y almirantes, arzobispos, ministros y jueces. El rumbo del Imperio había sido fijado, y era considerablemente parecido al que habían marcado los últimos juegos. Nicosar seguiría con su política actual; las premisas de los ganadores indicaban muy poco descontento o ideas nuevas. Los cortesanos y funcionarios podían volver a respirar con tranquilidad sabiendo que nada cambiaría demasiado y que sus posiciones y carreras no corrían peligro. En vez de la tensión habitual que envolvía a la última etapa de los juegos la atmósfera era bastante más parecida a la que habría podido esperarse en un torneo de exhibición. Los únicos que se tomaban en serio las partidas futuras eran los dos contrincantes.

Nicosar impresionó a Gurgeh apenas empezó a mover las piezas. La estima y el respeto que sentía hacia él crecían a cada momento que pasaba. Cuanto más estudiaba el estilo del ápice más consciente era de que tenía delante a un adversario temible que dominaba todas las facetas del juego. Vencer a Nicosar exigiría algo más que suerte. Si quería vencerle

Gurgeh necesitaría ser otra persona. En cuanto empezaron a jugar Gurgeh tuvo que concentrarse al máximo no en el objetivo de vencer al Emperador, sino en el de impedir que le aplastara.

Nicosar jugaba con bastante cautela durante casi todo el tiempo y de repente atacaba con una serie de movimientos tan brillante como fluida, que al principio daban la impresión de haber sido hechos por un loco con ciertas dotes para el juego, y que acababan revelándose como las jugadas maestras que eran realmente. Sus movimientos eran respuestas perfectas a las preguntas imposibles que planteaban.

Gurgeh hizo cuanto pudo para prever esas devastadoras fusiones de astucia y fuerza bruta y para dar con alguna réplica a ellas en cuanto se habían producido, pero hacia el final de las partidas menores —unos treinta días antes de la llegada de las

llamas– Nicosar ya había conseguido acumular una considerable ventaja en piezas y cartas que le sería muy útil cuando empezaran a jugar en el primer tablero principal. Gurgeh empezó a sospechar que su única posibilidad de no ser derrotado era resistir lo mejor posible en los dos primeros tableros y albergar la esperanza de que el último le fuese más favorable.

Los arbustos cenicientos alzaban sus copas alrededor del castillo ondulando lentamente junto a las murallas como una marea dorada. Gurgeh estaba sentado en el mismo jardincito que había visitado otras ocasiones. Durante sus visitas anteriores había podido ver el horizonte por encima de los arbustos cenicientos; ahora el paisaje terminaba a sólo veinte metros, la distancia que le separaba de la primera copa cubierta de hojas amarillas. Los últimos rayos de sol proyectaban la sombra del castillo sobre el dosel de follaje. Las luces de la fortaleza se iban encendiendo a espaldas de Gurgeh.

Gurgeh contempló los troncos marrones de aquellos árboles gigantes y meneó la cabeza. Había perdido la partida en el Tablero del Origen y estaba a punto de ser derrotado en el Tablero de la Forma.

Había algo que se le escapaba. Una faceta del estilo de Nicosar se le escurría entre los dedos. Lo sabía, estaba seguro de ello..., pero no lograba entender cuál podía ser esa faceta. Tenía la sospecha de que era algo muy simple, por muy compleja que pudiese llegar a ser su articulación y puesta en práctica sobre los tableros. Tendría que haberla localizado, analizado y evaluado hacía ya mucho tiempo dándole la vuelta para usarla en beneficio propio, pero había algo que se lo impedía, y Gurgeh estaba seguro de que ese algo estaba intrínsecamente relacionado con su misma forma de comprender el juego. Un aspecto de su estilo parecía haberse esfumado, y Gurgeh estaba empezando a pensar que el fuerte golpe en la cabeza recibido durante la cacería le había afectado más de lo que creyó al principio.

Pero la nave tampoco parecía tener idea de qué estaba haciendo mal. Los consejos que le daba siempre parecían lógicos y sólidos, pero apenas se enfrentaba al tablero Gurgeh descubría que no podía aplicar sus ideas. Si iba en contra de sus instintos y se obligaba a seguir las sugerencias transmitidas por la *Factor limitativo* acababa metido en una situación aún más apurada que antes. Cuando estabas en un tablero del Azad no había nada que pudiera causarte más problemas que el aplicar un estilo de juego en el que no creías.

Gurgeh se incorporó lentamente, estiró la espalda –ahora ya casi no le dolía–, y volvió a su habitación. Flere-Imsaho estaba flotando delante de la pantalla observando un diagrama holográfico bastante extraño.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Gurgeh mientras se dejaba caer en un diván.
La unidad giró sobre sí misma.

–He encontrado una forma de anular los sistemas de vigilancia –dijo en marain–. Ahora podemos volver a hablar en marain. ¿No te parece estupendo?

–Supongo que sí –replicó Gurgeh en eáquico.

Cogió una pantalla portátil para enterarse de lo que estaba ocurriendo en el Imperio.

–Bueno, lo mínimo que podrías hacer después de todo lo que me ha costado desactivar los sistemas es utilizar el lenguaje, ¿no crees? No ha sido nada fácil, ¿sabes? No estoy diseñado para este tipo de cosas. Tuve que hurgar en mis archivos sobre electrónica, óptica, campos de escucha y todo eso... Pensé que te complacería.

–Me siento invadido por el éxtasis más absoluto e indecible que te puedas imaginar –dijo Gurgeh articulando cuidadosamente las palabras en marain.

Volvió la mirada hacia la pantallita y ésta empezó a informarle de los nuevos nombramientos, el aplastamiento de una insurrección en un sistema muy lejano, el desarrollo de la partida entre Krowo y Nicosar –la situación de Krowo no era tan mala como la de Gurgeh–, la victoria que las tropas imperiales habían obtenido sobre una raza de monstruos y el aumento de sueldo para los machos que se enrolaran en el Ejército.

–¿Qué es eso? –preguntó lanzando una rápida mirada a la pantalla mural y el extraño toroide que giraba lentamente en ella.

–¿No lo reconoces? –replicó la unidad, modulando la voz para expresar sorpresa–. Creía que lo reconocerías nada más verlo. Es un modelo de la Realidad.

–La... Oh, sí. –Gurgeh asintió y volvió a concentrar su atención en la pantallita. Un grupo de asteroides estaba siendo bombardeado por naves de guerra imperiales para acabar con la insurrección–. Cuatro dimensiones y todo eso, ¿no?

Gurgeh fue pasando rápidamente los subcanales para sintonizar los programas del juego. Algunas partidas de la segunda serie celebrada en Eá aún no habían terminado.

–Bueno, en el caso de la Realidad propiamente dicha hay siete dimensiones relevantes. Una de esas líneas... ¿Me estás escuchando?

–¿Hmmm? Oh, sí.

Todas las partidas de Eá se encontraban en su fase final. Las partidas secundarias de Ecronedal aún estaban siendo analizadas.

–... una de esas líneas de la Realidad representa a la totalidad de nuestro universo. Supongo que te han enseñado todo eso, ¿no?

–Mm.

Gurgeh asintió con la cabeza. La teoría espacial, el hiperespacio, las hiperesferas y todas esas cosas nunca le habían interesado mucho. Esas disquisiciones no parecían tener mucha relación con su vida cotidiana así que... Bueno, ¿para qué devanarse los sesos pensando en ellas? Algunos juegos podían comprenderse mejor aplicando un marco tetradimensional, pero Gurgeh siempre se había concentrado en las reglas

específicas de cada juego y las teorías generales sólo le importaban en cuanto se aplicaban a un juego determinado. Pulsó el botón que haría aparecer otra página en la pantallita..., y se encontró con su propio rostro volviendo a expresar cómo lamentaba haber sido eliminado de los juegos, dando las gracias a todo el mundo por haberle tratado tan bien y deseando el mejor de los futuros posibles al pueblo y el Imperio de Azad. Un comentarista empezó a hablar imponiéndose a su voz y dijo que Gurgeh había sido eliminado en la segunda serie de Ecronedal. Gurgeh sonrió levemente y contempló cómo la realidad oficial de la que había aceptado formar parte iba siendo construida y se convertía en hechos incontrovertibles.

Apartó los ojos de la pantallita para lanzar un rápido vistazo al toroide y recordó algo que le había tenido perplejo hacía ya unos cuantos años.

—¿Cuál es la diferencia entre el hiperespacio y el ultraespacio? —preguntó mirando a la unidad—. La nave me habló del ultraespacio en una ocasión y nunca logré entender qué demonios era eso.

La unidad intentó explicárselo utilizando el holo-modelo de la Realidad para ilustrar sus explicaciones. Éstas fueron un tanto excesivas y abstrusas, como siempre, pero Gurgeh logró hacerse una cierta idea de lo que era el ultraespacio.

Flere-Imsaho le dio la noche parloteando continuamente en marain sobre una interminable serie de temas aparentemente inconexos. Al principio Gurgeh pensó que el lenguaje era innecesariamente complicado, pero no tardó en descubrir que le gustaba oírlo e incluso hablarlo, aunque la vocecita estridente de la unidad resultaba bastante desagradable. Flere-Imsaho sólo se calló cuando Gurgeh se puso en comunicación con la nave para llevar a cabo su análisis de la partida. Hablar en marain no impidió que fuera tan negativo y deprimente como de costumbre.

Disfrutó de su mejor noche de sueño desde el día de la cacería y, sin que hubiera ninguna razón aparente para ello, despertó con la vaga sensación de que aún tenía una posibilidad de invertir el rumbo de la partida.

Gurgeh necesitó casi toda la mañana para comprender el objetivo que se había fijado Nicosar, y cuando lo hubo conseguido la desmesurada ambición de esa meta hizo que contuviera el aliento.

El Emperador no se conformaba con aniquilar a Gurgeh, sino que quería vencer a toda la Cultura. No había ninguna otra descripción posible de la forma en que usaba las piezas, el territorio y las cartas. Nicosar había modelado su juego para que reflejara el Imperio y la totalidad del Azad.

Y después llegó otra revelación cuyo impacto sobre Gurgeh fue casi tan grande como el de la primera, una interpretación —quizá la mejor— de la forma en que había jugado hasta entonces. Su estilo de juego representaba a la Cultura. Cuando construía sus posiciones y desplegaba sus piezas Gurgeh solía crear algo parecido a la sociedad

en que había nacido. La red o parrilla de fuerzas y relaciones que materializaba no contenía jerarquías obvias o liderazgos implícitos, y al principio su comportamiento siempre era pacífico.

En todas las partidas que había jugado los ataques iniciales llegaban del otro bando. Gurgeh solía pensar en el período anterior a los enfrentamientos decisivos como una etapa de preparativos para la batalla, pero aquella mañana se dio cuenta de que si hubiera estado solo en el tablero habría hecho más o menos lo mismo. Se habría ido extendiendo lentamente por los distintos territorios, consolidando su posición de una forma tranquila y gradual que no le exigiera demasiados esfuerzos o sacrificios..., y, naturalmente, eso no había ocurrido jamás. Siempre era atacado, y cuando se veía obligado a luchar desarrollaba ese conflicto con la misma diligencia que antes había empleado para desarrollar la disposición y el potencial de las piezas no amenazadas y el territorio que nadie le disputaba.

Todos los jugadores a los que se había enfrentado hasta el momento intentaron adaptarse en sus propios términos a ese estilo sin precedentes sin ni tan siquiera darse cuenta de lo que estaban haciendo, y ninguno de ellos lo había conseguido. Nicosar no estaba intentando adaptarse. El Emperador estaba utilizando el sistema diametralmente opuesto, y había convertido el tablero en su Imperio, incluyendo con la máxima exactitud posible todos los detalles estructurales permitidos por los límites de la definición que imponía el juego.

Gurgeh estaba asombrado. La brusca comprensión de lo que había ocurrido fue encendiéndose en su interior como un amanecer que aumenta de intensidad hasta convertirse en nova, como un hilillo de datos cuyo caudal se va incrementando hasta convertirse en arroyo, río, marea y *tsunami*. Su siguiente tanda de movimientos fue casi automática. Eran movimientos de reacción, no partes bien meditadas de su estrategia por muy limitada e inadecuada a la situación actual que ésta hubiera demostrado ser. Tenía la boca seca y le temblaban las manos.

Naturalmente. Esto era lo que se le había estado escapando, ésta era la faceta oculta tan clara, evidente y colocada ante los ojos de todo el mundo que resultaba perfectamente invisible. Era tan obvia que no podía ser comprendida ni expresada con palabras. Era tan sencilla, tan elegante, tan pasmosamente ambiciosa y al mismo tiempo tan fundamentalmente práctica, y encajaba tan bien con lo que Nicosar creía era el núcleo y el alma del juego...

Si esto era lo que había planeado desde el comienzo de los juegos, no le extrañaba que tuviera tantas ganas de enfrentarse al hombre de la Cultura.

Incluso los detalles sobre la Cultura y su tamaño y poderío reales que sólo eran conocidos por Nicosar y un puñado de personas más en todo el Imperio estaban allí, incluidos y expuestos en el tablero pero, probablemente, indescifrables para quienes no participaban en el secreto. El estilo con que Nicosar había concebido su tablero-

Imperio era el del objeto completo mostrado en su totalidad, y las hipótesis sobre las fuerzas de su adversario quedaban expresadas en términos de fracciones de algo más grande.

Y, aparte de eso, el Emperador trataba a sus piezas y a las de su oponente con una implacable falta de escrúpulos que Gurgeh pensó resultaba curiosamente parecida a una burlona provocación. Su manejo de las piezas era otra táctica concebida para ponerle nervioso. El Emperador enviaba piezas a su destrucción con una especie de salvajismo despreocupado allí donde Gurgeh se habría replegado o contenido intentando hacer preparativos y consolidar sus posiciones para mejorarlas después. Nicosar sembraba la destrucción y el caos allí donde Gurgeh habría aceptado el rendirse y la conversión.

Había ciertos aspectos en los que apenas existían diferencias –ningún jugador de categoría era capaz de desperdiciar piezas o enviarlas a la muerte por el puro placer de ver cómo eran aniquiladas–, pero la implicación de que la brutalidad podía ser un método de juego perfectamente lícito estaba allí, como si fuera un sabor, una pestilencia o una niebla silenciosa suspendida sobre el tablero.

Gurgeh comprendió que su reacción había sido justamente la que Nicosar esperaba ver. Había intentado salvar piezas, hacer movimientos razonables, meditados y conservadores y, en cierto sentido, incluso había intentado ignorar la forma en que Nicosar empujaba despiadadamente sus piezas al matadero mientras iba arrancando fragmentos del territorio de su oponente como si fueran otras tantas tiras de carne ensangrentada. Gurgeh había estado intentando desesperadamente no usar el estilo de juego del Emperador. Nicosar estaba jugando una partida tosca, dura, dictatorial y no demasiado elegante, y había supuesto que una parte del hombre de la Cultura no querría tomar parte en ella. El desarrollo de la partida había demostrado que estaba en lo cierto.

Gurgeh empezó a examinar la situación y fue evaluando las posibilidades que le ofrecía mientras hacía unos cuantos movimientos de bloqueo no muy bien conectados entre sí para darse tiempo a pensar. El objetivo del juego era ganar, y Gurgeh lo había olvidado. No había nada más que importara; y tampoco había nada que dependiese del desenlace de la partida. La partida era irrelevante, por lo que se la podía modelar para que tuviera cualquier significado y la única barrera que debía salvar era la creada por sus propios sentimientos y emociones.

Tenía que replicar. Pero... ¿Cómo? ¿Convertirse en la Cultura? ¿Ser otro Imperio?

Ya estaba interpretando el papel de la Cultura, y los resultados eran realmente pésimos... ¿Y quién puede ser más imperialista que un Emperador?

Gurgeh siguió inmóvil junto al tablero, vestido con aquellas ropas que aún encontraba levemente ridículas y siendo vagamente consciente de cuanto le rodeaba. Intentó apartar sus pensamientos del juego durante unos momentos y contempló las

inmensas nervaduras de piedra que recorrían la sala de proa del castillo, los enormes ventanales abiertos de par en par y el dosel amarillo de los arbustos cenicientos que había fuera; volvió la cabeza hacia las hileras de asientos medio vacías y recorrió con los ojos los grupos de guardias imperiales y funcionarios adjudicadores, las curvas negras que hacían pensar en cuernos del equipo electrónico de vigilancia e interferencia colocado sobre su cabeza y la amplia gama de ropas y adornos de la multitud que llenaba la gran estancia. Empezó a traducir todo eso en los pensamientos del juego; e intentó verlo como a través de la pantalla creada por una droga potentísima que distorsionara cuanto tenía delante de los ojos convirtiéndolo en analogías deformadas que encajaran con la presa en que había atrapado a su mente.

Pensó en espejos y en campos reversores, que daban una impresión perceptiblemente más real, aunque técnicamente fuesen mucho más artificiales. Sí, eso era. La escritura para ser leída en el espejo... La escritura invertida era la escritura corriente. Vio el toroide que representaba la Realidad irreal de Flere-Imsaho, se acordó de Chamlis Amalk-Ney y de cómo le había advertido sobre los peligros de la insidia y la falsedad; las cosas que no significaban nada y que tenían algún significado; las vibraciones y armonías de su pensamiento.

Click. Apagado/encendido. Como si fuera una máquina. Desplómate por el borde de la curva que indica los contornos de la catástrofe y no te preocupes por nada. Lo olvidó todo e hizo el primer movimiento que se le pasó por la cabeza.

Contempló el movimiento que acababa de hacer. No tenía nada que ver con ninguno de los que podría haber hecho Nicosar.

Era un movimiento arquetípico de la Cultura. Sintió un vacío en el estómago. Había albergado la débil esperanza de que vería algo distinto, algo mejor.

Volvió a mirar. Bueno, sí... Era un movimiento de la Cultura, pero al menos era un movimiento de ataque. Si seguía la dirección que indicaba tendría que prescindir de toda la estrategia cautelosa y conservadora por la que se había guiado hasta el momento, pero si deseaba tener aunque sólo fuese una pequeña posibilidad de no ser aplastado por Nicosar era lo único que podía hacer. Debía fingir que había mucho en juego, debía fingir que estaba luchando por toda la Cultura; tenía que luchar a muerte con la victoria como único objetivo ocurriera lo que ocurriese...

Por fin había encontrado una forma de jugar. Ya era algo.

Sabía que iba a perder, pero la partida ya no sería un paseo triunfal para Nicosar.

Fue remodelando gradualmente su plan de juego para reflejar la ética de aquella nueva Cultura militante, abandonando zonas enteras del tablero en las que el cambio no podía llevarse a cabo, retrocediendo, reagrupándose y reestructurando sus fuerzas allí donde era posible hacerlo; sacrificándolas donde no había más remedio y dejando detrás de él un desierto de caos y desolación allí donde era preciso. No intentó imitar la tosca pero devastadora mezcla de ataque-huida y regreso-invasión que empleaba

Nicosar, pero fue modelando sus posiciones y sus piezas a imagen y semejanza de un poder que acabaría siendo capaz de enfrentarse a esos golpes terribles. No ahora, sino más tarde. Cuando estuviera preparado...

Y por fin empezó a conseguir algunos puntos. La partida seguía estando perdida, pero aún quedaba el Tablero del Cambio y una vez allí al menos estaría en condiciones de plantar cara a Nicosar en una situación de relativa igualdad.

Hubo un par de momentos en que estuvo lo bastante cerca del ápice para captar las expresiones de su rostro y lo que vio en él le convenció de que había tomado la decisión correcta, aunque se tratara de una decisión que el Emperador ya sospechaba. La expresión del ápice y su forma de manipular el tablero cambiaron para dar cabida a un nuevo elemento. Los movimientos con que Nicosar replicó a su cambio de estrategia indicaban que comprendía lo que estaba haciendo, e incluso mostraban un cierto respeto y la admisión de que el combate por fin había entrado en una fase más igualada.

Gurgeh tuvo la sensación de haberse convertido en un cable recorrido por alguna energía terrible. Era una nube colosal suspendida sobre el tablero que se preparaba para barrerlo con sus rayos, una ola inmensa que corría por el océano dirigiéndose hacia la costa dormida, un palpitar de energía y materia fundida que emergía del corazón de un planeta..., un dios con el poder de crear y destruir lo que quisiera.

Había perdido el control de sus glándulas productoras de drogas. La mezcla de sustancias químicas que circulaba por sus venas y arterias había tomado el control y tenía la sensación de que su cerebro había quedado saturado por una sola idea tan obsesiva y poderosa como los delirios de la fiebre. Ganar, dominar, controlar... Las emociones eran un conjunto de ángulos que definían un deseo, la decisión absoluta a la que nada podía oponerse.

Las pausas en el juego y las horas que pasaba durmiendo carecían de importancia y habían quedado reducidos a meros intervalos en la vida real del tablero y el juego. Gurgeh seguía funcionando de una forma más o menos normal, hablaba con la unidad, con la nave o con otras personas, comía, dormía e iba de un lado a otro..., pero todo aquello no era nada. Era irrelevante y no tenía ninguna importancia. Todo lo que se encontrara fuera del juego era un mero decorado, un telón de fondo levantado para acogerlo.

Observó a las fuerzas rivales que se movían como las mareas sobre la inmensa superficie del tablero y comprendió que hablaban un lenguaje extraño y entonaban una canción extraña que era tanto un conjunto de armónicos perfectos como una encarnizada batalla por controlar la escritura de los temas. Lo que veía delante de él era muy parecido a un organismo colosal. Las piezas daban la impresión de moverse obedeciendo los dictados de una voluntad que no era la suya ni la del Emperador, sino una fuerza emanada del mismísimo juego, la expresión definitiva e insuperable

de su esencia.

Gurgeh vio todo aquello y fue consciente de que Nicosar también lo «veía; pero dudaba de que alguien más se hubiese percatado de ello. Eran como una pareja de enamorados dentro de una habitación convertida en un nido inmenso, encerrados a solas ante los ojos de centenares de personas que les observaban pero que no podían descifrar aquello que estaban presenciando, y que jamás podrían tener ni la más mínima idea de lo que ocurría entre ellos.

La partida en el Tablero de la Forma llegó a su fin. Gurgeh perdió, pero había logrado mejorar considerablemente su posición y la ventaja con que Nicosar empezaría a jugar en el Tablero del Cambio estaba muy lejos de ser decisiva.

Los dos oponentes se separaron en cuanto el acto hubo terminado. El final del drama aún tenía que iniciarse. Gurgeh abandonó el salón de proa exhausto, aturdido e increíblemente feliz, y durmió dos días seguidos. La unidad le despertó.

–¿Gurgeh? ¿Estás despierto? ¿Piensas explicarte de una vez o no?

–¿De qué estás hablando?

–De ti y del juego. ¿Qué está pasando? Ni tan siquiera la nave ha conseguido comprender lo que ocurría en ese tablero.

La unidad estaba flotando sobre su rostro, una masa marrón y gris que emitía un leve zumbido. Gurgeh se frotó los ojos y parpadeó. Había amanecido hacía poco y faltaban diez días para la llegada de las llamas. Tenía la sensación de haber despertado de un sueño mucho más vivido y real que la realidad.

Bostezó y se irguió en la cama.

–Así que según tú debería explicarme, ¿eh? ¿Crees que el dolor resulta doloroso? ¿Crees que una supernova es brillante?

Gurgeh se estiró y sonrió.

–Nicosar se lo está tomando de una forma impersonal –dijo.

Saltó de la cama, fue hacia la ventana y salió al balcón. Flere-Imsaho emitió un ruidito de desaprobación y se apresuró a taparle con un albornoz.

–Oye, si vas a seguir hablando en acertijos...

–¿Qué acertijos? –Gurgeh tragó una honda bocanada del fresco aire de la mañana mientras flexionaba los brazos y los hombros–. Unidad, ¿no te parece que este viejo castillo es realmente soberbio? –preguntó apoyándose en la barandilla de piedra y volviendo a tragar aire–. Esta gente sí sabe cómo construir castillos, ¿eh?

–Supongo que sí, pero Klaff no fue construido por el Imperio. Se lo arrebataron a otra especie humanoide que tenía la costumbre de celebrar una ceremonia similar a la que celebra el Imperio cuando corona a su Emperador. Pero no intentes cambiar de tema. Te he hecho una pregunta. ¿En qué consiste ese estilo de juego? Durante los últimos días te has mostrado muy vago al respecto y te has comportado de una forma

bastante extraña. Me di cuenta de que te estabas concentrando al máximo y decidí dejarte en paz, pero tanto a mí como a la nave nos gustaría mucho saber qué está ocurriendo.

–Nicosar ha adoptado el papel del Imperio, y eso condiciona su estilo de juego. No me ha quedado otra elección que convertirme en la Cultura, y por eso estoy jugando como lo hago. Es así de sencillo.

–No lo parece.

–Pero lo es. Piensa en ello como si fuese una especie de violación mutua y lo entenderás mejor.

–Jernau Gurgeh, creo que deberías expresarte con más claridad.

–Estoy... –empezó a decir Gurgeh, se calló e intentó calmarse un poco. La exasperación que sentía hizo que su frente se llenara de arrugas—. ¡No puedo expresarme más claramente, idiota! Y ahora, ¿por qué no haces algo útil y pides el desayuno!

–Sí, amo –dijo Flere-Imsaho con voz malhumorada.

La unidad desapareció dentro de la habitación. Gurgeh alzó los ojos y contempló el vacío azul del tablero celeste. Su mente ya estaba empezando a hacer planes para la partida en el Tablero del Cambio.

Durante los días que separaron la segunda partida de la tercera y última Flere-Imsaho no dejó de observar al hombre y fue viendo como su comportamiento se volvía cada vez más distraído y ausente. Apenas parecía oír nada de cuanto se le decía, y había que recordarle que necesitaba comer y dormir. En dos ocasiones le encontró sentado con los ojos clavados en la nada y el rostro contorsionado por una mueca de dolor, y la causa del dolor... Bueno, parecía increíble. La unidad llevó a cabo un examen a distancia mediante ultrasonidos y descubrió que la vejiga del hombre estaba tan llena que le faltaba poco para reventar. ¡Necesitaba que le recordaran que debía orinar! El hombre pasaba todas las horas del día con los ojos clavados en el vacío o estudiando febrilmente viejas partidas, y aunque cuando despertaba de sus cada vez más largos períodos de sueño permitía que su organismo estuviera libre de drogas durante unos minutos, las glándulas no tardaban en activarse..., y, aparentemente, no dejaban de funcionar. La unidad utilizó su Efector para captar las ondas cerebrales del hombre y descubrió que el sueño no era tal, sino una especie de ensueño lúcido y controlado. Estaba claro que sus glándulas productoras de drogas funcionaban a toda marcha prácticamente las veinticuatro horas del día, y las señales del uso intensivo de las drogas no tardaron en ser más visibles en el cuerpo de Gurgeh que en el de su oponente, cosa que nunca había ocurrido antes.

¿Cómo podía jugar en un estado semejante? Si hubiera tenido la autoridad

suficiente para tomar esa decisión Flere-Imsaho le habría impedido seguir jugando. Pero la unidad había recibido sus órdenes, y debía cumplirlas. Tenía un papel que interpretar, lo había interpretado y ahora lo único que podía hacer era esperar y ver qué ocurría.

El público que asistió al comienzo de la partida en el Tablero del Origen era bastante más numeroso que el que había presenciado las dos partidas anteriores. Los otros jugadores seguían intentando comprender qué estaba ocurriendo en aquella partida tan complicada como indescifrable, y querían ver lo que sucedería en el último tablero. El Emperador tenía una ventaja considerable, pero todo el mundo sabía que ése era el tablero donde el alienígena había jugado mejor.

Gurgeh volvió a sumergirse en el juego como si fuese un anfibio que se lanza a sus aguas favoritas. Durante los primeros movimientos se conformó con saborear la deliciosa sensación de volver a estar en su elemento preferido y la pura alegría del enfrentamiento, deleitándose con el mero acto de poner a prueba sus capacidades y recursos y la maravillosa tensión de preparar las piezas y las zonas. Después concentró toda su atención en algo mucho más serio: la caza y la construcción, la creación, el establecer conexiones, el destruir y el desgarrar..., la búsqueda y la destrucción del enemigo.

El tablero volvió a albergar la totalidad de la Cultura y el Imperio. El decorado fue una creación conjunta; un soberbio y letal campo de batalla esculpido con los materiales proporcionados por las creencias de Nicosar y Gurgeh. El tablero era una obra de arte insuperablemente delicada y hermosa, la más perfecta encarnación imaginable de la vida y el espíritu de un depredador. Era una imagen surgida de sus mentes; un holograma hecho de pura coherencia que ardía como una ola de fuego inmovilizada sobre el tablero, un mapa impecable de los paisajes del pensamiento y la fe que había dentro de sus cabezas.

Gurgeh dio comienzo al lento movimiento que traería la derrota y la victoria unidas sin ni tan siquiera darse cuenta de lo que hacía. Los tableros del Azad jamás habían visto nada tan sutil, complejo y hermoso. Gurgeh creía que así era. No tardó en estar seguro de ello, y supo que acabaría convirtiendo aquel movimiento en una verdad irrefutable.

Y la partida siguió.

Descansos, días, noches, conversaciones, comidas... Todo aquello aparecía y se esfumaba en otra dimensión, todo era un objeto de un solo color, una imagen plana y granulosa. Gurgeh estaba en otro lugar. Otra dimensión, otra imagen... Su cráneo era un espacio vacío que albergaba otro tablero, y su yo exterior había quedado reducido a una pieza más que debía ser desplazada de un lugar a otro.

No hablaba con Nicosar, pero los dos conversaban y llevaban a cabo el

intercambio de emociones y sentimientos de la textura más delicada imaginable a través de aquellas piezas que movían y que les movían a ellos. Era como una canción, una danza o un poema perfecto. El salón estaba abarrotado cada día y los espectadores contemplaban fascinados aquella creación fabulosamente compleja e incomprensible que iba tomando forma ante ellos. Todos intentaban leer aquel poema, ver lo que se ocultaba en las profundidades de aquella imagen en continuo movimiento, escuchar las notas de la sinfonía, acariciar la escultura viviente..., y, gracias a ello, comprenderla.

«Sigue y sigue hasta que termina», pensó Gurgeh de repente. La banalidad de aquel pensamiento le sorprendió y, al mismo tiempo, se dio cuenta de que todo había terminado. El clímax estaba delante de sus ojos. La creación y la destrucción de la obra de arte se habían unido, y ya no se le podía añadir nada. Aún no había terminado, pero... «Es el fin. Se acabó.» Sintió una tristeza terrible que se adueñó de él como si fuese una pieza del juego y le hizo tambalearse con tal violencia que estuvo a punto de caer sobre el tablero. Tuvo que volver a su taburete elevado y se instaló en él moviéndose tan cautelosamente como un anciano.

—Oh... —se oyó decir.

Miró a Nicosar, pero el Emperador aún no se había dado cuenta. Estaba contemplando las cartas de los elementos e intentaba decidir cómo alterar el terreno de la forma más beneficiosa antes de emprender su próximo avance.

Gurgeh no podía creerlo. La partida había terminado. ¿Es que no eran capaces de verlo? Sus ojos recorrieron los rostros de los funcionarios, los espectadores, los observadores y los Adjudicadores con una creciente desesperación. ¿Qué les ocurría? Volvió la cabeza hacia el tablero con la débil esperanza de que se le hubiera pasado por alto algo, de que hubiese cometido algún error y eso significara que Nicosar aún podía hacer algo para salvarse y que la danza perfecta duraría un poquito más. Y no pudo ver nada. El final había llegado y era irrevocable. Alzó los ojos hacia el reloj mural. Faltaba muy poco para que los Adjudicadores indicaran el final de la última sesión de aquella jornada. Ya había anochecido. Intentó recordar qué día era. Las llamas estaban a punto de llegar, ¿no? Quizá esta noche, o mañana... Quizá ya habían llegado. No, incluso él se habría dado cuenta. Los ventanales del salón de proa seguían teniendo los postigos abiertos y permitían contemplar las tinieblas en las que aguardaban los arbustos cenicientos cargados de frutos.

Se acabó se acabó se acabó. Su hermosa partida había terminado. Estaba muerta. Su partida..., la obra de arte que era tanto suya como de Nicosar había terminado. «¡Nicosar, estúpido!» El Emperador había mordido el anzuelo y había caído en la trampa, había echado a correr por entre las empalizadas de troncos para ser hecho pedazos delante de la plataforma entre las tempestades de astillas creadas por los disparos.

Muchos Imperios del pasado habían caído ante los bárbaros, y muchos volverían a caer. Gurgeh lo sabía desde pequeño. Ese tipo de cosas estaban incluidas en el aprendizaje de los hijos de la Cultura. Los bárbaros invaden y son absorbidos. No siempre, claro... Algunos imperios se disuelven y dejan de existir, pero muchos logran absorber a sus invasores. Muchos imperios aceptan en su seno a los bárbaros y acaban venciendo a quienes les han conquistado. Pueden hacerles vivir como las personas a las que querían esclavizar. La arquitectura del sistema los engaña y los canaliza, los seduce y los transforma y exige de ellos todo cuanto no podían dar alterándoles y desarrollándoles poco a poco para que puedan darlo. El imperio sobrevive y los bárbaros sobreviven, pero el imperio ya no existe y los bárbaros... Bueno, los bárbaros han desaparecido.

La Cultura se había convertido en el Imperio y el Imperio había adoptado el papel de los bárbaros. Nicosar parecía estar a punto de alzarse con el triunfo. Sus piezas estaban por todas partes, adaptándose, conquistando, cambiando, preparándose para aniquilar a las piezas del enemigo... Pero el cambio traería consigo su muerte, no la del enemigo. Sus piezas no podían sobrevivir siendo como eran. ¿Acaso no resultaba obvio? Se convertirían en piezas de Gurgeh o en piezas neutrales, y la mano que administraría su renacimiento sería la de Gurgeh. Se acabó...

Empezó a sentir un cosquilleo detrás de la nariz y se reclinó en el respaldo del taburete abrumado por la tristeza mientras esperaba la llegada de las lágrimas.

Y las lágrimas no llegaron. Su cuerpo acababa de darle la reprimenda que se merecía por haber utilizado tan bien los elementos y haber consumido tal cantidad de agua. Ahogaría los ataques de Nicosar. El Emperador jugaba con el fuego, y sería extinguido. No habría lágrimas por él.

Algo fue desvaneciéndose de su interior, esfumándose y consumiéndose lentamente mientras aflojaba la presa en que le había encerrado. El frescor de la sala, una especie de perfume y el susurrar del dosel de hojas de los arbustos cenicientos más allá de los ventanales... Gurgeh podía oír los murmullos de los espectadores sentados en las galerías.

Miró a su alrededor y vio a Hamin en la fila de asientos reservados a los colegios. El ápice se encontraba en una fase de senilidad terriblemente avanzada. Parecía tener la mirada fija en el centro del tablero, y durante un momento de irracionalidad Gurgeh estuvo convencido de que el anciano ya llevaba algún tiempo muerto y que habían traído su cadáver marchito a la sala de juegos como si fuese una especie de trofeo, como si quisieran infligirle una última ignominia.

Oyó sonar el cuerno que indicaba el final del día y dos guardias imperiales surgieron de la nada para llevarse la silla de ruedas en que estaba sentado el ápice agonizante. La cabeza de piel reseca y llena de arrugas se volvió un instante en la dirección de Gurgeh y le miró.

Gurgeh tenía la sensación de haber estado muy lejos, como si acabara de volver de un viaje muy largo. Miró a Nicosar. El Emperador estaba hablando con dos de sus asesores y los Adjudicadores habían empezado a anotar las posiciones del cierre. Los espectadores ya se estaban poniendo en pie para abandonar las galerías y el rumor de las conversaciones había aumentado de intensidad. ¿Eran imaginaciones suyas o Nicosar parecía algo nervioso..., incluso preocupado? Quizá no lo fueran. Gurgeh sintió una repentina oleada de compasión por el Emperador, por todos los que le rodeaban y por todos los habitantes del universo.

Suspiró, y fue como si la última ráfaga de una tormenta increíble acabara de recorrer su cuerpo. Estiró los brazos y las piernas y bajó del taburete. Contempló el tablero. Sí, todo había terminado. Lo había conseguido. Aún quedaba mucho por hacer y aún ocurrirían muchas cosas, pero Nicosar perdería la partida. Podía escoger la forma en que sería derrotado. Caer hacia adelante y ser absorbido, retroceder y ser conquistado por la fuerza, dejarse dominar por la locura y destruirlo todo..., pero su Imperio del tablero estaba acabado.

Sus ojos se encontraron con los del Emperador durante una fracción de segundo. La expresión de su rostro le indicó que Nicosar aún no había comprendido del todo lo ocurrido, pero Gurgeh sabía que el ápice también era capaz de interpretar sus expresiones y que probablemente vería el cambio producido en él y captaría su insoportable sensación de victoria. Gurgeh bajó la vista para no seguir contemplando aquel espectáculo tan terrible, giró sobre sí mismo y abandonó el salón.

No hubo vítores ni felicitaciones. Nadie más podía ver la revelación que los ojos de Gurgeh habían contemplado en el tablero. Flere-Imsaho se mostró tan preocupado e irritante como de costumbre, pero la unidad tampoco se había dado cuenta de nada y siguió preguntándole cómo creía que iba la partida. Gurgeh mintió. La *Factor limitativo* pensaba que la situación pronto experimentaría un cambio radical. Gurgeh ni tan siquiera se tomó la molestia de explicarle que todo había terminado, pero quedó un poco desilusionado. Había esperado más de la nave.

Cenó a solas con la mente en blanco. Fue a nadar en la piscina que había en el último sótano del castillo y se sumergió dentro de aquel agujero tallado en el promontorio rocoso sobre el que había sido construida la fortaleza. Estaba solo. Todos los demás habían subido a las torres del castillo o a las murallas más altas o se habían marchado en las aeronaves para contemplar el resplandor lejano que iluminaba el confín oeste del cielo, allí donde acababa de empezar la Incandescencia.

Gurgeh nadó hasta sentirse cansado. Se secó, volvió a ponerse los pantalones, la camisa y la chaqueta delgada y fue a dar un paseo por la muralla del castillo.

El cielo estaba cubierto de nubes y la noche era muy oscura. Los enormes troncos de los arbustos cenicientos llegaban más arriba que los baluartes exteriores y ocultaban las luces lejanas de la Incandescencia. Los guardias imperiales patrullaban la fortaleza asegurándose de que nadie decidiera adelantar la llegada de las llamas. Gurgeh tuvo que demostrarles que no llevaba encima nada susceptible de producir una chispa o crear un fuego antes de que le dejaran salir del castillo. Los postigos ya estaban siendo comprobados y las pruebas del sistema de rociado habían dejado charcos en los patios y explanadas.

La vieja fortaleza estaba sumida en el silencio y el extraño estado anímico mezcla de temor religioso y expectación que la había invadido era tan tangible que incluso Gurgeh se dio cuenta del cambio. El ruido de las aeronaves que estaban sobrevolando la extensión de bosque empapada por los rociadores con rumbo al castillo le recordó que se suponía que todo el mundo debía estar dentro a medianoche, y empezó a volver sobre sus pasos absorbiendo la atmósfera de espera como si fuese algo precioso que no podía durar mucho y que quizá nunca volviera a repetirse.

No estaba cansado. La agradable fatiga de nadar en la piscina se había convertido en una especie de cosquilleo lejano, y cuando subió la escalera que llevaba a su habitación no se detuvo en ese piso sino que siguió adelante. El cuerno acababa de sonar anunciando la medianoche.

Gurgeh emergió a un baluarte situado bajo una torre de gran tamaño. El paseo de forma circular estaba oscuro y mojado. Se volvió hacia el oeste para contemplar la tenue claridad rojiza que iluminaba el cielo. La Incandescencia aún estaba muy lejos y quedaba por debajo del horizonte. Sus destellos se reflejaban en las nubes como si fueran un lívido crepúsculo artificial. Los reflejos no impidieron que Gurgeh fuese consciente de la inmensidad y el silencio de la noche que había caído sobre el castillo ahogando todos los ruidos. Encontró una puerta que daba acceso a la torre y subió por la escalera que llevaba hasta arriba. Se apoyó en el parapeto de piedra y volvió la cabeza hacia el norte y la hilera de colinas. Aguzó el oído y escuchó el lento gotear de un rociador que perdía agua en algún lugar debajo de él, y el apenas audible susurro de los arbustos cenicientos que se preparaban para enfrentarse a su destrucción. Las colinas eran invisibles. Gurgeh dejó de intentar verlas y se volvió de nuevo hacia la banda de color rojo oscuro que se curvaba de forma casi imperceptible por el oeste.

Oyó sonar un cuerno en algún lugar del castillo seguido de otro, y luego otro más. También oyó ruidos anormales; gritos lejanos y pasos que corrían, como si el castillo volviera a despertar. Gurgeh se preguntó qué estaría ocurriendo. Tiró de la delgada

tela de su chaqueta intentando protegerse mejor el torso. Había empezado a soplar una ligera brisa del este, y Gurgeh fue repentinamente consciente de que la noche era bastante fresca.

La tristeza que había sentido durante el día aún no se había esfumado del todo. Se había convertido en algo menos obvio pero más básico, como si se hubiese escondido en las profundidades de su mente para fundirse con ella. Qué hermosa había sido la partida; cuánto había disfrutado moviendo las piezas, qué jubilosamente vivo se había sentido..., pero sólo porque intentaba provocar su cese, sólo porque estaba asegurándose de que esa alegría no duraría mucho tiempo. Se preguntó si Nicosar habría comprendido lo ocurrido, y pensó que por lo menos debía sospecharlo. Se sentó en un pequeño banco de piedra.

Y de repente comprendió que echaría de menos a Nicosar. Existían algunos aspectos en los que tenía la sensación de que el Emperador y él habían llegado a un grado de intimidad que Gurgeh nunca había conocido antes. El juego les había unido y había hecho que compartieran toda una gama de experiencias y sensaciones que Gurgeh no creía posibles en ningún otro tipo de relación.

Dejó escapar un suspiro, se levantó del banco y volvió al parapeto para contemplar el camino que había al pie de la torre. Vio a dos guardias imperiales cuyas siluetas apenas podían distinguirse gracias a la luz que brotaba por la puerta abierta. Sus pálidos rostros estaban vueltos hacia arriba y le observaban. Gurgeh no estaba seguro de si debía saludarles o no. Uno de los guardias alzó un brazo y un chorro de luz cayó sobre Gurgeh obligándole a protegerse los ojos. Una tercera silueta menos alta vestida con ropas oscuras en la que no se había fijado antes fue hacia la torre y cruzó el umbral. El haz de la linterna se desvaneció. Los dos guardias se colocaron uno a cada lado de la puerta.

Gurgeh oyó pasos dentro de la torre. Volvió a tomar asiento en el banco de piedra y esperó.

–Buenas noches, Morat Gurgeh.

Era Nicosar. La oscura silueta del Emperador de Azad emergió de la oscuridad de la torre. Gurgeh vio que tenía los hombros algo encorvados.

–Alteza...

–Siéntate, Gurgeh –dijo aquella voz tranquila y suave.

Nicosar fue hacia el banco y tomó asiento junto a Gurgeh. Su pálido rostro era como una luna indistinta que flotaba delante de él, y la débil claridad que brotaba del pozo de la escalera apenas si permitía distinguir sus rasgos. Gurgeh se preguntó si Nicosar podría verle. El rostro-luna se movió lentamente y acabó volviéndose hacia la mancha de color carmín que se iba esparciendo por el horizonte.

–Ha habido un intento de acabar con mi vida, Gurgeh –dijo el Emperador en voz baja.

–Que ha... –empezó a decir Gurgeh, y durante unos instantes no supo cómo reaccionar–. Alteza, ¿estáis bien?

El rostro-luna volvió a girar hacia él.

–Estoy ileso. –El ápice alzó una mano–. Por favor, deja de llamarme «Alteza». Estamos solos, y podemos olvidarnos del protocolo. Quería explicarte personalmente la razón de que el castillo haya quedado bajo la ley marcial. La Guardia Imperial lo vigila todo. No espero otro atentado, pero hay que tomar precauciones.

–Pero ¿quién ha podido hacer algo semejante? ¿Quién sería capaz de atacaros?

Nicosar volvió la mirada hacia el norte y las colinas invisibles que se alzaban en esa dirección.

–Creemos que los culpables quizá hayan intentado escapar por el viaducto que lleva a los lagos que alimentan el depósito de agua, así que he enviado unos cuantos guardias allí. –La cabeza de Nicosar se volvió lentamente hacia el hombre y cuando siguió hablando lo hizo en un tono de voz aún más bajo que antes–. Me has colocado en una situación muy interesante, Morat Gurgeh.

–Yo... –Gurgeh suspiró y clavó los ojos en sus pies–. Sí. –Alzó la mirada y contempló el círculo de blancura que flotaba ante él–. Lo siento. Quiero decir que... Bueno, el final está muy cerca.

Se dio cuenta de que también había bajado el tono de voz, y descubrió que no podía mirar al Emperador a la cara.

–Bien, ya veremos –dijo el Emperador–. ¿Quién sabe? Puede que mañana te dé una sorpresa.

Gurgeh se sobresaltó. La oscuridad le impedía ver la expresión de aquel rostro parecido a una mancha blanca que flotaba ante él, pero... ¿Estaría hablando en serio? El ápice tenía que haberse dado cuenta de que su posición era desesperada, ¿no? ¿Habría visto algo que se le había pasado por alto a Gurgeh? Gurgeh empezó a preocuparse. Quizá había estado demasiado seguro de sí mismo. Nadie más se había dado cuenta de que el final de la partida estaba muy próximo, ni tan siquiera la nave. ¿Y si se había equivocado? Sintió un deseo repentino y casi incontrolable de volver a ver el tablero, pero incluso la imagen imperfecta que seguía teniendo grabada en la mente era lo bastante precisa para mostrarle la situación de sus fortunas respectivas. La derrota de Nicosar aún estaba implícita, pero era inevitable. Gurgeh estaba seguro de que el Emperador no podría hacer nada para impedirlo. La partida había terminado. Tenía que haber terminado...

–Gurgeh, quiero que respondas a una pregunta –dijo Nicosar. El círculo blanco volvió a contemplarle–. ¿Cuánto tiempo estuviste aprendiendo el juego?

–Dijimos la verdad. Dos años. De una forma intensiva, pero...

–No me mientas, Gurgeh. Mentir ahora ya no tiene objeto.

–Nicosar, yo nunca... Nunca te mentaría.

El rostro-luna se movió lentamente de un lado a otro.

–Como quieras. –El Emperador guardó silencio durante unos momentos–. Debes estar muy orgulloso de tu Cultura.

Pronunció la última palabra en un tono de repugnancia que Gurgeh quizá hubiera encontrado cómico si no fuera tan obviamente sincero.

–¿Orgulloso? –replicó–. No lo sé. No la he creado. Da la casualidad de que nací en ella. Yo...

–Vamos, Gurgeh... No te tomes las cosas tan al pie de la letra. Me refería al orgullo que se siente cuando formas parte de algo. El orgullo de representar a tu gente... ¿Vas a decirme que no sientes ese orgullo?

–Yo... Un poco, quizá. Sí... Pero no he venido aquí como campeón de la Cultura, Nicosar. No represento nada ni nadie salvo a mí mismo. He venido a tomar parte en el juego, nada más.

–Nada más... –repitió Nicosar en un tono de voz tan bajo que Gurgeh apenas si pudo oírle–. Bueno, supongo que debemos reconocer que has hecho un papel magnífico, ¿no?

Gurgeh deseó poder ver el rostro del ápice. ¿Le había temblado la voz? ¿Había estado a punto de quebrarse?

–Gracias. Pero sólo me corresponde la mitad del mérito..., no, menos de la mitad, porque...

–¡No quiero oír tus elogios!

Nicosar alzó velozmente una mano y golpeó a Gurgeh en la boca. Los gruesos anillos le desgarraron la mejilla y los labios.

Gurgeh estuvo a punto de caer hacia atrás. El golpe había sido tan potente e inesperado que le había dejado aturdido. Nicosar se levantó de un salto, fue hacia el parapeto y puso sus manos sobre las piedras. Sus dedos estaban tan tensos que parecían garras. Gurgeh alzó el brazo y sintió el calor de la sangre deslizándose por su rostro. Le temblaba la mano.

–Me das asco, Morat Gurgeh –dijo Nicosar como si hablara con el resplandor rojo del oeste–. Tu ciega e insípida moralidad ni tan siquiera puede explicar el éxito que has obtenido, y tratas este juego-batalla como si fuese una danza estúpida. El juego es algo con lo que se debe luchar y a lo que se debe resistir, y tú has intentado seducirlo. Lo has pervertido. Has sustituido nuestro testimonio sagrado por tu asquerosa pornografía..., has mancillado el juego..., tú..., sucio macho alienígena.

Gurgeh se pasó la mano por los labios ensangrentados. Estaba mareado y le daba vueltas la cabeza.

–Quizá..., quizá sea así como lo ves, Nicosar. –Tragó saliva y algo de sangre espesa y salada con ella–. No creo que estés siendo justo con...

–¿Justo? –gritó el Emperador. Dio unos pasos hacia Gurgeh y se interpuso entre

él y el resplandor del incendio lejano—. ¿Hay alguna razón por la que las cosas deban ser justas? ¿Crees que la vida es justa? —Se inclinó sobre el banco de piedra, agarró a Gurgeh por el pelo y le sacudió la cabeza violentamente de un lado a otro—. ¿Lo es? ¿Lo es?

Gurgeh dejó que el ápice le sacudiera sin oponer resistencia. El Emperador le soltó el pelo pasados unos momentos y extendió la mano delante de él como si acabara de tocar algo sucio y repugnante. Gurgeh se aclaró la garganta.

—No, la vida no es justa. No es intrínsecamente justa.

El ápice giró sobre sí mismo y volvió a poner las manos sobre la curva de piedra del parapeto.

—Pero intentamos que lo sea —siguió diciendo Gurgeh—. Es un objetivo hacia el que podemos intentar dirigirnos. Puedes escoger entre ir hacia él o alejarte. Nosotros hemos escogido ir hacia él. Siento que eso haga que nos encuentres repulsivos.

—«Repulsiva» apenas si es la palabra adecuada para describir lo que pienso de tu preciosa Cultura, Gurgeh. No estoy muy seguro de poseer las palabras que necesitaría para explicarte lo que pienso de tu... Cultura. No conocéis la gloria y el orgullo, no sabéis lo que es adorar algo que está muy por encima de vosotros. Oh, sí, tenéis mucho poder. Lo sé. Lo he visto, y sé lo que podéis hacer..., pero seguís siendo impotentes y siempre lo seréis. Las criaturas apacibles y patéticas, los que se asustan y se encogen sobre sí mismos... Sólo pueden durar un tiempo, y no importa lo terribles e impresionantes que sean las máquinas dentro de las que se ocultan. Al final acabaréis cayendo, y vuestra hermosa y reluciente maquinaria no podrá salvaros de ese destino. Los fuertes sobreviven. Eso es lo que nos enseña la vida, Gurgeh..., eso es lo que nos demuestra el juego. La lucha por la supervivencia, el combate para demostrar lo que vales... No son frases huecas. ¡Son la verdad!

Gurgeh vio como las pálidas manos del ápice se tensaban sobre la oscura superficie del parapeto. ¿Qué podía decirle? ¿Iban a discutir de metafísica aquí y ahora usando la herramienta imperfecta del lenguaje cuando habían pasado los últimos diez días diseñando la imagen más perfecta de sus filosofías y de su eterno conflicto que eran capaces de expresar fuera cual fuese la forma que utilizaran?

Y, de todas formas... ¿Qué argumentos podía emplear? ¿Que la inteligencia podía sobrepasar a la fuerza ciega de la evolución con su énfasis puesto en la mutación, el combate y la muerte, y que era capaz de llegar mucho más allá que ella? ¿Que la cooperación consciente siempre había sido y sería más eficiente que la competición entre fieras? ¿Que si fuese utilizado para articular, comunicar y definir el Azad podría llegar a ser mucho más que una mera batalla? Ya había hecho y dicho todo eso, y lo había expresado mejor de lo que podía expresarlo ahora con simples palabras.

—No has vencido, Gurgeh —murmuró Nicosar. Su voz se había vuelto tan ronca y áspera que casi parecía un graznido—. Tú y tu especie nunca venceréis. —Se dio la

vuelta y le miró—. Pobre macho patético... Juegas al Azad, pero no comprendes nada de todo lo que te rodea, ¿verdad?

Gurgeh captó en su tono de voz algo que casi parecía compasión.

—Creo que ya has decidido que no lo comprendo —replicó mirando fijamente a Nicosar.

El Emperador dejó escapar una carcajada y volvió la cabeza hacia los lejanos reflejos de aquel incendio que abarcaba todo un continente y que aún no había emergido por encima del horizonte. La risa fue debilitándose hasta acabar convertida en una especie de tos. Nicosar alzó una mano y la movió de un lado a otro.

—Nunca lo comprenderéis. Lo único que conseguiréis será que os utilicen. —Meneó la cabeza. Gurgeh apenas si pudo distinguir el gesto en la oscuridad—. Regresa a tu habitación, *morat*. Te veré por la mañana. —El rostro-luna se volvió hacia el horizonte y los reflejos rojizos del incendio que teñían la parte inferior de las nubes—. El incendio ya debería haber llegado para entonces.

Gurgeh esperó unos momentos antes de levantarse del banco. Era como si ya se hubiese ido. El Emperador ya le había despedido y se había olvidado de él, y Gurgeh hasta tuvo la vaga impresión de que sus últimas palabras no iban dirigidas a Gurgeh.

Gurgeh se puso en pie sin hacer ningún ruido y volvió a la penumbra de la torre. Los dos guardias seguían inmóviles con expresión impasible, uno a cada lado de la puerta. Gurgeh alzó los ojos y vio a Nicosar inmóvil junto al parapeto. Sus pálidas manos seguían tensas sobre la fría piedra. Le observó en silencio durante unos momentos, giró sobre sí mismo y se alejó de la torre. Fue por los pasillos y salones repletos de guardias imperiales que estaban ordenando a todo el mundo que volviera a sus habitaciones mientras cerraban las puertas, se apostaban en las escaleras y los ascensores y encendían todas las luces para que el castillo sumido en el silencio ardiera como una luminaria blanca perdida en la noche, como una inmensa nave de piedra a la deriva en un mar negro y oro.

Gurgeh entró en su habitación. Flere-Imsaho flotaba delante de la pantalla pasando velozmente de un canal de noticias a otro. La unidad le preguntó qué estaba ocurriendo en el castillo y Gurgeh se lo explicó.

—No creo que las cosas estén tan mal —dijo la unidad acompañando sus palabras con la oscilación de un lado a otro que usaba como encogimiento de hombros—. No están tocando marchas militares, pero no hay forma de comunicar con el exterior... ¿Qué le ha ocurrido a tu boca?

—Me caí.

—Mm-hmmm.

—¿Podemos ponernos en contacto con la nave?

—Claro.

—Dile que vaya calentando los sistemas. Puede que la necesitemos.

–Vaya, así que por fin te estás volviendo precavido... Muy bien.

Gurgeh se fue a la cama, pero no logró conciliar el sueño. Yació mucho rato inmóvil en la oscuridad escuchando el rugir del viento.

El ápice siguió en lo alto de la torre durante varias horas observando el horizonte. Parecía incapaz de apartarse del parapeto de piedra, como si se hubiera convertido en una estatua o como si fuera un arbolillo negro y blanco que había brotado de una semilla errante. El viento que llegaba del este se fue haciendo más frío y tiró de las oscuras ropas de la figura inmóvil, aulló alrededor del castillo inundado de luces y se abrió paso por entre el dosel de arbustos cenicientos sacudiéndolo con un ruido que hacía pensar en el ir y venir de las olas.

El amanecer llegó poco a poco. Empezó iluminando las nubes y fue tiñendo el este con sus matices dorados. La negrura del oeste y la cinta de tierra que brillaba con un resplandor rojizo se encendieron con un repentino destello de luz blanca que fue seguido por el naranja y el amarillo. Los colores vacilaron y desaparecieron para volver enseguida, hacerse más definidos y extenderse a toda velocidad.

La silueta apoyada en el parapeto se apartó de aquella brecha que se iba ensanchando en el cielo rojo y negro, lanzó una rápida mirada al amanecer que tenía detrás y se tambaleó durante unos momentos como si estuviera atrapada entre las corrientes rivales de luz que fluían de cada extremo del horizonte.

Dos guardias fueron a la habitación. Abrieron la puerta y le dijeron a Gurgeh y a la máquina que se les esperaba en el salón de proa. Gurgeh ya se había puesto sus ropas de jugador. Los guardias le dijeron que el Emperador había decidido que la sesión se jugaría sin el atuendo ceremonial. Gurgeh miró a Flere-Imsaho y fue a cambiarse. Se puso una camisa limpia y los pantalones y la chaqueta que llevaba la noche anterior.

–Vaya, parece que por fin tendré ocasión de verte jugar... Qué gran honor –dijo Flere-Imsaho mientras iban hacia el salón.

Gurgeh no dijo nada. Los guardias escoltaban a grupos de personas procedentes de varias partes del castillo. Fuera, el viento aullaba detrás de las puertas y las ventanas cerradas.

Gurgeh no había querido desayunar. La nave había hablado con él aquella mañana para felicitarle. Por fin lo había comprendido. De hecho, creía que Nicosar aún tenía una escapatoria, pero sólo obtendría el empate y le aseguró que ningún cerebro humano era capaz de llevar a cabo la complicadísima serie de movimientos que exigiría. La nave también le dijo que todos sus sistemas ya estaban en situación de alerta y que acudiría a la velocidad máxima en cuanto viera que ocurría algo raro. La

Factor limitativo estaba observándolo todo a través de los sentidos de Flere-Imsaho.

Entraron en el salón de proa del castillo. Nicosar ya estaba junto al Tablero del Cambio. El ápice vestía el uniforme de comandante en jefe de la Guardia Imperial, un conjunto de prendas severo y sutilmente amenazador con espada ceremonial incluida. Gurgeh pensó que debía estar bastante ridículo con su vieja chaqueta. El salón se encontraba atestado. Los últimos grupos de personas escoltados por los guardias que parecían estar por todas partes seguían sentándose en los grádenos. Nicosar ignoró a Gurgeh. El ápice estaba hablando con un oficial de la Guardia.

–¡Hamin! –exclamó Gurgeh.

Fue hacia el viejo ápice. Hamin estaba sentado en la primera fila de asientos. Su minúsculo cuerpo retorcido casi resultaba invisible entre la corpulencia de los dos guardias que le flanqueaban. Su rostro era un reseco pergamino amarillento. Uno de los guardias extendió la mano indicándole que no debía acercarse más. Gurgeh se detuvo delante del asiento y se acuclilló para contemplar los rasgos arrugados del viejo rector.

–Hamin... ¿Puedes oírme?

Volvió a tener la absurda idea de que el ápice ya estaba muerto, pero un instante después vio moverse sus párpados. Hamin abrió un ojo y reveló un globo entre rojo y amarillento casi invisible bajo las secreciones cristalinas que lo cubrían. La marchita cabeza se movió unos centímetros.

–Gurgeh...

El ojo se cerró y la cabeza se fue inclinando lentamente hasta tocar el pecho. Gurgeh sintió que una mano tiraba de su manga y se dejó conducir hasta el asiento que le esperaba junto al tablero.

Los ventanales del salón estaban cerrados y los paneles de cristal tintineaban en sus marcos metálicos, pero los postigos antifuego aún no habían sido cerrados. Las ráfagas del vendaval hacían oscilar los troncos de los arbustos cenicientos. El cielo estaba de un color gris plomo, y el ruido del viento creaba un extraño telón de fondo compuesto por silbidos y murmullos que acompañaba a las conversaciones en voz baja de los espectadores y los grupos de personas que aún no habían ocupado sus asientos.

–¿No crees que ya deberían haber cerrado los postigos? –preguntó Gurgeh volviéndose hacia la unidad.

Se instaló en su taburete elevado. Flere-Imsaho se colocó detrás de él envuelto en su aura de zumbidos y chasquidos. El Adjudicador y sus ayudantes estaban comprobando las posiciones de las piezas.

–Sí –dijo Flere-Imsaho–. Las llamas se encuentran a menos de dos horas de aquí. Claro que sólo hacen falta unos minutos para colocarlos en posición, pero... Normalmente no suelen esperar tanto. Si estuviera en tu lugar procuraría tener mucho

cuidado, Gurgeh. Las reglas prohíben utilizar la opción física en esta etapa del juego, pero tengo la impresión de que aquí está ocurriendo algo raro. Es como una especie de presentimiento...

Gurgeh habría querido responder con una observación lo más cortante posible sobre los presentimientos de la unidad, pero tenía una extraña sensación de vacío en el estómago y también empezaba a sospechar que estaba ocurriendo algo raro. Volvió la cabeza hacia el banco en el que estaba sentado Hamin. El viejo ápice no se había movido, y seguía teniendo los ojos cerrados.

–Y hay algo más –dijo Flere-Imsaho.

–¿Qué?

–Unos aparatos que no estaban antes... Ahí, en el techo.

Gurgeh alzó la mirada intentando que su gesto no resultara demasiado obvio. Le pareció que las masas de equipo de vigilancia y los sistemas de contramedidas electrónicas tenían el mismo aspecto de siempre, pero nunca les había prestado mucha atención.

–¿Qué clase de equipo? –preguntó.

–Equipo que mis sentidos encuentran inquietantemente opaco e imposible de inspeccionar, lo cual no debería ocurrir. Y ese coronel de la Guardia lleva encima un micro óptico de gran alcance.

–¿Te refieres al oficial que está hablando con Nicosar?

–Sí. Eso va contra las reglas, ¿no?

–Se supone que sí.

–¿Quieres comentarlo con el Adjudicador?

El Adjudicador estaba inmóvil junto al tablero flanqueado por dos guardias imperiales muy corpulentos. Parecía algo asustado, y sus rasgos estaban tensos. Cuando se volvió hacia él y le miró Gurgeh tuvo la impresión de que sus ojos no eran capaces de verle.

–Tengo la sensación de que no serviría de nada –murmuró Gurgeh.

–Yo también. ¿Quieres que me ponga en comunicación con la nave y le diga que venga?

–¿Puede llegar aquí antes que las llamas?

–Sí, pero por muy poco.

Gurgeh no necesitó mucho tiempo para tomar una decisión.

–Hazlo –dijo.

–Señal enviada. ¿Recuerdas las instrucciones que te di cuando te colocaste el implante?

–Las tengo grabadas en la cabeza.

–Estupendo –dijo Flere-Imsaho en un tono de voz bastante preocupado–. Un desplazamiento a gran velocidad en un ambiente de lo más hostil con alguna clase de

efector que produce zonas grises incluido... Justo lo que necesitaba.

El salón estaba lleno. Los guardias cerraron las puertas. El Adjudicador lanzó una mirada llena de resentimiento e irritación al coronel de la Guardia que seguía hablando con Nicosar y el coronel movió la cabeza en un asentimiento casi imperceptible. El Adjudicador anunció la reanudación de la partida.

Nicosar hizo un par de movimientos que no parecían poseer ninguna lógica. Gurgeh no tenía ni idea de lo que pretendía conseguir con ellos. Debía estar intentando conseguir algo, pero... ¿El qué? Fuera el que fuese, su objetivo no parecía tener ninguna relación con el ganar la partida. Intentó atraer la atención de Nicosar, pero el ápice se negaba tozudamente a mirarle a los ojos. Gurgeh se pasó la mano por los labios y la mejilla, y sintió los cortes que le habían hecho los anillos. «Me he vuelto invisible», pensó.

La tormenta que rugía en el exterior hacía oscilar los arbustos cenicientos. Sus hojas se habían desplegado hasta alcanzar la máxima longitud posible, y las ráfagas de viento hacían que parecieran confundirse entre sí hasta formar una masa indistinta, un gigantesco organismo amarillo que temblaba y se agazapaba junto a las murallas del castillo. Gurgeh se dio cuenta de que los espectadores empezaban a removerse nerviosamente en sus asientos, hablaban en voz baja y lanzaban miradas de soslayo a las ventanas que seguían con los postigos abiertos. Los guardias se habían apostado en las salidas de la sala con las armas preparadas para disparar.

Nicosar hizo ciertos movimientos y colocó las cartas de los elementos en ciertas posiciones. Gurgeh seguía sin comprender qué pretendía lograr con ello. El ruido de la tormenta que hacía vibrar los cristales era tan intenso que apenas dejaba oír las voces de quienes se encontraban en el salón. El olor de las secreciones volátiles y la savia de los arbustos cenicientos estaba empezando a impregnar la atmósfera, y unos cuantos trocitos de hojas secas habían logrado entrar en el salón y estaban flotando en las corrientes de aire que recorrían aquel inmenso recinto.

Un resplandor anaranjado surgió de la nada y tiñó las nubes que flotaban en el cielo tan oscuro como la piedra del castillo que se extendía al otro lado de los ventanales. Gurgeh empezó a sudar. Fue al tablero, hizo algunos movimientos de réplica e intentó atraer la atención de Nicosar sin conseguirlo. Oyó un grito en la galena de observadores, pero el grito no tardó en ahogarse. Los guardias seguían inmóviles junto a las puertas y alrededor del tablero. El coronel con el que había estado hablando Nicosar no se apartaba del Emperador. Cuando volvió a su asiento Gurgeh miró al coronel y creyó ver lágrimas deslizándose por sus mejillas.

Nicosar había estado sentado. El Emperador se puso en pie, cogió cuatro cartas de elementos y fue hasta el centro del tablero.

Gurgeh quería gritar o levantarse de un salto. Quería hacer algo, lo que fuese, pero tenía la sensación de que unas raíces invisibles le habían unido al suelo

dejándole paralizado. Los guardias se habían puesto un poco más tensos. Gurgeh clavó la mirada en las manos del Emperador y vio que estaban temblando. La tormenta golpeaba los troncos de los arbustos cenicientos haciéndolos oscilar con el salvaje desdén de un organismo consciente y enfurecido. Un haz de claridad anaranjada se deslizó sobre las copas de las plantas, se retorció durante unos segundos contra el telón oscuro que había detrás de él y fue desvaneciéndose poco a poco.

–Oh, mierda santísima... –murmuró Flere-Imsaho–. Sólo faltan cinco minutos para que llegue.

–¿Qué?

Gurgeh se volvió hacia la máquina.

–Cinco minutos –dijo la unidad, y se las arregló para producir una imitación muy realista del tragar saliva–. Debería estar a casi una hora de distancia. No puede haberse movido tan deprisa... Tienen que haber creado un nuevo frente de llamas.

Gurgeh cerró los ojos. Podía sentir el bultito que había debajo de su lengua reseca como el papel.

–¿Y la nave? –preguntó volviendo a abrir los ojos.

La unidad tardó unos segundos en responder.

–Imposible –dijo con voz átona y resignada.

Nicosar se inclinó sobre el tablero. Colocó una carta de fuego sobre un símbolo de agua que cubría un pliegue de una zona elevada. El coronel de la Guardia giró la cabeza unos centímetros hacia un lado y Gurgeh vio moverse sus labios como si acabara de soplar para quitarse una motita de polvo del cuello del uniforme.

Nicosar se incorporó, miró a su alrededor y dio la impresión de aguzar el oído. Gurgeh pensó que no había nada que escuchar aparte de los rugidos de la tormenta.

–Acabo de captar una emisión de infrasonidos –dijo Flere-Imsaho–. Ha sido una explosión a un kilómetro de aquí en dirección norte... El viaducto.

Gurgeh siguió con los ojos a Nicosar. El Emperador fue lentamente hasta otra posición del tablero y colocó una carta sobre la carta de Gurgeh que ocupaba la zona: fuego sobre agua. El coronel volvió a decir algo por el micrófono que llevaba en el hombro. El castillo tembló. Una serie de ondas expansivas recorrieron el salón haciéndolo vibrar.

Las piezas se tambalearon sobre el tablero. Los espectadores se pusieron en pie y empezaron a gritar. Los paneles de cristal se agrietaron en sus marcos y cayeron sobre las losas haciéndose añicos, dejando que la voz aullante de la tempestad entrara en el salón seguida por una estela de hojas. Una hilera de llamas apareció sobre las copas de los arbustos cenicientos y llenó de fuego la base de la negrura hirviente en que se había convertido el horizonte.

Nicosar colocó la siguiente carta de fuego, esta vez sobre una carta de tierra. El

castillo pareció removerse bajo los pies de Gurgeh. El viento que entraba por las ventanas hizo rodar las piezas de menos peso igual que si fuese una invasión tan absurda como incontenible y tiró de las túnicas del Adjudicador y sus ayudantes. Los espectadores habían empezado a abandonar los grádenos y tropezaban los unos con los otros en un frenético intento de llegar a las salidas. Los guardias ya habían alzado sus armas.

El cielo estaba lleno de llamas.

Nicosar colocó la última carta de fuego sobre la de la Vida, el elemento-fantasma, y se volvió lentamente hacia Gurgeh.

–Esto tiene peor aspecto a cada... ¡Greeeeeeee!

La voz de Flere-Imsaho se convirtió en un chirrido estridente. Gurgeh giró sobre sí mismo y vio a la máquina vibrando en el aire envuelta por un aura de fuego verde.

Los guardias habían empezado a disparar. Las puertas del salón se abrieron de golpe y la multitud corrió hacia ellas, pero los guardias ya se habían dispersado por el tablero y hacían fuego a discreción contra las galerías de observación y los bancos. Los haces de las armas láser caían sobre el gentío que intentaba huir y derribaban a los ápices, machos y hembras que no paraban de gritar creando una tormenta de luces parpadeantes y detonaciones que hacían vibrar el aire.

–¡Graaaaaaak! –gritó Flere-Imsaho.

El metal de sus placas se había vuelto de un color rojo oscuro y estaba empezando a humear. Gurgeh no podía apartar los ojos de la unidad. Nicosar seguía inmóvil en el centro del tablero rodeado por sus guardias con la cabeza vuelta hacia Gurgeh. El Emperador sonreía.

Las llamas se alzaron sobre las copas de los arbustos cenicientos. Los últimos heridos salieron tambaleándose y tropezando por las puertas y el salón quedó vacío. Flere-Imsaho flotaba en el aire. La unidad estaba envuelta en un aura blanca, amarilla y naranja. Gurgeh la vio subir hacia el techo dejando caer gotitas de metal fundido que se esparcieron sobre el tablero. Una nube de llamas y humo surgió de la nada y la ocultó. Flere-Imsaho aceleró y cruzó el salón como empujada por una inmensa mano invisible. La unidad se estrelló contra la pared y estalló con un destello cegador. La onda expansiva fue tan potente que casi hizo caer a Gurgeh de su taburete.

Los guardias que rodeaban al Emperador salieron del tablero y empezaron a dispersarse por los bancos y galerías rematando a los heridos. Ninguno de ellos prestó atención a Gurgeh. Los ecos de los disparos entraban por las puertas que llevaban al resto del castillo, y los muertos yacían envueltos en sus atuendos multicolores como si fuesen una horrenda alfombra.

Nicosar fue lentamente hacia Gurgeh deteniéndose unos momentos para apartar algunas piezas de una patada. Gurgeh vio como uno de sus pies se posaba sobre el charquito de fuego provocado por una de las gotas de metal fundido que se habían

desprendido de la carcasa de Flere-Imsaho y lo extinguía. El Emperador desenvainó su espada y la alzó con la tranquila lentitud que habría empleado para mover una pieza o coger una carta del juego.

Gurgeh se aferró a los brazos del asiento. El infierno aullaba en el cielo alrededor del castillo. Las hojas giraban en el salón como una diluvio reseco que no terminaría jamás. Nicosar se detuvo delante de Gurgeh. El Emperador sonreía.

–¿Sorprendido? –gritó para hacerse oír por encima del estrépito de la tormenta.

Gurgeh apenas podía hablar.

–¿Qué has hecho? ¿Por qué? –graznó pasados unos momentos.

Nicosar se encogió de hombros.

–He convertido el juego en realidad, Gurgeh.

Sus ojos recorrieron el salón inspeccionando la carnicería. Estaban solos. Los guardias se habían dispersado por el castillo para matar a todo aquel con quien se encontraran.

Había cadáveres por todas partes. En el suelo del salón y en las galerías, caídos sobre los bancos, encogidos en los rincones, formando X macabras sobre las losas con sus ropas puntuadas por los agujeros negruzcos del láser... El humo brotaba de la madera y las ropas; el repugnante olor dulzón de la carne quemada flotaba en el aire.

Nicosar alzó la pesada espada de doble filo en su mano enguantada y la contempló con una sonrisa melancólica. Gurgeh sintió una punzada de dolor que le atravesó las entrañas. Le temblaban las manos. Notó un extraño sabor metálico en la boca y al principio pensó que era el implante intentando abrirse paso por entre la carne que lo ocultaba, como si hubiera decidido reaparecer por alguna razón que ni tan siquiera podía adivinar, pero no tardó en comprender que no era el implante y, por primera vez en su vida, conoció el sabor del miedo.

Nicosar dejó escapar un suspiro casi inaudible y se irguió delante de Gurgeh. Su cuerpo pareció crecer hasta ocultarle todo el salón y extendió lentamente el brazo acercando la espada al pecho de Gurgeh.

«¡Unidad!», pensó. Pero Flere-Imsaho era una mancha de hollín en la pared.

«¡Nave!» Pero el implante que llevaba debajo de la lengua guardó silencio, y la *Factor limitativo* aún estaba a varios años luz de distancia.

La punta de la espada bajó un poco y quedó a unos centímetros del vientre de Gurgeh. Después empezó a subir y pasó lentamente sobre el pecho de Gurgeh hasta llegar a su cuello. Nicosar abrió la boca como si se dispusiera a decir algo, pero meneó la cabeza con una expresión vagamente irritada y se lanzó hacia adelante.

Gurgeh tensó los músculos de las piernas y sus pies se incrustaron en el vientre del Emperador. Nicosar se dobló sobre sí mismo y Gurgeh salió despedido del taburete cayendo hacia atrás. La espada pasó silbando por encima de su cabeza.

Gurgeh siguió rodando mientras el taburete se estrellaba contra el suelo y se

levantó de un salto. Nicosar estaba medio encogido sobre sí mismo, pero no había soltado la espada. El Emperador fue tambaleándose hacia Gurgeh moviendo la espada de un lado a otro como si estuvieran separados por una muralla de enemigos invisibles. Gurgeh echó a correr, primero a un lado y después a través del tablero en una dirección que le llevaría hasta las puertas del salón. El telón de llamas que se alzaba sobre las ondulantes copas de los arbustos cenicientos engulló las nubes de humo negro que se apelotonaban al otro lado de las ventanas. El calor se había convertido en algo físico, una presión sobre la piel y los ojos. Gurgeh puso un pie sobre una pieza que el vendaval había hecho salir del tablero, perdió el equilibrio y cayó.

Nicosar fue hacia él.

El equipo de vigilancia y contramedidas electrónicas emitió un zumbido que subió rápidamente de intensidad y se convirtió en un chirriar casi insoportable. El humo empezó a brotar de la maquinaria adosada al techo y una aureola de cegadores relámpagos azulados bailoteó locamente a su alrededor.

Nicosar no se había dado cuenta de nada. El Emperador saltó sobre Gurgeh, quien consiguió esquivar la embestida. La espada se incrustó en el tablero a unos centímetros de su cabeza. Gurgeh se incorporó y saltó sobre una de las pirámides. Nicosar se lanzó en pos de él pisoteando las cartas y esparciendo las piezas.

El equipo suspendido del techo estalló y cayó sobre el tablero envuelto en un diluvio de chispas. La masa de metal humeante se estrelló contra el centro del terreno multicolor a pocos metros de Gurgeh, quien se vio obligado a detenerse y dar la vuelta. Se encaró con Nicosar.

Algo blanco que se movía muy deprisa hendió el aire.

Nicosar alzó la espada por encima de su cabeza.

Un campo verde y amarillo se estrelló contra la hoja partiéndola en dos mitades. Nicosar sintió la súbita alteración en el peso de la espada, alzó los ojos hacia ella y la incredulidad se adueñó de sus rasgos. La mitad superior de la hoja colgaba en el aire suspendida del diminuto disco blanco que era Flere-Imsaho.

—Ja, ja, ja.

La carcajada retumbó por todo el salón ahogando el rugir del viento.

Nicosar arrojó la empuñadura de la espada al rostro de Gurgeh. Un campo verde y amarillo la detuvo y la hizo volver por donde había venido. El Emperador se agachó con el tiempo justo de esquivarla. Nicosar se tambaleó sobre el tablero envuelto en una tempestad de humo y hojas que giraban locamente. Los arbustos cenicientos oscilaban de un lado a otro; el implacable avance del muro de llamas que se alzaba sobre sus copas creaba destellos de cegadora claridad blanca y amarilla que emergían por entre sus troncos.

—¡Gurgeh! —gritó Flere-Imsaho apareciendo de repente delante de su cara—.

Quédate lo más encogido posible y hazte una bola. ¡Ahora!

Gurgeh hizo lo que le decía. Se acuclilló sobre el suelo y se envolvió el cuerpo con los brazos. La unidad se puso encima de él y Gurgeh vio el resplandor neblinoso del campo energético con que le envolvió.

El muro de arbustos cenicientos se estaba desintegrando. Los chorros de llamas se abrían paso por entre los troncos haciéndolos temblar y arrancándolos del suelo. El calor era tan intenso que Gurgeh sintió como si su carne intentara encogerse hasta quedar pegada a los huesos del cráneo.

Una silueta apareció entre las llamas. Era Nicosar, y blandía una de las enormes pistolas láser con que iban armados los guardias. El Emperador se puso junto a las ventanas, alzó el arma con las dos manos y apuntó cuidadosamente el cañón hacia Gurgeh. Gurgeh contempló el hocico negro del arma. Sus ojos fueron recorriendo aquel cañón tan grueso como su pulgar y subieron hasta posarse en el rostro de Nicosar justo cuando el ápice apretaba el gatillo.

Y se encontró contemplando su propio rostro.

Vio sus rasgos distorsionados el tiempo suficiente para darse cuenta de que la expresión de Jernau Morat Gurgeh en el instante que habría podido ser el de su muerte no era especialmente impresionante. Gurgeh sólo logró detectar sorpresa, aturdimiento y una mueca de perplejidad que casi rozaba la estupidez. El campo espejo se esfumó un instante después y volvió a ver el rostro de Nicosar.

El ápice no se había movido ni un centímetro de su posición anterior, pero su cuerpo oscilaba lentamente de un lado a otro y también había otro cambio. Gurgeh se dio cuenta de que algo andaba mal. El cambio era muy obvio, pero no tenía ni idea de en qué podía consistir.

El Emperador se fue inclinando hacia atrás y sus ojos se clavaron en la zona de techo ennegrecido por el humo de la que se había desprendido el equipo electrónico. El vendaval que entraba por las ventanas se apoderó de él y Nicosar fue inclinándose muy despacio hacia adelante. El peso del arma que sostenía en sus manos enguantadas le fue haciendo perder el equilibrio, y su cuerpo se acercó gradualmente al tablero.

Y Gurgeh vio el agujero negro, por el que habría podido caber un pulgar, que había en el centro de la frente del ápice, y los hilillos de humo que brotaban de él.

El cuerpo de Nicosar se derrumbó sobre el tablero dispersando las piezas.

El fuego invadió el salón.

La presa formada por los arbustos cenicientos cedió ante las llamas y fue sustituida por una inmensa ola de luz cegadora a la que siguió un chorro de calor tan potente y devastador como el golpe de un martillo. El campo que rodeaba a Gurgeh se oscureció y la estancia y las llamas se fueron desvaneciendo. Oyó un extraño zumbido que parecía venir desde lo más profundo de su cabeza y se sintió

repentinamente vacío, exhausto y confuso.

Después el mundo desapareció y no hubo nada, sólo oscuridad.

Gurgeh abrió los ojos.

Vio que se hallaba en un balcón debajo de un saliente de piedra. La parte del suelo sobre la que se encontraba estaba limpia, pero el resto del balcón había quedado cubierto por un centímetro de ceniza gris oscuro. Las piedras sobre las que yacía estaban calientes; el aire era fresco y había mucho humo.

Se sentía muy bien. El cansancio había desaparecido, y ya no le dolía la cabeza.

Logró sentarse en el suelo. Algo cayó de su pecho y rodó por encima de las losas limpias hasta detenerse sobre la ceniza gris. Gurgeh se inclinó sobre aquel objeto brillante y lo cogió. Era el brazalete Orbital. El adorno no había sufrido ningún daño y seguía ofreciendo su microscópico ciclo día-noche. Gurgeh lo guardó en un bolsillo de su chaqueta. Inspeccionó su chaqueta, su cabellera y sus cejas. No había quemaduras, y no tenía ni un pelo chamuscado.

El cielo se había vuelto de un color gris oscuro y el horizonte estaba negro. Gurgeh alzó la cabeza, vio un pequeño disco de color púrpura y comprendió que era el sol. Se puso en pie.

La ceniza gris estaba empezando a quedar cubierta por una capa de hollín negro que caía de la oscuridad del cielo como un negativo de la nieve. Gurgeh caminó lentamente sobre las losas deformadas por el calor hasta llegar al final del balcón. El parapeto se había desprendido y Gurgeh se detuvo a unos centímetros del abismo.

El paisaje había cambiado. El muro amarillo de arbustos cenicientos que se extendía más allá del primer baluarte de la fortaleza confundándose con el horizonte ya no estaba. Sólo había tierra, una inmensa llanura entre negra y marrón que parecía haber sido calcinada dentro de un horno inmenso y estaba cubierta por grietas y fisuras que la ceniza gris y la lluvia de hollín aún no habían tenido tiempo de rellenar. La llanura desolada se extendía hasta el horizonte. Algunas fisuras aún dejaban escapar hilillos de humo que trepaban hacia el cielo como si fuesen los fantasmas de los árboles hasta que las ráfagas de viento los deshacían. El baluarte estaba ennegrecido y algunos tramos se habían derrumbado dejando grandes brechas.

El castillo parecía tan maltrecho como si hubiese soportado un asedio muy prolongado. Unas cuantas torres se habían derrumbado y muchos apartamentos, edificios de oficinas y salones habían perdido el techo. Las ventanas calcinadas por las llamas sólo mostraban el vacío que había detrás de ellas. Gruesas columnas de humo brotaban perezosamente de las ruinas enroscándose sobre sí mismas como palos de bandera diseñados por un artista amante de las extravagancias hasta llegar a las cimas de las torres y baluartes que seguían en pie, donde el viento las atrapaba para convertirlas en banderas y estandartes.

Gurgeh caminó sobre la blanda nevada de hollín negro hasta llegar a los ventanales del salón. Sus pies no hacían ningún ruido. Los copos de hollín le hicieron

estornudar, y le escocían los ojos. Entró en el salón.

Las piedras aún no se habían desprendido del calor de las llamas. El salón era como un gigantesco horno sumido en las tinieblas. Los restos deformados del tablero yacían entre las vigas y los cascotes. Su arco iris de colores había quedado reducido al gris y el negro, y los levantamientos y ondulaciones creados por las llamas habían despojado de todo sentido a la topografía cuidadosamente equilibrada de zonas altas y llanuras.

Los fragmentos de vigas y los agujeros en el suelo y las paredes indicaban el lugar donde habían estado las galerías de observación. El equipo electrónico de vigilancia y contramedidas que se había desprendido del techo era una masa de metal semiderretido que ocupaba todo el centro del tablero y hacía pensar en una torpe imitación de montaña cubierta de ampollas y burbujitas reventadas.

Gurgeh se volvió hacia la ventana junto a la que había estado Nicosar y cruzó la crujiente superficie del tablero. Se inclinó y las punzadas de dolor que atravesaron sus rodillas le hicieron lanzar un gruñido ahogado. Extendió la mano hacia el punto en que un remolino de la tempestad de fuego había acumulado un montoncito cónico de polvo junto al ángulo formado por la pared y una nervadura del techo. El montoncito de polvo casi rozaba el tablero, y cerca había una masa de metal ennegrecido en forma de L que podría haber sido cuanto quedaba de un láser.

La ceniza gris blanquecina estaba caliente y era muy suave al tacto. Gurgeh deslizó los dedos entre ella y encontró un trocito de metal en forma de C. El anillo a medio derretir aún conservaba los soportes que habían sostenido la joya, pero la piedra había desaparecido. El soporte parecía un cráter irregular pegado al metal. Gurgeh contempló el anillo en silencio durante unos momentos, sopló sobre él para quitarle la ceniza y lo hizo girar unas cuantas veces entre sus dedos. Después volvió a dejarlo sobre el montoncito de polvo. Se quedó inmóvil como si no supiera qué hacer y acabó metiendo la mano en el bolsillo de su chaqueta. Sacó el brazalete Orbital y lo colocó sobre el pequeño cono de polvo gris. Después se quitó los dos anillos detectores de venenos y los colocó junto al brazalete. Recogió un puñado de cenizas calientes con la palma de la mano y lo contempló en silencio.

–Buenos días, Jernau Gurgeh.

Gurgeh giró sobre sí mismo, se puso en pie y metió la mano en el bolsillo de su chaqueta tan deprisa como si le hubieran sorprendido haciendo algo vergonzoso. El diminuto cuerpo blanco de Flere-Imsaho entró flotando por la ventana. La pequeñez de sus dimensiones, su limpieza y la exactitud de sus líneas resultaban extrañamente incongruentes en aquel reino de metales fundidos y madera calcinada. Un objeto gris que tendría el tamaño del dedo de un bebé salió despedido del suelo cerca de los pies de Gurgeh y flotó hacia la unidad. Gurgeh vio abrirse una escotilla en el immaculado cuerpo de Flere-Imsaho y el mini proyectil desapareció dentro de ella. Una parte del

cuerpo de la máquina giró suavemente sobre sí misma y se detuvo.

–Hola –dijo Gurgeh, y fue hacia la unidad. Sus ojos recorrieron lentamente las ruinas del salón y acabaron posándose en Flere-Imsaho–. Bien... Espero que tendrás la amabilidad de contarme lo que ha ocurrido.

–Siéntate, Gurgeh. Te lo contaré.

Gurgeh se sentó sobre un bloque de piedra que se había desprendido de la parte superior de una ventana. Alzó los ojos hacia el hueco que había dejado y lo contempló durante unos momentos con una expresión algo dubitativa.

–No te preocupes –dijo Flere-Imsaho–. He comprobado el techo y puedo garantizarte que no corres ningún peligro.

Gurgeh puso las manos sobre las rodillas.

–¿Y bien? –preguntó.

–Empecemos por el principio –dijo la unidad–. Deja que me presente. Me llamo Sprant Flere-Imsaho Wu-Handrahen Xato Trabití, y jamás he trabajado como bibliotecario.

Gurgeh asintió. Había reconocido parte de la nomenclatura que tanto había impresionado al Cubo de Chiark hacía ya mucho tiempo. No dijo nada.

–Si hubiese sido una máquina bibliotecaria ahora estarías muerto. Aun suponiendo que Nicosar no te hubiese matado... Bueno, habrías muerto incinerado unos minutos después.

–Oh, te aseguro que soy consciente de que te debo la vida –dijo Gurgeh–. Gracias. –Su voz sonaba átona y cansada, y a juzgar por su tono no parecía especialmente agradecido–. Pensé que habían acabado contigo. Creía que estabas muerto.

–Faltó muy poco –dijo la unidad–. Esa exhibición de fuegos artificiales era real. Nicosar debió conseguir acceso a algún equivalente de nuestros efectores, lo cual quiere decir que el Imperio ha tenido alguna clase de contacto con otra civilización avanzada. He examinado lo que queda del equipo y podría haber sido fabricado por los homonda. La nave se llevará los restos para analizarlos con más calma.

–¿Dónde se encuentra la nave? Creía que estaríamos dentro de ella, no que seguiríamos aquí abajo.

–Llegó a toda velocidad media hora después de que las llamas alcanzasen el castillo. Podría habernos recuperado a los dos, pero supongo que debió pensar que estaríamos más seguros aquí. Aislarte del fuego no fue ningún problema y mantenerte inconsciente con mi efector también resultó bastante sencillo. La nave nos envió un par de unidades, siguió moviéndose a toda velocidad, frenó y giró sobre sí misma. Viene hacia aquí y llegará dentro de unos cinco minutos. Regresaremos dentro del módulo. Ya te dije que esta clase de desplazamientos pueden resultar algo arriesgados.

Gurgeh dejó escapar el aire por la nariz. El sonido resultante fue curiosamente parecido a una risa ahogada. Sus ojos volvieron a recorrer las ruinas del salón.

–Sigo esperando –dijo por fin volviéndose hacia la máquina.

–Los guardias imperiales obedecieron las órdenes que les había dado Nicosar y se volvieron locos. Volaron el acueducto, las cisternas y los refugios y mataron a todo el que se les puso por delante. También intentaron apoderarse del *Invencible*. La tripulación se resistió, hubo un tiroteo y la nave acabó cayendo en algún lugar del océano norte. Fue una zambullida de lo más espectacular. El *tsunami* resultante barrió una buena cantidad de arbustos cenicientos en plena madurez, pero supongo que el fuego sabrá arreglárselas sin ellos. La noche anterior no hubo ningún intento de matar a Nicosar. Fue un truco para que todo el castillo y el juego quedaran bajo el control de unas fuerzas que cumplirían ciegamente cualquier orden que les diese el Emperador.

–Pero... ¿Por qué? –preguntó Gurgeh con voz cansada, y desplazó un trocito de metal fundido con la punta del pie–. ¿Por qué les ordenó que mataran a todo el mundo?

–Les dijo que era la única forma de vencer a la Cultura y de salvarle. Los guardias no sabían que Nicosar también estaba condenado a morir. Creían que tenía alguna forma de huir, pero puede que hubieran actuado de la misma forma aunque hubiesen sabido que moriría. Se les sometía a un entrenamiento muy riguroso, ¿sabes? Bueno, el caso es que obedecieron sus órdenes. –La máquina emitió una leve risita–. La mayoría de ellos, por lo menos... Algunos guardias dejaron intacto el refugio que se suponía debían volar y se encerraron en él con unas cuantas personas más, así que no eres un caso único. Ha habido otros supervivientes. Casi todos son de la servidumbre. Nicosar se aseguró de que la gente importante estuviera en el salón. Las unidades de la nave se encargan de vigilar a los supervivientes. Les mantendremos encerrados hasta que estés lo suficientemente lejos de aquí para no correr peligro. Tienen raciones suficientes para aguantar hasta que les rescaten.

–Sigue.

–¿Estás seguro de que te encuentras con fuerzas para oírlo todo ahora?

–Limítate a decirme por qué ha ocurrido todo esto –replicó Gurgeh, y suspiró.

–Has sido utilizado, Jernau Gurgeh –dijo la unidad con voz jovial–. La verdad es que eras el representante de la Cultura y Nicosar era el representante del Imperio. Yo mismo hablé con el Emperador la noche antes de que empezara a jugar y le dije que eras nuestro campeón. Si ganabas invadiríamos el Imperio, les aplastaríamos e impondríamos nuestro orden por la fuerza. Si Nicosar ganaba, nos mantendríamos alejados del Imperio todo el tiempo que estuviera sentado en el trono y un mínimo de diez Grandes Años pasara lo que pasase.

»Por eso hizo lo que hizo. Era algo más que una rabieta de jugador que no soporta

la derrota, ¿comprendes? Había perdido su imperio. No tenía nada por lo que seguir viviendo, así que... ¿Por qué no desaparecer gloriosamente entre las llamas?

–Lo que le dijiste... ¿Era cierto? –preguntó Gurgeh–. ¿Les habríamos invadido?

–No tengo ni idea, Gurgeh –dijo Flere-Imsaho–. No tenía necesidad de saberlo, así que eso no figura en los datos e instrucciones que me dieron. No importa, ¿verdad? Nicosar creyó que le estaba diciendo la verdad.

–Fue un tipo de presión ligeramente injusta, ¿no te parece? –dijo Gurgeh. La sonrisa que dirigió a la máquina estaba totalmente desprovista de humor–. Decirle a alguien que se está jugando algo tan importante la noche antes de que empiece la partida...

–Poner nervioso a tu adversario es un truco tan antiguo como eficaz, y ya has visto que funcionó.

–¿Y por qué no me dijo lo que se jugaba en la partida?

–Adivina.

–Porque la apuesta habría quedado anulada y nuestras naves habrían invadido el Imperio disparando contra todo lo que se moviera, ¿no?

–¡Correcto!

Gurgeh meneó la cabeza, intentó quitarse el hollín de una manga y sólo consiguió crear una mancha negra.

–¿Y realmente creíais que ganaría? –preguntó alzando los ojos hacia la unidad–. ¿Creíais que derrotaría a Nicosar? Antes de que llegara aquí... ¿Ya estabais convencidos de que ganaría?

–Estábamos convencidos de que ganarías incluso antes de que salieras de Chiark, Gurgeh. Lo supimos apenas diste señales de que la cosa te interesaba. CE llevaba bastante tiempo buscando a alguien como tú. El Imperio estaba maduro desde hacía décadas. Necesitaba un buen tirón que lo hiciera caer, cierto, pero... Siempre había la posibilidad de que siguiera agarrado a la rama durante mucho tiempo. Una invasión «disparando contra todo lo que se mueva», tal y como tú lo has expresado, casi nunca es la solución correcta. Teníamos que desacreditar aquello en que se basaba el Imperio..., el Azad, el juego en sí. Era lo que había mantenido la cohesión de la estructura durante todos esos años, pero eso hacía que también fuese el punto más vulnerable. –La unidad giró lentamente sobre sí misma y observó las ruinas del salón–. Debo admitir que el resultado ha sido un poco más espectacular de lo que habíamos esperado, pero parece que todos los análisis sobre lo que podías hacer con el juego y los puntos débiles de Nicosar eran acertados. El respeto que siento hacia las grandes Mentes que utilizan a los pobres desgraciados como tú y como yo igual que si fuéramos las piezas de un juego aumenta a cada momento que pasa. Ah, sí, no cabe duda de que esas máquinas son muy listas...

–¿Sabían que ganaría? –preguntó Gurgeh.

Tenía el mentón apoyado en la mano, y su expresión de desconsuelo era casi cómica.

–Vamos, Gurgeh... Ese tipo de cosas no pueden saberse nunca, ¿verdad? Pero debieron creer que tenías muchas posibilidades de conseguirlo. Pedí que me explicaran una parte de sus conjeturas durante el entrenamiento... Creían que eras el mejor jugador de toda la Cultura y que si lograban que te interesaras por el Azad y tomases parte en los juegos no habría ningún jugador del Imperio que pudiera hacer gran cosa para detenerte sin importar el tiempo que hubiesen pasado estudiando y practicando el juego. Te has pasado la vida aprendiendo juegos nuevos, Gurgeh. El Azad no puede contener una sola regla, movimiento, concepto o idea con el que no te hayas encontrado un mínimo de diez veces... Su única particularidad era el conjunto y la amplitud del juego. Esos tipos jamás tuvieron una posibilidad de vencer. Lo único que necesitabas era alguien que no te quitara la vista de encima y que te diera un suave empujoncito en la dirección correcta cuando llegase el momento adecuado. –La unidad se inclinó unos centímetros hacia adelante en el equivalente a una pequeña reverencia–. ¡Tu seguro servidor!

–Toda mi vida –dijo Gurgeh en voz baja. Sus ojos fueron más allá de la unidad y se posaron en el paisaje muerto que se veía por los ventanales–. Sesenta años... ¿Cuánto tiempo hace que la Cultura sabía todo eso sobre el Imperio?

–¿Sobre...? ¡Ah! Estás pensando que te hemos... Bueno, que te hemos creado para esta misión moldeándote como si fueras una especie de arma, ¿verdad? Puedes estar tranquilo. Si hiciéramos esa clase de cosas no necesitaríamos «mercenarios» de fuera como Shohobohaum Za para que se encargaran de hacer el auténtico trabajo sucio.

–¿Za? –preguntó Gurgeh.

–No es su verdadero nombre. No ha nacido en la Cultura y, sí, es lo que tú llamarías un «mercenario». Es una suerte que lo sea, pues de lo contrario la policía secreta habría acabado contigo en cuanto saliste de esa carpa. ¿Recuerdas lo que me asusté y cómo salí disparado hacia los cielos? Acababa de liquidar a uno de tus atacantes con un haz de rayos X para que no pudieran registrarlo en sus cámaras. Za le rompió el cuello a otro; había oído rumores de que quizá hubiera jaleo. Supongo que dentro de un par de días estará al frente de algún grupo de guerrilleros en Eá.

La unidad osciló suavemente en el aire.

–Veamos... ¿Qué más puedo contarte? Oh, sí. La *Factor limitativo* tampoco es tan inocente como aparenta. Desmontamos los efectores viejos mientras estábamos a bordo del *Bribonzuelo*. cierto, pero sólo para poder instalar otros. La *Factor limitativo* lleva dos efectores que ocupan dos de las tres protuberancias del morro. La que estaba vacía sirvió para engañar a todo el mundo, y usamos hologramas de protuberancias vacías para ocultar lo que había en los otros dos.

–¡Pero yo estuve en las tres! –protestó Gurgeh.

–No. Estuviste en la misma protuberancia tres veces. La nave se limitó a hacer girar la estructura del pasillo, jugó un poco con el campo antigravitatorio e hizo que un par de unidades cambiaran algunas cosas de sitio mientras ibas de una protuberancia a otra..., o, mejor dicho, mientras ibas de un pasillo a otro y acababas en la misma. No hizo falta emplearlos, claro, pero si hubiéramos necesitado un poco de armamento pesado habría estado allí. Un plan sólido que cubra todas las eventualidades posibles hace que te sientas mucho más seguro, ¿no te parece?

–Oh, sí –dijo Gurgeh, y suspiró.

Se puso en pie y salió al balcón. La nieve-hollín negra seguía cayendo en silencio del cielo.

–Hablando de la *Factor limitativo*. la vieja bruja acaba de llegar –dijo Flere-Imsho con voz jovial–. El módulo ya viene hacia aquí. Estarás a bordo dentro de un par de minutos. Podrás darte un buen baño y quitarte la ropa sucia. ¿Estás listo para la partida?

Gurgeh clavó los ojos en el suelo y movió un pie empujando un montoncito de hollín y cenizas a lo largo de las losas.

–No hay mucho equipaje que recoger, ¿verdad?

–No, desde luego. Estaba tan ocupado intentando impedir que te asaras que no pude ir a buscar tus cosas y, de todas formas, lo único que parece importarte es esa horrible chaqueta vieja que llevas puesta. ¿Encontraste tu brazalete? Lo dejé encima de tu pecho cuando fui a explorar.

–Sí, gracias –dijo Gurgeh. Volvió la cabeza hacia la negra desolación de la llanura que se extendía hasta confundirse con la línea oscura del horizonte. Miró hacia arriba. El módulo emergió de entre las masas marrones que cubrían el cielo dejando detrás suyo una estela de vapor–. Gracias –repitió.

El módulo fue descendiendo hasta casi rozar el suelo y empezó a deslizarse sobre el desierto calcinado en dirección al castillo creando surtidores de ceniza y hollín. Redujo la velocidad, empezó a girar sobre sí mismo y el ruido de su desplazamiento supersónico crepitó alrededor de la fortaleza como un trueno que hubiera llegado tarde a la destrucción.

–Gracias por todo...

El módulo enfiló su parte trasera hacia el castillo y fue subiendo hasta quedar a la altura del parapeto. Abrió las puertas de atrás y sacó una rampa plana por el hueco. El hombre cruzó el balcón, subió a los restos del parapeto y entró en el fresco interior de la máquina.

La unidad le siguió y las puertas se cerraron sin hacer ningún ruido.

El módulo se alejó a toda velocidad del castillo seguido por un inmenso surtidor de hollín y cenizas. Cruzó las nubes que se cernían sobre el castillo como si fuera un rayo sólido y el trueno que la acompañaba retumbó sobre la llanura, el castillo y la

hilera de colinas.

La ceniza volvió a posarse lentamente sobre el suelo; el hollín siguió cayendo silenciosamente del cielo.

El módulo volvió unos minutos después para recoger las unidades de la nave y los restos del equipo efector que se había desprendido del techo. Se alejó del castillo por última vez y volvió a hendir las nubes dirigiéndose hacia la nave que le esperaba.

Un rato después el pequeño y aturdido grupo de supervivientes liberado por las dos unidades de la nave –casi todos eran sirvientes, soldados, concubinas y administrativos– salió tambaleándose del refugio. Los supervivientes contemplaron el día convertido en noche y la nevada de hollín que se había apoderado de las ruinas de la fortaleza y se prepararon para enfrentarse a su exilio temporal y reclamar aquella tierra que había sido suya.

Cuarta parte: El peón coronado

La nave avanzó lentamente por el extremo de un campo tensor que tenía tres millones de kilómetros de longitud igualando poco a poco su velocidad. La estructura de metal grisáceo dejó atrás un muro monocristalino y empezó a descender a través de la cada vez más espesa atmósfera de la Placa. Desde quinientos kilómetros de altura las dos masas de tierra y mar –la que había más allá de donde estaban era roca medio oculta por las nubes y la que se encontraba a continuación era tierra aún en proceso de formación– resultaban perfectamente visibles en la noche despejada.

La Placa que había al otro lado del muro de cristal era muy nueva. La masa de oscuridad que unos ojos humanos habrían creído estaba vacía era inmensa, y la nave podía distinguir los haces emitidos por los radares de las máquinas que iban creando el paisaje cuando llegaban del espacio con sus cargamentos de rocas. La nave contempló como un asteroide gigantesco estallaba en la oscuridad produciendo un perezoso surtidor rojo de roca fundida que fue cayendo lentamente sobre la nueva superficie o fue atrapada por los campos para ir cobrando forma en el vacío antes de que se le permitiera posarse encima de la Placa.

La Placa contigua también estaba sumida en la oscuridad, y cerca del final de su embudo cuadrado había un manto de nubes que ocultaba el proceso que iba dando forma a su tosquedad inicial.

Las otras dos Placas eran mucho más antiguas y estaban repletas de luces que parpadeaban. Chiark se encontraba en su afelio; Gevant y Osmolon eran dos manchas blancas sobre la negrura; islas de nieve que flotaban en la oscuridad de los mares. La vieja nave de guerra se fue sumergiendo lentamente en la atmósfera y bajó por la curvatura del muro de la Placa hasta llegar a las primeras capas de aire digno de ese nombre. Después avanzó por encima del océano disponiéndose a tomar tierra.

Una embarcación repleta de luces que surcaba las aguas del océano hizo sonar sus sirenas y saludó el paso de la *Factor limitativo* a un kilómetro por encima de ella con una exhibición de fuegos artificiales. La nave devolvió el saludo produciendo una falsa aurora con sus efectores. Los pliegues de luz se retorcieron en el aire límpido e inmóvil que tenía encima. Las dos naves se alejaron la una de la otra y siguieron moviéndose por la noche.

El trayecto de vuelta había transcurrido sin ninguna clase de incidentes. Gurgeh había viajado en el interior de un depósito de almacenamiento. El hombre insistió en que no quería estar despierto. Necesitaba dormir, descansar y un período de olvido. La nave tenía el equipo preparado, pero insistió a su vez en que lo pensara bien antes de hacerlo. La *Factor limitativo* acabó rindiéndose pasados diez días y el hombre, que había ido volviéndose más silencioso y malhumorado durante ese tiempo, lanzó un suspiro de alivio y se sumió en el sopor sin sueños del metabolismo reducido al

mínimo.

No había jugado ni una sola partida de cualquier juego durante esos diez días, apenas había dicho una palabra, ni tan siquiera se tomaba la molestia de vestirse y pasaba la mayor parte del tiempo inmóvil con los ojos clavados en las paredes. La unidad había estado de acuerdo en que dormirle probablemente fuese lo mejor para él.

Atravesaron la Nube Menor y se encontraron con el VGS clase Cordillera *Al cuerno la sutileza* que volvía a la galaxia principal. El viaje de vuelta había sido un poco más largo que el de ida, pero no había ninguna prisa. La nave se separó del VGS cerca de las primeras estrellas de un miembro de la galaxia y fue abriéndose paso por él dejando atrás estrellas, campos de polvo y nebulosas hasta llegar allí donde el hidrógeno emigraba y se formaban los soles y al dominio de espacio irreal de las naves donde los Agujeros eran columnas de energía, pasando de la textura del universo a la Rejilla.

Fue despertando al hombre poco a poco cuando faltaban dos días para llegar a casa.

Gurgeh siguió observando las paredes, y no se distrajo con ningún juego. No quiso ver las noticias para irse poniendo al día y ni tan siquiera prestó atención a su correspondencia. A petición suya, la nave no avisó de su regreso a ninguna de sus amistades y se limitó a enviar una breve transmisión al Cubo de Chiark solicitando el permiso de entrada.

La nave descendió unos cuantos centenares de metros y fue siguiendo la línea del fiordo, deslizándose silenciosamente entre las montañas cubiertas de nieve. El liso metal de su casco reflejó un poco de luz grisazulada mientras flotaba sobre la tranquila negrura de las aguas. Unas cuantas personas la vieron pasar sin hacer ningún ruido desde yates o casas cercanas, y observaron como maniobraba delicadamente su masa entre orilla y orilla moviéndose entre las aguas y los retazos de nubes.

Ikroh estaba a oscuras, atrapada en la sombra que los trescientos cincuenta metros de nave silenciosa suspendidos sobre la casa proyectaban al obstruir la luz de las estrellas.

Los ojos de Gurgeh recorrieron por última vez el camarote en el que había estado durmiendo –bastante mal– durante las dos últimas noches del trayecto. Salió de él y fue lentamente por el pasillo hasta la protuberancia del módulo. Flere-Imsaho le siguió transportando una pequeña bolsa de viaje pensando cómo le gustaría que decidiera quitarse de una vez aquella horrible chaqueta.

Le acompañó hasta el módulo y bajó con él. La extensión de césped que había delante de la casa sumida en las tinieblas era una mancha blanca en la que no se veía ni la más mínima señal. El módulo fue bajando hasta inmovilizarse a un centímetro

de ella y abrió las puertas traseras.

Gurgeh salió del módulo y pisó la hierba. La atmósfera era más bien fría y olía a vegetación; su perfumada limpidez casi resultaba tangible. Sus pies se movieron sobre la nieve haciéndola crujir suavemente. Se volvió hacia el interior iluminado del módulo. Flere-Imsaho le dio su bolsa de viaje y el hombre clavó los ojos en la máquina.

–Adiós –dijo.

–Adiós, Jernau Gurgeh. No creo que volvamos a vernos.

–No, supongo que no volveremos a vernos.

Las puertas empezaron a cerrarse. Gurgeh retrocedió un poco y el módulo fue subiendo muy despacio. Retrocedió rápidamente un par de pasos hasta que apenas pudo ver a la unidad por encima de los bordes de las puertas que estaban a punto de cerrarse.

–Una última cosa –gritó–. Cuando Nicosar disparó esa arma y el rayo rebotó en el campo espejo y le dio en la frente... ¿Fue una coincidencia o lo hiciste a propósito?

Creyó que la unidad no iba a contestar, pero oyó su voz un segundo antes de que las puertas acabaran de cerrarse y la cuña de luz que brotaba por el hueco desapareciera con el módulo.

–No voy a decírtelo.

Gurgeh se quedó inmóvil y vio como el módulo volvía a la nave. El módulo desapareció dentro de la protuberancia, ésta se cerró y la *Factor limitativo* se convirtió en una masa negra. Gurgeh pensó que su casco parecía una sombra perfecta más oscura que la noche. Una hilera de luces intermitentes apareció sobre la negrura y los parpadeos formaron la palabra «Adiós» en marain. La nave se puso en movimiento y se alejó hacia el cielo sin hacer ningún ruido.

Gurgeh la observó hasta que las luces se convirtieron en un grupito de estrellas que se movían velozmente alejándose por un cielo repleto de nubes fantasmales y bajó la mirada hacia la nieve que brillaba con un débil resplandor entre gris y azulado. Cuando volvió a alzar los ojos la nave ya había desaparecido.

Permaneció en aquella posición durante unos minutos, como si esperara algo. Acabó girando sobre sí mismo y cruzó el césped cubierto de nieve yendo hacia la casa.

Entró por una ventana. El interior de la casa estaba caliente y Gurgeh tembló violentamente dentro del aura de frío de sus ropas durante unos segundos. Las luces se encendieron de repente.

–¡Bu!

Yay Meristinoux emergió de detrás del sofá junto al fuego que había escogido como escondite.

Chamlis Amalk-Ney cruzó el umbral de la cocina con una bandeja.

–Hola, Jernau. Espero que no te importe...

El pálido y tenso rostro de Gurgeh se fue relajando poco a poco. Sonrió. Dejó la bolsa de viaje en el suelo y les miró. Yay saltó por encima del sofá sonriendo y Chamlis puso la bandeja sobre la mesa que había delante del fuego. Los campos de la vieja unidad brillaban con un resplandor rojo y naranja. Yay se lanzó sobre él, le rodeó con los brazos y le apretó con mucha fuerza sin dejar de reír. Después retrocedió un poco.

–¡Gurgeh!

–Yay... Hola –dijo, y le devolvió el abrazo.

–¿Cómo estás? –preguntó Yay volviendo a abrazarle–. ¿Te encuentras bien? Le hicimos la vida imposible al Cubo hasta que nos dijo que ibas a volver, pero te has pasado todo el viaje durmiendo, ¿no? Ni tan siquiera leíste mis cartas.

Gurgeh apartó la mirada.

–No. Las recibí, pero no he... –Meneó la cabeza y bajó los ojos–. Lo siento.

–No te preocupes.

Yay le dio una palmadita en el hombro y le llevó hacia el sofá sin dejar de rodearle la cintura con un brazo. Gurgeh se sentó y les miró. Chamlis extendió un campo e hizo un agujero en la capa de aserrín húmedo que había esparcida sobre los troncos liberando las llamas que se encontraban debajo. Yay extendió los brazos enseñándole su falda corta y su chaquetilla.

–He cambiado mucho, ¿no?

Gurgeh asintió. Yay tenía un aspecto tan atractivo como siempre, incluso en su estado de andrógina actual.

–Acabo de empezar el proceso –dijo–. Unos cuantos meses más y volveré al punto de partida. Ah, Gurgeh, tendrías que haberme visto cuando era un hombre... ¡Estaba irresistible!

–Estaba insoportable –dijo Chamlis.

La unidad sirvió un poco de ponche del recipiente que había traído en la bandeja. Yay se dejó caer sobre el sofá junto a Gurgeh, volvió a abrazarle y emitió un gruñido gutural. Chamlis les entregó dos cuencos de los que brotaban hilillos de humo.

Gurgeh se apresuró a aceptar el suyo y tomó un sorbo.

–No esperaba verte –dijo volviéndose hacia Yay–. Creía que te habías ido.

–Sí, estuve fuera una temporada. –Yay asintió y se llevó el cuenco a los labios–. Volví el verano pasado. Chiark está preparando otro par de Placas. Presenté algunos planos... y ahora soy coordinadora de la segunda Placa.

–Te felicito. ¿Alguna isla flotante?

Yay puso cara de no entenderle y acabó ahogando una carcajada en su cuenco.

–No, Gurgeh... Nada de islas flotantes.

–Pero habrá montones de volcanes –dijo Chamlis.

Lanzó un bufido y sus campos aspiraron un hilillo de ponche de un recipiente que tendría el tamaño de un dedal.

–Puede que decida incluir uno pequeñito –admitió Yay. Llevaba el cabello más largo que cuando Gurgeh la vio por última vez, pero seguía teniéndolo igual de rizado. Yay le golpeó suavemente en el hombro—. Estoy muy contenta de que hayas vuelto, Gurgeh.

Gurgeh le apretó la mano y se volvió hacia Chamlis.

–Yo también me alegro de haber vuelto –dijo.

Se quedó callado y clavó los ojos en los troncos que ardían dentro de la chimenea.

–Todos nos alegramos de que hayas vuelto, Gurgeh –dijo Chamlis pasado un tiempo—. Pero... No te enfades conmigo, pero no tienes muy buen aspecto. Nos enteramos de que has pasado estos dos últimos años en un depósito de almacenamiento, pero hay algo más, ¿no? ¿Qué ocurrió? Hemos oído toda clase de rumores contradictorios. ¿Quieres hablar de ello?

Gurgeh vaciló. Contempló el baile de las llamas que iban consumiendo los leños amontonados en la chimenea y suspiró.

Dejó su cuenco sobre la mesa y empezó a hablar.

Les contó todo lo ocurrido, desde los primeros días a bordo de la *Factor limitativo* hasta los últimos días, nuevamente a bordo de la nave, cuando dejaron atrás el Imperio de Azad sumido en un proceso de desintegración tan rápido como espectacular.

Chamlis guardó silencio y sus campos fueron cambiando lentamente de color. La expresión de Yay se fue haciendo más preocupada a medida que pasaba el tiempo. Meneó la cabeza con frecuencia, dejó escapar varios jadeos ahogados y hubo dos momentos en que pareció iba a vomitar.

Aparte de eso, aprovechó las pausas en el relato de Gurgeh para añadir más leños al fuego.

Gurgeh tomó un sorbo de ponche tibio.

–Y... Dormí todo el trayecto de vuelta y desperté hace dos días. Y ahora todo me parece... No sé cómo expresarlo. ¿Congelado? No está fresco, pero..., aún no ha empezado a corromperse. No ha desaparecido. –Hizo girar el ponche dentro del cuenco. Dejó escapar una carcajada no demasiado convincente que hizo temblar sus hombros—. Oh, bueno...

Apuró su cuenco.

Chamlis cogió el recipiente que había dejado entre las cenizas delante del fuego y volvió a llenar el cuenco de Gurgeh.

–Jernau, no sé cómo expresar lo mucho que lo lamento. Todo esto ha sido culpa mía. Si no hubiese...

–No –dijo Gurgeh—. No ha sido culpa tuya. Fui yo quien tomó la decisión,

¿recuerdas? Tú me advertiste. No vuelvas a decir eso y no pienses nunca más que hay algún otro responsable de lo ocurrido.

Se puso en pie y fue hacia los ventanales que daban al fiordo. Contempló la pendiente cubierta de nieve que terminaba en los árboles y las negras aguas, y fue girando lentamente la cabeza hasta ver las montañas y las luces dispersas de las casas que había en la otra orilla.

–Ayer le pregunté a la nave qué hicieron con el Imperio –dijo como si hablara con su reflejo en el cristal–. Quería saber qué tipo de acción habían emprendido... La nave me dijo que no hizo falta mover ni un dedo. El Imperio se desplomó como un castillo de naipes.

Pensó en Hamin y Monenine, en Inclate y At-sen, Bermoiya, Za, Oíos y Krowo y la chica cuyo nombre había olvidado.

Meneó la cabeza sin apartar los ojos del cristal de la ventana.

–Bueno... Se acabó. –Se volvió hacia Yay, Chamlis y la habitación calentada por las llamas de la chimenea–. ¿Cuáles son los últimos cotillees de Chiark?

Le dijeron que los gemelos de Hafflis ya hablaban, que Boruelal había decidido pasar unos cuantos años viajando en un VGS, que Olz Hap –quien ya había destrozado los corazones de varios jóvenes– había sido concienzudamente acosada/halagada/avergonzada hasta que acabó aceptando el puesto de Boruelal y que Yay había engendrado un niño el año pasado –probablemente conocería a la madre y al niño el año próximo cuando vinieran a pasar una temporada en Chiark–, que uno de los amigos de Shuro había muerto durante un juego de combate hacía dos años y que Ren Myglan se estaba convirtiendo en hombre, que Chamlis seguía trabajando en la historia de su planeta y que el Festival de Tronze del año pasado había tenido un final tan caótico como desastroso porque unos fuegos artificiales estallaron dentro del lago e inundaron todas las terrazas del risco, lo que produjo centenares de heridos y dos muertos cuyos sesos acabaron esparcidos sobre las piedras. El Festival del año pasado no había sido ni la mitad de emocionante.

Gurgeh escuchó todas las noticias sin dejar de pasear por la habitación. Quería volver a familiarizarse con ella. Aparte de lo que le contaban, no parecía haber muchos cambios.

–Cuántas cosas me he per... –empezó a decir.

Entonces vio el estante de madera atornillado en la pared y el objeto que había sobre él. Alargó la mano, lo acarició y lo cogió.

–Ah... –dijo Chamlis, y emitió una especie de tosecilla–. Espero que no te importe... Quiero decir que... Bueno, espero que no te parezca demasiado irreverente o que lo encuentres de mal gusto. Pensé que...

Los labios de Gurgeh se curvaron en una sonrisa melancólica y sus dedos resiguieron las superficies sin vida del cuerpo que en tiempos había sido Mawhrin-

Skel. Se volvió hacia Yay y Chamlis y fue hacia la vieja unidad.

–No, no me importa, pero... No lo quiero. ¿Te apetecería quedártelo?

–Sí, por favor.

Gurgeh entregó el pequeño pero pesado trofeo a Chamlis. Los campos de la vieja unidad enrojecieron de placer.

–Viejo horror vengativo –bufó Yay.

–Esto significa mucho para mí –replicó Chamlis en su mejor tono de dignidad ofendida mientras sostenía la placa metálica junto a su parte delantera.

Gurgeh dejó su cuenco sobre la bandeja.

Un leño se derrumbó en la chimenea creando un surtidor de chispas que salieron despedidas hacia arriba. Gurgeh se acuclilló delante de las llamas y removió los leños con el atizador. Bostezó.

Yay y la unidad intercambiaron una rápida mirada. Después Yay se inclinó hacia adelante y rozó a Gurgeh con la punta de un pie.

–Vamos, Jernau... Estás cansado. Chamlis tiene que volver a casa para asegurarse de que sus nuevos peces no se han devorado entre sí. ¿Te importa si me quedo?

Gurgeh alzó los ojos, contempló su rostro sonriente con una cierta sorpresa y acabó devolviéndole la sonrisa.

Después de que Chamlis se marchara Yay puso la cabeza sobre el hombro de Gurgeh y le dijo que le había echado mucho de menos, que cinco años era mucho tiempo, y que ahora parecía un poco más dispuesto a dejarse querer que cuando se había marchado, y que... si le apetecía..., si no estaba demasiado cansado...

Yay utilizó su boca y Gurgeh fue trazando movimientos lentos y sinuosos sobre su cuerpo en formación, volviendo a descubrir sentimientos que casi había olvidado. Acarició su piel color oro viejo y los extraños y casi cómicos brotes de sus genitales en su nueva forma cóncava provocada por el proceso que acabaría volviendo a convertirla en mujer, la hizo reír y rió con ella, y también gozó con ella durante el largo momento del clímax. Después llegaron la inmovilidad y el silencio, y cada célula táctil de su cuerpo se dejó dominar por una pulsación de energía y pareció inflamarse.

Seguía sin poder dormir y acabó levantándose de la cama. Fue hasta la ventana y la abrió. El frío aire de la noche entró en el dormitorio. Gurgeh se estremeció y se puso los pantalones, la chaqueta y los zapatos.

Yay se movió y emitió un suspiro ahogado. Gurgeh cerró la ventana, volvió a la cama y se puso en cuclillas junto a ella. Tiró de las mantas para teparle la espalda y el hombro y deslizó con mucha delicadeza una mano entre sus rizos. Yay soltó un par de ronquidos, se removió y volvió a respirar con regularidad.

Gurgeh fue hasta la ventana y salió de la casa cerrando los batientes a su espalda sin hacer ningún ruido.

Cruzó el balcón cubierto de nieve y contempló las hileras de árboles que iban descendiendo hasta llegar a la negrura surcada por cabrilleos casi invisibles del fiordo. Las montañas de la otra orilla estaban aureoladas por un débil resplandor y tenues áreas de luz se movían sobre ellas vagando por la oscuridad, ocultando las Placas más alejadas y los campos de estrellas. Las nubes avanzaban lentamente cruzando la inmensidad del cielo, pero todo lo que rodeaba a Ikroh estaba inmóvil y en silencio. No hacía viento.

Gurgeh alzó los ojos y vio las Nubes entre las nubes. Su vieja luz apenas temblaba en aquella atmósfera fría y no turbada por el viento. Vio como su aliento se extendía ante él, y pensó en un puente casi impalpable hecho de humo y vapor de agua que intentara ir desde su boca hasta aquellas estrellas lejanas. Tenía las manos heladas, y se las metió en los bolsillos de la chaqueta para calentarlas un poco. Una mano encontró algo más suave que la nieve y Gurgeh la sacó del bolsillo. Era un puñadito de polvo.

Apartó la mirada del polvo para volver a contemplar las estrellas, y su imagen quedó deformada y distorsionada por el líquido que se interpuso entre sus ojos y aquellos puntitos luminosos tan lejanos. Tardó unos segundos en comprender que no estaba lloviendo.

No, aún falta un poquito para el final.

Sigo estando yo. Ya sé que me he portado mal. Habría tenido que revelar mi identidad, pero... Bueno, quizá ya la hayan adivinado, ¿y quién soy yo para privarles de la satisfacción que les habrá proporcionado el averiguarlo sin la ayuda de nadie? Sí, ciertamente... ¿Quién soy yo?

Sí, estuve allí todo el tiempo. Bueno, casi todo el tiempo, claro... Observé, escuché, pensé, evalué y esperé, e hice lo que me habían ordenado que hiciera (o lo que me pidieron que hiciera, respetemos el sentido del decoro y las normas sociales). Estuve allí, ya fuera en persona o en la forma de uno de mis representantes, mis pequeños espías.

Si he de ser sincero, aún no estoy seguro de si habría preferido que el viejo Gurgeh descubriera la verdad. Debo confesar que aún no he tomado una decisión al respecto. Al final yo –nosotros– pensé y pensamos que sería mejor dejarlo todo en manos del azar.

Por ejemplo, supongamos que el Cubo de Chiark hubiera revelado a nuestro héroe la forma exacta de la cavidad que había en el cascarón al que conoció cuando utilizaba el nombre de Mawhrin-Skel, o que Gurgeh hubiera abierto con sus manos ese montón de chatarra inerte y lo hubiera visto... ¿Habría pensado que ese pequeño

agujero en forma de disco era una simple coincidencia?

¿O habría empezado a sospechar?

Nunca lo sabremos. Si están leyendo esto Gurgeh lleva mucho tiempo muerto. Acudió a su cita con la unidad de desplazamiento, fue enviado al mismísimo corazón llameante del sistema y el núcleo en perpetua erupción del sol de Chiark convirtió su cadáver en plasma. Sus átomos dispersos bailotearon en las feroces corrientes térmicas de esa gigantesca estrella, y el paso de los milenios ha hecho que cada partícula pulverizada acabase en la superficie devoradora de planetas de ese fuego cegador azotado por las tormentas, y allí habrán hervido para añadir sus parcelitas de iluminación carente de significado a la noche que todo lo abarca y contiene... Eh... Bueno, temo que este último párrafo quizá me haya salido un poquito excesivamente florido. De todas formas una vieja unidad tiene derecho a permitirse algún que otro caprichito de vez en cuando, ¿no les parece?

Dejen que recapitule lo ocurrido.

Ésta es una historia real. Estuve allí. En cuanto a los momentos en que no estaba presente y cuando no poseía datos exactos sobre lo que ocurrió –dentro de la mente de Gurgeh, por ejemplo–, confieso que no he vacilado en utilizar mi imaginación.

Pero lo que han leído sigue siendo una historia real.

¿Creen que sería capaz de mentirles?

Como siempre,

Sprant Flere-Imsaho Wu-Handrahen Xato Trabiti. Mawhrin-Skel.

Notas

1 El juego de palabras inglés se pierde con la traducción. *A fair human* es tanto «una humana rubia» como «una humana hermosa». (N. del E.)

2 El juego de palabras que hay en la pregunta de Gurgeh se pierde en la traducción. El *come* de *You come here often?* puede significar tanto «ir a un sitio» como «correrse». (N. del T.)